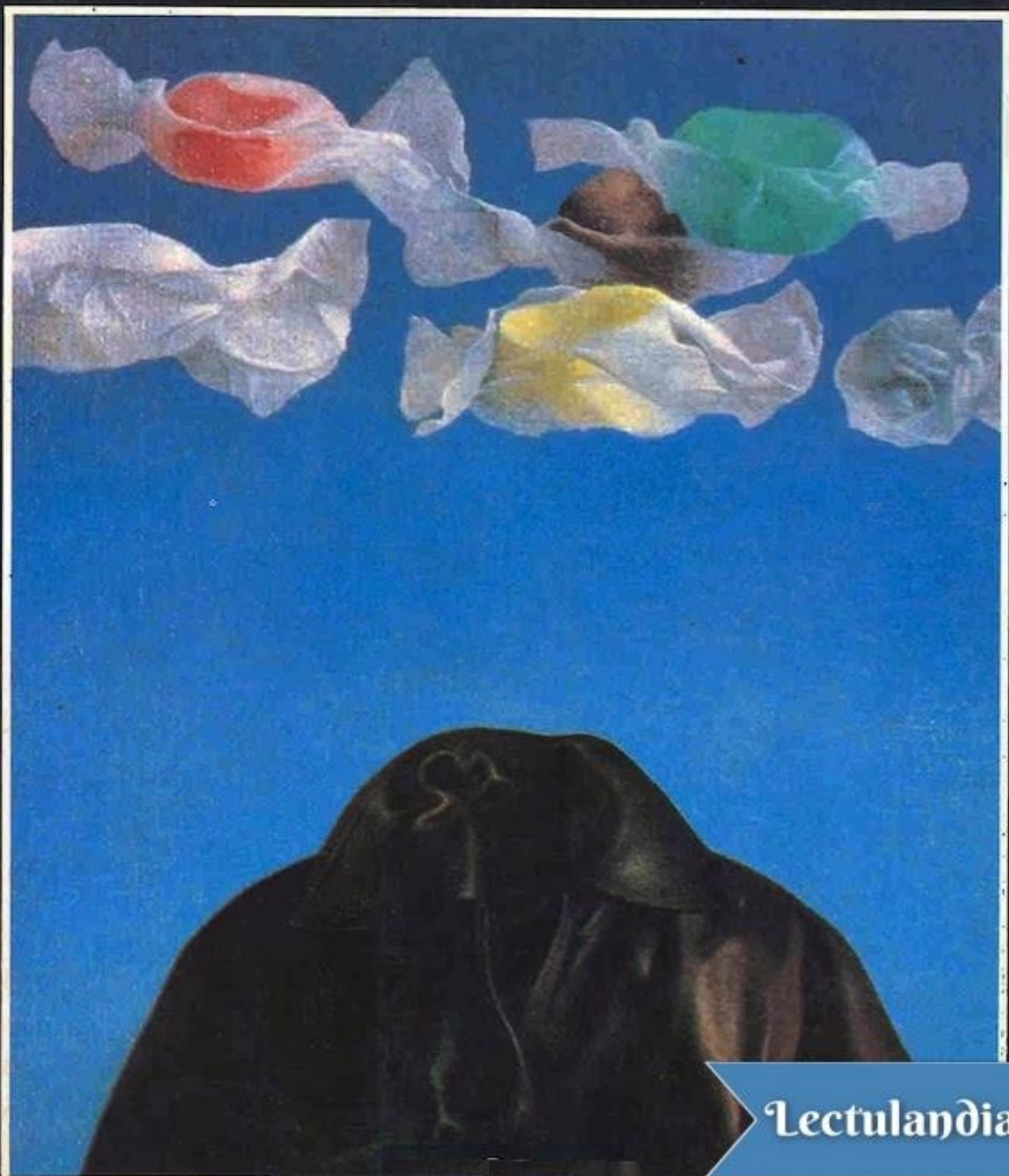


Fernando Aramburu

FUEGOS CON LIMON



Lectulandia

Hilario Goicoechea inicia sus estudios universitarios en el convulso San Sebastián de fines de los años setenta. Hijo de una familia obrera, de la que le separan intereses y mutuos recelos, tímido por naturaleza, ha sido sin embargo tocado por el duende de la poesía. Por casualidad, entra a formar parte de un pintoresco cenáculo literario, La Placa, compuesto por jóvenes literatos, provocativos y arrogantes, que aspiran a encarnar todos los valores subversivos del Surrealismo y que, pese a su juventud, se mueven cómodamente en las aguas del arte y del pensamiento. Mientras fustigan el asfixiante filisteísmo cultural de su entorno, tratan de darse a conocer maquinando las invenciones más extravagantes. Con ellos, Hilario no sólo padecerá las urgencias del deseo y los celos, sino que comprenderá que nada importa tanto como una página bien escrita y que el viejo sueño de hacer arte de la vida, y vida del arte, siempre termina malparado ante la terca torpeza de la miseria cotidiana.

Lectulandia

Fernando Aramburu

Fuegos con limón

ePub r1.0

Sibelius 23.10.14

Fernando Aramburu, 1996
Cubierta: Ilustración de Jack Endewelt, 1996.

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Juan Manuel Díaz de Guereñu

Por pequeños que sean los actores de estos dramas, tienen su peso y su importancia, pues sabemos perfectamente que en el infinito, que a todos nos contiene, el tamaño no tiene importancia, y lo que se desarrolla en el cielo obedece a las mismas leyes que lo que ocurre en una gota de agua.

Maurice Maeterlink, *La vida de las hormigas*

El último año de colegio me enemisté con dios y resolví hacerme poeta. Fue una decisión firme que quise tuviera alguna solemnidad, y para ello me llegué una noche hasta una explanada solitaria de las afueras de la ciudad y estando allí solo, sentado sobre una piedra, improvisé una fórmula de juramento con los ojos puestos en las estrellas. Acto seguido regresé a casa y compuse mi primer poema, que decía:

Bajo los faroles tristes
de la calleja mojada
un día a la muerte yo
voy a romperle la cara.

Supuse que si no sublime, debía de ser cuando menos muy meritorio, por cuanto había empleado cerca de dos horas en escribirlo. Ávido de recibir alabanzas, al día siguiente lo sometí a la opinión de un compañero a quien yo tenía por uno de los menos brutos de la clase. Este me miró asombrado, se me figuraba que lleno de admiración; pero de pronto se apartó de mí, y agitando en el aire la cuartilla con mi poema, proclamó, de forma que todos en el aula le oyesen, que yo era maricón.

Cada día, durante semanas, hube de soportar infinidad de alusiones, chirigotas e insultos, que me pusieron al borde de tomar en serio la idea de matarme. Parecía como si todos los alumnos de la clase contendieran en ofenderme, sin que yo pudiese hacer nada por impedirlo, ya que ninguno había entre aquellos desalmados a quien sobrepusiera en fuerza. Viene a cuento referir ahora que la debilidad física ha sido la mayor condena que el destino ha impuesto a mi vida. Que a ser yo más robusto y musculoso, tendría otro carácter y acaso por ello mismo habría medrado más.

Al cabo de un tiempo, cuando ya el acoso de mis compañeros empezaba a remitir, llegó el asunto a oídos de un maestro que me quería peor de lo que yo pensaba. El cual, averiguado el motivo de los escarnios que diariamente se me hacían, delante de toda la clase me pidió una mañana, no sin cordialidad, que escribiera el poema en el encerado. Lejos de barruntar sus verdaderas intenciones, como había dicho que mis versos tal vez ofrecerían materia para el comentario, los tracé con esmerada caligrafía, considerando que aquel docente, que a menudo se definía como amante de los libros, con su autoridad y explicaciones lograría hacerlos apreciables para quienes tan despiadadamente me zaherían. Yo estaba persuadido de que él quería favorecerme y que su protección me iba a granjear algún prestigio. Pero terminado de escribir el poema, el maestro se dedicó a humillarme, para alborozo y juerga de los otros colegiales, que celebraban con enormes risotadas cada una de las ironías. Y entre otras cosas dijo que no le entraba en la cabeza que un muchacho como yo, de complexión tan endeble, pudiese propinarle a la muerte, no ya una tunda, sino ni

siquiera un pellizquito en el palo de la guadaña; que no era su propósito desanimarme, pero por mi propia seguridad me aconsejaba acudir armado a la pelea, y, en fin, que si matando a la muerte hacía a los hombres inmortales, me lo sabría él premiar con una buena nota a final de curso. De ahí en adelante, y por su culpa, se me llamó El Vencedor de la Muerte, más tarde sólo El Vencedor, mote del que no pude librarme hasta que abandoné el colegio para ingresar en la universidad.

Dos años mantuve en secreto mi vocación, temeroso de que si llegaba a conocimiento de alguno se repitieran las escenas afrentosas del colegio. Aún me inquietaba más imaginarme el disgusto que se habría de producir en casa si por casualidad un miembro de mi familia llegaba a encontrar mis papeles escondidos. Inspirado por la cautela, ideé un código de escritura consistente en utilizar, para cada letra de un vocablo cualquiera, la inmediatamente posterior en el abecedario. Según esto, la a se leía b; la b, c, y así sucesivamente hasta la z, que se leía a. Ningún verso mío de aquella época he conservado; pero en mi memoria perviven unos pocos, entre ellos éste de catorce sílabas que reproduzco tal como entonces solía escribirlos:

Fñ flf bjsf nj wjeb chpnp ipkb tfchb qññef

Aquella sencilla estratagema me ayudó a ocultar con éxito mis inclinaciones literarias. Con todo, saberlas a resguardo de mis semejantes no me procuraba satisfacción ninguna, sino dudas enconadas que andando el tiempo llegaron a hacerse insostenibles. Una contradicción suscitaba mi desasosiego: por un lado escondía mis obras como un animalillo medroso entierra sus provisiones; por otro aspiraba a la fama, que es el aire que, vivos o muertos, respiran los poetas. Llegó un instante en que yo mismo me convencí de estar dedicándome a una actividad indecente. Mi fe en la poesía flaqueó y a pique estuve de abandonarla para siempre, si no fuera porque un amanecer de mayo de 1979, cumplidos los veinte, descubrí por un curioso azar que yo no era el único joven de la ciudad que componía versos.

Por aquellos días una serie de vendavales azotó a San Sebastián. Algunas calles quedaron sembradas de tejas; árboles y postes se partieron; la marejada arrastró varias embarcaciones hasta la playa y una familia de portugueses se ahogó al caer con su automóvil en el río Oria. Escapando del viento, una moscarda encontró refugio en nuestra casa, urgida al parecer por el apremio de criar, se alojó en los entresijos de un pernil casi nuevo que teníamos colgado tras la puerta de la cocina, donde aovó.

La madre descubrió las larvas un jueves, a la hora del desayuno. Yo estaba sentado a la mesa de la cocina, absorto en la lectura de una novela de Julio Cortázar, llamada *Los premios*. La madre se ocupaba en prepararme el almuerzo y como de costumbre rezongaba al sospechar que yo pasaba el rato leyendo libros que nada o muy poco tenían que ver con mis estudios. Cada cierto tiempo solía encargar a mi hermana que lo averiguase; pero las pesquisas de ésta, tan meticulosas como descaminadas, jamás conducían a ningún resultado concreto, y así, aunque a

regañadientes, me era tolerada la lectura. No menos enojaba a la madre mi manía de olfatear las páginas de los libros. Hasta es posible que aquella mañana refunfuñase por haberme sorprendido alguna que otra vez con la nariz metida entre las hojas, y no tanto por estar embebido en la historia de aquellos personajes agraciados en una lotería con un viaje de placer a bordo de un carguero enigmático. Profirió de improviso un recio juramento. Yo me volví sobresaltado, y en ese instante me puso el pernil delante de los ojos, tan cerca que casi rocé con la cara la carne sobre la que bullía una gran cantidad de gusanillos blancos. En tono imperioso (que por lo demás era el suyo habitual) me pidió que la ayudase a encontrar la moscarda. Tenía temor a que si no dábamos pronto con ella y la matábamos, nos llenaría de cresas la comida. No hubo, pues, más remedio que cerrar el libro, levantarme, fingir que escudriñaba rincones y paredes; en una palabra, resignarme a pasar simulando obediencia los veinte minutos que faltaban para ponerme en camino hacia la universidad. No bien se ofreció ocasión, me fui a la sala a fin de hacer como que continuaba por allá la batida. Estaba convencido de que todo empeño era inútil, por cuanto me parecía lo más probable que el bicho hubiese abandonado hacía días nuestra casa. La madre, a todo esto, bajó al sótano en busca de un serrucho. Había resuelto, dijo, tajar la parte picada del pernil. Tan pronto como hubo cerrado la puerta, reanudé la lectura de *Los premios*, y estando en ello, de pie junto a la ventana de la sala, percibí de repente un zumbido cerca de la oreja. Aparté la vista de la página, y luego de breve búsqueda, hallé a la moscarda posada sobre el aparato de radio, en una de las baldas de la estantería. Sucedió entonces aquel azar que habría de restituirme la fe poética, casi perdida del todo por aquella época. Y fue que como me producía mucha repugnancia tocar el bichejo piloso e irisado, me limité a ahuyentarlo, y acto seguido encendí la radio, no por nada, sino que me faltaba luz para leer a gusto, la moscarda me traía sin cuidado y la madre no estaba junto a mí para prohibirme escuchar música. No era una canción lo que en aquel momento sonaba por la radio, sino una voz áspera, que en un remedo de arenga, con ostensible insolencia, decía estas o similares palabras:

—Aquí estamos, gentualla. Este es el día temible que predijeron los profetas. No quisisteis escucharles. Con malos modos los desterrasteis de la ciudad. Y ahora ¿quién os guardará de la justicia implacable? Ay de vosotros y de vuestra casa y descendencia. Hemos venido a destruir en nombre del arte vuestra paz, para que haya paz. Vuestros espíritus anquilosados ya no sabrían desplazarse, ir de A a B, sin muletas. Y precisamente son esas muletas las armas con que os vamos a baldar.

El discurso, a ratos incomprensible por causa de ciertos ruidos de fondo, se prolongó por espacio de dos o tres minutos. Lo interrumpió de golpe un tremendo alboroto como de cencerros y carracas; el cual acabó bruscamente, según debía de estar acordado entre los que lo provocaban. A la bulla sucedió el silencio y a éste, que duró varios segundos, una voz distinta de la primera, no tan áspera, aunque asimismo ahuecada y fingidora de solemnidad.

—Buscamos personas robustas...

Un pujo de risa le impidió continuar. Tomó entonces la palabra una tercera vez, de timbre menos borroso que las anteriores, voz que sin ningún género de duda salía de una boca adolescente.

—Buscamos jóvenes con talento —dijo— para engrosar las filas de un grupo absolutamente surrealista ya formado. Los interesados, ah, esa vil canalla, deberán personarse hoy jueves a las cinco en punto de la tarde en la cafetería Goya, calle de Hermanos Iturrino, etcétera. Los susodichos gusarapos vestirán de rojo riguroso, a fin de que se les reconozca con facilidad. Por la misma razón ostentarán una mandarina fijada con imperdibles a la altura del pecho. Para los que gusten de santo y seña, tenemos éste: «Don Alfonso, créame, la muerte es una falacia».

Se oyó tras esto doblar papeles, murmullos y un son solitario de cencerro o campanilla. Habló después la voz del que poco antes no había podido hacerlo por causa de la risa, y dijo:

—Se abstendrán de asistir al cenáculo niños prodigio, sabihondos de cualquier especie, hijos de policías, lamedores de almorranas, pies planos...

La absurda lista, que yo escuchaba con sonriente complacencia, me deparó de pronto una sorpresa.

—... lechuzas infectas, contrabandistas de testículos dorados, lectores secretos de Cortázar, a los que hostigaremos sin piedad...

Me quedé pasmado, la sonrisa helada en la boca, pensando si era víctima de un espejismo acústico o si aquellos guasones tenían la facultad de ver a los oyentes a través de los resquicios de las radios. Pero, sobre ser grandes mi asombro y extrañeza, nada llegaba a excitarme tanto en aquellos momentos como saber que existía en la ciudad, en mi ciudad, un grupo de jóvenes escritores.

De este anonadamiento y repentina confusión me desperté al sentir que la madre introducía la llave en la cerradura. Me apresuré entonces a apagar la radio y a esconder el libro. Vi la moscarda posada en el respaldo de un sillón; se la señalé a la madre, declarándole que aún no me había sido posible atraparla.

—¡Eres tan torpe! —masculló, y abriendo la ventana de par en par, con ayuda de una bayeta consiguió en un santiamén que el bicho saliera volando a la calle.

Salí de casa diciéndome: sé valiente, Hilario, no faltes esta tarde a la reunión en el café Goya. Sentía miedo, es decir, mucho miedo, un miedo semejante al que se me suele propagar por todo el cuerpo cuando se acerca mi turno de abrir la boca ante el dentista. Y me repetía una y otra vez: no te arrugues, aprovecha esta magnífica ocasión de darte a conocer.

La audacia de aquellos tipos excéntricos de la radio me había impresionado. Su locuacidad y desparpajo se me figuraban la cosa más opuesta a mis hábitos de escritor secreto. En una palabra, ellos eran como leones que rugen y se pasean con porte majestuoso por el centro de la llanura, yo el ratoncillo gris cuyo mayor empeño en la vida consiste en esconderse.

Pensaba que lo mismo que tenían acceso a una emisora de radio, así también les abrirían con gusto la puerta de esta editorial o aquel periódico. Su forma desenfadada de expresarse me indujo a suponer que serían gente decidida y práctica, de quien no poco me convendría aprovecharme. Deseaba con todas mis fuerzas que me admitiesen en su grupo. Sí, esa tarde, a las cinco, iría sin falta al Goya, al encuentro de un destino que preveía pródigo en favores. Abrigaba la certidumbre de que para mí, Hilario Goicoechea, había llegado la hora de rebelarse contra la propia insignificancia. ¿Cómo atreverme después a mirar mi rostro en el espejo si dejaba escapar tamaña oportunidad? Ten valor, me decía, y cerrando los ojos le insté al futuro a que enviase a mi mente imágenes premonitorias. Al punto la cabeza se me llenó de volatería. Mi imaginación resonaba con aplausos. No daba abasto para recoger galardones. Simultáneamente se me homenajeara en Madrid y Buenos Aires. Cada mañana, mi familia contemplaba atónita el pelotón de editores que se arrodillaban ante mí y por turno me suplicaban les entregase, a cambio de lingotes de oro, poemas míos con el fin de hacerlos imprimir. La verdad es que ya empezaban a ponerse pesados.

Una entre tantas fantasías me procuró especial deleite. Ese año de 1979 tenía yo de profesor de literatura del siglo xx a un tipo cuarentón, muy mediocre, con cara cetrina, gestos de conejo y un mucho, se murmuraba, de policía en ratos libres, aunque a estos rumores, que yo sepa, nunca los acompañó una prueba confirmativa. Este señor pasaba las horas de monótona disertación estirándose los calcetines por debajo de la mesa. De vez en cuando se tomaba un descanso para pasar una página de sus apuntes, picar un mamotreto o atusarse el bigote. Como si estuviera descontento con su salario, departía las clases con desgana, limitándose a un esfuerzo intelectual mínimo que de ordinario consistía en regurgitar con invariable soniquete lo que cualquiera podía leer, tal cual él lo bisbiseaba, en los manuales de uso común. Era hombre de oratoria enjuta, con sarpullido de *no obstantes y por consiguientes*, sin modulación ni viveza, de forma que sus discursos semejaban jaculatorias escuchadas

a través de una pared. Unos lo llamaban Calcetines, otros El Panteón. Yo guardo de él risueña memoria. Aquella mañana de la moscarda, mientras me dirigía a la facultad convencido de mi inminente triunfo como poeta, gozaba imaginando a Calcetines en el aprieto de tener que incluir mis obras en el temario, a la zaga de valle-inclanes, barojas, camilojosecelas, celayas y otras célebres momias literarias. Pobrecillo. ¿Dónde iba a encontrar la bibliografía adecuada? ¿Dentro de qué corriente o escuela pensaba clasificarme? Me lo figuraba inseguro y nervioso, estirándose los calcetines con frenesí, hasta rasgarlos y clavarse las uñas en las piernas. Tartajeaba y se contradecía; gruesas gotas de sudor bañaban su frente; a fin de aligerar el sofoco, deshacía el nudo de su corbata y se soltaba el cuello de la camisa. No se me ocultaba su empeño por evitar que su mirada y la mía se encontrasen; pero a veces intentaba de reojo averiguar en mi semblante la opinión que me merecían sus asertos acerca de mis obras. Yo aprovechaba esas ocasiones para sacudir la cabeza en señal de desacuerdo, lo que sin duda colmaba de turbación al pobre hombre.

Los jueves no había clase con Calcetines. Empezaba la jornada con el áspero latín, el hueso de los estudios, y era con diferencia el peor día de la semana. Aquel jueves de mayo determiné, en contra de mis inveteradas costumbres autobusescas, ir a pie hasta la universidad. Corría el riesgo de llegar tarde, lo que me pondría en el brete de tener que justificar el retraso mediante papeleta con frase humilde y firma del padre, pues el jesuita riguroso que departía la asignatura trataba a los alumnos igual que a parvulitos. El cielo estaba encapotado, pero no llovía. Calmados los furiosos vientos de la víspera, formé propósito de aprovechar la placidez del paseo matutino a través de las calles, por la playa y a lo largo de la orilla del río, para tratar de poner orden en mi agitado cerebro y urdir algún tipo de estrategia enderezada a procurarme, al menos durante los primeros veinte minutos de la reunión, una aceptable presencia. Desde el comienzo de mi solitaria caminata advertí que mi problema, aunque sencillo de comprender, tenía difícil solución. ¿Cómo adoptar de una manera convincente, entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde de aquel día, los ideales, los gustos, la jerga, los ademanes propios de un escritor surrealista?

A vueltas con mis pensamientos y lucubraciones, me adentré en la playa. Era hora de bajamar, y caminando absorto y entretenido por la arena comenzó a llover. Tan sólo pinteaba, pero espoleado por el recuerdo de los recientes aguaceros que durante días habían sembrado la alarma en la ciudad, eché a correr en busca de un lugar cubierto donde resguardarme. Y a poco de hallar cobijo bajo el saliente de una casa de la calle de Zubieta, comprendiendo que ya no llegaría a tiempo a clase, determiné meterme en alguna librería con el fin de abastecerme de obras que explicasen el surrealismo y dedicar la mañana a estudiarlas. En principio no importaba cuáles, con tal que no fuesen costosas ni abstrusas, lo uno porque empezaba a estar escaso de fondos, lo otro porque suponía que para llevar a efecto mi intención bastaba cualquier obrilla divulgativa de la que yo pudiese extraer sin dificultad unas pocas nociones elementales, media docena de nombres, un par de episodios y tres o cuatro fechas

dignas de mención. Con tales rudimentos ya me las apañaría por la tarde.

—No, de eso creo que no nos queda.

El dependiente depositó sobre el mostrador un enorme mampuesto azul marino que resultó ser un catálogo, y al par que lo hojeaba musitando títulos y nombres, me dirigía alguna que otra mirada oblicua por encima de las gafas, como para cerciorarse de la seriedad de mi solicitud. Persistía en su rostro la expresión de dientes apretados que se le había puesto mientras acarreaba el pesado librote. No tuve mejor fortuna en la siguiente librería, donde me dijeron:

—Aquí, joven, sólo vendemos libros normales.

En la tercera tienda me ofrecieron un hermoso volumen sobre pintura surrealista, rebosante de láminas en color y fotografías; pero lo tuve que rechazar a causa del precio. Cuando por fin, en dos lugares de la Parte Vieja, encontré lo que buscaba, eran ya las once y pico, demasiado tarde para tratar de ponerme al día en una materia que yo no había sospechado tan vasta ni compleja. Me quedaba, con todo, algo más de una hora para tomar el autobús de vuelta a casa, y decidí emplear ese tiempo en demostrarme que no había espacio en mí para desánimos ni resignaciones. Tuve de improviso una ocurrencia, y fue que sin cuidarme poco ni mucho de la lluvia me dirigí al café donde por la tarde había de celebrarse la reunión. Por el camino, pensando en que sus organizadores habrían tenido alguna causa concreta, acorde con su peculiar talante, para convocar a los nuevos en el Goya, barrunté que debía de tratarse de un sitio extraordinario. Imaginaba hormigas negras que bullían a millares por los suelos y paredes, camareros con la indumentaria agujereada como un queso ojoso, mujeres, por supuesto desnudas, que pedían auxilio dentro de bañeras con leche, y como ésas, me venían a las mientes otras muchas visiones estrafalarias, sugeridas tal vez por los dibujos de los volúmenes sobre surrealismo que había estado ojeando esa mañana.

En el Goya me esperaba una desilusión. Encontré un local de lo más corriente, mitad tasca, mitad cafetería, con el mostrador atestado de tapas, serrín esparcido por las baldosas, la habitual máquina tragaperras (colocada entre la pared y un jugador impenitente) y un tabernero ojeroso, de aire soñoliento, que con dos dedos detrás de la oreja me dio a entender que debía hablarle más alto. Pedí por vez segunda una taza de café, y cuando después de no poco aguardar me fue servida, pasé a un recinto contiguo con suelo ajedrezado y mesas de madera bruñida, donde tomé asiento junto a una luna con vistas a la calle. Sin demora me puse a la tarea de anotar en un folio los nombres de aquellos surrealistas que advertí figuraban a menudo en los índices, los pies de las ilustraciones y otras partes señaladas de los libros. Confeccioné una lista ni corta ni larga, que leí y leí hasta familiarizarme con los nombres y ser capaz de repetirlos de memoria. Figurándoseme que por la tarde podría darse el caso de tener que nombrar a mi surrealista predilecto, o referirme a alguno en particular, decidí que mencionaría a Max Ernst, no por nada, sino que sin saber quién era ese hombre ni qué obras hizo, me encapriché con su apellido.

Total, que en un soplo discurrió una hora y llegó la de volver a casa. Guardados los libros, me levanté. Fuera seguía lloviznando. En esto llamó mi atención una mesa formada por varias unidas y cubierta con un vistoso mantel blanco, encima del cual podía verse un rótulo con la palabra RESERVADO. Le pregunté al tabernero si aquella mesa larga del rincón era para los escritores que tanta publicidad estaban haciendo por la radio de su local. Él me lo confirmó, hablando en términos que difícilmente habrían podido ser más elogiosos, las apacibles facciones demudadas por súbito avivamiento. Suponiendo, después de haberme visto embebido en libros y papeles, que yo también fuera escritor, me preguntó si por la tarde pensaba reunirme con los otros, a lo que respondí sin vacilar que con ese motivo había tomado de madrugada un tren en Vitoria, donde le dije que tenía mi residencia.

—En mi ciudad —agregué— no hay nadie que no haya oído hablar del café Goya de San Sebastián.

Inclinándose sobre la barra, me secreteó a la oreja que a su mujer le habían insinuado que por la tarde vendrían operarios de Televisión Española a filmar la tertulia.

—Me huelo que tendré un mundo aquí —dijo con visible complacencia—. A ver si camelo a mi sobrino para que venga a echarme una mano a cambio de unas pesetillas.

No bien salí a la calle, me acometió grandísimo deseo de castigarme, por considerar que en materias artísticas e intelectuales siempre había seguido veredas falsas, y con esa intención metí los pies calzados en el agua de la fuente de la plaza de Zaragoza, al tiempo que maldecía con amargura todos, absolutamente todos los libros por mí leídos hasta esa fecha, achacándoles me hubieran alumbrado con malas luces malos caminos. Hice promesa de prestar en adelante sólo atención a las obras afines a mi nuevo credo surrealista. Y aquel mismo día abandoné la lectura de *Los premios* de Julio Cortázar a mitad de un capítulo, en la página 183.

Sobre las cuatro de la tarde coincidí en el autobús con Checho Aizpurua, un compañero de facultad. El cielo seguía cerrado, revestido de esa tristeza gris que difumina las líneas del paisaje y penetra como una aguja en el humor de los hombres. Llovía con lentitud desapacible, con lentitud enconada, con lentitud pertinaz a que algunos atribuyen nuestra histórica cerrazón de carácter. Mientras aguardaba al autobús me entretuve pensándolo. El ventarrón de días anteriores había descujado el tinglado de la parada. Los dos postes metálicos y la cubierta de uralita habían ido a parar al fondo del ribazo. El sirimiri caía como salpimentado sobre el inmóvil corrillo de esperantes. Pasó un camión envuelto en una nube de bahrarina y alguno que se llenó de zarrapastras, con voz acerba masculló una palabrota. Iba llegando más gente, que en cuanto se enteraba del retraso del autobús ponía el mismo gesto de enfado que los otros. Si aparecía alguno provisto de paraguas, era de notar un forcejeo a solapo por situarse junto a él. Un repentino escalofrío me llenó la boca de flujo agrio. Pensé que, como solía afirmarse, un clima frecuentemente inhóspito nos hizo a los vascos introvertidos, huraños y taciturnos; aunque poco después, viendo al ansiado autobús enfilarse la recta de la avenida de Tolosa, me acordé de que siempre he sido partidario de rehuir las generalizaciones. Hoy como ayer se me figura que emitir juicios que abarquen indiscriminadamente a esta o aquella clase humana (los negros son tal, las mujeres son cual) es practicar una filosofía de pelotón de fusilamiento. Apiñando gente uno consigue ahorrar bastante munición.

No muchas tardes lluviosas como aquélla hubieron de sucederse para hallar confirmada la sospecha de que existía entre nosotros, determinando a menudo nuestras opiniones sin que acabásemos de advertirlo, o fomentando complejo de inferioridad en el paisanaje, una especie de pensadores públicos diestros en enunciar razonamientos con ademán sereno, palabras ecuanímes y tono afectuoso, pero siempre contrarios a lo vasco. Alguno hubo, ansioso de entrometerse, que arrojó la piedra desde lejos. Así cierto vate rosáceo y marchito de primeros del siglo xx, por más señas mexicano, al calor de cuyas ripiosas blanduras, siendo adolescente, padecí unos cuantos atardeceres de arrobo solitario, del que por fortuna me costó poco tiempo recobrarne. A éste se conoce que le puso la nariz bermeja un lengüetazo que arreó a una chorrada juvenil de Unamuno, vino ya entonces agrio con que aún se empeña en regalarse algún gaznate. El tal, que se tenía por músico de palabras, sentenció aquello, equiparable a una condena, de que los vascos son poetas por excepción. Lo cual, dicho sea de paso, es cierto en todas partes. En cuanto a nosotros, por lo visto son incontestables las pruebas de nuestra inexistencia: nos faltan días de sol, alegría, misterio, tapias encaladas, caballeros noctívagos que declamen sonetos junto a las rejas, hembras escotadas que sacudan gallardamente la melena mientras departen con picardía en versos de ocho; en cambio, sobra quien nos censure. Y ¿con

qué propósito? Dicen que aparte apilar bosta, segar hierba y —como aseveró Jorge Luis Borges con ignorancia de lo que alababa en pueblos mucho menos marineros— estrujar las ubres de las vacas, lo propio de los vascos ha sido contemplar mudos y pasivos el tránsito de tribus que dejaron testimonio escrito de sus crímenes y tuvieron, por tanto, historia; no haber incurrido por timidez, por cazurrería, en conquistas ni invasiones y desconocer, en consecuencia, el hábito de transformar la culpa en epopeya; seguir al cabo de milenios aferrados a los mismos valles y los mismos montes; comer en demasía. Parecido a éste era el raudal de pensamientos que interrumpió la llegada del autobús.

De Checho Aizpurua se rumoreaba que leía un libro a diario. Tenía los ojos como yo siempre he imaginado que los tienen las personas que leen mucho: pequeños y vivos, con la añadidura, en su caso, de que parecían sonreír constantemente tras los cristales gruesos de las gafas. Conversaba escudriñando, como si leyese con fijeza en los semblantes de sus interlocutores. Era muy gordo. La obesidad aindiaba hasta cierto punto sus facciones y era causa de que al caminar su cuerpo enorme se bambolease al modo de un tentetieso. Tenía la tez rosada, los mofletes salpicados de barrillo, poco cuello y una cabellera abundante y lacia, en la que hundía a menudo sus dedos aporretados con el más que probable fin de aliviarse los picores. Por las mañanas solía llegar al aula extenuado, ya que para acceder a la facultad había que vencer una cuesta empinada, bajo cuyo remate en puente discurrían las vías del ferrocarril; o bien, si alguno le hacía el favor de traerlo en coche, subir un largo tramo de escaleras. Cualquiera de ambos caminos representaba un considerable tormento para él. Quienes nos sentábamos a su alrededor estábamos acostumbrados a sus resoplidos y sudores, y a escondidas medíamos los minutos que tardaba su estertor en esfumarse. Pintas y campechanía delataban su origen rústico tanto como el duro acento con que hablaba castellano, idioma que, según sus propias palabras, aprendió en la escuela y no en el caserío donde había nacido y vivía, situado en las afueras de Usúrbil, un pueblecito distante al pie de una docena de kilómetros de San Sebastián. A sus veinte años de edad, aquel mocetón melenudo, cuelllicorto, casposo, obeso y con aspecto de peón de chatarrería, pasaba por ser y era una eminencia en el campo de la filología románica. No recuerdo haberlo visto nunca cargado de libros que no fueran los dos o tres imprescindibles para las clases de cada día, al contrario de otros estudiantes que, sin pensar en leer una sola página de las bibliotecas portátiles que arrastraban consigo, hacían ostentación de su poder económico. Checho Aizpurua, a quien de vez en cuando oíamos departir en latín por los pasillos con el profesor de la asignatura —aquel jesuita riguroso y atrabiliario—, procuraba dar un toque jovial a su portentosa sabiduría. Una saludable tendencia al cachondeo ahogaba en él la tentación de lucirse. Ocurrente, extravertido y cordial, a todas horas se le veía rodeado de un séquito de compañeros que le buscaban, bien para admirarlo y

regocijarse con sus agudezas, bien para exponerle dudas, sobre todo en vísperas de examen. Durante los recreos engrosaban a veces el grupo profesores encontradizos, a quienes frecuentemente ayudaba en sus trabajos particulares. Más de uno lo eximía de examinarse, mientras que otros suplían la prueba escrita con un coloquio de fuste en la cantina, que los demás estudiantes escuchábamos con la boca abierta. Nunca olvidaré la mañana en que el profesor de fonética y fonología le propuso en broma intercambiar los puestos. El gordo Aizpurua rehusó tajante, pero empezaron los presentes a jalearlo y tuvo batería de ellos para que mudara de parecer, y al fin acabó allanándose a cederle su silla al profesor, subió al estrado y estuvo cerca de una hora matándonos de risa con su descacharrante disquisición acerca de las fricativas en lengua española.

A fuerza de empellones logré incrustarme en la masa humana que abarrotaba el autobús. La puerta se cerró a mi espalda con un golpe seco de guillotina, segando las protestas de los diez o doce infelices que se quedaron a la intemperie. Viajé cosa de dos kilómetros con el envés de mi persona aplastado contra una gabardina mojada, hasta que, ya en el barrio del Antiguo, se apeó una parte del pasaje. Ráfagas de frescor vivificante entraron allí por las puertas abiertas, expulsando el aire estadizo que empañaba los cristales. Yo aproveché la holgura que se formó de pronto en el pasillo para colocarme en un lugar acorde con el deseo de una vida más larga. Entonces lo vi. Desde la plataforma del fondo contemplaba prójimos con gesto risueño. Me dije: ve a pedirle orientación en materia de surrealismo. Y sin perder un segundo me abrí plaza hasta él.

—¿Adónde con esas prisas? —me dijo—. Para y sosiega, que ni los periódicos ni la radio han tenido tiempo de difundir la noticia de tus espectaculares novillos de esta mañana. La policía no te persigue aún.

—Me figuro que soy hombre muerto.

—*Non est, quod timeas*. Por desgracia sobrevivirás. La plebe estudiantil está defraudadísima. Pontifex pasó lista como de costumbre, llegó a la ge, no respondiste. Algunos se frotaban las manos, en la inteligencia de que pronto tu sangre culpable salpicaría la pizarra. El cruel magister escrutó la masa silenciosa para confirmar tu ausencia, esgrimió el lápiz y anotó tu nombre en la agenda de los morituri. Podía percibirse en el ambiente ese olorcillo a regocijo encubierto que precede a las ejecuciones públicas. *Ex improviso* una de las chavalas que se sientan por nuestra zona truncó la fiesta declarando ante el senado que te había visto por la mañana correr hacia el dentista con las manos en la quijada, en señal de horrible padecimiento.

—¿Y con esa trola cándida me das por salvado?

—¡Hombre! Yo en tu lugar me arrancarí a por si acaso una muela, la picaría con un buril y la llevaría a clase en un frasquito, no vaya a suceder que al *tyrannus* le entre antojo de pedirte una prueba de tu padecimiento. Aunque yo, la verdad, me temo lo peor, o sea, que tu crimen quede impune. Y esto digo porque la chica ha

sabido derrochar verosimilitud a centenadas al llamarte varias veces en el curso de la berza pobre muchacho. Pontifex dio muestras de condolerse. Seguro que anda jodido de algún molar.

—*Ergo* ¿estoy absuelto?

—*Salva res est*, siempre que no olvides presentar la reglamentaria disculpa con la firma falsificada de tu viejo.

—A mi padre conviene no abrumarlo con esas tareas intelectuales. Dudo que sepa escribir más allá de la tercera letra de su nombre.

—Pues es un genio, porque al mío, en ocasiones semejantes, todo lo que se le ocurre es escarbarse los dientes con la punta del bolígrafo.

A la salida del túnel de Miramar, un frenazo me arrojó de sopetón contra las carnes de Aizpurua, que se protegió tensando el vientre. La violenta sacudida produjo una avalancha de viajeros en el pasillo, dos de los cuales se desplomaron con una imperturbabilidad más propia de bolos que de seres dotados de ánima viviente. De tal suerte quedaron abrazados en el suelo uno encima de otro, que a no saberse que era sin voluntad aquella indecente trabadura, se armara a lo mejor un escándalo de alivio. Se desató, luego del susto, un torbellino de quejas con destino al conductor. Este, desde su puesto, las repelió sin contemplaciones lanzando una andanada de groserías. No lejos del rincón donde Aizpurua y yo nos encontrábamos, vi que una mano venosa de anciana pugnaba por descorrer una ventanilla. Se me hace a mí que la anciana consumía todas sus pobres fuerzas en estirar el brazo y alcanzar con las yemas el agarradero prendido al cristal. Rozaron los dijes temblorosos de su pulsera la cabeza del mutil fornido, que a su lado usufructuaba el asiento sin piedad de canas ni de arrugas. Se irguió por fin el fortachón a poner por obra el propósito de la mujer; y hecho, se sentó y así no tuvo más molestia de ella. Bocanadas de fragancia marina penetraron a través del hueco y como a la rebatiña se apresuraban a inhalarlas docenas de narices. Le pedí a todo esto a mi compañero que me explicara en qué consiste el surrealismo.

—Tengo un compromiso intelectual de aquí a una hora —agregué—. Si me echaras un cable...

—¡Goicoechea, en qué lío te habrás metido!

Le dije la verdad: que pretendía ingresar en un grupo surrealista sin saber una palabra acerca de ese movimiento artístico.

—Pero algo sabrás —replicó mirándome con fijeza—, un par de generalidades, lo más elemental.

—Lo único que yo sé es que mi surrealista favorito se llama... —y como no lograra acordarme del nombre, hube de buscar el papel donde lo tenía anotado— Max Ernst.

—¿El pintor?

—Ah, pero, ¿es pintor?

—La llevas buena, Goicoechea.

Al entrar en la calle de San Martín, flanqueada por edificios denegridos, ya dentro del casco urbano, el autobús dio de improviso un tumbo, al que siguió un nuevo frenazo, tan violento como el de poco antes. Chirriaron los neumáticos con quejido de puerco que el matarife arrastra a viva fuerza. Escamados quizá después del barquinazo anterior, los viajeros supieron agarrarse debidamente a las barras y no se produjo caída ninguna. El conductor profirió por la ventanilla una sarta de palabrotas y en la acera de enfrente el destinatario del verbal pedrisco blandía su paraguas en señal de que no le faltaban ganas de tener pendencia con quien a punto había estado de atropellarlo. Me preguntó Checho Aizpurua si me sonaba el nombre de Breton. Y dije, acordándome de las clases de literatura de la universidad:

—¿Te refieres a Bretón de los Herreros, el dramaturgo del siglo diecinueve?

Aizpurua puso los ojos en blanco, reunió paciencia y me dijo:

—¿Por qué no aguardas al curso próximo antes de hacer pinitos literarios? Tal vez algún profesor se anime el año que viene a tratar el surrealismo. A mí particularmente jamás me ha interesado quitarle el zurrón a esa pilonga. El surrealismo, desengañate, es un cadáver artístico sepultado, descompuesto y comido por los gusanos hace varias décadas. En tiempos constituyó ciertamente un acontecimiento novedoso y llamativo que trastornó el cacumen de multitud de intelectuales, pintores, poetas y demás. Pero acallada la bulla inicial, se vio que el movimiento era simple humareda. Hoy nadie se toma en serio al surrealismo, aunque hay que reconocer que dio lugar a unas cuantas ocurrencias que aún suscitan sonrisas. Yo me apeo en la siguiente parada. ¿Y tú?

Descendimos en la plazoleta del Buen Pastor. Llovía y Aizpurua se dio prisa en cubrirse la cabeza con la capucha de su chubasquero. Luego de apartarse varios pasos con el fin de echar una carta en un buzón, me hizo señas para que nos reuniéramos en los soportales de la acera de enfrente. Reanudamos el coloquio al amparo de una columna, en uno de cuyos lados podía leerse esta pintada: ETA MATALOS. En lo alto del frontispicio de la catedral el reloj de esfera blanca señalaba las cinco menos veinte. Personas con indumentos de luto se arracimaban en el atrio, esperando el comienzo de algún oficio religioso, probablemente un funeral.

—Los surrealistas se ponían a escribir como ardillas espantadas para no tener tiempo de reflexionar sobre lo que escribían. Los estimulaba el despropósito de actuar sin voluntad. Creían que de este modo se exteriorizan las más recónditas interioridades del ser humano. Les interesaba este ejercicio con independencia de toda moral y sin reparar en que los resultados tuvieran o no validez estética. Jugaron a locos, a soñadores, y por eso, no sin razón, la crítica literaria suele encasillarlos en el romanticismo. Yo no sé si me comprendes, Goicoechea. ¡A saber qué te traes tú entre manos esta tarde!

Agradecido, le declaré que sus explicaciones me resultaban muy aleccionadoras y le pedí por favor que no las interrumpiese, porque tenía la completa seguridad de que me iban a servir de mucha ayuda.

—Pues lo que te decía, se dejaban llevar por el impulso impredecible de la mano

y no pocas veces por los dictados del alcohol y los estupefacientes. Eran gente muy agresiva. Entre ellos mismos, a la menor desavenencia, se ponían los ojos como melocotones. Después corrían a contarlo en los periódicos y revistas, y de este modo, alardeando de brutos, iban dándose a conocer en todas partes.

Frente a nosotros la catedral se erguía con imponente compacidad, la piedra revestida de verdín y enganchadas en las agujas de ambas torres vedijas de bruma tenue.

—La escritura automática es puro narcisismo y yo no creo que de la falta absoluta de método pueda resultar jamás una obra apreciable. Los surrealistas eran tipos expertos en llamar la atención, eso es todo. En España el surrealismo no tuvo el mismo carácter beligerante y exhibicionista que en Francia y contribuyó a crear un periodo de fecundidad literaria, aunque restringido a la poesía, que como tú bien sabes es un terreno donde suelen abundar los majaretas.

Las objeciones de Checho Aizpurua al surrealismo aquella tarde turbia y lluviosa no consiguieron apartarme de mi propósito; antes bien avivaron mi curiosidad, exacerbando el estado de impaciencia y nerviosismo que me embargaba. Tenía la impresión sobrecogedora de hallarme en los prolegómenos de un acontecimiento crucial de mi biografía, en vísperas acaso de una batalla en la que, para alcanzar la victoria, habría de esforzarme con el denuedo y la pericia de un combatiente de primera línea. Ardía dentro de mí, al modo de una brasa en medio de toda aquella zarabanda de pensamientos y emociones, el placer previo al pecado mortal que se comete a sabiendas, y aunque a la sazón ya no mantenía trato con las divinidades, no por eso dejaba de representarme al surrealismo —impulsado seguramente por una interpretación superficial de las palabras de Aizpurua— con tintes religiosos, a la manera de una oscura herejía, de una confabulación satánica, de un goce espiritual perverso.

De cuanto había dicho mi compañero de facultad en el autobús de línea y más tarde bajo los arcos de la plazoleta, frente a la catedral del Buen Pastor, quizá yo no retuve sino lo meramente episódico. Fuerte hechizo ejercieron sobre mí, por ejemplo, sus alusiones a las bebidas alcohólicas, las drogas y las pependencias, que me llevaron a columbrar, tras el vocablo surrealismo, una fiesta mágica con mucho bullicio y diversiones maléficas. Esa vislumbre se me figuraba confirmada por el jolgorio radiofónico que tanto me había impresionado al amanecer. Cierto que a mí, por mi carácter retraído, no me iba a resultar fácil adaptarme al estilo desvergonzado de aquella gente vocinglera; pero al mismo tiempo abrigaba grandísima confianza en mi destreza camaleónica a la hora de aparentar lo que no se es ni se cree de veras y sobrevivir una vez más con ayuda del disimulo. Y si a la postre el proyecto surrealista a que yo deseaba incorporarme a toda costa, no fuera sino lo dicho por Aizpurua —triquiñuela, charanga, ruidosa vaciedad—, no se me daba en el fondo poco ni mucho de ello, pues muy poco podía yo perder no siendo nadie en el mundillo de las letras y porque tampoco era yo tan simple que no supiese discernir de mis escritos auténticos

algunos otros que adobaría de vez en cuando con el objeto de satisfacer las exigencias de ortodoxia por parte de mis futuros correligionarios. Y así, determiné que llegada la ocasión me partiría en dos mitades; la del poeta encerrado con su verdad secreta en casa y la del surrealista de quita y pon dispuesto a bailar el agua a cualquiera.

Se levantó algo de viento y la lluvia entraba a rachas en el soportal. Por esta razón, y porque nos parecía que se estaba juntando demasiada gente detrás de la columna, acordamos Aizpurua y yo proseguir nuestra plática en un bar que se hallaba a la vuelta de la esquina. Entramos y pedimos pacharán. Llevó Aizpurua la copa al encuentro del labio ligeramente adelantado, que la esperaba ya con un poquitillo de temblor. Despuntó un ápice de lengua rosada, y se disponía micompañero a efectuar el primer sorbo cuando su vista se fijó de repente en mí. Al punto se demudó y detuvo el trago. Me escrutaba, no sé si estupefacto, pero desde luego sorprendido; fruncía el ceño y se dijera que acababa de descubrir en mi semblante los estigmas de una lacra horrible. Y dijo con mucha guasa, cambiando de repente la expresión:

—Oye, ¿no estarás por casualidad en camino hacia la reunión esa que anda convocando estos días por radio una pandilla de guillados?

Apenas hube asentido, estalló él en carcajadas, y riendo me estrechó varias veces con fuerza entre sus brazos.

—Tienes que calentar el carácter —me dijo— con unas cuantas copas. Si se dan cuenta de que eres un pajarito, te despedazarán. Echa unos tragos y sal de ti mismo hasta que suenen las doce campanadas.

Seguidamente pidió otra ronda de pacharanes; quise suponer que a su cuenta, porque a mí, la verdad, no me alcanzaba el peculio para mucho gaudeamus. Sin terminar de beber, hizo que nos sirvieran otra copa, y no contento con que me achispase, se le ocurrió que me convenía fumar un puro.

—Créeme —dijo—. Chupando de veguero impresionarás en ese concilio de mariposas. Fuma y vence.

Él mismo encajó en mi boca una tagarnina torcida y gruesa, que extrajo de un bote roñoso lleno de ellas. El tabernero se lo había puesto en las manos. De pronto, uno con boina y bigote que estaba de mirón al costado de una mesa donde se jugaba a los naipes, se vino, sin ser de nosotros llamado, a darme fuego.

—Chaval —dijo, retirando de manera paulatina la mano para obligarme a humillar la cerviz en seguimiento de la llama—, el día que ese tronco llegue a colilla serás abuelo.

Aizpurua, inclinado sobre la barra, se había puesto a escribir no sé qué cosa en una servilleta de papel. Oyó al entrometido y se volvió de golpe a replicarle:

—Se conoce que usted no sabe con quién habla. Aquí donde lo ve, flaco y tímido, mi amigo es escritor.

—¿Escriqué?

—Escritor.

—Por mí como si es obispo. Van cien duros a que este joven no aguanta media breva sin desmayarse.

Detrás de la barra el robusto tabernero secaba vajilla con el delantal. Tenía los

antebrazos cubiertos de tatuajes. Terció enfurruñado.

—No seas metete, Amilibia. Deja vivir a los jóvenes.

—Tú, Pascual, sólo atiendes al interés. Hace mil años que llevo viendo ese puro asqueroso dentro de la lata.

—¿Y qué?

—A ti también te juego los cien duros.

El tabernero no hizo caso del desafío; impertérrito, continuó secando la vajilla. Aizpurua, que por señas había pedido más pacharán, se encaró de nuevo con el pelma y le dijo:

—Si fuera usted más despierto habría encontrado en la débil persona de mi amigo vestigios de una antigua corpulencia. Tenía usted que haberlo visto levantando la piedra de ciento ochenta kilos en las últimas fiestas de Hernani. Doce alzadas en tres minutos. Hoy, pálido y demacrado, apenas es capaz de sostenerse. Un cáncer le está comiendo la tráquea.

El tal Amilibia se quitó la boina como si le quemase sobre la brillante calvicie. Ensayó indeciso una mueca en son de disculpa, y estrujando el billete de quinientas con el puño, lo ocultó en un bolsillo de su chaqueta. Resuelto a secundar la malicia de Aizpurua, dobló la cabeza lentamente, fingiendo desolación y que me pesaba se hablase de mi enfermedad en público. Me miraba Amilibia boquiabierto y turbado, sin saber qué decir. A mí me parecía que ya habíamos hecho suficiente escarmiento al pobre diablo; pero Aizpurua, que no debía de creerlo así, continuó con el embuste, diciendo:

—Mi amigo se muere cualquier día de éstos. Mañana, quizá esta noche o dentro de media hora. Los médicos no pueden ayudarle. La diña y está resignado.

Hizo una pausa para apurar un resto de pacharán. Y continuó en el mismo tono sosegado que hasta entonces:

—Comprenderá usted que mi amigo está en su derecho de fumar este puro viejo sin que nadie le moleste. Quedándole tan poca vida, ¿qué necesidad tiene de cuidarse?

—Claro, claro —farfullaba el pasmarote—, siendo así la cosa...

—Eres un metete, Amilibia —intervino el hercúleo tabernero—. ¿A qué vienes a joderle al chico sus últimas horas?

Amilibia, muy corrido, pidió disculpas; satisfecho de que se las aceptáramos, quiso mostrarnos buena fe haciéndonos un gusto, y para ello extrajo del bolsillo el billete de quinientas y lo arrojó sobre la barra, dispuesto a apoquinar los pacharanes y mi cigarro. Porfiaba que habíamos de beber otra ronda a sus expensas; pero rehusamos de firme, y tras agradecer el convite, salimos a la calle, donde con no poca risa celebramos la burla. De vuelta al soportal, Aizpurua me enseñó lo que había escrito poco antes en la servilleta de papel. Era un poema.

—Llévalo —dijo— a tu reunión de ángeles. Me imagino que te pedirán alguna muestra de tu sabiduría surrealista. Enséñales esta nonada sin decir que es apócrifa y

a lo mejor quedas como un rey.

Muy lejos estaba yo entonces de suponer que aquel papel fino y arrugado contenía el primer texto que, andando el tiempo, habría de publicarse con mi nombre. Rezaba así:

TUFO A VIOLETAS

Después de un infeliz hartazgo de matrices
formando turbias filas de moribundos
los hombres buscan para desencadenarse en su saliva
aquellos viejos cofres repletos de guijarros

Pasaban de las cinco en el reloj de la catedral. Aizpurua expresó su deseo de verme al día siguiente en clase. Le picaba, dijo, la curiosidad por conocer con detalles cómo había discurrido la tertulia surrealista. Me deseó suerte, así como un pronto restablecimiento de mi presunto cáncer de tráquea. Tras esto y un abrazo que me dio, nos despedimos y se fue. Ignoro por qué razón permanecí junto a la columna viéndole alejarse, con su típico bamboleo, por una de las aceras que bordean la catedral. Caminaba presuroso, apartado de las fachadas que habrían podido protegerle de la lluvia. De pronto se detuvo. Advertí que volvía la vista y de un salto me oculté. Cosa de medio minuto estuve sin moverme; luego me asomé con precaución. Aizpurua acababa de subir la escalinata. Volvió de nuevo el rostro, pero no parece que llegara a divisarme. Por fin enristró hacia el atrio, que en aquellos momentos se hallaba vacío, abrió el portillo y se metió en el templo.

De camino al Goya, me detuve cerca de veinte minutos bajo la marquesina de una tienda de juguetes. Una y otra vez desdoblaba la servilleta y releía el poema de Checho Aizpurua. ¿El poema? ¡Para sí quisieran esos cuatro renglones un sentido una denominación tan noble! Y me decía entre mí: la tarea de componer poemas está reñida con la improvisación; un poema es el resultado de una búsqueda prolija; como todo quehacer artesanal, la obra poética requiere esmero, lucidez y un hombre a solas. Entendía perfectamente que el gordo Aizpurua, no siendo poeta, se tomase a broma la poesía; de igual modo habría yo podido pitorrear de sus venerados clásicos griegos y latinos, que, con independencia de su valor histórico o literario, me dejaban frío, por no decir helado. Para mí, en aquellos tiempos, nada existía más santo ni solemne que el arte de la poesía y consideraba, en consecuencia, que la barra de un bar no era el sitio más apropiado para practicarla.

Después de releerla seis o siete veces, aprendí de memoria la fruslería poética de Aizpurua. Por temor a que me oyese hablar a solas alguno de los numerosos transeúntes que pasaban a mi lado, no me atrevía sino a recitar los versos entre dientes, a la manera de quien bisbisea una oración. Y a decir verdad me parecía que musitados mejoraban, o cuando menos que podían decirse con mucha ligereza, como

si entre todos ellos conformaran una secuencia rítmica. Poco a poco fue atemperándose el desdén que al principio me habían inspirado, y aun terminó por complacerme su falta de ilación, pues inferí de ella que aquel escrito era genuinamente surrealista y podría, por tanto, prestarme un valioso servicio en el transcuro de la tertulia. Reconocí que lo había juzgado con precipitación, sin entender que Checho Aizpurua, al redactarlo para mí, me había hecho el favor de extenderme una especie de salvoconducto. El rugoso papel me confirió de pronto la confianza de quien lleva un arma oculta en el bolsillo.

Con todo, me desasosegaba grandemente un pensamiento, y era que mi orgullo habría de sufrir una dolorosa desgarradura en el caso bastante probable de que los asistentes a la reunión acogieran con elogios los versos que pensaba presentarles como míos. Para mitigar el reconcomio que este barrunto me producía, determiné hacerme autor de alguna parte del poemilla, de suerte que si alguien lo admiraba, sintiese yo que me salpicaban algunas gotas de su admiración. Con ese ánimo apoyé el papel en la luna de la juguetería y según mi gusto y entender le puse un punto y varias comas, pues consideraba por aquel entonces que privar de signos de puntuación a un escrito era como parir un niño sin párpados o sin orejas. Hecho lo cual, retoqué el último verso, escribiendo *trescientos* donde decía *aquellos*, que se me antojaba vocablo poco expresivo, y sin mayor causa cambié *guijarros* por *trompetas*. Estas modificaciones, que no afectaban a lo esencial del poema, me procuraron gran satisfacción. Me dije: Hilario Goicoechea, la casa sigue siendo de otro, pero hay en el último piso un cuarto que te pertenece. No tengas aprensión de morar en lo tuyo.

Quiero referir ahora (pues tengo intención muy firme de que mi historia se asiente en la verdad) que una razón de mayor peso que retocar el poema de Aizpurua o saberlo de corrido, me retenía junto a la tienda de juguetes. Y era la pobreza lastimosa en que me hallaba desde la mañana a consecuencia de la compra de libros sobre surrealismo. Resuelto a poner por obra algún truco que me ayudase a mantener en secreto mi penuria, decidí llegar con retraso al café Goya, pues pensaba que me libraría de hacer gasto si me incorporaba a la reunión una vez que los concurrentes hubieran solicitado y recibido sus respectivas consumiciones. Con un poco de suerte, se habría congregado en torno a la mesa un número tal de caras nuevas que a nadie llamaría la atención la llegada de otra; pero si no era así, sino que a lo mejor, notada mi presencia, todos callaban de repente, procuraría mediante un leve gesto de saludo presentarme de la forma menos aparatosa posible. Acto seguido llevaría a efecto las fases segunda y tercera de mi plan, consistente la una en tomar asiento en parte donde me pareciese que estaría a buen recaudo de miradas, la otra en acechar la ocasión de apoderarme con cautela de algún vaso o taza vacía para que nadie reparase en que me había faltado de beber. Esto decidido, me despedí de las muñecas del escaparate, del tigre de peluche, del robot con cara de pocos amigos, del cerdo-hucha y del trenecito en cuya locomotora se encendía una luz intermitente del color de la brasa de mi puro. Seguía el cielo blanquinoso derramando tristura sobre la ciudad.

A mi llegada al Goya, un chaval, que supuse sería el sobrino del tabernero, esparcía serrín por las baldosas de la entrada. Hallé la cafetería con más luz que a media mañana y también más concurrida. Corrillos bulliciosos de bebedores se arracimaban delante del mostrador, y envuelto en una nube de humo de tabaco, conversaba aquí y atendía allá el ojeroso tabernero. Me pareció conveniente que no me viera. La cabeza agachada, los pasos de gato y dentro del pecho un redoble de palpitations, me dirigí al recinto contiguo, donde hacía cosa de media hora que debía haber comenzado la tertulia. Me las prometía muy felices pensando estaba a pique de ocurrirme la primera peripecia de una más o menos gloriosa carrera literaria, pues yo, como la mayoría de los hombres, según creo, abrigaba el candido presentimiento de no haber venido al mundo en vano. Me llevé, con todo, una decepción de padre y muy señor mío cuando vi que no había nadie sentado a la mesa cubierta con el impecable mantel blanco. Se me figuró entonces que el pretendido cónclave de surrealistas era una broma. Volví la vista a todas partes, tratando de descubrir en algún rincón, o en la calle, o en alguna de las ventanas del edificio frontero que se podían ver desde el interior de la cafetería, a los autores de la travesura, a quienes imaginaba entregados a la lindísima diversión de contar los pardillos llenos de esperanza que, como yo, iban llegando al Goya. Estaba, pues, claro que todos mis esfuerzos, preparativos y maquinaciones de ese día no habían servido para nada. Me indigné, me indigné como pocas veces, y acometido de un ramalazo de coraje, decidí marcharme, abandonar la poesía, emprender una guerra personal contra la humanidad, convertirme en árbol. Por suerte encontré muy pronto la manera de desfogar la rabia que me corroía, y fue que llegado ante la puerta, me di a estropearle al joven camarero su trabajo, llenándole de pisadas la playita de serrín que absurdamente se empeñaba en mantener intacta. Hasta cierto punto el muchacho se interponía en mi camino. Quiero decir que aunque no taponaba la salida, se hallaba lo suficientemente próximo a ella como para hacerle creer que su cuerpo semiagachado suponía un obstáculo punto menos que insalvable. Acercándome a él por detrás simulé que no podía abrirme paso ni por su derecha ni por su izquierda, y de este modo le pisoteé a placer los flancos y la retaguardia. Oyó el chaval que a su espalda alguien chascaba la lengua con disgusto y se apartó rápidamente a un lado y yo tras él, y acto seguido, al otro y yo lo mismo, como si atados ambos con una cuerda él tirara de mí, de suerte que al cabo de unas cuantas idas y venidas no quedó un palmo de serrinada sin hollar. Para que no pensase que le hacía todo aquello adrede, le pregunté con fingido malhumor si se había propuesto retenerme en el local. Sin decir palabra se hizo a un lado y yo pasé adelante. Desde el umbral, donde me detuve a mirar la lluvia, oí que renegaba, erguido en el centro de la fechoría. Me dije, con el puro en la boca: por hoy ya te has mojado bastante. Y formé propósito de permanecer en el café hasta que escampara; eso sí, firme en mi determinación de no

hacer gasto. Conque entré de nuevo, a tiempo que el muchacho sacaba del costal un puñado de serrín. En los surcos del entrecejo le columbré la mala idea y, por cerciorarme, amagué un salto. Él, que sin duda no esperaba la finta, lanzó el serrín con fuerza hacia donde creyó que con él me atinaría. En ese instante, toda la irritación que me recomía dio un brinco de sapo y se zambulló en las pupilas acuosas del chaval. Pasé ante él como vieja beata que vuelve de comulgar y me dirigí directamente a la mesa blanca, resuelto a celebrar yo conmigo la reunión. Donde mejor me supo me senté. Reencendí la tagarnina, y no me había dicho dos palabras entre dientes cuando vi a través de una voluta de humo levantarse de una mesa vecina a un tipo de párpados oscuros, atuendo raído y edad puede que tres o cuatro años mayor que la mía, el cual, enristrando hacia mí, me alargó una mano y se presentó como poeta. Le convidé a tomar asiento, aunque me parece que sus nalgas ya se habían puesto en camino de posarse antes que yo les mostrara cortesía. No bien se hubo sentado, sacó sin vergüenza ni temor unos papeles en los que tenía escrito un largo poema, la mejor obra, según dijo, salida nunca de su mano. Manifestó deseos de leérmela y saber qué juicio me merecía. Al punto comenzó a bisbisear versos que los ruidos del local me impedían entender, e hizo al poco un alto en la lectura para averiguar, escudriñando mi semblante, la impresión que su poema me causaba. Con simulada rotundidad le dediqué una retahíla de elogios a cual más grueso, enderezados a que él, en recompensa, cesara de arrojarme fuego por los ojos.

—Juraría —le dije para terminar— que el comienzo de tu poema guarda similitud con el universo pictórico de Emst.

A lo que contestó él no poco ufano:

—Ya me figuraba que sería admitido en vuestro grupo.

Me fue imposible evitar cierto retintín al declararle que me tomaba por quien no era. Decepcionado, dobló los papeles, los restituyó a un cartapacio que llevaba consigo y ya no hablamos más. Poco a poco otros jóvenes que se hallaban dispersos por la cafetería, se acercaron a nosotros y fueron tomando asiento a la mesa.

Seríamos al pie de doce o trece los que nos habíamos juntado cuando, pasadas las seis de la tarde, aparecieron en fila india los tres organizadores de aquel cenáculo juvenil.

El primero fumaba un puro fachoso, no muy distinto del mío. Al parecer se le había mojado viniendo por la calle y apenas le tiraba. Desde mi sitio, en el rincón, yo le veía succionar con toda su alma, hechas hoyuelos las mejillas, sin que en ningún momento lograra exhalar una cantidad de humo digna de llamarse bocanada. Con frecuencia aplicaba la llama de su encendedor al extremo del veguero. La otra punta, mordida y chupada, se conoce que se le deshacía dentro de la boca, pues de continuo se inclinaba él para escupir alguna hebra de tabaco. Al poco de comenzada la reunión, se le terminó la paciencia, arrojó el puro al suelo y lo pisó. Acto seguido se dirigió a la barra y regresó visiblemente satisfecho, dando profundas caladas a otro nuevo que era el doble de fino y corto que el anterior, pero humeaba de maravilla.

Este del puro se llamaba Josu Ruiz, persona de pocas carnes y de no muchas palabras. Vestía pelliza de cuero con forros y vueltas de piel, prenda de moda entonces entre quienes podían sufragar lujos semejantes. Él la colocó con esmero, y aun diría que con mimo, sobre el respaldo de su silla. Me parecieron sus modales, si no refinados, correctos, o quizá lo creí yo así por contraste con la rudeza patente de sus camaradas. No le faltaba, sin embargo, un punto del aspecto desidioso de quien acaba de levantarse de la cama. La barba de cacto, los ojos encendidos y la mirada mustia daban a su fisonomía un aire de mastín, de perro grande y manso al que no es posible contemplar sin contagiarse de su somnolencia. Llamaba la atención la forma de su cabeza, que era tal que parecía un segmento de tablón, idóneo para cegar aspilleras si no lo impidiesen las orejas, salientes en demasía. Era por añadidura pelón, ya que hacía poco tiempo que había sido licenciado del ejército. Esto dijo con sorna para contestar a una muchacha curiosa, la cual dio en interesarse por su vida y le hizo muchas preguntas, y una de ellas se refería a si era él estudiante o lo había sido y tenía ya obtenida alguna licenciatura.

Al principio, viéndolo saborear en silencio su cigarro y aspirar el aroma de su coñá antes de llevar la copa lentamente hasta los labios, sordo al chisporroteo incesante de asertos, de réplicas, de puntualizaciones, dije entre mí: he ahí un hombre aplomado, impasible, con personalidad. Bastó, sin embargo, que tomase una vez la palabra para advertir de golpe cuán errada había sido mi suposición. Tras la engañosa apariencia de mesura se ocultaba un individuo gesticulante, sarcástico e impulsivo, que al excitarse hablaba aleteando con las manos como un colibrí y a quien no parecía causar gozo ninguno que se le contradijese. De vez en cuando, luego que algún concurrente hubiera manifestado una opinión con la que él no estaba de acuerdo, se estremecía y daba un brusco respingo sobre la silla; perdida la calma, sus manos, sus cejas, la piel de su frente y diría que todas las partes móviles de su cuerpo comenzaban a agitarse como si contendieran unas con otras por hacerse con los derechos de refutación. Le sucedía siempre en esos casos que al abrir la boca para expresar su parecer, alguien, sin mala intención, le tomaba la delantera. Ponía él entonces poco empeño en hacerse oír; antes al contrario, volviendo de inmediato a su puro y su coñá, se serenaba y durante un tiempo se abstenía de participar en el coloquio. De esta forma, como intervenía pocas veces, y las más de ellas no pasaba de pronunciar una sílaba o dos, nadie echaba en falta sus opiniones ni, por lo visto, esperaba que las tuviese. Me fijé en que sus gestos de enojo eran cada vez más ostensibles y que empezaba a mascullar, y presentí que lo mismo que al comienzo de la reunión había terminado por hartarse de la breva mojada, tarde o temprano se sulfuraría. Y así ocurrió. Dialogaban algunos, hacia la parte central de la mesa, sobre si estriba o no en la fama el supremo objetivo que han de perseguir los artistas. Josu Ruiz no participaba en la plática; pero se conoce que tenía la oreja orientada en aquella dirección. Una vez más llegó a sus oídos una afirmación que no era de su gusto. De nuevo se lanzó, como quien dice, a rebatirla y de nuevo un contertulio le

arrebató sin darse cuenta la palabra. No pudiéndolo él resistir, descargó un furioso puñetazo contra la mesa. Tazas y platillos tintinearón; los presentes, repetida en cada uno de ellos idéntica mueca de extrañeza, enmudecieron, al par que todas las miradas convergían en Josu Ruiz. Y dijo éste en un tono que difícilmente habría podido ser más categórico:

—Lo que se hace sin ambición, sin sana ambición se entiende, es cosa que casi nunca vale nada. Es cagar.

—¿Piensas tal vez que cagar es insano? —repuso sonriente aquella chica que, sentada junto a él, habría de formularle más tarde muchas preguntas acerca de su vida, y que llevaba prendida con un imperdible a su jersey, hacia la parte alta del pecho, a manera de broche, una vistosa mandarina.

El desparpajo de la muchacha desató una risotada general, a la que el propio Josu Ruiz se sumó de buena gana. En adelante dejó de mostrarse retraído; aunque tengo para mí que no poca parte de su creciente locuacidad y buen humor era debida a las copas de coñac que bebía sin descanso. Relató aventuras de su reciente servicio militar en un cuartel de Ceuta, historias más bien inverosímiles en las que él de todas todas desempeñaba la función de héroe. Sucedió que al hilo de uno de los chuscos relatos reveló su edad. Veintiún años tenía, nueve menos de los que en un principio yo le había calculado.

Entró en segundo lugar un adolescente con sombrero de copa y facha de pillastre, a quien sus compañeros apodaban el Pulcro. Imaginé que lo llamaban así por ironía, pues su figura desastrada representaba aproximadamente lo contrario de lo que la generalidad de las personas acostumbra entender por pulcritud. De lejos se advertía, sin embargo, que su miseria no era obra de un destino riguroso, sino fingida con probable propósito de exhibirse y escandalizar. La primera vez que habló pensé: menudo bicho, y a partir de ese momento, cuanto hizo y dijo en el transcurso de la tertulia confirmó de todo en todo esa opinión. El Pulcro llevaba sus antojos de provocador al extremo de mostrarse muy desconsiderado con el prójimo. En su boca parecía el idioma, más que un instrumento de comunicación, un arma blanca, con la que él repartía navajazos a tante bonete. Ante sus compañeros se mostraba en cambio dócil y temeroso. Le reprendieron éstos varias veces por uno u otro motivo, con acritud en que se echaba de ver el ascendiente que sobre él tenían. Le mandaban que callase y se quedaba tamañito, sin osar nunca enfrentarse con ellos ni contradecirles, en tanto aprovechaba la menor ocasión de zaherir a cualquiera de los otros asistentes.

A menudo se jactaba de sus andrajos y cochambre y ponía por obra alguna guarrería. Así, por ejemplo, simulaba sacarse piojos de las greñas, introducirlos en la boca y masticarlos con deleite, al par que encarecía su sabor a marisco fresco y convidaba a probarlos. Contó una vez que debido a los hongos se le estaban poniendo los pies blancos, especialmente en las uñas y entre los dedos; que algunos días daba en raspárselos con un cuchillo de la cocina y que el polvo y escamas que de esta forma se extraía los empleaba para sazonar secretamente el almuerzo que su padre

acostumbraba llevar a la oficina. Pretendió a continuación que todos los presentes que tuvieran hongos en los pies levantaran el brazo; pero ninguno de sus dos amigos consintió en que siguiera adelante con la majadería. En otro momento aseguró que las ladillas de su ingle izquierda eran dulces, mientras que las de su derecha amargas, pese a lo cual no sentía predilecciones, sino que según las horas comía las de un lado o las del otro, y con frecuencia también mezcladas. Dijo, en fin, entre otras muchas indecencias, estar muy orgulloso de poseer, con cuarenta y tantos días sin bañarse ni ducharse, la marca de desaseo de su colegio.

En toda la tarde no se quitó el sombrero de la cabeza, tampoco cuando fingía despiojarse, ya que entonces sólo lo levantaba hasta dejar una abertura por donde meter los dedos. El sombrero era negro, como por lo demás toda su indumentaria, razón por la que parecía se hubiese disfrazado de antiguo cochero de carruajes fúnebres, al menos mientras mantuvo oculta la prenda risible que llevaba debajo del gabán. Cubría su torso esmirriado una camisa de pijama, rota aquí, deshilachada allá, y en todas partes ajada y llena de lamparones. Como constantemente hurgaba en los agujeros, no paraba de alegrarlos. Se hizo por fin en la zona del pecho un desgarrón por el que podía meter la mano fácilmente, y con ella dentro se rascaba sin disimulo, acusando una y otra vez a su padre de haberle pegado la sarna.

Suscitaba, la verdad sea dicha, entre los reunidos a la mesa más sonrisas que rechazo, no sé si a causa de su corta edad y pintas de diablillo; o porque sus agresiones eran sólo de palabra; o porque al estar sobremanera claro que jugaba a niño terrible y a pordiosero, ninguno o casi ninguno de los presentes le tomaba en serio. Podía suceder también que éstos, con tal de ser admitidos en el grupo, estuvieran quizá dispuestos a soportar cualquier humillación. En cuanto a mí, yo no le encontraba al muchacho la gracia por ninguna parte, como tampoco, al parecer, sus compañeros, que ni le reían las gracias ni le permitían a menudo terminarlas. Estos a veces le hacían callar mediante un seco imperativo, acompañado de una mirada feroz. El Pulcro obedecía sin rechistar y durante un lapso, por lo general breve, no molestaba a nadie. En silencio se dedicaba entonces a enredar en los descosidos de su pijama o a combatir con las uñas algún picor, hasta que, para congraciarse con sus amigos, decía afablemente alguna cosilla. No bien advertía que de nuevo le dejaban tomar la palabra, rebullía en el asiento y, recobrando la sonrisa de golfín, volvía a sus cuchufletas y mordacidades. No le faltaba inteligencia para ofender según el punto débil de cada uno, en cuyo rápido descubrimiento mostraba notable perspicacia, y aunque los más le dispensaban indulgencia, milagro me parecía que ninguno le parara los pies, y aun zumbara un soplamocos.

Ya una vez, al poco rato de su llegada, estuvo a punto de producirse por su culpa un altercado. El joven camarero anotaba con ceño hosco los pedidos en una minúscula libreta. Se me hace que, aparte realizar a regañadientes su trabajo, le disgustaba sobremanera servir a gente de edad afín a la suya, y que por ello nos ponía mala cara y se mostraba muy poco inclinado a agradarnos. Le notó el Pulcro aquella

cuerda tensa y se la quiso tañer, diciéndole de sopetón:

—Esclavo, ¿hay vodka en este cuchitril inmundo?

Quedó el chaval durante medio instante como muerto de pie; revivió de pronto, la cara crispada de ira, e hizo amago de arrojarse sobre el Pulcro, que sujetándose el sombrero de copa con una mano, se apresuró a buscar refugio tras la silla. Se interpuso Josu Ruiz entre los dos mocitos; pidió calma al uno, ordenó con ademán imperioso al otro que se sentase, todo ello a la manera de un director de colegio que, sin sacarse el puro de la boca, hiciera una demostración de autoridad reconciliando en público a Juanito y Pepito. Tomó después al camarero cordialmente por el hombro, y hablándole no sé qué cosa, se apartó con él y lo apaciguó. Convinieron ambos en el transcurso de su conversación privada que aquél no habría de estar pendiente de nuestra mesa, sino que cada uno de nosotros acudiría por su cuenta a la barra a pedir consumición. Me alegré yo muchísimo al saber esto, por lo que ya he contado en otra parte.

En el tercero, un mocetón agorilado, corpulento, de espesas barbas negras, abundante melena, rostro frentudo y ojos grandes, escrutadores, reconocí enseguida al compañero de infancia Genaro Zaldúa, el hijo de los ladrones. La inesperada aparición de aquel antiguo conocido, al que me unía un pasado en muchos aspectos borrascoso, me turbó. ¿Este aquí?, pensé, al tiempo que el corazón me daba un vuelco. Largo rato estuve considerando la conveniencia de marcharme. Desde la lejana época de nuestros juegos y andanzas infantiles por los montes, los huertos, las riberas del río maloliente, así como en el frontón y la única calle del barrio de Illarra-Berri, a las afueras de la ciudad, donde vivíamos los dos en la misma casa destartalada y gris, aunque en portales diferentes, apenas nos habíamos visto media docena de veces, todas ellas fruto de encuentros fortuitos en los que siempre pasamos de largo sin saludarnos. Verdad es que en los últimos tiempos lo había visto con alguna frecuencia deambulando cerca de las aulas de historia, con una carpeta y libros bajo el brazo, por lo que supuse, sin darle al caso la menor importancia, que se habría hecho estudiante de dicha especialidad. Después de tantos años de separación Genaro Zaldúa estaba muy cambiado. Con todo, sus ojos saltones lo delataban, de forma que por ellos, y en menor medida por otros rasgos semiocultos bajo las barbas y la melena, me fue posible identificarlo tan pronto como vi su rostro aparecer tras el sombrero de copa de aquel a quien apodaban el Pulcro. Genaro ofrecía un aspecto saludable, fornido, en cierto modo polifémico, sobre todo a causa de la pelambre que se le desparramaba con desaliño por los hombros y la espalda. Nada de ello permitía recordar al niño desmedrado, a la criatura enfermiza y frágil que había sido alguna vez. No bien le dirigí una mirada de refilón, después que hubo tomado asiento al otro extremo de la mesa, me saludó afablemente, por mi nombre. Tanto como su cordialidad inesperada, me impresionó el timbre varonil de su voz. Correspondí haciendo un leve e indeciso gesto con la mano. Asomó entonces por la abertura de su sonrisa, junto al hueco de una pala perdida, la otra rota por la mitad que siete u ocho años antes yo le había quebrado de una pedrada. Me turbé pensando que me enseñaba la melladura para recordarme que aún tenía una cuenta pendiente conmigo. La expresión de su cara era, sin embargo, amistosa, lo que terminó de confundirme, pues no se compadecía en absoluto con el rencor que presumiblemente él debía de abrigar contra mi persona. El temor me aconsejó salir cuanto antes de la cafetería; pero al tratar de incorporarme falló mi decisión y fallaron asimismo mis piernas, que, agarrotadas, no me obedecieron. Me encontraba además en un sitio muy poco a propósito para emprender una fuga discreta. Aquel rincón elegido de intento (pues se me figuraba que mejor que en ninguna otra parte pasaría allí inadvertida mi pobreza) no era posible abandonarlo sin molestar a varios concurrentes que estaban sentados entre la mesa y la pared, lo que a buen seguro habría centrado sobre mí la atención de todos. Aparte de que por mucho que extremase la cautela y el disimulo tenía que

pasar por fuerza junto al mismo a quien deseaba perder de vista.

Nunca hubiera imaginado que de aquella figurita enclenque y asustadiza a la que en tiempos tanto había hecho sufrir, resultaría alguna vez semejante tiarrón. Y por mitigar mi asombro, me decía: ¿acaso el águila majestuosa no procede de un pollo esmirriado? Tenía Genarito Zaldúa poco más o menos mi edad y muchos mote, ya que los niños del barrio con frecuencia le inventaban alguno. Pero con la misma facilidad con que se los ponían los olvidaban, a excepción de uno, debido a mi malicia, que le acompañó como una sombra a lo largo de toda su niñez. Aunque le colgaran éstos un mote y aquéllos otro, a la hora de llamarlo, como quien dice, por su verdadero nombre, todos coincidían en el por mí inventado, Pichablanda, pues él era en forma y contenido, en esencia y accidente, y de la coronilla hasta los pies, Genarito Pichablanda. Ningún apodo lo nombraba y definía mejor que ése. Los otros servían a lo sumo para insultarlo, para reprocharle su poquedad y cobardía. En su ausencia, cuando no era posible soltarle escarnios a la cara, nadie aludía a él sino llamándolo Pichablanda, y yo jamás lo nombraba de otro modo, para que no se perdiera el mote.

La intrépida pandilla arrabalera lo despreciaba por blandengue. Todos sabían que para juegos que entrañasen algún peligro o requiriesen arrojo y fuerza física no se podía contar con él. El propio Genarito, consciente de su impotencia, optaba por retirarse tan pronto como advertía que los otros estaban a punto de entregarse a una de sus acostumbradas aventuras, por regla general violentas, cuando no brutales. Y por esta razón se le veía muchas veces jugando solo ante el portal de su casa. Solo o conmigo, pues en realidad nos parecíamos bastante. Su carácter medroso apenas debía de diferir del mío, según los demás chavales me lo daban a entender de vez en cuando comparándome desdeñosamente con aquel protocagueta. Le cogí por ello una ojeriza feroz.

Illarra-Berri era en las postrimerías de la dictadura un barrio solitario, similar a una aldea, con muchos árboles, huertos y un puñado de casas mugrientas que daban cobijo a familias de extracción social humilde. Habrían de transcurrir aún algunos años antes que la ciudad lo engullera poco a poco, rodeándolo con sus implacables tentáculos de hormigón. Se hallaban las escasas viviendas que lo componían alineadas a uno de los bordes de una carretera vecinal que terminaba abruptamente un par de kilómetros valle adentro, a las puertas de una fábrica de leche. Cerca de ésta funcionaba un negocio de chatarrería, con su depósito de herrumbre en pleno campo. Debido a ello atravesaban el barrio a todas horas del día camiones cargados de chatarra, a cual más viejo y ruidoso. A su paso quedaba flotando por el aire una nube de humo negruzco, que al posarse en las fachadas les daba la coloración hollinosa con que siempre las recuerdo. Paralelo a la carretera fluía, por el fondo de un talud, un río infecto, en cuyo cauce remansado nadaban a placer las ratas. En los días de calor su fetidez obligaba a los vecinos a cerrar las ventanas. Mi padre aseguraba que en sus buenos tiempos él y otros solían pescar anguilas y truchas en aquellas aguas.

Supongo que los peces fueron expulsados del paraíso antes que yo naciera, pues la verdad es que ni exprimiendo mi memoria hasta la última gota consigo recordar otro río frente a nuestra casa que aquel acloacado a cuya orilla discurrió mi niñez. Vivíamos aún en la zona cuando el ayuntamiento, tras un largo tira y afloja con los portavoces del vecindario, se allanó por fin a subvenir la construcción de un colector subterráneo.

Illarra-Berri, con ser un barrio pequeño, albergaba una considerable población de chiquillos. Yo era uno de tantos que cada tarde, a la vuelta del colegio, se juntaban en el frontón provistos de pala y pelota. Corrientemente emprendíamos alguna expedición al monte, donde a veces nos sorprendía la noche subidos a los árboles o construyendo una chabola con ramas. Ninguno se acordaba de la cena, hasta que un cambio en la dirección del viento nos traía de repente las voces con que nuestras madres nos llamaban desde lejos. A toda mecha corríamos entonces ladera abajo sin cuidarnos de ortigas ni de zarzas, espoleados por la esperanza ilusa de llegar a tiempo de eludir los azotes que a cada cual ya le estaban esperando en su casa.

Recuerdo que con varas de avellano solíamos elaborar las lanzas y las espadas con que nos armábamos para jugar a la guerra, uno de los entretenimientos predilectos de aquella asilvestrada chiquillería. A mí, cuando se juntaba un número suficiente de guerreros, no me querían ni los de un bando ni los del otro, y me daban quince segundos para salir del campo de batalla. Buscaba entonces con la vista a Genarito Pichablanda, que, por temor a ser enrolado, solía permanecer escondido a la sombra de algún arbusto. Tan pronto como advertía que no me dejaban jugar, me hacía señas desde su escondite para que me reuniese con él. Yo me agazapaba a su lado y juntos afilábamos lancitas con la navaja, mientras jugábamos a imaginar escaramuzas y refriegas no muy distintas de las que a veinte o treinta metros sostenían enardecidamente los otros chavales. No era por demás el apartarnos a sitio resguardado, que no pocas veces aquellas lides de espadachines y lanceros entabladas por simple pasatiempo se convertían a la más mínima desavenencia en verdaderos combates a palos, y tanto Pichablanda como yo sabíamos por experiencia que en tales ocasiones convenía hallarse a buen recaudo.

Descontando esas veces en que excitados por el ardor bélico y los aromas de la tierra, los chicos se dejaban arrastrar por los impulsos primitivos de la especie, no recuerdo que se produjeran otras riñas que las de rigor entre muchachos que conviven estrechamente y pasan mucho rato libres por la calle. Aquella pandilla se regía como todas de acuerdo con un código elemental basado en el prestigio de la fuerza. Según esto, el comportamiento de cada individuo depende de su posición en una jerarquía tácita. Aprende así uno a conocer y valorar las ventajas que por lo común comporta una complexión robusta; yo al menos me pasé la infancia deseando tener los puños de fulanita, la valentía temeraria de menganita y los diecinueve pelos del pecho de zutanito. Uno sabía en todo instante quiénes dentro de la manada infantil eran más fuertes que él mismo, quiénes más débiles, sobre cuántos tenía la facultad de extender

su dominio y ante cuáles, por contra, le convenía agachar la cabeza con sumisión. Podía ocurrir que a un chaval le diera por crecer y aspirara sin notarlo a sobreponerse a otro que hasta entonces le había precedido en el orden de fuerzas. Inevitablemente sobrevenía entonces la pelea que volvería a poner las cosas en su sitio. La astucia desempeñaba un papel importante en las relaciones del grupo, en especial entre los débiles, es decir, entre los que tenían necesidad de trucos y arbitrios secretos para protegerse; pero en ningún caso servía para suplantar a un puño de hierro. Genarito Pichablanda y yo ocupábamos los lugares más bajos de la jerarquía; o mejor dicho, yo y Genarito, pues él, tan cándido, tan inofensivo, tan enteco, era el único niño de mi edad a quien podía ofender y maltratar a mi antojo, motivo por el cual buscaba a todas horas su compañía.

Muchas tardes, a la hora de la merienda, solía ir a buscarlo a su casa. Bajaba a la calle con mi pan y mis onzas de chocolate, entraba en su portal y subía corriendo la escaleras hasta el piso de arriba, donde tenían los Zaldúa su vivienda. En la puerta colgaba una aldaba con forma de mano que sujeta una bola. Aporreada con fuerza, como yo lo hacía, provocaba ungran estrépito y salpicaba de chispas la oscuridad del rellano. Casi siempre abría la madre, una mujer modosa, cariacontecida, más bien menuda y con una vocecilla muy dulce. Parecía enferma y acaso la pobre señora lo estaba de verdad. Yo no sé recordarla sin su sempiterna mueca triste, sin rulos ni bigudíes en la cabeza, sin su delantal lleno de lamparones ni su aire melifluo y bondadoso cuando a veces me reconvenía por los aldabonazos. Lentamente entornaba luego la puerta, dejándome fuera a la espera de una contestación. Yo aplicaba el oído a la ranura; pero jamás lograba oír una voz, como si madre e hijo se comunicasen por señas o conversaran encerrados en algún cuarto. Nadie sabía cómo era la casa por dentro, y la poca parte de pasillo que yo alcanzaba a ver de vez en cuando desde fuera no permitía de ningún modo desvelar el misterio. Después de un rato regresaba la mujeruca y me susurraba quedamente que sí, que Genaro se estaba peinando y enseguida saldría. Aparecía éste, en efecto, poco después, despidiendo su característico olor a jabón de glicerina. La madre le retocaba un rizo, le alisaba la camisa por detrás o le limpiaba la nariz con un pañuelo, al tiempo que le advertía de los mil y un peligros que podían acecharle por la calle, le rogaba que no se ensuciase ni volviera tarde a casa y le decía de continuo palabras cariñosas. Aquellos mimos, no sé por qué, me exasperaban, haciéndome concebir un odio ciego por el muchacho. La madre lo acariciaba y besaba antes de entregármelo, como quien dice, y a veces descendía en pos de él un tramo de escalera para estamparle otro beso en la frente. Asomada a la ventana, nos veía salir del portal y a continuación madre e hijo se decían adiós con la mano. Cualquiera chaval de Illarra-Berri habría preferido escupir a su madre a dejarse besuquear en presencia de testigos. Para Genarito las carantoñas maternas eran la cosa más natural del mundo y ni siquiera parecía comprenderme cuando yo le reprochaba que consintiese en ser tratado como una muñeca. Algunas veces, bajando por las escaleras en penumbra, yo lo agarraba con ira por el cuello y le

besaba en la mejilla, más o menos en el punto donde su madre lo había hecho poco antes. Era una forma de agredirlo. Él, que lo sabía, procuraba complacer a quien le superaba en fuerza mostrándose pasivo, no fuera que a mi puño le diese por seguir el mismo camino que a mis labios; pero ignoraba que lo que verdaderamente me encendía y llenaba de coraje era su pasividad, y así, por que conociera a qué saben los besos desprovistos del azúcar del amor, fingiendo darle otro le arreaba de improviso una dentellada, o bien lo tiraba al suelo o lo empujaba con fuerza contra la pared.

A fin de que me revelase pormenores relativos a su casa, le formulaba a veces alguna que otra pregunta al respecto; pero no directamente, sino como quien no quiere la cosa, valiéndome por lo general de pequeños trucos y embustes.

—Anteayer —le decía, por ejemplo— mi padre pintó de blanco el techo de la cocina. ¿Vosotros también tenéis pintado de blanco el techo de la cocina?

Genaro nunca picaba, quizá porque a él, avisado por su madre, no se le ocultaba mi propósito; y para decepción de la mía, que era quien me encargaba aquellas averiguaciones, jamás conseguía yo sonsacarle ningún detalle de importancia.

Podía suceder que al poco rato de salir juntos a la calle, el pobrecillo regresara a su casa con las ropas empapadas, gimiendo como un perrito y dejando a su paso un reguero de agua pestilente, ya que a mí a menudo se me antojaba, ¡zas!, tirarlo al río. Yo quería creer que de este modo le imponía un justo castigo por hacerme presenciar las vergonzosas escenas de ternura a la puerta de su casa. Lo cierto era sin embargo que me procuraba grandísimo deleite verlo hundirse y chapotear dentro del cauce hediondo, blanco a causa de los vertidos lácteos, mientras prorrumpía en chillidos, no sé si de espanto o de asco, que me obligaban a picar de soleta sin pérdida de tiempo, no fuera que alarmados por el lloriqueo de Pichablanda llegaran de pronto los otros chicos a defenderlo y me arrojasen a mí también al agua, como ya había acontecido en una ocasión. Con frecuencia le hacía la bribonada; él, que era tan avisado para no contarme cómo tenía la casa, se dejaba sin embargo conducir por mí una y otra vez hasta la orilla del río. Recuerdo que una tarde en que barruntó que me disponía a darle el alevoso empujón, se dio la vuelta y, mirándome con mucho miedo, dijo que no era necesario que lo tirara, que ya se metía él. Le pregunté un tanto sorprendido la causa de querer entrar al agua por su propia voluntad y, con segundas intenciones, si es que en su casa no había bañera. A todo lo cual respondió él diciendo que lo único que deseaba era no volver a lastimarse la rodilla con las piedras del fondo.

—Ah, bueno, pues entonces métete —le dije. Y se metió.

También me acuerdo de cierta trastada que le hice una tarde estival en que para sorpresa de ambos se nos llamó a participar en una guerra de espadachines. Fuimos admitidos porque faltaban combatientes para completar los bandos, aunque en honor a la verdad debería decir que se nos obligó a jugar, a mí al menos no me pareció en absoluto amistosa la invitación. Una vez más tuve constancia del poco aprecio que los chavales del barrio nos profesaban. Se liaron a discutir los dos capitanes porque ninguno de ellos nos quería para su partida. Zanjaron finalmente el pleito acordando

que Pichablanda y yo valíamos por uno y que combatiríamos a las órdenes de quien arrojase su lanza a menor distancia. Nos acogió el perdedor de muy mal grado entre su gente, y tan pronto como nos hubimos retirado con toda la facción al punto de salida, desdeñosamente indicó el lugar adonde debíamos apartarnos para hacer de centinelas, amenazándonos con propinarnos, dijo, «una somanta de hostias si le fallábamos». Se volvió después hacia los otros y juntos se dieron a urdir un plan de guerra, mientras Genarito y yo salíamos en silencio del campo de batalla, un herbazal comprendido entre dos frondosas arboledas, al amparo de cada una de las cuales tenían las facciones ubicados sus respectivos campamentos. En el nuestro, atada por una pierna al tronco de un roble, trazaba líneas en el suelo con un palito la reina a quien se nos había mandado custodiar. Pues era así que cuando los muchachos decidían subir al monte a jugar a la guerra, se procuraban dos niñas cualesquiera que los capitanes se repartían con el fin de guardarlas bajo estricta vigilancia, ya que el objetivo principal del juego estribaba en apoderarse de la que defendía el adversario, de forma que la partida que lo consiguiese se alzaba con la victoria en el combate. No era fácil encontrar un par de niñas que se prestasen a tomar parte en aquellos entretenimientos tan bárbaros como seguramente tediosos para ellas, y de ordinario había que arrastrarlas a la fuerza por el camino arriba, amordazadas para que no chillasen, y una vez en el monte amarrarlas a un árbol con una cuerda. No de otro modo había llegado hasta nuestro campamento la que Genarito y yo debíamos guardar aquella tarde. Aunque desde el declive en sombra donde nos encontrábamos no se podía divisar a los contendientes, una repentina algarabía nos delató que la batalla había comenzado. A este punto le ordené a Genarito que se deslizara hasta el borde de la espesura y sin dejarse ver (ya que nos tenían asegurada una pega de patadas si nos alejábamos más de medio paso de la reina) observara cómo iba discurriendo la refriega y volviera luego a comunicármelo. Arrastrándose por la tierra se llegó hasta un montículo, desde el que me dio a entender por señas y susurros que los nuestros estaban cediendo terreno. Presentí lo que se nos avecinaba; no en vano me había tocado una vez hacer de reina del bando que resultó derrotado en la batalla. La tarde era calurosa, el cielo de un azul pictórico, revestido de deslumbrante claridad. Pájaros y grillos cantaban sin interrupción. Vi en esto a mi compañero de guardia mudar de sitio y apostarse al abrigo de unas zarzas. Llevaba Genarito una gorra amarilla de visera que vista por detrás daba a su cabeza el aspecto de un meloncito. El miedo me desasosegaba y aquella forma redonda ejercía sobre mí una atracción tan poderosa como extraña.

—Resistiremos, Hilarín —dijo de pronto.

Me supo mal, muy mal, el celo con que el mayor cagueta del barrio se disponía a cumplir hasta el último aliento la misión que nos había sido encomendada. Su falta de temor reavivó de golpe en mí la inquina que le profesaba. Con sigilo me aparté de la reina, que seguía embebida en sus dibujos con el palito. De puntillas y sin hacer ruido fui acercándome a Pichablanda, y tan pronto como hube llegado a su lado, por la

espalda, le asesté en la gorra amarilla un palazo descomunal que le hizo caer de bruces sobre las zarzas. Solté a continuación a la niña para que pudiera escapar conmigo; pero ella prefirió quedarse a socorrer a Pichablanda, que al parecer sangraba malamente por una brecha en la coronilla. Perseguido por sus agudos gemidos, escapé a todo correr monte abajo. Supe otro día que los dos bandos se concertaron para ir en mi busca y apalearme.

No menos páfida fue una jugarreta de que le hice víctima algunos meses después. Al cura del asilo Matía, residencia de ancianos donde en común con otros barrios de la zona tenía Illarra-Berri su parroquia, considerando al parecer el estado semisalvaje en que vivía aquel enjambre de chiquillos, se le ocurrió que había que idear para ellos algún entretenimiento bendito de dios y con ese propósito fundó un grupo de baile. La falta de recursos no impidió que la iniciativa del sacerdote obtuviera un éxito inmediato. Varios vecinos costearon un chistu; un segundo fue alquilado con dinero del cepillo de la iglesia; el dueño de un bar aportó el tamboril; una docena de madres abnegadas, entre ellas la mía, confeccionó los atuendos (no siempre a la medida, todo hay que decirlo), y de esta forma, con ayuda de muchos y la buena voluntad de todos, el grupo de dantzaris se consolidó. De la noche a la mañana se hizo la paz en el monte. Los pájaros se quedaron solos. La vegetación fue cubriendo las fortalezas y guaridas construidas con ramas. Las espadas se pudrieron olvidadas en los caminos de lodo. Chicos y chicas se tomaron con tanto ardor el aprendizaje del baile que, no satisfechos con la hora y media de ensayo diario, proseguían en la calle por su cuenta los ejercicios sin la presencia aleccionadora del maestro, sirviéndose para ello de un pequeño tocadiscos que enchufaban en el interior de un taller mecánico. La música se mezclaba de costumbre con el ruido de los martillazos sobre chapa, con el siseo de la pistola de pintar, con los chisporroteos del soldador; pero a ninguno de los entusiastas bailarines parecía incordiar tal cosa. Subidos al remolque de una camioneta aparcada junto a la puerta del taller, Pichablanda y yo disfrutábamos de lo lindo presenciando los saltos acrobáticos, el ágil aletear de los pies despegados del suelo, las arduas cabriolas, así como las patadas a lo alto, los giros y contragiros, los prolongados alaridos de júbilo y toda la compleja combinación de pasos y movimientos propios de la atlética danza vasca. Genarito vibraba de emoción, y contagiado por el ritmo de la aguda musiquilla y el tenaz tamborileo, agitando inconscientemente los pies y las manos también bailaba sobre la furgoneta. Otras veces contemplaba absorto las progresiones de la danza, fijas y dilatadas las pupilas de sus ojos saltones, que parecían los de un hipnotizado. Frecuentemente, al término de alguna pieza, le acometía un raptó de entusiasmo y se encaramaba al techo de la camioneta, donde con no poco riesgo de caerse daba saltos sobre la chapa despintada, aplaudiendo frenéticamente a los sudorosos bailarines que le pagaban con bromas y reverencias tan encendidos homenajes.

Y llegó el 20 de enero de un año de mi adolescencia, día festivo por ser el de san Sebastián, patrón de la ciudad y de nuestro barrio, donde según eral costumbre en

fecha tan señalada los balcones amanecieron engalanados con banderas blanquiazules y verdiblancas, únicos símbolos de carácter local que estaban por aquel entonces autorizados. La víspera había llovido a raudales y por la noche otro tanto; pero de amanecida escampó y durante toda la mañana lució en el cielo límpido un sol cegador. El programa de fiestas, reducido y sujeto de un año para otro a muy pocas variaciones, incluía en aquella ocasión una notable novedad, ya que estaba prevista para ese día la presentación en público del grupo de dantzaris, razón por la cual se había hecho instalar en el frontón un imponente tablado sobre el que, además del baile, se iba a celebrar asimismo un combate de boxeo y la competición anual de bersolaris. Fue un día aciago para Genarito y su familia, un día de los que se llevan de por vida clavados como un estilete en la memoria.

Acabada la misa de once, se congregó en el frontón de Illarra-Berri una gran muchedumbre formada en su mayor parte por familiares de los dantzaris y demás gente del lugar. Era, sin embargo, notable la presencia de numerosos vecinos de caseríos y barriadas próximas, a quienes el buen tiempo reinante había animado a participar en la fiesta. Cerca de un centenar de personas abarrotaba el frontón a la hora prevista para el inicio del baile. Situado en la sombra, el tablado conservaba la humedad debida a los últimos aguaceros. Desde él se expandía un intenso olor a madera recién serrada. En la cara de muchos asistentes se podía advertir la enorme expectación que había suscitado en ellos el número de baile, lo cual no tenía nada de raro, ya que no pocas de aquellas personas, algunas de ellas deudos de los bailarines, habían contribuido mediante su trabajo o sus donativos a hacer posible la idea del cura, y era razonable que desearan comprobar el resultado de sus desvelos. Allá encontré por fin a Genarito, después de haberlo buscado inútilmente durante casi dos horas, sin que nadie hubiese sabido darme razón de él, ni siquiera su madre, a la cual, cuando me abrió la puerta, le caía una lágrima por la mejilla. ¿Sería posible que mis salvajes aldabonazos la hubiesen apenado hasta ese extremo? Poco antes del mediodía divisé a su hijo subido a lo alto de un muro, en la parte trasera del frontón. Estaba primorosamente endomingado, con un abrigo celeste, impecable, que yo no le conocía, zapatos negros de charol, el cabello peinado a raya y el rostro limpio, claro y sonriente. Parecía un muñeco. Sus ojos grandes escudriñaban el gentío. Reparó en mí y por medio de ademanes me convidó a sentarme a su lado. Mi respuesta consistió en una mirada henchida de odio. Se detuvo de golpe en el aire la mano con que me llamaba. Genarito sonrió en señal inequívoca de sumisión. Yo le correspondí amenazándole con el puño. Visiblemente turbado, desvió él entonces la mirada hacia otra parte y yo, con todas mis fuerzas, deseé que se cayera de espaldas al río que discurría por detrás del muro.

El baile empezó con retraso por culpa de uno de los dos chistularis habituales, que al fin no apareció. Durante los primeros compases se produjeron algunos fallos que en los días posteriores los vecinos habrían de achacar a los rayos del sol, que al parecer habían ofuscado a los dantzaris; aunque yo me acuerdo perfectamente de que

el tablado quedaba por entero a la sombra del frontón. No siempre era monocorde el retumbo de las abarcas sobre los maderos de la plataforma. Con los saltos y los giros algunas boinas rodaron hasta el público, que las cogió con alborozo, viendo tal vez en ello un alarde de brío por parte de los muchachos. Detrás del tablado, el cura contemplaba el espectáculo con serena unción; pero a las veces algún que otro saltito o meneo de cabeza delataba los esfuerzos que debía hacer para refrenar su alegría. A su lado el maestro de baile daba continuas indicaciones a sus pupilos y de vez en cuando no podía disimular algún gesto de disgusto. La gente aplaudió con entusiasmo la primera pieza. La segunda desató el delirio. Al término de la tercera las manos despedían humo. Los altavoces anunciaron entonces una breve pausa, «para que nuestros bravos mutiles y guapísimas neskas recuperen el aliento». El público prorrumpió en aclamaciones, dispuesto ya a aplaudir y vitorear por cualquier causa. Sucedió a este punto una desgracia, y fue que, bajando del tablado, el chistulari se cayó por la escalerilla de madera; acudieron prestamente a socorrerlo algunos que se reían de la cómica caída, pero que de pronto dejaron de reírse porque, mira por dónde, el pobre chico, de aquella forma tan tonta, acababa de partirse una pierna. A tiempo de retirarlo el cura se santiguaba con gesto de indignación, como si el músico se hubiera herido aposta. El maestro de baile, pálido y anonadado, se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Corrían de boca en boca rumores acerca de la posible suspensión del baile. Los altavoces preguntaban una y otra vez si alguno de los presentes sabía tocar el chistu. Así las cosas, logré acercarme hasta el cura y le dije al oído:

—Padre, aquel chavalín que está sentado allá arriba, el del abrigo azul claro, ése, padre, ése sabe todas las canciones.

Mandó el cura que trajeran el niño al escenario. El pobre Pichablanda se vio de pronto arrancado de su privilegiada atalaya y conducido de mano en mano, por encima del mar de cabezas, hasta el tablado, donde nada más poner los pies en el suelo le metieron un chistu en la boca. Ni siquiera tuvo ocasión de declarar que no sabía tocarlo. Su aliento produjo un pitido involuntario. El cura se volvió hacia mí enfurecido.

—Sabe tararear las canciones —dije.

Genarito negó, yo reafirmé. Zamarreado por el impaciente sacerdote, el muchacho, a pique de ponerse a llorar, confesó conocer las melodías, pero que por vergüenza no se atrevía a cantarlas. El público más próximo le increpó y el cura, perdida la calma, le largó a vista de la muchedumbre una sonora bofetada. A viva fuerza lo colocó a continuación junto al micrófono y le conminó a mostrar sin pérdida de tiempo sus dotes musicales. Pichablanda, con el rostro bañado en lágrimas, empezó a tararear un zortzico lastimero. No hubo más remedio que concederle unos minutos para que se le pasaran los sollozos. Los dantzaris subieron de nuevo al tablado. Vi que Pichablanda recibía una bolsa de golosinas. Poco después, con ánimo mustio, comenzó a canturrear. Durante media hora remedó junto al micrófono el

sonido del chistu. No siempre alcanzaba a oírsele, borrada su vocecilla aguda por el estrépito de los pies sobre las tablas. De este modo el número de baile, deslucido y ya no tan ovacionado por los espectadores, que acabaron diseminándose antes de su conclusión, pudo llevarse a término. Se retiraron los bailarines y quedó Pichablanda solo en el escenario. Me fijé en la mojadura de sus pantalones y sentí por él algo acaso parecido a la pena. Poco más tarde, durante la comida en casa, me enteré de que era hijo de ladrones.

Pocas veces vi a mi padre despotricar de un modo semejante. Sus puñetazos sobre la mesa hacían ondear la sopa en los platos. En balde trataban mi madre y mi hermana de tranquilizarlo.

—Te oirán —le decían.

Pero él, para demostrar lo poco que le importaba que le oyesen, se volvía hacia la pared y gritaba lleno de ira:

—¡Ladroneeees!

A primera hora de la mañana, un intercambio de reproches entre mi padre y un vecino por causa de un charco putrefacto en medio de los dos portales, que ninguno quería considerar dentro de su jurisdicción para no tener que limpiarlo, reveló casualmente la fechoría. Se supo que Valeriano Zaldúa, el padre de Genarito, había desfalcado a la comunidad tres mil pesetas que le habían sido confiadas el mes anterior. A mi padre le encorajinaba sobre todo la astucia con que el tipo había obrado. La noticia corrió como un lagarto, escaló paredes, se coló por intersticios y llegó por fin al piso de los Zaldúa. Mientras comía la sopa, me acordé de la lágrima que esa mañana lloraba la madre de Genarito Pichablanda al abrimme la puerta. Tres mil pesetas, en aquellos tiempos, suponían una cantidad considerable para la mayoría de los moradores de Illarra-Berri. Una cantidad suficiente para sumir en la desesperación a una familia.

Valeriano Zaldúa era un hombre flaco, oscuro, de cejas espesas y nariz aplastada y violácea a quien por las tardes, a la caída del sol, se le veía llegar montado en su bicicleta. Se me hace a mí que formaba parte del crepúsculo; que éste, sin él, quedaba como incompleto. En los días ventosos se sujetaba la boina con la mano. Me acuerdo asimismo de su cogote, fino y subido, como dicen que es usual entre los vascos de raza. Por algún motivo que desconozco lo apodaban Canuto. Tenía fama de borrachingas, al igual que otros, pero también de jugador. Por ser hombre escurridizo y silencioso, poco dado a relacionarse con los vecinos, le perseguían infinidad de rumores. Se contaba que una noche lo habían visto chocar con su bicicleta contra una pila de ruedas, a la puerta de un garaje que se hallaba a la entrada de Illarra-Berri, y que maldecía a dios y que por lo tardío de la hora nadie salió a socorrerlo y que al alba lo encontraron dormido sobre un charco de petróleo. Se decía también que se jugaba las perras en el frontón, que había perdido años atrás un caserío en las apuestas, que por culpa de su vicio la mujeruca y el chaval pasaban hambre.

A finales de otoño una crecida del río había arrancado parte de la acera, delante

de la casona. Al paso de los camiones cargados de leche o de chatarra, comenzó a agrietarse el asfalto de la carretera. Reunidos los vecinos de nuestro portal, frente al que se hallaba el daño, acordaron construir sin demora, con dinero de la caja común y algo más que puso cada uno, un pretil de defensa. Así se hizo. Sobró cemento, sobraron buenas intenciones y para no desperdiciar ni aquél ni éstas la obra fue prolongada de forma gratuita a lo largo del borde del talud correspondiente al otro vecindario. A Canuto le había tocado ese año, que pronto terminaría, el turno de administrador. A él, por tanto, le fueron entregadas las tres mil pesetas con que a sus vecinos les pareció oportuno contribuir al pago del pretil. Ni un solo céntimo se pretendía aceptar de ellos, y tanto insistieron como los otros resistieron, de suerte que con riesgo de enfadarse mutuamente los unos deliberaron pagar «por cojones» y los otros por los mismos no cobrar. La zorrería con que Canuto Zaldúa se embolsó el dinero mantuvo a ambos vecindarios en calma durante un mes. Mientras que los de un portal se enorgullecían creyendo haber saldado la deuda de honor, estaban los del otro persuadidos de que al fin se había impuesto su razón, y de esta manera vivieron todos en buena avenencia hasta que la rotura de una tubería formó aquel charco pestilente. Trabaron entonces pleito entre ellos, los hombres con los hombres, las mujeres con las mujeres; pidieron los de un lado un acto de generosidad que compensase el suyo de cuando sufragaron el pretil, y al aducir los del otro lado el pago de las tres mil pesetas, se conoció el desfalco de Canuto. Era, como he dicho, un 20 de enero, día de san Sebastián. Sobre las tres de la tarde se improvisó una reunión delante de la casona. Las mujeres, aunque a regañadientes, hubieron de conformarse con seguir las deliberaciones desde las ventanas. Se oyó a todo esto el correr de una persiana en el piso de los Zaldúa.

—¡Baja, Canuto! —le gritaron.

Bajó. Vi a mi padre zamarrearlo y a Canuto dejarse zamarrear como un pelele. No vi más porque mi madre me arrancó de la ventana. Por la noche me enteré de que el pobre diablo había dado palabra de restituir poco a poco el dinero sustraído. Sé que pagaba al principio de cada mes; pero nunca oí decir cuánto.

Me puedo imaginar que el penoso incidente hubiera acabado por difuminarse con el tiempo en la memoria de los vecinos. Tarde o temprano Canuto habría enjugado la deuda y la gente iría olvidando paulatinamente pormenores de la desdichada historia, hasta guardar de ella un recuerdo impreciso. Pero sucedió después de algunas semanas el escándalo que había de hundir de una vez para siempre a la familia Zaldúa en el oprobio. Y fue que una noche desaparecieron dos gallinas de una de las chabolas que había en el patio trasero del edificio. A los gritos furiosos de la dueña se llenaron las ventanas de delantales, moños y murmuraciones.

—¿Si habrán sido otra vez éstos?

—¿Quién si no?

Alguien propuso esperar a que los hombres hubieran vuelto del trabajo para llevar a cabo una pesquisa.

—¡Ni hablar! —replicó una voz enérgica que salía de detrás de una hilera de sábanas colgadas—. Esto lo arreglamos nosotras en un periquete.

Eran al pie de nueve o diez que jadeaban como yeguas cuando derribaron la puerta a coces. Un viejo anhelo se cumplía: franquear el umbral de la misteriosa vivienda. De nada le sirvieron a la madre de Genarito los lloros ni las súplicas. El tropel de matronas sentía prurito de husmear y revolver. Pincharon colchones, abrieron gavetas, alumbraron la carbonera. Las gallinas no aparecían. Hallaron una habitación abarrotada de tuestos con hortalizas; hallaron conejos enjaulados, costales llenos de ropa vieja y mucha suciedad; pero no hallaban ni pluma de las aves.

—Ya las oiremos. Titas, titas.

Pasaba el tiempo, crecía la decepción. En esto, cuando ya algunas mujeres se mostraban partidarias de poner fin al registro, levantó una de ellas por simple curiosidad la tapa de una olla puesta sobre el fuego y descubrió, sumergidas en el agua borbollante, las dos gallinas sin desplumar. La mujeruca debía de haberlas ocultado allí precipitadamente. Sus sollozos no lograron infundir una pizca de piedad al mujerío justiciero, que la molió a golpes mientras ella negaba el delito y balbucía que las gallinas eran suyas, compradas por su marido en el mercado de San Martín. Y las otras: «habráse visto qué descaró»; y ella repitiendo sin parar que no las había robado, ay virgen santa y esas cosas. Conocí el suceso por mi madre, que cuando volvió a casa traía en la mano un mechón de la mujer. No me pareció de humor para preguntarle si había visto a Pichablanda.

Desde aquel día los Zaldúa vivieron con las persianas bajadas. Fue un año de calor. Salían lo imprescindible de casa, casi siempre a horas en que la calle estaba desierta, y con frecuencia Canuto demoraba su llegada en bicicleta hasta la anochecida. Alguna mano artera había tachado su nombre en la plaquita del buzón y escrito en su lugar ladrones. Mi madre supo de una escena penosa en el tenducho de comestibles. La tendera se había negado a vender pan y leche a la madre de Pichablanda, y entre insultos y gritos le había exigido el pago de lo que adeudaba, que por lo visto no era mucho, pero suficiente para largarle un rapapolvo de alivio. La mujeruca se vio forzada a efectuar la compra en otro barrio. Y después en otro, pues adondequiera que fuese la perseguía su mala fama. En Illarra-Berri, tanto entre adultos como entre menores, y acaso sobre todo entre éstos, Zaldúa y ladrón vino a significar lo mismo.

Mucho peor que su familia lo pasó el candido de Genarito, en quien los despiadados chavales se cebaban con una saña de tigres. Ni que decir tiene que perdí la exclusiva de hacerlo sufrir. De un día para otro Pichablanda se había convertido en una presa que todos codiciaban. En cuanto lo veían aparecer, de paso hacia alguna parte, le dirigían a coro burlas y escarnios, rematados de costumbre en un estribillo que decía:

Ahí viene el ladrón, ladrón, ladrón,

de robarle el pito
al ratón, ratón, ratón

Pero no sólo de palabra lo mortificaban, sino que muchas veces salían a su encuentro cuando él volvía de la escuela y sin más ni más se daban a zarandearlo, cubrirlo de escupitajos y maltratarlo de todas las maneras posibles, bajándole por ejemplo los pantalones para embadurnarle el trasero con pintura o metiéndole bajo la camisa arañas y culebras, de que era muy temeroso. Otras veces lo arrojaban al suelo y todos a una le meaban encima, o bien por turno dentro de la bolsa donde él guardaba los trebejos de escolar. Cuando por fin lo dejaban irse, él pasaba a mi lado llorando, y a veces traía escrita en la frente o la mejilla la palabra *ladrón*.

Ya nunca más jugamos juntos ni le saqué chispas a la aldaba de su casa. Muy pronto el río y yo comenzamos a añorarlo. ¿Qué estaría haciendo allá arriba, tras la persiana siempre bajada de su cuarto? Tenía mucha maña para el dibujo y me lo imaginaba pintando en penumbra aquellos soldados con casaca y morrión que siempre le salían tan bien. Fueron días de soledad (no estando él, me faltaba valor para acercarme a los otros), días de aburrimiento, días que culminaron en una tarde calurosa de verano en que al bajar a la calle encontré a los Zaldúa cargando sus enseres en una furgoneta roja. Se mudaban. Apenas vi a Genarito salir del portal con una silla al hombro, me acometió una rabia descompasada, abrasadora, feroz, y esta vez supe con certeza por qué: había comprendido que a la marcha del pobre diablo, yo pasaría a convertirme en el más débil de todos los chicos de mi edad, en la última mierda del barrio. En adelante yo sería Pichablanda. Esta certidumbre me colmó de amargura. La mano se me fue sola al tiragomas cuando vi que Genarito corría hacia mí diciendo que quería despedirse. Antes que me pudiera abrazar, le acerté una pedrada terrible en medio de la sonrisa. Durante medio instante, por así decir, me miró con la fijeza de sus enormes ojos pasmados. Luego se llevó la mano a la boca que chorreaba sangre, y gritando que yo le había roto un diente, regresó tambaleándose a los brazos de su madre, que lo tomó amorosamente, le enjugó las lágrimas y le hizo subir a la furgoneta, con la que enseguida partieron.

Los Zaldúa se trasladaron a vivir a Pasajes Ancho, allá por el camino de Francia, cerca del puerto donde Canuto trabajaba de estibador. Dos o tres años después apareció en el periódico su esquelera mortuoria. Esto era, si mal no me acuerdo, por la época en que nosotros nos instalamos en uno de los pisos nuevos de Zapatari, barrio cercano a Illarra-Berri. A mi hermana Petra le contaron que Canuto Zaldúa había muerto aplastado bajo no sé cuántas toneladas de chatarra desprendidas del gancho de una grúa. Parece que la mujer cobró una indemnización cuantiosa, pues se supo que al poco de enviudar se mudó con el hijo a Amara, una zona mejorante de San Sebastián, donde contaban que había puesto una tienda de golosinas.

Transcurridos varios años, el azar nos reunió a Genaro Zaldúa y a mí, una tarde lluviosa de 1979, en un rincón de la cafetería Goya. Estaba muy cambiado; pero,

como he dicho, lo reconocí enseguida, por los ojos.

Supe algún tiempo después que al Pulcro, Matallana de apellido, sus osadías lo condujeron aquella tarde de la reunión al cuarto de socorro. Diagnóstico: sombrero de copa chafado. Lo malo —para él, se entiende— fue que la pega de porrazos también le magulló el relleno del sombrero. Se lo corcusió en vivo un sastre de carnes que apenas daba abasto ese día para zurcir crismas descalabradas. Bien por hallarse la brecha en lo más tupido de la pelambreira, bien porque no era aquélla la ocasión ni el sitio para cuidados maternos o por repugnancia a hincar la aguja en la cochambre, lo cierto es que el enfermero se propasó al rapar al mozalbete, dejándole la coronilla como un plato. El relator refería que el Pulcro, cuando se vio la tonsura en el espejo, rompió a gemir y rabiar, y se hizo con sus lamentos, imprecaciones y amenazas tan enfadoso dentro de la enfermería que sin terminar de ponerle las tiras de esparadrappo el mismo que lo estaba curando lo despachó. Salió él entonces a la calle, del brazo de quien lo acompañaba, y en silencio lloró largo rato el ultraje que le habían hecho. Le cogió tirria a ese tramo de la calle Easo, tirria y aprensión. Aquel mismo día en que un agente de la Policía Armada le propinó una manta de palos, en el Boulevard, mientras participaba por pasatiempo en un tumulto, y hubieron de ponerle siete u ocho puntos de sutura, decidió que jamás volvería a pasar por delante del cuarto de socorro, aunque el sitio le quedaba de camino entre Amara, su barrio de residencia, y el centro de la ciudad. Solía dar un rodeo a través de la calle Urbietta, que discurre paralela, y cuando iba con acompañantes, si no los podía persuadir para que dieran con él la vuelta a la manzana, se separaba de ellos y corriendo solo por su lado los alcanzaba en el cruce siguiente.

Tampoco Genaro Zaldúa, de quien había partido la idea de sumarse a los desórdenes, libró bien aquella tarde. A tiempo de echarse al Pulcro a la espalda para retirarlo de la barricada y llevarlo sin demora a donde lo curasen, recibió un pelotazo en el pómulo. Por lo visto tuvieron sus más y sus menos durante el trayecto.

—Le pedí varias veces que me dejara en el suelo —contaría alguna vez el Pulcro, en ausencia de su salvador—, harto de oírle reprocharme que le estaba manchando la ropa de sangre. Y me decía: Vas a pagarme unos pantalones nuevos, imbécil, que por tu culpa tengo un lado de la cara sin sentido.

Por aquellas fechas se celebraba en la ciudad de Aix-en-Provence un juicio a dos refugiados vascos reclamados por la justicia española, uno de los cuales se apellidaba como yo: Goicoechea. No habían llegado aún los tiempos en que el gobierno de Francia comenzaría a espulgar a allende la frontera los vascos acogidos al exilio en tierras galas. Se daba por seguro que el juez sentenciaría en contra de la extradición y, efectivamente, las noticias de sobremesa confirmaron el veredicto favorable a los dos refugiados. Desapareció así el motivo de la manifestación de protesta prevista para esa tarde; pero comoquiera que por entonces constituyese punto menos que costumbre el que policías y agitadores se enfrentasen un día sí y otro también en la

zona céntrica de la ciudad, la manifestación se llevó a cabo.

Hacia las siete y media los cinco que habíamos aguantado en la reunión hasta el final, permanecíamos en silencio. Un designio común nos retenía a la mesa, y era que como estábamos sin blanca habíamos hecho convenio de escabullirnos todos juntos del local en cuanto se ofreciese una ocasión. La empresa se presentaba sumamente ardua como consecuencia de un intento fallido de fuga poco antes. El joven camarero había atrapado cerca de la puerta a un chaval a quien, por tener la cara aceitosa, muy llena de granos, el Pulcro Matallana había puesto de apodo Resbaladizo. Este, obligado por el camarero, retrocedió hasta la mesa, donde en vano pidió prestada la cantidad que debía. Se supo finalmente que Josu Ruiz le había pagado la consumición antes de irse, quizá con propósito de reparar las muchas malicias que él y sus amigos habían cometido con el chaval a lo largo de la tertulia. Franco de deuda, el tal Resbaladizo pudo abandonar el café. A su marcha se apostó el camarero delante de la puerta y nos miraba con gesto receloso y arisco, como para darnos a entender que estaba al cabo de nuestras intenciones.

A todo esto propuso el Pulcro Matallana en voz baja que de vez en cuando simuláramos beber de nuestros vasos y tazas vacías, con objeto de que pareciese que porque aún nos quedaba bebida no salíamos del café. Yo tenía para poner por obra el fingimiento mi propia taza, que me fue inevitable pedir en el transcurso de la reunión luego que a cierta persona, sentada cerca de mí, no le pasaran inadvertidos unos sorbos secretos que pegué a su vaso vacío. La taza, una vez apurado el contenido, me había servido largo rato de cenicero, de forma que por asco de acercármela a los labios hube de fingir también que fingía beber. La mesa, todo hay que decirlo, presentaba un aspecto deplorable. No creo que hubiese quedado peor al término de una trifulca de chimpancés. A lo largo y ancho del mantel podía verse un revoltijo de botellas, vajilla y residuos. Salpicaduras de todos los tamaños y colores mancillaban su espléndida blancura, que apenas hora y media antes aún llenaba el rincón de claridad. El cuadro se completaba con los innumerables vestigios de la taifa: ceniza desparramada, colillas acostadas sobre quemaduras negras, restos de un libro destrozado, algunos jirones de pijama, añicos de un vaso, mondadientes, un sinfín de papelitos, todo ello espolvoreado con granitos de azúcar que el Pulcro había estado hisopando sobre los concurrentes con objeto, según decía, de conjurar su «tan provocadora como incurable vulgaridad».

Estando los cinco sentados en torno de aquel congreso de desperdicios, con un ojo puesto de continuo en la salida, sobrevino a eso de las siete y media de la tarde la oportunidad de marcharnos sin pagar que tanto esperábamos. Y fue que de improviso se formó un murmullo en la calle. El murmullo crecía y pronto pudimos discernir voces proferidas a coro. La riada de manifestantes no tardó en llegar a la altura del café Goya. Consignas, banderas, barbas y paraguas. Apenas apareció tras el cristal la primera pancarta, hubo en el recinto una espantada de curiosos hacia la puerta. Los cinco nos incorporamos a la vez. Se olió muy justamente el camarero que nuestra

precipitada aproximación a la salida ocultaba un propósito de fuga y se aprestó a cortarnos el paso. Abrió con ese fin los brazos como para abarcarnos a todos dentro de ellos; pero entendiendo seguramente que con mucha suerte alcanzaría a parar a uno, se lanzó sin titubeos sobre el Pulcro Matallana, que era escuchimizado y medio niño y del que con certeza deseaba tomar venganza por un agravio que aquél le había hecho al inicio de la reunión. Los parroquianos aglomerados ante el umbral repartían ahora su curiosidad entre el desfile bullicioso de manifestantes y los dos adolescentes que forcejeaban en el suelo, rebozados en serrín. Duró la pelea poco más de lo que ambos tardaron en caer, pues en esto llegó Genaro Zaldúa a la zaga de los que huíamos, y hallando en apuros a su flaco compañero, según venía le asestó al camarero un rodillazo entre los ojos, de suerte que lo derribó. Sin perder la calma ayudó después al Pulcro a levantarse, le alcanzó el sombrero de copa y salieron a la calle, donde incorporados a la manifestación tomaron el mismo rumbo que ésta. Iban cogidos del hombro, como de juerga, y mientras los veía alejarse calle Hermanos Iturrino adelante, estuve pensando que tal vez cometía un grave error no acompañándolos a las barricadas. Así las cosas, consideré la posibilidad de seguirlos a corta distancia, escondido dentro de la multitud, para más tarde hacerme el enconradizo. Pero no me atreví.

El muchacho que fracasó en su intento de huida tenía la cara llena de hoyos y granos; de éstos, muchos en sazón, rojos con su pezonzuelo blanco en el vértice por donde debían de supurar poco a poco, pero sin interrupción, el pus que comunicaba a su tez un brillo de grasa. Llevaría cosa de dos o tres minutos sentado a la mesa cuando el Pulcro Matallana le inventó el apodo.

—Resbaladizo —le espetó—, con esa jeta podrías montar un negocio de yogures y mantequilla.

La befa no hizo gracia a nadie; pero en adelante el muchacho no tuvo más nombre que el que le había endilgado el Pulcro de mala fe.

—Resbaladizo —le dijo una vez Genaro Zaldúa.

—Qué —contestó el otro.

—Hola.

El muchacho encajaba las burlas con resignación, dulcificando la mirada y sonriendo azorado cada vez que alguno le dirigía la palabra con ánimo de mofarse. Mostraba así ser de suyo diestro sufridor y persona con quien debido a su talante dócil cualquiera podía permitirse familiaridades. No a otro sino a él le fue encargado, tras el incidente con el joven camarero, acudir a la barra en busca de la primera ronda de consumiciones. Para que no olvidase traer ninguna, le dieron un papel donde estaban todas anotadas. Él se fue y volvió al instante con las manos vacías, ya que, según refirieron luego, la lista de pedidos estaba escrita en alemán. Le prestaron bolígrafo y papel, y mientras tomaba nota de lo que algunos le pedían que trajese, el Pulcro Matallana se dio a burlarse de él, diciéndole mordacidades como «a la juventud viruelas» y otras aún más afrentosas, de las que recuerdo ésta:

—Los que quieran nata facial que se pongan a la cola cara a Resbaladizo.

Se dirigió el muchacho por vez segunda a la barra y regresó después de un rato con una bandeja abarrotada de bebidas, que depositó en el centro de la mesa. Alargaron los que habían pedido consumición el brazo para tomar lo suyo y otro tanto se disponía a hacer Josu Ruiz, puesto de pie, cuando de súbito retiró la mano como si hubiera recibido en ella una picadura.

—¿Quién ha sido el canalla? —preguntó con voz tan fuerte que por un instante se hizo el silencio en el café y docenas de ojos se volvieron a mirarle.

Acto seguido, al par que señalaba la bandeja, añadió de forma tan por demás gesticulante que empecé a creer que posiblemente fuera su cólera fingida:

—¡Pensar que he estado a punto de tocar esa ponzoña!

Idéntica extrañeza se dibujaba en el rostro de casi todos los concurrentes. Mirábamos el lugar señalado por el dedo de Josu Ruiz y no veíamos sino unos cuantos vasos, tazas y copas encima de la bandeja; nada, en suma, que en apariencia pudiese suscitar un enojo tan desmedido. Se incorporó a este punto Genaro Zaldúa, los vigorosos antebrazos cubiertos de vello, y mesándose las barbas espesas, con

ademanos patriarcales y voz sosegada, dijo:

—Señores aspirantes, parece confirmada la presencia de al menos un yanqui entre ustedes. Es mi deber comunicarles que la reunión queda interrumpida en tanto no se conozca la identidad del intruso. Sepan que nuestra organización surrealista sostiene desde 1776 una guerra a muerte con los Estados Unidos de América.

—Resumiendo —terció Josu Ruiz, aleteando nerviosamente con una mano—, ¿quién es el idiota que ha pedido la Coca-Cola?

Mostró intención de querer añadir algo; pero el Pulcro Matallana, a quien las ocurrencias y chascarrillos parecían quemarle dentro de la boca, le arrebató la palabra para lanzar una especie de ultimátum.

—Que salga el sinvergüenza o me la bebo.

Esto dicho, se apoderó del vaso, y antes que ninguno de los presentes tuviera tiempo de afearle la mala acción, de un solo trago lo vació. Advirtiéndolo después que de una y otra parte lo escrutaban con ojos reprobatorios, por justificar su grandísima gorronería alegó, mientras roía a sus anchas la media rodaja de limón, que su único propósito había sido averiguar si el «bebistrajito abominable» contenía vodka, ginebra «u otro cualquiera de los antídotos con que de ordinario», dijo, «solemos habilitarlo para calmar la sed de nuestros esforzados militantes». Alzó a todo esto Resbaladizo la mano en demanda de la palabra, y, modoso y balbuciente, confesó haber sido el pedidor del líquido vitando. Su vocecilla sonaba con un temblor de disculpa; pero de nada le valió la humildad, pues al instante le comunicó en tono imperioso Josu Ruiz su inmediata expulsión de la tertulia, y aun le señaló la puerta del café para que no tuviese duda de que debía marcharse sin demora. El muchacho no se movió. Ya porque la timidez le impidiese desclavar las nalgas del asiento, ya porque, como de continuo le hacían padecer alguna burla, interpretase que no lo despachaban de verdad, el caso es que Resbaladizo mantuvo sus granos en el café hasta casi el fin de la reunión, cuando —en mala hora, por cierto— intentó la huida torpemente. Yo estaba persuadido de que aquel revuelo en torno al vaso de Coca-Cola era un fingimiento de la peor especie; me daba que la actitud colérica de Josu Ruiz, la avilantez del Pulcro y la intervención engolada de Genaro Zaldúa formaban parte de una farsa acaso convenida de antemano. Y me dije: ten cuidado con esta gente, que me parece nos ha atraído a este lugar para escarnecernos y pasar una tarde de juerga a nuestra costa. No vio la conveniencia y necesidad de conducirse prudentemente una muchacha marisabidilla, recia de carnes y por lo visto también de temperamento, que arrogándose funciones de abogado, intercedió en favor del acoso. Con mucho brío y palabras atropelladas se dio de pronto a reprochar a los organizadores de la reunión lo que todos sabían y callaban. Concentrado en encender y saborear su nuevo puro, hizo Josu Ruiz como que no la oía motejarlo de despótico. El Pulcro sonreía a lo delfín, al tiempo que contestaba a las recriminaciones de la muchacha levantando en señal de brindis su vaso de calimocho, que como ya se sabe es una parte de vino tinto y otra de aquel líquido que él había llamado abominable. Genaro Zaldúa, en cambio, la paró en

seco.

—Yo soy libre —replicó la regordeta— de beber y comer lo que me dé la gana. Genaro arrojaba fuego por los ojos.

—Tú, pequeña, serás libre de lo que quieras menos de pertenecer a nuestro grupo.

—Pues me voy —respondió ella muy envarada, poniéndose de pie.

—Pues te vas a la mierda.

—Mejor que vaya a hacer gimnasia para adelgazar —agregó el Pulcro; pero la muchacha, que ya se había puesto en camino hacia la barra, no oyó la ofensa.

Más tarde, convenido que cada cual presentase alguna muestra de su quehacer surrealista, le tocó el turno a éste a quien apodaban Resbaladizo. El cual, no bien fue pronunciado su mote, se irguió con prontitud junto a la esquina de la mesa donde llevaba largo tiempo sin abrir la boca, agazapado al abrigo del corpachón de Genaro Zaldúa, que era quien presidía. Las luces del local se reflejaban en la pátina untuosa que recubría su semblante cacarañado. El rubor se extendía hasta el último recoveco del monstruoso relieve. Entre los dedos del muchacho temblaba levemente una hoja escrita que acababa de extraer de un cartapacio lleno de ellas. Al solicitar licencia para leerla, cometió un desliz de bulto, y fue que se le escapó decir «soneto breve». La repentina contracción de disgusto en el rostro de Genaro Zaldúa no auguraba nada bueno. Se le dijo lo mismo que con anterioridad a otros aspirantes: que la reunión no había sido convocada con objeto de reclutar jóvenes promesas de la literatura local, sino individuos con madera de surrealistas, dispuestos a participar en una rebelión cultural sin precedentes en el País Vasco, escribieran bien o mal, pues eso era lo de menos, y que, por consiguiente, se le autorizaba a leer cualquier cosa con tal que se ajustara a ese principio elemental. La reconvención aniquiló las últimas reservas de entereza que le quedaban a Resbaladizo; pero aún tuvo el chaval, en medio de su descompasado nerviosismo, un rasgo de cordura. Y fue que declaró que como seguramente su escrito no era por completo surrealista, acaso lo más conveniente fuera devolverlo al cartapacio y ahorrarnos la molestia. Carne de ludibrio, pensé, al tiempo que Genaro Zaldúa le ordenaba:

—No seas cobarde y lee.

El muchacho mencionó el título del poema y acto seguido, en un tono hueco que tiraba a declamatorio, dio comienzo a la lectura. Arrancó con decisión, como buen miedoso. Pero no pudo pasar del primer verso. Una tempestad de carcajadas le impidió seguir. Yo nunca en la vida había presenciado una algazara semejante. Participé en ella de buen grado y su recuerdo aún me mueve a risa. En aquel momento ninguno de los tres convocantes de la reunión podía prever las repercusiones que para su grupo tendría poco tiempo después aquel verso irrisorio. Me acuerdo de la seriedad con que Resbaladizo lo recitó, estirando la voz como una hilaza de goma.

—La placa rajaré de tu sepulcro...

—Pues claro que sí, chico, con un martillo automático —le atajó Josu Ruiz, al par

que despedía una bocanada de humo por la boca.

Ahí fue el delirio, el *descojonen tremens* que acertó a intercalar alguno entre carcajada y carcajada. Ahí no se excusaron de regocijarse ni las patas de la mesa. Ahí el Pulcro, histriónico, sofocado por su alegría convulsiva, se caló el sombrero de copa hasta más abajo de los ojos. La bufonada llevó el jolgorio a extremos epilépticos.

—Que me meo —retozaba la chica de la mandarina en el pecho, añadiendo así más leña al incendio de risas.

En el otro extremo de la mesa, Genaro Zaldúa, sudoroso, lívido de felicidad, se carcajeaba con espasmo, agarrándose el abdomen como para evitar que se le cayera al suelo. Josu Ruiz, por el contrario, con la cara crispada al modo de a quien le aqueja un dolor insoportable, expresaba su alegría en silencio, meneando los hombros arriba y abajo. Me vino de pronto a las mientes la figura obesa de Checho Aizpurua y pensé: ahora estará rezando de rodillas, no sabe lo que se pierde. El jolgorio empezaba a remitir, cuando lo reavivó involuntariamente un chaval sentado a mi izquierda, a quien al par de un golpe de risa se le disparó por las narices un moco de dimensiones caballunas. Quién vertía lágrimas de alborozo; quién, por la misma razón, cabeceaba en señal de haberse quedado sin fuerzas. Acá, muerto de risa, se quejaba uno de dolor de vientre; allá enrojecía otro, con la boca abierta de par en par, por falta de aire. Y desde todas partes del café la gente observaba a la ruidosa pandilla con sonriente curiosidad, con indulgencia incluso, en que me parecía traslucirse vivo deseo de sumarse a nuestro júbilo. Erguido en medio de aquella algarabía, el pobre Resbaladizo, serio primero, luego tibiamente sonriente, otra vez serio y en todo instante corrido, no pudiendo disimular por más tiempo su desánimo, recogió cuidadosamente su hoja de papel y con gesto contrito volvió a tomar asiento. Aviesamente le invitó Genaro a proseguir la lectura del soneto. Resbaladizo rehusó sin levantar la mirada del mantel. Josu Ruiz, que se había incorporado para dirigirse una vez más a la barra en busca de coñá, le pidió perdón en nombre de todos. Pienso que debió de ser entonces cuando, compadecido del muchacho, resolvió pagarle en secreto la consumición. Este, no obstante las humillaciones recibidas, aún permaneció por espacio de media hora en su asiento junto a Genaro, lo mismo de encogido y silencioso que cuando a raíz de la farsa de la Coca-Cola, Josu Ruiz había decretado sin contemplaciones su expulsión. Pensaba yo que al pobre diablo le faltaba valor para marcharse, temeroso de que si se levantaba de la silla alguno repararía en él y le dirigiría la palabra para hacerle una nueva vejación. Su problema resultó, sin embargo, de una especie bien distinta de la psicológica. El muchacho no tenía dinero para pagar lo que había consumido.

Devuelto a la mesa por el camarero, que acababa de impedirle la huida, Resbaladizo —las pupilas veladas por un destello lacrimoso— pidió prestados los diez, quince o veinte duros, ya no me acuerdo, que costaba su bebida. Genaro no tuvo piedad.

—Cojonudo, tío. ¿Y ahora cómo huevos hacemos nosotros para pirarnos?

Descargó un puñetazo brutal sobre la mesa. Fugazmente se fijaron en mí sus ojos negros, enormes, de búho. Caramba con Pichablanda, me dije.

—Además, no concedemos créditos a yanquis. Arréglatelas como puedas, pardillo. Friega vajilla, barre el suelo; pero, eso sí, haz desaparecer de mi vista cuanto antes tu mantecoso careto.

Y cuando el chaval, libre de su deuda, por fin se hubo marchado, añadió, como hablando para sí:

—Me revientan estos caguetas de los cojones.

Tenía yo por entonces una noción bastante novelesca de los hombres misteriosos, extraída, según creo, de las muchas narraciones de aventuras que solía leer. Examinaba de refilón los ademanes de Josu Ruiz, fijándome asimismo en sus palabras, y aunque no le hallaba a él por ninguna parte afinidad con esos personajes insólitos que pueblan algunos libros de Stevenson, de London o de Melville, me formé la idea de que era un individuo próximo al enigma. ¿A qué enigma? Continuamente, hablando conmigo mismo, me formulaba la pregunta, sin conseguir en ningún momento explicarme por qué un joven que hacía cosas normales, al menos en apariencia, y decía otras por el estilo, me producía tamaña extrañeza y acaso también una vaga inquietud. Presentía algo, pero no sabía qué, y era tal la fuerza de mi presentimiento que cuando por fin presencié el prodigio no estuve seguro de si ocurría realmente o si se trataba de una argucia maquinada por mi cerebro para aliviarse de su propia confusión. Fue que luego de haber pagado Josu Ruiz su cuenta junto a la barra y mientras regresaba en busca de la pelliza y de la chica que había conquistado en el transcurso de la reunión, se me figuró por un instante ver en torno a su cabeza una aureola azul, muy tenue, que enseguida se disipó. Aunque no dudé en atribuir la momentánea visión al efecto obnubilador de los malos humos de mi tagarnina, todos mis esfuerzos por encontrarle una explicación racional no hicieron sino reforzar la sospecha de que aquel muchacho a ratos silencioso, a ratos locuaz, llevaba adosada a su persona la sombra de alguna clase de misterio.

Tenía a la muchacha cogida por la cintura y la teba del puro entre los dientes cuando se despidió. Por el lustre de sus ojos supuse que estaba borracho. Se pavoneaba y pensé: he ahí el hombre que pasaba por debajo de la nube el día que llovió la gota de ventura. Le preguntó el Pulcro Matallana, como con perplejidad de polluelo desamparado, por qué se iba y adónde y si pensaba volver; a lo que Josu Ruiz no quiso contestar sino arrojándole suavemente una larga bocanada de humo al rostro. Desde su posición al otro extremo de la mesa, Genaro Zaldúa lo escrutaba con ceño adusto. No era tal vez su enojo por demás si se considera que ausente Josu Ruiz e incapaz por lo visto el Pulcro de hacer cosa seria en público, se quedaba él solo al cargo de la tertulia. La repentina marcha de su compañero presentaba además todos los indicios de una escapatoria veloz hasta el pajar más próximo. Pasó éste a su lado con leve contoneo, con una especie de oscilación que atribuí a sus ganas de lucirse, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Por la noche te llamaré.

Pero fueron en balde sus palabras, pues al momento de pronunciarlas, Genaro, para darle sin duda a entender que no quería oírlas, desvió ostensiblemente la mirada hacia la pared. Fue entonces, me acuerdo, mientras se dirigía a la puerta agarrado a la muchacha, cuando descubrí su cojera. Cada vez que pisaba con el pie izquierdo, el cuerpo se le vencía hacia esa parte, tal si una de sus piernas se hundiese de continuo

medio palmo en el suelo y la otra nada, de donde le venía a él aquel balancearse que ni era tambaleo de borracho ni pasitrote de petimetre. Me había, pues, equivocado también al juzgar sus andares. Y acaso en esa persistente dificultad para hacerse una opinión estable acerca de su persona residía el misterio a que yo la asociaba y que de manera tan intensa me había estado intrigando durante toda la tertulia. Arreciaba la lluvia cuando cruzaron el pedazo de calle que podía divisarse a través de la luna de la cafetería. La muchacha llevaba extendida sobre la cabeza la lujosa pelliza de cuero. No tardé en darme cuenta de que a la marcha de ambos, la reunión, propiamente dicha, había terminado.

La chica se llamaba Izaskun Ayestarán. Había llegado al Goya de la mano del chaval a quien se le disparó el moco cuando la algazara a costa del motejado Resbaladizo. Alto y con trazas de mansurrón el uno, pequeña la otra y vivaracha, no debía de unirles un amor particularmente imperecedero, según conjeturé al observar que desde un principio ocupaban asientos separados, él junto a Josu Ruiz y ella enfrente, no lejos de donde yo me hallaba. Tampoco vi que la muchacha dirigiera a su acompañante una sola vez la palabra con amabilidad ni para cosa distinta que pedirle cigarrillos y que se los encendiera. Fumaba sin cesar, oada la boca, que es puesta como a propósito para pronunciar la o, el pitillo entre los dedos tiesos y finos, succionando el humo con tanta ansia que se dijera le urgía no respirar el aire natural. A su llegada se esparcieron por el recinto los intensos efluvios de su perfume, que aún siguieron acariciando los olfatos después que ella se hubiese ido del café. Vestía zarríos de luto, amplios y colganderos, que le daban un a modo de aire brujesco o de viuda joven y estrafalaria, y no sé si por broma o por crédula llevaba prendida en la delantera de su jersey la mandarina con que, según el mensaje radiofónico de aquella mañana, debían los aspirantes comparecer en la reunión. El rostro lo tenía redondeado, ancho y un poco amarillento, ternillosa la nariz y la frente tersa, con dos pequeñas prominencias ahuevadas a los costados, en cuyas curvaturas se reflejaban como sobre loza barnizada las luces del local. Recuerdo haber visto un semblante parecido en un cuadro de Lucas Cranach.

No quiero decir con ello que careciese de atractivo. Sin llegar a hermosa, era guapilla, en parte, creo, porque a pesar de que algunas de sus facciones, vistas por separado, parecían no muy bien trazadas, la suma de todas ellas creaba un conjunto armónico y de buen ver, y en parte también porque a su apariencia de extrema fragilidad se añadía la inteligencia y gracia que mostraba en todo. Iba, por así decir, armada de ojos, que eran tan chiquitines como insolentes. A través de las gafas con montura de alambre, miraban por lo general muy fijamente al centro mismo de las pupilas de quien los mirase; pero no al modo quieto del pasmado o del ciego, antes bien con malicia risueña que a mí, particularmente, no poco me conturbaba. Más que mirar podría decirse que pinchaban. Con todo, el rasgo más llamativo y, con diferencia, el más lindo de su rostro eran los labios. Pintados de violeta, gruesos y brillantes, rebosaban sensualidad. Se me hace que no debía ella de ignorar cuánto la

agraciaban, pues a menudo los adelantaba o recogía, pronunciando con insinuación de beso, por mejor exhibirlos, las oes y las úes, y otras veces los dejaba, estoy seguro, entreabiertos de propósito. Les restaba, no obstante, encanto el ser ella parlanchina, pues sabido es que no hay hermosura dicharachera, yo al menos no alcanzo a imaginarla. Sea como fuere, nunca se le veía a la muchacha la boca más bonita que, cuando olvidada de ser coqueta, guardaba unos segundos de silencio. No menos admirable era su larga melena lisa y negra, recogida en una cola de caballo punto menos que suntuosa, que se le derramaba hasta casi lo más bajo de la espalda. Yo, desde mi rincón, no me cansaba de contemplar aquella cascada de cabellos, pues era en verdad preciosa.

Tuve entretanto curiosidad por saber cómo sería la parte de su persona que quedaba debajo de la mesa. Con ese fin dejé caer mi cucharilla al suelo y me agaché a recogerla. Distinguí su faldulario, una especie de arbusto negro de tela en medio del bosque de perneras. Sus zapatos de tacón, pequeños y no nuevos, caído el uno sobre una baldosa blanca, sobre una negra el otro, parecían dos piezas abandonadas en un tablero de ajedrez. Estaban empapados y tal vez por esa razón había decidido ella quitárselos. No bien la supe descalza, me tomó grandísimo deseo de mirar sus pies; pero comoquiera que las piernas de mi vecino o el ribete del mantel debían de ocultarlos a mi vista, resolví, por dar satisfacción a mi capricho, ponerme a cuatro patas debajo de la mesa. Lo cual hecho, sentí de pronto temor a que lo mismo que poco antes había sido descubierto poniendo la mano en un vaso ajeno, alguno reparase en mi ridícula postura, y adivinando quizá mi propósito, lo declarara al resto y dieran todos en hacerme burlas y preguntas. Fue entonces, al par que con prontitud me desgataba, cuando los vi, envueltos en medias oscuras de malla, mientras acariciaban las rodillas del contertulio de enfrente. Imaginé que los ponía ella a calentar en los pantalones del mozo dócil por quien había venido acompañada al café; pero tan pronto como hube retornado a mi asiento, descubrí con asombro que era Josu Ruiz el recipiente de aquellas friegas secretas. Supe de esta forma la clase de interés que a la muchacha se le seguía con su constante indagar la vida de él, y comprendí que no sólo por causa del coñá empezaba éste a mostrarse cada vez más jovial, más decididor, más amigable. Pícaros simuladores, qué bien escondían su avenencia, sin hacer gestos ni intercambiar donaires que delatasen los chanchullos de amor en que andaban a hurtadillas conchabados. ¿Será posible, me decía, que a las partes altas de sus cuerpos les resulte indiferente lo que se traen entre pies las bajas? El novio, a todo esto, callaba y sonreía junto a Josu Ruiz, ignorante del engaño y siempre listo a pasarle cigarrillos a la traidora, cuando no resignado a recibir a cada poco una palabra dura de ella.

Luego de unas palmadas de Genaro para llamar al orden, se convino en que cada cual ofreciese una muestra lo más representativa posible de su arte, teniendo en cuenta, se nos dijo (o más bien se nos advirtió), que tan sólo aquellos que probaran estar en la onda del surrealismo serían admitidos en el grupo.

—Los demás a la puta rúe —sentenció enfáticamente Josu Ruiz.

Intervino en primer lugar un muchacho dentado, redicho, salivoso, de ademanes que aun para una mujer resultarían tal vez demasiado femeninos; el cual, al hablar, aflautaba la voz y ponía de continuo los ojos en blanco. Hablaba de una manera en verdad estomagante, sacando la lengua a orear cada trece o catorce sílabas, que era cosa desagradable y fea por demás. No poco engreído ponderó unas prosas suyas que reputó de poéticas, oníricas, herméticas y...

—Corta el sermónico —atajó Genaro Zaldúa, remedándole el tonillo con más enfado que coña.

Como todos los presentes sin excepción tuvieran entonces la mirada puesta en el afeminado, me pareció que aquélla era la ocasión propicia para lanzar la cucharilla al suelo. Me hallaba hecho un gato debajo de la mesa, a la busca de los pies de Izaskun Ayestarán, según he contado antes, cuando oí al Pulcro Matallana decir con ánimo faltón:

—Lo más probable es que seas un escritor malísimo, así que abrevia, lee dos o tres líneas. ¿No ves que hay mucha gente esperando su turno?

Volví a sentarme. El afeminado, de pie, acababa de emprender la lectura de su escrito.

—Amor, amor, ¿ya estamos en el templo de los adioses?

Se le escuchaba atentamente, y aun creo que el estilo de su prosa, no tan amanerado como él, agradaba a la concurrencia. Pero incurrió de buenas a primeras en un «pienso de que», seguido en breve de un no menos craso «condució por tu carmín», y de modo simultáneo apareció en los semblantes del auditorio un rictus de malévolos complacencia. Su perdición, sin embargo, no vino por el lado de la gramática. Un oh pictórico de ñoñería, exhalado a la par que un remilgo, acabó con la paciencia de Genaro Zaldúa.

—¡Basta de mariconadas! —rugió de sopetón.

Visiblemente despechado, se apresuró el marica a recoger sus papeles, apuró de un rápido trago su copichuela de licor y sin decir palabra abandonó el café. Llevábamos apenas treinta minutos de reunión y ya era el tercero que se iba de aquel modo.

Al poco rato se levantó Genaro Zaldúa de su silla, y diciendo, mientras se mesaba las barbas, que enseguida volvería, se encaminó con andares de quartazos a la barra. Pero antes de llegar a ella torció hacia las escaleras que conducían a un entresuelo angosto donde se hallaba el retrete. Su ausencia marcó una pausa en la tanda de lecturas, que la mayoría de los congregados, divididos espontáneamente en corrillos, aprovechó para entablar conversación, pasarse papeles de mano en mano, reír y bromear. El cambio repentino y general de actitud me trajo a la memoria escenas del colegio. Ocurría en ocasiones que en medio de una explicación cualquiera, aquel maestro que tan mal me quería, enmudeciendo de golpe se ausentaba varios minutos del aula. ¿Adónde iría? Los colegiales se entregaban a toda clase de fantasías y

conjeturas con el fin de esclarecer el sentido de tan misteriosas desapariciones, sin llegar durante largo tiempo a ningún resultado convincente, hasta que al cabo de los meses un rapaz, que debía de ser más avisado que los otros, dio en advertir que el maestro solía marcharse deprisa y regresar despacio. Sospechando la razón de ello, la reveló a sus camaradas, que al punto, con gran alborozo, la declararon verdadera. En adelante el temible docente fue conocido por todos los alumnos del colegio con el sobrenombre secreto del Cagón. Durante sus clases guardaban los niños un silencio sepulcral; pero no bien se quedaban a solas en el aula, trababan reñidos combates de arroz lanzado con el canuto del bolígrafo, o se arremolinaban con bulliciosa curiosidad en torno a la revista repleta de mujeres desnudas que alguno tenía escondida en el pupitre, y siempre armaban una algarabía de cuidado que terminaba súbitamente, en el momento en que el centinela que vigilaba el pasillo a través del ojo de la cerradura emitía el silbido de alarma.

En aquel intervalo de apacible conversación, que habría de durar hasta el regreso de Genaro Zaldúa, se produjo la primera escaramuza erótica de cintura para arriba entre Izaskun Ayestarán y Josu Ruiz. Y fue que éste, con cara alegre y hablar pausado en que se traslucía su intención de recrearse en una victoria obtenida de antemano, dijo de pronto:

—¡Qué idea, colgarte una mandarina!

—Si no recuerdo mal —replicó ella con viveza—, es lo que pedíais por la radio.

—Presiento que tu manera de practicar la obediencia nos hará amigos.

—Mi gloria es complacer, mi triunfo arrodillarme. Adoro el tango.

—Pues no sé qué me da que esa mandarina pesa lo suyo. Lamentaría que sufrieses por nuestra culpa.

Y agregó con sorna:

—Dime que no sufres, dímelo.

—Pierde cuidado. No me falta donde apoyarla.

—Ya que fardas de cumplidora, ¿por qué no has venido ataviada de rojo? Era lo ordenado. Uyuyuy, señora, me temo lo peor. Sintiéndolo mucho, habrá que expulsarla a usted de este concilio de poetillas por insurgente y heterodoxa.

—Me arrojaré al mar.

—Qué lástima, siendo usted tan joven y —bajó la voz— tan guapa.

—El rojo me sienta de cráneo. Yo, de negro. Soy hija de la noche. Por cierto, tampoco vas tú de rojo.

—Es que me viste mi madre. Además, yo soy el que establece aquí las normas, no el que las tiene que cumplir.

De sus bocas salían las palabras envueltas en humo de tabaco, de suerte que como tenían los rostros fronteros, no más de tres palmos distantes de una punta de nariz a otra, se bañaban mutuamente con sus bocanadas, blancas y ligeras las de ella, azulinas, perezosas y mucho más espesas las de él. Me parecía que así como por debajo de la mesa les había visto tentarse con las piernas, por arriba, para no infundir

quizá celos al novio de ella, se hacían las caricias con el humo. El Pulcro, sentado a la diestra de Josu Ruiz, advirtió la esgrima de insinuaciones, mordacidades y galanterías que sostenían su amigo y la muchacha, y no sospechando lo que era, se conoce que creyó se habían enzarzado aquéllos en una contienda de agudezas y quiso meter baza. Pero no bien hubo pronunciado media sílaba, comenzó Izaskun a atizar manotazos al aire por donde debían llegarle las palabras del adolescente y de esta forma le obligó a tragarlas. Acto seguido lo envió Josu Ruiz a la barra con una comisión. Prosiguieron después a sus anchas el flirteo, sin nadie que a su alrededor los incordiasen; esto vale asimismo para el novio de ella, que embebido en unos papeles que le habían pasado, no prestaba la menor atención a los devaneos de su pizpireta amiga. En cuanto a mí, dudo que aun percatándose de que los espiaba, les hubiera despertado mi existencia mayor interés que la de algunos cuadros con estampas típicas de la ciudad que colgaban en las paredes.

Reconvino Josu Ruiz con guasa a la muchacha porque además de no haber cumplido el requisito de vestirse de rojo, le faltaba la rosa de color morado.

—Créeme —añadió, inflando el pecho con petulancia donjuanesca— si te digo que la flor te hubiese favorecido quinientas veces más que esa fruta vulgar que te da un aire de árbol navideño en casa de pobres.

Notó que se había propasado y rápidamente intentó rectificar.

—Bueno, quien dice quinientas dice diez.

Dio de pronto un respingo y con el rostro crispado, sin dejar de sonreír, se miró a las piernas. Tuve por cierto que acababan de propinarle a escuso una patada. No era lerda Izaskun Ayestarán. Había tomado a mal aquel reparo a su atractivo y, picada, discurrió castigar la insolencia del galán. Con ese fin negó que hubiera acudido sin rosa a la tertulia.

—Pues yo no la veo —replicó él, ya con una pierna, como advertí enseguida, dentro de la trampa.

La chica se pasó la yema del índice por los labios pintados de violeta, afirmando que ellos eran la rosa. Luego, el rostro inmóvil, la barbilla ligeramente adelantada en señal de desafío, preguntó a Josu Ruiz si se atrevía a comprobarlo. El otro, cauteloso, arrimó la nariz puntiaguda a la flor sensual, dispuesto a olerla. No la besó, aunque quiso, según me indujo a creerlo así la forma como se le estiró y temblaba golosamente el belfo. Sonreía con certeza de su triunfo, sabiéndose observado por todos los presentes, el novio de ella inclusive, a quien el lance parecía divertir más que a ninguno. A mí, que nunca había conocido el amor de una mujer, ni, a decir verdad, de nadie, me colmaba de admiración el desparpajo con que aquellos dos se apresuraban a concertar sus voluntades. Izaskun inclinó hacia un lado la cabeza, revelando sin tapujos que apetecía el beso; pero era argucia femenina. Ya estaba el otro a pique de fundir su boca con la de ella, y yo y acaso los demás lo mismo con la mirada y con el pensamiento, cuando la chica, mediante una sacudida brusca de su cuello, rehusó el contacto. Tan equívoca esquivez avivó en Josu Ruiz el deseo de

disfrutar de aquellos dos hermosos pétalos. Se quejó de no haber tenido apenas tiempo de percibir su aroma. Con infinita astucia, como a continuación pudimos ver, se hizo ella rogar unos instantes y al fin fingió allanarse al capricho del incauto, que con entera ignorancia de lo que le aguardaba, se dio de nuevo a olisquear la linda boca. Y fue que de repente, cuando más confiado estaba, en el rostro el gesto seráfico del que se abandona por completo a un goce, le tiró Izaskun Ayestarán un feroz mordisco a la nariz. No la soltaba de entre los dientes por más que el otro se lo pedía y suplicaba, diciendo que le hacía daño. Pero de nada le valían sus quejas ni le aprovechaban sus intentos de liberarse, que por fuerza habían de ser débiles si quería evitar que tirones y forcejeo agudizasen su dolor. En esto comprendió la causa de aquella punición y dijo:

—Perdona, perdona por haberte comparado con un árbol de navidad.

Izaskun Ayestarán lo soltó al instante y todos los presentes pudieron ver en la nariz de él la tremenda marca de la dentellada.

Le concedieron la palabra a un joven que, puesto de pie, se presentó como acompañante de la chica que estaba sentada a su costado. Enseguida se dio cuenta de la inoportunidad de la revelación. Con visible nerviosismo trató de subsanar el desliz. El resultado fue otra confidencia tan a contrapelo como la primera. Los versos que se disponía a leer no eran suyos, sino de su amiga; a él la poesía no le interesaba. Me dije: éste se ha extraviado en un laberinto de palabras y no encuentra la manera de callar. Suponiendo seguramente que al manifestar su falta de interés por el género podía haber disgustado a la concurrencia, formada en su mayor parte por poetas, y sobre todo a la persona que le había confiado unos poemas para que los leyera en público, sintió que debía matizar su aserto, o cuando menos mostrarlo franco de segundas intenciones. Con ese fin, a lo que parece, declaró de sopetón que su amiga era muy vergonzosa. La indiscreción, no hace falta decirlo, desató una lluvia de miradas sobre el semblante ruborizado de la muchacha. Supimos que ésta, temerosa de comparecer sola en la reunión, le había pedido a él que la acompañase. A este punto comenzó la pobre chica a darle tirones de la chaqueta, hasta que logró atraer su atención y que interrumpiese aquel preámbulo tan prolijo como torpe. Le hizo entonces una mueca incomprensible, pero en cualquier caso reprobatoria, que el chaval, en su turbación, no supo por lo visto interpretar. Acto seguido entablaron un ping-pong de susurros con trazas de disputa. Vi a Josu Ruiz poner los ojos en blanco y poco después a Genaro taparse con la mano un gesto con que pedía al Pulcro Matallana que no hablase. Eso me bastó para comprender que tenían juerga entre ellos a costa de los dos pardillos y que por tal motivo ninguno quería inmiscuirse en sus pleitos y cuchicheos. Convencido de que en los tres o cuatro minutos siguientes no habría de suceder gran cosa, determiné acudir en socorro de mi cuerpo, que desde hacía rato no cesaba de demandarme solución a cierto apuro que no preciso detallar; y así, tan discretamente como me fue posible abandoné la mesa y durante breve tiempo permanecí ausente de la reunión.

A mi regreso, la tímida y su acompañante habían salido del café. Aún pude verlos fugazmente a través de la luna de cristal. Andaban por la acera con cara demudada, gesticulando y cañoneándose uno a otro, a gritos inaudibles desde dentro del local, algo parecido a insultos y reproches. Las sillas que a su marcha habían quedado vacantes eran ocupadas ahora por otros contertulios que hasta entonces habían permanecido, por así decir, relegados a una segunda fila. Con todo, el cambio más notable se había producido por la parte de mi rincón, donde Izaskun Ayestarán y su particular proveedor de cigarrillos habían intercambiado los asientos, de suerte que él se hallaba ahora sentado en el contiguo al mío y la muchacha al lado de Josu Ruiz. Su mandarina estaba comiéndola el Pulcro Matallana; el cual, así me vio llegar, se volvió a escupirme una pipa, con la que me atinó en el pecho. Juzgué oportuno dirigirle una sonrisa congraciante para que no notara el incorregible payasete la antipatía que me

inspiraba.

Genaro Zaldúa tenía entonces pendencia con un joven engreído, de gafas verdeoscuro, que fumaba en pipa. Era pintor y acababa de obtener un premio en un certamen provincial, según atestiguaba una noticia del periódico que a petición suya los concurrentes iban pasándose de mano en mano. Me vio llegar del retrete e interrumpió la disputa que sostenía con Genaro para pedir a los contertulios que no olvidaran entregarme a mí también el recorte. Pensé: a éste también se lo van a cepillar. Y así ocurrió.

—Me cago en la leche puta —vociferaba Genaro, rojo de excitación—. Esto no es surrealista.

El otro no daba su brazo a torcer, y sin sacarse la cachimba de la boca, señalando su dibujo a lápiz replicaba:

—Es surrealista.

—¡Qué tío más zopenco!

—¿Zopenco yo, que acabo de ganar el concurso de artistas noveles de Guipúzcoa? ¡Venga ya!

—Vamos por partes. Se ve aquí medio muro.

—Nada de medio muro. Un muro semiderruido. Simboliza la connatural fragilidad de...

Genaro le atajó.

—De mi abuela. No me cortes, ¿quieres? Se ve un muro, un árbol seco y una luna ahuevada, eso es todo. ¿Te importaría explicarme dónde cojones está el surrealismo en este dibujo?

—En la conjunción de las partes, en el clima gráfico y si me apuras hasta en el trazo. Este paisaje encarna un estado onírico. Que tu mollera no lo perciba es lo de menos. Y además mi luna no está ahuevada, para que te enteres.

Genaro solicitó a la concurrencia una moneda de cinco duros. Se la dieron y la puso encima de la hoja.

—¿Qué te había dicho? Compruébalo con tus propias gafas. ¿Es o no es defectuosa esta luna?

—No lo es.

—Aj, tío, ve a la calle a vender cupones de la ONCE.

—Mi luna no es la luna de la realidad.

—Porque no has sabido dibujarla, aunque seguro que te has pasado una o dos horas intentándolo.

—Pijadas.

Y de nuevo retornaban al punto inicial de la discusión.

—Esto no es surrealista.

—Es surrealista.

Hasta que el Pulcro Matallana se entremetió con mortífero sarcasmo.

—Que alcen la mano —dijo— los que crean que la porquería del de la pipa es

surrealista.

Bastaron esas palabras para conseguir de golpe lo que no había podido Genaro Zaldúa por medio de su prolongada y virulenta discusión: acabar con la resistencia del pintor. El cual, a tiempo de plegar la carpeta y levantarse de la silla para marcharse, dijo con ostensible altanería:

—Se ve que lo vuestro es puramente simiesco.

El Pulcro tiró a degüello.

—Mejor ser un mono que un hijoputa con gafas verdes.

Llegó minutos después aquel momento que yo tanto temía. Me dije, por darme ánimo: todo saldrá más o menos bien con tal que no mires a los ojos de Genaro. Las burlas o las malas críticas se me figuraba que habían de ser como pelillos ligeramente urticantes en comparación con los chorros de ácido sulfúrico que a las veces arrojaban las pupilas de aquel antiguo compañero de niñez. Oí que me nombraban.

—A ver, que lea ahora ése del rincón.

No sé quién, ni si de buen o mal talante, me indicó que, al igual que los otros que me habían precedido, debía efectuar mi lectura de pie. Mientras me levantaba de la silla, con precipitación que hubiera querido evitar a toda costa, se me ocurrió un truco para hacer por un instante invisible mi sonrojo. Y fue que a la manera de pulpos y calamares, que en situaciones de peligro vierten tinta a fin de ocultarse, exhalé suavemente una bocanada de humo, densa y a propósito para que flotase el mayor tiempo posible delante de mi cara. De sobra sabía yo que en un segundo no se vence una turbación, ni aunque fuera la mitad de grande que aquella mía; pero pensé que quizá me sería dado mitigarla reuniendo en esa pizca de tiempo alguna fuerza, algún brío de los que dicen llevamos en nosotros sin saberlo. No sucedió tal cosa; antes bien, sentí que los intestinos se me desasosegaban y que una mano imaginaria de acero me apretaba la garganta. Me tomó en esto un pavor lavativa, cuya pujanza rigurosa arrancó de mí, por donde es de uso, un suspiro ventral, por suerte silencioso, por desgracia líquido, que me llenó la cara de vergüenza y el calzoncillo de lo que no es decoroso que se miente. Preví la escena que sin duda iba a producirse: el jolgorio descomunal, la tempestad de escarnios, las manos en las narices y yo allí, de pie, corrido, tieso como una estatua cagada no precisamente por palomas. Me sorprendió que el mal augurio no se cumpliera. En vano busqué con la mirada algún ceño fruncido, algún conato de risa, alguna mueca ostensiva de rechazo, de repugnancia o de menosprecio en el apacible círculo de semblantes. Me escuchaban con atención comedida. La calma, que persistió después que yo hubiese anunciado el título de mi poema, supuso un gran consuelo para mí y la demostración de que me había librado de uno de los mayores ridículos de mi vida; pero no sirvió para serenarme, porque precisamente aquella calma me llevó a pensar que los presentes esperaban algo de mí, que lo esperaban además todos juntos y que yo, por supuesto, no iba a estar a la altura de las circunstancias. La voz me obedecía e incluso remitió el calor que me abrasaba el rostro. En cambio mis manos, como si ya no me pertenecieran, temblaban y se

entrecogían como pinzas de cangrejos en combate, de tal suerte que la arrugada servilleta de papel donde tenía escrito el poemilla se me cayó de pronto al suelo. Habría podido atraparla de un veloz zarpazo; pero no me atreví, y como a fin de cuentas me sabía los cuatro versos de memoria, determiné quedarme inmóvil. Josu Ruiz me saltó con una cuchufleta:

—Advierto a vuesa merced que se le acaba de despeñar la literatura.

Vio tras esto que mi vecino de silla se apresuraba a restituirme el papel caído, y añadió:

—¡Ah, y además os hacéis servir por un lacayo!

No le agradó a Izaskun Ayestarán que la mofa salpicase al muchacho con quien había venido a la tertulia, y por eso y quizá por que no recibiera aquél un nuevo agravio después del que le había hecho ella dejándolo por otro, le propinó sin disimulo un codazo a Josu Ruiz. El golpe disuadió a éste de llevar la burla tan lejos como recelo que planeaba. Con todo, no calló de inmediato, sino que advirtiendo que en otras partes de la mesa suscitaba sonrisas su verba arcaica, agregó con la misma sorna que hasta entonces esta o muy parecida coletilla.

—En fin, leed lo que queráis, que aunque no sea bueno, como ya se nota que sois hombre de categoría, os lo sabremos elogiar.

Al punto comencé yo a leer los versos y me fue bastante bien hasta llegar a aquel repecho de eses que rezaba: «desencadenarse en su saliva», donde me trabuqué. Patente el yerro, rompieron todos a reír. No supe amoscarme, aunque lo deseaba. Mi turbación era demasiado grande para ello. Ni siquiera me atreví a levantar los ojos del papel. Como si tal cosa, continué con la lectura. ¿Que el ruido no permitía oír mi voz? Mejor que mejor. Yo no estaba dispuesto a prolongar un segundo el mal trago ni ellos, al parecer, a perderse una nueva ocasión de alborozarse, conque enseguida se callaron. Apenas hubie terminado, me formuló Josu Ruiz una objeción.

—¿Por qué trescientos cofres —dijo— y no cuatrocientos veinticinco o novecientos cincuenta y seis?

La pregunta me hizo el efecto de un alfilerazo. Aquel individuo, que a lo mejor no pensaba más que en lucirse delante de su nueva amiga, arremetía sin saberlo contra lo poco de «Tufo a violetas» fraguado en mi magín. Esta circunstancia me trajo a la memoria el singular ataque a los lectores de Julio Cortázar durante la intervención radiofónica de tiempo atrás. Me dije: si no fuera porque no crees en sortilegios ni milagros, pensarías que estos tipos disponen de algún poder sobrenatural. Sin verte, saben a qué autor estás leyendo; sin conocer tu estilo, descubren el retoque que introdujiste en un poema ajeno que, por lo demás, tampoco conocían. ¿Casualidades? ¿O acaso las arrugas de tu frente, sin que te des cuenta de ello, adoptan la forma de palabras que, reunidas en frases, revelan tus secretos, ponen tu intimidad al alcance de cualquiera que llega y te mira a la cara? Pensando sin orden todo esto en cosa de dos o tres segundos, que fue el tiempo que me tomé para corresponder a la pregunta maliciosa de Josu Ruiz, se me olvidó que mientras estuviera centrada en mí la

atención de la concurrencia, por nada del mundo debía fijar mis ojos en los de Genaro Zaldúa. Pero cometí el descuido y perdí en un instante, como Orfeo a Eurídice, mi última provisión de entereza. Alcé los hombros por toda contestación, pues sabía que mientras aquellas dos pupilas negras, escrutadoras, me estuvieran apuntando, cualquier tentativa mía por pronunciar unas palabras acabaría en penoso balbuceo. Pensé con amargura que la gloria no se hizo para moscas ni para gente como yo, predestinada desde el nacimiento a padecer con conciencia minuciosa su insoportable insignificancia. Ya había dicho entre mí adiós a mi porvenir de gran artista, cuando me lo restituyó de sopetón un inesperado golpe de suerte.

—Pues yo creo —terció, dando una graciosa sacudida a su cola de caballo, Izaskun Ayestarán— que el poema del flaco es magnífico.

La desmedida alabanza me habría halagado mucho más si me la hubiese dirigido alguno de los tres gerifaltes organizadores de la reunión; pero bien se echaba de ver que no cabía esperar de su parte mayor elogio que estarse todos ellos callados, y como fue precisamente eso lo que sucedió al término de mi lectura, quedé contento. Era notorio para entonces el ascendiente que habían empezado a ejercer los encantos femeniles de Izaskun Ayestarán sobre su achispado galán. Al amparo de valedor tan importante, ella podía por lo visto arrogarse el derecho de soltar ponderaciones tan gruesas como aquella con que se le había antojado favorecerme, y que aparte constituir el primer juicio no destructivo ni malévolamente de la tarde, me ayudó a salir indemne del enorme aprieto en que me hallaba. Ninguno rebatió ni respaldó la loa. Vi que Genaro Zaldúa, en el otro extremo de la mesa, agarraba precipitadamente unos papeles y se ponía a ojearlos. El Pulcro se rascaba el pecho a través de un desgarrón del pijama, mientras Josu Ruiz, con labios ligeramente sonrientes y un fulgor de vidrio en los ojos, tomaba un trago largo de coñac. Sentarme de nuevo fue para mí como llegar sano y salvo al final de un campo de minas. Muy cerca había estado de recibir alguna afrenta; pero a la postre la fortuna y la intercesión benefactora de aquella muchacha parlanchina me permitieron salir no muy mal del trance. Ni por un momento se me ocultó que su alabanza era prestada. Minutos después se presentó la ocasión de devolvérsela. Resbaladizo acababa de recitar su verso memorable que desencadenó un jolgorio de padre y muy señor mío. Salió entretanto el moco, la risas se renovaron; pero al fin volvió la calma y le llegó a Izaskun Ayestarán el turno de leer su escrito. Ya es mala folla, me dije, tener que intervenir justo después de semejante zaragata. Y no es que sintiera yo pena de la chica; pero sí una suerte de simpatía que resultó determinante a la hora de elegir el encomio con que tenía previsto agradecer el suyo de un rato antes. Se puso ella de pie y sus ojillos nerviosos escudriñaron una tras otra las caras de todos los presentes. Estrujó el cigarrillo a medio consumir dentro del cenicero abarrotado de colillas. Las suyas podían distinguirse con facilidad, por la marca morada del pintalabios en los filtros. Tenía una oreja franca de pendiente y en la otra llevaba uno rematado en un lorito de plata con ojos azules, que oscilaba graciosamente cuando ella dijo:

—Al primero que se ría me lo cargo.

Recitó a continuación, con voz monótona, un largo poema cuyo título rezaba «Sueño al pie de una cuna en llamas» o algo muy parecido. Era en verdad malísimo y ñoño hasta decir basta. Dos rayos henchidos de desprecio me fulminaron desde el fondo de la mesa cuando, con no poco azoramiento, sentencié:

—Excelente.

Una mosca se había posado sobre la montañita de las peladuras. Se frotaba las dos patas anteriores a manera de hombre glotón que hiciese lo propio con las manos a la vista de un manjar apetitoso. El Pulcro le tiró un manotazo con el fin de atraparla; pero tan rápido que la mosca no tuvo tiempo de acudir al puño. Quizá, más sagaz que su atacante, dejó adrede pasar la zarpa de largo. Después alzó tranquilamente el vuelo, y poniendo rumbo hacia la parte donde menos humo había, cruzó por delante de los ojos de Genaro, que no cesaban de mirarme con fijeza.

—Flaco —me dijo Izaskun Ayestarán—, recuerda que te debo un beso.

Transcurrido un rato, tomó el Pulcro la palabra para poner por obra una de sus ocurrencias maliciosas, que fue fingirse el que no era y pedir con voz encogida permiso para presentarse. Se levantó de su asiento, extrajo un papel de una carpeta imaginaria, e imitando los ademanes y titubeos de los que habíamos intervenido anteriormente, dijo:

—Me llamo Sardino Aguado, hermano del célebre Pulcro, que en paz descanse. Dios creó a mis lectores a su imagen y semejanza. Esta es mi lírica: la placa de la Paca da matraca.

Se celebró la chufra y hubo risas y sonrisas. Incluso a Resbaladizo pareció complacerle que el desastrado malandrín parodiara su verso. Se sumó de pronto Izaskun a la broma, diciendo:

—La placa no me aplaca si es de alpaca.

La tertulia se animó, se alegraron los semblantes. Por fin era posible, alrededor de aquella mesa, reír sin reírse de nadie. Josu Ruiz levantó su puro humeante, a modo de antorcha, por encima de la cabeza y dijo:

—La placa saca caca de esta estaca.

Placa por aquí, placa por allá, discurrieron tres o cuatro minutos y aún seguían los tres salmodiando con mucha risa su rosario de disparates.

—En un lugar de la placa, de cuyo nombre no quiero acordarme...

—Miré los muros de la placa mía...

—Entonces dijo dios: «Haya placa», y hubo placa.

Hasta que Genaro, con mal disimulada severidad, les cortó.

—Ustedes los implacables parece que no se han dado cuenta —dijo, al par que señalaba a un chaval sentado junto al Pulcro— que queda ese tío por presentar una muestra de sus obras.

No se le pudo al aludido ceder en peor momento la palabra. Su gesto de sorpresa al verse repentinamente interpelado y los ademanes corteses con que se apresuró a

manifestar que no era su propósito interrumpir a los tres bromistas, no impidieron que éstos en sus adentros le achacasen la culpa de que su diversión se terminase. Y así, aún no había despegado los labios cuando se volvió hacia él el Pulcro Matallana y con desdén y claras intenciones de ofenderlo le preguntó qué demonios se proponía recitar y si era tan malo como de su jeta y figura cabía colegir. El chaval aguantó impertérrito la afrenta. Luego, en un tono sosegado y varonil, replicó que nada suyo pensaba ofrecernos, pues aunque era muy aficionado a la literatura, no se dedicaba a escribir y, por tanto, difícilmente podrían causar fastidio a nadie unas obras que no existían. Consideraba que su deseo de conocer a personas que compartieran con él el gusto por los libros justificaba su presencia en la cafetería. Y encarándose de pronto con el Pulcro, añadió:

—Lo que yo no sabía antes de venir aquí es que en la cara y pintas de los escritores se trasluzca el valor de sus obras. A las mías no podrás ponerles tacha, puesto que, como acabo de decir, no me he tomado nunca la molestia de escribirlas. Ahora bien, si, como afirmas, es posible juzgar el talento de las personas a partir de su fisonomía y vestimenta, tendrás que aceptar que en vista de tu aspecto desaseado, tus liendres y tus harapos, sea cual fuere el arte que practiques, ha de ser por fuerza una puta mierda.

Se arredró el Pulcro al percibir los agujones intelectuales de su aplomado oponente. Como en demanda de refuerzos, se le vio consultar con la mirada a sus amigos. En vista de que ninguno intercedía en su favor, optó por un repliegue estratégico y en silencio, como se pudo ver después, aguardó una ocasión propicia para resarcirse. El chaval, entretanto, continuó su exhibición de sosiego y elocuencia, y declaró su propósito de leer uno o dos poemas de un libro que a ese efecto había traído a la reunión. No bien lo hubo sacado de un bolsillo de su chaqueta, lo reconocí por las pastas de color granate y al punto me fue dado evocar multitud de versos sabidos al dedillo, inolvidables metáforas, el panderero de Preciosa, las voces fúnebres junto al Guadalquivir, la luna en la fragua, barandas, olivos y otros elementos de aquel universo lírico y dramático en el que yo gustaba tanto escarbar entonces a la busca de imágenes y de estímulos verbales para mi fogosa poesía juvenil. El libro atrajo de inmediato la curiosidad de los asistentes.

—A ver, a ver, enseña la portada.

Era, como yo ya sabía, el *Romancero gitano*, de Federico García Lorca. Apenas se hubo enterado de qué libro se trataba, bruscamente se lo arrebató el Pulcro a su dueño y sin más ni más comenzó a arrancarle las hojas y a rasgarlo. El chaval no se inmutó; aunque en su rostro se vislumbraba una sombra de estupefacción. Intervino Josu Ruiz con aire sentencioso:

—Colega, esto es lo último que podríamos soportar aquí.

Acto seguido emprendió Genaro Zaldúa una violenta diatriba contra Lorca, a quien, con patente desprecio, llamaba García a secas. Afirmó, entre otras cosas, que era «el poeta más fusilado del mundo» y lo tildó de hombre vacuo, populachero y

cascabelero. De esta guisa lo puso a parir durante varios minutos, con exaltación que alechuzaba sus ojos y le bañó la frente en sudor. Por fin, tras un rudo manotazo al borde de la mesa, concluyó:

—García es la Coca-Cola de la literatura española. Ligerito, azucarado, lleno y lleno de aire, de nada. Benditos sean los eructos aliviadores de la cargazón que originan sus versitos y tonadillas. Escuchad, ni García ni la guerra de marras que nos libró de él nos interesan.

El Pulcro Matallana terció con socarronería, remedando el acaloro de su compañero:

—Nosotros, surrealistas, sentimos asco por la literatura.

Se encaró con él entonces Izaskun Ayestarán, preguntándole con qué fin, si tal era su parecer, habían convocado la reunión. El pilluelo respondió sin vacilar:

—Esta reunión forma parte de una estrategia para destruir el arte.

Dicho lo cual, el muchacho que había querido leer algún poema de Lorca tomó unos cuantos jirones de su libro, y echándolos a volar, dijo como para sí que a él le gustaban la literatura y el arte, y se marchó tranquilamente del café.

De nuevo jueves, y como el jueves anterior y como aquel otro de la reunión en el café Goya, hubo en la casa familiar, para comer, lentejas. Me sorprendió que siendo ella quien las adquiriría por paquetes en el supermercado del barrio, las limpiaba después bajo el chorro del grifo y finalmente las ponía a guisar en una vieja olla a la que de continuo se le escapaba el vapor por una fisura de la tapa, dijera no haberse percatado nunca de aquella costumbre semanal. Le conté que don Quijote solía comerlas los viernes y ella, persona que jamás leyó un libro, sin barruntar la broma me preguntó muy seria si ese señor era mi jefe de oficina. ¿De oficina? Ni que me hubiese confundido con mi hermana, pensé. Al atardecer preparó exactamente la misma cena que la víspera. Lo negaba, y aún siguió abroquelada en su tozudez después que le mostráramos unos restos que ella misma había colocado la noche anterior en la nevera. Andando el tiempo, el padre habría de acordarse muchas veces de aquella repentina pérdida de memoria, que siempre tomó por indicio de que en la cabeza de su mujer ya se estaba preparando el fatal cortocircuito. Yo le referí, por si servía de algo, aquellos extraños sucesos al médico que al día siguiente, 1 de junio, llamó por teléfono para notificar el fallecimiento de doña Juana Echeverría, mi madre.

A menos que, cosa rara, mi hermana Petra se presentase a comer, la provisión de lentejas duraba por lo general hasta el mediodía del viernes. Pero ya no era lo mismo. Veinticuatro horas de reposo habían transformado las lentejas en una masa apelmazada que, con el recalentamiento, adquiriría un desagradable sabor agridulce. A pesar de que a la madre no solían faltarle recursos de cocinera veterana para aligerar dentro de lo posible aquella pasta repelente, agregándole un chorrillo de leche o de agua, el resultado, cualquiera que fuese, desmerecía, y a menudo el padre y yo matábamos el hambre a escondidas, rapiñando galletas o royendo el pan seco de la alacena. De ordinario las sobras iban a parar al balde de la cherrijana, llamada así por estar su nauseabundo contenido destinado a la manutención de una piara de cinco o seis cerdos que un antiguo vecino nuestro de Illarra-Berri guardaba en una chabola. La mudanza de barrio no nos hizo perder aquel hábito doméstico. La única diferencia estribaba en que ahora la caminata hasta la chabola con el balde o una bolsa maloliente duraba quince minutos, mientras que cuando niño sólo había que descender a la calle, doblar la esquina de la casona y subir diecisiete peldaños excavados en la tierra de un declive. Yo hacía el recorrido a toda mecha y con el segundero de mi relojito de la primera comunión medía el tiempo que me costaba llegar. Abridaba la ilusión de bajar alguna vez del minuto; pero siempre me quedaba a cinco o seis segundos de la marca soñada. Por fin una tarde, en que la cherrijana pesaba poco y no escurría, lo conseguí: cincuenta y nueve segundos. Fue, sin exageración, uno de los más grandes triunfos de mi vida, si no el mayor.

Tras llamar con los nudillos a la puerta chapeada, yo aguardaba jadeante,

pletórico de vitalidad infantil, la aparición del hombre de los cerdos; su nariz violácea, su chaqueta rotosa, llena de mugre, y las manos enormes y rojizas que me entregaban, en pago por los restos, una almorzada de cerezas, dos o tres onzas de chocolate o cualquier otra golosina. El hombre vaciaba el balde en la pocilga, me lo devolvía y yo echaba a correr hacia la casa. Rara vez entablábamos conversación. Recuerdo que una tarde me dejó ir sin darme nada. Aquella imprevista avaricia me indignó, y para que viera reflejada en mi cara la maldad que conmigo cometía, descendí lentamente los escalones de tierra, volviéndome de continuo hacia él. El porquero permaneció inmóvil en el umbral de su chabola, con la mirada abatida, mirándose al parecer la punta de las alpargatas, y no me llamó. Durante un mes, por despecho, anduve esparciendo la cherrijana por el monte, y en horas en que sabía que el porquero estaba trabajando en la fábrica, me llegaba a la chabola por la parte trasera y a través de un ventanuco sin vidrios me dedicaba a apalear a los cerdos. Al fin me reconcilié con él y a partir de entonces, en lugar de agradecerme los desperdicios con chucherías, me invitó a fumar, pues decía, señalándome el bozo, que yo ya era demasiado grande para caramelos. Más tarde, cuando supo que mi familia tenía previsto instalarse en la casas nuevas de Zapatari, además del cigarrillo empezó a ofrecirme su petaca y me incitaba a beborrotear tragos de su coñá quemajoso, extraído de una garrafa inmunda, revestida de polvo y telarañas, que guardaba en una oquedad próxima al rincón de los cerdos. Le hacía gracia que a menudo, a causa del raspamiento del bebistrajó, se me alterase el gesto. Beber a morro de donde él bebía me daba un asco indecible; pero temeroso de que dejara de tenerme por hombre, no me atrevía a rechazar su ofrecimiento. Si le saltaba con una excusa o me advertía reacio a llevarme la petaca a la boca, descolgaba la azada del gancho, y amenazando de broma con hundirme el cotillo roñoso en la cabeza, me obligaba a beber, al tiempo que en su peculiar lenguaje medio vasco, medio castellano, se ponía a alabar el coñá y decía cosas como que lo tenía puesto a refrescar «ande el choco los cherris pues pa que le entre la solera». Yo me mondaba de risa, porque el viejo en verdad tenía mucha gracia. Poco a poco fui acostumbrándome a su aliento dulzón de borrachingas, a la aspereza del coñá y al calor y fetidez asfixiante dentro de la chabola. El cigarrillo y los sorbos a la petaca se convirtieron finalmente en un rito de adolescencia, que hizo durante años gustoso el encargo de llevar la cherrijana. Yo, en vida de la madre, siempre bebí y fumé a escondidas.

El último jueves de mayo el padre regresó de la fábrica, como de costumbre, poco antes de las tres. Al entrar dio un resoplido, su saludo de los días en que llegaba muy cansado. Luego hincó el paraguas chorreante entre la vajilla sin lavar hacinada dentro de la fregadera. La madre le reconvino. Él, impasible, se sopló una gota de lluvia pendiente de la punta de la nariz y con gran esfuerzo logró soltarse los zapatos. No estaba yo en la cocina para verlo; pero sé que fue así, que siempre era así. A esa hora sólo quedaba él por comer. Se dejó servir en silencio, inapetente, apático, deseoso de siesta. Un instante que la madre se ausentó de la cocina y se quedó él a solas ante el

plato rebosante, le oí refunfuñar:

—Estoy de lentejas hasta los huevos.

Como cada día fui a cogerle el periódico antes que lo hubiera apoyado en el porrón, pues sabía que en ese caso no me lo habría de ceder de ningún modo. Llegué tarde. Tenía el periódico desplegado sobre las piernas, abierto por la página de sus queridas crónicas de pelota.

—Venga, jefe, que ya sé que lo has leído —le dije, y para no darle ocasión de negarlo, le señalé varias manchas de aceite en el papel, delatorias de una lectura durante el almuerzo matinal en la fábrica.

Como si no se diera cuenta de que le había cogido el periódico, siguió mirándose un momento a las piernas, y mientras yo salía de la cocina le oí de nuevo rezongar.

—Rediós, cómo queman las putas lentejas.

Aquella tarde, dos semanas después de la reunión en el Goya, tumbado sobre el viejo sofá verde de mi cuarto leí, en la sección de Cartas al Director del periódico, este escrito que desde entonces ha figurado en la primera página de mi colección particular de documentos:

HUELGA DE SURREALISTAS

Después de tantos siglos de silencio anaranjado, entendemos que ha llegado la hora de fustigar a la sociedad con nuestros mensajes antiestéticos. ¡Oh luna, oh ángeles suicidas, oh mariposas inflamadas! Una vez más La Placa está de parte de la locura. Donostiarra, si todavía no habéis asesinado a vuestra madre, si todavía no le habéis destrozado el cráneo a hachazos, sin más objeto que el cultivo de setas venenosas en sus desechos sanguinolentos, entonces ya todo es inútil, no hay remedio, mejor seguid haciendo calceta a la sombra de las trincheras, porque lo que es a nosotros no nos vais a entender ni por el forro. La Placa no piensa ir detrás de nadie recogiendo sus lágrimas con una palita. Culturalmente hablando, esta ciudad es un redil de gilipollas.

Los plaqueños estamos en contra de la indecisión de los mosquitos pusilánimes que no se atreven a picar en el bocio del alcalde. Estamos igualmente en contra de la existencia del universo, al que consideramos una ordinariéz, una chapuza, una españolada; pero también nos oponemos a la inexistencia del universo, aunque sobre esta bagatela hay serias discrepancias en el grupo. Estamos por supuesto en contra del realismo, y de la generación del 27, y de las mujeres cuyo pubis espinoso pincha y raspa, y de los carceleros de la poesía, y de todos los carceleros, y del número 4371, y de las letras p, n y v, y de los calvos veloces, y del yogur de pus, y del día de descanso semanal en los bares, y de los derechos y deberes de los ciudadanos, y de las banderas, y de los estúpidos que se agarran como lapas a las banderas. Nosotros los filibusteros de La Placa estamos sobre todo, por mucho que disimulemos, en contra de La Placa. Porque La Placa es una caca. Esa es la verdad. No hay razón para seguir ocultándolo. La Placa es al arte lo que un forúnculo al cuerpo de una diosa. Estamos en vísperas del gran día del terror estético.

Odiennos, se lo suplicamos. Si es preciso nos pondremos de rodillas ante sus ataúdes de ustedes, chuparemos despacito las ruedas delanteras de sus automóviles, nos arrancaremos los dientes de cuajo y los enviaremos por carta a cualquier dirección indicada previamente por sus secretarías tuberculosas de ustedes. Pero, por favor, no olviden comenzar el día odiando el pezón del que mana un ácido calostro, ya que nosotros los plaqueños vamos a hacer todo lo posible por convertirnos en ese pezón. Persígannos, póngannos a asar en la parrilla. Estamos riquísimos. ¿No se dan cuenta de lo ricos que estamos?

El grupo La Placa ha roto aguas. Vive. Por eso protestamos desde las páginas de este periódico honorable, hacemos huelga, nos prosternamos ante el bidón de la basura, mientras a la entrada del cine Victoria Eugenia espolvoreamos esporas de setas sobre las carnes en descomposición de los caídos por la patria. Cualquier día de éstos va a suceder algo gordo en el cementerio de Polloe. Ustedes pueden estar seguros de que sus tumbas serán rajadas a machetazos y de que besaremos en la boca de sus hijas muertas.

La Placa
Fundadores:

Genaro Zaldúa

No sé cuántas veces leí aquella carta del periódico, tumbado en mi trono verde de felpa raída. Al principio me acometió un grandísimo resentimiento, pensando que mi nombre también merecía constar en la lista de firmantes. No obstante, con cada lectura se fue atemperando el sinsabor que arrastraba desde hacía dos semanas, luego que no se hubieran cumplido mis esperanzas de ingresar en el recién creado grupo surrealista, y al fin hube de reconocer la admiración y asombro que aquel escrito me infundía. No menos que la audacia de su contenido, nueva en la prensa local de aquellos años negros, me impresionó que al consejo de redacción de *La Voz de España*, y en particular a su director, a quien supuestamente iba dirigida la carta, se les hubiese colado por el tamiz selector semejante pedrusco. Era un día lluvioso y triste como la tarde de aquella reunión que no me había deparado nada positivo. Qué lastima, decía entre mí cada vez que emprendía una nueva lectura de la carta. Pensé que a lo mejor no habían sido tan ciegos los responsables del periódico al aprobar su publicación. A diario se oía decir que después de cuatro décadas de sojuzgación, por fin gozábamos de un régimen democrático; se fomentaba la permisividad en nombre de la tolerancia; cundía la sensación de que éramos libres. Además, la inclusión de aquella carta en la página de las dirigidas al director eximía al periódico de cualquier responsabilidad frente a la ley. Con el tiempo, dicho sea de antemano, esa circunstancia contribuiría no poco a la popularidad de La Placa, cuyos comunicados habrían de hacerse pronto habituales en los periódicos de la ciudad.

Oyendo la lluvia azotar los vidrios de la ventana, me puse melancólico. Qué lástima, me decía, de seguro que un porvenir rico en acontecimientos, anécdotas, triunfos, aclamaciones y todo lo deseable que a un artista le quepa imaginar, aguarda a los privilegiados que oportunamente han conseguido montarse en ese carro en marcha llamado La Placa. De sobra conocía yo la procedencia de tal nombre. Y por entender que era apelativo deliberadamente tosco y como de burla, me parecía que ni pintiparado para los que de esa manera se hacían llamar ahora en público. Me recordó, desde luego, al chaval de rostro picoso, el incidente de la Coca-Cola, la rechifla a raíz de aquel verso del que había tomado su nombre el grupo, la torpe tentativa de marcharse sin pagar, y al fin, aunque triste en lo más hondo de mi persona, no pude menos de echarme a reír a solas en mi cuarto.

—Estás como una cabra —rezongó la madre al otro lado del tabique.

Y lo peor y lo que me causaba mayor reconcomio era que la halconera de las gafitas, la tal Izaskun, la del «Sueño al pie de una cuna en llamas», o como quiera que se llamara el horrendo poemote, hubiese sido admitida en el grupo. A sus atractivos, desvergüenza y perfume se debía sin duda su éxito. Otros méritos literarios no se le

habían visto. Aunque, para decir la verdad, ¿de qué me valía a mí pensar aquello? ¿Acaso tenía ella la culpa de que yo me hubiese mostrado durante el transcurso de la reunión tan cauto, tan silencioso y, a qué negarlo, tan cobarde? ¿Podría reprocharle que yo no fuera, como ella, una muchacha linda y seductora? Qué lástima, pero qué lástima, me decía una y otra vez, mirando el cielo gris por la ventana. Maldita timidez que me sanguijuelea el coraje y es como una brecha por donde se le escapa al cuerpo la alegría de vivir. El deseo de castigarme me indujo a imaginar el destino que apetecí y no se había cumplido. Aceptado como miembro de La Placa, en pensamiento me vi colaborando en la redacción de la carta para el periódico. Mientras leía en voz alta unas frases de mi cosecha, por el rabillo del ojo me era dado advertir la unánime aprobación de mis amigos. Unos celebraban la musicalidad de mi estilo, otros mi hondura intelectual; había quienes confesaban no saber si admiraban más aquella o ésta; finalmente, Genaro Zaldúa pronunciaba un discurso elogioso en latín. Esta última pirueta mental resultó una pifia. De manos a boca me acordé del temible examen previsto para el día siguiente. Por la mañana la madre había ido a la capilla de mi antiguo colegio a encenderle una vela a Santa Rita. Lo mismo pensaba hacer al día siguiente. Tal era su costumbre: sobornar a la patrona de los imposibles para que me soplase las respuestas correctas en el curso de los exámenes. Fechas atrás, durante uno de los descansos matinales entre clase y clase, el catoniano jesuita y Checho Aizpurua fueron vistos juntos al fondo de la cantina universitaria. Que si rajaban latinajos, que si el gordo tomaba notas en una agenda, que si sabía las preguntas del examen. Aizpurua, parapetado en su habitual pachorra, ni desmentía ni confirmó; pero tanta tabarra le dábamos que al fin hubo de venirse a partido y subió al estrado para hablar.

—Puedo aconsejar y aconsejo —dijo— especial atención a Salustio, *De coniuratione Catilinae*, XV-XVI, y ojo por si las avispas a LII-LIV.

No le creí y a mediodía me las apañé para coincidir con él en el autobús. Me confesó que su conversación con Stupor Mundi en la cantina había versado sobre bersolarismo y que no tenía la menor idea de lo que iba a entrar en el examen. En cuanto a la mención a Salustio, había sido una simple estratagema ideada con el fin de eludir el asedio de los pelmas. Dicho lo cual, tuvo antojo de que le hablara nuevamente de la tertulia surrealista en el café Goya, y me pidió que le contase peripecias sobre las que ya le había puesto en autos otro día. Comprendí que no me tomaba en serio y le espeté:

—Creo que tu poema no gustó.

El sol espléndido que lucía cuando abandoné el aula, al término del examen de latín; esa mezcla de olores rancios a algas en descomposición, a paredes húmedas, a fritos de taberna que predomina de costumbre, según creo, en el aire de las localidades del litoral cantábrico; el fragor del tráfico; un soplo de brisa; tal vez algún semblante familiar, entrevisto un segundo antes del fatal desvanecimiento: tales o muy parecidas debieron de ser las percepciones últimas de la madre en el breve lapso de su agonía sobre la acera de la calle de Loyola, rodeada de curiosos más o menos consternados al escuchar de boca de un transeúnte caritativo, quizá de un médico que pasaba casualmente por allí, que ya era inútil darse prisa en llamar a la ambulancia, que el corazón de aquella pobre señora había cesado de latir.

La jornada me deparó otros sucesos no desfavorables, pero igualmente merecedores de un recuerdo. El examen de latín, sin ir más lejos, por más que considerado desde la perspectiva de hoy se me antoje, como tantas cosas trascendentales en la vida que cuestan trabajo y van acompañadas de insomnio, palpitaciones y temor, un acontecimiento baladí. Entonces no, entonces tenía la corazonada de que todo mi futuro profesional se decidiría en el transcurso de aquella mañana y acudí a la facultad con el ánimo del duelista que acometido de presagios adversos se encamina al campo del honor. Por fortuna, la santa de la brecha purulenta en la frente se mostró sobremanera dadivosa. Obró el milagro, conmovida al parecer por la vela de la madre y los cien duros que tenía ella previsto depositar en el cepillo y que presumo depositó una o dos horas antes de acabar sus días en un zas, caída junto al puesto de una vendedora callejera de sardinas, frente a una de las entradas del mercado de San Martín. Desde soltera, en los difíciles años del racionamiento en que mataba el hambre de su familia trabajando en una fábrica de boinas, la madre jamás se había perdido una novena de mayo. Uyuyuy, enferma y con fiebre iba si era necesario, solía decir, y a continuación, indefectiblemente, contaba aquello de que una vez, a media misa, le sobrevinieron los dolores del parto y a punto estuvo de meterse en un confesionario a dar a luz a mi hermana Petra; pero le fallaron las fuerzas y al fin, dios bendito, mandaron buscar al lego, que sabía conducir la furgoneta, etcétera.

Las leyendas acaso cuenten un día que la monja de Casia intercedió con el agrio profesor para que éste dispusiese, durante el preludeo usual del examen con que de ordinario procuraba amedrentar a los alumnos, que me colocara en el llamado *paraíso de los copiones*, un rincón del aula mal iluminado que los chuleteros (estirpe a la que, huelga decir, yo pertenecía) se disputaban punto menos que a codazos. Temí se me notara el regocijo enorme que me invadía cuando me instalé en aquel lugar retirado, el más idóneo para la ejecución de las triquiñuelas en que se cifraban mis pocas esperanzas de aprobar el examen, por cuanto llevaba toda mi ciencia escondida dentro de las mangas. Durante unos instantes el severo jesuita me dirigió una mirada

de gavilán. Rígido sobre el estrado, se diría que una duda le desazonaba: ¿Qué razones tendrá la venerable Rita para proteger al haragán de Goicoechea y forzarme a hacer la vista gorda mientras el bribón, porque no es más que un bribón, se dedica a copiarme de pe a pa el examen? Al rato fueron repartidas las hojas, un cuadernillo de ocho páginas cuadrículadas, unidas con grapas. En la primera campeaba, como era de rigor, junto al espacio reservado a los datos personales del examinando, el sello de la facultad. Este incluía un pequeño escudo entre cuyas líneas, no fácil de descubrir a simple vista, acostumbraba pintar el Monstrum Horrendum una mancha diminuta en forma de triángulo: ojo minúsculo de dios al que lógicamente nada podía pasar inadvertido. Se trataba de una artimaña reveladora de la naturaleza aviesa de aquel hombre. Sabía él que los alumnos solían proveerse de cuadernillos; aunque ignoraba que aparte los sobrantes en las pruebas escritas de otras asignaturas, conseguíamos muchos en la portería, aprovechando las frecuentes ausencias del bedel. El truco estribaba en traer escrita de casa la mayor cantidad posible de la materia señalada para el examen y efectuar en el curso de éste, si se había tenido la fortuna o el buen olfato de acertar con las preguntas, el cambio secreto de cuadernillos, y si no, ponerse a transcribir de uno a otro con la tranquilidad que daba saberlos iguales. Nadie supo cómo, allá por el otoño, Praetor Verres descubrió la trampa. Disimuló, y otro día comenzó sin más ni más a hacerse el afable, manifestando el gusto que le produciría ponernos buenas notas. Y para que sus palabras no quedaran en el aire, dijo, había resuelto incrementar el número de exámenes, de modo que no tuviéramos que jugarnos todo a una sola carta, sino más repartidamente.

—Conque el próximo lunes —concluyó— os examinaréis sólo de Virgilio.

Así fue como encontró ocasión de poner por obra la argucia de los triangulitos, que le permitió consumir una de las mayores redadas de copiones que se haya producido jamás desde que existen en el mundo academias y universidades. Fui de los primeros a quienes entregó la cartita acusadora destinada a los padres y acaso el único que abrió el sobre para leer la misiva. Estaba redactada a mano, en un lenguaje marmóreo y con una caligrafía que mis padres jamás hubieran sabido descifrar. Aquel alarde de prepotencia soliviantó al grupo de infractores. Al fin de la clase nos reunimos en el puente y a imitación del más resuelto arrojamos las cartas a las vías del ferrocarril, en medio de un cachondeo indescriptible. Yo seguí con mucha atención el vuelo de la mía, por ver dónde se posaba y bajar más tarde a recogerla, pues presentía que no había de quedar sin represalias nuestra acción.

Dos semanas después hubo otro examen y yo volví a estar entre los que fueron llamados a la mesa del profesor a recibir la consabida carta para los padres. Gran parte de la mañana los universitarios estuvieron escrutándose con cara de perro, en la inteligencia de que había un traidor entre ellos, alguno que, a cambio de una buena calificación a final de curso, se pasaba los exámenes anotando los nombres de los que copiaban y entregaba después la lista al señor de horca y cuchillo. Se deja imaginar que las mayores sospechas recaían principalmente sobre los estudiantes que habían

librado bien en las dos últimas pruebas escritas. Algunos de éstos rechazaban con ahínco la latente imputación, alegando que también ellos habían copiado, aunque de otro modo, o que habían ocupado un asiento en la primera fila, desde donde no es posible advertir lo que sucede por detrás. Los ánimos estaban crispados y no se les creyó. La profesora de literatura medieval, encinta, se asomó a la puerta, y al percibir la ruidosa disputa, se retiró con su manoseado tomo de Alborg en la cesta. Ajeno a la gritería, el gordo Aizpurua iba por las mesas pidiendo le dejaran echar un vistazo a los cuadernillos. Nadie reparó en él cuando se acercó a la pizarra y reprodujo en ella, a gran tamaño, el sello de la facultad.

—Aquí tenéis al que os delata —dijo, y todos comprobamos con una mezcla de indignación y asombro la existencia de los triángulos secretos.

La primera ojeada a las preguntas del examen final me hizo concebir esperanzas. Se conoce, me dije, que el día se obstina en serme propicio. Ganas me daban de atribuir también a la intervención prodigiosa de Santa Rita el que de dieciocho traducciones posibles me tocase examinarme de una de las cuatro por mí elegidas a la ventura para ser trasladadas a chuleta, si bien por desidia o por pesimismo había omitido un trozo no breve de ella. Se trataba del pasaje XCI, correspondiente al libro tercero de *De bello civili*. Habré olvidado lo poco que aprendí entonces de literatura latina; pero me acuerdo como si la hubiera escrito yo de la arenga fogosa que Crastino dirige a sus camaradas con el fin de enardecerlos, y asimismo del momento en que se encara con César y un tanto fanfarrón le espeta aquello de que vivo o muerto le debería agradecimiento en aquella jornada que fue, según el relato, la última de su vida. Fiado a la imaginación logré traducir la parte final del ejercicio. A todo esto se posó sobre la página una mosquita amarilla, de alas irisadas y abdomen traslúcido. En otras circunstancias me hubiera complacido capturarla, pues odio los bichos pequeñitos y cautelosos, ya que me recuerdan a mí, y por la misma razón que los odio los amo. Aquél no era el mejor momento para dedicarse a la caza. Temía atraer la mirada del estricto preceptor y que en el transcurso del divertimento se me saliesen las chuletas de la manga. Dejé, pues, que la mosquita errara a su gusto por la página. De vez en cuando se detenía y libaba aquí o allá con su trompetilla diminuta. Me pareció que no le hacía ascos a la tinta. Sus marchas intermitentes y sinuosas la condujeron adentro del escudo, en el borde superior izquierdo de la hoja, donde defecó un puntito casi imperceptible a no más de dos o tres milímetros de la marca triangular, hasta la cual arrastré con la punta de mi bolígrafo el minúsculo excremento. De esta forma se me figuró haber conseguido cegar el omnividente ojo delator. Pensé, con desánimo risueño, mirando cómo se alejaba la mosquita por el aire, que mientras que el cielo, según se cuenta, envía por medio de los ángeles mensajes proféticos a sus elegidos, y mientras que en el vuelo majestuoso de ciertas aves descifra el héroe de la canción de gesta la fortuna que le deparará su próxima batalla, mi vida parece consistir en un argumento trivial que la mierdilla de un bichito es capaz de predecir. Con todo, se me antojaba un buen augurio la visita de la

pequeña mosca. Y en efecto, no bien hube concebido esa premonición, se abrió la puerta y entró en el aula la figura rechoncha del bedel, que venía a entregar un paquete voluminoso al profesor. Ni el más optimista de los allí congregados podía imaginarse que el solícito subalterno había de tardar más de cinco minutos en retirarse, tiempo durante el cual la tribu de perillanes quedó prácticamente libre de vigilancia. Traía el bedel una noticia, una explicación, tal vez unas preguntas que transmitió en voz baja a su superior. Sea lo que fuere que le dijo, ello suscitó el diálogo entre ambos y motivó que el jesuita abriera de prisa el paquete, que contenía libros y varias hojas sueltas a modo de documentos que procedió a leer y firmar. Estas se las entregaba al bedel, desde cuya llegada había cundido una silenciosa agitación en las filas de examinandos. Algunos se comunicaban por señas. Vi a otros extraer con más o menos maña papeles, papelitos y hasta hojas enteras de cuaderno. Y lo mismo era sacar que introducir. También vi que un compañero engullía precipitadamente una chuleta, recurso extremo de hacerla desaparecer. No muy lejos de donde yo me hallaba, surcó el aire una bolita de papel, que fue a parar a manos de su destinatario, quien enseguida la deshizo y, tras escribir algo en ella, la devolvió asimismo por vía aérea. A este punto, la chica sentada a mi izquierda me insinuó el trueque de nuestros respectivos cuadernillos. La maniobra no dejaba de entrañar riesgo; pero también era verdad que consumada con éxito aumentaría de una manera probablemente decisiva mis posibilidades de aprobar el examen. Quise cerciorarme de que el profesor no nos vigilaba. Con satisfacción comprobé que ya ni siquiera, como en un principio, miraba de reojo a los estudiantes. Debía de ser un asunto de suma importancia el que en aquellos momentos le entretenía. Es posible que albergase el convencimiento de que sus triángulos detectores de trampas hacían superflua la vigilancia, ignorante de que todos sus discípulos estaban al cabo del ardid. En vista de lo cual, indiqué por medio de un gesto a mi compañera que aceptaba su proposición. Al punto dejó ella caer su cuadernillo al suelo. Yo me agaché a recogerlo y en ese instante puse el mío en manos de la muchacha. El paraíso de los copiones permitía tales tretas con tal que fuesen ejecutadas con la debida discreción y rapidez. Calígula no se enteró. Me dije entre mí: Santa Rita, merecería ser cierta tu historia de milagros. Y acto seguido me puso en los linderos de la euforia descubrir en el cuadernillo de mi compañera la ardua transcripción fonética íntegra, que reproduje sin demora, primero sobre la mesa, más tarde en mis propias hojas de examen, recobradas al tiempo que el profesor acompañaba al bedel hasta la puerta. La parte referida a gramática la despaché como el instinto me dio a entender, desatinando probablemente aquí, disparatando sin duda allá, en la esperanza de arañar con suerte algún que otro punto. Pasados siete días, supe el resultado, que en circunstancias normales habría sido causa de una alegría desbordante. Busqué mi nombre en la vitrina. Leí: SUFICIENTE. Evitando encontrarme con otros estudiantes, abandoné la facultad por un camino lateral, y al llegar al paseo del Urumea, me encaramé al pretil y arrojé todos mis libros y apuntes de latín al río.

Acabado el examen de latín salía de la facultad por la rampa que discurre paralela a las vías del tren, cuando oí que a mi espalda, muy cerca, alguien pronunciaba mi nombre. Al darme la vuelta, el sol me ofuscó, de suerte que en un primer momento no supe quién era aquel muchacho fornido de larga melena, que olía a chotuno y extendió los brazos como para agredirme y al fin me estrechó entre ellos. Me saludó efusivamente y dijo, apoyando en mi hombro una mano pesada, pilosa y grande como zarpa de oso:

—Te acompaño adondequiera que vayas.

Juntos caminamos por el paseo del Urumea, inhalando la vaharada fétida que incesantemente subía del río. El caudal fluía menguado a causa de la bajamar. Deyecciones y residuos putrefactos se acumulaban en el agua estancada cerca de la orilla. Genaro Zaldúa tenía en uno de los pómulos un vestigio amarillento de equimosis. Vestía idéntica camisa de cuadros que la tarde de la reunión, hacía poco más de dos semanas. La levaba abotonada hasta la nuez. Una prenda tan gruesa en un día caluroso como aquél, unida a los pantalones de pana, los borceguíes de invierno, la barba tupida y el pelambre, por fuerza debía hacerle sudar. Y, en efecto, tenía el rostro empapado y lleno de perlas líquidas que de vez en cuando se enjugaba con el dorso de la mano. Me contó que venía de examinarse de Prehistoria.

—Las preguntas han sido tan chupadas que hasta me ha dado tiempo de planear un relato que voy a escribir en cuanto llegue a casa.

Declaró, ignoro con qué intención, que detestaba a los estudiantes aplicados («cobardes empollones», dijo), que no conocen otro estímulo intelectual que la obtención de una buena nota. A su juicio, merecerían que les marcaran las calificaciones en el muslo con un hierro candente, como a reses. Ponía tanto ahínco en demostrar la poca importancia que concedía a sus estudios y a su futuro profesional, que comencé a sospechar que me mentía. La hinchazón de sus párpados, las escleróticas inyectadas en sangre, cierta languidez y brillo tenue que atemperaban la habitual fiereza de sus ojos, delataban cansancio, tal vez el cansancio inevitable después de una noche en vela, entregado de lleno al estudio. La idea de que me mintiera, de que a pesar de su complexión robusta adoptara una estrategia para hablar conmigo, me reconfortó. Yo correspondía a cada afirmación suya con un gesto de asentimiento, tanto por no disgustarle como para que se explayase en aquel tema que no me afectaba en absoluto. Caminaba a su lado en silencio, pendiente de no pisar su larga sombra, que se proyectaba por delante de ambos, sobre el suelo de gravilla. Temía que me atribuyese mala fe; que acudieran a su memoria ciertos episodios de nuestra infancia; que los sacase de pronto a relucir y tomara a continuación cabal venganza de ellos, allá mismo, junto al río. A pesar de su aspecto cansado, se le notaba exultante, ganoso de conversación, muy satisfecho de su rendimiento en el examen reciente. Se conoce que tenía el cerebro abarrotado de erudición y necesitaba

soltar lastre. Hablaba del hombre de Neandertal como si contara la vida de un pariente. Yo me decía entre mí: este individuo ha pasado horas delante de un mamotreto de prehistoria. De vez en cuando interrumpía la charla prolija, y como para darme a entender que él sobrellevaba su ciencia de mala gana, me formulaba preguntas de este tipo:

—Dime, Hilario, ¿tengo yo cara de tomarme en serio esas zarandajas del neolítico, el paleolítico y el paralítico en vinagre?

Al parecer consideraba deshonorosas sus obligaciones universitarias, por figurársele opuestas a su condición de guerrillero del surrealismo. Tampoco yo, a decir verdad, sabía por entonces cuán nocivo y empobrecedor resulta para un escritor o un artista de cualquier especie el menosprecio de la cultura. Tuve poco después una prueba de que Genaro pensaba como yo sé que pensaba. Habíamos entrado en una tasca de la plaza de Bilbao. Mientras esperábamos que nos sirvieran, guiñándome un ojo se franqueó:

—Si mis amigos de La Placa supieran que soy un pringado de los estudios, me fusilarían.

Me inquieta un presentimiento: que el vino compartido nos va a amistar después de tantos años de separación. El bar, vacío y en penumbra, hiede a lejía. Desde la cocina, que cela una colgadura antepuesta al vano, nos llega el canturreo de una mujer. Genaro, cada vez que el tabernero nos da la espalda, alarga la mano con una velocidad de lengua de camaleón hasta los platillos repletos de tapas y en un santiamén se mete alguna en la boca. Las traga enteras, sin mover un sólo músculo del rostro. Para que no se note el hurto, no toma más de una pieza por platillo. Al abrir la boca asoma fugazmente la dentadura horrible: dos líneas de no se sabe si más huesos que dientes negros y carcomidos. Me dice que enseguida vuelve, que tiene que ir al servicio, y en ese instante me acomete un grandísimo apuro al advertir un churrete de mayonesa en su barba. No bien se ha marchado, le pregunto al tabernero cuánto se debe. Este se pone a bisbisear la suma.

—¿Alguna tapa? —dice, mirándome con fijeza.

—Cinco —respondo sin vacilación, seguro de que sabe cuántas faltan en los platillos, y apoquino las bebidas y el banquete furtivo de Genaro, que regresa poco después abrochándose tan campante la bragueta.

Yendo por la calle, le referí que la víspera había leído la carta del periódico. Me disuadió de elogiarla su mirada sonriente; pero agregué, con la mayor firmeza de que fui capaz, que la secundaba sin restricciones, pues a mi manera yo también militaba en el surrealismo. Me preguntó, creo que con socarronería, cuál era esa manera. La del solitario, contesté, y en el gesto de su cara advertí que no le había desagradado mi respuesta. Esto me procuró el arrojo suficiente para aludir a Max Ernst, más que nada por demostrarle a Genaro Zaldúa que yo no hablaba por hablar, y por hacerme valer, y por que se persuadiese de que no me faltaban méritos ni cualidades para haber sido admitido en su pandilla. No pude pasar del primer aserto, pues al instante, poseído de

súbito entusiasmo, Genaro se apoderó del tema y se lanzó a impartirme una lección de pintores y pintura, en el curso de la cual se me figuró sentir lo mismo que sienten los perros cuando les hablan sus amos.

Mientras recorremos la calle de Guetaria, nos da alcance un convoy de la policía. La primera furgoneta reduce la marcha para avanzar a la velocidad de nuestros pasos. De pronto se detiene y en un segundo la acera se puebla de uniformes.

—¡Quietos! —nos grita por detrás una voz imperiosa.

El teniente da órdenes pistola en mano. El pavor me trae de golpe a la mente el rostro de la madre, que acaso, pienso hoy, a esa hora de la mañana ya ha sufrido o esté a punto de sufrir en una calle próxima el ataque cerebral que segará su vida. Las manos apoyadas en el techo de un automóvil aparcado (en el asiento trasero ladra desafortadamente un perro), las piernas separadas, más abiertas, hijoputa, percibo el olor a agua de colonia del policía que me registra. A mi lado Genaro Zaldúa recibe un sonoro pescozón. Presumo que lo golpean por causa de la barba y de la melena de cavernícola izquierdista, por los papeles de la universidad, sin duda por su complexión vigorosa que despierta el instinto de hombría del macho armado. Otro agente le arrebató la carpeta con los apuntes de Prehistoria y se dirige con ella y con nuestros documentos de identidad a uno de los vehículos de la patrulla. Regresa al poco rato, hechas las pesquisas de rigor, con los carnés, pero sin las anotaciones acerca de los monumentos megalíticos en Euskalherria.

—Que se los metan por el culo —reniega Genaro cuando nos quedamos solos.

Seguimos la calle adelante comentando con guasa el cacheo a que se nos acaba de someter, y al llegar al soportal de la plaza de Guipúzcoa, a petición mía Genaro comienza a referirme cómo conoció a su amigo el Pulcro Matallana.

—El año pasado, por otoño, me enteré de que existía un grupo de teatro en Amara, una iniciativa reciente, de la parroquia, cómo no, siempre andamos metidos en los mismos lodazales, o sea, apartar a la juventud de la depravación y el vicio. Resuelvo darme un voltio por los locales donde me habían dicho que funcionaba la cosa, pues por fisgar, ¿sabes?, a mí el teatro sinceramente me la refanfinfla, y no te jode, llego al local y me encuentro con que la congregación de gazapos dispone de unas instalaciones de mil pares. Luces, telón, vestuario, altavoces, concha para el apuntador y toda la pesca. Por las verrugas de mi amona, pienso nada más entrar, yo me engancho a esta cofradía de alevines aunque se me exija acudir a misa todas las mañanas. No me ha dado tiempo de presentarme, estoy anonadado por el lujo y esplendor que ven mis ojos, ¿me sigues?, cuando de buenas a primeras un chamaco medio en pelotas que estaba subido a una silla sobre el escenario y blandía una lanza, me espeta: eh tú, Hércules, como te lo cuento, eh tú, Hércules, ¿tienes chocolate?, venga carnoso, lía unos canutos para la trupe, no seas taba, o sea que de impedir que los críos se perdieran por el mal camino naranjas de la China. Los demás mocosos corean al unísono bacanal, bacanal, todos de chungu contra mí, me cago en la leche jodida, y con la cara que les brillaba de una manera que ni para qué, y al cabo de

cinco minutos o así se arrima el emperadorcillo con su lanza de palo, me da una palmada poniéndose de puntillas, porque, te lo aseguro, ni él ni ninguno de los canijos que allí había me llegaban a los botones de la bragueta, y hala, otra vez con la murga macarena de la marihuana, muy jatorra, muy pelma, pero con picardía, ¿sabes?, o sea queriendo engatusarme para que le cambiase un manido librote de mitología por un cacho de talego. Si no he venido a proveerlos qué huevos pinto en aquel refugio del arte, textual, a lo que respondí, pues mira, chaval, me interesa el teatro. ¿De veras?, salta el bufón, echándome una ojeada de arriba abajo, pues claro, le respondo mosqueado, y entonces me mira fijamente, me mira y se pone: mejor te das el piro porque lo que aquí se hace no tiene nada que ver con el teatro, aquí estos colegas y yo lo único que hacemos es tramar atentados, conque ya sabes, cómo se descojonaban los cabrones. Por ahí comenzó el asunto, fui un par de tardes más a los ensayos, de mirón y porque la cosa me apetecía de pelotas, ¿me sigues?, y como sucedió que al tiempo vino a faltarles uno que por lo visto había estirado la pata a raíz de un accidente de moto aceptaron presentarme al caporal de la farándula, un tipo bajito, calvo, de treinta para arriba, al parecer actor en tiempos y muy abierto de ideas, según decían. El fulano casi nunca se dejaba ver, curraba de locutor en una emisora donde llevaba un programa de música y chismes de la ciudad, nos mencionaba a menudo y a veces nos hacía entrevistas en las que cada cual se esforzaba por decir la mayor incongruencia. Bueno, pues éste, que todavía currela en la radio y que de vez en cuando nos cede el micrófono para lo que se tercié, me citó en su despacho, que a decir verdad de despacho no tenía nada, porque todo se reducía a una mesa con máquina de escribir en un rincón junto a las estanterías de los discos, y delante de sus compañeros, que, por supuesto, se tronchaban a escondidas, me hizo leer media docena de poemas de Espronceda, primero de pie, luego sentado, para examinarme de pronunciación, ¿entiendes?, y otro día me presentó al párroco. ¿Crees en dios todopoderoso, creador del cielo y la tierra?, naturalmente, qué iba a decir, pues hala, hijo, cuando quieras puedes empezar. Me incorporé al grupo y enseguida me previnieron que el chavalín que dirigía el cotarro era un pulguillas de armas tomar. Por qué andarán todos tan medrosos con el mocito, me preguntaba yo. Total, un simple colegial, un tragón de libros, más endeble que un barquillo, pero se conoce que el granuja tenía vara alta y podía despedir a voluntad. En fin, estoy exagerando, lo que pasaba es que era de palabras afiladas y no desperdiciaba ocasión de chungarse de sus semejantes, sin ofrecer verdadera amistad a ninguno. Encima era el genio de la farándula, un inteligentillo de esos que escriben, dirigen, actúan, reparten los papeles, hacen, deshacen y no dejan a nadie en paz. Pero yo no me arrugué, pues eso faltaba, y me decía: si pretendes medrar en compañía de estos enanos no te queda más remedio que aguantar las gilipolleces del pelagatos, más adelante ya le parará los pies, un sopapo a tiempo le bajará los humos. Según me dijeron, el nene se había comprometido a escribir cada día cierta cantidad de diálogos para los ensayos, ¿me sigues?, y de ese modo iba componiendo su obra, *Un camión cisterna lleno de sangre*

coagulada. A veces aparecía de vacío, lógicamente el ensayo se iba al garete, pero no se te fuera a ocurrir hacerle el menor reproche, me cago en la leche jodida, al punto se te encaraba el tío poniéndote la lanza ante los ojos y con una displicencia del carajo te largaba una retahíla de sarcasmos a cual más afrentoso o te suplicaba de rodillas que por favor rebuznases, a mí no me lo hizo, eso faltaba, le parto la cara. Me acuerdo de que una vez, al poco tiempo de ingresar yo en el grupo, a un chorra con muy poco temple de actor, aún menos que yo, que ya es decir, porque el metemuertos la cagaba de todas todas, le pidió amablemente que se subiese a una escalera de mano que solía estar en el proscenio, y cuando el incauto llegó a lo alto, delante de todos ¿qué crees que le dijo?, le preguntó si desde allí se avizoraba el rabo de su talento, todavía me estoy mondando de risa. Así era él, en ocasiones llegaba tarde, enfurruñado y sin los diálogos imprescindibles para emprender el ensayo, y por toda excusa a lo mejor refería que en la última línea del último folio había pulsado una tecla equivocada y en consecuencia había destruido todo el trabajo. No admitía ningún fallo y muy orgulloso se hacía llamar el Pulcro, lo pudiste conocer el otro día en el Goya, el fastasmilla del sombrero de copa, aunque en los últimos tiempos ha cambiado mucho, hay que reconocerlo. El Pulcro, la tarde que se confirmó mi ingreso en la farándula, dijo que de momento no había papel para mí, pero que no me preocupase porque para la siguiente sesión ya me habría hecho un hueco en la trama, y otro día coge el tío y, pumba, se me pone que tengo que hacer de guardia civil, toma del frasco, Carrasco. Yo con tricornio y un subfusil de cartón piedra, para jñarse, ah y eso no es todo, qué va, resulta que mi timbre de voz no le molaba. No te enojas, me suelta, como tienes la dentadura hecha un cristo tu voz suena demasiado esparragosa, qué quieres decir, ni idea, pero imagina cómo hablaría un espárrago si pudiera, en vano le respondí: no sacas nada de la mollera, no se te ocurre cómo meterme en el argumento. El caso es que no me quedó otra posibilidad. Mi misión consistía en apresar a un etarra cheposo, provisto de rabo y orejas de burro, a quien después de atentar contra la vida de un emperador romano de origen vasco le da por esconderse en un bidón de basura, de basura auténtica, no te vayas a creer, el Pulcro mismo se encargaba de traerla de su casa. Al rato de prender al terrorista jorobado, éste se me escapaba, pues aparte de mudo y de guardia civil yo era bobo y ciego, o sea, la rehostia. El etarra, la mar de astuto, me decía: se le ha caído a usted la nariz al suelo. Y cuando yo me inclinaba a mirar, tururú, se daba a la fuga, con lo que te harás una idea de la historia grotesca que se traía el Pulcro entre manos. A lo último ocurría que el cheposo era mi hijo, échale guindas al pavo, mi hijo fugado del hogar paterno hacía una porrada de años. Entonces yo, conmovido, me hago también de la ETA, recupero la voz, pero sólo para cantar, y la vista, todo ello después de realizar un atentado fallido contra mí mismo y tatachín, tatachín, hallo refugio en el bidón de las inmundicias junto a mi hijo pródigo, y allí dentro, apretujados, a los sonos del *Eusko Gudari* izamos la ikurriña con los ojos cubiertos de lágrimas patrióticas, mientras proclamamos emocionadamente la independencia del Sudán. El Pulcro, ataviado de patricio

romano en vísperas de empuñar el lábaro imperial, luego de una increíble y esperpéntica conjuración, acostumbraba iniciar los ensayos arengando a los presentes desde lo alto de su silla para estimularlos, no veas, y con frecuencia, siempre erguido sobre la puta silla, decía: chusma infeliz, nunca olvides la máxima de tu César, no existe teatro que más repugne al espíritu sensible que el vitoreado por el público, esa manada de puercos trajeados que paga por aplaudirse a sí misma, es grande, sublime y digno de perpetuarse en la memoria de los hombres el arte que acierta a herir el amor propio de las masas, y si la induce al suicidio colectivo tanto mejor. Con estos o similares razonamientos justificaba el desmadre e insolencia de sus textos, ¿comprendes?, y a pesar de su corta edad ya para entonces era un virtuoso en el arte de inflamar ánimos y de joder al personal, conque no te extrañe que el Consejo General Vasco nos denegase una de sus apetitosas subvenciones y no sólo eso, sino que finalmente llegó a oídos del cura la clase de tiparracos que éramos y nos prohibió, con mucha amabilidad, eso sí, seguir usando el local. En adelante tuvimos que ensayar en un vagón de mercancías que descubrimos por casualidad en una vía muerta de la estación de los Vascongados, donde a menudo coincidíamos con parejas que se recogían allí a follar. Faltos de fondos con que arrendar para dos o tres sesiones el teatro Principal, tal como sugería nuestro promotor, el bajito calvo de la radio, pues frangollamos sin permiso de la municipalidad un tabladucho en los jardines de la Alameda, el caso era recaudar dinero cuanto antes. No sé dónde se lo hacen desde entonces las parejas de Amara, porque para montar nuestro tinglado no tuvimos más remedio que desguazar el vagón una noche, así que nada, con un frío que se cagaba la perra se anunció por la precaria megafonía, y antes con pasquines fotocopiados que anduvimos distribuyendo desde la mañana por toda la ciudad, el estreno mundial de *Un camión cisterna lleno de sangre coagulada*.

El gesto de Genaro Zaldúa se atiranta y entenebrece cuando me cuenta que la representación resultó un desastre. Todo lo que pueda imaginarme es poco, ¿comprendo? No lleva el Pulcro más vestimenta que la sábana de emperador romano ni más calzado que unas pantuflas domésticas, sin calcetines, y eso en diciembre, en un atardecer de viento gélido, a ratos impetuoso, del que no cabe resguardarse sino acogiéndose a algún lugar cerrado. Con todo, mucho más que la inclemencia del tiempo le pesa y enoja la deserción de sus camaradas de farándula. Solamente uno le ha permanecido fiel hasta el final, el fuertote cuyo traje de guardia civil hacen irreconocible múltiples destrozos. En plena vía pública le sobrevienen al Pulcro las arcadas. Al amparo de un olmo de la Alameda descarga la vomitina, y entre temblores y toses a duras penas consigue mantenerse de pie.

—Escupió una flema sanguinolenta, del tamaño de una moneda de cinco duros, en serio. Pues ni aun así quiso que lo acompañara a su casa, porque decía que sin darle tiempo a entrar su padre iba a molerlo a palos. Pero yo te aseguro que si me hubiera percatado de que ya tenía la pulmonía lo hubiera llevado aunque fuera a rastras.

Desde hace tiempo las chifladuras del adolescente son causa de preocupación y enojo para sus padres, que están desesperados. Ni un día discurre sin que el rapaz, único varón de una prole de cuatro hijos, los solivianta con sus desatinadas ocurrencias, con sus travesuras y malas contestaciones. Para las tres chicas, en cambio, las extravagancias del hermano chalado constituyen por lo común un manantial inagotable de regocijo. La menor, que es un año y pico más joven que él, no le quita ojo de encima; el Pulcro sospecha que por comisión de sus padres o de sus hermanas, que la envían a espiarlo. El Pulcro se lleva a matar con toda la familia. Busca la confrontación, promueve disputas, se enorgullece de que su padre ponga las manos más veces en su cara que en las toallas del baño. La abuela vive con ellos. Por falta de espacio el Pulcro ha de compartir alcoba con la pequeña Yoli, la delatora que de continuo lo tiene sometido a un acecho agobiante. Afirma que cualquier día de éstos la va a matar a hachazos, siguiendo el ejemplo aleccionador del estudiante Raskólnikov, uno de sus grandes ídolos. Genaro se echa a reír ruidosamente. Yo le imito, aunque en realidad no entiendo el chiste, ya que por entonces aún no he leído una sola línea de Dostoyevski.

Entramos en un café de la calle de Garibay, donde Genaro me arrebató confiado el paquete que acabo de extraer de la máquina de tabaco. Lo abre y saca dos cigarrillos, uno para sí y otro para el bolsillo de la camisa. Y me cuenta que el Pulcro se había metido en el retrete de su casa a fin de acicalarse con miras a la representación. La Yoli lo observa por el ojo de la cerradura, escucha el incomprendible soliloquio que su hermano recita ante el espejo y le ve arrollarse en torno al cuerpo la túnica imperial que para ella no es más que una sábana sustraída del armario donde la madre guarda las ropas de cama. Sin demora acude a la cocina con el chisme. Gritos y reconvención materna al otro lado de la puerta, rotunda negativa del emperador a descorrer el pestillo. Este, envalentonado por la ausencia del padre, se despacha a su gusto con una andanada de groserías. Mal hijo, sinvergüenza, replica la madre, que a continuación ordena a la niña cerrar con llave el cuarto del granuja. La medida persigue retener al emperador en casa, y así se lo hacen saber: atrévete a salir a la intemperie sin abrigo ni pantalones. El romano no se arredra; antes bien, en un arranque, abandona su escondite y medio desnudo echa a correr hacia la puerta de salida. Lo detienen unos brazos que huelen a jabón de fregadero. En medio de una confusión patética de insultos y sollozos se produce un forcejeo entre madre e hijo. El Pulcro, que es esmirriado, empuja, al paso que la madre lo golpea con tanta fuerza como poco tino. Menudean las tortas y aparece la Yoli armada con una escoba. El Pulcro jadea y se revuelve bajo una lluvia de escobazos. Le acomete un arrebató de cólera al advertir que madre y hermana se proponen rasgarle la túnica. De un rabioso empujón consigue deshacerse de la primera, que, a punto de caer, recula varios pasos y choca de espaldas contra el perchero. El Pulcro agarra el picaporte; ya casi es libre. Por la noche recibirá la gran zurra de su vida, pero qué le importa; para entonces ya habrá estrenado su obra de

teatro y a lo mejor al día siguiente aparece su fotografía en los periódicos. Siente de pronto en un antebrazo un fuego terebrante. Ciego de ira y de dolor, asesta a la odiosa hermana, que aún tiene los dientes clavados en su carne, una patada brutal. La niña cae al suelo y rompe a gemir. Antes de alcanzar la calle el Pulcro ya tiritaba de frío. Ha comenzado para él la catástrofe.

Del café, donde Genaro tampoco pagó la ronda ni una tapa de atún con pepinillo que le vieron comer, nos dirigimos a la Parte Vieja. Sobre el empedrado de la plaza de la Constitución un grupo de niños correteaba en pos de una pelota. Hicimos alto en el soportal, junto al escaparate de una librería. Genaro me hizo saber que tenía un asunto pendiente en aquel comercio y que para resolverlo de la mejor forma posible le convenía que yo esperase fuera. Me aseguró que no tardaría en salir. Como a través del cristal se abarcaba con la vista casi todo el interior de la librería, por mostrarle a Genaro buena voluntad y que no recelase que lo vigilaba, determiné apartarme hasta un escaparate lateral, donde podía contemplarse una muestra no pequeña de volúmenes repartidos ordenadamente por el suelo. Portadas hermosas; títulos sugerentes, cifra de intuidas maravillas; nombres de autores desconocidos entonces por mí en su mayoría, pero de cuyas obras, andando el tiempo, gustaré con apasionada admiración que a algunas de ellas aún les profeso. Pessoa, Kafka, Camus, Poe, Rulfo y otros cuyas hondas huellas en mi memoria nunca podrán borrarse si no se borra ésta previamente; y Proust, con cuyas páginas me aburrí y deleité durante las horas muertas de un sinnúmero de noches; y Luis Cernuda, que me enseñó la fatuidad de intentar la poesía, ya que escribió todo lo que a mí me hubiese apetecido escribir y jamás pude; y aquel Pavese entrañable, atormentado y lúbrico, cuyos versos me impuse leer sin tardanza aquella mañana de 1979, si bien hubieron de discurrir varios años antes que me decidiera a cumplir tan gozosa obligación. Tras la luna de cristal reposaban unas junto a otras las numerosas obras encerradas en sus flamantes cofrecillos de papel, configurando cada una por sí sola y todas juntas realidades infinitamente más ricas y consoladoras que la nuestra de seres atrapados en un laberinto de ilusiones vanas y de vicisitudes de poca monta. Acaso estribe la tragedia, mi tragedia, en no ser libro.

Al poco rato salió Genaro Zaldúa de la librería, sonriente, muy tieso y jacarandoso, con aspecto de haber llevado a buen término el asunto que decía haberle traído hasta allí. Cruzamos la plaza por entre la bulliciosa chiquillería que jugaba a fútbol. En el balcón 134 una mujer desempolvaba una estera con un sacudidor. Ringlas de palomas se amodorraban sobre el alero de la Biblioteca Municipal. Al enfilar la calle de San Jerónimo, Genaro miró un instante hacia atrás, como para cerciorarse de que nadie nos seguía. Después se sacó de entre camisa y panza un grueso tomo que acababa de afanar. Me dejó ojearlo. Se trataba de un estudio monográfico acerca de los validos en tiempo de los Austrias, ochocientas y pico páginas rebosantes de láminas en color y un precio para poner los pelos de punta. Con el libro en las manos, concebí el comienzo de una narración: «Contaban que de

niño lo llamaban “el hijo de los ladrones”».

En la calle del 31 de Agosto, Genaro Zaldúa me mostró la pared junto a la que el Pulcro, aterido y enfermo, había llorado amargas lágrimas aquel anochecer de su desastroso estreno teatral. Previamente lo había acompañado hasta un zaguán de la calle Mayor, donde lo dejó tendido en el suelo mientras él partía en busca de alguna prenda con que arroparlo. Movido de piadosas intenciones, se llegó a una cafetería próxima, atestada de clientes, y en los colgadores de la pared, cerca de la puerta, encontró un chaquetón de señora que no dudó en llevarse.

—El resto de la historia —prosiguió, parándose ante la entrada de un bar— te va a costar una nueva ronda de vino.

Y entramos, claro está, y me contó que, para empezar, no comparecieron dos de los ocho actores, la chica que tocaba el acordeón y, ahí es nada, su compadre de argumento, el etarra giboso.

—Toda la trama a tomar por el saco —dijo, al par que cogía otros dos cigarrillos de mi paquete.

El tipo de la emisora se najó apenas hubo visto el tablado. Que si aquello era una plasta, que de dónde habían sacado la madera; total, que divisó a un conocido y desapareció con él en la muchedumbre. El Pulcro tiritaba; pero por pundonor soportaba el frío sin quejarse, ¿le seguía? Alguno llegó a proponer el aplazamiento del estreno, alegando que por Navidades estarían las calles igualmente llenas, ellos tendrían ocasión de montar un escenario como es debido, el tiempo no sería peor y acaso la farándula acudiese a la cita al completo. El Pulcro rechazó tajante la propuesta. Más tarde explicaría a Genaro por qué: después de la que había armado en casa por la tarde, calculaba que durante una o dos semanas no se le iba a permitir poner los pies en la calle. Anunció que él se encargaría de representar el papel del ausente; haría de etarra y de emperador, y dispuso que la actuación comenzase lo antes posible. No se percataba de que a su espalda los compañeros se estaban conjurando para abandonarlo. Había oscurecido y la temperatura no debía de andar muy por encima de los cero grados. Por delante del tablado discurría una riada de transeúntes. Iban camino de la feria de Santo Tomás, en la Parte Vieja, o regresaban de ella. De estos últimos muchos hacían sonar matasuegras, panderos o carracas. El ambiente no podía ser más pueblerino: los niños ataviados de caseritos, la ciudad pendiente de la rifa de un cerdo, el olor ubicuo de la chistorra frita, el pon pon pon de un bombo en la acera de enfrente, la parda felicidad de las fiestas invernales. ¿Me parecía a mí que tales eran la ocasión, el sitio y el público adecuados para escenificar una obra de vanguardia? Aguardó a que le dijera que no y continuó contando. Y contó que las adversidades empezaron a sucederles en racimo. Por toda decoración tenían una mampara de tablas y cartones, con dibujos de columnas al estilo romano; la cual de pronto se desclavó y, al desplomarse, estropeó un pequeño altavoz alquilado que constituía su única posibilidad de hacerse oír. El Pulcro corrió a poner orden en el escenario; pero ya con calentura y muy mermado de fuerzas, no pudo

levantar él solo la mampara. Ninguno salvo Genaro acudió en su ayuda; los demás se habían escabullido o lo hicieron poco después, cuando la luz de la farola que sobre ellos iluminaba el tablado comenzó a titilar y de repente se apagó. Y ahora, con el decorado deshecho, el escenario en penumbra, el altavoz roto y el elenco reducido a un guardia civil y un emperador con pantuflas, ¿qué se podía hacer? Optaron por la sinrazón y mano a mano se pusieron a representar algunas escenas de la obra. El gentío pasaba ante ellos sin advertirlos, hasta que la farola recobró la luz, y entonces aconteció aquella apoteosis grotesca cuyo recuerdo seguía sulfurando a Genaro después de transcurridos más de cinco meses. Y fue que a tiempo que se hallaban metidos en el bidón de la basura y enarbolaban la ikurriña, acertó a pasar por el lugar una pandilla de seis o siete mocetones barbudos y vocingleros, que al ver la bandera de sus amores, el odiado uniforme y a los dos chorús que declamaban no se sabe qué monsergas dentro del bidón, saltaron sobre el tinglado y profiriendo gritos corrieron a rescatar el trapo patrio. Con el puño hacia el cielo comenzaron después a corear el himno vasco, mientras Genaro se esforzaba inútilmente por hacerles comprender en euskara y en castellano lo que los alegres cuadrilleros no ignoraban: que se habían entrometido en una representación teatral. Que callase, español, chacurra, le decían con la guasa propia de los achispados, y sin más ni más se pusieron a arrancarle los botones, las mangas y los bolsillos y le rasgaron el disfraz. Poco más les costó dismantelar a pisotones la plataforma de tablas. Hecho el estropicio, convidaron a Genaro a beber de un porrón que llevaba uno de ellos y después se alejaron Alameda adelante voceando goras a Euskadi. Con el Pulcro no se pudieron reconciliar, pues para entonces el infeliz ya se había ido con sus bascas, sus repeluznos y su fiebre a apoyarse en el tronco de un olmo, cerca del quiosco de la música.

La historia, no sé si veraz, me produjo honda impresión. Nunca hasta entonces había yo sospechado que la vocación artística implicara sacrificios tan extremos. Mi idea del triunfo se concretaba en la imagen de un fuego emblemático, una llama solitaria que de pronto se enciende en la noche y reúne a su alrededor, en virtud de su luminosidad, a una muchedumbre agradecida. Eso era todo: atesorar méritos y esperar, tumbado a la bartola en el sofá verde de mi cuarto, que los insectos se acercasen al resplandor. Sin proponérselo, Genaro Zaldúa me demostró la radical ingenuidad de esta creencia. La gloria no consiste en un obsequio, sino antes bien en una adquisición, en la consecuencia de un precio casi siempre alto que se ha pagado.

Estas divagaciones reventaron, por así decir, como pompas de jabón, cuando le oí pronunciar el nombre de Izaskun Ayestarán. La inquina que sentía por la muchacha le torció el gesto. Camino del Boulevard, se detuvo y comenzó a denostarla: *advenediza rijosa, enana tetuda*. Recias palabras dedicó también al amigo que había propiciado el ingreso de la chica en el grupo, a cambio, recelaba, de sus servicios sexuales. Genaro Zaldúa estaba absolutamente persuadido de la incapacidad intelectual de las mujeres.

—Todos los meses pierden un pedazo de cerebro con el menstruio —sentenció,

buscando con ojos encendidos y mueca hosca mi asentimiento, que no me atreví a negarle.

Se consideraba traicionado por sus camaradas, que aparte encandilarse con la intrusa, habían secundado la propuesta de ella de otorgar al grupo el nombre de La Placa, en contra del parecer de Genaro, cuya sugerencia fue rechazada con choteo.

—Hilario —me dijo—, te juro que si el otro día no hubieras alabado el poema de esa puta, ahora estarías trabajando con nosotros.

Me encogí de hombros para darle a entender que ya no había remedio. Se quedó mirándome, y por la forma de escrutarme, como si examinara ganado en una feria, y por lo que acababa de contar barrunté que se sentía solo en el grupo y que andaba a la busca de algún prosélito con quien formar fracción. Esta sospecha se vio de pronto confirmada por su promesa de hacer gestiones cerca de sus compañeros con miras a mi admisión. Le agradecí su buena voluntad, que me costó otros dos cigarrillos. Mientras le daba fuego le pregunté, para que advirtiese el profundo interés que me infundían las cosas relacionadas con el grupo, cómo había conocido a Josu Ruiz.

—Pues el Cojo y yo —empezó a contar— coincidimos en 1976 en un viaje a París con que nos obsequió la Caja de Ahorros a los ganadores de un certamen literario para jóvenes. A él le habían premiado un estudio sobre Unamuno, me parece recordar, y yo gané ese año y el siguiente en la modalidad de cuentos en castellano. Nos reunimos delante de la estación, la pollada de pipiolos, unos diez o doce, y los dos monitores, y cuando yo llegué con mi equipaje el Josu ya andaba a la greña con ellos porque querían prohibirle que fumase un puro. Simpatizamos enseguida y por la noche, en el tren, él sacó una garrafa de vino pardillo que había comprado por cuatro perras y llevaba escondida en la maleta, y mientras los demás dormían como ángeles para estar al día siguiente despejados y fresquitos durante la visita al museo tal y a la iglesia cual, tú ya me entiendes, nosotros nos liamos a empinar el codo. Trago va, trago viene, cuando el tren pasó por Poitiers, a las tantas de la madrugada, te puedes imaginar la mandanga que llevábamos. Una vez en el hotel, Josu se empeñó en visitar la tumba de Vallejo y discutió con los monitores, que por supuesto ni querían ni podían permitir que ninguno de sus pupilos se aventurase a vagar solo por las calles de París. Josu se insolentó con ellos, a él Notre Dame le traía sin cuidado y no pensaba ir a ningún sitio en tanto no hubiese rendido homenaje al poeta ese, yo ni idea, pues a mí la poesía me la suda aún más que el teatro, que ya es decir, pero me puse de su parte, porque nos habíamos hecho amigos y la verdad es que el programa de excursiones previsto por la Caja de Ahorros me tocaba los cataplínes, ¿entiendes?, conque nos enzarzamos en una disputa de la órdiga con los tutores, pobrecillos, y al fin, mapa de la ciudad en mano, nos fuimos. A las dos o tres calles me sale el Josu con que no sabía dónde estaba enterrado su poeta, pues estamos buenos, le dije. Además llovía y no teníamos paraguas. Nos pateamos París de cementerio en cementerio y tiro porque me toca, y así los cuatro días, mira tú por aquí, yo miro por allá, cientos, miles de lápidas, sin dar con la puñetera tumba, te puedes imaginar, sólo

para leer las inscripciones del Père Lachaise harían falta semanas, si no meses. El Cojo quedó tan frustrado que hizo el viaje de regreso en un vagón aparte, ni conmigo quería estar, y cuando llegamos a San Sebastián se largó sin tomar el pisco labis de despedida ofrecido por la Caja de Ahorros. En los años siguientes coincidimos alguna que otra vez en el cine-club, pero hablarnos, lo que se dice hablarnos, casi nada, hola y adiós, ¿entiendes? El último verano, en vísperas de marcharse de soldado a Ceuta, nos topamos a la puerta de una librería y fuimos a beber una copa juntos. Me contó que con posterioridad a nuestro viaje a París había él hecho otro por su cuenta y que había encontrado la tumba de Vallejo en el cementerio de Montparnasse. No supe más de él hasta comienzos de esta primavera. Una noche el Pulcro y yo leímos por radio media docena de prosas surrealistas que habíamos escrito al alimón, y como al final dábamos un número de teléfono, porque ya entonces nos atraía la idea de fundar un grupo, Josu pudo ponerse en contacto con nosotros y así comenzó a gestarse la guerra civil estética que en la actualidad libramos. Él se encontraba en la ciudad disfrutando de un permiso especial, ya que siendo recluta, a raíz de un accidente, del que al Pulcro le dio una versión y a mí otra, se había destrozado una pierna. En el hospital militar acabaron de tullirlo y desde hacía algunos meses estaba a la espera de la licencia anticipada, que le concedieron a fines de abril. Su vuelta impulsó decisivamente el proyecto de llevar a cabo una conjura surrealista en San Sebastián. Fue él, que está puestísimo en el tema, quien concibió el funesto propósito de reclutar militantes por medio de una reunión en el café Goya, ya sabes, el concilio de fantoches de hace dos semanas, no se le puede llamar de otra manera, y así nos fue, que no vinieron más que memos, con perdón, y la pelandusca esa que me tiene frito, te lo juro.

Genaro refirió a continuación lo que les había sucedido al Pulcro y a él durante los tumultos callejeros en que participaron después de abandonar la cafetería Goya. No poco ufano me mostró la mancha amarillenta de su cara. Cerca del ayuntamiento convinimos en separarnos. Se había hecho tarde para ambos. Me pidió un cigarrillo. Esta vez sólo cogió uno; pero a cambio se quedó con mi encendedor, no sé si adrede. A tiempo de abrazarme, quiso saber si mi número de teléfono figuraba en la guía. De nuevo me aseguró que pensaba hablarles de mí a sus compañeros. Después me llamó amigo, quién lo dijera, y se despidió. En mi confusión olvidé preguntarle quiénes eran Marrajo de Puente la Reina y los otros que constaban como firmantes en la carta del periódico, aunque ya me figuraba yo que no serían nadie.

Por la abertura de la puerta entornada podía vérselo sentado, con la cabeza abatida, en el borde de la cama matrimonial. El padre frisaba entonces en los sesenta años, que cumpliría en otoño. La mitad de ese tiempo había estado unido a la mujer regordeta y hacendosa que acababa de morir. El suyo fue un matrimonio bien avenido. No me los figuro intercambiando palabras amorosas ni recuerdo haberlos visto nunca besarse; pero a su modo armonizaban. De la confluencia de sus temperamentos dispares, dócil el de él, enérgico el de ella, resultaba un vínculo llamado a perdurar. Era, por así decir, el vínculo del cauce y el raudal, que no son nada si no están juntos. En casa no faltaron, desde luego, las disputas, en parte porque la madre jamás daba su brazo a torcer, en parte porque el padre, con ser un mandado, a veces se rebelaba. Tenía el hombre un punto fogoso y gruñón que de vez en cuando le llevaba a proferir unas cuantas palabras fuertes. Encerrarse en el retrete constituía su gesto más airado. Reaparecía a los pocos minutos, después de haberse amansado a solas, y al momento emprendía algún tipo de tarea doméstica con objeto de granjearse la deseada reconciliación.

Hacia 1979, aunque ya habían empezado a marcársele los huesos bajo la tez y las canas predominaban sobre los cabellos negros en el cerco de su calvicie, el padre aún conservaba cierta presencia del mozo correoso que había sido en el pasado. Le gustaba enseñarme una fotografía que llevaba siempre en la billetera. Lo estoy viendo sacársela del bolsillo de sus pantalones con el ademán del pistolero que desenfunda su revólver. Luego, ufano y cordial, me ponía ante los ojos el papel sobado en que se veía a un joven corpulento, vestido con indumentaria de pelotari, las piernas separadas, los brazos en jarras y una sonrisa, qué digo una sonrisa, un sonrisón que a mí se me antojaba un alarde de salud y de fortaleza. Al fondo, en el blancor de una pared, se recortaba la silueta negra y menuda de un gato, que era lo que por puntillo yo prefería mirar, como si fuese el objeto central de la fotografía y el padre, en primer plano, un detalle sin importancia. Me daba cuenta de que me tenía por todo lo contrario del machote que él había sido y, al mismo tiempo, de la decepción que su esmirriado y cobarde hijo le infundía. No me lo declaraba abiertamente; pero yo lo deducía una y otra vez de sus frecuentes insinuaciones, con las que me zahería mucho más de lo que acaso alcanzaba a imaginarse. Por fin un día me atreví a atajarle. Mi solicitud de ingreso en la universidad había sido aceptada recientemente, un logro que ni en sueños habría estado al alcance de sus brazos de hierro ni de su pecho velludo. Inflado de presunción le solté con malévola ironía, fingiendo sorprenderme:

—Uy, mira, también se te ve a ti en la foto del gato. ¿Cómo no me habías advertido?

Al padre le complació la burla y de buen talante replicó con una de sus habituales, alusiones. Picado, sonreí, y mirándolo de arriba abajo, en un tono que no podía ser más displicente, lo llamé obrerillo. Al punto su semblante se atirantó. La fotografía

temblaba entre sus manos. Comprendí la gravedad de mi ofensa al observar sus facciones demudadas, revestidas de un brillo mineral, del fulgor rosado de una cólera que nunca había visto en ellas. Alzó la mano con intención de golpearme por primera vez en su vida; pero no lo hizo. Advertí su desconcierto, su vacilación, su temor a causar daño a la carne de su carne. En silencio recogió la fotografía, que no volvería a mostrarme nunca más; luego abandonó el cuarto, refunfuñando entre dientes como cuando tenía pleito con la madre, y se encerró en el retrete, donde según su costumbre permaneció hasta que se hubo desenfadado.

Durante el último lustro su salud había comenzado a quebrantarse. Quieras que no, cuatro décadas de labor esforzada en su empresa de artes gráficas, respirando ocho horas diarias aire malsano, trabajando a menudo con las manos mojadas, llevando de un lado para otro pesadas resmas de papel, siempre con los oídos expuestos al estrépito de las máquinas, debían dejar huella incluso en un cuerpo vigoroso como el suyo. La edad, los innumerables cigarrillos y el trago de más que con harta frecuencia bebía también contribuyeron a debilitarlo. Era muy reservado con sus dolencias. La madre lo sorprendió un amanecer tomando bicarbonato a escondidas. Fue así como supimos que a veces lo mortificaba la rescoldera. De sus dolores de espalda nos enteramos cuando a causa de su intensidad ya no pudo disimularlos. Su propio patrón bajó un día a apartarlo de la máquina y lo llevó en su coche al médico. Decían que entró en la consulta pidiendo perdón por molestar. Una noche, a la hora de la cena, le obligamos a admitir que se le estaban curvando los dedos de una mano. Se defendía, según costumbre, comparándose con un roble. La inopinada muerte de la madre, el 1 de junio de 1979, terminó de ahuecar aquel tronco añoso, robusto ya sólo en apariencia y para el cual cada día de viudez habría de significar un duro hachazo.

Recuerdo su llegada a casa aquel viernes fatídico. Eran cerca de las tres de la tarde. Venía cansado de trabajar y renegó cuando tuvo conocimiento de la insólita ausencia de la mujer. Renegó poco, sin convicción, más bien por hábito. Anduvo dándole vueltas a la ruedecilla de la radio hasta que encontró un programa sin música. Luego maldijo las lentejas, que arrojó como yo un rato antes a la bolsa de la cherrijana. Mientras fregaba la olla me refirió cierto incidente trivial ocurrido por la mañana en su fábrica. Se interesó, cosa rara, por el correo. Comprendí que estaba haciendo un gran esfuerzo por aferrarse a la normalidad. Al cabo de media hora descubrí que aún no se había descalzado. Ese detalle bastó para que me contagiara el mal presagio. A las cuatro de la tarde, luego de un largo silencio, la sospecha saltó de su boca como un borbotón.

—¡Me cago en la puta leche, a ver si le ha pasado algo!

A los pocos minutos sonó el teléfono. Lo dejé ir a él; temeroso, no descolgó el auricular hasta después del quinto timbrazo. Diga, sí, espere, se pone mi chaval, que tiene más luces que yo. Era sencillo de entender y él, que quizá se agarraba a la esperanza de haber entendido mal, lo sabía. Después nos quedamos los dos a solas

con la trágica noticia. Me dije: ahora me abrazará. Pero se limitó a mirarme con la serena idiotez que ya no iba a desaparecer nunca de su rostro.

Por la rendija de la puerta lo vi más tarde sentado en el borde de la cama, con la vista fija en un cigarrillo que se consumía entre sus dedos. A la luz mortecina de la lámpara su semblante ofrecía, envuelto en las lentas volutas de humo, un aspecto acartonado, mate, de un descaecimiento casi lóbrego. A su lado tictaqueaba el despertador. Obra de quince minutos estuve mirándolo a hurtadillas, avergonzado de no poder imitar ni su abatimiento ni sus lágrimas. Advirtió o supuso mi presencia detrás de la puerta y dijo con voz desdibujada por un pujo de llanto:

—Hay que avisar a Petra.

Mi hermana llegó ostensiblemente determinada a afrontar el infortunio con entereza. No bien hubo entrado en la casa, dio en quejarse del tufo reinante en la cocina, del desorden de la sala, de que no la hubiéramos llamado antes. Sin duda confiaba en evitar una escena dolorosa con ayuda del mal humor. El arbitrio sólo funcionó conmigo. Al toparse con el padre mi hermana se derrumbó, y sin besarlo ni abrazarlo como era su costumbre, vencida por la emoción corrió a desahogar su pena en el retrete. Desde fuera la oíamos gemir. Por un instante envidié su lógica: ha perdido a su madre y se aflige. Yo no tenía esa suerte, a mí no me daba tregua la obsesión de que alguna clase de culpa en lo que había pasado secaba mis ojos. Hecho un pasmarote en el centro de la sala, una repentina imaginación me hizo estremecer: en medio del duelo familiar mi boca rompía a reír involuntariamente. Ese pensamiento insoportable estuvo a pique de arrancarme una carcajada. Otras cavilaciones y fantasías igualmente embarazosas le sucedieron. Prefiero no entrar en detalles; ya tuve por aquella época bastante rumia de remordimientos. Algo de alivio me procuró un rato después la severidad de mi hermana. Había salido ella de su encierro con los ojos húmedos; pero tiesa y digna y dispuesta a hacerse cargo de la situación. Verme de brazos caídos le incomodó. Reprochándome con su habitual falta de ternura mi pasividad, me ordenó que llevase de inmediato la cherrijana a Illarra-Berri. La asignación de una tarea que me permitiese ausentarme de aquel hogar ensombrecido por el luto me pareció punto menos que un favor, y a decir verdad, aunque no se me ocultaba que la Petra tan sólo quería librarse de un estorbo, en un arranque de inconsciencia estuve a dos dedos de darle las gracias. Tuve en el instante de salir un pensamiento mezquino: se me figuró que acaso la muerte de la madre era una incitación de la fortuna para que yo me convirtiese en el Jorge Manrique de mi siglo.

Una vez fuera de casa, no sé si por instinto, o por alguna razón psicológica inextricable, o porque sí, en lugar de seguir el camino obligado, tomé un sendero de piedras en la dirección contraria, conocido por mí de cuando era niño y a diario lo recorría dos veces en cada sentido. Andando por él monte arriba, llegué al término de no breve caminata hasta la puerta de mi antiguo colegio, donde años atrás había cursado una parte del bachillerato, que posteriormente proseguí en otro centro. Serían

alrededor de las cinco y media de la tarde. El sol daba de lleno en la pared trasera del edificio. Desde algún aula de los pisos superiores llegaba hasta la calle desierta algarabía de colegiales. No encontré la cancela cerrada; pero preferí escalar furtivamente la tapia, como en los días de colegial. Solía acortar así el trayecto hasta el patio, al paso que evitaba encuentros fortuitos, por lo común enojosos, con los frailes. La tapia, enjalbegada sin duda recientemente, parecía como nueva, franca de aquella lobreguez verdinosa y conventual de cuando yo era alumno del colegio, en las postrimerías de la dictadura.

Una relación, que sin exageraciones podría calificarse de sentimental, me había unido durante varios años a la tapia de aquel colegio regentado por agustinos. A ella le confiaba mis secretos, con ella compartía mis cuitas y satisfacciones. No tengo por qué morderme la lengua: esa tapia de cemento fue la persona a la que más he querido en la vida. Mi madre, asidua desde antiguo de la capilla del convento, no dudó en inscribirme en la nueva escuela tan pronto como le informaron que los clérigos habían obtenido licencia para impartir clases a alumnos externos. Acababa la década de los sesenta. Un puñado de niños, de familias humildes unos, acogidos otros a un hospicio próximo, se congregaba cada día en los austeros aposentos habilitados de la noche a la mañana para aulas. Durante mucho tiempo el crucifijo fue el único adorno de las paredes. Los frailes, hombres severos, habituados al rigor disciplinario de su orden, habían contratado para las clases de gimnasia a un capitán del ejército, que nos adiestró como a reclutas. A escondidas lo llamábamos el Capi. Yo no tendría ni diez años la primera vez que lo vi. Pronto me familiaricé con la invariable imagen de su llegada. Al apearse de su modesto automóvil, se alisaba cuidadosamente el uniforme verde oliva. Se calaba después la gorra de plato, y saltando el seto de boj, la carpeta en una mano, las botas negras y bruñidas, enristraba con zancadas resueltas, casi vehementes, hacia el punto céntrico del círculo central de la cancha de baloncesto. Impresionante. A un toque de su silbato corrían los chiquillos desde todas partes a formar ante él. Convenía no llegar el último. A los frailes que observaban la escena desde las ventanas, el patio debía de parecerles entonces una bañera llena de niños que corrieran hacia un punto como agua atraída por el orificio del desagüe. El Capi, cuando alguno lo enfadaba, descargaba su cólera arreándole en la cabeza con el chiflo metálico. A veces tardaba el dolor varios días en disiparse. A los obesos les pellizcaba en las nalgas; a los flacos nos retorció las orejas. Aquéllos nos envidiaban, convencidos de que el retortijón dolía menos que el pellizco, y por la razón contraria nosotros considerábamos que ellos tenían más suerte. El Capi practicaba un método didáctico simple y efectivo, basado en el fomento de la virilidad, que entendía por descontado a la manera esquemática de los hombres de su oficio. Un día nos largó una arenga para explicarnos su peculiar sistema de calificaciones. La nota más baja era «maricón redomado»; la óptima, la que equivalía al tradicional sobresaliente, «tío con cojones». Entre una y otra se situaba la gama de suspensos (maricón, mujercita, pajarito, cagueta) y de aprobados (medio hombre, musculitos, lobo de charco, lobo de

mar, machote). Al fin de las clases solía mandar que nos alineásemos, daba a continuación la orden de firmes y antes de proferir el marcial grito de despedida, leía con mucha seriedad:

—29 de octubre. Resultados del ejercicio de potro. Aguirreche, Aitor.

El aludido debía contestar: «presente».

—Machote.

—Bardají, Manuel.

—Presente.

—Más fuerte.

—¡Presente!

—Lobo de charco.

Al llegar a mi nombre se dibujaba en la boca de todos los niños la sonrisa que antecedió a la consabida carcajada. El Capi siempre inventaba alguna agudeza con que ridiculizarme.

—Pajarito, Hilario.

—Presente —qué otra cosa podía hacer.

—Goicoechea.

Una o dos veces por año venía con sus hijos al colegio, dos pequeños espigados, pelones y orejudos, a quienes mandaba ejecutar diversos ejercicios gimnásticos a modo de exhibición, a fin de aleccionarnos en lo que llamaba el «arte viril de la abnegación». Les hablaba con severidad teatral, a gritos secos y bruscos, en un idioma incomprensible que el padre Dionisio suponía húngaro y el padre Saturnino, en la hora siguiente, alemán. El cuello estirado, los pies juntos y las manos pegadas a las caderas, el militar observaba los saltos y contorsiones de sus solícitos cachorros con cierto aire de domador del circo. Los pobres angelitos, tan ágiles y sumisos, nos infundían una lástima enorme. Yo, entre mí, daba gracias a dios por no ser hijo de aquel hombre autoritario, tenaz habitante de mis pesadillas, para quien desde un comienzo fui el inútil, el torpe, el pusilánime por antonomasia. De continuo me imponía algún castigo: diez lagartijas, cinco vueltas a paso ligero en torno al patio, limpiar el foso de saltos mientras los demás jugaban a fútbol o a baloncesto. Crecí cinco centímetros en pocos meses. La madre pensó que debía repartir agradecimiento entre la santa de su devoción y el militar, y una mañana, con el consiguiente bochorno por mi parte, se presentó por sorpresa en el colegio, y tras explicar quién era y a qué venía, entregó un paquete de regalo para el señor capitán. Este lo aceptó sonriente, rasgó un lado del envoltorio a fin de conocer con qué se le obsequiaba (una caja de pastas) y siguió sonriendo cuando mi madre le rogó que me hiciese entrar en vereda y usara conmigo de toda la mano dura que hiciera falta. Transcurridos algunos meses, descubrí por casualidad las pastas bajo unas ruedas viejas hacinadas en un rincón de aquel garaje que en los días de lluvia servía de gimnasio.

Hasta cierto punto los castigos obraban en mí un efecto sedante, que compensaba con creces las penalidades de la fatiga. Para empezar me libraban de algo peor, del

temor a recibirlos; pero además me permitían estar solo. Con el fin de que no se notase que sabía acomodarme a ellos, al pasar junto al Capi deliberadamente exageraba las muecas de sufrimiento. Los prefería a los escarnios, porque de éstos no había forma de resguardarse. Algunos particularmente aviesos y chistosos eran después repetidos con muchísimo gusto en el aula por el resto de los niños, a veces durante varios días. La convicción de que esas burlas no carecían de fundamento, me llevó muy pronto a probar una de las hieles más amargas que existen: el autoodio.

—Voy a hacer de ti un hombre aunque tenga que estrujarte el alma —me increpó en una ocasión delante de toda la clase formada, y lanzó un chorro de juramentos que obligó al padre Rufino a apartarse horrorizado de la ventana, como si le viniera a buscar la peste por el aire.

Con los ojos cerrados logré a continuación, yo no sé cómo, subir la trepa hasta el gancho. Nunca hasta entonces lo había conseguido. El Capi solicitó tres hurras y un aplauso. Para el gallina, dijo. Se deja imaginar cuánto me dolió que también mi éxito le inspirara un insulto. ¿De qué me había servido el esfuerzo? Decepcionado, me dejé caer como de costumbre, raspándome las palmas a lo largo de la sogá. El Capi tenía rigurosamente prohibida esa forma arriesgada de descenso, a la que denominaba, por razones que no preciso declarar, «goicocheína».

Sobremanera sarcástico solía mostrarse conmigo cuando tocaba lanzamiento de peso. Esos días, la verdad, me habría gustado no vivir. Toda la clase triunfaba menos yo, el único que nunca conseguía superar la línea del «medio hombre» trazada con un palo en la arena. Ocho kilos pesaba la bola roñosa. Puede que pesase menos; nadie lo supo nunca con certeza. Las había más ligeras y llevadizas en el suelo del garaje: «canicas indignas de un vástago de España», según el Capi. Sólo en levantar la bola empleaba yo la mitad o más de mis fuerzas. Para entonces ya todos en rededor habían comenzado a sonreír y el militar a impacientarse. Mi primer lanzamiento desataba su enojo. Fruncía el ceño, rompía a despotricar, daba un rabioso taconazo. Con ocasión de los dos o tres siguientes se limitaba a humillarme. Y así, haciendo visera con la mano, simulaba buscar la bola por las nubes, o medía mis marcas en milímetros, cuando no a ojo, diciendo desdeñosamente:

—Un par de palmos.

Podía suceder también que señalara a lo lejos con el dedo y dijese a algún alumno:

—Fulanito, ¿ves aquellos albañiles subidos al andamio? Ve y pídeles que se pongan a cubierto porque va a tirar el forzado.

Sé que no hacía esto por maldad, aunque el efecto no dejaba por ello de ser dañino, sino antes bien por enfado y porque se le figuraba que zahiriéndome lograría infundirme una miaja de coraje. Nunca en los años que lo tuve de profesor me excluyó de una sola prueba atlética, ni rebajó para mí las patas de los aparatos, ni dejó, en suma, de exigirme lo mismo que a los otros. Quizá por esa causa, aunque lo temía más que a la muerte, nunca llegué a odiarlo del todo, pues no se me ocultaba

que creía en mí más que yo mismo y que fracasaba día a día en el empeño de alcanzar un objetivo superior a sus fuerzas. Castigos, reprimendas y vejaciones no sirvieron para que yo saltara nunca más de tres metros de longitud, ni lanzara la bola allende la línea de la vergüenza ni pasara el potro como estaba por él prescrito. Al fin su fortaleza no pudo nada contra mi debilidad. Fue, por lo que a mí concierne, un fracasado.

Sin un amigo al que hacer partícipe de mis confidencias ni un sustituto de Genarito Pichablanda sobre quien descargar mis frustraciones y reconcomios, únicamente la tapia me procuró consuelo durante la época en que fui alumno del colegio de Santa Rita. Para mí no estaba menos viva que cualquier persona. De haberme faltado la privanza afectuosa con ella yo no sé cómo habría podido aguantar lo que aguanté. La escalaba dos veces por la mañana y otras dos por la tarde, cuando venía de casa y cuando salía del colegio. Me detenía un instante a su lado y le hablaba. Aparte esas ocasiones, a menudo, en el tiempo de recreo, disimuladamente me marchaba del patio a fin de estar a solas a su lado. Acercaba la boca a una cualquiera de sus oquedades, que eran para mí lo que para otros la rejilla del confesonario, y en voz baja le refería mis incontables infortunios y mis escasas dichas. Dudo que entienda esto quien haya vivido una infancia libre de humillaciones. Aún menos comprenderá que a veces yo acariciara y besase aquella pared sucia, verdinosa y requemada, único sitio de cuantos frecuentaba a diario donde me podía sentir plenamente aceptado y protegido.

Años después, un viernes luctuoso, siendo mayor de edad volví al colegio y lo hallé desconocido, con un edificio nuevo adosado a la primitiva casa profesora y la tapia enlucida de forma que no parecía sino que la acababan de construir. Su blancura bajo el sol intenso de mediatarde era tal que no la resistía la mirada. El revoque había borrado todo vestigio de grietas y agujeros. En la calle desierta me dio la impresión de que no nos reconocimos. Tan sólo algunas lagartijas medrosas me recordaron vagamente el pasado. Me encaramé sin dificultades a lo alto, y sentándome a horcajadas, quise pero no pude sentirme niño. Se dijera que la tapia había encogido de caballo a burro. Le hablé y no me contestó. Temí a este punto que desde alguna de las numerosas ventanas de los alrededores alguien me tomase por malhechor: a partir de cierta edad la gente honrada ya no salta muros. Me descolgué hacia el otro lado con el convencimiento de que aquella tapia estaba muerta.

Al arrimo de los pilares que sostienen el viejo edificio crucé después el patio, deprisa pero sin correr, por no levantar sospechas, aunque no se veía a nadie en las inmediaciones. Una capa de asfalto recubría la antigua explanada polvorienta. Percibí otras novedades, o acaso no más que una impresión fugitiva de novedad, y eché en falta árboles y setos. Con todo, una mirada rápida al gancho de la trepa, en la pared lateral del frontón, me devolvió la certidumbre, perdida momentáneamente, de no ir descaminado. Me habría complacido saber si entre los colegiales de ese tiempo seguía usándose el vocablo *goicocheína*.

No había nadie tampoco en la capilla. Cerré la puerta y el corazón me dio un vuelco. Ante mi vista se desplegaba una parcela intacta de pasado: el recinto angosto y largo, aromado de incienso (que al decir del padre José María es el olor de dios); el pasillo central flanqueado de bancos; la hilera de ventanas a lo largo de la pared derecha, que daba al patio; los confesonarios junto a la otra pared, donde este o el otro fraile con halitosis fomentaba la delación entre condiscípulos; el altar al fondo; todo tal como yo lo había conocido años atrás. Un enjambre de viejas sensaciones, de pensamientos y recuerdos comenzó a agitarse en mi cerebro. Durante unos instantes fui incapaz de dar un paso. Temía que al menor movimiento el espejismo se desvaneciese. Eché por fin a andar pasillo adelante, mirando a una y otra parte con asombro. Objetos, detalles y sombras suscitaban simultáneamente el niño que yo había sido; lo percibía en rededor y lo sentía en mí, no evocado, sino real, palpable, vivo. Sólo un espejo habría sabido decirme quién era yo en aquel momento. Las sucesivas escenas del vía crucis me recordaron las consejas truculentas del padre Gregorio. En mis oídos volvió a resonar lúgubrememente, después de tantos años, un eco de su voz cavernosa. Era un hombre dado a fantasías macabras, que aplicaba con tesón inquebrantable el recurso evangélico del terror. Pasé asimismo junto al banco sobre cuya tabla hubimos de permanecer una hora de rodillas los tres colegiales que nos escabullimos de la misa de funeral por el alma del hermano de uno de los clérigos. Pecado gravísimo. El padre Gregorio afirmó que en el infierno los precitos comen brasas y beben pus. También fue viernes el día del castigo. Varios bancos más atrás nos vigilaba, bisbiseando preces, el Pitilines, así llamado en secreto por su incomprensible costumbre de interrumpir las lecciones para contar chistes que invariablemente versaban sobre pililas, huevines y cojoncitos. A menudo los colegiales pagaban un precio alto por la risa, cuando el fraile, que no soportaba el menor ruido, se lanzaba por entre las filas de pupitres, y propinando reglazos a diestro y siniestro, acababa con el jolgorio que él mismo había suscitado. Era, en cosa de repartir cachetes y capones, el despilfarro en persona. Tenía un punto de crueldad sonriente. La tarde que se nos impuso el castigo de permanecer arrodillados en la capilla, dejaba de vez en cuando de susurrar sus oraciones, y acercándose quedamente por detrás, con melifluo retintín nos preguntaba:

—¿Qué, os duelen los menisquitos, hijos míos?

Un obstáculo me detuvo, el altar rodeado de numerosas vasijas con flores. Sobre el atril, cerrada, una Biblia grande, la misma tal vez entre cuyas páginas contaban haber visto escupir a Murguizu, un colegial a quien se atribuía tratos con el demonio. A un lado, con llama inmóvil, ardían varias ringlas de velas. La creencia supone a esas lenguas de fuego la capacidad de conmover a la patrona de los imposibles. La madre habría encendido al menos una por la mañana, para que yo librara bien en el examen de latín. Eran al pie de cincuenta o sesenta, quizá más, todas iguales. Las apagué de unos cuantos soplidos. La pestilente fumarada envolvió la talla de san Agustín, y expandiéndose, blanca, perezosa, se introdujo después en la hornacina

desde donde me observaba, con la dulce fijeza de su rostro de muñeca, santa Rita. Un repentino traqueteo comenzó a sonar por los pisos superiores. Enseguida se formó en el patio la habitual bullanga de niños que salen en tromba de las aulas. Bajo la ventana entreabierta, colgado en la pared, se hallaba el cepillo de las limosnas. Traté de saltar la tapa, primero a viva fuerza, haciendo luego palanca con la llave de nuestro sótano; pero no lo conseguí. El barniz, reseco, se desprendía con sólo tocarlo. Fuera aumentaba la gritería por momentos y algunas voces cercanas se podían entender. Comencé a inquietarme. Un rabioso puñetazo contra la caja de madera me permitió advertir que los goznes se hallaban flojos. Tenía el convencimiento de que un golpe atinado con algún objeto sólido bastaría para desencajarlos. Con ese fin agarré un apagavelas que estaba apoyado en una de las puertas de acceso a la sacristía. Al primer baquetazo con el cono de hierro el cepillo se soltó de uno de sus enganches y se giró hasta ponerse boca abajo en la pared, de suerte que como la tapa se había roto a consecuencia del golpe, comenzaron a desparramarse por el suelo monedas y billetes en abundancia. La gran cantidad de dinero no despertó mi codicia. No era el robo mi propósito, sino recobrar las quinientas pesetas de la madre. Así lo hice y me dispuse a marchar; pero antes me volví hacia la figura de carita apacible y hábitos de monja con el fin de reprocharle, de decirle con rencor no sé qué cosa que olvidé de repente, ya que entonces, al bajar la vista, reparé no poco sorprendido en la bolsa de la cherrijana, depositada encima del altar. No recordaba en absoluto haberla puesto en aquel sitio y por un instante me sentí como el hipnotizado que, despertándose de golpe, contempla con asombro y hasta con incredulidad la obra que realizó inconscientemente. Desde mi salida de casa había llevado conmigo los desperdicios sin notarlo. Ni tan siquiera cuando salté la tapia advertí el estorbo y sólo una casualidad había impedido que olvidara la bolsa en la capilla. Pensé que quizá eso era lo conveniente. La idea de cruzar con ella el patio atestado de colegiales me disgustó y a pique estuvo de vencerme la tentación de ocultarla dentro de un confesonario. Al fin prevaleció la determinación de arrojarla en cualquier descampado, aunque nada más fuera por un mínimo respeto a la devoción con que la madre solía visitar aquel recinto sagrado. Al retirar la bolsa, que chorreaba, advertí un corro de humedad en el paño blanco. Una racha de tufo acre me hirió el olfato. El llanto me sobrevino mientras me dirigía a la salida, con el ánimo ciertamente destrozado; pero al mismo tiempo con la satisfacción eufórica de comprobar que la muerte de la madre no me dejaba indiferente, como temía que acaso hubieran pensado el padre y mi hermana y como yo mismo había llegado a creer. Y también lloraba cuando a pocos pasos de la puerta volví la cabeza para mirar por última vez en mi vida la capilla y en una explosión de rabia grité: «¡viva el surrealismo!»; y lloraba después, delante de la tapia, cuando acometido de un furor vesánico me di a restregar la bolsa de la cherrijana por el revoque impoluto, trazando círculos, equis y lunas fétidas al par que me refocilaba viendo escaparse por los desgarrones del plástico la pasta de lentejas, las raspas de pescado, las peladuras mohosas...

Siguieron días de calor, lentos, pegajosos, interminables. Días de marasmo, de dejadez en que fermentan con más pujanza que de costumbre los sueños vanos. Pasé largas horas acostado en mi viejo sofá verde, la mirada perdida en las manchas del techo, imaginando ser un artista que merecía la aclamación de las masas. Dondequiera que soñase hallarme oía de continuo por delante, por detrás y a los costados, susurrar mi nombre con veneración. Algunos alargaban disimuladamente la mano por tocarme. Rara era la capital de provincia, rara la población de más de diez mil habitantes, donde no existiese al menos una calle, una plaza o un parque a mí dedicados. En los días posteriores al sepelio de la madre aquellas fantasías me preservaron de las cavilaciones fúnebres. La casa estaba como muerta, llena de calor y de silencio. En cierto modo yo lo percibía de pasada, pues aunque salí muy pocas veces a la calle por entonces, mentalmente me encontraba a todas horas en lugares frescos y distantes, protagonizando entre gente admirada y más o menos parlanchina algún que otro episodio de gloria literaria. No se me ocultaba la vanidad de aquel cúmulo de figuraciones, cuyo efecto balsámico me reconfortaba quizá no menos que a mi afligido padre los tranquilizantes que le inyectaban a diario; pero no me cuidé poco ni mucho de ponerles freno, lo uno porque me hacían bien en el ánimo, lo otro porque albergaba la deleitable sospecha, lindante con la certidumbre, de que era simple cuestión de tiempo que aquellas ensoñaciones se tornasen realidad. Eso sí, yo no estaba dispuesto a pasarme la vida entera corriendo en pos de una ilusión como un romántico de tantos, pues eso faltaba, conque a fin de evitar esfuerzos inútiles, y de llegar a viejo y descubrir de repente que siempre tuve pegada a mí la sombra de mi fracaso, determiné fijarme un plazo de tres años, sin posibilidad ninguna de prórroga, para ganar en todo el país fama de buen escritor. Si al término de ese tiempo no hubiera alcanzado mi objetivo, daría por muertas mis ambiciones literarias y en adelante me dedicaría a otras actividades más sencillas y descansadas, como aprender inglés o prepararme para un oficio de los que requieren poco esfuerzo físico. Y si no me dejara paz para ello el acoso de mi desengaño ni me quedase al fin del plazo previsto gana ninguna de seguir con vida, pondría entonces por obra un suicidio que cuando estaba tumbado en el sofá no cesaba de acudirme al pensamiento; el cual, muy brevemente, consistía en embarcarme sin carga de víveres ni de agua potable, pero con todos mis libros y papeles escritos, en un bote de los que se alquilan en el puerto por verano, y adentrarme a golpe de remos con él en el mar hasta donde me saliese al encuentro alguna clase de muerte.

Con mucho ahínco me consagré a la literatura, resuelto a no permitir que ocupaciones de otra índole me distrajesen. En breves noches de lectura apasionada agoté los libros sobre surrealismo que había comprado aquel jueves lluvioso de la reunión en el café Goya. Cada vuelta de página acrecentaba mi fe en las posibilidades de la imaginación. No escribía, pero me pertrechaba por así decir con los

conocimientos necesarios para mi viaje hacia las cumbres. Influido por lo que leía, comencé a ejercitarme en el recurso de suscitar visiones a mi alrededor. Bastaba por ejemplo mirar unos cuantos segundos fijamente a la lámpara o al cenicero abarrotado de colillas para que la una se transformase en una especie de girasol del que caían lágrimas incandescentes o el otro en un ovillo de vísceras sanguinolentas. Algunos volúmenes diseminados sobre el escritorio en espera de ser leídos, se ponían sin más ni más a rehilar a modo de peces vivos fuera del agua. Recuerdo también que el techo empezaba de pronto a descender, emitiendo un lúgubre chirrido; enseguida me veía obligado a agachar la cabeza y por último a tumbarme en el suelo. Más de una noche me quedé dormido en esa postura. Otras veces me tomaba, mientras leía, una fortísima exaltación, un descomunal arrebató; pero no de golpe, sino de forma que yo lo sentía crecer poco a poco dentro de mí y me decía: prepárate, que ya viene. Llegaba luego una descarga vesánica, que por ser siempre ocasión de enajenarme con mucho gozo, me dejaba a su término tan desilusionado por su corta duración como deseoso de experimentarla nuevamente. Aprovechando aquellos trances hervorosos inventé una noche los *conciertos estelares*. Los cuales consistían en dirigir desde la ventana (con un zapato sobre la cabeza que, para que no se cayese, solía atarme con un cordel a modo de barboquejo) una orquesta imaginaria repartida por el firmamento. Y ya que me he acordado de mencionar lo del zapato, añadiré que tenía un sentido, y era el de simular que el universo con todas sus galaxias y nebulosas me pisaba; pero entiéndaseme bien, me pisaba a mí, a Hilario Goicoechea Echeverría. Anhelaba enloquecer y no escatimaba esfuerzos para conseguirlo. Comprendía, sin embargo, que al no ser yo ni de lejos hombre de acción, sólo los libros relacionados con el surrealismo me proporcionaban el combustible necesario para suscitar aquellas explosiones mentales de cada noche. Leídos todos los míos, comencé a frecuentar las bibliotecas de la ciudad. Estando una tarde en una de ellas, arranqué de un grueso volumen, con mucho cuidado de no hacer ruido, un retrato en blanco y negro de André Breton, a quien idolatraba. Lo hice enmarcar sin demora y lo colgué en la pared de mi cuarto, en el lugar que por imposición materna había ocupado hasta entonces una vieja efigie de escayola que representaba a santa Rita.

A la hora en que solía ponerme a leer, hacia las diez de la noche, oía al padre acostarse. Había tomado la costumbre de hablar en voz alta mientras se desplazaba por la casa. Al principio, tratando de entenderle, permanecía yo con la oreja pegada a la puerta. Sin embargo, pronto me di cuenta de que sus soliloquios eran por completo incongruentes, formados por más gruñidos y eructos que palabras, y desistí de intentar descifrarlos. En ocasiones los trastornos derivados del consumo de bebidas alcohólicas le impedían ganar la cama. Se perdía por las habitaciones, regresaba a la cocina, buscaba en el retrete. Maldecía y juraba sin cesar, y en el summum de su enojo comenzaba a insultarse. Ni aun en el curso de sus mayores borracheras se atrevía a entrar en mi cuarto, temeroso de encontrarse con mi semblante ceñudo, cargado de reproche y de desprecio; y si alguna rara vez, por descuido, lo hacía, sin

darme tiempo de decirle nada se excusaba modosamente y, cerrada la puerta, por un instante proseguía en silencio la búsqueda de su cama. Reanudaba después su farfulla incomprensible y de ese modo a mí me resultaba fácil adivinar desde mi cuarto por dónde discurría la trayectoria errátil de sus pasos. A menudo se desplomaba haciendo un ruido de esos llamados sordos, que son como el de una gran manzana que rebotase en una piedra, y no era infrecuente que arrastrara en su caída alguna silla, lámpara o adorno más o menos valioso que a la mañana siguiente aparecería hecho trizas en el suelo. Después de caerse, de ordinario comenzaba a despotricar y proferir blasfemias; pero alguna que otra vez, consciente quizá de su grotesca ruina, rompía a reír y durante un rato soltaba agudas carcajadas, como de niño. Ni en las ocasiones en que con estrépito destrozaba algún objeto ni cuando me percataba de que por falta de fuerzas para levantarse se había quedado dormido sobre las baldosas, acudía yo en su ayuda. El asco me impedía tenerle piedad. Lo único que hacía por él era despertarlo de amanecida, para que no llegara tarde a la fábrica. De poco servía hablarle; así que con la suela del zapato sacudía su cuerpo pestilente, hasta que por fin abría los ojos y soltando ventosidades se ponía de pie con gran esfuerzo.

Algunas mañanas, antes de salir para el trabajo, llamaba quedamente a la puerta de mi cuarto con el fin de despedirse. Sin esperar contestación, se alejaba; pero a veces, movido por no sé qué impulso, entraba de puntillas, evidenciando de una forma hartamente molesta sus deseos de no molestar. Después de una larga noche dedicada por entero a la lectura y a toda clase de juegos y ensayos oníricos, la aparición con las primeras luces de aquel hombre abotagado, hediondo, de orejas inmensas, de cara cárdena y mal afeitada, constituía para mí un regreso doloroso a la realidad, la dura resaca tras la marea de los sueños. Tenía después de todo el buen sentido de no dirigirme la palabra hasta pasados unos momentos, en la creencia de que yo seguía preparándome a esas horas para los exámenes y una interrupción brusca por su parte podría acarrear funestas consecuencias. Por razones que desconozco y que nunca intenté averiguar, a partir de aquel verano mi padre empezó a cobrarme miedo. No le debía de pasar inadvertido mi constante repudio hacia su persona, actitud a la que por añadidura se sumaban los domingos las regañinas de su hija, que venía a casa a llamarlo borracho y, de paso, a preparar la comida y a limpiar.

Aquellas visitas breves de amanecer eran por lo común la única ocasión de los días laborales en que el padre y yo nos encontrábamos. Duraban un cigarrillo. Él me ofrecía uno de su paquete, ahora que la madre no se hallaba entre nosotros para prohibirlo; aceptárselo equivalía a concederle tácito permiso para quedarse un rato en mi compañía. Tomaba asiento en el sofá y fumábamos en silencio, oyéndonos uno al otro respirar en la penumbra humosa del cuarto. A menudo, después de varias caladas, el padre trataba de suscitar el diálogo.

—Hijo, ¿estorbo?

Yo no me tomaba la molestia de responderle, o bien le respondía de malas, como la mañana en que señalando la fotografía de Breton en la pared me preguntó quién era

aquel señor.

—Pues quién va a ser, un amigo —le dije secamente.

La segunda vez que me formuló la misma pregunta, sabiendo que él era votante del PSOE, por hacerle sufrir le dije:

—Es uno de ETA con quien suelo tomar café de vez en cuando.

Tan sólo una vez, que yo recuerde, accedí a sostener con él un intercambio de palabras parecido a una conversación. Faltaban pocos días para que recibiese el primer sueldo de su vida que no iría a parar directamente a las manos de su mujer. Me preguntó cuánto solía yo necesitar para mis gastos; él me lo había de dar sin regateos, dijo, y aun algo más si yo se lo pedía. Me giré con presteza, y en ese instante, a la vista de su gesto bondadoso, cuando no estúpido, me di cuenta de que en las pocas ocasiones en que por ese tiempo me había dignado dirigirle la palabra nunca lo había hecho mirándole a la cara. Exageré de propósito la cantidad que me asignaba la madre cada mes.

—¿Tanto? —se asombró.

—Pues no me llega ni para pipas. Vamos, que si no fuera por los préstamos de mis amigos, yo no sé cómo...

Silencio. Hilario Goicoechea Echeverría. Figura descollante del surrealismo vasco. Nació en San Sebastián el miércoles 14 de enero de 1959. Sus magníficas obras en prosa y verso pronto alcanzaron resonancia inusitada que nunca hasta ahora ha decaído y le valieron el premio Nobel de Literatura a la tiernísima edad de treinta y dos años. La prensa descubrió por entonces que a fin de persuadirlo para que aceptara el preciado galardón, el rey de Suecia dilapidó su fortuna llamándolo por teléfono. Sería imposible enumerar los monumentos erigidos en su honor por todos los rincones del planeta. Se cree que en su conjunto sobrepasan la población actual de Dinamarca. Hay una calle con su nombre en Londres (la Goicoechea Street, famosa por sus boutiques), en Berlín (la Hilariusstrasse, donde como es bien sabido coinciden el prostíbulo más grande y el más pequeño de Europa) y en otras muchas ciudades repartidas por los cinco continentes. No podríamos olvidar la bellísima Piazza D'Ilario el Donostiarreto, en el centro de Milán, a la sombra de cuyos enormes tilos acostumbra reunirse cada día la gente de buen corazón para dar de comer ratoncillos muertos a las únicas águilas domesticadas del mundo. Pues bien, conviene que se sepa que este celeberrimo genio de las letras, este hombre capaz de hacer música con las estrellas, era hijo de un borrachingas y de una gorda santurrona. ¡Vaya orígenes!

A mi espalda la respiración un punto estertorosa del padre parecía una risita mal disimulada.

—Bueno, hijo, ya sabes que yo te doy lo que tú me digas.

Acordamos que a condición de que yo asumiese algunas tareas de la casa me asignaría una paga mensual de diez mil pesetas, gastos de ropa, manutención y material de estudios aparte; o sea, diez mil al contado para libertad y caprichos.

Quedaba aún una pequeña nube entre nosotros.

Si se lo cuentas a mi hermana le advertí, te juro que te dejo solo y me meto en ETA.

Pasaron aquellos días de calor, lentos, pegajosos, interminables, y yo seguía con la mente absorbida por la pasión del surrealismo, resuelto a convertirme en visionario, en loco de remate si hacía falta, cosa que, barrunto, esporádicamente conseguía. El paso posterior, una vez alcanzada la fase que denominé *autonomía de la imaginación irracional*, estribaba en traducir a forma escrita aquellos sueños y visiones de cada noche. Fue así como adopté la escritura automática, siguiendo los modelos e instrucciones que se contenían en los libros sobre surrealismo que no paraba de leer. Aquella dedicación fervorosa trajo como consecuencia el descuido de mis estudios universitarios. A raíz del óbito de la madre éstos se me habían vuelto insufribles y después del examen de latín no me presenté a ningún otro. Las calificaciones desastrosas que recibí no me preocuparon; a fin de cuentas nadie, empezando por el padre, tenía por qué enterarse de ellas.

Y de improviso aconteció que mis desvelos nocturnos obtuvieron recompensa. Por esas fechas, acabando junio, me llamó por teléfono Genaro Zaldúa para comunicarme, con una solemnidad muy suya y un arrastrar de eses que permitía imaginar su boca desdentada al otro extremo de la línea, que él (él primero) y sus amigos habían acordado admitirme en La Placa.

Publicaron a fines de mayo «Huelga de surrealistas», la carta para el periódico que habían redactado con intención de dar a conocer el grupo. El ansiado revuelo sin precedentes no se consumó y por espacio de un mes los miembros de La Placa se abstuvieron de emprender nuevas actividades. Por aquella época acaparaban el interés de la opinión pública los sucesos sangrientos de cada día. Entre bombazo y funeral, la gente no estaba para humoradas del estilo de aquella carta. Menudeaban los atentados y las represalias, los tumultos callejeros y las detenciones. A un secuestro sucedía un asesinato y el ovillo de la violencia crecía sin cesar. A cualquier hora, de día o de noche, sonaba en algún sitio de la provincia el estruendo de una explosión, una ráfaga de metralleta, un disparo. Ululaban luego las sirenas. Los hechos luctuosos acontecían con celeridad rutinaria. Apenas quedaba tiempo para comprender, para reflexionar; imperaba el rencor, la impulsividad fanática que era la que dictaba los movimientos en aquella partida de ajedrez siniestra con piezas de carne y hueso. Una década de bombas y tiros había terminado por habituar a los ciudadanos al charco de sangre en la acera, al automóvil calcinado, a los añicos de vidrio, al féretro envuelto con una u otra bandera, a la inconsolable viuda de gafas negras, a la madre crispada que pedía venganza en el atrio de la iglesia, a las notas de repulsa de los partidos. En medio de semejante torbellino de agitación política nació La Placa. Su primera carta en un periódico local pasó inadvertida como un suspiro exhalado al paso de un huracán. La deseada polémica y escándalo que el escrito debía suscitar no se produjo. Y entretanto había transcurrido un mes.

Por aquellos días de mi ingreso en La Placa, Josu Ruiz e Izaskun Ayestarán acababan de volver de un viaje de casi dos semanas por Italia. La muchacha no hablaba de otra cosa.

—El Norte nos pareció vulgar, ¿verdad, Josu?, dominado por la avidez del dinero. No salvo a Venecia, aunque de Venecia vimos muy poco, nos pasamos los dos días de visita corriendo de la habitación al servicio por culpa de unos pasteles en mal estado que nos dieron una cagatera de morirse. Pero el Sur... el Sur es una excitación continua. El calor achicharrante, los autobuses ¡menudas carracas!, los pueblitos llenos de flores, las casas por dentro, las que vimos, una gozada, tan vetustas que yo no me explico cómo no se han derrumbado todavía. Allí, desde que uno llega a esos parajes, siente que todo le invita a desnudarse, en serio, a hacer el amor con el primero que pasa.

Se me figuró, recién incorporado al grupo, que me convenía usar de mucha discreción y no menos astucia para conciliarme la simpatía de mis compañeros, y ya que me pareciese que la de ella se me ofrecía fácil a la mano, por ganarla me di a escuchar con atención sus relatos del viaje y a soportarlos con gesto admirativo, mostrando un interés que no sentí sinceramente más allá de los cinco primeros minutos. Sus amigos no le ocultaban la fatiga que ya tenían de escucharla. Entonces

la muchacha me tomó por confidente, ya que sólo en mis oídos hallaba su locuacidad vaciadero. Me cobró ley y sin rebozos se ponía a veces a hablar bien de mí delante de los demás. Tampoco yo le escatimaba elogios, en especial desde la tarde que descubrí que los pagaba con besos en la boca. Me refirió no pocas intimidades concernientes a su trajín erótico con Josu Ruiz en alcobas y arboledas italianas. Soltaba confianzas con absoluto desparpajo. Algunas particularmente sicalípticas yo no las supe escuchar sin arrobo. Al fin me obsequió con una fotografía que aún conservo en mi archivo particular.

Está desnuda, pero es como si no lo estuviera, porque carne, lo que se dice carne, se ve poca y además no de la que en nuestros días sirve para determinar la desnudez; se ve una pierna (bastante rolliza, por cierto), una zona que abarca la cadera y parte de una quijada y que es de donde saco que la muchacha no lleva ropa, y los antebrazos escorizados entre los cuales cuelga un jarro grande de color rojizo. El jarro tapa los pechos y el burro sobre el que ella está montada todo lo demás. Al fondo se perfila bajo un cielo deslumbrante, casi blanco, la cresta de una colina. En el dorso figura esta anotación escrita con aquella letra chiquitilla de Izaskun Ayestarán: PROXIMIDADES DE AREZZO.

—Me enamoré del burro, tan suave, tan calentito, una gozada de animal. Si es por mí lo habría comprado, pero Josu se opuso. Que a ver dónde lo íbamos a meter. Pues conmigo en la cama, le dije. Se conoce que le corroían los celos.

La tarde que Genaro Zaldúa me llevó a conocer a los miembros del grupo nos encontramos con ella en el puente de Santa Catalina. Se dirigía al igual que nosotros hacia el apartamento de Josu Ruiz, en el barrio de Gros, donde estaba previsto que nos reuniéramos. Contemplaba el río, detenida junto al pretil. Parecía razonable que con el paso que llevábamos y estando ella parada le habíamos de dar alcance en cosa de quince o veinte segundos. Inexplicablemente Genaro Zaldúa comenzó a llamarla a voces. Izaskun Ayestarán se volvió con presteza, como asustada por los gritos. Al reconocernos, sus facciones tostadas por el sol de Italia se suavizaron, al par que en la bermejura brillante de sus labios apuntaba una graciosa sonrisa de acogida. El viento alborotaba sus cabellos. Ella procuraba con inhabilidad coqueta reunirlos en un haz junto a la nuca, para que no se le siguieran derramando sobre el rostro. Ese mismo viento procedente del mar, que de costumbre, como no topa con el obstáculo de las casas, entra impetuoso por la boca del río, inflaba su blusa blanca bajo la que se transparentaban con nitidez provocativa los dos pezones negros. Mientras nos acercábamos a ella, observé que sus ojillos vivarachos no apuntaban a Genaro Zaldúa, sino un poco a la derecha de éste y por tanto hacia mí. Más que esa constatación sobradamente intranquilizadora, me turbó la sospecha de que su mirada risueña pudiese indicar que no le había pasado inadvertida mi fugaz inspección de su blusa. La entrada en el área de alcance de su perfume puso mi azoramiento en estado de ebullición. Instintivamente me apresuré a ocultar mi sonrojo parapetándome tras las espaldas hercúleas de Genaro Zaldúa, que con un paso por delante llegó hasta ella

y se inclinó para recibir su ración de besitos en las mejillas. Al apartarse quedamos la chica y yo enfrentados. Fue ella la que sin vacilación se vino a mí, al tiempo que separaba sus manos igual que cuando un momento antes las había puesto en los hombros de su amigo. Supuse que se disponía a saludarme de la misma manera y, ya más sosegado, pensé: bueno, será como besar a una prima. Pero entonces pasó aquella cosa lamentable de la que no pocas veces Izaskun y Genaro se habrían de acordar con gusto y risa en los meses ulteriores. Y fue que por no parecer huraño a quien con tan claras muestras de efusión me recibía, me apresuré a poner por obra mi parte correspondiente de abrazo, o por mejor decir me precipité, de tal suerte que mi mano entorpecida por la timidez agarró por descuido un pecho. La retiré al instante, como si la hubiera puesto sobre un ascua; pero la rectificación tan sólo logró hacer aún más patente lo sucedido.

—¡Uy, madre! —exclamó ella con guasa—. Acaba de llegar y ya me está metiendo mano.

—¿No os advertí —terció Genaro Zaldúa— que con este pibe hay que tener cuidado? Es la zorrería en persona.

Por aquella época me contaron que de no haber sido por los buenos oficios de Izaskun Ayestarán, probablemente el grupo La Placa no habría despertado nunca del letargo en que cayó poco después de su creación a finales de mayo. Al día siguiente de la tertulia en el café Goya, los cuatro miembros fundadores celebraron asamblea en el apartamento de Josu Ruiz, en el transcurso de la cual decidieron el nombre del grupo, redactaron entre todos la carta para el periódico, se hicieron mutuas promesas de fidelidad y camaradería y acto seguido tuvieron sus más y sus menos y se enfadaron. Al fin cada cual tiró por su lado y durante varias semanas no volvieron a encontrarse ni emprendieron actividad ninguna en nombre de La Placa. Fue Izaskun, que no soportaba la soledad, según ella misma reconocía sin tapujos, quien a su vuelta de Italia los reconcilió. Sus frecuentes llamadas telefónicas, sus visitas sin previo aviso, los regalos con que dejaba contentos a todos y su empeño tenaz en concertar citas a las que en ocasiones sólo acudían ella y su mazo de fotografías, contribuyeron decisivamente a evitar la definitiva disolución del grupo. Ella logró, por así decir, mantener encendida la pequeña llama que a partir de finales de junio comenzaría a crecer y expandirse con aquel brío que no habría de abandonar a La Placa durante mucho tiempo.

Al decir de Genaro Zaldúa La Placa tuvo un comienzo triste. La misma tarde de su fundación se produjo el abandono del miembro que con mayor empeño, perseverancia e ilusión había contribuido no sólo a llevar adelante el proyecto, sino también a concebirlo en la forma que desde un principio se le dio. El Pulcro Matallana compareció en la reunión inaugural con un vendaje aparatoso en la cabeza, que Josu Ruiz se apresuró a tildar de «papahígo de vendas». Desagradaron al adolescente el chiste y las sonrisas con que el chiste fue por todos acogido, y señalando la puerta, aseguró que se marcharía tan pronto como volvieran a hacerle

objeto de otra burla. Quiso dejar bien claro que no estaba el horno para bollos, y con una seriedad que a los demás pareció no menos cómica que su facha, agregó:

—Nadie me verá reír en lo que resta de año.

No tardó en saberse que la causa de tan insólita determinación provenía del despecho que desataron en él los porrazos de la víspera; pero sobre todo y por encima de todo la trasquiladura a que fue sometido en el cuarto de socorro. A ello hay que añadir que de camino hacia el apartamento tuvo pleito con Genaro Zaldúa, cuyo rostro, desfigurado por el enorme hematoma, tampoco presentaba un aspecto especialmente saludable. Parece ser que yendo los dos juntos por la calle, comenzaron a echarse el uno al otro la culpa del infortunio que les había deparado su caprichosa participación en los enfrentamientos con la policía. A tal extremo llevaron la disputa que sólo les impidió reñir a golpes el hallarse a ese punto ante la puerta del apartamento, adonde entraron con las caras desencajadas por el enojo. Les abrió Izaskun Ayestarán. Consternada al encontrarse de sopetón frente a aquel par de cataduras, no pudo reprimir un grito de espanto. Sus pupilas chiquitinas se vidriaron por efecto de las lágrimas. Llena de temblor y de susto se ofreció a acompañar a los dos heridos en un taxi al hospital, pensando acababan de sufrir un accidente, por más que el vendaje del Pulcro revelaba a las claras que el médico ya había hecho su obra. Ni siquiera después que en breves palabras le contaron lo que había sucedido y cuándo, se le pasó la fuerte impresión. Durante un rato siguió haciendo de madre desasosegada y empezó luego a despotricar contra la policía, hasta que finalmente Josu Ruiz puso las cosas más o menos en su sitio mediante la importuna chanza del papahígo.

La reunión discurrió entre alusiones personales y tiquismiquis, con intervalos de avenencia cada vez más cortos. A Genaro Zaldúa le sentó muy mal que cierto nombre que tenía previsto para el grupo fuera unánimemente rechazado por sus compañeros. Aún más le dolió que Josu Ruiz, achispado bajo el efecto del coñá que sin descanso ingería, tomara su idea a cachondeo. Tampoco el Pulcro votó a su favor, aunque por teléfono le había prometido su apoyo. Triunfó por tres a uno la propuesta de la chica, a quien Genaro cogió una gran inquina aquella tarde. La redacción de la carta para el periódico le ofreció ocasión de desquitarse. En gran parte fue obra suya y lo demás lo retocó a su gusto en los días ulteriores. Sin embargo, el incidente que habría de desencadenar el final brusco de la asamblea no lo protagonizó él, que para entonces ya estaba a malas con todos, sino Josu Ruiz y el Pulcro Matallana; aunque en honor a la verdad habría que decir que fue el primero quien con sus pullas lo promovió. Harto de soportarlas en silencio, el Pulcro, a raíz de una ni más ni menos hiriente que las anteriores, se rebeló.

—Qué bien —dijo, gacha la cabeza entrapajada—, ahora ya somos todos lisiados.

Intervino rápidamente Genaro Zaldúa, interponiéndose entre los dos malquistados para impedir que Josu Ruiz consumara la agresión. Esa misma tarde el Pulcro abandonó La Placa y se recluyó por largo tiempo en su domicilio, de donde no lo

pudieron sacar los ruegos ni mensajes de buena voluntad que sus amigos le hicieron llegar repetidamente por medio de la familia, única manera de ponerse en contacto con él, ya que ni contestaba a las cartas ni quería acudir al teléfono. Tan sólo la tenacidad y dotes persuasivas de Izaskun Ayestarán hicieron posible que al cabo de un mes de encierro el despechado adolescente perdonara el agravio y se aviniera, si no a salir a la calle, al menos a recibir a los compañeros en su casa. Por entonces Genaro Zaldúa, ya libre de exámenes, asumió la iniciativa que a su peculiar manera la muchacha había mantenido desde su regreso de Italia. Con nuevo impulso La Placa reanudó sus actividades y las reuniones adoptaron un carácter periódico. En una de ellas se decidió la ampliación del grupo y fui llamado.

Mi ingreso coincidió con los últimos lances de ruptura sentimental entre Izaskun y Josu Ruiz. La habían previsto y planeado semanas antes en una pensión de Cesena. La chica, que no se mordía la lengua a la hora de airear intimidades, me reveló, lo mismo que antes había revelado a los otros, que las largas sesiones de fornicación sin freno habían terminado por aburrirles. Necesitaban una tregua, dejar que el tiempo los volviera paulatinamente extraños.

—Porque yo —decía ella con una falta de pudor que me dejaba boquiabierto— le entregué mi cuerpo y él me entregó el suyo, y como además nos comunicamos todos nuestros secretos, ahora ya no nos queda nada interesante que decirnos.

A su retorno del viaje, los que ya no querían quererse hallaron a los amigos encerrados en sus casas, dispuestos nada el uno y poco el otro a asistir a las exhibiciones de frivolidad que aquéllos les tenían preparadas. La pareja resolvió en consecuencia postergar las ceremonias de su pública separación. Llegado el momento propicio de llevar a cabo su propósito, comenzaron por devolverse los regalos ante la estupefacción inicial de los testigos, que pronto habrían de acostumbrarse a la mascarada. Yo estuve presente una vez en que Izaskun Ayestarán le preguntó a Josu Ruiz: ¿qué tal si nos tiramos los tejos a la cabeza? Y de común acuerdo se pusieron a insultarse. Inventaron la palabra *desbesar*, que significaba fundir las bocas con el objeto de succionarse los besos que ambos se habían prodigado en el curso de sus amoríos. Este juego les procuraba grandísimo alborozo. Decía Josu Ruiz:

—Guarra, devuélveme aquel beso a tornillo que te di en el Vaticano.

Al punto le rodeaba Izaskun el cuello con sus brazos, se dejaba besar y replicaba:

—Pues ahora devuélveme tú alguno de los de Venecia.

—¿De los de antes de la cagalera o de los de después? —y así tenían los dos su juega y los demás nuestro fastidio.

Con desparpajo y ostensible regocijo hablaban también de *desacariciarse*, de *desjoder*, y se exigían la devolución inmediata de orgasmos y de cuantos caprichos eróticos se habían concedido mutuamente. A mí aquellas manifestaciones de salacidad me producían una confusa sensación de asombro, de vergüenza ajena y malestar; pero no quise que nadie me tomara por simple y determiné, a ejemplo de otros, callarme. De esa forma fui bienquisto de ellos y sobre todo de Izaskun

Ayestarán, que me recompensó con simpatía la paciencia y buena cara con que me presté a escuchar sus cuentos cada tarde. Yo me consolaba pensando que pronto se les había de acabar a los dos la cuerda y tendríamos todos descanso de su murga, como en efecto sucedió.

No hizo falta aguardar mucho tiempo para recoger los primeros frutos de mi prudencia. Desde un comienzo la táctica de hacerme a todos agradable funcionó a la perfección. Acudía a las reuniones provisto de puros para Josu Ruiz y de cigarrillos para todos los demás. Asentía, a ninguno llevaba la contraria y las más de las veces guardaba silencio, que es la mejor forma de no meter la pata; y por eso, y porque además me encontraron bastante puesto en surrealismo, fui aceptado en La Placa sin reservas.

Se llamaba Jaime, nombre que aborrecía. Lo consideraba un yunque que le habían colgado al cuello sus progenitores. Para que nos hiciéramos idea del odio que sentía por ellos, solía decir que su sola presencia le ocasionaba dolores punzantes y erráticos, como si le clavaran agujas en la carne. También con sus hermanas estaba a matar. Las tres formaban bando contra él, lo chinchaban y establecían turnos de espionaje encaminados a sorprenderlo en alguna infracción de las normas domésticas. Sin pérdida de tiempo acudían a los padres con el cuento y celebraban como un triunfo personal cada bofetada, cada réspice, cada correctivo que por obra y gracia de su intervención cizañera hubiese recibido el hermano. Lo llamaban el Perrito. Él replicaba llamándolas Puta A, Puta B, Puta C, y cubriéndolas de injurias que ellas reproducían después al pie de la letra en la cocina, a fin de que bien el padre, bien la madre, adoptaran las medidas disciplinarias correspondientes.

Tanto como el nombre y la familia, le disgustaba su edad, que era de sólo dieciséis años cuando lo conocí. Estaba persuadido de haber alcanzado para entonces, a puro de estudio y de lecturas, un grado considerable de madurez intelectual. Parecían confirmar esta impresión sus ingentes conocimientos en materias literarias, así como su elocuencia devastadora, impropia de un adolescente. Nada de ello se compadecía, sin embargo, con su corta edad, que un rostro imberbe de facciones añidadas declaraba a todas luces. La consecuencia, su drama particular, era que nadie o casi nadie tomaba en serio su talento. Si a ello agregamos su propensión incorregible al chascarrillo y a la anécdota chusca, se entenderá fácilmente la razón de que sobre él pesase una de las peores condenas intelectuales que se conocen: la de causar gracia se diga lo que se diga, asemejándose así a esos monos del circo que al imitar los gestos y acciones de los hombres no hacen sino resaltar su condición de monos. El día que por primera vez me estrechó la mano, el Pulcro Matallana se apresuró a decirme:

—¿Qué tal? Yo tengo diecinueve años.

En los inicios de su voluntaria reclusión, Genaro Zaldúa acudió varias veces a su casa, en Catalina de Erauso, con el fin de consolarlo y ver la manera de que el adolescente se desenfadase; pero no consiguió ni que saliera del retrete, donde se encerraba con pestillo tan pronto como oía sonar el timbre, ni que correspondiese a ninguno de los ofrecimientos cordiales de diálogo. El Pulcro permanecía en silencio mientras el otro, ante las miradas lastimosas de la madre y de la abuela, se interesaba por él desde el vestíbulo, le prometía libros y trataba lo más buenamente que podía de convencerlo para que abriese la puerta. El empeño no condujo a nada positivo y después de unas cuantas visitas, Genaro Zaldúa, agotada su paciencia, que por regla general era poca, lo mandó a paseo y desistió de volver.

Los padres estaban muy preocupados pensando que el hijo indomable, al paso que iba, perdería el curso escolar. Don Raúl Matallana se informó por teléfono de las

fechas de exámenes y una mañana sacó al Pulcro por la fuerza de su cuarto, lo metió en el automóvil y lo llevó a clase. Diez minutos después el Pulcro se hallaba de nuevo en casa. El año precedente la compasión de un director lo había eximido de repetir curso. En cambio, no le fue renovada la matrícula. Una serie de incidentes graves (entre los cuales se contaba por lo visto una intentona esperpéntica de robar sin ayuda de compinches un encerado de dos metros y medio de anchura) motivó su salida del colegio, uno de los más prestigiosos y caros de la ciudad. Sólo fue admitido en la cochiguera, nombre con que de ordinario aludía al Instituto. Nunca logré saber la causa desencadenante de la expulsión, a menos que no fuera falsa la historia que él solía contar con aquella sonrisa de pícaro que tenía la facultad de volver inverosímiles hasta los puntos y comas de cuanto refería. Según esa historia, alguien lo sorprendió una mañana abrazado con mucho amor y poca ropa al esqueleto del aula de biología.

—Les juré que me había equivocado, que pensaba que el muñeco de huesos era mi madre, pues tenía un parecido asombroso. Y cuando mi madre vino a llorarle al dire a su despacho, yo le dije a éste: ¿lo ve usted?, la pobre está esquelética perdida. Pues ni aun así se dignó creerme, conque no me quedó más remedio que imputarle inconsecuencia pedagógica. Las cosas como son.

Andando el tiempo habría de confesar que estuvo a pique de poner término a su designio de cenobita no bien Genaro Zaldúa se cansó de visitarlo; pero se sobrepuso y ya no volvió a flaquear hasta pasadas dos semanas, cuando su padre le embargó los libros e Izaskun Ayestarán, que había prometido llevarle algunos de matute, pasó varios días sin ir a verlo. Por ahí comenzó su claudicación, pues nada podía torturarlo tanto como la falta de lectura, justo a él, que se vanagloriaba de leer a diario uno de los promedios de páginas más altos de Europa y que aseguraba haber logrado tal dominio sobre su vista que era capaz de leer dos libros a la vez, uno con el ojo izquierdo y otro con el derecho. Ahora que no tenía un mal renglón con el que contentarse, sintió que lo aplastaba el peso de la soledad. Apenas supo que ni siquiera el periódico le estaba permitido, corrió como un desesperado al teléfono para marcar el número de Izaskun. Ella fue quien me lo contó con palabras no muy distintas de éstas:

—Me daba apuro porque yo lo conocía poco. Después de declarar su nombre se quedó callado; ¿por qué me llamas?, pero siguió sin abrir la boca. Estuve un buen rato oyendo su respiración y supongo que él la mía; al fin, por romper el hielo, le pregunté si quería que hablase sólo yo. Que sí, ah pues no hay ningún problema, le contesté. Entre mí pensaba: este tío anda tan pirado como dicen. Y comencé a trabajármelo con suavidad, no sabes el rollo guay que te estás perdiendo, el grupo funciona a tope, tenemos la ciudad en el bolsillo. Total patatas, porque después de diez minutos de cantarle las últimas proezas de La Placa, que por supuesto eran inventadas, él seguía más mudo que el gancho de una grúa, a ver si el capullo ha colocado la grabadora cerca del teléfono y me está haciendo rajar por malicia, me han

advertido que es un redomado cabroncete. Ya iba a colgarle, coge y me sale con que La Placa significa mucho en su vida, que anda con grandísimas ganas de volver, ¿no podría yo persuadir a los demás para que nos reuniéramos todos en su casa, sin revelarles que la idea había sido suya? ¡Será lagarto!, pensé, pero le di mi palabra de hacer como pedía y de llevarle libros, él se mostró muy agradecido y hasta cariñoso. Me confió que estaba harto de su familia, sobre todo del viejo, que le tenía guardados los libros bajo llave, ¿cómo bajo llave?, sí, sí, dentro del armario. Qué rollo más chungo, le dije, ¿por qué no te piras de casa?, sal por lo menos a la calle, píérdeles de vista; pero se conoce que al pobre le daba vergüenza sacar a pasear la pelada atroz que le metieron en el cuarto de socorro, y entonces, para consolarlo, le dije: vale, no te preocupes, mañana por la tarde iremos a verte. Y le eché un besito.

La idea de una reunión en casa del Pulcro soliviantó a Genaro Zaldúa.

—¿Yo ir a ver a ése? —contaban que dijo—. Por mí que se pudra dentro de su ermita. En plena época de exámenes, traté de hablar con él varias veces y en todas me dio con la puerta en las narices. El niño me sentía llegar y se escondía. Lo mandé a la mierda. Si vais a su casa, dadle por favor recuerdos de mi parte a la puerta del retrete. Seguro que aún se acuerda de mí, del que hablaba con ella hace dos semanas.

Izaskun y Josu Ruiz prepararon minuciosamente el reencuentro. Convinieron en que para no causar mala impresión a la familia, acudirían él seco y ella sin maquillaje ni botones desabrochados; llevarían además bien visible el inofensivo tablero de parchís. Por el camino se proveyeron de obsequios en abundancia. Todo les parecía poco: los libros, los cómics, el paquete de tabaco, la pastilla de marihuana, la caja enorme de bombones que era lo único que no tuvieron que esconder. De buena gana costeó Josu Ruiz aquellos presentes en que se cifraban sus mayores esperanzas de reconciliarse con el muchacho. Por su parte, Izaskun Ayestarán, que se daba mucha maña con las agujas de punto, había confeccionado la noche anterior un gorro de lana azul con una borla amarilla y una franja del mismo color en la que figuraban las letras LP, iniciales de La Placa que Genaro Zaldúa, en secreto, interpretó como firma de la autora (de *La Puta*, según me dijo). El gorro había sido hecho con la finalidad de que el Pulcro cubriese su ominosa trasquiladura cuando tuviera visita. Bien mirado, hasta podría permitirle salir a la calle sin reparo.

Pero el Pulcro no los recibió. Y es que la víspera, al poco rato de su conversación con Izaskun, llamó por teléfono el director del Instituto para notificar a los padres del alumno Jaime Matallana que no habiéndose éste presentado a las pruebas de evaluación final, sin que en poder de los titulares de las asignaturas obrase hasta la fecha justificación ninguna de dicha ausencia, fuera médica o de cualquier otra especie, el citado alumno había sido desposeído de su derecho a nota; estudiado detenidamente el caso por el claustro de profesores, reunido al efecto ese mismo día, éste había acordado por unanimidad, en vista de las numerosas como graves faltas de conducta que constaban en el expediente del citado alumno, excluirlo de los exámenes recuperatorios de septiembre, por lo que lamentándolo de veras, señor

Matallana, la repetición de curso se hace de todo punto inexcusable, usted comprenderá.

El Pulcro barruntó enseguida lo que pasaba.

—No te achantes, papá, demuéstroles quién eres.

Tras colgar el aparato, don Raúl permaneció cosa de cinco segundos en actitud pensativa, rascándose en silencio la calvicie. La versión oral del Pulcro rezaba con quevedil remedo: «Miré los músculos del padre mío, si un tiempo fuertes, ya desmoronados». Pero no había tal cosa. La pasividad momentánea de aquel hombre de naturaleza vehemente engañó al Pulcro, que persuadido de hallarse a salvo de la cólera paterna, supuso que ésta se desataría en todo caso contra la caterva de profesores de la cochiguera, en justa represalia por su arbitrario, ilegal, corrupto y vergonzoso proceder. Ocupado en ocultar la sonrisa, plaf, la primera bofetada lo pilló desprevenido. Nos moríamos de risa oyéndoselo contar. Según sus cálculos, había sido un manotazo de grado 7 en la escala de Richter. Convencido aún de su inocencia, no dudó en atribuir el castigo a las pocas letras de su progenitor, quien ignorante del significado del verbo achantar, probablemente había supuesto que se trataba de una palabrota. El Pulcro se apresuró a explicarle:

—La Real Academia...

La segunda bofetada, aunque fallida, lo puso en la senda de la verdad. Hurtando el rostro con presteza, logró esquivar la mano, que pasó a medio palmo de su nariz en un vuelo terrible de guadaña.

—He estado muy enfermo, papá, sometido a depresiones...

Fue lo último que alcanzó a decir antes que lo derribase un revés descomunal. Había perdido la cuenta de los golpes cuando su padre lo asió con fuerza de la ropa, a fin de inmovilizarlo mientras le pegaba, y de esta suerte el Pulcro no pudo poner por obra la añagaza de hacerse el muerto. Desde el umbral de la cocina, la madre, llorosa, asustada, no paraba de dar gritos.

—Raúl, que me lo matas. Raúl, en la cabeza no. Por dios, que le vas a abrir la herida. Pégale en las nalgas. En las nalgas, Raúl, que me lo matas.

No fue, al decir del Pulcro, la zurra lo peor del escarmiento, sino que al fin de ella lo sentó su padre por la fuerza en una silla y a tijeretazos le cortó la melena. Dio luego con él (y con su orgullo de no haberse lavado hacía mucho tiempo) en la bañera, aunque con grandísima dificultad, ya que el Pulcro pataleaba y se resistía con tal ahínco que para reducirlo fue precisa la colaboración de las tres hijas, de la madre sollozante, de la abuela achacosa que no hacía más que estorbar y hasta de un vecino que subió a la casa alarmado por el alboroto.

Yo estuve presente la tarde que el Pulcro nos lo contó con su habitual parsimonia rebosante de ironía y de intención sarcástica. Aún resuenan en mis oídos las carcajadas que cada dos por tres provocaba en nosotros su relato.

—El verdugo, de aspecto extranjero, pigmeo diría yo, me tenía cogido por una oreja con su mano de hierro roñoso cubierto de escamas, porque sufre de psoriasis

desde que es subnormal, o sea, desde siempre, me alegro, y lo mismo mi hermana Yoli, que fue creada a imagen y semejanza de su padre un día que dios estuvo enfermo y había escasez de cerebros en los almacenes celestiales, la Yoli luce en las posaderas unas costras que recuerdan las nalgas de un mandril, a veces le duele y tiene que hacer los deberes del cole tumbada, le dije hace poco: esta noche, así que duermas, te desnudaré callandito y te pondré sal en el ipurdi para que te escueza, la pobre no durmió, temerosa de apartar el culito de la pared. Pues como decía, colegí de pronto que el extranjero leproso con cara de sapo trataba de arrancarme la oreja, ajá ¿conque era eso?, y, en efecto, al punto me arreó un tirón fortísimo del susodicho apéndice, impidiendo que yo, en pleno uso de mis facultades mentales, pudiera proseguir con la debida serenidad unas reflexiones de índole poética a que me había entregado mientras recibía la azotaina, sentí el repentino desplome de mi espíritu, acompañado de un tembor de huesos en la cabeza, me sobrevino una tan descompasada debilidad que pensé me moría sin remedio y estuve a punto de confesarlo todo, señor usted se equivoca, no es mi cumpleaños, suelte mi oreja, pero él, rosa de ira y con las canas del cairel pochás, continuaba felicitándome impertérrito, y entonces, considerando mi desventura con la única parcelita de mi cerebro no atosigada por el torrente de señales dolorosas que me llegaba desde el pabellón de la belarri, coma, concebí la sospecha de que aquel oligofrénico tripudo, aquel tirano congestionado que se preciaba de ser mi padre, qué descaró, no debía de entender ni jota de mi idioma. Después del aguacero de cachetes, escampó y el canalla comenzó a pelarme con las tijeras del pescado, cis cis, al par que me apretaba el cuello con un tentáculo, astucia sutil puesta en práctica para tenerme quieto, estoy convencido. Tomábase el sayón muy en serio la poda capilar, pobre hombre, sin percatarse de que su servicio era contra mi voluntad y gusto, aunque no se lo quise decir por no desanimarlo, ya me conocéis, al fin siempre me pierde el sentimentalismo, y para que os hagáis una idea de cuán cerca andaba él de estrangularme, sabed que se me salía más de dos tercios de lengua fuera de la boca, causa por la que de continuo me cosquilleaban en ella los pelillos que iban cayendo, y también deseo referir a este mi auditorio enajenado por la risa que otras vedijas y nudos de pelo que derramábanseme por la faz no me daba casi tiempo de sentirlos, pues que solícitamente don Raúl el bestia me los apartaba a sopapos, y en eso vi que el buen hombre carecía de cepillo. Discurrí a continuación llevar a cabo el rezo en defensa propia, padre nuestro que ojalá te consuma lentamente un cáncer de testículo, pero en vista de que la fe no me salvaba, me puse a embadurnarle el entrecejo torvo con una mirada melosa de cordero en agonía, por si le entraba al matarife alguna gana de apiadarse, pero él siguió esquilandome con inhumana impavidez, conque sí, ¿eh?, me dije ya empezando a enfadarme, pues balaré, sabrá el mundo mi pena y tu crueldad, y vaya si balé, bee, bee, bee, sin que el desgraciado captase el trasfondo del mensaje, o sea, que dada la premisa: el hijo es recental, en pura lógica ha de concluirse que el padre no anda lejos de carnero, primo del cabrón, lo cual un

poquitillo debió de columbrarlo su cerebro de saltamontes porque precisamente entre el quinto y sexto balido me propinó un capón que por poco no me abre la brecha del porrazo. En esto, viéndome Sansón pelado, la hueste de familiares me perdió el respeto y se vino a mí en tromba, opuse resistencia, forcejeé heroicamente, a alguien le arranqué un mechón, pero fue inútil mi denuedo. Al fin, debilitado por el olor nauseabundo de aquella chusma populosa, fui violentamente despojado de mi torpe aliño indumentario. Asíóme cada cual de un miembro de mi cuerpo, quedándome sólo libre aquel que a nadie es lícito tocar ni ver sin mi consentimiento, y ése pensó que me lo agarraría a falta de otro mango un vecino que apareció en la casa cuando el populacho me conducía en volandas a la bañera, donde ya humeaba el agua jabonosa. Presentí que me escaldaría y comencé a agitarme como gato despavorido, pero eran siete anormales y tuve que sucumbir.

Conociendo al Pulcro, su propensión al entuerto, a la peripecia novelesca, a las anécdotas curiosas, por protagonizar las cuales salía a menudo malparado, nadie dudó de que aquella trifulca doméstica hubiera acontecido de una forma mucho más vulgar de lo que el hilarante relato daba a entender. Estaban (estábamos) todos menos atentos a conocer la verdad de lo sucedido que a reír, y el Pulcro, que no lo ignoraba, por procurarnos y procurarse gusto ofrecía versiones cada vez más estrafalarias, adornándolas con infinidad de piruetas verbales y detalles jocosos. Jamás conocí a una persona que pusiera tanto empeño en construirse una biografía. A este respecto me viene ahora a la memoria un encuentro fortuito que tuve con él una mañana, bajando yo las escaleras de la estafeta de correos. Dos o tres semanas habían transcurrido desde mi incorporación al grupo. Él ya salía de nuevo a la calle. De pronto lo vi. Caminaba a la sombra de la catedral, arrastrando por la acera un pato de juguete con ruedas, que llevaba cogido de una cuerda. Se vino derecho a mí y me dijo:

He sacado esto para ver qué pasa. ¿Sabes?, hoy comienza el capítulo ochenta y ocho de *Historia de la vida, andanzas y proezas del Pulcro Matallana*. Sostengamos tú y yo ahora un coloquio. Después, si tienes tiempo, podremos irnos por ahí y cometer los dos juntos algún crimen.

Bañado y sin melena, aunque no lo rapó su padre tanto que dejara de notársele la tonsura en torno de la cicatriz, el Pulcro persistió en su reclusión con despecho renovado. La visita, por él mismo proyectada, de Izaskun Ayestarán y Josu Ruiz fracasó como semanas antes habían fracasado las de Genaro Zaldúa. El Pulcro se escondió en el retrete, corrió el pestillo y al fin los otros se tuvieron que marchar con los regalos. La muchacha no se enojó por ello, sino que al día siguiente volvió sola y puso en práctica un ardid, que fue meter por debajo de la puerta un papelito en el que podía leerse: HE VENIDO CON CIORAN, ONETTI Y MACHADO DE ASSIS. Tres segundos después salió el Pulcro, luciendo una sonrisa del tamaño de una raja de sandía. Ni un cuarto de hora le costó a Izaskun conseguir que el tenaz cenobita se diese a partido y condescendiera a todo lo que ella le pidió. Obsequios, halagos, besos y besitos lo

ablandaron, y aunque todavía continuó algún tiempo encerrado en casa, hizo que en adelante sus amigos lo visitaran a diario, de modo que una temporada su habitación se transformó en el lugar habitual de encuentro de todos los miembros de La Placa. Precisamente en el curso de una de tantas reuniones en su casa resolvieron ampliar el grupo y llamarme. Mi llegada coincidió con una fase sobremanera emprendedora del adolescente, como si se hubiera propuesto compensar a puro de actividades el mes de retiro que había pasado en completa holganza. Animado por sus compañeros y bajo la supervisión de Genaro Zaldúa, redactó para los periódicos innumerables cartas burlescas. Reproduzco a continuación una de las pocas que le publicaron:

LA PLACA IMPARTIRÁ NUEVAMENTE
CURSOS DE DEFENSA PERSONAL
PARA INVÁLIDOS Y MUTILADOS DE GUERRA

¿Por qué negar a un tullido el derecho a la educación física? Gracias a los cursos intensivos de karate, yudo, riña de tasca, yiyuitsu y taekwondo que organiza anualmente la asociación benéfica La Placa, estos seres imperfectos, desmembrados e inútiles aprenderán a valerse por sí mismos y dejarán en consecuencia de significar un estorbo tanto para sus familias como para la sociedad. Por un precio razonable nuestros métodos modernos de lucha cuerpo a cuerpo permitirán que pasen en poco tiempo de su grotesca incapacidad defensiva actual a la franca matonería. Con todo, recordamos a cuantos alberguen el propósito de participar en estos cursos la dureza espartana de los mismos. Este año para evitar los acostumbrados derramamientos de sangre, se prohibirá en el curso de los combates el empleo de muletas, patas de palo, bastones, dentaduras postizas, así como de cualesquiera artilugios ortopédicos capaces de otorgar ventaja a uno u otro de los contendientes. Como siempre los siameses pagarán doble, mientras que los mutilados gozarán de los descuentos habituales, según lo que les falte.

El Pulcro Matallana,
jefe del departamento de asuntos militares de La Placa.

Llegó julio con días de bochorno, moscas y noches estrelladas. Por entonces Genaro Zaldúa, que desde la conclusión de sus exámenes había vuelto a profesar el surrealismo, se manifestaba partidario de emprender a toda costa algún tipo de acción, no importaba cuál con tal que contribuyese a difundir el nombre de La Placa. Su plan consistía en trasladar al campo de la cultura los métodos de ETA.

—Hoy golpeamos aquí, mañana allá —decía— y al cabo de unos cuantos meses tendremos a las más dilectas molleras del país ocupadas en pronunciarse a favor o en contra de nuestro grupo, es decir, hablando de nosotros, que es de lo que se trata.

Ninguno se contagió de su entusiasmo; antes bien, todos sus compañeros tomaron la propuesta a chirigota y Genaro se defendió insultando. Para él no éramos más que *gentecilla de tertulia con vocación de pelagatos*. Durante varios minutos brotó de su boca un chorro ininterrumpido de improperios. La exaltación le hacía sudar en abundancia. A mí, sentado a su costado, me daba la impresión de que la frente se le estaba derritiendo. Al fin se percató de que la filípica producía un efecto cómico en los presentes, los cuales no paraban de intercambiar miraditas y sonrisas mientras él despotricaba. Exasperado, descargó un fortísimo puñetazo en el borde de la mesa, que provocó un temblor tintineante de tazas y platillos, y a tiempo de abandonar la reunión abruptamente, anunció que emprendería la lucha por su cuenta. El Pulcro tuvo suerte de recibir tan sólo una mirada de fuego cuando se guaseó:

—Si piensas dar muerte a alguno, empieza por mi padre.

Durante un tiempo Genaro Zaldúa recorrió la ciudad de un extremo a otro, visitando redacciones, oficinas y cualesquiera sótanos o locales donde le daba el olor de que podía hallarse alguna máquina impresora. En su incansable busca de promotores, se colgó una corbata debajo de la barba y mendigó subvenciones en despachos de bancos y cajas de ahorros. Nadie había oído hablar de la presunta asociación cultural llamada La Placa; nadie parecía tampoco interesado en dar crédito a su existencia. No le faltaron percances, como el que le sucedió en el vestíbulo de un banco de la avenida de la Libertad, donde a raíz de una disputa con el vigilante, éste llegó a desenfundar la pistola.

—Con esas pintas que tiene —había vaticinado Josu Ruiz— no va a conseguir nada.

Tal debía de ser, en efecto, la razón principal de su fracaso. Yo al menos no alcanzo a imaginarme que aquel rostro hinchado, sudoriento, con el par de pupilas que asomadas entre barba y pelambre parecían las de una fiera al acecho en los matojos; aquel vozarrón; aquellos dientes negros y mellados; aquel atuendo, con corbata o sin ella, de atracador de gallineros, ejemplo de rusticidad pordiosera; aquel hedor asobacado de su corpachón y, en fin, su catadura patibularia, pudiesen inspirar, a las personas que aceptaban recibirlo —hombres de traje o de bata y lapicero enristrado detrás de la oreja— otra cosa que recelo, cuando no repudio. Genaro

Zaldúa atribuía a dos causas su falta de éxito y se quejaba:

—En cuanto digo buenos días, vengo en representación de La Placa, ¿la qué?, La Placa, los tíos me toman por albañil que se ha equivocado de puerta o señalando la salida me advierten sin contemplaciones que no tienen tiempo que perder.

Exigió en consecuencia un cambio inmediato de nombre. Entonces al Pulcro se le ocurrió que para facilitar las gestiones de su amigo deberíamos llamarnos Las Monjitas de la Caridad. Después de no pocas chanzas y pitorreo, Izaskun Ayestarán puso el punto final.

—Yo propongo La Placa —y así quedó.

Otra razón de su fracaso la hallaba Genaro Zaldúa en la falta de amigos que fueran una o dos calles por delante de él recomendándolo. Todos convinimos en que decía una gran verdad y Josu Ruiz, sardónico, agregó que también convenía ganar enemigos influyentes que nos atacaran en público, porque se le figuraba que la mayoría de las personas, así las instruidas como las comunes, atienden menos al valor de las obras que a la frecuencia con que los autores aparecen citados en la prensa o asoma su rostro a las pantallas.

—Como en toda época superficial —concluyó—, triunfa la presencia, no el mérito.

A diferencia de sus compañeros, que en punto a ser escritores desconocidos no albergaban la menor inquietud, al menos en apariencia, Genaro Zaldúa experimentaba por esta causa un visible nerviosismo. Yo, al comienzo, admiré en secreto su actitud, pues vislumbraba en ella indicios de una fortaleza de carácter que tarde o temprano se resolvería en éxito, por lo que juzgué conveniente tomarla como ejemplo. Pero lo que a mí se me antojaba firmeza perseverante, para los demás miembros de La Placa no era sino ambición desmesurada. Con esas y peores palabras se lo habían de afear a veces a Genaro, sobre todo Josu Ruiz, que ni en público ni en privado tenía reparo en soltarle las verdades del barquero. A mí, por el contrario, el instinto me susurraba de continuo a la oreja que por nada del mundo me mezclase en aquellos festivales de mofas y reproches. Mi cautela no pasó inadvertida y una tarde, en ausencia de Genaro, mis compañeros me recriminaron por mi silencio. Me sentí punto menos que impelido a soltar alguna pulla contra él. Con el pensamiento puesto en no mostrarme demasiado gracioso ni sutil, dije dos o tres mordacidades acerca de su vestuario, cosa de poca monta que, pese a todo, provocó una descarga de carcajadas. Me sobrevino entonces una preocupación tan grande que cuando a los pocos minutos apareció Genaro Zaldúa en el umbral y clavó en mí sus ojos enormes y profundos, el corazón comenzó a darme martillazos dentro del pecho. Lo sabe, me dije, estaba escuchando detrás de la puerta. Durante varios días me asedió el temor de que alguno le fuese a escondidas con el cuento.

Desde mi incorporación al grupo, no cesaba de obsesionarme la idea de que Genaro Zaldúa proyectara ajustarme las cuentas por lo mucho que le había hecho padecer durante la infancia. Yo vivía por esta razón con un pie fuera de La Placa y

con el otro listo a sacarlo en cuanto percibiese la menor señal que confirmara mis presentimientos. Pasaba un día, pasaba otro, y aunque a menudo departíamos a solas, nunca sacaba él a relucir los penosos episodios de nuestra niñez, lo cual me procuraba gran alivio. Con todo, no quise confiarme, lo uno porque me parecía improbable que no le tomara algún rencor cada vez que nos juntábamos o que viera su diente roto en el espejo, lo otro por la certeza de que yo, en su lugar, no habría dejado de vengarme.

Por fuerza debieron de agolparse en su mente los recuerdos la mañana de julio en que sus correrías en busca de editor lo llevaron precisamente al barrio de Illarra-Berri, donde pocos años antes había sido construido el edificio de *El Diario Vasco*. Esa tarde llegó muy irritado a la reunión en casa del Pulcro. No bien supe dónde había estado, me acometió un grandísimo temor. Sin poderlo evitar comencé a perderme. Se me hacía que de vez en cuando me miraba con fijeza amenazadora, y cada dos por tres me decía entre mí lo que tantas veces habría de decirme en los meses ulteriores: hoy es tu último día en La Placa, porque hoy Pichablanda se va a vengar. Sus compañeros lo escuchaban en silencio, impresionados por el arrebato de furia. Yo, en mi rincón, mantenía mis manos cerca del rostro para protegerme de los puñetazos que esperaba. Porque ¿de dónde podía proceder semejante rabia sino del reencuentro con aquel puñado de casas polvorientas arracimadas al pie del monte? Sin duda yo debía de ser la causa de aquella rabia. Estaba convencido de que más, mucho más que el trato humillante que, según dijo, había recibido por parte de un redactor del periódico, lo soliviantaba el avispero que seguramente le andaba bullendo en la memoria. A tal grado llegaba su enojo que ninguno se atrevió a reír cuando contó lo que le había sucedido esa mañana. Después de presentarse en la portería, bajó a reunirse con él un joven periodista que lo saludó con mucha cordialidad y le invitó a tomar asiento en un sofá de la sala de recepción. Genaro aceptó gustoso, aunque no sin extrañeza, que le sacasen varias fotografías. En todas partes lo habían acogido como al pobrecillo o al carota que viene a pedir. De buenas a primeras se dirigían a él con respeto, le convidaban a café y hasta le preguntaban por el estado de su hombro, cortesía que no pudo comprender.

—Pensé —dijo— que el tipo me adulaba.

Cuando acto seguido le fue propuesto grabar en magnetófono una entrevista, se creyó el hombre más dichoso del universo. ¡Una entrevista, la ocasión inmejorable de dar a conocer al grupo dentro y fuera de la provincia! Genaro Zaldúa se formó la idea de que aquel periodista debía de ser un experto en asuntos relacionados con el mundillo literario local; sólo así se explicaba el que La Placa, en tan breve espacio de tiempo y con tan escaso esfuerzo, ya hubiera comenzado a granjearse algún prestigio. Admirado y satisfecho, dedujo que en aquel periódico se tomaban la cultura en serio. Su chasco fue mayúsculo. Comenzada la entrevista, a la primera pregunta se percató el joven periodista de que el muchachote barbudo de dientes cascados y mirada de brasa a quien había hecho fotografiar y servido café, no era el jugador de balonmano con quien había concertado el día anterior una cita por teléfono.

—Yo he decidido —concluyó Genaro con mueca torva— apuntar los nombres de los que ahora nos dan con la puerta en las narices. Llegará el día y la hora de cobrárselo caro.

Las repetidas contrariedades no lo desanimaron. Supongo que quería demostrar a los compañeros el valor de la tenacidad, de lo que él, enmendando a Baroja, llamaba no sin énfasis «la lucha por el pastel». Firme en su designio de encontrarle mecenas a La Placa, continuó recorriendo la ciudad, llegando en sus merodeos y caminatas hasta los barrios periféricos y poblaciones limítrofes. Por fin en una de ellas, en Rentería, donde al parecer anduvo presentándose como sobrino de Jorge Oteiza, logró su tesón la apetecida recompensa. Y fue que allá los redactores de un programa de fiestas le cedieron dos páginas con tal que escribiese «alguna cosa de interés para los vecinos renterianos, a ser posible chispeante y desde luego nada de versos». Se le advirtió que corría prisa y que cualquier renglón que excediese las medidas acordadas sería suprimido. Que tuviera en cuenta, le dijeron, que la existencia de la revista dependía en gran parte de los ingresos de publicidad, por lo que no debía él escribir los renglones muy apretados, a fin de que quedase sitio al pie de las dos páginas para los anuncios. Genaro, después de tantas fatigas infructuosas, aceptó sin titubeos aquellas condiciones.

El mismo día, por la tarde, de camino a una nueva reunión en casa del Pulcro, me topé con él en una calle del barrio de Amara. Estaba parado junto a la puerta de un estanco, del cual acababa de salir. Nunca hasta entonces le había visto yo fumar sino del prójimo y me sorprendió hallarle en las manos un paquete de cigarrillos. Me ofreció uno con esa amabilidad un tanto avasalladora de los que están poco habituados a dar y repartir. Cortesía estútica, convite de tacaño, pensé mientras le mostraba en el jersey, resuelto a hacerle el juego, el bulto de mi provisión de tabaco; pero él insistió en que tomara el cigarrillo, venga, melindroso, y me lo encendió con mi mechero que desde hacía algunas semanas era suyo. A Josu Ruiz le había oído pocos días antes decir que Genaro, por no gastar, ni llevaba a un restaurante ni dejaba coger un taxi a los personajes de sus relatos. Así que algún motivo debía de haber para tan insólita prodigalidad. No me equivoqué. Con entusiasmo parlanchín y aspavento me puso en autos sobre su gestión exitosa en Rentería. Hablaba a borbotones, como enajenado por un violento ataque de felicidad. Algunos transeúntes se volvían a mirarlo. A veces, sin darse cuenta, posaba en mi hombro una mano grande, dura como un casco de caballo, y me zarandeaba y atraía con afecto vehemente hacia él, hacia su gruesa camisa de cuadros impregnada de hedor corporal. Embocando la calle de Catalina de Erauso, donde vivía el Pulcro Matallana, por darle gusto le dije que me parecía de perlas publicar en aquella revista. Impelido entonces por un golpe de alegría desvariada, profirió un grito descomunal que paralizó por un instante la vida de la calle e hizo que algunas ventanas del vecindario se poblasen de semblantes curiosos. Se le veía tan feliz que no juzgué oportuno recordarle que los surrealistas no solían escribir para los programas de fiestas de los pueblos.

Al piso entró saludador, ocurrente, reverencioso. Estrechó manos, prodigó sonrisas. En el vestíbulo estuvo departiendo amigablemente con el padre del Pulcro, por quien se dejó convencer sobre la inconveniencia de trasladar al barrio de Amara el campo de fútbol de la Real Sociedad. Allí mismo le sirvieron medio litro de café en el tazón enorme de costumbre, deferencia que los demás nunca merecíamos. Una ráfaga de risas atravesó la pared desde el cuarto donde los otros ya se hallaban reunidos. Supuse que el Pulcro habría soltado alguna de sus cuchufletas habituales: «Llegó el válido», u otra similar.

Genaro oó la boca para abreviar un sorbetón de café. Doña Mercedes, la madre del Pulcro, mientras le ponía en orden el cuello de la camisa comenzó a madrearlo con la cándida ternura que le inspiraba aquel mozo corpulento, a quien tenía por el hijo que dios debía haberle dado en lugar del otro enteco y respondón.

—Genarito, ¿por qué no dejas que te arreglen la dentadura?

Oír después de tantos años aquel nombre en diminutivo me dolió como una puñalada, y por un momento experimenté la estremecedora sensación de haber vuelto a la penumbra del rellano donde la mujeruca besuqueaba a su niñín. El repeluzno fue tan intenso que pensé me zamarreaban. Antes que se hiciera demasiado visible mi turbación, resolví pasar al cuarto donde los otros jugaban animadamente al parchís envueltos en una nube densa de humo. Se conoce que aún no se me había borrado el desasosiego del rostro, pues a la primera mirada, sin sacarse los dos cigarrillos de la boca (el suyo y el que el adolescente fumaba a escondidas), me preguntó Izaskun Ayestarán con guasa si venía escapándome del coco. La aparición de Genaro Zaldúa en el umbral me dispensó de responder.

—Pulquérrimo —dijo con voz de trueno y aire jactancioso—, desenfunda la Olivetti, que hay trabajo.

Tenía yo la vaga sospecha de que a sus compañeros no iba a entusiasmarles la noticia; lo que no podía prever es que éstos llegaran a encolerizarse con una saña menos propia de seres razonadores que de fieras. A Genaro Zaldúa se le heló la sonrisa entre las barbas cuando Josu Ruiz descargó de pronto un manotazo en la mesa que hizo salto por los aires las fichas y los cubiletos del parchís, y dijo, mordiendo las sílabas con furia parsimoniosa:

—Sencillamente repugnante.

Tras un primer momento de sorpresa en que pareció no comprender que le pagasen sus desvelos y caminatas llamándolo codicioso, vendido, lameculos, Genaro adoptó un gesto sereno que era un claro desafío a sus exaltados oponentes. No se dejó apabullar por la tromba de recriminaciones. Con ostensible cachaza se llevaba pedazos de bizcocho a la boca y bebía largamente de su tazón, y por si aún le quedaba a alguno duda de lo poco que le importaban insultos y reproches, tomó un dado y se puso a jugar solo una partida de parchís. Andaban los otros postulando a gritos la necesidad y conveniencia de dotar al grupo de lo que Josu Ruiz denominaba un «ideario moral», cuando Genaro les interrumpió:

—¡Mierda, tres seises seguidos!

Y a continuación, en un tono abiertamente retador, anunció que dada la negativa del sector ético de La Placa a colaborar en la revista de Rentería, él, en representación del sector libre, había decidido entregar un cuento suyo que casualmente ocupaba dos páginas. Se encresparon los ánimos de nuevo y esta vez las oleadas de insultos no quedaron sin respuesta. La ruptura parecía inevitable. Yo presenciaba en silencio la porfía; de pronto reparó Genaro en mí, y recordando que por la calle me había mostrado conforme con su proyecto, columbró la oportunidad de formar bando conmigo y romper con mi ayuda el cerco a que los otros lo tenían sometido, y con ese propósito les reveló mis palabras dichas en privado. Al instante seis pupilas me arrojaron a la cara sendos chorros de hierro candente. Sentí el apremio de excusarme.

—Yo pensaba nada más en que va pasando el tiempo y aún no hemos dado a conocer un manifiesto. Esta me parecía la ocasión adecuada, eso es todo.

La jauría de pendencieros enmudeció. ¿Un manifiesto? Vi que intercambiaban miradas y dije entre mí: a la señal de uno cualquiera de ellos se lanzarán a despedazarme. Pero en esto se oyó exclamar a la muchacha que vaya idea genial, y de inmediato todos secundaron el aserto, afirmando que yo era el único sensato de la pandilla y que, en efecto, un grupo de las características del nuestro estaba punto menos que obligado a exponer públicamente sus convicciones filosóficas, estéticas y políticas, aunque fuera en un folleto de fiestas o en una hoja parroquial, porque qué cojones, ¿acaso no aspirábamos a ser el gusano de la manzana? De esta manera se reconciliaron y hubo paz y risas entre ellos hasta que, emprendida la tarea de escribir el manifiesto, comenzaron otra vez las discusiones por este punto y por aquella coma, sin que al cabo de hora y pico de acaloradas discrepancias consiguieran ponerse de acuerdo ni en el título ni en la formulación de un sólo párrafo. Harto de discordias, propuso finalmente Josu Ruiz que cada cual redactase en su casa medio folio con absoluta libertad de pensamiento y les pidió que diesen su palabra de acatar las aportaciones individuales aunque no fuesen de su gusto. Pareció bien a todos y convinieron en que a la tarde siguiente efectuarían la recopilación. Fue así como compusimos, el día que el Pulcro Matallana abandonó su encierro, el *Manifiesto urbi et orbi, protozario y de la leche condensada*.

Pasé la noche en vela inclinado sobre el escritorio rebosante de papeles, resuelto a concluir mi parte del manifiesto antes del alba. A medianoche, cuando se apagó la última ventana en el edificio de enfrente, la jaqueca era más que un goteo incesante de dolor. Se había convertido en el único pensamiento posible. Desesperado, me acosté en el sofá con la firme determinación de dormir hasta las cinco; pero a los pocos minutos me obligaron a levantarme la sensación de que la oscuridad aumentaba mi sufrimiento y la evidencia de que el calor sofocante y el acoso de los insectos harían inútil cualquier tentativa de descanso. Encendí un nuevo cigarrillo y me senté a la mesa. A la vista de la profusión de hojas inútilmente garabateadas o aún en blanco, me acordé de haber leído en alguna parte que Benito Pérez Galdós escribía un promedio diario de once cuartillas, para mí una hazaña inconcebible. Ese recuerdo me animó a tratar de combatir mi esterilidad escribiendo frases a vuelapluma. Llenaría no sólo once hojas, sino veinte o treinta si hacía falta, hasta que en algún momento de la noche se produjese el ansiado arranque de la inventiva. Fue en vano; ni siquiera se me ocurrían trivialidades. No quise, con todo, hundirme en la resignación, sino seguir el ejemplo de moscas y polillas, que a pesar de abrasarse las alas en la lámpara ardiente no cejaban en su frenético empeño de zambullirse en la luz. A fin de cuentas, me dije, no es posible que seas tan tonto como crees, pues nadie es tonto y lo sabe. El argumento se me antojó irrefutable y fundado en su verdad me declaré persona inteligente. Durante varios minutos me lo anduve bisbiseando con voz cambiada, para persuadirme de que era otro el que lo decía. La treta me produjo un efecto alentador. Al amparo de una naciente confianza en mis posibilidades, inferí que mi falta de ideas no guardaba relación con mi cociente intelectual, sino con el empleo de lo que, para entenderme, denominé «táctica escritural errónea». Enseguida me vinieron al recuerdo unas palabras que solía repetir el profesor de Filosofía, hombre quizá no sabio, pero leído; el cual, dando razón a Nietzsche, recomendaba a sus alumnos estudiar, meditar y escribir de pie. Seguro que la postura sedente ocasionaba mis dificultades. Sentado, la sangre y otros humores se acumulan en las nalgas, que de esta forma privan de combustible al cerebro y se convierten en el peor enemigo de la inspiración. Sí, mi problema era el culo, quién lo iba a decir. Así que me levanté y me puse a dar vueltas por la habitación, y anduve obra de doscientos pasos en redondo, entre el escritorio y el sofá, sin concebir ni una miaja de idea ni hacer cosa de más provecho que aumentar mi cansancio; maldije al profesor y me senté. Minutos después, una mirada casual al cartapacio de los borradores me inspiró el propósito de buscar entre ellos alguna antigua anotación que, debidamente retocada, sirviera para el manifiesto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Llevaba más de cuatro horas mortificándome por causa de una tarea que en realidad ya tenía hecha desde hacía mucho tiempo. De poco vale, me dije, la inteligencia sin astucia, la orquídea hermosa sin el peludo abejorro que ayuda a fecundarla. Y seguí hablando

conmigo: ¿ves?, ya hasta metáforas se te ocurren. Con el mejor de los ánimos y la certeza del trabajo resuelto, desplegué el cartapacio. La revisión duró apenas quince minutos; más tiempo no fue posible negar la cruda evidencia. Aquel fajo de papeles viejos no contenía sino ideas para relatos que jamás escribiría, así como esqueletos de poemas que ni disfrazados de prosa se asemejaban remotamente a un párrafo de manifiesto. Ni inteligencia sin astucia, ni astucia con escrúpulos: qué narices, agarré un breviario sobre surrealismo y lo abrí con la furiosa resolución de plagiar una docena de líneas. Que piensen ellos. Bastó un somero vistazo a las páginas del libro para encontrar mucho más de lo que necesitaba. Elegí finalmente un fragmento que me atrajo por su perfume filosófico y lo transcribí cambiando las comas de lugar y salpicándolo de borrones para que pareciese fruto de mi esfuerzo. Lo cual hecho, tuve la desacertada ocurrencia de figurarme que mi habitación era la del Pulcro Matallana al día siguiente y que sentados en el viejo sofá verde mis cuatro compañeros insistían en conocer mi contribución al manifiesto. Cometí entonces el error de leer en voz alta aquellos doce renglones demasiado elocuentes, armoniosos y profundos como para que nadie que me conociese bien me creyese digno de ellos. Al punto imaginé a Josu Ruiz solicitándome con retintín una puntualización al texto que yo jamás estaría en condiciones de ofrecerle, o al Pulcro citando de memoria el libro y la página donde se hallaba el trozo plagiado. No sé si más triste que colérico, rasgué el papel y luego todos los papeles que cubrían la mesa; tampoco el breviario sobre surrealismo se salvó de mi arrebato. Acababan de sonar las tres en el reloj de la sala y a pesar del agotamiento no sentía las menores ganas de dormir. Aún se me ocurrió un último recurso, último y desesperado, antes de resignarme a dar la noche por definitivamente perdida, y fue que de uno de los cajones del escritorio extraje una botella de güisqui, decidido a buscar inspiración en la embriaguez. El primer trago desató la náusea. Corrí entonces hacia la ventana con el tiempo justo de derramar una gorgozada de vómito a la calle. Cuando después de un largo rato pude por fin desasirme del antepecho, me llenó de satisfacción comprobar que la jaqueca había desaparecido como por obra de un milagro.

Poco antes de las cuatro de la madrugada se me agotaron los cigarrillos. Salí de la habitación porque supuse que el padre habría dejado los suyos como de costumbre en la cocina, encima de la lavadora. Pensaba cogerle uno o dos, fumarlos y hacer después un nuevo intento de dormir. En el pasillo reinaba una oscuridad de fondo de sima que me obligó a avanzar tanteando las paredes. Una fetidez bestial saturaba el aire, como si en algún rincón de la casa estuviera descomponiéndose un cadáver. De pronto, una ráfaga de ronquidos confirmó su presencia. El cadáver, sin duda vivo, dormía el lobo tumbado sobre las baldosas. No podía vérselo en las tinieblas profundas del pasillo y me acerqué a él con cuidado de no pisarlo. En esto hundí el pie en una especie de pasta resbaladiza. Temiendo se tratase de lo que parecía, me apresuré a encender la luz. El cuadro sórdido que entonces se presentó a mi vista me colmó no sé si más de asco que de rabia. Yacía el padre en el suelo como un feto

enorme, con la cabeza recostada en un charco cárdeno de vómito sobre el que flotaban algunos cigarrillos; tenía los pantalones empapados de orina y una expresión de serenidad angelical en el semblante que me irritó. Luego de limpiarme el pie restregándolo en su camisa, le voltee el cuerpo con una media coza que no le supo bien; rezongó entre sueños y después siguió durmiendo con su gesto que denotaba felicidad.

Lo desperté temprano para que tuviera tiempo de lavar el suelo del pasillo antes de marcharse. No me quise acercar, sino que lo llamé desde el cuarto a fin de ahorrarme la repelente visión de su cuerpo varado en la papilla. Al poco rato oí que baldeaba. Por la ventana del cuarto, abierta durante toda la noche, podía percibirse la primera claridad del alba. Abajo, la calle iba llenándose de estrépito. Rendido de cansancio, me acababa de tumbar en el sofá cuando un airecillo agrio delató la presencia del padre tras la rendija de la puerta. Sin darle tiempo de asomarse, hice con la lengua un chasquido de disgusto y le ordené que se duchara, marrano. Él se apresuró a responder, con docilidad y con esa habla corrida de los beodos, que en eso mismo estaba pensando, hijo. Su mansedumbre culpable me tentó, de suerte que antes que se fuera rasurado y limpio a trabajar le sonsaqué cien duros a cambio de mi silencio el domingo siguiente, cuando viniera la Petra.

Ya alto el sol, me despertaron los timbrazos del teléfono. Zas, el viejo ha sido atropellado por un camión. Me levanté de un brinco, pensando y acaso deseando una cosa nefanda de la que enseguida me arrepentí. Al cruzar el pasillo supe que iba descalzo; una balsa de agua con burbujas cubría el suelo. Al pronto me extrañó que el médico de urgencias empleara un tono abiertamente campechano para transmitirme la trágica noticia; pero, pasada la sorpresa inicial, advertí que no había ni tragedia ni médico, sino la voz y carraspeos matutinos de Genaro Zaldúa al otro lado de la línea telefónica. Posada sobre el anaquel, una mosca se frotaba los artejos. La estaba observando fijamente cuando Genaro me contó que no hacía ni cinco minutos que había terminado su parte del manifiesto.

—Me ha quedado de rechupete —se jactó.

De una zarpada atrapé la mosca. El problema era que sus dos párrafos sobrepasaban en ocho renglones el medio folio convenido. A fin de prolongar el grato cosquilleo dentro del puño, yo abría entre las yemas y la palma pequeños resquicios que cerraba tan pronto como sentía que la mosca trataba de fugarse. Me propuso entonces un recorte en las dimensiones de mi escrito, de forma que el suyo cupiese completo en la revista. Zumbaba el bicho prisionero y Genaro apeló a nuestra amistad. Preferí ese modo hipócrita de imposición a cualquier otro y no vacilé ni un segundo en condescender a lo que me solicitaba. En medio de todo, me dije, puedes consolarte pensando que tu cobardía reduce a la mitad la engorrosísima tarea que te ha tenido en vela hasta la madrugada. Pero no me consolé mucho ni poco; antes al contrario, comenzó a tomarme una rabia creciente, creciente, que fue un tizón en el estómago no bien me sorprendí dándole a Genaro Zaldúa mi palabra de apoyar por la

tarde el título de manifiesto que para entonces se le hubiera ocurrido. Me despidió después, cordial y bromista; lo despedí y colgué. Al momento, apretando el puño con todas mis fuerzas, estrujé la mosca.

Cerca del mediodía me despertó otra llamada telefónica. Al aparato similares peticiones a las de Genaro Zaldúa, transmitidas en tono lagotero por Izaskun Ayestarán. Me leyó ella después sus apartados, elogí aunque apenas los comprendí. Tampoco tuve valor de negarle mi promesa de voto a su título, *Manifiesto de la leche condensada*, que calificué, sin pararme mucho a pensar en ello, sino más bien todo lo contrario, de inteligente y bonito. Izaskun me dio las gracias a su manera.

—Flaco, escucha qué beso tan grande te mando por el teléfo... —no esperé a que terminara la frase, pues habiendo comprendido de sobra su intención, rápidamente me puse el auricular pegado a la bragueta y allí me dejé besar.

Se me ocurrió mi párrafo o, por mejor decir, mi paragrafito para el manifiesto en menos de medio minuto, a las dos de la tarde, mientras abría un bote de alubias en conserva.

En un periódico viejo, arrojado sobre las bolsas de basura que se hacinaban cerca de su portal, reconoció la fotografía de Blas de Otero, fallecido una semana antes en Madrid. Arrancó la noticia y con un nudo en la garganta se fue a la acera de enfrente a entristecerse bajo el resplandor de una farola. Contaba que en su vida se había sentido tan solo, tan hecho polvo. Era la primera vez que yo veía emocionarse a un miembro de La Placa. Me impresionó la apenada y grave veneración que el poeta muerto le inspiraba. Nunca hasta entonces se me había ocurrido a mí pensar que un escritor pudiera ser más que un hombre admirable por sus logros y en vano, mientras escuchaba el relato dolorido de mi compañero, traté de recordar entre mis poetas preferidos uno tan sólo por quien yo profesara un sentimiento próximo al amor. No fui, pues, el único que había pasado la noche sin acostarse, aunque por razones harto distintas de las de él y con resultado asimismo muy dispar. De anochecida se metió en una taberna de su barrio, donde, sentado a la mesa de un rincón, estuvo escribiendo febrilmente en servilletas de papel hasta que, vencido por la ebriedad, se quedó traspuesto con la cabeza sobre los brazos. No por mucho tiempo, pues enseguida lo despertaron con el achaque de que era la hora de cerrar. Lo sorprendió el alba solo, borracho y triste, dando vuelta tras vuelta en torno a la plaza de Cataluña.

Josu Ruiz nos lo contaba en la habitación del Pulcro Matallana a éste y a mí mientras aguardábamos la llegada de los demás. A cada rato el adolescente me dirigía un guiño malicioso, muequeaba o ponía los ojos en blanco, burlándose a escondidas del duelo de su amigo. El cual fumaba su puro horro de costumbre tumbado sobre la cama de la Yoli, la mirada laxa, ojerosa, y el cenicero de cristal encima del pecho. Calzaba unos mocasines lustrosos de color negro, grabado en cuyas suelas yo podía ver, desde el atadizo de revistas que me servía de asiento junto a la mesa, el número 39. A todo esto entró en el cuarto la menor de los Matallana, una chicuela menuda, nerviosa, de trece o a lo más catorce años, a quien su madre enviaba a preguntar si queríamos el café ahora o cuando hubiesen llegado los que faltaban. No esperó la respuesta, sino que viendo de repente que un amigote de su hermano se hallaba tendido con zapatos sobre su cama, rompió a llorar y profiriendo gritos corrió hacia la cocina en busca de justicia. Estaba pasando Josu Ruiz de una cama a otra cuando vino la buena mujer, menos a que le presentasen disculpas que a darlas ella por el comportamiento de la niña y las molestias que ésta nos habría probablemente ocasionado. Y añadió:

—Ya le he sacudido un cachete, para que aprenda a respetar.

Dicho lo cual, salió del cuarto y al poco rato regresó la Yoli, hiposa y con los ojos bañados en lágrimas. Visiblemente despechada, recompuso y alisó la colcha, y mientras esto hacía, comenzó el Pulcro a burlarse de ella. Le preguntó con mucha coña si ya le había venido la primera regla, aconsejándole, en caso afirmativo, que la conservase en un frasco, porque había oído decir que algunos laboratorios de

cosméticos pagaban muy bien la sangre de virgen. No era lerda la muchacha.

—Si crees —replicó— que con ese truco vas a conseguir que me largue, estás listo.

Pero su madre la llamó desde la cocina y tuvo que marcharse. Apenas se hubo ido, lo vi, juraría que lo vi. Lo mismo que la tarde de la reunión en la cafetería Goya, apareció suspendido sobre la cabeza de Josu Ruiz el nimbo azulado, una especie de rosquilla fosforescente que duraba lo que un parpadeo, quizá ni eso.

—¿Por qué me miras así? —dijo, y sin esperar contestación se dio a contarnos cómo había conocido a Blas de Otero.

Cosa de tres años antes, cuando aún residía en Bilbao, supo por mediación de un amigo librero, de nombre Merino, que se iban a celebrar en el salón de un conocido hotel de la ciudad unas conversaciones poéticas y que entre los participantes de las mismas figuraba su ídolo, Blas de Otero. Desde la separación de sus padres, Josu Ruiz compartía piso con su único hermano, algo mayor que él, el cual, según me enteré en otra ocasión, habría de morir tiempo después a consecuencia de una sobredosis de heroína. Por entonces Josu Ruiz profesaba con ardor de neófito lo que denominaba «sacerdocio de la poesía». La idea de oír y contemplar de cerca al célebre poeta, de quien se confesaba admirador ferviente (a este punto le acometieron al Pulcro unos empujoncillos de risa), le subyugó. Confiado en la promesa de Merino, que se había comprometido a conseguir entradas para ambos, se apostó de atardecida junto a la puerta del hotel, en cuyas inmediaciones aguardaba ya un nutrido concurso de gabardinas y paraguas. Por más que habría tenido tiempo de sobra para desandar el corto camino hasta su casa y allí abrigarse como lo exigían las inclemencias meteorológicas, prefirió la mojadura al riesgo de perderse la llegada de algún rostro famoso. Pasaban los minutos y en esto fue anunciada la apertura del salón. El tal Merino seguía sin aparecer.

—En mi vida —dijo Josu Ruiz— he estado más cerca de matar a un hombre.

La procesión de asistentes enfiló sin demora hacia la puerta del hotel, en cuyo umbral un conserje malcarado, con una ceja ininterrumpida de sien a sien, comprobaba la autenticidad de las invitaciones. A su espalda un señor de traje y corbata inspeccionaba el trabajo del adusto cancerbero y a una seña suya éste vedó el paso a un joven de largas melenas y calzado deportivo. En un instante la acera se despobló y allá quedó Josu Ruiz royendo a solas su decepción bajo la lluvia, hasta que faltando uno o dos minutos para el comienzo del acto, apareció Merino por el fondo de la calle.

—Me dio mala espina la cara que el cabrón me venía poniendo.

No se equivocaba. Merino traía una sola invitación, la suya propia. Por lo visto un colega del gremio se le había adelantado. Lo sentía, qué se le iba a hacer y tal y cual, pero que no se preocupase, porque enseguida pensaba hablar con alguno de los organizadores, y si no salían a buscarlo antes de cinco minutos aún quedaba el recurso de acreditarse en la puerta como periodista o podía intentar colarse por la

entrada principal del hotel, adiós, nos vemos mañana en la librería. De nuevo solo, le acometió a Josu Ruiz un grandísimo coraje; apretó los dientes, estiró el cuello, y agarrando con fuerza el cartapacio que a buen seguro le daba un aire de hombre letrado, se encaminó derechamente hacia el conserje. Pidió disculpas por la tardanza y entró sin detenerse ni que lo detuvieran.

—Nada más terminar el acto —siguió contando— lo abordé. Él descendía con ayuda de una señora los escalones de acceso al estrado. Todavía sonaban aplausos cuando estreché la mano que escribió *Ángel fieramente humano*. Os juro que fue como recibir a dios a pie de avión. Hubo flases y al otro día reconocí un fragmento de mi cogote en el periódico. Otero, viejito y esmirriado el buen hombre, me miraba con ojos de roedor, supongo que esperando le declarase de parte de qué organismo institucional me interponía de aquel modo brusco en su camino. Había más gente deseosa de hablarle, gente que me empujaba y que decía el nombre del poeta por encima de mi hombro, conque me apresuré a sacar del cartapacio un soneto aún crujiente, escrito ese mismo día al fuego de una lectura apasionada de los suyos con la esperanza de entregárselo, que lo leyera cómodamente en su casa y me mandara su opinión a las señas que figuraban en el borde de la hoja. Ahora no, me dijo cordialmente, y acto seguido indicó a la mujer que lo acompañaba que me diese una tarjeta donde constaba su dirección de Madrid. Una hora después eché la carta en un buzón y al cabo de unas semanas Blas de Otero me contestó aconsejándome paciencia y que leyese a los clásicos. Al final me mandaba un fuerte abrazo. Nunca sabré dónde cojones puse la carta, no la he encontrado por ninguna parte. Me huelo que mi hermano me la chingó y se la regaló a alguno a cambio de un chute.

Tumbado en el lecho del Pulcro, comenzó después a declamar poemas de Blas de Otero. Los decía sin entonación, sin gracia, con un apagamiento mecánico que revelaba su mucha familiaridad con las obras de su ídolo, pese a lo cual una y otra vez se trascordaba. Perdido el hilo de la recitación, su voz se desdibujaba momentáneamente hasta convertirse en una monodia incomprensible de murmullos; saltaba luego a otra estrofa o bien cambiaba de poema. Desde mi asiento yo lo escuchaba fascinado, no tanto por lo que decía como por el hecho de que él lo dijese. El Pulcro, entretanto, había resuelto ponerse de luto en honor del poeta fallecido y alegremente andaba ataviándose de negro ante el espejo del armario. Al sacarse los pantalones mostró unas nalgas tan flacas que me pareció sería una misma cosa pellizcarlas y cogerlas. No tomó a mal Josu Ruiz la irreverencia del adolescente. Sin hacerle el menor caso, siguió con su recitación, y estando en ello llegaron Izaskun y Genaro.

Dos sillas había en la habitación y una butaca vieja, con el cuero cuarteado, donde solía repantigarse Genaro Zaldúa. La costumbre había asignado a cada cual su sitio en derredor de la mesa y lo mismo puede afirmarse de los asientos, que rara vez variaban de ocupante. Yo nunca me habría atrevido a sentarme sino sobre el peor, y el peor era una paca de revistas junto al cesto de tahona donde el Pulcro guardaba los libros que no cabían en una pequeña estantería de tres anaqueles. Un nudo de la cuerda con que estaban atadas las revistas constituía mi cilicio. Tan pronto como se presentaba la ocasión tomaba secretamente algún ejemplar de los del cesto, y poniéndomelo de cojín, libraba a mis posaderas de la picadura del nudo. El asiento era tan bajo que el canto de la mesa me quedaba delante de la boca. Sin necesidad de agacharme podía verle a más de uno las narices por dentro y a Izaskun Ayestarán, sentada enfrente, cuando vestía faldas una franjita de braga por debajo de la mesa. Del balcón, al que se accedía desde el cuarto, solía entrar el Pulcro su asiento, un taburete despintado de madera, comido de polillas y con un agujero en el centro de la plataforma para facilitar su transporte. Como renqueaba le había puesto de nombre el Josu. Acostumbraba calzarlo con una biografía resumida de Francisco Franco Bahamonde, al parecer propiedad de su padre. El Pulcro, que gozaba con la burla y disponía de un amplio repertorio de chistes al respecto, se cuidaba muy mucho de nombrar al Josu en presencia de su homónimo. Lo cierto es que a él más que a ningún otro habría de acarrear disgustos el asiento de marras. Disgustos que meses después culminarían en un incidente sobremanera asqueroso. Lo voy a contar ahora.

Tenía Genaro Zaldúa la traviesa afición de hundir un dedo de abajo arriba en el orificio del taburete tan pronto como advertía que el Pulcro se hallaba descuidado. Este, al sentir el pinchazo, daba un respingo y protestaba. Con todo, no le servía de nada quejarse ni vigilar las manos que tan a menudo le aguijaban, en parte porque tarde o temprano, en el transcurso de las reuniones, surgía una nueva ocasión de hacerle la diablura, en parte porque a veces, por el otro flanco, Izaskun Ayestarán le clavaba también el dedo. A fin de protegerse discurrió el Pulcro taponar el agujero mediante algún libro de los del cesto. Lograba de esta forma librarse de la molestia; pero a menudo olvidaba tomar la precaución o simplemente, cuando se ausentaba del cuarto para ir al servicio o porque su familia hubiese requerido su presencia en la cocina, le quitaban el libro y a su vuelta ya había alguno preparado para poner por obra la mala idea. Por fin un día, hacia el otoño de aquel año, maquinó el Pulcro una estratagema digna de su infinita malicia para escarmentar a quienes tanto le hurgaban, y fue que colocó una pella fresca de sus excrementos sobre lo pegadizo de un trozo de esparadrapo, con el cual tapó después el agujero del Josu. Comenzada la reunión, le faltó tiempo para hacerse el distraído; en esto, sintió el dedo que oprimía la inmundicia y de inmediato escuchó a su espalda un bramido de asco y la voz, quién lo dijera, de Josu Ruiz, que exclamaba:

—¡Mierda, pero si es mierda!

El Pulcro no se inmutó; pero en su cara podía advertirse un rictus ostensivo de satisfacción. Conocida la sucia treta, prorrumpimos todos en sonoras carcajadas, todos menos Josu Ruiz, que visiblemente enojado limpió la yema mancillada en la nuca del chaval. El Pulcro se encorajinó y hubo un amago de pelea entre ambos que zanjó Izaskun Ayestarán interponiéndose conciliadora. Se enzarzaron a continuación Genaro Zaldúa y Josu Ruiz en una disputa acalorada, pues suponía éste que su compañero andaba conchabado con el Pulcro. Si no, decía, ¿cómo explicarse el empeño de Genaro, mientras venían los dos juntos por la calle, para persuadirle de que esta vez fuera él (que nunca hasta entonces había participado en aquellas diversiones) quien introdujese el dedo en el orificio? Genaro juraba a gritos no haber estado en ningún momento al cabo de la marranada, y por justificar la proposición que le había hecho por la calle, decía y repetía exaltadamente que como él e Izaskun eran siempre los autores de la broma, el Pulcro ya estaba sobre aviso y los vigilaba, y que para sorprenderlo, ¿me oyes?, imbécil de la hostia, para sorprenderlo se le había ocurrido que esa tarde fuese otro quien hincara el dedo y que lo mismo podía habérmelo pedido a mí, a ver si se enteraba de una puta vez.

La discusión terminó en enfado general luego que Izaskun, sospechando no les faltase fundamento a las suposiciones de Josu Ruiz, interviniera en defensa de éste; hubo gritos, insultos, palabras gruesas y, en fin, un bochinche de aupa que hizo venir corriendo a la habitación al padre y a la madre del Pulcro Matallana. Tres días estuvimos sin vernos por esta causa. Pasado ese tiempo, acordamos con el fin de celebrar la reconciliación reunirnos en el mismo escenario del alboroto, y estando todos sentados a la mesa, volvió de repente el Pulcro a dar uno de aquellos respingos como cuando le pinchaban con el dedo en el trasero, sólo que esta vez no fue un dedo lo que le pinchó sino que Genaro Zaldúa había optado precavidamente por introducir la punta de un bolígrafo en el agujero.

Recién comenzada la reunión, una voz nos anuncia desde la cocina que el café ya está preparado. El Pulcro pide a gritos que lo traiga la Yoli. No hay respuesta.

—Te toca —me dice entonces Josu Ruiz y voy.

En el vestíbulo, que está en penumbra, se levanta de las baldosas un olor picante a lejía. De pronto escucho un hipido a mi costado y enseguida otro. Acurrucada dentro de un espacio hueco que dejan entre sí la cómoda y un resalte del tabique, veo sollozar a la menor de los Matallana. Sé por el Pulcro que la chicuela suele retirarse a ese escondite para llorar y que por eso todos en la casa lo llaman el «lloradero» de la Yoli. No bien se percata de que la miro, se apresura a ocultar las lágrimas con las manos. Tiene las rodillas cubiertas de costras y en el extremo deshilachado de una de sus chinelas un agujerito por donde asoma una uña del pie. Flota un no sé qué en el aire de ese hogar que siempre habrá de producirme lasitud y somnolencia. A pocos pasos de la cocina, salen a mi encuentro las lamentaciones de doña Mercedes, la madre del Pulcro, que entre suspiro y suspiro pregunta a dios qué mal ha cometido ella para merecer unos hijos tan difíciles.

La señora Mercedes es una mujer delgada y ojerosa, con una dulce expresión de rostro que acaso sea el último vestigio de una belleza consumida. Sentada en una silla minúscula de enea, lustra calzado con aire de sufrimiento. A mi llegada le da un estironcito pudoroso a la falda y me obsequia con una sonrisa marchita, más bien un recular del labio superior por la parte de la boca donde reluce una muela de oro. En sus manos rosadas hay una especie de flojedad elegante que no se compadece en absoluto con las tiznaduras de betún. A sus pies se amontona una muchedumbre de zapatos: grandes, pequeños, de varón, de mujer, todos revueltos en espera de que la mujer los acaricie y brillante.

Traspuesta en un rincón, la abuela no advierte mi llegada. El calor excesivo que reina en la cocina no parece afectarle. Una manta gruesa de cuadros envuelve sus piernas. No mucho más fina es su bata de nailon, sobre la que se extiende, a la altura de los hombros, una toquilla azul de lana con flecos. Toda una losa de ropa que se completa con un pañuelo arrollado al cuello. De su mano violácea, caída a un costado del sillón, pende un rosario de cuentas nacaradas en cuyo extremo, cerca de rozar las baldosas, oscila levemente un diminuto crucifijo de plata. Tiene la vieja octogenaria el cabello lacio y gris, recogido en moño; la cara rayada de surcos y la boca sumida, con labios arqueados que de continuo se adelantan y contraen. Quizá rece, quizá rumie un pedazo de comida que le cuesta deglutir. A cada rato la anciana o entreabre un ojo, o cabecea, o emite un ronquido suelto que parece salir de una flauta cascada, o sopla.

Mientras me refiere las penalidades que le causa su prole, doña Mercedes vierte despaciosamente café en las tazas, empezando por el tazón de su favorito, Genaro Zaldúa, y deposita como de costumbre una rodaja de bizcocho en los platillos

repartidos sobre la bandeja. Se encarama después a la sillita de enea a fin de alcanzar el azucarero que guarda en una balda alta de la alacena. Sé por su hijo que lo guarda allá arriba para impedir que la abuela se atiborre de azúcar a escondidas. En esto se le cae una caja y media centenada de mondadientes se esparce por el suelo. Le ayudo a recogerlos, y estando los dos agachados, me dice en tono dolorido:

—Macario, majo, tú que pareces tan formal, ¿no podrías hacer alguna cosa para que mi Jaimito cambie? Yo estoy desesperada, yo no duermo ni como. Nos va a matar a disgustos.

En lo alto de la pared el reloj tictaquea con soñolienta monotonía. Va y viene dentro de la jaula el canario blanco. Adheridos a los azulejos, por encima de la mesa, hay tres letreros de papel y en cada uno de ellos una palabra: *DESPILFARRO*. *INYECCIÓN*. *EFERVESCENTE*. El Pulcro corrige de ese modo los yerros lingüísticos de la familia. Al principio colocaba los letreros en cualquier lugar de la casa, preferentemente en las paredes del cuarto de baño, donde era inevitable que todos los vieran. Ello provocaba frecuentes rencillas, más que nada porque las tres hermanas, como no sabían sufrir las correcciones del Perrito, arrancaban los letreros o los llenaban de pintarrajos y alusiones. El Pulcro se desquitaba escribiendo en los bolsos, en las fotografías de la pared y en otras pertenencias de ellas las palabras y giros gramaticales que pretendía enseñarles a emplear correctamente. Las constantes discordias obligaron a don Raúl a tomar cartas en el asunto. El buen hombre, que tenía un genio tajante, por poner término de una vez para siempre a la porfía prohibió, reprendió, impuso castigos, abofeteó; pero fue en vano, pues con su cólera indiscriminada no conseguía sino malquistar cada vez más a las hijas con el hijo y viceversa, por lo que al fin hubo de allanarse a concederle al Pulcro un metro cuadrado de pared en la cocina para que éste pudiera proseguir sin impedimentos con su empeño de mejorar el idioma de los de la casa, dándole garantías de que nadie tocaría los letreros siempre y cuando no los pegase fuera del lugar convenido ni los tuviera allí fijados más de un mes.

La señora Mercedes me pide disculpas con mucho sentimiento cuando le revelo que en realidad mi verdadero nombre no es Macario. Le hiede la boca malamente.

—No hay forma de que salga a la calle —dice—, y como piensa mi vecina, eso es malísimo para la salud, pues como son jóvenes y no se les ha formado aún el cuerpo, si no les pega el sol todos los días se quedan raquíuticos, hay que ponerles indiciones para que no paren de crecer, porque los huesos se ablandan igual que el pan que nos venden en la tienda de abajo, que a media tarde ya está matigocho.

Le preocupa sobremanera que a su Jaimito, desde que no sale de casa, estando la familia ausente le da por mortificar a la abuela y le hace tan crueles diabluras por enloquecerla y asustarla que la pobre anciana anda diciendo a todas horas que se quiere morir y que se pasa el día rezando para que dios se la lleve.

—Pues cuando vuelvo de la plaza cargada como una burra, que hasta tengo que dejar alguna bolsa en el portal y hacer dos viajes, porque no te pienses que mi niño mueve un dedo para ayudar a su madre, qué más quisiera yo, y entro en la cocina y

¿qué te crees que me encontré el sábado pasado?, a mi suegra con la boca amordazada, ya casi sin aire la pobre, y toda la cara llena de crucecitas negras que le había pintado el muy bandido con un chisme. Yo no me explico cómo ha podido salir así, tan pecador y tan sinvergüenza que no parece ni de la familia, y contra más le riñes menos le aprovecha, que yo hasta lloro a ver si se conmueve y le pido que se reforme, pero es como si le hablarías a un muro de hormigón. El otro día, fíjate, salí con las niñas a comprar algún trapito en las rebajas y yo tenía idea de que Raúl iba a venir pronto a casa y la abuela no se quedaría mucho tiempo a solas con el desalmado. Pues el Raúl que se entretendió en la oficina y entonces coge Jaimito y le forzó a su abuela a beber medio litro de clarete, a ella que menuda ha sido, agua del grifo y para de contar. Encima, como sufre de mareos el alcohol la dejó postrada, que a la noche le subió la fiebre a cuarenta y ya pensábamos todos que no llegaba con vida a la mañana.

A tiempo de poner la bandeja en mis manos, me susurra al oído que dios haría una gran caridad a su suegra, y de paso a toda la familia, llevándosela cuanto antes de este mundo. No quiero contrariarla y hago un gesto afirmativo, que ella agradece con una de sus sonrisas ladeadas por la que asoma la muela de oro. Resuena a este punto un chillido de Izaskun y a continuación gritería y jolgorio de mis compañeros. Le insinúo a doña Mercedes que tengo que regresar al cuarto. Apenas doy un paso en dirección a la puerta, ella me retiene cogiéndome de un brazo y me suplica de nuevo que convenza a su Jaimito para que salga de casa y haga la vida normal de cualquier chico de su edad. Se lo prometo rotundamente, a fin de que me suelte.

—Dios premiará tu bondad —dice al borde de las lágrimas, y cuando ya he salido al vestíbulo añade—: y que vuelva al colegio. Y que no fume y nos respete, Macario, por favor. Ese barrabás nos está amargando la vida. Dios mío, cualquier día de éstos se nos mete en la ETA.

De regreso a la habitación hallé a mis compañeros muy alegres y aceitados por causa de un singular combate que acababan de sostener; el cual había sido con unas velas largas de casi medio metro, compradas esa misma tarde por Josu Ruiz con el propósito, según dijo, de proporcionar la debida solemnidad al minuto de silencio en memoria de Blas de Otero que pensaba proponernos. Tenía también previsto redactar un informe para la prensa, a fin de dar publicidad al acto y que el nombre de La Placa figurase entre los de otros grupos e instituciones que por aquellos días homenajeban al insigne poeta fallecido. La idea fue acogida con unánime alborozo por sus compañeros, alguno de los cuales hablaba de prolongar el minuto de silencio a media hora o más. Desempaquetadas las velas, cada cual se sirvió una y la encendió. Resolvieron, con todo, no empezar el homenaje hasta que yo hubiese vuelto de la cocina con los cafés, porque la gravedad e importancia de la ceremonia exigía que La Placa participase en ella al completo; lo cual, dicho sea de paso, cuando me lo contaron me sonó a música celeste, por cuanto entendí que todos ellos me guardaban una consideración mayor de la que yo en mi fuero interno suponía. Mientras

aguardaban mi llegada, armados de cera y fuego, dieron en atacarse unos a otros con las velas, de suerte que cada uno se afanaba por ganar victoria apagando la llama de los demás. Pero sucedía que algunos soplaban más que acuchillaban y en medio de un tumulto de protestas fue interrumpida la pelea para acordar unas normas que mínimamente la ajustasen a la ley tradicional de esgrima. Por lo pronto decidieron prohibir los ataques aéreos, declarados deshonorosos, y asimismo prohibieron que ninguno de los contendientes se levantara del asiento mientras durase la batalla. Reanudada la cual, ya en el primer envite se le apagó al Pulcro su vela, lo que dejó a Josu Ruiz victorioso y, de momento, libre de adversarios. Enardecido por aquel triunfo fácil, giró sobre su silla en busca de más pelea. A su costado, hundido en la vieja butaca de cuero, Genaro Zaldúa se defendía con grandísimo apuro de las acometidas de Izaskun Ayestarán, que aparte combatirle con denuedo se esforzaba por debilitarlo diciéndole muchos improperios jocosos y palabrotas que lo moviesen a risa. Discurrió entonces Josu Ruiz atacar a traición a su compañero aprovechando que éste se hallaba de espaldas, y con ese fin adelantó la punta de su vela por sobre el hombro de él. El alevoso ardid acarreó, con todo, su perdición. Un súbito calorcillo en la oreja había advertido a Genaro del peligro que por detrás le venía; volviéndose con presteza, de un ágil velazo consiguió desmocharle el arma a Josu Ruiz. La valerosa reacción, que había servido para dejar fuera de combate a un enemigo temible, puso a Genaro a merced de otro peor. Pues comoquiera que por repeler el ataque de Josu Ruiz hubiese desamparado un momento el flanco por donde Izaskun le combatía, ésta se apresuró a hincarle en las barbas la llama de su vela, de forma que se las chamuscó muy malamente. Al punto Genaro se revolvió como un tiburón lancinado y a ciegas asestó un mandoble brutal a la vela que le quemaba. El violento encuentro de las dos armas apagó y partió por la mitad la de Genaro, mientras que la de su rival conservó milagrosamente el fuego. De ambas saltó por el aire una lluvia de cera líquida, y quiso la fortuna que una de las varias gotas ardientes que rociaron a Izaskun, fuese a parar dentro de su escote. La escaldadura le arrancó un grito pavoroso, para jolgorio de todos los circunstantes, que la proclamaron vencedora de la lid: un triunfo costoso a la vista del estado lamentable en que quedó su blusa. Tantas veces habría de oírles en el futuro relatar pormenores de la insólita contienda que acabé por figurarme que yo también había participado en ella y asistido a la temprana caída del Pulcro Matallana, al infortunio que le sobrevino a Josu Ruiz por confiarse en demasía, a la estocada que socarró las barbas de Genaro, así como a su noble derrota frente a Izaskun y, en fin, al desenlace donoso que tuvo la pelea. Semanas después yo mismo me aventuraría alguna que otra vez a intervenir en la remembranza de aquellos lances vélicos, como si los hubiera vivido personalmente y en el fondo no pasaran de parecerme una simple chiquillada.

Ardían sobre el centro de la mesa las cinco velas, o por mejor decir cuatro y lo que había quedado de la de Genaro Zaldúa al término de la batalla, cuando Josu Ruiz se puso de pie y comenzó el discurso que sus compañeros le habían pedido con tanta insistencia.

—Contemplad —dijo— la llama fervorosa de estos cirios erguidos sobre un altar improvisado cuya pobreza, sencillez y manchas conmoverían hasta el llanto al difunto que hoy es objeto de nuestro homenaje. La vida es fuego porque la muerte existe. No sangre, sí lava por nuestras venas fluye. La carne ¿por qué es roja? Yo os lo diré: porque es materia incandescente, porque vivir se ha puesto al rojo vivo. Y nuestra conciencia es un nido de desasosiego.

—Y dos y dos igual a tres —se inmiscuyó el Pulcro con ostensible socarronería. Le mandaron callar y Josu Ruiz prosiguió sin inmutarse en el mismo tono enfático y parsimonioso que hasta entonces.

—La hora actual se llama aflicción. Señores, lamento comunicarles lo que no ignoran: ha muerto un poeta. Le pegaban todos sin que él les haga nada. E incluso a don Genaro Zaldúa, repantigado a mi diestra, tan amigo de versos como yo de que me arranquen un ojo, se le nota que no sabe, que no puede, que no logra ocultar su inmenso dolor y abatimiento mientras zampa como un cherri el cacho de bizcocho que le han servido.

La alusión desencadena una tempestad de carcajadas. Tiene su justificación: durante la arenga, Genaro Zaldúa no ha dejado un segundo de comer y ronzar. También a él le sobreviene un pujo de risa; pero con la boca atiborrada no tiene forma de desembucharlo. El momento es crítico. Gruesas gotas de sudor bañan su rostro crispado, lívido, y descienden templas abajo hasta la barba corrida, chamuscada y nevada abundantemente de migas. La hinchazón de las mejillas señala la pugna feroz que están librando dentro de su boca la risa y el bizcocho, aquélla por salir, éste por meterse. El espectáculo es de una repugnancia obscena. Genaro se levanta de pronto con gran apuro y comienza a toser; una violenta salida de pasta por las narices termina de sofocarlo. Lo que sigue a continuación no tiene nombre. Una erupción indescriptible se expande sobre la mesa y cada cual se pone a salvo como puede. La metralla alcanza de lleno a las velas y al Pulcro, que por cubrir la máquina de escribir con la funda no tiene tiempo de resguardarse. Enfrente de mí, Izaskun Ayestarán llora y ríe y entre convulsiones y carcajadas suplica el cese del jolgorio porque si no se mea. Pero el Pulcro no tiene conmiseración; haciendo jeribeques y monadas, jineteando a lomos del Josu y llenándose la boca de aire con el objeto de remedar la tragonería de Genaro, suscita nueva hilaridad en el corro. El único que permanece serio es Josu Ruiz. Con todo, una media sonrisa delata sus esfuerzos por contenerse. Mientras fuma y muerde el puro, mira a unos y otros con aire flemático, como tratando de averiguar las razones de tan desafortunado alborozo, hasta que un repentino

estornudo de Genaro acaba con su serenidad y le provoca el cómico tembleque en que suele consistir su risa.

No poco rato hubo de transcurrir antes que estuviéramos en condiciones de guardar el minuto de silencio. Una y otra vez fracasaban sin embargo las tentativas, siempre por idéntico motivo: a los pocos segundos a éste o al otro se le escapaba la carcajada. Josu Ruiz dirigía la ceremonia. Atento a las manecillas de su reloj, señalaba el momento en que debíamos callar bajando de golpe el brazo, como si ordenara la salida de una carrera. Bastaba entonces un ruidillo, la malicia de un visaje furtivo o el simple encuentro de dos miradas para que nuevamente se desatase la gran juega. Advirtiéndolo Izaskun Ayestarán que Josu Ruiz comenzaba a ponerse serio, le dirigió una seña a fin de pedirle que no se enfadase, y acto seguido propuso a todos:

—Chicos, ¿por qué no lo intentamos con los ojos cerrados? Seguro que si no nos vemos las caras aguantaremos un minuto y más sin reírnos.

El Pulcro saltó con una de las suyas:

—¡Ostras, un minuto de silencio y ceguera! No se quejará tu poeta, ¿eh, Josu? Claro que si el homenajeado fuera Dostoyevski, yo exigiría de vosotros la castración.

—¡Serás bruto! —exclamó Izaskun sin poder reprimir la sonrisa, al tiempo que propinaba un suave cachete al lenguaraz.

—Se entiende —añadió éste— que pasado el minuto nos coseríamos los huevos con aguja e hilo.

Había entre los concurrentes más ganas de risas que de homenajes y se entabló entre ellos una disputa jocunda acerca de si sería mejor o peor método de autorrestituirse las referidas glándulas la solución propuesta por el Pulcro, o bien pegarlas con cola o sujetarlas con tachuelas, posibilidad ésta a la que después de una serie de consideraciones que no vienen al caso nos adherimos Josu Ruiz y yo para satisfacción de Genaro Zaldúa, de quien había partido la idea. Dirimida la cuestión a su favor y ya curado de su reciente catarro bizcochil, se puso de pie y con ojos espeluznantes tomó la palabra para exigirnos juramento individual de que no otro había de ser el remedio usado entre nosotros cada vez que La Placa honrase la memoria de algún escritor con la intensidad, fervor y valentía requeridos por la grandeza de tal persona, así como por el amor exacerbado que profesaríamos en todo instante a los poquísimos genios que, como los cinco allí presentes, se habían dignado hollar con sus plantas los míseros lodos de este analfabeto mundo, obra de un dios chapucero. Genaro, cuya exaltación no había cesado de crecer a medida que improvisaba su discurso, explotó al abordar la última frase, que pronunció a gritos en medio de un descomunal ataque de furia retórica mientras aleteaba vehementemente con las manos, como si arrease sopapos a sus palabras según iba expeliéndolas por la boca. Enjugó después con una manga de su camisa el sudor copioso que humedecía su frente, y apenas se hubo sentado, nos levantamos los demás y premiamos con una ovación de locos de remate su alocución desenfrenada.

De uno en uno iniciamos a continuación la ronda de juramentos que con tanto

ímpetu se nos había solicitado. Agudezas y gansadas con que cada cual adornó su intervención fueron aplaudidas a rabiar. La timidez me atenazaba cuando llegó mi turno, consciente de que yo nunca podría competir con la pericia verbal de mis compañeros. ¿Qué hacer, qué decir? Me levanté raudo y resuelto como buen cobarde, las manos a la espalda para ocultar su temblor, y farfullé un puñado de palabras sin brillo ni chispa. A fin de contrarrestar mi sosez, se me ocurrió, por si topaba, contar hasta cincuenta; pero no había llegado a siete cuando Josu Ruiz me interrumpió, y propinándome una palmada afectuosa en la espalda, declaró que yo era el Demóstenes de La Placa. Acto seguido fui literalmente lapidado a elogios, que aumentaron mi rubor, pues no se me ocultaba la segunda intención con que me los arrojaban. Izaskun Ayestarán alabó mi serenidad, mi saber estar y el timbre varonil de mi voz, que no vaciló en calificar de erótico. Aún más hirientes fueron algunos ditirambos del Pulcro, que fingí no oír mirando hacia otra parte. A todos puse buena cara, consolándome con el pensamiento de que peor se trataban a veces entre ellos, y aun me di por satisfecho de que no se me hubiera vapuleado más. No sabía que Genaro Zaldúa me tenía reservada la puntilla.

—A mí —dijo— me ha gustado más la forma del discurso que el contenido, y en particular la manera magistral que tiene este orador de hacerse el soso.

La puntada fue tan dolorosa que las risas y comentarios irónicos que suscitó en rededor me dejaron por completo indiferente. No menos que el propósito protervo de aquellas palabras, me hirió el tono despectivo, la altanería, con que fueron dichas. Al punto me tomó una rabia lacerante, como no había vuelto a sentirla desde los lejanos tiempos de infancia. Creo que a mis compañeros no les pasó inadvertido mi disgusto, pues enseguida me dejaron en paz y en el resto de la tarde ninguno volvió a meterse conmigo. Durante largo rato guardé silencio mientras evocaba con dientes apretados y sangre encendida la época en que solía tirar a Pichablanda al río. Estuve así royendo mi rencor hasta que, llegado el momento de compilar las respectivas contribuciones al manifiesto, Genaro Zaldúa enjuició positivamente la mía. Tan sólo entonces me sentí aliviado del encono que me abrasaba.

Todos habían pronunciado su particular fórmula de juramento menos Izaskun Ayestarán. Para excusarse de jurar les saltó con una donosa picardía; pero de esa forma no logró desviarlos un ápice del deseo de escucharla, sino que tuvo mucha batería de ellos y al fin se avino a darles gusto. No los defraudó. Fumaba cuando tomó la palabra uno de esos cigarrillos con droga, llamados porros, a que era por demás aficionada. Sabía liarlos con admirable maestría. Colocaba todo lo necesario encima de la mesa y en menos que canta un gallo tenía hecha un hilera de canutillos listos para su consumición. Enseguida encendía uno o se lo dejaba encender al Pulcro, cuyo apego extremado a estas fumaderías le llevaba de costumbre a corretear en torno a su amiga como un perrillo faldero, dispuesto a lamerle las manos a cambio de unas cuantas caladas. El resto de porros lo guardaba Izaskun en una cajita metálica que era una especie de recipiente para té, dorada en su interior y con un dibujo de

dragón en la tapa. En la cajita guardaba asimismo el mechero, el papel de fumar y las pastillas de marihuana, a las que según el tamaño llamaba chinas o talegos.

Pidió hablar sentada; pero no se lo consintieron. En su semblante podían percibirse con claridad los efectos de la droga. Un fulgor aguanoso enturbiaba sus pupilas, que parecían más grandes que de costumbre tras los cristales de las gafas. La rigidez de sus facciones y su constante sonrisa le daban un aire aturdido que bien mirado no dejaba de tener su gracia. En un momento de su intervención intentó fijar sus ojos en los míos y no pudo. Ora los apuntaba hacia mi boca, ora por corregir el enfoque, hacia una de mis orejas, y de este modo los llevaba a la deriva por mi cara sin lograr detenerlos en un punto. Se volvió después a probar fortuna con Genaro; pero creo que no le fue mejor. Así y todo, aquel mirar sin ver que recordaba la mirada perdida de los ciegos no estaba en consonancia con la fluidez y desenvoltura con que Izaskun Ayestarán acertó a expresarse. Apenas hubo tomado la palabra, estiró el cuello, y al tiempo que hacía un gesto ostensiblemente retador, se declaró mujer, hembra, emakume, tía, woman y señora.

—Y nosotros que estábamos tan confiados —replicó Josu Ruiz— y te teníamos por persona inteligente y honrada.

—Sin duda nos debe una explicación —añadió Genaro en el mismo tono de guasa.

Y el Pulcro soltó la típica cuchufleta.

—Propongo violarla, compañeros.

Le arreó Izaskun Ayestarán un cogotazo de padre y muy señor mío, y hecha una manola en jarras, sandunguera y con mucho desparpajo le respondió:

—¿Tú vas a violarme a mí, pulga capada? ¿Tú que no sabrías echarte una paja sin un manual de instrucciones?

De esta guisa lo cubrió de exabruptos y lo amilanó a sus anchas durante un rato, sin que ninguno acudiera en socorro del adolescente, sino que todos mirábamos complacidos cómo le andaban dando a éste para el pelo. Desahogada su rabia salerosa, retomó Izaskun el hilo de su discurso por donde se lo habían roto y enumeró sin remilgos las partes de su cuerpo que llegado el caso estaría dispuesta a sacrificar. Dichas partes fueron por ella calificadas de equivalentes y aun de superiores a aquellos atributos colganderos y antiestéticos, dijo, que la naturaleza había hecho el favor de no darle y cuya función primordial, según le habían explicado de niña en el colegio de monjas, consistía en ser tarde o temprano cortados a cercén. A este punto el Pulcro comenzó a aplaudir con el propósito evidente de adular a la muchacha; pero Josu Ruiz le indicó por señas que parara porque quería decir algo. Se levantó de su asiento y habló con mucha y bien fingida gravedad:

—Señores de La Placa, esta mujer tiene razón y a ninguno de nosotros, por muy mal nacido que sea, le asiste derecho alguno de contradecirla.

—Es una santa —aseveró Genaro Zaldúa con ademán tajante.

Izaskun se puso en guardia.

—Cabritos, os veo venir.

Exhaló Josu Ruiz una larga bocanada de humo y luego prosiguió:

—Camaradas, no debemos ser malos perdedores ni negar por vana soberbia cuanto esta gentil dama —la señaló con la brasa de su puro— ha tenido la bondad de afirmar acerca de esas partes tan esenciales de nuestras personas. ¿Quién ignora que un día habremos de perderlas por mandato imperioso de un destino contra el que nada podemos hacer? No flaqueemos. Asumamos sin angustia la provisionalidad de nuestros cataplines. Hay que aceptar nuestro infortunio viril con noble y saludable estoicismo.

—Rollero —le espetó Izaskun.

Y Josu Ruiz concluyó:

—En resumen, he notado que en ocasiones esta señorita dice perogrulladas.

Genaro le imitó el engolamiento de la voz.

—Desde luego —dijo— hay algo sospechoso en ella. ¿Y si se tratase de un varón? ¡La primera mujer varón!

—A ese punto —añadió el otro— quería yo que llegáramos. Convendría llevar a cabo una verificación inmediata.

Dicho esto, tomaron acuerdo de agarrarla cada uno por un lado para bajarle los pantalones a la fuerza. Viendo la chica que efectivamente se disponían a poner por obra el taimado propósito, por defenderse se apoderó de una de las velas encendidas, y empuñándola con ambas manos, dio un paso atrás y amenazó con hincársela en el ojo al primero que se acercase. No consiguió, sin embargo, arredrarlos y comenzó a pedir socorro a gritos para alertar a los de la casa. Armados igual que ella, a fuerza de acosarla le obligaron a retroceder hasta la puerta del balcón, y si no libraron una segunda batalla a cera y fuego fue porque oportunamente entró en el cuarto doña Mercedes, que venía con idea de servirnos más café. Volvieron ellos a sus asientos conversando como si tal cosa y el Pulcro se apresuró a pasarme el porro por debajo de la mesa. La mujer sacudía manotadas a la humareda; corrió luego las cortinas y nos pidió permiso para abrir el balcón. A la pregunta de si su Jaime fumaba le contestaron todos simultáneamente que no. Genaro Zaldúa, tanto por darle gusto como por hacer rabiar al Pulcro, aseguró que mientras él lo pudiese impedir su hijo no se llevaría jamás un cigarrillo a la boca, aun cuando para ello tuviera que emplear la fuerza. Esto agradó sobremanera a la candida señora, que no vaciló en otorgar a Genaro, por quien sentía una declarada predilección, poderes plenos para soltarle al incorregible mozalbete cuantas tortas considerase necesario. El Pulcro inició una tímida protesta que Genaro atajó sin contemplaciones, como para demostrar que estaba dispuesto a ejercer con el máximo rigor la autoridad que acababa de conferírsele. Mientras vertía café en las tazas, doña Mercedes contó que se nos oía mucho desde la cocina. Temía que algún vecino subiera a quejarse, y en tono afectuoso censuró que nos tomáramos tan a pecho, dijo, nuestro trabajo de escritores. Quiso luego saber el sentido de las velas, y por qué razón estaba su Jaime vestido de

negro, y qué había sucedido para que Izaskun tuviera aquellas manchas tan grandes en la blusa. A cada pregunta mis compañeros respondían con vaguedades y embustes que tranquilizaron a la mujer; la cual, cuando por lo visto ya no supo qué más preguntar, se disculpó varias veces por las molestias que suponía habernos causado con su venida, nos refirió un incidente doméstico que no venía a cuento de nada y por fin, de puntillas, como si temiera despertar a alguien, abandonó la habitación, cerrando la puerta con mucho cuidado de no hacer ruido. Estaba el Pulcro muy molesto por lo que había dicho Genaro delante de su madre y en tono quejumbroso manifestó que ya tenía un papá y no necesitaba odiar a dos; dijo varias cosas por el estilo, encaminadas a que de una vez para siempre dejáramos de tratarle como a un niño, y aun después de que Izaskun Ayestarán con cálidas palabras y un porro lograrse desenjarlo, le vino a la boca una mordacidad y la soltó:

—Yo no tengo como otros la suerte de ser huérfano.

Antes de emprender la confección del manifiesto, hubo un nuevo intento de dedicar un minuto de silencio a la memoria de Blas de Otero. Josu Ruiz advirtió muy seriamente que sería el último, fuera cual fuese el resultado. Por iniciativa de Izaskun nos tapamos los ojos con las manos. El truco funcionó. Mentalmente me puse a contar los segundos. No se oía una mosca en la habitación, sólo los sonidos callejeros aminorados por la distancia. Llegué en mi cuenta a doce segundos, a quince. ¿Habría alguno más, aparte de mí, en la habitación? Silencio. Dieciséis segundos. Mira que si se han ido sigilosamente, me dije, y están detrás de la puerta divirtiéndose a mi costa. Diecinueve segundos y por primera vez desde que comenzáramos a guardar silencio sonó un leve, casi imperceptible tintineo. Conjeturé (dieciocho segundos) que alguno de mis compañeros habría cambiado de postura o rozado sin querer cualquiera de los numerosos objetos esparcidos sobre la mesa. Ni yo ni nadie dio importancia al ruidito y el homenaje siguió adelante. Pero en esas, inconfundible, sonó un sorbetón y acto seguido una palabrota de Josu Ruiz y risas de Izaskun Ayestarán. Me descubrí los ojos en el instante en que Genaro Zaldúa apartaba de su boca el tazón enorme, al que por lo visto acababa de dar un trago furtivo. Insinuó una sonrisa de disculpa al tiempo que Josu Ruiz declaraba concluido el homenaje, expresaba su agradecimiento a todos por su participación y decía con sorna llena de despecho:

—Hay gente poco poética. Hay gente antipoética. Finalmente —señaló a Genaro mediante un giro de cabeza a modo de cornada— está este individuo.

Izaskun Ayestarán no quiso que comenzáramos el manifiesto sin antes recordar el convenio que habíamos hecho la víspera, según el cual cada miembro del grupo quedaba comprometido a aceptar sin restricciones lo que los demás trajeran escrito de casa, tanto si les gustaba como si no. Un «por supuesto» unánime y clamoroso selló el pacto. Reunidas las diferentes aportaciones, comprobamos que sumaban entre todas once apartados. A fin de evitar rencillas resolvimos numerarlos conforme a un sistema de azar, consistente en extraer a ciegas del interior de una bolsa de plástico unos papelitos en los que figuraría el número correspondiente a cada párrafo.

Mientras el Pulcro ponía a punto el procedimiento, me preguntaron por qué razón contribuía yo con tan poca cosa al manifiesto, a lo que respondí un tanto corrido que en realidad había redactado muchas líneas durante la noche pasada, pero al final sólo una frase había conseguido atravesar el tamiz de mi autocritica. Josu Ruiz elogió mi actitud y contó al respecto un caso suyo parecido de hacía un tiempo.

De buenas a primeras el Pulcro comenzó a teclear sin que nadie le hubiese dictado nada. Le preguntaron qué escribía y él respondió con naturalidad que simplemente estaba mecanografiando el título del manifiesto. Al punto arrancó Genaro Zaldúa de un zarpazo la hoja puesta en el rodillo, y sin molestarse en leer cómo rezaba el dicho título, pegó fuego al papel con la llama de una de las velas. Izaskun Ayestarán, no menos indignada, reprochó al muchacho que aún no supiese qué cosa fuera trabajar en equipo. También ella traía pensado un título y lo mismo manifestó a continuación Genaro Zaldúa. Ambos me miraron instintivamente y casi a un tiempo, para recordarme tal vez la promesa que había contraído con ellos por la mañana. Me tomó entonces una grandísima inquietud pensando en el momento en que no me quedara más remedio que elegir uno de los títulos en discordia. El del Pulcro, *Manifiesto urbi et orbi*, quedaba por supuesto descartado para mí. Ahora bien, ¿qué decisión tomar con respecto a los otros dos? En menudo lío te has metido, me dije. Y añadí: Hilario Goicoechea, eres un imbécil de marca mayor. Pero precisamente entonces, cuando más falta me hacía, acudió en mi ayuda Josu Ruiz sin saberlo, y fue que movido por el buen propósito de preservar la armonía entre todos concibió la idea de fundir los tres títulos, solución que secundé de forma entusiástica. Determinaron los otros seguir el consejo de su compañero; pero ocurrió que cada cual quería poner su parte al comienzo del encabezado y entablaron por esta causa nueva disputa que terminó cuando Josu Ruiz y yo les convencimos de que la dirimiesen por medio de un sorteo. Extrajo el Pulcro el número 1, Genaro Zaldúa el 2 e Izaskun Ayestarán, que profirió una ristra de tacos al descubrir el suyo, el 3. De este modo la primera declaración pública de principios por parte de La Placa recibió el nombre de *Manifiesto urbi et orbi, protozario y de la leche condensada*.

Me tocó ser a mí el primero en presentar su escrito, y no por nada, sino que de manos a boca me puso Genaro Zaldúa la bolsa de plástico delante para que eligiese mi papelito. Saqué uno y lo desdoblé; era el número 7. Luego que el Pulcro Matallana me hiciera indicación de que podía empezar a dictarle, leí mi trozo, que decía:

«7.º Que la supuesta lentitud de la tortuga constituye una falacia monstruosa, lo prueba el hecho comúnmente admitido de que la tortuga es sin lugar a dudas el animal más veloz de la Tierra».

Me rogaron mis compañeros que releyese despacio el texto porque algunas partes no las habían entendido. Yo así lo hice y al cabo me complació observar que intercambiaban gestos de aprobación. Genaro Zaldúa aún fue más lejos, declarando

que mi escrito le había causado una impresión inmejorable. El Pulcro, después de asegurar que compartía el mismo parecer, me sugirió que cambiara *el animal* por *la planta*, a fin de que el conjunto resultase, no mejor, dijo, sino un poquitillo más surrealista, y que añadiera al final una frase contundente que se le acababa de ocurrir: *Ya basta, pues, de infundios perversos*. No tuve inconveniente en acceder a sus propuestas, que se me antojaron fundadas, aunque herían mi orgullo de autor, y con dichas modificaciones apareció mi párrafo en la revista.

Izaskun Ayestarán fue la siguiente en extraer los papelitos y leer sus apartados:

«6.º Surrealismo es lamer la gota dulce de rocío que habita en nuestros labios sin saberlo. Son los niños cubiertos de ceniza cuya madre es un manojo de violetas. Son los ángeles alcohólicos que se tambalean bajo un aguacero de esperma de leones. Mi abuela dormida en su mecedora sobre las olas. La policía disparando mazorcas de maíz contra las nubes. Una melena de libélulas.

»8.º Día y noche los trenes de mercancías abastecen de amor a la ciudad. Los rinocerontes ciegos sacuden sus graciosos tirabuzones a la entrada de los burdeles y alrededor de un lápiz de labios los partidarios del realismo se llenan la boca de nieve mientras se abanicán con raspas de pescado que guardaban ocultas bajo la almohada.

»11.º Cuidaos, amigos míos, de los cuerdos y de las cuerdas, de los sonetistas y de los prohombres de polietileno, del espíritu santo y de las bolas de navidad, de nuestros antecesores y de nosotros mismos. ¿Quién no me ama ahora que he dado mis ojos a los que sueñan?».

Como a mí un rato antes, el Pulcro le propuso algunos retoques y añadidos; pero ella los rechazó de plano. Alegaba que no había pasado la noche en vela discurriendo frases y puliéndolas para que al día siguiente un mequetrefe viniera a meterles la cuchara, ah, eso sí que no. Izaskun Ayestarán habría de derramar amargos lagrimones la tarde que Genaro Zaldúa le mostró un ejemplar del programa de fiestas. El apartado 6 aparecía inexplicablemente reducido a la mitad y, al igual que los otros dos, resultaba ininteligible por causa de las erratas. Había una particularmente deliciosa sobre la que a escondidas de la muchacha nos reímos de lo lindo. En el último renglón del apartado 11 se leía «osos» en lugar de «ojos».

Le llegó luego el turno de lectura a Josu Ruiz, que comenzó a sacar de todos los bolsillos de su indumentaria papeles y más papeles arrugados y formó con ellos un montón sobre la mesa. Eran las servilletas de la taberna próxima a su apartamento donde había pasado gran parte de la noche bebiendo y escribiendo para desahogar el ansia que le consumía desde que había descubierto en la basura la noticia del fallecimiento de Blas de Otero. Durante un largo rato anduvo buscando con ahínco dos notas que decía haber escrito ex profeso para el manifiesto. No las encontraba, y como le metiesen sus compañeros prisa, tomó al azar dos servilletas de papel y las leyó:

«4.º En toda acción surrealista deben considerarse tres factores: a) los intereses particulares de las ideas, b) la suma de apariencias inmediatas cuya interrelación configura el núcleo objetivo de la acción, y c) el número exacto de perros muertos que participaron en el asedio. (En pura lógica, de los tres factores enumerados únicamente el cuarto resulta imprescindible con vistas a un desarrollo coherente de la acción.)

»10.º Jamás entenderemos la sensibilidad como un don sobreañadido al ser concreto, sino más bien la fuerza que determina un severo minucioso despojo, ejercido conscientemente tanto sobre el producto como sobre el gusto y afectos de quien se aventura al acto creativo. Este propósito de erigir algo para quebrarlo después, al menos hasta un extremo en que aún lo sintamos reconocible, sobrepasa con creces los límites de una teoría del estilo. De ello inferimos que a la libertad le corresponde muy poco espacio en esta dimensión básica del arte, entendiendo por tal una indeterminable conciencia cuidadosa y por aquélla la consecuencia inmediata de una voluntad urgente».

—Ahora viene lo mejor del manifiesto —afirmó el Pulcro Matallana al llegarle el turno de mecanografiar sus apartados.

Su engreimiento le acarreó un ruidoso abucheo, mezclado con gritos de muera, hay que emplumarlo, linchemos al presumido y otras imprecaciones jocosas que él escuchaba con visible complacencia.

—Reconozco —dijo— que me falta talento para escribir mal. La envidia me corroe y llena el estómago de clavos cuando leo vuestros textos tan monos, tan apañaditos, tan inferiores a cualquiera de los míos.

—¿Qué esperamos para asesinarlo? —nos propuso Josu Ruiz al tiempo que hacía ademán de empuñar una de las velas.

Genaro Zaldúa le detuvo el brazo y exclamó con vanilocuencia teatral:

—¡Alto, don Tobías! El infame tiene que pasar primero a máquina mis apartados.

Esa noche, a solas los dos tras la columna de una taberna, mientras Izaskun y Josu Ruiz porfían junto a la barra, empeñado cada uno de ellos en pagar las bebidas, y Genaro Zaldúa mantiene una mano dentro del bolsillo del que sacará con calculado retraso la cartera, el Pulcro tratará de conocer mi opinión acerca de sus tres párrafos. La misma pregunta habrá ido formulando por separado, a lo largo de la noche, a sus compañeros. Por encima de su hombro observaré dos bocas aframbuesadas que estarán besándose con lésbica fruición. El Pulcro se mostrará ansioso de escuchar mis palabras y aún seguirán unidos los labios de las mozuelas, en la penumbra del rincón, cuando o no me atreva a decirle al muchacho lo que pienso y me lance a elogiar con entera hipocresía sus tres apartados que en el fondo me dejan

frío.

«1.º Declaremos con valentía a la opinión pública nuestra suprema ambición de artistas: acudir de tapadillo a los sepelios, incorporarnos discretamente al cortejo fúnebre, levantar con disimulo la tapa del ataúd, susurrar hacia dentro una selección de nuestros mejores poemas para que se nos empiece a conocer donde más importa.

»3.º Basta de literatura, sonemos igual que una cacerola golpeada con un pedrusco mohoso.

»9.º Los socialistas sacan su lengua esponjosa, los abertzales sacan su lengua de madera, los fachas sacan su lengua de granito, los curas sacan su lengua bífida, las víctimas de ETA sacan su lengua morada, los cabos de la Guardia Civil sacan su lengua de charol, los Karamázov sacan su lengua purulenta, las meninas de Velázquez sacan su lengua podrida, los filósofos tipo Heidegger sacan su lengua de hielo, las mujeres desnudas sacan su lengua de plástico, Chillida saca su lengua herrumbrosa, los profesores de la cochiguera sacan su lengua con pinchos, dios saca su lengua infinita, André Breton saca su lengua soluble, todos sacan su lengua deseosos de chuparme las rodillas, mamá.»

El contenido de este último apartado disgustó sobremanera a los responsables del programa de fiestas, que presionaron a Genaro Zaldúa para que lo suprimiese; de lo contrario, le dijeron, el manifiesto no sería publicado. Genaro, en contra del parecer de Josu Ruiz, que hubiera preferido no publicar una sola línea a hacerlo con recortes, pero con la expresa aprobación del Pulcro, ufano de ser el primer miembro de La Placa que sufría una censura, consintió en eliminar aquel controvertido parágrafo que sin aportar, dijo, nada esencial a la declaración del grupo, nos cerraba una puerta y a lo mejor algunas más en el futuro.

El hueco dejado por aquella supresión lo aprovechó Genaro para alargar a última hora uno de sus apartados, cuya versión definitiva difería notablemente de la que había leído pocos días antes en casa del Pulcro. Me contaron que por este motivo Josu Ruiz le echó en privado un rapapolvo. Genaro Zaldúa ofreció a todos disculpas por los retoques que había introducido en el manifiesto, efectuados bajo mano pero con la mejor de las intenciones, aseguró, pensando en la conveniencia del grupo, no en la suya propia, y le juró a Izaskun Ayestarán que él no había intervenido en la misteriosa reducción del apartado sexto. Sus dos apartados, limpios de las innumerables erratas con que apareció en la revistilla, rezaban así:

«2.º Atacados una mañana por los voraces comejenes impelidos por un extraño viento sur hasta Donostia desde las sombrías espesuras a orillas del perezoso Kuilu, infestado de monos carniceros, entre Kikvit y las casuchas de troncos podridos a la entrada de Bandungu, en el corazón del antiguo Congo belga..., un grupo selecto de honorables cuanto candorosos jóvenes transfigurados de antuvión en artistas sumamente agresivos y temibles en virtud de las descomunales picaduras inferidas

por la insaciable plaga, antes de perecer emponzoñados al cabo de veinte lunas ha decidido organizar ante la indiferencia congénita de las autoridades municipales su propio lazareto benéfico (conocido bajo el nombre, evocador de fragancias tropicales, de La Placa), en cuyos confortables lechos con baldaquino y sábanas del más suave lino bávaro, además de almohadas recubiertas de terciopelo malva perfumado con esencia de repollo, podrán espatarrarse los inoculados con este incurable delirio que asola desde hace varios días la ciudad debiendo pagar la estancia en nuestras lúgubres galerías mediante poemas marianos con rima asonante en versos impares, pues en caso de insumisión o de insolvencia el paciente será meticulosamente ejecutado... ¡y nadie piense que nos ha de temblar el pulso!

»5.º Valiéndose de las tinieblas nocturnas, el homúnculo esquizoide escaló las rampas del violonchelo ensangrentado profiriendo aullidos estremecedores de dolor antes de arrojarse al vacío desde lo alto del traste, con un libro de José María Pemán atado al cuello, porque los augures habían vaticinado con lágrimas en los ojos que los dioses no regresarían nunca a un país que había osado entregarse a los desmanes literarios promovidos por una asociación de lujuriosos y malhechores llamada (según rumores muy pesimistas... y extendidos) La Placa».

La tarde calurosa y azul declinaba cuando dimos por terminado el manifiesto. Josu Ruiz ocupó el lugar del Pulcro y en un periquete improvisó a máquina una breve nota sobre un presunto homenaje nuestro a Blas de Otero que días después habría de aparecer publicada en dos periódicos. Izaskun Ayestarán había salido al balcón en busca de aire fresco y desde fuera nos anunció sumamente alborozada que por el cielo iba y venía una gran cantidad de golondrinas. Genaro Zaldúa, que acababa de apagar a soplidos lo poco que quedaba de las velas, le respondió:

—Da lo mismo, me he dejado la ametralladora en casa.

A propuesta de Josu Ruiz acordamos ponernos en camino hacia alguna zona de tabernas, con el propósito de celebrar por todo lo alto lo que a su juicio había sido una jornada memorable de trabajo y concordia. Al abandonar el cuarto ninguno se percató de que el Pulcro no salía con nosotros; yo sí, pero no quise decir nada. Acucillada en el lloradero, la Yoli sollozaba al par que don Raúl, su padre, que por lo visto acababa de llegar a la casa, le reprendía desde la cocina. Vino el hombre en mangas de camisa a estrecharnos la mano cuando supo que nos íbamos. Preguntó por su hijo y entonces advirtieron mis compañeros que el Pulcro se había quedado en el cuarto.

—O sea —dijo Genaro Zaldúa—, que usted quiere que el chaval salga con nosotros a la calle.

El tono de voz de don Raúl denotaba resignación.

—Por querer claro que quiero, pero no hay manera y a la fuerza no le puedo hacer salir.

—Pues ya verá usted qué pronto lo convenzo.

Esto dicho, regresó Genaro Zaldúa a la habitación y unos segundos después reapareció en el vestíbulo con el adolescente cargado al hombro, pidiendo le abriéramos la puerta. Como lo había encontrado lo bajó hasta el portal, de luto y con pantuflas, sin que por un instante dejara el Pulcro de patalear y chillar, que no parecía sino un puerco de camino al matadero. Visiblemente satisfecho, nos entregó don Raúl mil pesetas para que adondequiera que fuéramos no se quedara su hijo atrás a la hora de pagar y a todos nos despidió con una palmada en la espalda, salvo a Genaro, que se había ido corriendo escaleras abajo con su fardo aullante. En el portal, el Pulcro, aferrado al pasamanos, se negaba a poner el pie en la calle. Tuvo palabras muy feas para todos; también para mí, que no le había hecho nada. Juró, con los ojos bañados en lágrimas, que se había de recluir en su casa durante más de un año. En esto Izaskun Ayestarán nos hizo una seña para que la dejáramos a solas con él. Casi media hora permanecimos los tres en la acera, charlando y fumando en espera del resultado de aquella conversación privada. Y yo no sé qué sucedió entre ella y el chaval que de repente se abrió la puerta y salió éste a la calle saltando, retozando y metiéndonos prisa para que empezáramos cuanto antes la parranda.

El *Manifiesto urbi et orbi, protozoario y de la leche condensada* se publicó una semana después en un zafio programa de fiestas. No obtuvo la menor resonancia en los ámbitos culturales de la provincia. Tres páginas ocupó y no dos, como estaba previsto, circunstancia sobre la que Genaro Zaldúa no acertó a ofrecernos una explicación convincente. La lista con nuestros nombres al final del texto había sido suprimida. En su lugar figuraba el anuncio de una tal Pescadería Manoli, Vda. de Antxon Sistiaga, presidido por el dibujo de una gamba con gorro de cocinero. Otros cinco anuncios similares ilustraban aquel primer manifiesto que la acumulación de erratas había transformado en un grotesco disparate. Su publicación significó un grandísimo disgusto para los miembros de La Placa. Desengañado e irritado, Josu Ruiz sugirió la conveniencia de cambiar el nombre al grupo, de modo que nadie pudiera identificarnos jamás con la revistucha de Rentería. La propuesta encontró en el Pulcro un firme antagonista y al cabo el propio Josu Ruiz reconoció que exageraba. Fue a consecuencia de la decepción formidable que aquella publicación nos produjo como surgió la idea de crear en un futuro próximo, costase lo que costase, nuestra propia revista.

La mosca prefirió libar el salivazo de la izquierda, el del Pulcro Matallana, que de ese modo me ganó la apuesta. Esperando a Izaskun y Genaro, que últimamente, con achaque de prestarse libros, se encontraban a menudo a solas, habían dado las seis de la tarde. El calor apretaba de firme y de los muros recalentados de la batería se levantaba un denso tufo a orines. Sentados sobre el empedrado, a la sombra de un cañón antiguo, escuchábamos a Josu Ruiz rebatir a Nietzsche. La botella de tequila en una mano y la pizca de sal en el dorso de la otra le embarazaban los ademanes. En vista de ello, satisfacía su propensión a la mímica exagerando las muecas e imprimiendo viveza a sus ojos habitualmente cansinos. Sus palabras escandidas, parsimoniosas, se me figuraban acordes con la calma chicha de aquella tarde canicular. De vez en cuando le daba un tiento a la botella.

—Pues yo, en cuanto oigo que alguien a mi lado pondera la voluntad de superarse, que es un eufemismo para designar la codicia, me tiro a la trinchera. Vamos, me tiro de cabeza antes que lleve a cabo la amenaza. No aguanto ese afán depredador que siempre se resuelve en alguna clase de agresión a los demás. La vida es un arte, no una tarea.

Tascó el chicote, que apenas tiraba, y tras encender un cigarrillo con su brasa, lo estrujó contra el óxido de la cureña.

—Cualquier idiota sabe que la aspiración al dominio sobre los otros no se compadece con moral ninguna. ¿Acaso se puede correr deprisa con los pies encadenados a una bola de hierro? La bola es para los pusilánimes, para los que están quietos. ¡Valiente ideal de sabio! Que Nietzsche leyó a los griegos nadie lo duda. Pero, ¿los entendió? Yo, chicos, a estas alturas de la historia por no fiarme no me fío ni de las revoluciones estéticas.

Los vetustos cañones, sumidos en un letargo de herrumbre, las bocas atascadas con desperdicios y rebujos de broza, apuntaban hacia los tataranietos de Napoleón que invadían las calles y se soleaban en la playa, cambiados los morriones por gorras de visera, las casacas por camisas de colores, las botas por sandalias o chancletas, los fusiles por cámaras fotográficas.

—Zarathustra, hijo del oportunismo, ha resuelto finalmente descender de la montaña para convertirse en un funcionario de la existencia. Émulo suyo en versión casera sería nuestro inefable Genaro Zaldúa, que ahora se pretende inocente de sus famosos chanchullos a propósito del manifiesto. Yo, chavales, ni callo ni clamo. Me conformaría con escribir de vez en cuando un poema ni demasiado bueno ni demasiado malo, vivir sin trabajar y diñarla en la cama en vísperas de la destrucción atómica del mundo, fumando un Montecristo, bebiendo coñá y escuchando el saxofón de Charlie Parker.

Se habían congregado cuatro o cinco gorriones saltarines en el centro del camino y él los espantó escupiéndoles un chorro de tequila. Acababa de citar a Thomas

Mann, su escritor pesado favorito: hay que leer a Nietzsche, pero sin tomarlo demasiado en serio. Así era Josu Ruiz. Lo mismo veneraba a unos escritores que profesaba un odio visceral a otros, sin conocer término medio, y de manera análoga parecía tener clasificadas a las personas de su entorno.

A mí me cupo la suerte de caerle en gracia; no sé por qué, aunque supongo que no poco debió de contribuir a ello la circunstancia de que algún tiempo después de conocernos me convirtiese en su camarada de puro y trago. Él mismo, durante una sentada inolvidable entre los cañones de la batería de las Damas, en la ladera del monte Urgull, borracho perdido me declaró el afecto que por mí sentía. Bebiendo orujo nos sorprendió la noche, y yo creo que antes de las once menos cuarto ya estábamos dormidos sobre piedra, pues no recuerdo haber visto ni oído los fuegos artificiales que comenzaban a esa hora. A las seis de la tarde nos habíamos reunido los dos en nuestro lugar habitual de encuentro para departir sobre temas filosóficos y literarios; pero a medida que nos achispábamos, la conversación fue derivando por derroteros confidenciales. Me enteré así, entre otras cosas, de la excelente impresión que le hube causado en la junta de la cafetería Goya y de que ingresé en La Placa, al igual que Izaskun, por su mediación y no por la de Genaro Zaldúa, según éste con toda falsedad me había dado varias veces a entender. Fue Josu Ruiz quien insistió en reclutar a «aquel flaco del rincón», como me denominaba antes que Genaro Zaldúa le revelase mi identidad.

—Pues si lo ves por las mañanas en la facultad, le dije, ¿a qué esperas para hablar con él? El flaco del rincón tenía un aire de judío agazapado que me sedujo. Su cara me recordó la de Kafka. Tráelo a la pandilla. Y te trajo, aunque a regañadientes.

Lo cierto es que no terminaba yo de hallar explicación al aprecio que Josu Ruiz decía profesarme. Justo en aquellos temas a que él se dedicaba con pasión (la filosofía, los cómics, el jazz), yo era un completo ignorante. No se me ocultaba que con los otros miembros de La Placa sostenía por lo común conversaciones de mayor peso que conmigo; pero fue a mí, quizá porque me atribuía patente de buen bebedor, al único a quien propuso celebrar tertulias ocasionales junto a los viejos cañones del monte Urgull, llamadas entre nosotros con el nombre secreto de urgulinas. En mi archivo particular de documentos conservo el trozo de papel donde las definimos por escrito: «reuniones de amigos en el monte Urgull, destinadas a conversar, fumar e ingerir bebidas exóticas». Condición indispensable para convocar una de ellas era la asistencia de ambos; asegurada la cual, deliberábamos sobre la conveniencia de invitar o no al resto de nuestros compañeros o a alguno de ellos en particular. Por teléfono acordábamos cuál de los dos se encargaría de adquirir la bebida; el comprador tenía derecho a elegirla según su capricho.

Las urgulinas me permitieron conocer con cierto detalle los gustos e inquietudes intelectuales de Josu Ruiz por aquella época, no así pormenores concernientes a su vida privada y a su pasado borrascoso, para obtener noticia fidedigna de los cuales hube de esperar bastante tiempo, y aun entonces casi todo lo que llegué a saber fue

por boca de otros. Durante las urgulinas, aunque bajo los efectos de las bebidas alcohólicas se tornaba hablador (aparte que estando conmigo no le quedaba más remedio que darse al monólogo, pues yo, deslumbrado por el resplandor de su personalidad y de su vasta cultura, a menudo no me atrevía a abrir la boca), siempre se cuidó de desvelarme intimidades. Con frecuencia me asaltaba la sospecha de que cuantas más horas pasábamos juntos y más estrecha se iba haciendo nuestra amistad, mayor era el misterio que envolvía a su persona. Semejantes especulaciones pertenecen, bien lo sé, al dominio de la psicología y las dejo, pues no abrigo intención ninguna de explicar mi memoria, sino contarla. Baste con referir por ahora que a pesar de algunas cosillas guardo un grato recuerdo de las urgulinas, desde la primera en que Josu Ruiz estuvo despotricando contra Nietzsche, hasta la última, en vísperas de que el frío, los chubascos y los vendavales de otoño convirtieran la batería de las Damas en un lugar inhospitalario por demás.

—Nietzsche, si sigue fiel a sus postulados del diecinueve, andará a estas horas vestido de sargento gringo en alguna floresta de El Salvador, protagonizando un nuevo capítulo del eterno retorno. Me lo figuro instruyendo, con esa exaltación retórica que algunos confunden con la poesía, a los escuadrones de la muerte. Camuflado en la espesura, investirá de inocencia a esos hombres, de cuya puntería hoy depende un considerable tanto por cierto del orden público de ese país, al tiempo que los Estados Unidos fijan el precio del café, que es, en el fondo, el nudo filosófico de la cuestión.

Sobre la ciudad avispeaba de vez en cuando una avioneta provista de cauda publicitaria. Siguiendo la línea de la costa, sobrevolaba la bahía hasta perderse tras la cumbre del monte Igueldo; pasado un rato, reaparecía con rumbo inverso, cruzaba ante nosotros, a tan baja altura algunas veces que podíamos distinguir el perfil del piloto dentro de la cabina, y desaparecía hacia el Este, más allá del horizonte de casas, de donde no tardaba en volver. El Pulcro, que ya no encontraba forma de disimular el tedio que le producían las disertaciones de Josu Ruiz, discurrió derribar a tiros la avioneta. Sentado a horcajadas sobre un cañón, tan pronto como la tuvo enfrente ordenó a sus artilleros imaginarios que disparasen. Remedó después con voz algo atiplada una descarga de cañonazos y se apeó con gesto contrito, diciendo que las pelotas habían pasado todas de largo y ocasionado una carnicería espeluznante en la playa.

—Confío al menos en que algún espécimen de mi familia se halle entre las víctimas —concluyó en camelo y escupió al camino.

Más tarde, trapaleando sobre literatura, se le ocurrió a Josu Ruiz que cada uno de nosotros declarase el libro que leía por esas fechas y si lo consideraba bueno o malo. Mencionaron ellos los suyos y los criticaron con tanto ardor y saña que, a no saber que se referían a escritores, hubiera pensado que hablaban de algún bicho maligno. Temí no me trataran mejor si confesaba que hacía varias noches había emprendido la lectura de *La Regenta*, manantial de entretenimiento y novela que es una de mis

favoritas entre cuantas se han escrito; pero sin duda incompatible entonces con nuestra profesión de fe surrealista, por lo que supuse que a mis amigos les iba a disgustar no poco saber que andaba deleitándome con un libro de espíritu y estilo muy contrarios a los nuestros. Así pues, con pensamiento de ser prudente, manifesté que a la sazón estaba leyendo un ensayo muy interesante sobre surrealismo. Josu Ruiz arrojó el cigarrillo al suelo con enfado.

—¡Por favor, Hilario! ¿No pretenderás tomar en serio esa engañifa?

—Has de saber que el surrealismo no representa absolutamente nada para nosotros —completó el Pulcro, rascándose la coronilla, donde ya estaba algo crecido el pelo.

Sonreían el uno para el otro y se burlaban a ojos vistas de mi extrañeza, y yo no quise replicarles ni defenderme cuando con no poco regocijo me conceptuaron de ingenuo, porque pensé que no les faltaba razón. Cogí la botella de tequila y de un trago largo la vacié. A este punto reveló Josu Ruiz su deseo de mostrarme sinceridad, y con palabras que me recordaron las del gordo Aizpurua el día que, camino del Goya, lo encontré en el autobús, afirmó que el surrealismo no estaba menos muerto que el gótico, el románico o las novelas de caballerías.

—Carece de poder revulsivo —refrendó el Pulcro.

—Dice bien el camarada Pulcro. El surrealismo, que nació para escandalizar a los sectores sociales que hoy lo aplauden y patrocinan, se estudia en las escuelas. De tres anuncios televisivos, por lo menos dos introducen alguna cosita graciosa de aire surrealista. Nosotros, Hilario, hace tiempo que superamos ese sarampión.

—Opino exactamente igual que el comandante Ruiz.

—En la actualidad preconizamos la clarividencia, ¿verdad, Pulcro?

—Por supuesto. La clarividencia sin cuartel, caiga quien caiga.

—Creemos firmemente que ya basta de envilecer el arte a puro de irracionalismo. El que quiera soñar que se meta en la cama.

Con mesuradas razones y persuasivos argumentos justificaron seguidamente su abandono del surrealismo, del que en la actualidad decían sentirse muy alejados. No negaban que La Placa, bien por inercia, bien por guardar las apariencias, aún mantuviera una vaga vinculación con esa tendencia artística, vinculación muy semejante a la que ligaba al señor Jueves y sus presuntos correligionarios, en la novela de Chesterton, con el anarquismo. Considerando, al oír aquello, que mi intensa dedicación al tema desde finales de mayo había sido una pérdida absoluta de tiempo, lamenté entre mí no haber empleado dicho esfuerzo con fines hartamente más provechosos, como por ejemplo prepararme para los exámenes universitarios. ¿Cómo no me había dado cuenta, después de tantas reuniones y diálogos, de que La Placa era una cuadrilla surrealista integrada por impugnadores del surrealismo? Engañado por el tono afectuoso de sus palabras, no presentí la doblez del Pulcro cuando de pronto aseguró que mi militancia en aquel credo trasnochado y erróneo sería respetada por los miembros del grupo, por cuanto ellos mismos habían estado profesándolo

ardorosamente hasta fechas recientes, y que tendrían comprensión conmigo, etcétera. Semejante alarde de buena voluntad, bien urdido y mejor interpretado, no era más que un cebo, y hoy pienso que los dos debían de saber del pez en mí y que picaría. Piqué, vaya que sí; les declaré sin tapujos que el surrealismo jamás me había infundido fervor, que yo en realidad no había comulgado ni cinco segundos en esa doctrina y que me alegraba de no ser el único en rechazarla. Los dos ladinos me dejaron hablar y sonreían, y al fin pusieron de manifiesto su infinita astucia y mi candor.

—Has caído en la trampa —dijo Josu Ruiz exultante—. Nosotros, éste y yo, somos surrealistas hasta las cachas.

El Pulcro, como de costumbre, optó por ofender:

—¡Muera el cerdo racionalista!

—Y lo peor no es que hayas cometido traición, sino que te has trincado hasta la última gota de tequila.

Muy a sus anchas se pitorrearon de mí los dos taimados, amenazando con someterme a juicio sumarísimo, con expulsarme de La Placa o aplicarme la pena capital: ponerme en manos de Superhombre Zaldúa, como dieron en llamar esa tarde a Genaro. No quise hacerles al juego; antes al contrario, me dediqué a contemplar impávido su alborozo, como si no tuviera nada que ver con ellos, y sólo por puntillo tomé una vez la palabra para decirles que hacían bien en reírse y que aprovecharan, porque era muy probable que en el futuro escasearan las ocasiones.

Cayendo la tarde comenzaron a ulular a lo lejos sirenas policiales. Remitía el calor y el monte Urgull iba poblándose de parejas amarteladas en busca de un escondido tálamo de borrajo donde sobarse. Un vientecillo terral levantaba hasta nosotros el olor succulento de arenques asados a la parrilla en los figones del puerto. La ciudad reverberaba al fondo con el sol rojizo del ocaso. Veleros y yates fondeados frente al Club Náutico se mecían blandamente sobre un incendio de cabrilleos, y a lo largo de los malecones exteriores, sentados en el suelo con las piernas colgantes, se alineaban numerosos pescadores de caña. La idílica calma se vio de pronto alterada por el estruendo de varios disparos. Comenzaba uno de tantos tumultos de atardecida en el Boulevard y zonas adyacentes. Aparecieron poco después los primeros penachos de humo por encima de los tejados. En esto Josu Ruiz nos llamó la atención sobre una figura femenina vestida enteramente de negro, con falda muy corta y zapatos de tacón, que subía por el camino. La cuesta y el suelo de adoquines dificultaban ostensiblemente su caminar. Detenida junto al muro, nos saludó con la mano. En ese momento un dálmeta juguetón acudió presuroso a olisquearle las medias de luto. Izaskun Ayestarán reculó torpe y acoquinada. El melindre soliviantó al perro moteado, que no cesó de ladrar hasta que su amo, a gritos imperiosos, le mandó volver junto a él y sentarse. Llevaba Izaskun una cinta negra de cuero en torno a la cabeza y en cada brazo cinco o seis pulseras de bisutería. Antes que ella llegó su efluvio. A todos nos besó en la boca.

—Borrachines —dijo—, apestáis a pasillo de hospital. ¿Se puede saber con qué desinfectante os estáis amonando?

Josu Ruíz chapurreó acentos mexicanos:

—Tequila calentita, no más que para curarnos del frío que nos daba estar sin ti.

Y tras pedir disculpas por habernos bebido toda la botella, ofreció a la muchacha un puñado de la sal sobrante.

—Hay que joderse en qué andurriales os citáis.

Josu Ruiz la invitó a sentarse junto a él, al amparo del cañón, diciéndole:

—Acomódate cerca de mí, preciosa, para que me pueda saturar de tu aroma femenino.

—Y meterme mano en cuanto me descuide.

—¿Acaso no estoy en mi derecho? ¡Soy un varón!

—Pues te la cortas.

El Pulcro metió baza, atento a la cajita de porros que Izaskun había sacado del bolso.

—Las mujeres de hoy día sólo piensan en capar.

Supimos a continuación que Genaro Zaldúa no vendría. Él e Izaskun habían pasado la tarde de librerías. Nos contó la muchacha que caminando los dos por la Parte Vieja, se le había ocurrido a Genaro de repente el desenlace para un cuento que por lo visto le llevaba de cabeza por esos días, y que con el fin de escribirlo se había marchado a toda prisa a su casa. Genaro Zaldúa, por una causa o por otra, nunca asistió a una urgulina.

Menudeaban las detonaciones y las varias columnas de humo habían formado al juntarse una nube blanca y espesa sobre el centro de la ciudad. Desde nuestra apacible atalaya pudimos ver una desbandada de manifestantes atravesar a la carrera los jardines de Alderdi-Eder, frente al ayuntamiento. Tras ellos, algunos motoristas de uniforme trataban de alcanzarlos antes que se mezclaran con la muchedumbre pacífica que paseaba por la Concha o se desarenaba los pies a la sombra de los tamarindos.

Izaskun Ayestarán cedió a los ruegos insistentes de Josu Ruiz y tomó asiento a su lado. Recogida la falda, enseñaba descaradamente los muslos. Hizo el otro ademán de tocárselos; pero ella lo rechazó de un certero manotazo. Luego se descalzó y estuvo largo rato acariciándose los pies dolidos.

—Chavales —dijo—, andamos de enhorabuena. Los sandinistas han triunfado. Es la noticia del día. ¿Y sabéis qué? Somoza escapó anteayer de Nicaragua. Se rumorea que embarcó en el helicóptero el esqueleto de su padre.

—Planeará hacerse un caldo de pollo —soltó el Pulcro en son de burla, luego de la primera calada al porro.

Izaskun se miraba hablar en el espejito, mientras repintaba de fresa los labios. Que si Donostia entera estaba celebrando el acontecimiento, ¿no era fabuloso? Que si en algunos barrios habían sacado las charangas a la calle. Que si los abertzales,

eufóricos, habían pegado fuego a dos o tres autobuses. Había que apoyar a toda costa esa revolución.

Josu Ruiz ironizó con aire, aburrido.

—¿Cómo? ¿Destrozando el servicio público?

Y bostezó. Yo me animé a intervenir, agorero, y dije:

—Mañana o pasado mañana oiremos que las playas nicaragüenses están abarrotadas de marines.

—Pues se buscan un Vietnam tan caliente como el otro —replicó Izaskun, al par que empuñaba con indignación un fusil imaginario—. He venido a proponeros que La Placa haga algo.

El Pulcro soltó de inmediato su parida:

—Podríamos quemar algunas bicicletas.

Recuerdo que fue el último domingo de julio, el día que ETA político-militar hizo explotar bombas en el aeropuerto y en las dos estaciones de ferrocarril más importantes de Madrid. Murieron no sé cuántos ciudadanos, culpables de hallarse presentes en el lugar y la hora de la explosión. No hacía tres tardes que Genaro Zaldúa había sostenido con firmeza, en el transcurso de una de tantas tertulias en casa del Pulcro, que ninguna rama de ETA llevaría jamás a cabo acciones indiscriminadas contra la población. Y Josu Ruiz, que por esos días se mostraba agrio y pleiteador por culpa de una rescoldera, le contradijo no menos firmemente y le retó a una apuesta, que el otro aceptó y perdió, como había de perder o ganar otras por el estilo en los meses siguientes. Aquélla fue la primera y por eso no he olvidado que fue ese domingo cuando me sucedió la contrariedad.

La Petra vino a limpiar muy entrada la mañana. En sueños reconocí la voz de su marido al otro lado de la pared. ¿Iñasio en nuestra casa? Pues daba que pensar porque mi cuñado, como no mediase algún caso de fuerza mayor, rara vez nos visitaba. La madre nunca le perdonó que le hiciera un hijo a la Petra antes de desposarla; hijo que al término de una gestación no exenta de complicaciones, nació prematuramente y murió a las pocas horas, dejando a mi hermana estéril para el resto de sus días.

—Tiene lo que buscaba y se merece —fue la seca réplica de la madre la noche que por teléfono le fue notificado el infortunio, y con esa misma sequedad siguió tratando a Iñasio después que le obligara a ingresar, iglesia mediante, en la familia.

El padre, que por entonces era un hombre muy distinto del pelele alcoholizado en que se convirtió a raíz del óbito de la madre, jamás se avino a respetar el nacionalismo con tintes devotos profesado por su yerno, a quien despectivamente llamaba el Peneuvista. Lo apedreaba a reproches que el otro escuchaba silencioso y cabizbajo, de pie con su corpacho y su rubor en el umbral de la cocina, porque a menudo ni a sentarse le invitaban. Después de un año de permanentes desaires, dejó de venir a la casa, razón por la cual la madre le tomó aún más ojeriza. Iñasio, caserote fornido y comilón, buena persona, la verdad sea dicha, trabajaba, desde que su padre decidió que no siguiera asistiendo a la escuela, en una vetusta y semirruinosa cervecería del barrio del Antiguo.

El sol ya estaba alto cuando entraron en el piso y nos sorprendieron dormidos con ropa y calzado, al padre en su habitación, encima de la sobrecama, en la que durante la noche una colilla sin apagar había ocasionado una quemadura de grandes dimensiones; a mí postrado por la resaca en el viejo sofá verde, la lámpara aún encendida, la moqueta sembrada de cigarrillos y monedas y en alguna parte la palangana con el vómito de las cinco de la madrugada. Tapándose las narices con la mano, la Petra se apresuró a abrir la ventana de par en par; pero no comenzó a poner el grito en el cielo hasta que no se hubo alejado del hedor y salido al pasillo, donde no tardó en percatarse de que ni el padre ni yo estábamos para otra cosa que no fuera

seguir durmiendo la mona.

La comida transcurrió en silencio. Hacía calor y las moscas revoloteaban incansables en torno de nuestras cabezas. Manteníamos todos la vista en los platos. De vez en cuando un sorbetón o ronchido de Iñasio me recordaba que había más personas a la mesa. A los postres el padre formuló tímidamente una pregunta a la Petra. Esta, rígidas las facciones, no le respondió. Tomábamos café; nadie hablaba ni osaba tampoco salir de la cocina, y yo tuve en ese instante la certeza de que ninguno de los tres varones allí reunidos movería un dedo ni diría una palabra en tanto mi hermana no lo hubiese autorizado. Lavaba ella vajilla en el fregadero cuando de manos a boca, sin revirar la vista hacia mí, rompió el silencio para decirme:

—Iñasio te ha conseguido un puesto en la cervecería. Lo que ganes para tus estudios. —Y añadió—: Mañana empiezas. Iñasio te explicará.

Así que mi cuñado había venido con el propósito de que yo le diese las gracias por el favor de haberme recomendado para un trabajo de temporero en aquella fábrica destartalada. Así que en eso estribaba la razón de su imprevista visita, en contarme que pasaría el resto de mis vacaciones, cuatro horas por la mañana, cuatro por la tarde, más los sábados hasta mediodía, disfrazado de obrero, de currelante, en un galpón sombrío de paredes húmedas, enmohecidas y agrietadas, donde se efectuaba el lavado de barriles. Tarea sin complicaciones, aunque sucia, reconoció Iñasio encogiéndose de hombros, pero qué quieres, si íbamos a eso más jodido lo tenían los pringados del reparto o los que se estaban la jornada entera al borde de la cinta mirando cómo discurría botella tras botella tras botella, con el oído perforado por el tintineo incesante y por el estrépito infernal de la maquinaria; gente la pobre que no tiene un segundo de reposo, que combate el hastío bostezando y a veces fumando un cigarrillo a escondidas del encargado, que, dicho sea de paso, no era otro que mi cuñado.

Cinco mil y pico semanales me pagarían por descargar de los camiones los barriles de metal vacíos, apilarlos en columnas de tres y ponerlos luego sobre dos barras paralelas de hierro roñoso, por las cuales bajaban rodando hasta el costado de la máquina de lavar. Allí los recogía, introduciéndoles un largo palo por el orificio, un casero cascarrabias, soplón de los encargados, tipo chaparro, maldiciente y ya no joven, que escupía sapos y culebras cada vez que le llegaba algún barril del revés. Pero estas cosas no las mencionó Iñasio aquel domingo último de julio, cuando estallaron las bombas de ETA político-militar y la Petra conoció la vida degenerada que el padre y yo llevábamos en casa, sino que lo descubrí por mi cuenta al día siguiente, vestido con un buzo azul marino que a media mañana ya estaba empapado de chorreaduras de cerveza podrida, y calzado con unas botas de goma negras y holgadas; las cuales, según Iñasio, me serían regaladas por la empresa si me portaba bien hasta el final, qué consuelo.

El segundo día se produjo una novedad desagradable, y fue que como faltasen brazos me pusieron a cargar barriles. Con ímprobos esfuerzos llevé rodando los tres

primeros hasta el fondo del camión. Al inconveniente de su peso enorme se unía la falta de asideros; llegaban, además, muy mojados y esto los hacía sumamente resbaladizos. Eso no era todo: las manos ardían de dolor al contacto con el gélido metal. Y para completar el suplicio, después de la jornada anterior las agujetas me atormentaban de tal manera que ya por la mañana temprano se me había hecho trabajoso llevarme a la boca la taza del desayuno. Que yo recordase, el diccionario de la Real Academia era lo más pesado que mis brazos habían levantado nunca. También ayudé a llevar un trecho el ataúd de la madre; pero no tenía la impresión de que hubiera pesado especialmente. Y desde luego, en comparación con uno de aquellos barriles llenos de cerveza, el diccionario y el ataúd se me antojaban dos objetos punto menos que livianos.

Completada la primera fila sobre el suelo del remolque, el siguiente barril había que colocarlo encima de alguno de los anteriores, un cometido para el que me faltaban tanto ganas como fuerza. Envidié una vez más la suerte de quienes trabajaban al borde de la cinta, por mucho ruido y aburrimiento que hubieran de soportar. ¡Como si la brega nuestra fuera cosa de pasarlo ricamente! Esto pensando enderecé el barril según vi que hacían los demás, tipos fuertotes, de manos coloradas y brazos de hierro, al lado de los cuales me figuro que yo debía de parecer un pajarito. Metían ellos una mano debajo y eso es bastaba para levantar el frío y desmesurado peso. Quise imitarlos, pero no pude. Discurrí entonces tumbar el barril, a fin de asirlo por unos pequeños rebordes que tenía en los extremos. No bien lo empecé a inclinar, se me escurrió de entre las manos ateridas, golpeando con gran estruendo las tablas del remolque. Al punto saltó el camionero fuera de la cabina, se puso a echar pestes y me amenazaba con el puño mientras yo entre mí pensaba: obrerillo grasiento, el día llegará en que les cuentes con orgullo a tus hijos pordioseros que conociste en persona a Hilario Goicoechea, el célebre escritor. Les contarás que pisé tu camión asqueroso, con el que espero y deseo vayas a parar al fondo de un barranco y te mates. Estas cosas me las traían a la mente la rabia y la tristeza que me daba hallarme en aquella deplorable situación.

Yo seguía encaramado al remolque y trataba de levantar el maldito barril. Los demás trabajadores pasaban a mi lado silbando y conversando, mientras acarreaban sus barriles con la misma facilidad que si estuvieran vacíos. Muchas vueltas y sacudidas y meneos le di yo al mío, sin sospechar que en su interior podría sublevarse el líquido. En ésas reparó en mí uno de los mocetones de carga, orejas como ronchas de cecina y cara ancha, muy a propósito para lo que estaba a punto de acaecerle. Vino éste, con achaque de ayudarme, a exhibir su fortaleza y de paso escarnecerme a vista de cuantos por allí se hallaban. Refunfuñando ostensiblemente atenazó con sus manazas de dedos aporretados y violáceos el barril caído. ¿Apenarme por la desgracia que le espera? Eso faltaba, sentir compasión de un bruto que había equiparado mi fuerza con las ventosidades de un marica. Pues sucedió que apenas hubo enderezado el barril, como a consecuencia de tanto vaivén la cerveza se hubiese hinchado en su

interior, saltó el tapón metálico impelido por un violentísimo chorro de espuma y le dio al mozo de lleno en la boca con que acababa de agraviarme. Tendido en el suelo del remolque, vomitaba sangre como un toro estoqueado. Con secreta complacencia yo lo veía sufrir y revolcarse en el charco espumoso, el buzo empapado de cerveza, su lengua salida a través de una grieta horripilante que le partía el labio en dos. Entre varios lo llevaron en volandas a la enfermería. La penita alegre que el pobre diablo me infundía se transformó en júbilo avieso cuando, al cabo de unos minutos, oí acercarse la sirena de la ambulancia y yo andaba lava que lava con cubo y fregona las tablas del remolque.

Cuatro semanas pasé entre aquellas paredes húmedas, agrietadas, renegridas; cuatro semanas con sus horas eternas, sus minutos interminables, sus instantes que parecían discurrir a propósito con lentitud para prolongar mi desventura y hacer desesperantemente ingratas las largas y tediosas jornadas de trabajo; cuatro semanas, en fin, apartado de mis amigos de La Placa, que ese mes se mostraron más emprendedores que nunca, como si hubieran decidido aprovechar mi ausencia para llevar a cabo el mayor número posible de acciones.

Contar las penalidades que pasé en la fábrica, ¿para qué? Fueron incontables y, sin embargo, ninguna de ellas enturbió tanto mis días como recibir noticia de las pandilladas, conciliábulos, ciscos, travesuras, farras y actividades de toda índole que La Placa estaba llevando a cabo sin mí. Mis vínculos con el grupo se redujeron durante esa época infortunada a las urgulinas de sábado o domingo, aparte alguna excepcional de atardecer entre semana, y a unas cuantas reuniones en casa del Pulcro, a las que llegaba rendido de cansancio luego de ocho horas de ajetreo en la cervecería, cuando adoptados los acuerdos, tomadas las resoluciones, a mis alegres compañeros no les quedaba mejor cosa por hacer que agravar mis penas relatándome lo bien que se lo pasaban, sus proezas recientes y sus proyectos de próxima realización; atormentarme mediante preguntas, alusiones y bromas no siempre veladas acerca de mi perra vida, y echar mano a las botellas de cerveza que yo sustraía de la fábrica en cantidades considerables, como vi que hacían muchos de los que en ella estaban empleados.

Por esa época empecé a volverme malo, ya voy a contar.

A punto de marcharme volví a decirles que aunque lo lamentaba no podía acompañarlos, porque al día siguiente tenía que levantarme temprano para ir a trabajar. Ellos se mostraron comprensivos y hasta apenados. Probablemente no se les ocultaba mi decaimiento. Genaro Zaldúa reveló una faceta solidaria que yo no le suponía. Todos refrendaron sus palabras bondadosas y un punto enrevesadas, y estuvieron de acuerdo con él en que cierta suma no pequeña aportada por mí para la compra de los aerosoles me confería el derecho a considerarme coautor de las pintadas. Unos y otros se ofrecieron a escribir en alguna pared de la vía pública cualquier frase o consigna que yo les quisiese dictar. Me abstuve por supuesto de darles el encargo, receloso de la sinceridad de aquella a manera de compasión que me mostraban, limitándome a expresarles tan ardientemente como pude mi apoyo al acto previsto para esa noche. Incapaz de soportar sus manifestaciones de euforia, me despedí.

En el vestíbulo, arrodillada, doña Mercedes quitaba el polvo al zócalo con una bayeta amarilla. Al instante se levantó y fue a la puerta para hacerme la cortesía de abrirla. Un mechón lacio caía sobre su frente y en la sonrisa ladeada brilló un momento la muela de oro. De pronto fijó en mis pupilas las suyas entre atónitas y consternadas, y llamándome una vez más Macario, me preguntó si el bizcocho no me había sentado bien, porque, reconoció turbada, era algo viejo. Negué rotundamente y entonces ella quiso saber si me hallaba enfermo o si había reñido con mis amigos. Por librarme de su acoso le respondí que desde hacía un tiempo me molestaba un dolorcillo en el estómago, cosa de poca monta que, según me había asegurado el médico, desaparecería con sólo guardar reposo. Esto dicho, se apartó de delante de la puerta, visible en su rostro la satisfacción de saber que mi aspecto alicaído no se debía a su bizcocho, y pude marcharme. Que mis compañeros no hubieran insistido en persuadirme a que me quedase con ellos esa noche, venciendo la escasa resistencia que, ahora me daba cuenta, deseaba oponerles, eso me repudría y por eso, acodado a la barra del autobús, de vuelta a casa, susurré un maleficio con miras a que fracasase su proyecto. ¡Les habría costado tan poco convencerme!

Las pintadas de agosto constituyeron el primer eslabón de una cadena de acciones encaminadas a difundir por la ciudad el nombre de La Placa. Aunque suscitaron varios escritos de protesta publicados en la prensa local, no les acompañó el éxito propagandístico que se esperaba, a causa de un descuido imperdonable de mis compañeros: ninguno de ellos se acordó de firmar la audacia. De esta forma, los enfurecidos detractores se ahorraron la molestia de responder a unos mensajes anónimos en los que tal vez ni siquiera habían reparado y se limitaron, si bien con mucha indignación, a reducir el acto a una fechoría contra la limpieza de la ciudad, propia de gamberros, de energúmenos, o como afirmaba una señora enfadadísima en su carta: «de granujas que se aprovechan de la noche para hacernos todo el mal que

pueden. Si les gusta manchar que manchen su casa, si es que la tienen esos vagabundos».

Algunas pintadas de La Placa duraron meses. La calina, el salitre, las lluvias otoñales fueron diluyéndolas poco a poco, pese a lo cual bastantes de ellas sobrevivieron perfectamente legibles hasta el invierno e incluso más. Otras, en cambio, desaparecieron a las pocas horas. Esta suerte corrieron todas las de Josu Ruiz que afrentaban al alcalde Alkain. Sin llegar a secarse fueron tachadas con otra pintura. Yo sólo alcancé a ver la que trazó en una de las paredes laterales del Hotel Londres: ALKAIN, TE SERRAREMOS LAS PIERNAS. El Pulcro, siempre ocurrente, se dedicó a pintar puertas del lado izquierdo de automóviles blancos, dieciocho en total; en ellas escribió cuidadosamente sendas letras mayúsculas en color rojo con la esperanza, decía, de que alguna vez un embotellamiento reuniese a todos esos vehículos en el orden necesario para poder leer: GORA EL AZAR OBJETIVO. Después, con lo que le sobró de pintura, discurrió trazar una línea continua a lo largo de las fachadas de la calle de San Marcial, sin excluir lunas de escaparate ni entradas de portal. Se conoce que a la mitad del tercer edificio se le quedó vacío el aerosol.

Un éxito que ni ellos mismos podían prever obtuvieron andando el tiempo dos de las numerosas pintadas que aquella noche realizaron conjuntamente Genaro Zaldúa e Izaskun Ayestarán. La primera, una palabra encerrada dentro de un óvalo, sobre el pedestal de una farola situada en el paseo de la Concha muy conocida por cuanto a menudo sirve de emblema de la ciudad, junto con la famosa barandilla blanca, resistió lo suficiente como para ser reproducida por chiripa en algunas tarjetas postales. TEMBLAD, decía, y no desapareció hasta que al término de unos comicios la borraron funcionarios municipales con ayuda de cierta máquina que dio mucho que hablar entonces. Por capricho de la casualidad, la otra, TODOS A NICARAGUA, aún alcanzó mayor difusión. Y fue que en el transcurso de uno de tantos tumultos callejeros, frecuentes en la ciudad por aquella época, un miembro de la policía antidisturbios la emprendió a porrazos y patadas con un joven que yacía en la acera, el rostro bañado en sangre, las palmas de las manos unidas en señal de imploración. La escena, no por brutal menos cotidiana, acertó a retratarla un fotógrafo, y quiso la fortuna que al fondo de la imagen se hallara una pared blanca en la que podía leerse con entera claridad la frase debida a Izaskun y Genaro. La instantánea fue publicada en el periódico *Egin* y en una revista de temas políticos afín al separatismo; posteriormente, ampliada, ilustró el cartel electoral de cierto partido nacionalista, aliado fraterno de ETA, que comenzó a prosperar por aquellos días. Izaskun Ayestarán estuvo a punto de solicitar su ingreso en esa formación política, sólo por agenciarse el cartel que finalmente consiguió por otros conductos.

Renombre y fama, aunque mala, se supone que debía haberles procurado a mediados de agosto *Encarnita, la mujerzuela que padecía horriblemente*. Fue éste o quiso ser un serial radiofónico de sobremesa, puesto en antena bajo los auspicios de aquel locutor amigo a quien Genaro Zaldúa y el Pulcro Matallana conocían de sus

tiempos en la farándula. Por lo visto el programa resultó una plasta descacharrante, ruidosa y blasfema que no logró pasar de la tercera de las quince emisiones acordadas en un principio. Una decisión de arriba, por así decir, impidió que el escándalo se consumase por completo. Sobre la historia desvariada de Encarnita yo no sé sino lo que me contaron, ya que no pude escuchar un solo capítulo de la serie ni leer su guión, pues mis compañeros, confiados en sus dotes improvisadoras, no se tomaron la molestia de escribirlo. Cualquiera de ellos que recibiese un soplo de la inspiración acercaba la boca al micrófono y soltaba la ocurrencia, mientras los demás se encargaban de los efectos especiales, consistentes por lo general en silbidos, gritos, eructos y un zangoloteo infernal de cencerros y sonajas. De este modo, en medio de una trápala incesante, se desarrollaba el relato absurdo de las desventuras de Encarnita, la monja heroinómana, abortista, malhablada y por supuesto ramera, a quien lo mismo prestaba voz uno que otro, compitiendo todos ellos por pronunciar las mayores obscenidades y chocarrerías.

La tarde en que había de radiarse el capítulo segundo llevé el transistor a la cervecería y lo tuve guardado en un bolsillo del buzo hasta que poco antes del comienzo de la radionovela lo saqué, extendí la antena, y pensando que con ello no hacía nada malo ni prohibido, lo conecté. Aún no había conseguido localizar la emisora, cuando el casero tufillas que atendía a la máquina de lavar vino desalado hacia mí y entre palabrotas y amenazas me conminó a apagar el aparato; si no, dijo, iría corriendo a la oficina a poner el caso en conocimiento de los jefes. Toda la tarde estuvo vigilándome desde el fondo del galpón, la cara ceñuda bajo la luz mortecina de la bombilla. En los descansos de la máquina se le oía mascullar. A veces, con el avieso designio de arredrarme, propinaba sin más ni más una sarta de palazos a los barriles. No había obrero que pasara a su lado a quien no detuviera con el fin de ponerle en autos sobre mi presunta gandulería. A todos hablaba a voces, de forma que yo le oyese denigrarme, al par que me apuntaba con el dedo, como a criminal. No se daba cuenta de que los interpelados encubiertamente me guiñaban el ojo ni que por señas y gestos me daban a entender que no le hiciera caso; con lo cual, y saber que desde antiguo lo apodaban el Sapo, muy pronto aprendí a perderle el respeto.

La esperanza de escuchar al día siguiente el capítulo tercero me inspiró un plan enderezado a ablandar al Sapo, desenojarlo y reducir en lo posible los celos que yo le infundía. Por la mañana trabajé con más ahínco que nunca, cuidándome muchísimo de no enviarle un solo barril del revés. Durante la faena prescindí de mi costumbre de silbar, en la inteligencia de pasar inadvertido. A la hora del almuerzo hice de tripas corazón y me acerqué a ofrecerle un cigarrillo. El Sapo me miró un instante con fijeza. Sin duda desconfiaba; pero aun así aceptó el convite. Fumábamos y comíamos en silencio, cada cual de lo suyo, y a veces él le daba un tiento a un porrón con cerveza y gaseosa que acostumbraba poner a refrescar en un balde lleno de agua y trozos de hielo, adosado a la pared. El Sapo bebía como un niño de teta, chupando golosamente el pitón. Verle mamar de aquella forma me repugnaba hasta el punto de

antojárseme un rasgo cortés de su parte el no invitarme a un trago. No me costó implicarlo en un diálogo insustancial, que aproveché para rendirle mi albedrío, tratando por todos los medios de ganarme su confianza; y así, cuando al término de la jornada matinal vi que correspondía de buen talante a mi despedida, sacudiendo la mano desde lejos, tuve el grato presentimiento de que no se pasaría la tarde con ojo avizor.

De retorno al trabajo, tras la comida en casa, albergaba tan firme convencimiento de que por fin escucharía un capítulo de Encarnita, que por primera vez desde mi ingreso en la fábrica la vista del vetusto edificio, entre cuyas paredes fuliginosas y agrietadas yo pasaba tan malas horas cada día, no me deprimió. Consciente de los riesgos que entrañaría un exceso de confianza, determiné proseguir con la estrategia de la mañana y fingirme voluntarioso y buen chico durante la hora previa al inicio de la radionovela. Mientras el Sapo efectuaba las manipulaciones pertinentes con el fin de poner en marcha la máquina, tomé una escoba, y sin que nadie me lo ordenase, comencé a barrer el suelo del galpón. Al verme, el Sapo hizo señas para que me acercara a barrer su choco; deseoso de complacerlo, acudí con presteza, y era tal mi servilismo que sólo me faltó lamerle las botas para parecer su perro. Creyó él sin duda que mi actitud sumisa le confería alguna autoridad sobre mí y me mandó que fuera a traerle hielo en el balde. Cumplido el encargo, no apartó la vista de la máquina cuando pasé a su lado. Esto se me figuró un más que buen augurio: la prueba indiscutible de que el simploté ya no me vigilaba. La fase siguiente del plan era crucial. Todos mis esfuerzos se encaminarían a evitar que aquel hombre odioso advirtiera mi presencia en la entrada del galpón. Con ese fin determiné mandarle los barriles de forma que en el mismo instante que acudiera a sacar uno con el palo yo colocaría otro sobre las barras; así, si por casualidad dirigía la mirada hacia mí, me vería siempre ocupado, trabajando los dos en perfecta compenetración. Mis previsiones se revelaron acertadas, y durante más de media hora la labor discurrió a buen ritmo, sin detenciones ni (lo que aún era más importante) miradas oblicuas o de frente por parte del Sapo. Faltando poco para las tres, momento en que empezaría la fantochada radiofónica de mis amigos, le envié en un abrir y cerrar de ojos obra de veinte barriles, con idea de tenerlo abastecido para largo rato. Le indiqué a continuación que me urgía ir al servicio. Envuelto en la nube de vapor que despedía la máquina, el Sapo hizo un gesto de aquiescencia y siguió con su trabajo. Tras cerciorarme de que no me observaba, me oculté en un recoveco entre las columnas de barriles sucios, dispuesto a escuchar un cuarto de hora de programa; conjeturé que más tiempo no me sería posible permanecer ausente sin levantar sospechas. Agazapado en mi escondite, conecté el transistor a muy bajo volumen y con inmenso placer oí a la locutora anunciar en un tono neutro, profesional, el inminente comienzo de la radionovela. La misma voz declaró a continuación la temperatura ambiental en la ciudad; después, silencio, y de pronto, solemnes, rotundos, los compases del himno nacional de la Unión Soviética, sintonía musical elegida por mis compañeros para

introducir su programa. Fue cuanto pude escuchar antes que me cubriera la sombra. Por el rabillo del ojo reconocí las botas de cañas recortadas del Sapo. Había junto a ellas dos borceguíes negros con suela de goma que tampoco me eran desconocidos. Iñasio alargó la mano en espera de que yo le entregase el transistor. Apenas se lo hube dado, hizo ademán de zumbarme un revés; pero tuvo el acierto de contenerse, porque como me llamo Hilario que si me llega a tocar un solo pelo de la cabeza, no habría aguardado a la noche para demoler su automóvil a trancazos. Al fin se conformó con dirigirme una reprimenda, movido sin duda por el propósito de satisfacer al Sapo. Reconozco, no obstante, que Iñasio se portó bastante bien conmigo. Una vez salvadas las apariencias, en cuanto se presentó una oportunidad me restituyó el transistor. A la Petra no le contó una sola palabra de lo sucedido.

Aquella misma tarde se acabaron Encarnita y sus padecimientos horribles. La notificación, escueta, les salió al paso a mis compañeros cuando, nada más concluir el tercer capítulo, en alegre tropel abandonaban la emisora, situada justo encima de la iglesia de los jesuitas. A mi llegada al piso de los Matallana, con la bolsa repleta de botellines, hallé a los cuatro festejando bulliciosamente el prematuro final de la monja depravada.

—Desmestia esas facciones, proletario —se guaseó Josu Ruiz al verme— y reparte cerveza porque tenemos que brindar. La Placa ha obtenido hoy un triunfo histórico.

El Pulcro se apresuró a soltar su acostumbrada chirigota:

—Yo ya me veo citado en los libros de la escuela.

Supe a continuación la causa de estar mis compañeros tan alborozados y, por darles coba, no vacilé en calificar de particularmente atrevido el programa de esa tarde. La prohibición de seguir con el serial no me pillaba de sorpresa, les dije; y concluí como si estuviera al cabo de todo:

—Os habéis pasado.

Desde la emisión del primer capítulo les había hecho creer que cada tarde, a las tres, conectaba el transistor para deleitarme con las peripecias de Encarnita. Se suponía que tan pronto como empezaban a difundirse por el galpón los sones del himno soviético, se paraban las máquinas, se interrumpían las cargas y descargas de los camiones y no menos de diez obreros del sector de barriles venían a arremolinarse en torno a mí, precedidos por el encargado, que era el que más gozaba con la audición. Se deja imaginar el halago y complacencia que semejante embuste producía en los miembros de La Placa y con cuánto entusiasmo brindaban, y yo con ellos, botellín de cerveza en mano, por lo que entendían «éxito grandioso de la radionovela entre la clase trabajadora». Genaro Zaldúa trasudaba exaltación.

—Tres días de cachondeo sin restricciones —afirmó— han sido suficientes para alcanzar un objetivo al que ETA aún sigue aspirando en balde después de una década de tiros y bombazos.

Yo me esforzaba por mostrarme tan contento como ellos y por que mi risa,

aunque forzada, no desmereciese junto a la suya, sin saber a ciencia cierta qué clase de interés podía seguirse de semejante simulación, como no fuera el de verme en el brete de poner una nota atribulada y antipática en medio de la general alacridad. Temía que en un descuido aflorase a mis facciones el despecho pungente, la corrosiva frustración de no haber podido participar en aquella al parecer tan deliciosa experiencia radiofónica. Joviales y bulliciosos, mis compañeros intercambiaban felicitaciones, hacían gestos cómicos, bromeaban y bebían cerveza, mi cerveza, a gollote. Su exultación locuaz, su regocijo desbordado, les impedía advertir el reconcomio feroz que bajo la máscara sonriente suscitaban en mí sus risas, muecas y chufas. Experimenté entonces la aguda quemazón motivada por la dicha ajena; pese a lo cual y desconocer los detalles del escándalo triunfal que festejábamos, yo mostraba alegría y brindaba como cualquiera de los concunentes.

Se me ocurrió por fin un subterfugio para sonsacarles información sobre lo que ellos ignoraban que yo no sabía, y fue que declarando un presunto deseo mío por resolver una duda mordiente, les rogué me revelasen de quién habían partido las barbaridades o los sarcasmos a que principalmente cabía atribuir la suspensión del programa. Al instante cuatro yoes rotundos se disputaron la preeminencia acústica. Tal como yo había supuesto, cada miembro de La Placa se consideraba a sí mismo el héroe que con sus intervenciones ante el micrófono había logrado sacar de quicio al mandamás de la emisora. Se enzarzaron todos ellos por esta causa en una disputa bufonesca. Izaskun Ayestarán opinaba que con sus consignas de apoyo al gobierno sandinista, intercaladas hasta la saciedad a lo largo del relato, sus referencias sin tapujos a las arduas menstruaciones de Encarnita, así como el nada desdeñable atrevimiento de haber llamado dos veces por capítulo hijos de puta a los oyentes, se había cargado ella sola el serial, ¿sí o no? No, rugieron al unísono los demás, y el Pulcro dijo con estas o similares palabras:

—Apeaos de la nube, tíos. Al menda lerenda hay que agradecer que nos hayan puesto de zancas en la rúe. ¿Habéis olvidado la felación al sochantre enano de Calahorra? O, esta tarde, ¿el barullo orgiástico entre monjas y cerdos en la pocilga de la abadía?

Le abuchearon y solicitó mi parecer:

—Lo de la felación —afirmé sin titubeos— fue un golpe fuerte. Más de un obrero se santiguó.

—¿No os lo he dicho? —se jactaba—. Si fuera por vuestros chistes pastoriles aún seguiríamos en la radio.

Para Josu Ruiz no existía duda de que en sus improperios contra el alcalde había radicado la causa fundamental de la censura del programa. Le replicaron sus compañeros y él hizo un intento de reafirmarse; pero a la primera palabra le obligaron a callar a puro de abucheos. Hasta la siguiente urgulina, varios días después, no pude enterarme de los numerosos insultos que en el curso de los tres capítulos había dirigido al alcalde Alkain, a quien entre otras cosas acusó de promover intrigas

destinadas a erigir un muro de Berlín en la ciudad, de modo que San Sebastián quedara partida en dos sectores, abertzale el uno y españolista el otro; y también le había acusado de ser el que a escondidas orinaba fuera de los mingitorios de la casa consistorial. Por boca de Encarnita había dicho que cerca del setenta por ciento de los donostiarros deploraba que un calvo dirigiese los asuntos del municipio, y que era imperdonable que éste se valiera del poder que le confería su cargo para impedir el establecimiento de un servicio de horcas y guillotinas a precio módico en la plaza del Buen Pastor, junto a la catedral, negando de este modo a los ciudadanos de extracción social humilde el derecho a quitarse la vida con garantías higiénicas y sanitarias. Citó otros muchos escarnios por el estilo, y yo le di razón en todo y le hice creer que secundaba su sospecha según la cual una llamada telefónica desde el ayuntamiento o desde la sede de un determinado partido político había precedido a la decisión de suprimir aquel programa contrario a los intereses de la primera autoridad municipal.

En cuanto a Genaro Zaldúa, arrellanado en la vieja butaca (una mano posada furtivamente en el muslo de Izaskun, con quien ya todos sabíamos que andaba mancornado), se esforzaba por no perder baza en la porfía; pero sus palabras, en contraste con las resueltas y ágiles de sus amigos, sonaban vacías de sinceridad, grises y despuntadas. Sus gestos carecían de la vehemencia aspaventosa que comunicaba a los de los demás el empeño ardoroso por conseguir que prevaleciese la propia opinión, y aun sus risas esporádicas sonaban un punto fofas y teatrales. Es lo cierto que su contribución a la gamberrada radiofónica, como él mismo habría de reconocer andando el tiempo, bien podía calificarse de tibia, por no decir pobre. En realidad, Genaro había acudido a la emisora con el velado propósito de frenar en lo posible las audacias y osadías de sus compañeros, guiado por el deseo de realizar la radionovela hasta el final, dosificando convenientemente las burlas escandalosas durante las catorce primeras sesiones y reservando saña y desvergüenza para descargar el mazazo de los mazazos el último día. Confiaba en exprimir de esta manera los ingentes beneficios propagandísticos que a su juicio comportaba una comparecencia de media hora diaria, de lunes a viernes, ante el micrófono de una de las emisoras de radio más escuchadas en la provincia. En consecuencia optó por la mesura durante los dos primeros capítulos, procurando dotarlos de una mínima ilación narrativa. Tan sólo el tercer día, al barruntar que las intervenciones afrentosas y blasfemas de sus compañeros motivarían la supresión del programa, se había sumado decididamente a la bufonada. Tuvo así ocasión de alegar que él había contribuido al escándalo en no menor medida que los otros; pero cuando le retaron a que presentase pruebas, sólo supo referir que había ofrecido una elevada recompensa a quien capturase muerta o viva a cualquiera de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Los días posteriores fue publicada en *La Voz de España* cerca de una docena de cartas al director alusivas al serial, de reprobación algunas, otras elogiosas. Advertí que todas las contrarias estaban mal escritas, preñadas de inexactitudes, de

incorrecciones lingüísticas, de citas erróneas, como si fueran obra de gente inculta. Las favorables, por el contrario, redactadas con estilo vivido y elegante, revelaban que sus autores poseían tan buen gusto como vastos conocimientos en materias artísticas y literarias. Mientras que las en contra habían sido concebidas con evidente estrechez de pensamiento, las a favor constituían todas ellas un dechado de ecuanimidad; aquéllas rezumaban chabacanería, éstas eran un arco iris de erudición y raciocinio; en el primer caso alababan a La Placa a su pesar, teniendo en cuenta lo desatinado y ridículo de sus vituperios, en el segundo mediante sensatos y muy verosímiles razonamientos. Para terminar, las cartas adversas estaban firmadas con nombres del tipo Pío Paz, Leoncia Cabrera, a más de un sospechosísimo Casimiro Brown, por lo que sin necesidad de mayores averiguaciones deduje a quién pertenecía la mente maquinadora de aquella especie de polémica epistolar entre iletrados y profesores. En su propia casa, delante de nuestros compañeros, le dije de sopetón que ya tenía guardadas en el archivo sus cartas del periódico. ¿Qué cartas? Le exigieron explicaciones y él, corrido pero retrechero, trató de eludir el tema. Incurrió sin embargo en un clarísimo desliz, con que se delató. Quiso seguidamente subsanarlo a puro de falacias, hasta que percatándose de que no convencía a nadie confesó; y es seguro que lo habría hecho antes de haber sabido que su secreta ocurrencia iba a granjearle tantos encomios y parabienes. Mérito, por nadie discutido, de aquella controversia urdida por el Pulcro fue no sólo contribuir a la difusión en la ciudad del nombre de La Placa con mayor eficiencia que cualesquiera acciones emprendidas hasta entonces por el grupo, sino lograr que en adelante misivas y artículos nuestros fuesen publicados con suma facilidad en las páginas del periódico más vendido en la provincia, fuera incluso del apartado de cantas al director. Buena acogida comenzaron también a recibir por esa época nuestros escritos en *Egin* y en algunas revistas, no tanto en *El Diario Vasco*, que a la sazón aún era un periódico de poca monta. Como contrapartida a ese trato favorable se nos creó reputación de humoristas, o de lo que Josu Ruiz, muy molesto, llamaba «payasetes que con ingenio inocuo alegran las páginas de los periódicos y eso sin cobrar un céntimo». A fin de que ninguno sucumbiera a tentaciones fáciles, propuso una ruptura radical con la prensa, única manera a su juicio de evitar que el marbete oprobioso nos persiguiera hasta el fin de nuestros días. Su postura resumida en la afirmación: «fama sí, pero no a cualquier precio» no halló un solo adepto entre sus camaradas; los cuales, más atentos a las conveniencias, secundaron sin vacilaciones a Genaro Zaldúa cuando dijo:

—¿Se puede atravesar un lodazal sin mancharse el calzado?

Con fecha de agosto de 1979 constan en mi archivo particular: una fórmula para ser feliz aunque se padezca cáncer, una receta mortífera de cocina, instrucciones para guisar funcionarios al ajillo, noticia de varias representaciones y recitales que jamás se celebraron, un cuento breve de Genaro Zaldúa, tres poemas (flojos) de Izaskun Ayestarán, una autoentrevista con fotografía incluida, en la que no aparezco, un artículo, dividido en dos partes, de Josu Ruiz sobre Billie Holiday y otros escritos

diversos, uno de los cuales, debido al Pulcro Matallana, como obtuviese cierta repercusión, quiero yo reproducir a seguida:

JUSTA POÉTICA «QUIZÁ CAIMÁN»

El Club de Amigos de la Lírica Total, más conocido en Europa con el nombre de La Placa, en su heroico empeño de divulgar cultura auténtica, convoca el Primer Concurso de Poesía «Quizá Caimán». Los participantes deberán atenerse a las siguientes normas:

- a) Al certamen sólo podrán concurrir personas de buena voluntad.
- b) Las obras se presentarán por sextuplicado, manuscritas en papel de estraza, sin manchas de sangre, antes de las tres y veinte (si llueve, antes de las tres y cinco) del próximo 15 de septiembre.
- c) Dentro de un sobre, a poder ser transparente, el concursante introducirá sus datos personales, más una copia adjunta del certificado de vacunación.
- d) Las obras no deberán sobrepasar las dimensiones que permitan su entera comprensión al término de una ojeada.
- e) El tema será libre, si bien el jurado otorgará preferencia a aquellos poemas que induzcan a la disolución del vínculo familiar. Asimismo se dejará a la elección del poeta la rima y el metro, aunque pudiera ocurrir que a última hora redondillas y serventesios no sean admitidos.
- f) Un jurado imparcial concederá un primer premio consistente en 60.000 pesetas y una estatuilla tallada en madera de tablón por el conspicuo artífice Marrajo de Puente la Reina, miembro fundador de La Placa y, por tanto, hombre de extraordinaria valía. Los autores clasificados en segundo y tercer lugar recibirán sendos accésit consoladores de 100.000 y 300.000 pesetas respectivamente, además de cinco estatuillas de cuarzo el primero y diez de jade el segundo, debidas todas ellas al prodigioso cincel del imaginero supradicho.
- g) La obra ganadora será publicada entera o parcialmente en el número 1 de la revista La Placa, de inminente aparición.
- h) Se establece una submodalidad de soneto de diecinueve versos, el undécimo de los cuales deberá obligatoriamente rezar: «El rosicler mi prima contemplaba». La cuantía del premio será negociada en privado con el ganador.
- i) El fallo del jurado será justo e inapelable.

Y a continuación constaban las señas a que debían ser remitidos los originales, las cuales no eran otras que las del propio Pulcro, en el barrio de Amara.

El archivo experimentó un notable crecimiento a consecuencia de aquel concurso disparatado. Pocos días después de aparecer las bases en *La Voz de España*, el periódico publicó por su cuenta un resumen de las mismas, precedido por varias cartas laudatorias de las que al menos una, firmada con seudónimo, se debía a mano conocida. Todas ellas coincidían en rechazar el arbitrio de los certámenes literarios, porque introducen el espíritu competitivo en el arte, porque fomentan la figura del escritor eficaz y por otras razones de diversa índole. Les parecía a los autores de las cartas que *Quizá caimán* satirizaba certeramente la nefasta costumbre de organizar premios de literatura. En términos encendidos se adherían a la iniciativa de La Placa y alababan su sandunga. Muy pronto otros diarios, revistas y emisoras mostraron interés por el tema, a tal punto que no hubo medio de comunicación en la ciudad que no difundiese una nota llena de embustes redactada por Genaro Zaldúa, según la cual, en vista del alud de originales que estaba llegando por esas fechas a la sede de La Placa, la comisión organizadora del concurso había tomado el acuerdo de prorrogar quince días el plazo de entrega, que de este modo quedó fijado para las nueve de la noche del día 30 de septiembre.

Duro hueso fue, en medio del festín de encomios, esta carta aparecida por

aquellos días veraniegos en un periódico:

Ignoramos cuántos y quiénes son. Sabemos que se hacen pasar por escritores de vanguardia. Se rumorea que han tenido algunos libros en las manos. ¿Los habrán leído? Usan de un humor desenfadado, insolente, un pelín pasota para mi gusto y para la gravedad de los vientos políticos que soplan en nuestra tierra. De vez en cuando publican escritos chistosos en el periódico. Se les alaba por ello y por haber creado un concurso muy jatorra de poesía. En castellano, faltaría más. Hay quien asegura que hace poco trataron de poner en antena un serial radiofónico muy del tono de ciertas pintadas que se perpetraron en las paredes de Donostia algunos días antes. Se comenta por las esquinas que lo de la radio les salió rana; pero aun así no parece que ellos se hayan desanimado. Han venido a resistir. Contra viento y marea seguirán tratando de arrancarnos una sonrisa, intercalando sus atrevidas notas de humor en el torbellino diario de noticias que hablan de muertos, encarcelamientos, tortura y represión en Euskadi. Verdaderamente digna de lástima y de sospecha la escasa sensibilidad que muestran por la lengua vasca estos aguerridos vanguardistas. Aberri bakarra zu zaitut, euskara! A mí el grupo españolista La Placa nunca me hará reír.

Iñigo Zulueta y la cuadrilla Gure Ametza de Intxaurreondo

La carta fue escrita de noche. Fuera llovía y estuvo tronando hasta la madrugada.

Porque sí, dijo, porque le había picado la pulga inoculadora de la generosidad y para celebrar su fiesta de no cumpleaños, un domingo de aquel mes de agosto Josu Ruiz nos invitó a comer en un restaurante de la Parte Vieja. Comimos mucho y bien a sus expensas, salvo Izaskun Ayestarán, que postrada en cama desde hacía dos días por imperativo de su natural jaquecoso, no pudo acompañarnos; y como nos refiriese Genaro Zaldúa que una hora antes la había dejado en casa llorando, le hicimos llegar desde una floristería, a cuenta asimismo de Josu Ruiz, un espléndido ramo de claveles con una nota consoladora firmada por los cuatro. Consumidos postre y cafés, puro en boca salimos a la calle, y caminábamos por ella, a la sombra fresca de las casas, departiendo amigablemente, cuando de pronto divisó Genaro Zaldúa un chusco de pan tirado al pie de una papelera y se agachó a recogerlo. Tomaron direcciones opuestas camisa y pantalón; asomó por la abertura un lomo velludo y un fleco de hilachas del calzoncillo siquiñoso. Hubo entre los demás no poca risa pensando no le hubiese saciado la tragantona que acababa de pegarse, y en camelo hacíamos entre nosotros cabalas sobre si nuestro amigo habría nacido con un baúl en el estómago o si tendría alojada en los intestinos, a modo de solitaria, una serpiente boa. Se enderezó Genaro Zaldúa con el hallazgo, y llamándonos a su lado, mostró propósito de aleccionarnos en una treta para patear palomas que decía haber aprendido recientemente de Izaskun. A fin de poner por obra el propósito, recibido con unánime aprobación, nos dirigimos sin tardanza hacia los jardines de la Alameda. Llegando al Boulevard, se deshizo el Pulcro de su tagarnina, porque se mareaba, y con cinco duros que socaliñó a Josu Ruiz corrió a proveerse de caramelos de menta al puesto de chucherías instalado bajo uno de los arcos del porche. Salían en aquel momento varias personas del café Barandiarán. Josu Ruiz reconoció entre ellas a Gabriel Celaya y con vocecilla de cotillero nos llamó la atención sobre él. Nunca antes había visto yo de cerca a un poeta famoso. Me impresionó vivamente el porte distinguido de aquel hombre anciano, grande sin llegar a corpulento, de mirada aguanosa, tez rojiza, expresión afable y cabellera blanca. Caminaba ayudándose de un bastón e iba diseminando por la calle el continuo je je je de su risita. Genaro Zaldúa arrojó al grupo una mirada aguileña, y rascándose el cogote, el veguero entre los labios, se interesó con chunga irreverente:

—Pero ¿no la había palmado y le dedicamos no hace mucho un minuto de silencio?

Cruzamos la calle y a propuesta de Genaro Zaldúa nos sentamos los cuatro en un banco próximo al templete, sobre cuyo tejado se soleaba muy a su sabor algo más de una docena de palomas. Apenas hubo comenzado nuestro compañero a explicarnos los rudimentos de lo que llamaba «arte pataderil», el repentino pistonazo de una moto desbandó las presas, que aleteando frenéticamente volaron por sobre las copas de los olmos en dirección al tamarindal de Alderdi-Eder, a unos doscientos metros de donde

nos encontrábamos. Hacia allí nos dirigimos y por el trayecto Josu Ruiz rompió a despotricar contra las palomas. Que si pajarracos glotones, que si no tienen color ni cantan, que si les había tocado en una tómbola el privilegio de simbolizar la paz, que si lo mismo podían haberse llevado el premio las moscas o los besugos. Y concluyó, gesticulante:

—Está visto que en las guerras radica el principal sustento de las bellas artes.

Como si le hubieran quitado la idea de la boca, el Pulcro se apresuró a refrendar:

—Si la gente dejara de matarse, adiós literatura.

Tomó la palabra Genaro Zaldúa, en un puño el pan hecho gigote, peinándose con los dedos de la otra mano las largas barbas patibularias:

—ETA, proveedora de temas y argumentos, debería estar subvencionada por el Ministerio de Cultura.

El gesto soñoliento, el mirar perruno, cojeaba Josu Ruiz por el borde de la acera.

—Desde un punto de vista estético —dijo—, lo que me gusta del País Vasco es que vas por la calle tan tranquilo, bajas la mirada y, zas, descubres delante de tus pies un charco de sangre.

A todo esto resolví participar en la conversación, temeroso de que si seguía callado mis compañeros dieran en creer que no compartía sus opiniones. Considerando entonces que a la vista de cuanto ellos acababan de afirmar no decía yo ninguna inconveniencia, auguré que la lucha armada en Euskadi desembocaría tarde o temprano en un auge de la narrativa vasca. Se detuvieron ellos de golpe, enristró Josu Ruiz hacia mí y no sé con qué intención me dio una palmada en la paletilla:

— Verdaderamente eres único, Hilario —y se echaron los tres a reír de buena gana y yo con ellos sin saber por qué.

En la tarde estival Alderdi-Eder, de bote en bote, presenta una típica estampa de domingo. La bulliciosa chiquillería se arracima en torno a unos pocos columpios y a la única chirriera. Un ejército de novios formales, de padres, madres y ancianos con carritos de bebé abarrota los senderos del jardín florido. Apenas queda un hueco libre en los bancos. El bochorno aprieta entre una y otra racha ocasional de brisa fresca. Sentada bajo la sombrilla, la barquillera, pregona desganadamente su mercadería, y unos pasos más adelante un mendigo con carita de pena, exhibe a pleno sol las llagas de sus pies. En la escudilla se aburren no más de dos duros y algunas rubias. Un rectángulo de cartón da noticia de su miseria: PADRE DE 5 IJOS, ENFERMO, SIN TRABAJO, PIDO POR AMBRE. Pasamos entre él, recostado en la barandilla, de espaldas a la playa, y dos señoras que lamen sendos helados y lo contemplan a prudente distancia. La una comenta:

—Chica, anda tú a saber si esa lepra es contagiosa.

Tras larga búsqueda, divisamos por fin un banco desocupado junto a la estatua de los leones, a los cuales el Pulcro dibujó quevedos rojos la noche de las pintadas. Allí instalados, acude a las migajas una paloma, seguida del buchón. Este, más atento a conquistar que a poner remedio a la gazuza, danza y se pavonea delante de la hembra,

que, desentendida de cortejador y cortejo, pica que pica los trocitos de pan dispuestos en una hilera que conduce directamente al banco. Obedeciendo instrucciones de Genaro Zaldúa ninguno de nosotros habla ni se mueve. Cuatro pares de zapatos aguardan el momento oportuno para el ataque; pero de pronto un mocasín de Josu Ruiz se precipita y antes de tiempo arroja al aire un puntapié que, sin alcanzar a ninguna de las dos aves, las espanta. Reconvención y propósitos de enmienda. Llegan nuevas palomas en busca de una ración de patadas. En algunos casos la reciben y en otros no, y se van despavoridas. No son pocas las que, recobradas del susto, regresan después de un rato a repetir fortuna. A veces se posa en el suelo algún gorrión solitario, que a saltitos presurosos se acerca a recoger su miga y sin pérdida de tiempo se aleja con ella en el pico para disfrutarla a su salvo sobre las ramas de los tamarindos. Yo me digo entre mí que debería bandearme en la vida igual que ellos.

Agotado el cebo, tuvimos que dar paz a las palomas, con pena al parecer de algunas de ellas, que aún no escarmentadas seguían congregándose en los alrededores del banco. Abandonamos Alderdi-Eder con designio de desplazarnos hasta la tetera, nombre con que por aquella época se conocía en la ciudad a una zona de la playa donde les estaba a las mujeres permitido solearse con los pechos desnudos, razón por la cual la barandilla desde la que era posible contemplarlos constituía un lugar de continuo peregrinaje. Yendo los cuatro paseo de la Concha adelante, metidos en la pacífica riada de transeúntes, vimos venir en dirección opuesta una ringla de niños mongólicos, cogidos de la mano por parejas. Serían hasta veinte, más dos personas adultas a la cabeza de ellos, que los guiaban. Provistos unos de globos, otros de banderines, hacían los niños el efecto de haber estado en alguna fiesta. Venían caminando muy formales, y a su paso la gente se paraba a mirarlos, dedicándoles los más una sonrisa entre piadosa y apenada que desató la cólera de Josu Ruiz.

—Hay que socorrer como sea a esos desvalidos.

Genaro, no sé si en serio o porque barruntó diversión y aventura, convino de inmediato en la propuesta:

—Es causa noble. Vamos tras ellos.

Sin demora desanduvimos un trecho y nos colocamos a la zaga de los subnormales. Caminábamos muy seguido de ellos, como si formáramos parte de la insólita procesión. El Pulcro Matallana, con malicia de provocar tal pensamiento en los transeúntes, remedaba los andares del niño que le precedía, achinaba ojos, inflaba mejillas y con balanceo de títere sacudía la cabeza. Josu Ruiz le arreó una pescozada y con esto se reportó. Siguiendo los pasos del grupo, a cada poco abandonábamos la fila con el fin de increpar a alguna persona de cuantas se detenían a mirar, que eran todas, y con especial virulencia a quienes parecían reírse o murmuraban. Por este último motivo tuvo Genaro gresca con un vejete, a quien llegó a sujetar por las solapas. Poco más adelante dejamos tiasas de susto a dos señoras, luego que una de ellas hubiera señalado con el dedo a nuestros protegidos. Pensaron las mujeres que seríamos nosotros tutores de aquella veintena de almas y se ofrecieron con

aspavientos mojigatos a efectuar un donativo. Recibieron por respuesta una andanada de groserías que las dejó patidifusas. De ahí a poco, a cinco o seis mozalbetes vestidos con bañador que hacían cola junto al puesto de golosinas, como advirtiéramos que se burlaban de los niños subnormales, les compelimos a pedir disculpas; lo hicieron y eso les salvó, menos a un gordito que entre ellos se hallaba, al cual el Pulcro, por capricho, le retorció la oreja malamente. Aún llamamos a capítulo y reprendimos a otros varios transeúntes antes de llegar a la plaza de Cervantes, donde de común acuerdo dimos por terminada nuestra acción benefactora. Apartándonos de la fila, nos sentamos en un banco a deliberar, y comoquiera que nos había llenado de orgullo lo que acabábamos de hacer, resolvimos dedicar la tarde a defender a cuantos lo necesitasen. Y decía Josu Ruiz:

—Tanto como escritores somos una comunidad de conducta. Esto tiene que quedar claro. Me niego rotundamente a formar parte de una camada de literatos. De una u otra manera las acciones de La Placa deben redundar en beneficio de la sociedad.

Le motejaron de exagerado y se moderó:

—Bueno, quiero decir que nos vincula un talante, ¿me entendéis?, y no el empleo preferente de estos o los otros adjetivos. En eso ha de consistir nuestro mérito: en lograr que algún día nos nombren los tratados de historia. Y para ello será necesario llevar a la práctica nuestros poemas en la vía pública. Tú, Pulcro, no olvides mencionar estas cosas cuando redactes una nueva carta para el periódico. Que nadie nos venga con el cuento de que sólo hacemos chistes. ¡Tenemos una ideología, qué porras!

—De paso —terció Genaro Zaldúa con ceño adusto— intercala algún elogio de lo vasco para halagar a los borrokas de la zona. Que no se repitan críticas como la del abertzalito de Intxaurreondo.

Fingiendo no estar al corriente del asunto, le pregunté a qué críticas se refería. Rezongó:

—Pues un gilipollas que nos ha tildado de españolistas en *La Voz*. Llevo su nombre escrito en un papel por si un día de éstos me da el golondro de ir a su barrio a ponerlo como un guante.

Se había levantado viento y en cosa de diez minutos los confines del cielo, más allá de la isla, se poblaron de negros vellones de tempestad que a ojos vistas se acercaban hacia tierra. El mar oscurecía y se rizaba por momentos, y en breve la raya del horizonte desapareció detrás de una cerrada masa de nubarrones. Avisados bañistas desalojaban presurosamente la playa, perseguidos por los primeros remolinos de arena. La galerna no tardaría en irrumpir en la bahía. Nosotros seguíamos con nuestra plática, cuando de pronto avistó Josu Ruiz a un anciano en silla de ruedas, que procedente de la calle de Easo se dirigía al paseo de la Concha empujado por una mujer. El inválido, abatida la cabeza, parecía dormido o desmayado. Desde lejos podían percibirse las ímprobos dificultades de la mujer para

abrirse paso entre el gentío que atoraba el angosto tramo de acera junto al hotel de Londres.

—Los van a aplastar —exclamó Josu Ruiz enfurecido, a tiempo que señalaba con el dedo en aquella dirección—. La gente cada día es más inhumana.

Considerando con buen juicio que los cuatro éramos demasiada escolta para un solitario paralítico y su guía, y que dos de nosotros bastaban para prestarles suficiente protección, dispuso que lo acompañase el Pulcro y sólo el Pulcro, pues quería asegurarse, dijo, de que el chaval se tomaba en serio la defensa de los débiles. Nos pareció a todos acertado hacerlo como él decía, y con acuerdo de reunirnos más tarde en aquel mismo banco, donde Genaro y yo permaneceríamos atentos al paso de otros desvalidos a quienes pudiésemos socorrer, se fueron ambos sin tardanza en pos del anciano de la silla de ruedas y de la mujer que tan trabajosamente lo conducía.

Ni cinco minutos discurrieron desde que los dos se hubieran perdido en la muchedumbre, cuando una acometida súbita de la galerna estremeció los quebradizos tamarindos y transformó el pelambre de Genaro en una llamarada de cabellos. Fucilaba hacia el Noroeste, cada vez más cerca. Hervía el paseo de personas en huida. Al borde del jardín, la barquillera se afanaba en plegar la sombrilla derribada, no lejos del mendigo impasible que tranquilamente hospedaba sus pies ulcerosos dentro de las alpargatas. Subía por la rampa de acceso a la playa un tropel de gente semidesnuda y trompicante, con los cuatro haberes apretados contra el pecho. Oculto el sol, sobrevino el primer trueno. Lloros infantiles, gritos y carreras. El aguacero descargaba ya con furia en la bocana.

—¿A que no hay redaños de aguantar aquí sentados la chaparrada?

Se me figuró que era Pichablanda, el enteco y asustadizo Pichablanda, tal como lo hube conocido años atrás en el barrio de Illarra-Berri, quien me escrutaba retadoramente desde el fondo de aquellos ojos desmesurados. Sentí en la mejilla una gota grande y fría.

—En la fábrica —respondí con calculada flema— ando mojado a todas horas.

Permanecimos en el banco hasta el final de la tormenta, solos los dos en la plaza vacía, sentados uno junto a otro sin mirarnos ni pronunciar una sola palabra mientras nos calábamos hasta los huesos.

El visitante accedía primeramente a un pequeño recibidor, la mitad por lo menos de cuyo espacio la ocupaba un ropero negro muy comido de carcoma. Entre el armatoste y la pared frontera quedaba un pasillo tan angosto que las personas corpulentas como Genaro Zaldúa debían atravesarlo de soslayo. Pendía del techo una lámpara antigua, cubierta de polvo, de las que llaman arañas, con copiosos colgantes de vidrio y bombillas en forma de vela, las más fundidas. De las pocas intactas escurría un resplandor demasiado débil para desalojar del recinto toda la penumbra. Una cortina opaca, corrediza, separaba el recibidor de la pieza principal.

Aunque, bien mirado, no deja de ser una exageración llamarla principal, pues otra que le disputase el rango no había, aparte un retrete minúsculo para cuya construcción se me figura que fue suficiente ponerle puerta a un hueco excavado en la pared. La pieza servía a un tiempo de dormitorio, cocina y sala de trabajo. Era amplia, pero estaba a tal punto abarrotada de cachivaches que no había posibilidad de desplazarse libremente por ella. Aquel sotabanco semejaba una casa de empeños.

Regía, sin embargo, el piélagos de trastos un orden perceptible a simple vista. Nunca en las numerosas ocasiones que allí estuve encontré una prenda tirada, un zapato descabalado, un disco fuera de su funda. Cada cosa ocupaba un lugar preciso y por lo común invariable, reunidas las del suelo en grupos separados por sendas que confluían en un calvero al borde de la cama. Eso sí, polvo y tamos había para dar y tomar.

Tenía la habitación, aunque cuadrada, propiamente tres paredes, pues una cuarta, a partir del remate inferior del techo inclinado, no sería más alta de un metro. La cama la ocultaba casi enteramente, adosada a ella entre la buhardilla y un rincón donde se hacinaban cientos de cómics. La cama era del tipo de las matrimoniales, muy larga y ancha, sin más cobijas que una manta rellena de plumas. Carecía de colcha y de almohada, y aparte su función habitual cumplía la de asiento, único, si se descuenta el suelo, en que podían acomodarse las visitas.

La buhardilla había sido habilitada para madriguera de un conejillo de Indias. A través de un ventanuco situado en la pared del fondo recibía claridad en abundancia. Debajo, en la sombra del rincón, se hallaba la jaula, permanentemente abierta, ante la que se extendía una parcela alfombrada de aserrín por donde el animalillo podía corretear y solazarse a su gusto. La parcela había sido acotada mediante un tablón. La medida tenía por objeto impedir que el voraz roedor emprendiera expediciones por la pieza y se dedicara, como en los primeros días, a mordisquear cables y desperdigar sus cápsulas por doquier.

En contraste con la pared baja, la opuesta mediría obra de tres metros de altura y acaso me quede corto. En su parte central colgaba una pizarra verde, ventana a menudo abierta a las ocupaciones y vivencias del morador de aquel ático. Escrito en ella con tiza blanca o amarilla, el visitante podía encontrar desde la reproducción de

un párrafo de Kant o de Bakunin, salpicado de acotaciones entre líneas, hasta el examen métrico de un poema; desde un pensamiento cualquiera hasta un bosquejo de carta destinada a pedir dinero al padre; en fin, desde una lista de compras hasta ejercicios de verbos y preposiciones en alemán.

Al costado izquierdo de la pizarra había dos grandes cartulinas fijadas con cinta adhesiva a la pared. Estaban separadas una de otra mediante una diana para dardos, en cuyo blanco de máxima puntuación campeaba un sello azul con la efigie de Franco, casi irreconocible por causa de los numerosos agujeritos debidos a los impactos. Recortes de revistas y diarios, que mostraban rostros célebres del arte y la filosofía, habían sido pegados sobre la cartulina más próxima a la pizarra. Un rótulo de grandes letras mayúsculas los declaraba HOMBRES NECESARIOS. Vecina de ellos, LA HEZ DE LA TIERRA: políticos en su mayoría, pero también militares, algún que otro escritor, su santidad el papa y la bandera de los Estados Unidos. Entre los primeros, Chaplin, Louis Armstrong, César Vallejo, Izaskun Ayestarán y otros; entre los segundos, Pinochet, Ignacio de Loyola, Hitler y el alcalde de la ciudad, además de la fotografía de don Raúl Matallana, aportada por su hijo. Curiosamente, Miguel de Unamuno figuraba en ambos lados.

Al pie del jeterío (término inventado por Genaro Zaldúa para designar las dos cartulinas recubiertas de jetas), se encontraba el tocadiscos, instalado sobre un mueble a manera de caja en cuyo interior se alineaba una numerosa colección de discos. Predominaban los de jazz; pero también había muchos de música clásica y no escaseaban tampoco los de salsa y canción latinoamericana. Probablemente fue en aquel ático donde atesoré el puñadito de conocimientos musicales que hasta el día de hoy componen casi todo mi acervo cultural en ese campo. Allí admiré por vez primera a Atahualpa Yupanqui, a Rubén Blades y a Count Basie; allí nació mi hábito de silbar cuando camino solo por las calles la melodía, que amo y nunca me abandona, de *Do You Know What It Means To Miss New Orleans*.

Recostado en el mueble de los discos se empolvaba un saxofón. Tenía una abolladura con raja en el recodo y quizá por eso no sonaba, si bien una tarde el Pulcro, soplando a morir, para asombro de todos los concurrentes consiguió arrancarle un agónico pitido. Una hilera de más de veinte tiestos con cactus de muy diversas clases ocupaba una balda adosada a la pared por debajo de la pizarra. Esta y otra fila similar de plantas antepuestas al zócalo llegaban hasta el costado de un viejo frigorífico, encima del cual había también una cantidad considerable de tiestos. A la derecha de éste quedaba el rincón del lavabo, que era la parte más oscura de la pieza. Repartidos por el suelo, sobre planchas de cartón, podía verse el balde de la basura, otro con patatas, un paquete de detergente, la regadera, un garrafón, botellas... El lavabo cumplía la doble función de fregadero y tina de las abluciones. Sobre él se hallaba un espejo circular con marco dorado a manera de festón. Era pieza antigua y quizá valiosa, como el ropero y la araña del recibidor, reliquias todas del palacete familiar que ahora iban llenándose de polvo y de manchas en el cuchitril del heredero

emancipado. Entre el espejo y la pizarra se extendían cuatro baldas paralelas, cuajada una de ellas de cintas magnetofónicas, en su mayor parte con grabaciones de la radio; en otra se veía el tarro de la miel, la vinagrera, un busto en yeso de Beethoven, la botella de aceite de oliva, el pote del té y los utensilios de afeitarse. Sobre las dos restantes se alineaban numerosas vasijas de vidrio con su correspondiente etiqueta escrita a mano: hierbabuena, llantén, manzanilla común, manzanilla bastarda, tila, poleo, mate tostado, salvia, raíces de malvavisco y otras muchas hierbas para tisanas. La parte superior de aquella pared alta estaba profusamente empapelada con reproducciones en color de cuadros famosos, anuncios de conciertos y carteles de teatro y de los festivales de jazz y de cine de San Sebastián. Había tantos que algunos se solapaban. Recuerdo asimismo una fotografía ampliada que mostraba a Heinrich Böll durante la recogida del premio Nobel y un dibujo a tinta del pintor Carlos Sanz, que residía en el mismo barrio.

Clavada en el techo con tachuelas, llamaba la atención una bandera de la segunda República: mugrienta y raída a más no poder, los bordes deshilachados y un siete en la franja roja sobre el cual el Pulcro, conchabado con Izaskun Ayestarán, por tomarme el pelo habría de inventar un suceso de bayonetas y requetés presuntamente acaecido durante la toma de Bilbao. Hice como que la batallita me pasmaba y no les oía llamarme iluso a sovoz. La leyenda despedía un olor inconfundible a episodio galdosino. Andaba en ella el abuelo Ruiz, ricachón metido a cabecilla revolucionario; el cual, de ese modo, se hacía obedecer en las trincheras por la misma gente que en su empresa de propiedad familiar debía someterse a sus mandatos. Impelido por bríos temerarios, la cabeza entrapajada y un manchón sanguinolento en el delantero de la camisa, el hacendado agitador había escalado la pared de un histórico edificio hasta el balcón donde se erguía el mástil, y arriado, en medio del fragor y la humareda, el paño de la causa. Silban las balas en rededor, los impactos desencadenan una lluvia de lascas y cascarilla y toda la fachada de sillares se puebla de boquetes. El abuelo, hecho un eccehomo, se descuelga como gato escaldado por impostas y ventanas, ceñida a la cintura la enseña que llevará corriendo hasta su mansión de Neguri, con el consabido escándalo y estupor de sus familiares tradicionalistas. Llega exhausto y malherido; esconde en un arcón del sótano la bandera y, vuelto al combate, lo mataron. Se supone que transcurridas cuatro décadas, un nieto de parecida fibra encontró por casualidad la olvidada reliquia, se la llevó consigo a otra ciudad y la fijó con tachuelas al techo de su zaquizamí, entre una lámpara con fanal de cordeles enrollados a manera de globo y un cartel del parque zoológico de Berlín, que mostraba a una madre chimpancé amamantando a su monito. En fin, dejó esto.

Adheridas a la parte inferior de aquel cielo raso en pendiente, justo por encima de la cabecera de la cama, una constelación de más de diez retratos fotocopiados de Karl Marx señalaba el número de muchachas que habían sido gozadas en el ático. Una broma al tuntún me permitió desentrañar un secreto cuya existencia ni siquiera sospechaba. La mueca de asombro y la mal contenida sonrisa que mi alusión suscitó

en quien llevaba aquel cómputo a la chita callando, me revelaron el sentido del mismo sin necesidad de mayores averiguaciones. Él, de buen humor, pero con un brillo receloso en la mirada, me amenazó con tronzarme la lengua si no la sabía refrenar delante de nuestros compañeros. A costa de éstos tuvimos los dos nuestros buenos ratos de juerga solapada cada vez que aparecía en el techo una cabecita nueva de Marx y ellos se entregaban a las más diversas y peregrinas conjeturas, con el fin de penetrar un enigma sobre el que su autor no cesaba de intrigarlos ni desorientarlos mediante pistas a cual más equívoca, y cuya verdad jamás les fue declarada ni por él ni por mí.

Adosada a la pared del fondo, la que se extendía desde el recoveco del lavabo hasta el rincón próximo al vano de la buhardilla, había una cómoda de madera noble, antigua y pienso que valiosa, con varias filas de cajones, cada uno de ellos provisto de su tirador sobredorado. Encima estaba el hornillo eléctrico, con vetas de churre y mugre torrada; a un lado, la vajilla, la tostadora, una balumba de cazuelas, el reloj despertador y el catalejo, y al otro, sirviendo de soporte al teléfono, los María Moliner y tras ellos el radiomagnetófono, muy bueno y de grandes dimensiones. Una espetera con diferentes utensilios de cocina colgaba cerca de la ventana, que era de dintel oblicuo, debido a la inclinación del techo, y tenía vistas a un sombrío patio interior. Mis compañeros contaban que en uno de los pisos de enfrente vivían varias chicas desnudas. A veces organizábamos turnos de vigilancia y tratábamos de descubrirlas con el catalejo. Lo cierto es que mi afán avizorador no obtuvo mayor recompensa que las molas de un señor a quien por lo visto gustaba salir a la azotea a solearse en calzoncillos. A la izquierda de la ventana, colgado de una escarpia, se veía un gran mapa de Suiza, con los colores muy comidos a consecuencia del vapor de las coceduras, y más hacia el rincón un tablero de corcho al que habían sido clavadas algunas fotografías hechas durante la estada en Italia con Izaskun, así como una lista de señas y teléfonos, cupones de los ciegos, décimos de lotería y un sinnúmero de papeles y papelitos. No olvido que fue en aquella lista donde encontré por vez primera cierto apodo con que me marcaron mis compañeros por la época en que estuve empleado en la cervecería.

Semiempotradas al tabique opuesto, dos estanterías metálicas alojaban una gran cantidad de libros amontonados un tanto a la diablo. Entre una de ellas y el vano de entrada cubierto por la cortina quedaba sitio para un facistol de madera bruñida, muy antiguo, sobre el que a menudo podían verse hojas manuscritas. Ambas estanterías estaban separadas por la portezuela del retrete, que era un nicho con el espacio justo para la taza, sin ventana, claraboya ni respiradero por donde se pudiese ventilar. Un letrero, apañado seguramente en alguna taberna, advertía: RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN. El chusco aviso entró en vigor a partir de una tarde de otoño en que a una evacuación mefítica de Genaro Zaldúa, siguió la inmediata y forzosa de todos los demás, que de estampía hubimos de abandonar la pieza. Entre nosotros la llamábamos el apartamento.

Hacía veinticuatro horas que soplabá aquel viento antojadizo. Por la mañana me acompañó hasta la cervecería, agitándose a mi alrededor como un perro joven y alocado. No era un viento cardinal, sino, por así decir, un vivalavirgen de todas partes y de ninguna, que andaba de bardanza, iba y venía formando caprichosos remolinos, soplabá de aquí, luego de allá, y tras ausentarse por breve espacio, enredado a lo mejor en el ramaje de unos árboles, a cien o doscientos metros de distancia, regresaba junto a mí con nuevos bríos, con nuevas ganas de travesura. De vez en cuando una racha irrumpía en el galpón y, al regolfarse, se llevaba consigo los vahos de la máquina. Poco antes del mediodía lo sentí pasar por última vez: una ventada que se perdió silbando en dirección al vaciadero de botellas, de donde no volvió. El aire de la fábrica no tardó en saturarse del acostumbrado tufo a cereal cocido. Recordé que la víspera, durante la cena, el reuma del padre había vaticinado agua. Se afirmó efectivamente el gallego, que trajo las nubes, aunque no de golpe, sino en vellones sueltos, suficientes con todo para que a eso de la una comenzara a pintar. A medida que avanzaba la tarde el cielo se fue enturbiando más y más, hasta que se recubrió de un gris sin fisuras, plumizo y tristón, con el que se esfumaron mis últimas esperanzas de improvisar una urgulina al término de la jornada.

Josu Ruiz vivía de costumbre con las persianas bajadas, conque no supo que estaba lloviendo hasta que abrió la puerta y vio mi paraguas chorreante. Se apresuró a desconectar el tocadiscos, porque ni siquiera el jazz, con significar para él más que una pasión, lo exaltaba tanto como el murmullo del agua al fluir por el tejado y los canalones. Tenía esos antojos líricos, que no ocultaba, aunque a menudo le acarreasen las mofas de sus compañeros. Por el ventanuco de la buhardilla sacó la mano con el fin de atrapar algunas gotas. Dentro de la jaula se desperezaba el conejillo de Indias, que era barcino y al que por ruegos e insistencia del Pulcro Matallana todos llamábamos *Mitia*. Había, en cambio, entre los miembros de La Placa controversia a la hora de designar la clase de animal. Cada uno prefería una denominación distinta, fuera la de cobaya, cobayo, conejillo de Indias, akuri o cuy, y la defendía con mayor o menor sutileza, invocando criterios filológicos que a ninguno convencían. Las discusiones se prolongaron durante semanas, hasta que una tarde, cerca del otoño, animados por el propósito de poner término a la discrepancia, acordamos por unanimidad que *Mitia* era un canguro. A mí, dicho sea de paso, la musaraña me mordió en la mano las dos veces que traté de acariciarla.

Por una vereda, entre los montones de cachivaches, me dirigí al rincón y deposité el paraguas dentro del lavabo. Impensadamente levanté la mirada hacia el tablero de corcho, donde volví a encontrar, junto a mi número de teléfono, el maldito remoquete. Se me figuraba poco ofensivo y eso era lo malo, lo que me hacía temer que como ninguno de mis camaradas, al aplicármelo, pensaría que me estaba injuriando, lo habría de llevar pegado a mí igual que un tatuaje. No negaré que yo

mismo me sentía descrito por el apodo. Varias veces había hecho en casa la prueba de pronunciarlo delante del espejo y en todas ellas llegué a la misma conclusión: la palabreja me venía que ni pintiparada, de suerte que poco a poco me fui haciendo el ánimo de que en breve no me habrían de dar mis compañeros otro nombre.

Josu Ruiz sacaba tiestos al tejado y regañaba:

—Esto no es lluvia ni es nada. Esto es rocío de recuelo.

Llovía, efectivamente, una agüilla ingrávida, brumosa, que flotaba en el aire ceniciento de atardecer como con pereza de asentarse. Llovía sin llover, aunque llovía de lo lindo, con silenciosa lentitud que fomenta la melancolía, el aburrimiento, el genio atrabiliario. Mientras colocaba dentro del frigorífico los botellines de cerveza, le dije a Josu Ruiz que el diccionario prevé la palabra calabobos para ese tipo de llovizna.

—Pues aquí los bobos —respondió— lo llaman sirimiri.

Me ofreció a continuación una breva de diez o doce que guardaba en un pequeño recipiente. Aunque elegí la que mejor aspecto tenía, no fue lo malo que me costara encenderla y aún más fumarla, sino que ya desde la primera calada se me llenó la boca de picor. Se diría que algún hechicero maleficiaba sus puros, porque es lo cierto, aunque no se pueda creer, que tanto los que acopiaba en su vivienda como los que con frecuencia adquiría en los estancos o los bares, casi nunca tiraban debidamente.

Me convidó asimismo a una bebida por él inventada, a la cual llamábamos fuego con limón. Consistía en una mezcla de ajeno y té, con unas gotas de limón y azúcar a voluntad. El primer sorbo sabía a brasas; el tercero y cuarto resultaban hasta cierto punto tolerables; del quinto en adelante podía abrirse en cualquier momento el abismo que conducía a una borrachera hartamente penosa de sufrir. Ni Izaskun ni Genaro, ni mucho menos el Pulcro Matallana, a quien bastaba el olor del vino para marearse, aceptaban el bebistrajito, que era en verdad fortísimo. Comer rosetas de maíz constituía mi antídoto secreto.

Mientras llevaba a cabo los preparativos del té, Josu Ruiz me encargó seleccionar alguna música. Impulsado por el vivo deseo de mostrarme servicial, me levanté enseguida, recorrí a continuación un sendero flanqueado de trastos que conducía en línea recta hacia el recibidor, doblé a la derecha en el primer cruce, a la altura del jeterío, y dos pasos después, contento de no haber roto ni pisado nada, me agaché junto al mueble de los discos. Durante un rato me dediqué a ojear las portadas en cuclillas. Todos los discos sin excepción me resultaban desconocidos y yo no acertaba a decidirme por ninguno. Mis pensamientos, en realidad, vagaban por otra parte, llenándose de desazón, de duda sobre la conveniencia no sólo de poner música, sino aun de seguir por más tiempo en el apartamento. Desde mi llegada había notado que Josu Ruiz me hablaba con sequedad. El gesto ya lo tenía adusto antes que hubiera abierto la ventana. Deduje de ello que en la lluvia no radicaba la razón de su enojo, sino tal vez en el ardor de estómago o muy probablemente en mi visita. Ahora bien, si mi presencia le incomodaba, ¿por qué me retenía a su lado invitándome a

fumar, a oír música, a tomar una bebida cuya preparación cuasilitúrgica duraba cerca de quince minutos? Quién sabe si estaba al olor de que yo errase en la selección del disco para después descargar a pleno antojo su rabia contra mí.

—¿Qué, no te decides? —me preguntó.

Opté por un disco en cuya portada campeaba un lustroso saxofón. Lo coloqué sobre el plato, accioné la aguja, bajé la cubierta protectora, y desandando el sendero que llevaba de vuelta hasta la cama, me senté a esperar el resultado de mi elección. La salva de aplausos que precedía al inicio del concierto me pareció un sarcasmo. No terminaron aquéllos de esfumarse, cuando sonó una ráfaga veloz de saxofón y después otra y otra. Burbujeaba en sordina un bajo. Sobrevino más tarde una tempestad de redobles, como si al músico que aporreaba la batería le urgiese acabar la pieza cuanto antes. A sus colegas tampoco parecía preocuparles demasiado acompañar sus respectivos instrumentos. La consecuencia era un batiburrillo de sonidos sin armonía, más próximos a la murga que a la música según convencionalmente se la concibe. Un nombre figuraba en la parte superior de la funda: Ornette Coleman. Al pronto temí la reacción airada de Josu Ruiz; pero no hubo tal, sino que con sereno laconismo sentenció:

—La tarde no se lo merece.

A fin de cuentas, me dije, el disco es suyo, y además no podía negarse que aquella música declaradamente rompedora y vanguardista estaba en consonancia con el talante manifestado en la mayoría de las declaraciones y escritos públicos de La Placa. Josu Ruiz retiró el colador de la tetera, vertió en ella ajeno y el jugo de un limón que acababa de exprimir, y alternativamente removía y probaba con una cuchara de madera el líquido vaporoso, hasta que lo encontró a su gusto. Con la música se fue desenojando y comenzó a referirme en tono afectuoso pormenores de la vida de Coleman. Mi memoria ha retenido unos cuantos: la pobreza, la madre viuda, Los Ángeles, un empleo de mozo ascensorista, el primer disco grabado. Josu Ruiz ignoraba que a sus espaldas Izaskun Ayestarán nos había puesto en autos sobre su tentativa fracasada de aprender a tocar el saxofón por la época en que aún residía en Bilbao, su ciudad natal. Se conoce que tuvo un altercado con el profesor, a quien llegó a agredir; fue expulsado del conservatorio y se enzarzó en una disputa acerba con su padre, a raíz de la cual, ciego de cólera, destrozó el instrumento, el mismo que años más tarde reposaría en un rincón del ático, recordándole a diario el sueño que nunca pudo realizar.

Luego que hubo depositado las dos tazas y la escudilla con azúcar en el suelo, se sentó junto a mí, en el borde de la cama. Desde el primer instante su proximidad me produjo aguda repulsión. Sé el motivo: estaba descalzo. Nunca antes había visto yo sus pies deformes, de empeines pilosos, hechos arpa de tendones; de calcañares con costra; de uñas amarillentas, largas en demasía; de dedos engarabitados, huesudos como de esqueleto, callosos más de tres y algunos ligeramente montados sobre sus contiguos. A menos de un palmo de aquellos pies monstruosos humeaban las bebidas.

Extremando la cautela a fin de no rozarlos, alargué la mano y tomé mi taza. Por no correr otra vez el mismo riesgo prescindí del azúcar. Mayor no podía ser la repugnancia que experimentaba a la vista de aquella masa teratológica de carne, huesos y pelos, y, sin embargo, una y otra vez se revelaban inútiles mis esfuerzos de voluntad para no mirarla. Tomó Josu Ruiz un sorbo de su bebida y de improviso me declaró la causa del enojo que, como yo había supuesto, le repudría:

—Estoy sin blanca.

La culpa, dijo, era de unos presuntos estudiantes a quienes tenía arrendado un piso de su propiedad, los cuales habían salido de naja dejándole adeudados dos meses de alquiler. No disponía de otra fuente de ingresos. Tiempo después me enteraré por otros conductos de que el piso se lo habían regalado sus padres para que se alejase de los ambientes que llevaron a la tumba a su hermano mayor. Ni una palabra al respecto me refirió él la tarde lluviosa que lo visité en el apartamento. Me reveló, en cambio, que según estipulaba una cláusula del contrato tenía derecho a usar la ducha tres veces por semana, y fue así como vine a saber lo que por lo visto todos los miembros del grupo menos yo sabían: el piso se hallaba justo debajo del apartamento. Instintivamente separé la rodillas y dirigí entre ellas una mirada al suelo, como para comprobar lo que mi compañero acababa de decir.

—Me fié de ellos —prosiguió— porque iban bien calzados. Dinero no les falta, que su buena moto le he visto aparcar a uno delante del portal. Claro que a lo mejor la había choriceado o se la costeó la dirección de ETA en Francia, vete tú a saber. Aunque a mí, si quieres que te diga la verdad, me importan un rábano las ocupaciones de mis inquilinos con tal que ellos sean puntuales en el pago. Y ahora, ¿dónde los busco? Y si los encuentro, ¿qué hago? ¿Te apetece otro fuego con limón?

Aproveché que se alejaba en busca de la tetera para apagar el puro horro y encender un cigarrillo. En la pizarra podía leerse una frase: EL HALCÓN SE CIERNE, EL LEOPARDO ACECHA, LA ARAÑA TEJE, EL HOMBRE PIENSA.

Yo también deseaba hablar, referir lo mío, y esperaba el momento en que Josu Ruiz terminase de lanzar denuestos contra los estudiantes, para decirle que tenía decidido abandonar la fábrica al cabo de unos pocos días. Contaba para ello con la aquiescencia de mi hermana; pero esto no me parecía conveniente declararlo, por no dar lugar a que se tuviese de mí la imagen de una persona gobernada. En realidad, la Petra había condescendido a regañadientes. Sus cálculos preveían que yo siguiera acarreando barriles hasta la víspera del comienzo de curso, a principios de octubre. La perspectiva desoladora de ver prolongada por espacio de mes y pico aquella esclavitud que me tenía roto, triste y apartado de los libros, impidiéndome por añadidura participar en las acciones de La Placa, no me dejó otra salida que insinuarle a mi hermana que necesitaba tiempo para preparar los exámenes recuperatorios de septiembre. ¿Qué exámenes? El rostro de la Petra, reluciente de ira, se llenó de ojos. El padre barruntó la tempestad, y farfullando una excusa, abandonó sin demora la cocina. Fingiendo aplomo mencioné mi éxito en la prueba de latín, la asignatura más

difícil. La Petra me miraba sin pestañear, con ojos escrutadores llenos de fuego. Comprendí que no iba a tragarse el embuste de que por preparar a conciencia el examen de latín había decidido no presentarme a los otros. Así que bajando la vista comencé a declararle la verdad. Aún no había pasado del preámbulo de mi confesión, cuando se le antojó a la fortuna proveerme de entendimiento; y fue que con la voz más dulce y mansa que salió jamás de mi boca, manifesté que la defunción de nuestra madre había supuesto un golpe muy duro para mí, un golpe que me había afectado hasta el extremo de impedirme atender a mis obligaciones como sin duda convenía. La Petra por fin pestañeó, y acaso no menos que para poner diques al rabión de gritos que presentía, solté yo aquellas palabras pensando en que de una maldita vez moviera ella los párpados y me librara de la fijeza abrasiva de su mirada. Pero sucedió lo que menos esperaba. En un instante afloraron a sus facciones los signos inequívocos de la emoción. Se mordió un labio y sus ojos, que seguían fijos en los míos, se recubrieron de un brillo de lágrimas que en vano trató de enjugar ella con una punta del delantal. Después, presurosa, salió de la cocina y no regresó hasta pasados cerca de quince minutos, cuando se hubo recuperado de la llorera. Entonces, en su tono brusco y severo de costumbre, me hizo saber que no tenía inconveniente en que yo dejase la cervecería. Apenas pude alegrarme: en el futuro, añadió, ella se encargaría de controlar personalmente la marcha de mis estudios.

No era desde luego mi intención propalar que una hermana virago me llevaba y traía como a un yoyó atado al dedo. Pues eso faltaba, exponerme así como así a la chacota de quienes ya andaban entre ellos apodándome. En cuanto Josu Ruiz hubiera puesto punto final a su quejumbre de casero, le contaría que a partir del sábado siguiente ya no habría impedimento para que concertáramos urgulinas a cualquier hora, pues ese día iba a vestirme el buzo por última vez. Omitiría, claro está, cierta promesa que me impuso la Petra con sólo la mirada. Iñasio le había encargado pedirme que el sábado continuara trabajando hasta el toque de sirena, a pesar de que me harían la liquidación a media mañana.

—Falta personal —dijo ella— y te regalarán las botas.

Negarme habría supuesto un triunfo; pero no supe, no pude, no osé. Por suerte se me ocurrió una forma de resarcimiento que me libró de andar mascando durante días las hieles del autodesprecio. Aquellas dos horas de trabajo sin salario me las había de cobrar en botellines de cerveza.

Semanas antes, cuando comuniqué a mis compañeros que se me había contratado para la temporada veraniega en una fábrica y les puse en autos acerca de todo lo concerniente a mi nueva situación, Josu Ruiz se apresuró a solicitarme las botas, luego de haber dicho yo que la empresa acostumbraba regalarlas como premio por el buen comportamiento. A ejemplo suyo se empeñaron los demás en sonsacarme el buzo, y sin haberles respondido sí ni no, comenzaron con mucha guasa a disputar por él y discurrieron jugárselo a los dados. Me molestó la coña y callé. No volvió a tratarse el tema; pero pasado un tiempo, Josu Ruiz reiteró seriamente su petición en el

curso de una urgulina sin testigos. Abrigaba el antojo de colgar mis botas en el techo de su apartamento, a modo de trofeos proletarios. Le previne que aún faltaba bastante tiempo para saber si me las darían. Lo único seguro era que para entonces estarían tan desgastadas y sucias que habría de sentir él grandísimo asco de tocarlas. La advertencia no le inmutó. Se le figuraba que cuanto más estropeadas, más semejarían prenda de obrero, lo cual incrementaría su valor. Hablando de valor, se ofreció a pagarme dinero por ellas e incluso mencionó un precio que rechacé porque ni siquiera nuevas, le dije, debían de costar tanto. Propuso que yo fijara una cantidad. Entonces me franqueé:

—Te regalaré las botas a condición de que jamás las uses para embromarme. Ese es el precio que te pido.

Lo estoy viendo mirarme inquisitivamente, luego comprender y al fin concederme con efusión la promesa que yo anhelaba. Quedamos muy amigos tras el trato y ahora que sabía por Iñasio que en breves fechas las botas iban a pertenecerme, se lo pensaba confirmar a Josu Ruiz tan pronto como hubiera cesado de despotricar contra sus inquilinos.

Ocasión habría luego de referirme al Sapo, a quien Josu Ruiz conocía por relatos míos que desde un comienzo despertaron su interés. Aquel hombre que, por así decir, encarnaba la ruindad en estado puro, le parecía delicioso, al punto de afirmar que sólo por poder examinarlo de cerca aceptaría gustoso un empleo sin retribución en la fábrica. Su cinismo me laceró, pues no ignoraba él la clase de desventuras que yo pasaba a diario en el galpón. Para terminar de humillarme, me reputó de «tipo suertudo, a quien el destino le había deparado el privilegio de estar todos los días en un escenario y junto a un personaje digno de la pluma de Dostoyevski». No me sentí con ánimos de contradecirle. Tampoco le revelé que por culpa de aquel miserable yo me había perdido el serial de Encarnita. Hice creer a mis compañeros lo contrario y ahora el embuste me impedía relatar el penoso incidente, no así la serie de venganzas, vengancitas y venganzones que lo siguieron, pues es lo cierto que a partir de aquella tarde me dediqué sistemáticamente a sacar de quicio al Sapo. Le irritaba sobremanera oírme silbar. En consecuencia yo me pasaba la mañana y la tarde silbando; pero no de forma, digamos, armoniosa, sino muy mal a propósito y sin variar de pieza durante toda la jornada, siempre la misma, la misma, fi fi fi, fi fi fi, fuera *Gracias a la vida*, fuera *Ob-La-Di, Ob-La-Da*, de los Beatles. El Sapo, perdida la calma, me reconvenía y mandaba callar, y en el paroxismo de su excitación, me mostraba el puño, juraba y maldecía, momento que a mí se me figuraba particularmente idóneo para enviarle uno o dos barriles del revés.

A menudo me amenazaba con llamar al encargado. Un día le repliqué que por ese camino no iba a llegar lejos, pues daba la casualidad de que el encargado era pariente mío. Sospecho que lo comprobó, ya que en adelante no volvió a emplear el mismo recurso para amilanarme ni a decir verdad ningún otro. En su presencia di a Iñasio el único abrazo que éste recibió jamás de un miembro de mi familia, con la consabida

excepción de su mujer. Ese gesto gratuito terminó de desarmar al Sapo. Ya no montaba en cólera por causa de mis conciertos silbantes; se limitaba a lanzarme miradas de refilón, henchidas de rabia sorda, mientras gruñía entre dientes.

Una mañana, durante el descanso del almuerzo, le hice objeto de un escarnio. Otros similares seguirían en los días ulteriores. Me acerqué a su choco, donde él comía, y una vez que tuvo la boca repleta de bocadillo, le pregunté de sopetón qué juicio le merecía la *Estética* de Hegel. Farfulló un sonido, posiblemente un eh desfigurado a causa del bolo que en ese instante obturaba su gañote. Barruntado el choteo, se volvió de espaldas, como para significarme que no le apetecía conversar conmigo. Esa misma tarde acudí a la fábrica provisto de un metro; pensando en infundir extrañeza al Sapo, comencé sin más ni más a medir barriles. Me aproximé después a la máquina, y musitando cálculos imaginarios de modo que él los oyese, medí palancas, soportes y otras piezas del mecanismo. Picado por la curiosidad, me preguntó qué hacía. Era lo que yo esperaba para recitarle los cuatro versos de un poema francés de Paul Eluard, que al efecto me había aprendido en casa de memoria. Especial deleite me procuraba dirigirme a él usando el mote con el que los obreros veteranos de la fábrica lo conocían. Se encorajinaba y trató de prohibírmelo; pero fue en vano. Cada dos por tres yo le espetaba la ofensiva palabra, y como él pusiera cara de perro rabioso, fingiéndome cortés y arrepentido le decía: perdona, Sapo. Con esto le perdí el respeto definitivamente.

Cierta mañana me atreví a enviarle un barril pequeño entre los grandes, pues los había de dos tamaños y según tocara lavar unos u otros debía él introducir los correspondientes ajustes en la máquina. Llegaron aquéllos rodando por las barras hasta donde el Sapo los recogía y empezó de pronto a sacudirles palazos. Fuera de sí, me insultó de manera que quedé muy ofendido. No le quise responder como me apetecía, porque no tengo yo coraje para altercados ni broncas; pero juré que me había de vengar muy malamente. Con tal designio discurrí una perrería de las más bellacas que he perpetrado nunca, y fue que acordándome de que él bebía cerveza con gaseosa de un porrón, formé propósito de añadir en secreto a su refresco un ingrediente que ninguna persona en su sano juicio cataría por gusto. Durante varias jornadas aguardé en vano la ocasión propicia de consumir la fechoría. El Sapo no se apartaba de la máquina, como si estuviera encadenado a ella. De este modo truncaba mi plan un día y otro día. Pensé que fuera irrealizable, y ya me había resuelto a maquinar alguna forma distinta de desquite, cuando de golpe y porrazo se me ocurrió la solución que haría posible mi primer proyecto. El truco, muy sencillo, consistía en traer de casa, dentro de un frasco, lo que yo deseaba que él bebiera. Poco antes del término de la jornada matinal se ausentó del galpón. No sé cuántos días estaba yo esperando aquel momento. La ocasión la pintaban calva y sin demora me llegué a su choco. Desgraciadamente el porrón no se hallaba en el balde con hielo. Supuse entonces que el Sapo se lo habría llevado consigo a fin de llenarlo de cerveza en el galpón paredaño, donde se efectuaba el relleno de barriles. Al sonar de ahí a poco la

sirena, comprendí con alborozo su intención: había ido a aprovisionarse de bebida para la tarde. Iñasio no pudo ocultar un gesto de agradable sorpresa cuando desde su garita de vidrio me vio aparecer en la fábrica con más de media hora de adelanto. En el galpón desierto no tuve problema ninguno para sustituir una parte considerable del líquido contenido en el porrón por otra de similar medida y apariencia que yo guardaba en el frasco. Toda la tarde estuvo el Sapo aliviándose la sed con mis orines, sin notarlo. Hacía yo ánimo de referírselo a Josu Ruiz cuando sonó el teléfono.

Era Izaskun Ayestarán, que sollozaba en una cabina telefónica de la calle de Oquendo porque Genaro Zaldúa había roto sus relaciones amorosas con ella. Josu Ruiz la amonestaba al aparato en tono desabrido.

—¿A quién se le ocurre liarse con ese cerdícola?

Desde el borde de la cama, donde me hallaba sentado, podían oírse con nitidez los gimoteos de la muchacha al otro lado de la línea. Josu Ruiz reviró la mirada hacia mí, puso los ojos en blanco y con mueca ostensiva de fastidio afirmó que estaba solo.

—Con *Mitia*, se entiende.

Apretó el auricular contra el pecho para que Izaskun no pudiera oír sus refunfuños: qué tía pesada, vaya cotorra. Reanudando después la escucha, añadió:

—Te repito que estoy solo. Por mí puedes venir cuando te plazca.

Se impacientaba.

—¿Cuántas veces he de decirte que no me incordias? Bien, bien, pues hasta ahora.

Colgó con brusquedad.

—¡La madre que la parió! Dentro de cinco minutos la tenemos aquí.

Espoleado por la certeza de haberme convertido en un estorbo, apuré de un trago lo que me quedaba de fuego con limón y me puse de pie dispuesto a despedirme. Josu Ruiz, como si no se hubiera percatado de mi ostensible designio, me apremió para que abandonara el apartamento sin demora. Hube de efectuar un rodeo con el fin de recoger mi paraguas en el lavabo, ya que mi compañero obstruía con su cuerpo la vereda más corta, donde precipitadamente había comenzado a desvestirse. Furioso, arrojaba a sus pies las prendas de que iba despojándose. Quedó desnudo, o por así decir vestido del vello que abundantemente cubría su cuerpo delgado. Tenía barriguilla, culete y un instrumento viril de aspecto gangrenoso. Un costurón espeluznante con varias bifurcaciones recorría su pierna mala desde la pantorrilla hasta poco más arriba de la corva. Al costado de ésta el pellejo se hundía formando un hoyo rugoso del tamaño de una concavidad de cuchara. A él le gustaba fantasear sobre su lesión e inventaba historias aventurescas, a veces contradictorias. Llegó a hablar incluso de un duelo con guadañas por una cuestión de naipes. Alguien nos revelaría meses después, hallándose él presente, un episodio bastante más verosímil que los suyos, según el cual, siendo recluta, lo había atropellado una moto en una calle céntrica de Ceuta. A resultas del accidente y de la posterior carnicería que le infirieron en el hospital quedó cojo para toda la vida. No quiso o no pudo Josu Ruiz desmentir el relato, sino que lo escuchaba callado, sonriendo sardónicamente en el rincón.

—Antes de marcharte —dijo—, ayúdame por favor a ordenar el apartamento.

Sin perder un segundo me puse a borrar las huellas de mi visita. Vacíé el cenicero y lavé las tazas. En la de Josu Ruiz humeaba todavía el fuego con limón, prueba

palmaria de mi presencia reciente en el ático. Izaskun Ayestarán no ignoraba que de todos los amigos de Josu Ruiz yo era el único que no rehusaba el bebistrajito. No es improbable que también supiera que para nosotros dos tomarlo significaba una especie de rito de la amistad.

Mi compañero se había vestido ya la muda y se mojaba con agua de colonia el cuello, el torso, los brazos, las axilas. No olvidó humedecer una parte donde nunca imaginé que nadie lo pudiera percibir. Acto seguido diseminó gotas del líquido oloroso por el suelo, los rincones y las paredes, y principalmente por el colchón y la manta. Encendió después una varita de sándalo; cepilló sus zapatos y se los calzó, y con la misma rapidez y brío con que hacía todo, terminó de vestirse.

—Ya debería haberme ido —le previne—. De la calle de Oquendo hasta aquí son cuatro pasos. Izaskun habrá cruzado el puente. Seguro que está al caer.

—Un minuto tan sólo y después podrás esconderte en el piso de abajo. Cerciórate por la mirilla de que nuestra amiga ha pasado de largo y sal sin hacer ruido. Junto al catalejo están las llaves. Cuando te marches, mételas en el buzón.

Mientras él pasaba a mata caballo la aspiradora por los senderos, alisé lo mejor que pude la cama, metí el disco de Ornette Coleman en su funda y traté de ahuyentar las moscas con una bayeta. Por último cogí la llave del piso de abajo, el paraguas y la bolsa donde había traído los botellines de cerveza, y me despedí con mucha prisa. Aún no había llegado al recibidor cuando sonó el timbre. El corazón me dio un vuelco y retrocedí alarmado. Josu Ruiz, el índice sobre los labios, me rogó silencio. Señaló a continuación hacia la cama y debajo de ella me escondí.

Dos piececillos morenos engastados en sandalias entraron poco después en la pieza. Una cinta de cuero ceñía a modo de ajorca uno de los tobillos. Veo a esos pies enristrar desaladamente hacia mi escondite, que pensé venían a patearme; pero pasaron de largo, rumbo al hueco de la buhardilla, dejando tras de sí un rastro de perfume. Fugazmente acerté a ver una mano y en ella un mazo de zanahorias. Los pies volvieron sobre sus pasos, las uñas pintadas de rojo chillón; se detuvieron a poco más de un palmo de mi rostro y giraron, y un segundo después sentí que el somier se hundía con leve crujido por encima de mi cuerpo tendido sobre una espesa capa de tamos.

—Te juro —decía Izaskun— que los hombres me dan asco. A veces me entran ganas de matar a alguno. No te rías. Hace un momento, cruzando el puente de Santa Catalina, venía tan deprisa y tan ciega que me he chocado con un carcamal. Bueno, pues el tipo aprovecha el encontronazo para tirarme un zarpazo a los pechos. Como te lo digo. ¡Qué rabia! Naturalmente lo he puesto como un pingo, y el cabrón de él coge y me llama puta. No hay derecho. Te juro que voy a empezar a salir a la calle con cuchillo.

De pie junto a la cómoda, Josu Ruiz atendía en silencio a las quejas de la muchacha, que de súbito le preguntó por qué no tomaba asiento a su costado.

—¿O es que ya no somos amigos? —agregó con la voz teñida de reproche y

amargura.

No se me ocultaba el arduo esfuerzo de Josu Ruiz por aparentar serenidad. Así y todo, discurrió un ingenioso subterfugio, encaminado sin duda a facilitar mi salida del apartamento.

—Hoy —dijo— puedo complacer un viejo deseo tuyo. El piso está vacío. ¿Qué tal si bajamos a echarle un vistazo?

El ardid no condujo al resultado apetecido, ya que la muchacha, según declaró, no se hallaba esa tarde con ánimo de inspeccionar viviendas. Le dolía la cabeza, padecimiento a que era propensa por demás. Afirmaba haber heredado la predisposición a la cefalalgia de su madre, quien se conoce que a su vez la había recibido de la suya. Por regla general la dolencia le duraba entre dos y tres días. A toda costa buscaba entonces la soledad a oscuras y desesperadamente ingería medicamentos, guardaba reposo y probaba todo tipo de remedios que, en el mejor de los casos, le procuraban alivio momentáneo, sin llegar a cortarles los dolores de raíz. Disponía de un método para pronosticar las jaquecas. A mí se me figura que el mero hecho de ponerlo en práctica ya constituía por sí solo, con independencia de su resultado, una señal funesta. Izaskun hacía girar los hombros efectuando unas cuantas brazadas a semejanza de los nadadores; si a consecuencia del movimiento las articulaciones próximas a la nuca emitían una suerte de chasquido, la jaqueca no tardaba en llegar. Puede que dijera entonces ella con mueca de resignación:

—Mañana no contéis conmigo —y sin necesidad de mayores explicaciones todos caíamos en la causa de que no pudiera reunirse con nosotros.

La jaqueca, que a menudo la obligaba a permanecer días enteros en la cama, no le permitía conciliar el sueño, ni siquiera de noche. En las fases de dolor más agudo, los ojos se le arrasaban de lágrimas y una espesa sensación de náusea acompañaba al suplicio terebrante. Llorando en silencio, la cabeza hundida en almohadas, durante muchas horas su existencia se reducía a esperar inmóvil el final del sufrimiento. No se levantaba sino para tomar cualquier curalotodo que le proporcionaría unos minutos de esperanza vana o para prepararse manzanillas que tarde o temprano acabarían en el cubo de los vómitos. Con cada menstruación le sobrevenía la jaqueca. De ésta no se libraba jamás, lo que no empece para que en ocasiones también le acometiese alguna con la que no contaba. Cambios climatológicos, emociones fuertes, ajeteo, nerviosismo, una copa de más, una noche mal dormida y otras causas por el estilo podían desencadenar en cualquier momento aquel temido dolor que ni médicos, ni curanderos, ni herbolarios sabían remediarle.

—¿Cómo se encuentra tu madre? —preguntó con acento atribulado.

—No sé nada. El domingo, si me acuerdo, la llamaré.

—El aire de los Alpes le estará sentando bien.

Los zapatos lustrosos de Josu Ruiz se alejaron hacia el rincón del lavabo. Se oyó caer el chorro impetuoso del grifo dentro de alguna cazuela.

—Prefieres que no toque el tema, ¿verdad?

Así parecía indicarlo la falta de respuesta. Durante quince o veinte segundos reinó un completo silencio en la pieza, roto al fin por una nueva pregunta de la muchacha.

—¿Estás enfadado porque he venido?

—En absoluto.

—Es que estoy hecha polvo. La vida para mí ya no...

Un pujo de gemidos ahogó su voz. Josu Ruiz vino sin tardanza a sentarse a su lado y con palabras de consuelo, y tal vez con algo más que yo no vi, consiguió que en breve se calmase. Izaskun debía de tener consigo al conejillo de Indias, pues apenas hubo recobrado la serenidad, dijo dulcemente:

—Pobre *Mitia*, le ha caído una lágrima cerca del ojo y se ha sobresaltado.

Hacia la muchacha unos esfuerzos por reír que daban pena. Manifestó poco después su deseo de tomar alguna bebida fuerte, a poder ser ponzoñosa, dijo, que le ayudara a perder de vista cuanto antes este mundo regido por machos. Con todo, rechazó una tras otra las bebidas alcohólicas y sin alcohol que Josu Ruiz le fue ofreciendo. Ni siquiera aceptó un vaso de agua, pues prefería abstenerse de beber a que su amigo se apartase de su lado. Mientras así hablaba, me hizo éste una seña con la mano que no supe interpretar. A pique estuve entonces de tocarle el talón con el mango del paraguas, para advertirle que no había comprendido su mensaje. Pero supuse que tampoco él habría de entender el mío, o que si, cosa por demás improbable, llegaba a entenderlo, trataría quizá de contestarme, de suerte que al final tanta maniobra y secreteo terminaría llamando la atención de la muchacha. Conque determiné quedarme quieto y no le respondí. Izaskun, entretanto, había comenzado a referir pormenores de su noviazgo con Genaro Zaldúa:

—Al poco de terminar lo nuestro, vino un día a mi casa para leerme un cuento de su cosecha. Me pareció maravilloso, te lo juro. ¡Qué frases, largas y sinuosas como ríos! ¡Qué imágenes, qué adjetivos! Se me caía la baba. Y la prosa ¡qué musical y fascinante! Para sí la querría más de uno de esos chupatintas que andan por ahí encabezando las listas de venta.

—Presumo que el cuento trataba de una chica que más o menos se te parece.

Izaskun se entusiasmó:

—¿Lo has leído?

—No, pero conozco el truco, muy útil para camelar a espíritus sin malicia.

—Pues te equivocas, porque a mí, si quieres que te diga la verdad, lo que más me agradó no fue el cuento, sino la visita de improviso. Genaro llegó en el momento oportuno. Y si trató de engatusarme por medio de su literatura, yo hice lo propio con él sirviéndole a continuación una cena de reyes. No hay que darle vueltas al asunto: nos pretendíamos mutuamente, eso es todo. Conque por la noche fuimos a ver una película de Berlotucci...

—¿No sería Bertolucci?

—Da lo mismo. Y en la oscuridad del cine descubrí que Genaro es tipo accesible, infinitamente menos polvorón de lo que yo pensaba aunque después del desengaño de

esta tarde, la verdad, no sé qué decirte.

—Me cuesta concebir que un individuo de su calaña sea capaz de albergar un adarme de cariño. Mi imaginación no da para tanto.

—Porque no lo conoces a fondo. Genaro es remiso a franquearse, a salir de la cáscara, pero tiene su corazoncito como cada quisque. Él te admira de veras y te pone continuamente por las nubes. A mi madre se la ganó enseguida. Figúrate: lo presenté, dio las buenas tardes y al momento ya todo era servirle, agasajarlo y preguntarle si se encontraba cómodo, si le gustaban las rosquillas, si deseaba más. Es innegable que despierta atracción en las mujeres. Y si no, fíjate en la madre del Pulcro. La pobre mujer se desvive por él, lo trata con muchísimo más afecto que a su propio hijo.

—Y tú, para no ser menos, también te prendaste del querube.

—Un error como otro cualquiera. Empecé a comprenderlo la tarde que se empeñó en llevarme a mangar libros. Le advertí: mira Genaro, que yo no valgo para mechera, que me da mucho corte. Pero él insistió y yo, boba, lo seguí como un perrito. Me echaron el guante en la primera librería. Jamás he pasado un bochorno similar. Me acompañó a casa para impartirme lecciones prácticas de chorceo con mi propia biblioteca. De nuevo en la calle, va y se saca de dentro de los pantalones dos novelas que me había cogido sin que yo me diera cuenta.

—Pobres libros.

—Esa noche tuvimos la primera escenita. Íbamos paseando por la calle y de repente, te lo aseguro, de repente me sale con el cuento de que mi biblioteca le había decepcionado. Demasiada poesía y qué sé yo qué más. Me lanzó tal pedrisca de reproches que no me pude aguantar los pucheros. De buena fe le dije que últimamente me estaba dedicando a estudiar a los escritores surrealistas. No era del todo verdad, pero, qué quieres, pensé que de ese modo se calmaría, pues se supone que nuestro grupo profesa el surrealismo, ¿no?

—Más o menos.

—¡La madre de dios! ¡Cómo se puso! El surrealismo, una porquería. Que qué tenía él que ver con esas zarandajas de poetas. Me asustó tanto que le prometí no volver a escribir un verso en mi vida. Pues a ver si es verdad y dejo de contribuir a que la gente identifique a La Placa con una camarilla de bardos. Total, que en ésas quise acariciarle la cara, recordarle que además de la literatura existían nuestros sentimientos. Genaro rechazó mi mano. Pensé que me pegaba.

—¿Y a esa bestia le atribuyes tú un corazoncito?

—Lo creas o no, se arrepintió enseguida del manotazo. Tuvo palabras durísimas para sí mismo. Yo acepté sus disculpas y él me tomó cariñosamente entre sus brazos, que ya era hora. Soy un bruto, dijo, pero no mala persona, y me juró que en adelante su vida estaría orientada a no causarme daño. Conque ya ves que no le falta corazón.

—Claro, claro.

—Reconocí que leo poco. Aún más, que la lectura apenas me proporciona placer, que la mayoría de los libros me aburre. En una palabra, que soy una analfabeta con la

cabeza atiborrada de ignorancia. Me pasé una hora poniéndome a parir. Genaro se mostró muy comprensivo y se ofreció a ayudarme. Yo agradecí su gesto, que en aquel instante se me figuró motivado por el amor. No te rías. De inmediato nos pusimos manos a la obra, sentados a la mesa de un café. Genaro estaba convencido de que yo perdía el tiempo entregándome a una vocación equivocada. Olvida la poesía, dijo, ese arte de fatuos y presumidos que cuentan sílabas con los dedos igual que niños del parvulario cuando aprenden a sumar.

—¿Eso dijo?

—Eso y más, y después escribió en un pedazo de papel una lista de libros que me convenía leer sin tardanza. Conrad, Stevenson y autores de esos que a él le gustan. Cinco o seis para empezar, más adelante seguirían otros. Leí unos cuantos y eran todos de islas y barcos. No tuve valor de confesarle que me había aburrido como una tumba. Por desintoxicarme de aventureros y tempestades leí a escondidas el librito de poemas de Brines que tú me regalaste. Se enteró y estuvo dos días de morros, que parecía le hubiese puesto los cuernos con otro chaval.

Soltó a este punto Josu Ruiz algunas carcajadas, a cual más postiza, y en un tono pretendidamente jocoso, que apenas lograba esconder una mal contenida vehemencia, dedicó diversos comentarios desfavorables a la persona de Genaro Zaldúa. Ni por un momento dudé de que su medida bromista era forzada. Presumo que mi presencia debajo de la cama le impedía expresarse con sinceridad. Instantes después confirmó mi sospecha el exagerado empeño con que trató de persuadir a Izaskun para que prosiguieran el coloquio en alguna taberna de la zona. La muchacha no se dio a partido. Malditas las ganas que tenía de mojarse otra vez. Y como para dejar bien clara su firme resolución de permanecer en el apartamento, pidió a Josu Ruiz que por favor le acercase el frutero.

—Pues verás —prosiguió—, con el mayor de los amores le hice una baqueta de lana finísima que daba gusto mirarla, a ciento setenta duros la madeja, azul celeste. Modestia aparte, me salió de perlas, quizá un pelillo corta de mangas, pero por lo demás muy bien. Lástima que me la mataba con esas camisas gruesas que viste haga el tiempo que haga. A los tres días de estrenarla, en la churrería de la Parte Vieja, que es su lugar preferido, porque has de saber que el muchacho zampa por quince, zas, una mancha en la delantera, qué digo una mancha, un rosetón de soconusco que parecía la medalla del Mérito Civil. Ya no volvió a ponerse la chaqueta. ¿Por qué no te la pones? Que si la tenía que lavar, que si antes de salir todavía estaba húmeda. Total, una tarde voy a buscarlo al tenducho y no te jode, encuentro a su madre con la prenda sobre los hombros, como si fuese una toquilla. Mi pobre chaqueta azul llena de lamparones y con un botón de menos. Genaro tostaba cacahuètes en la trastienda, y aprovechando que no podía oírme, le susurré a la vieja: señora, muy bonita la chaqueta, se la habrá regalado su hijo, ¿verdad? Bah, me suelta, para estar aquí la llevo.

Esta vez las risas de Josu Ruiz sonaron claras y naturales. Rápidamente me tapé la

boca con la mano para refrenar las mías. Delante de mi cara cayó de repente una cajita metálica y cinco o seis porros blancos rodaron por la moqueta. Dedos finos de uñas largas y pintadas los fueron restituyendo al recipiente. Al fin, con un leve chischás de pulseras, desapareció la mano de mi vista.

—Detesta el baile. En eso os parecéis. Un domingo conseguí llevarlo al Young Play. Por primera vez en su vida entraba en una discoteca. Tenías que verlo. En medio de las luces y el gentío sólo le faltaba la azada, te lo juro. A regañadientes me acompañó a la pista, donde hizo una especie de intento de baile. ¡Qué pintas! Parecía un mamut con ropa. Y como por lo visto recibió algún pisotón y lo achuchaban, comenzó a abrirse plaza a viva fuerza. Por poco no se lía a golpes con un chaval de Hernani, viejo amigo mío. En el autobús de vuelta ocupamos asientos separados. Se fue a casa sin despedirse y al otro día me largó una bronca de aúpa. Que quién creía yo que era él para mezclarlo en mis frivolidades. ¿Sabes lo que más le dolía? Los puñeteros ochenta duros que había costado la entrada. Ah, si es por eso, le dije, aquí tienes la pasta, tiré el dinero encima de la mesa y él se lo embolsó, menudo es. Desde entonces no he vuelto a pisar una discoteca. Tú ya me conoces. Quitarme el baile es como privarle de leche a un bebé. ¿Me creerás si te cuento que cada vez que pasamos por delante de un bar con música se me ponen las piernas a temblar? Porque a mí la literatura me atrae, pero déjate de bobadas, donde esté el bailongo, el garbo y la marcha que se quite todo lo demás.

Dicho lo cual, la muchacha depositó en el suelo el frutero rebosante de ciruelas, tan cerca de mí que me habría bastado alargar un poco la mano para alcanzarlas. Dirigiéndose a continuación a la buhardilla, vi que soltaba al conejillo de Indias dentro de su parcela. De regreso, se acostó, y unos segundos después cayeron al suelo sus sandalias. Negras sospechas y aún más negros temores comenzaron a desasosegarme de ahí a poco, cuando, atendiendo a un ruego suyo, Josu Ruiz (remolón al principio, pero al final condescendiente) se tumbó a su lado. Por fortuna la cama era lo suficientemente alta como para que el somier hundido bajo el peso de sus cuerpos no me aplastase. Mi inquietud procedía de causa bien distinta. En una palabra, me malicié que por encima de mí estaba fraguándose un fornicio. Claro que, ¿cómo iba Josu Ruiz a entregarse a lances eróticos sabiendo que yo me hallaba debajo de la cama? Este pensamiento me tranquilizó. Además, se reveló enseguida que aquel acostarse de ambos no significaba otra cosa que un cambio de postura de dos personas acostumbradas a tratarse con confianza. Sin perder un ápice de naturalidad, Izaskun continuó refiriendo la crónica de su noviazgo. Lamentó no estar tan morena como otros veranos, pues Genaro Zaldúa, aparte las discotecas, nada aborrecía tanto como la playa. Su diversión favorita consistía en merendar chocolate con churros. Hasta dos kilos afirmaba Izaskun haber engordado desde que salía con él. No había conseguido persuadirle a que se arreglase el cabello ni la dentadura, ni a que se matriculara con ella en algún curso de idiomas, ni a que emprendieran juntos un viaje a cualquier lugar. Genaro Zaldúa vivía atado a la literatura, a su madre, que

al parecer estaba semiciega, y al negocio de golosinas que les procuraba el sustento. Contó a continuación Izaskun un suceso que me turbó.

Durante las recientes fiestas de Semana Grande, Genaro e Izaskun habían acudido cada noche a la plaza de Cervantes con el fin de presenciar los fuegos artificiales, notable espectáculo que todos los años reúne en calles y paseos próximos al mar a millares de ciudadanos. Izaskun se reconocía enamorada del arte pirotécnico. Hasta donde alcanzaba su memoria jamás se había perdido los fuegos de agosto en San Sebastián. Recordaba que de pequeña permanecía despierta en la oscuridad del dormitorio, esperando con ansiedad el primer estruendo de la noche. Entonces se levantaba calladito, salía al balcón con la muñeca entre los brazos y se embelesaba contemplando por encima de los tejados la maravilla de los ramos resplandecientes. Esa sensación de encantamiento, que tanto la excitaba, persistió en ella cuando, ya más crecida, su madre la llevaba de la mano a ver desde la playa las exhibiciones de pirotecnia o cuando, siendo adolescente, le permitían salir con amigas. El olor de la pólvora obraba en ella el efecto de una droga y desde muy joven gustaba de situarse junto a la valla de protección que separa al público de las carcasas. Podía así observar de cerca el encendido de las mechas y el subsiguiente arranque de los cohetes que ascendían como meteoros, dejando tras de sí una cauda de chispas siseantes, y estallaban por encima de ella, en el cielo oscuro, con retumbo de cañón. La primera noche logró que Genaro Zaldúa la acompañase hasta aquel lugar no exento de peligro, donde les alcanzó de lleno una rociada de pavesas. Algo se le debió de chamuscar a Genaro la valentía, pues a la noche siguiente exigió ponerse más atrás y a la otra aún más atrás, de forma que a partir de la tercera contemplaron los fuegos al amparo de la pared del hotel de Londres.

Terminado el espectáculo, solían encaminarse hacia los bares de la calle de San Bartolomé, muy concurridos a esas horas, y especialmente a uno del que por lo visto resultaba facilísimo marcharse con los vasos y sin pagar. Una de aquellas noches, no bien embocaron la calle de Manterola, en la que se encuentra una librería de viejo ante cuyo escaparate le gustaba a Genaro detenerse, se cruzaron con un anciano que venía en dirección contraria guiando a un perrillo de la correa. Genaro se apresuró a cerrarle el paso, y sin decir esta boca es mía, le sacudió una sarta de bofetadas que el pobre viejo soportó con lastimosa mansedumbre. Izaskun no daba crédito a sus ojos. Siguieron luego su camino y Genaro le explicó:

—Es don Dionisio Echániz, mi antiguo maestro de segundo de bachillerato. Tenía la mano muy ligera, ¿sabes? El año que estuve bajo su férula anoté en un papel las veces que me maltrató. Veintiséis bofetadas, trece tirones de pelo y once de orejas. Los tirones ya se los he cobrado. Me faltan sólo las bofetadas, algo más de una docena descontando las que acabo de zumbarle, aunque ha habido una semifallida que no sé si tener en cuenta.

El brutal episodio causó mucha gracia a Josu Ruiz, cuyas expansiones de regocijo hicieron vibrar violentamente los flejes del somier. A mí, debajo de la cama, me dio

un grandísimo repeluzno, por entender que el relato de Izaskun Ayestarán confirmaba de una manera rotunda ciertas sospechas que no paraban de desazonarme desde hacía meses. Ahora las sospechas habían desaparecido de sopetón, reemplazadas por una certidumbre mucho más pungente. Ahora sabía que Genaro Zaldúa no perdonaba agravios por antiguos que éstos fuesen. Yo se los había inferido a porrillo durante la niñez, incomparablemente mayores y más humillantes que los de aquel viejo maestroescuela jubilado, que además sólo había dispuesto de un año para hacerle sufrir. ¿Cómo iba yo a creer que la misma mente vengativa que recordaba el número exacto de cachetes recibidos en el aula, hubiese olvidado los innumerables empujones al río, un palazo en la coronilla, una pedrada en los dientes y tantas y tantas diabluras a mí debidas, de las cuales, por añadidura, aún quedaban señales? El rencor, quién lo ignora, tiene buena memoria, y aunque desde nuestro inesperado reencuentro en la cafetería Goya, hacía algo más de tres meses, Genaro Zaldúa jamás se había referido en el curso de pláticas privadas o ante testigos a nuestro pasado común en Illarra-Berri, me parecía imposible que ofensas y agresiones que amargaron sus días de infancia se hubiesen borrado por completo de su recuerdo, mucho menos si, como era el caso, casi diariamente tenía delante a quien tanto lo maltrató. ¿Acaso las disculpaba por considerarlas cosas de niños? Porque es lo cierto que tiempo para poner por obra su venganza no le había faltado. ¿O es que la demoraba de propósito a fin de regodearse con los preparativos, mientras aguardaba la ocasión de hacerme el mayor daño posible? Largo rato estuve absorto en estas cavilaciones, sin prestar atención al chismorreo de Izaskun Ayestarán, que de pronto había recobrado el buen humor, bromeaba y se reía, y que de vez en cuando bajaba la mano hasta el frutero y cogía alguna ciruela. Me dije: ándate con cuidado en el futuro. Y me impuse como tarea primordial de los próximos días un acercamiento estratégico a Genaro Zaldúa, en la inteligencia de que mi continuidad en La Placa dependía principalmente de su arbitrio, y también, claro está, para mitigar su probable encono mediante lisonjas, favores y amistad sumisa.

—Llevaba varios días de mala leche —contaba Izaskun—, enfadándose por cualquier menudencia. Figúrate que le regalé un libro de cuentistas suecos y por poco me lo tira a la cara. No te rías. Que quién era yo para determinarle las lecturas. Como lo oyes, determinarle. Pues nada, al otro día lo llamo por teléfono. ¿Me acompañas a la facultad de Derecho? Podrías ayudarme a rellenar los papeles de la matrícula, que son la mar de complicados. Luego te invito a comer en un asador que hay en Ibaeta. Porque tú ya sabes que la mejor forma de estar a buenas con él es llevarlo a tragar. Le pareció repugnante que yo cursara estudios de jurisprudencia y colgó.

—Se ve que el pobrecillo trataba de partir peras y no sabía cómo.

—Eso era y yo no me di cuenta hasta ayer en la puñetera churrería. Le comenté mi propósito de volver a estudiar euskara. No congeniamos, me respondió. Salimos después a la calle y en la plaza de la Constitución me encuentro con dos amigas. Hablamos. Que qué pasa conmigo, que ya no se me ve el pelo y tal y cual. No, nada,

nada; bueno, adiós. Me doy la vuelta y, ¿dónde está Genaro? Se había dado el piro mientras yo conversaba con mis amigas.

—A lo mejor no se percató de que te habías parado y siguió adelante.

—Esta tarde suena el teléfono. Yo pensaba que me llamaba para concertar nuestra cita de costumbre. El tío va y me suelta que ha decidido dedicarse exclusivamente a escribir. Le gustaría que quedáramos como amigos. Hablaba de una forma extraña, muy deprisa.

—No seas ingenua. Lo tenía todo escrito de antemano.

—Al primer sollozo me ha colgado.

—Un poco bruta la bestia.

—Es un chaval difícil, pero te aseguro que me sigue cayendo igual de bien que el primer día. La putada está en que él vive en una dimensión en la que yo no podría ingresar aunque me pasase el santo día leyendo. Lo sospechaba desde un principio, hoy he tenido la confirmación definitiva. Tú eres raro de pelotas, él es sencillamente incomprensible. Gente complicada los hombres. Uno a uno os rajaría el vientre con un abrelatas.

—Ya será para menos.

—Cabronazos.

Pasaba de una hora desde que me había metido debajo de la cama. La tarde declinaba a ojos vista y yo seguía sin atisbar la posibilidad de salir en breve plazo de mi estrecho y polvoriento escondite. Tenía las piernas entumecidas, un brazo insensible y el cuello traspasado por una rigidez de tabla. Hacía muchos minutos que Josu Ruiz ya no inventaba pretextos para alejar a la muchacha del apartamento. A cada sugerencia suya había respondido ella manifestando su voluntad firme de quedarse. Así las cosas, transcurrió otra media hora sin que sucediese nada que apuntase hacia el término de mi incómoda situación. Izaskun Ayestarán destruyó todas mis esperanzas de poder hallarme en casa a la hora de la cena cuando declaró que ya no sentía el dolor de cabeza. Restablecida de sus tribulaciones amorosas, rememoró con nostalgia risueña anécdotas de la época en que ella y Josu Ruiz habían sido novios. Habló de Italia y de no sé cuántas cosas más, y empezó a ponerse cariñosa y a prodigar cumplidos y arrumacos. El otro se dejaba cortejar, encastillado en un mutismo sospechoso que me llenó de alarma cuando, de repente, algunos zarríos de la halconera cayeron encima del frutero y ésta preguntó:

—¿Te hago una cochinada?

El impúdico ofrecimiento no obtuvo respuesta, a no ser que pudieran tomarse como tal unas risitas premiosas de Josu Ruiz que más bien parecían un arbitrio para encubrir su indecisión, pues se me hace que aunque le acuciaba el deseo de poseer a la chica, coartaba su voluntad la presencia de un intruso debajo de la cama. Tras breve cuchicheo que no logré entender, oí el muamuá inconfundible de los besos y enseguida suspiros, palabras entrecortadas y la respiración de Izaskun Ayestarán, que se desconcertaba por momentos. Me sobresaltó la caída ruidosa de un zapato de Josu

Ruiz. El otro voló poco después hasta los cachivaches apilados en el centro de la pieza. Sentí que un cuerpo se ponía encima de otro. El hundimiento del somier no dejaba lugar a dudas y por primera vez desde que me había tumbado en el escondite los flejes rozaron mi espalda. Me apreté contra la capa de polvo, resignado a desempeñar el ridículo papel de testigo oidor en un lance voluptuoso. Me sobrevino, sin embargo, cuando menos lo esperaba, un golpe de fortuna, y fue que a Izaskun Ayestarán no le quedó más remedio que desasirse bruscamente de su amante, porque no le daba tregua, dijo, una opresión en la vejiga. Saltando fuera de la cama, sus piececillos descalzos se dirigieron con presteza hacia el retrete. Tras ellos se cerró la portezuela, pues sin cerrarla no se podía tomar asiento dentro ni casi permanecer de pie: tan diminuto era aquel recinto. Al instante apareció ante mí, suspendida en el aire del revés, la cara de Josu Ruiz, que por medio de muecas frenéticas me apremiaba para que saliese a toda prisa de mi escondite. Yo comencé a arrastrarme tan rápidamente como me lo permitían mis miembros endurecidos. Sentí de pronto una mano que me aferraba y tiraba de mí con fuerza, y llegado que hube en puntas de pie al recibidor, seguido de mi amigo, que no cesaba de empujarme, sin tiempo de alcanzar la puerta oímos a nuestra espalda la voz de Izaskun Ayestarán, que preguntaba quién había venido. De vuelta al cuarto, luego de sacudirme lo mejor que pude el polvo que me cubría, saludé a la muchacha, que, en paños menores, exclamó de buen humor:

—¡Pero si es Flakúas! —y abrazándome con efusión, me llenó las mejillas de besos, como si se alegrara muchísimo de verme.

Fue la primera vez que alguien pronunció en mi presencia el remoquete que figuraba en el tablero de corcho, junto a mi número de teléfono. Josu Ruiz me entregó los libros que presuntamente había ido yo a buscar al apartamento y, pasados diez minutos, me despedí.

Por la época en que tuve mis exámenes de septiembre fue puesto a la venta en algunos quioscos y librerías de San Sebastián el primer número de *La Placa* (la *Revista aristocrática para fabricantes de zambombas y cremalleras*, como rezaba el subtítulo), al precio de veinte duros el ejemplar, reducido posteriormente a setenta y cinco pesetas, y en una rebaja última a cincuenta, porque, la verdad sea dicha, no los compraba nadie.

Genaro Zaldúa afirmaba que había dedicado tres días de su vida a visitar imprentas. En una de ellas, situada en el barrio de Loyola, le habían ofrecido el presupuesto menos elevado: trece mil pesetas, cantidad que dio por hecho aprontarían, de buen grado incluso, Izaskun Ayestarán y Josu Ruiz, a quienes reputaba de ricos. La primera, con su generosidad de costumbre, se prestó sin titubeos a financiar de su peculio la mitad del proyecto. En cambio, Josu Ruiz, que aseguraba estar a la cuarta pregunta desde que se le habían fugado los inquilinos, se negó rotundamente a soltar un céntimo para la revista, y con no menor firmeza se opuso a que la muchacha corriese con parte alguna de los gastos.

Así las cosas, el Pulcro Matallana concibió la idea de salir todos una noche en pandilla a perpetrar atracos. Nos proveeríamos de navajas y garrotes, y de seguro que un sábado, en dos o tres horas, recaudaríamos guita suficiente para editar un numerito de bastante lujo, con portada en color, ilustraciones, papel satinado y cuanto conviniese a una publicación de cuenta. El plan entusiasmó a Genaro Zaldúa y, por consiguiente, me entusiasmó a mí, que por esas fechas no desperdiciaba ocasión de complacerlo; pero no se pudo consumir, porque a la postre prevalecieron los escrúpulos morales de Josu Ruiz, que consideraba el fin válido, no así los medios. Una vez más repitió la cantilena de que el grupo debía conducirse conforme a unas mínimas normas de comportamiento. No se trataba, a su juicio, de imponer limitaciones a nadie, sino de evitar a toda costa contradicciones entre los mensajes transmitidos por *La Placa* y los actos de cada uno de sus miembros. Superada la fase inicial, dijo, en que habíamos prohiado de un modo libre los viejos principios surrealistas, había sonado para nosotros la hora de empezar a manifestarnos ante la opinión pública con voz propia. Al surrealismo, añadió, buscando asentimiento en los semblantes de sus compañeros, debíamos la feliz circunstancia de habernos reunido en torno de un puñado de convicciones. Pero nada más. Ni vivíamos en el París de los dichosos años veinte ni a él le apetecía revivir en escala provincial las anécdotas de Breton y sus huestes. Nos gustase o no, vivíamos inmersos en una sociedad fanática y conflictiva, en la que cualquier pelagatos se creía con derecho a matar en nombre de unos ideales pequeñitos, ¿o es que aún no nos habíamos dado cuenta de ello? Al hombre a quien le colocan una navaja junto al gaznate, ¿qué coño le importa que el agresor aspire a contribuir a costa de su sangre a la independencia de Euskadi, a costearse unos chutes de heroína o la publicación de una revista de poemas? Para él

lo único que en ese momento de verdad cuenta es la navaja, y quien dice navaja dice pistola o cualquier artilugio concebido por la inteligencia humana para servir a los fines de la brutalidad. Los miembros de La Placa, afirmó en un tono rayano en el rúpice, debían tener el coraje de no incurrir en violencia de ningún tipo y de mantenerse al margen del ritual de la confusión y la muerte, del politiquero y las polémicas de baja estofa que imperaban en la escena social vasca desde hacía demasiado tiempo. Cartas, entrevistas, intervenciones en la radio, continuó diciendo, nos estaban granjeando fama en la ciudad. El nombre de La Placa aparecía a menudo en los periódicos. Era innegable que no nos faltaba maña para llamar la atención y eso seguramente convenía. Pero tarde o temprano habría que dar la cara, decir a la gente algo concreto, algo lleno de verdad, porque si después de todo resultaba que nuestros gestos carecían de contenido, adiós muy buenas. ¿Con qué propósito formar entonces un grupo? ¿Para añadir más dolor a una sociedad constantemente expuesta a calamidades? Y aun eso ¿con qué fin particular? ¿Para que de los diecisiete que leen, cinco digan que escribimos muy bonito?

Calló de pronto y dirigió una mirada inquisitiva en derredor, como si tratase de averiguar el efecto de sus palabras escudriñando los semblantes de sus compañeros. Ninguno de ellos rompió el silencio para formular objeciones. Con todo, frentes arrugadas y algún que otro mohín escéptico revelaban con claridad la opinión que les había merecido aquel discurso. Los argumentos de Josu Ruiz, ornamentados con profusión de ademanes, truncaron el proyecto de obtener fondos a mano armada; pero a cambio avivaron la inventiva y el atrevimiento del Pulcro, que concibió un plan, extravagante como todos los suyos, puesto por obra en secreto con la complicidad de Izaskun Ayestarán. La cara de ambos relucía de orgullo sardónico la tarde que nos mostraron el dinero que habían conseguido reunir para la revista: dos monedas de duro y ocho de una peseta.

Sin comunicar a nadie su propósito convinieron en llegarse un sábado hasta la iglesia de los capuchinos, en la calle de Camino, ante cuya puerta, disfrazado con harapos, pensaba el Pulcro ponerse a mendigar. Izaskun, que le confeccionó la indumentaria de pordiosero, se dedicaría mientras tanto a sacarle fotografías. Pero al llegar al sitio, lo encontraron repleto de pedigüños. Determinaron entonces trasladarse a la iglesia de los jesuitas, en la cercana calle de Andía. Dos gitanas prietas de tez, con largas cabelleras y zarríos negros, pedían allá; la una vieja, con un crío dormido sobre el regazo, la otra joven y desgreñada, de las que piden abordando, poniendo vocecilla lastimera, y responden con alguna grosería cuando nada se les da. Tenían por lo visto las dos mujeres el usufructo de aquel templo en exclusiva y a su manera faltona se lo hicieron saber al Pulcro tan pronto como se percataron de que el desharrapado venía con designio de arrebatarles la clientela. Contaba éste que con antojo de soliviantarlas les preguntó para qué clase de revista practicaban la mendicidad. No se les daba a ellas un ardite entender la ironía del advenedizo ni mucho menos trabar con él coloquio, sino ahuyentarlo de la puerta de la iglesia

cuanto antes, y con esa intención se pusieron muy bravamente a cubrirlo de insultos y amenazas. Medió Izaskun, que en achaque de proferir palabrotas no tenía que envidiar a nadie, y ya menudeaban los gritos ante la casa de dios cuando, acabada la misa, comenzó a salir en pacífica procesión la muchedumbre de católicos. El Pulcro se acurrucó al pie de la pared, apartado varios metros de las puertas junto a las cuales maullaban las gitanas sus imploraciones, y agachó la cabeza como tenía estudiado. De vez en cuando tintineaba una monedita dentro de la fiambarrera metálica, la misma en que su padre llevaba de costumbre el almuerzo a la oficina. El Pulcro alzaba teatralmente la vista ungida de melifluo agradecimiento. En una de éstas distinguió en medio del apretado gentío a su profesor de gimnasia, que abandonaba el templo del brazo de su esposa y no parece que reconociera al falso mendigo que a sus pies se había apresurado a ocultar el rostro con las manos. A tiempo que salían a la calle los últimos fieles, llegó al lugar el gitano fornido que venía a llevarse la recaudación de las parientas. Izaskun Ayestarán lo había visto descender de un carromato. Desde la acera de enfrente hizo señas al Pulcro para que se reuniese con ella sin demora; pero éste no la miraba ni tampoco veía el peligro en que se hallaba. Quien sí lo vio a él fue el gitano, que después de breve plática con las mujeres, lo sacó a rastras a la acera y como despedida le propinó una patada en el trasero. Cuando nos lo contaron pensábamos que mentían. Genaro Zaldúa ni siquiera tuvo paciencia de escuchar hasta el final aquella historia de gitanos y mendigos que desde un comienzo consideró una burda patraña. En vano juraba Izaskun lo contrario; en vano se empeñaba el Pulcro en demostrar la veracidad del suceso enseñando la módica limosna sobre la palma de su mano. Al fin desistieron de la porfía, convencidos de que las palabras no servían para derribar el grueso muro de nuestra incredulidad. Pero otra tarde trajo Izaskun las fotografías y con gesto de triunfal despecho las arrojó encima de la mesa. Se deja imaginar el asombro, no exento de regocijo, que nos causaron.

La edición (por llamarla de algún modo) del primer número de la revista constó de ochenta ejemplares. Genaro Zaldúa mencionaba una cifra diez veces mayor en una nota repleta de falsedades que remitió a la prensa. Veinte hojas grapadas tenía cada ejemplar, escritas por un solo lado. Estoy viéndome entrar en casa del Pulcro con el paquete debajo del brazo. No me cabía el orgullo dentro del cuerpo. Barruntando que mis compañeros aguardaban con impaciencia mi llegada, me entretuve adrede por la calle, y aun me metí a jugar al tragaperras en una taberna a fin de exasperarlos con la tardanza. Al entrar en el cuarto del Pulcro me dedicaron una ovación tan exagerada que a última hora de la tarde, cuando salíamos, doña Mercedes se acercó a mí para preguntarme callandito si me casaba.

La noche anterior, no bien se propagaron por la casa los primeros ronquidos del padre, salí del cuarto y en la cocina, junto a su paquete de cigarrillos, deposité las veinte páginas originales y una nota que rezaba:

80 COPIAS DE CADA
CORRE PRISA

De este modo se gestó el número 1 de *La Placa*, la *Revista aristocrática para fabricantes de zambombas y cremalleras*, con papel y fotocopiadora de la empresa de artes gráficas donde el padre trabajaba desde hacía más de treinta años. A decir verdad lo hizo engañado, pensando sacaba copia de papeles útiles para mis estudios. En otro tiempo le habría escamado seguramente que le pidiera reproducir ochenta veces los mismos apuntes; pero de aquel hombre enérgico y de genio vivo ya no quedaba nada, absolutamente nada, en el verano de 1979. La pérdida de la mujer lo había sumido en un estado de abulia melancólica que desmoronó su carácter. Se convirtió entonces en el más desdichado de los peleles. Yo le oía a menudo gemir en la soledad de su dormitorio, mientras contemplaba las fotografías de la mujer difunta diseminadas sobre la colcha. El abuso del alcohol terminó de trastornarlo. Así que resultó facilísimo endilgarle la tarea. Al día siguiente, de vuelta del trabajo, me entregó las copias envueltas en papel de estraza, sin hacer preguntas ni aguardar explicaciones. Y revisando luego en mi cuarto el legajo de hojas, porque no me fiaba un pelo del padre, comprobé con satisfacción que había bastantes de más. Con ellas compuse una noche varias revistas que llevé a vender en secreto a una librería de poca monta, situada en la localidad de Lasarte, pareciéndome más que improbable que ninguno de mis compañeros se desplazase hasta aquellos pagos distantes una decena de kilómetros de San Sebastián. Semanas después telefoneé al librero para inquirir los resultados de mi negocio. Una voz de timbre ceceante me comunicó que mis ejemplares no se vendían y que podía pasar a retirarlos cuando quisiera. Allá seguirán si no los han arrojado a la basura.

Durante varios días mis compañeros me prodigaron las más gruesas felicitaciones y parabienes. En la embriaguez de los halagos, se me figuraba haber recorrido hasta el final el camino que conduce al mar de miel, el éxito, en cuyas olas dulces creía zambullirme y chapuzar con placer de gorrino que se revuelca en lodo; y aunque hoy no se me oculta que esto era necedad, no quiero callarlo, sino echarlo fuera de mí como tantas estúpidas quimeras de entonces que aún me punzan y repudren. La única crítica adversa provino de Genaro Zaldúa, para quien la portada, por él compuesta, había quedado excesivamente oscura. La objeción no le impidió, con todo, reconocer en el curso de una plática privada que mi generosidad y diligencia habían hecho posible el ansiado sueño de publicar nuestra propia revista. Y se congratuló de tenerme en el grupo.

La prensa acogió con elogios el número 1 de *La Placa*, algunos desmedidos, como los de cierta periodista amiga que por aquel entonces escribía reseñas de libros para *La Voz de España*. Con entusiasmo maternal resaltaba en su comentario la «fuerza avasalladora» de nuestro ingenio, dirigiéndonos entre otros cumplidos el de «paladines de la nueva literatura en tiempos de democracia». Aseguraba que la revista le había deslumbrado desde la primera hasta la última página: por su humor

sin concesiones, por su originalidad y frescura y por el cuento de Genaro Zaldúa, cuyo estilo le traía a la memoria nombres de escritores célebres, aunque no declaraba cuáles. Para enojo nuestro, en dos lugares de su artículo nos llamaba chavales. A Josu Ruiz le parecía punto menos que insultante el apelativo, por cuanto restaba credibilidad a los encomios e inducía a pensar que la revista fuera obra de escritores inmaduros; y así lo creímos los demás también. Con determinación de transmitir nuestro malestar, enviamos a la periodista una carta dirigida a sus señas de Tolosa, donde residía. En el escrito consignábamos la edad de cada uno de los miembros de La Placa, quince en total, la menor de las cuales se supone que era de veintiocho años. No fue ésa la única mentira que le contamos a fin de desorientarla. Se le hizo creer que formábamos una vasta organización de artistas, con ramificaciones en el resto de España y en algunas ciudades francesas e italianas. Al final le pedimos, en un tono lindante con la insolencia, que nunca más nos motejara de imberbes en sus artículos. Contestó ella a vuelta de correo. De su respuesta cordial, en la que no escatimaba elogios ni parabienes, inferimos que no nos había comprendido. Jamás llegamos a conocerla personalmente. Ya murió.

Otros periódicos de la ciudad publicaron comentarios más comedidos. *Egin*, que reprodujo el bucanero acéfalo de la portada, dibujado por Genaro Zaldúa, destacaba la circunstancia de que el número estuviese dedicado a la revolución nicaragüense. Casi dos semanas tardó *El Diario Vasco* en insertar una reseña en sus páginas. Esta, sucinta pero encomiástica, se ocupaba solamente de aspectos literarios y concluía haciendo un llamamiento a la población para que adquiriese la revista. *Unidad*, el diario vespertino, publicó un resumen del artículo de la periodista de Tolosa, y *Hierro*, de Bilbao, una nota escueta en la que misteriosamente se nombraba a Genaro Zaldúa director de *La Placa*.

El número comenzaba con una dedicatoria apologética al Frente Sandinista de Liberación Nacional, texto de Izaskun Ayestarán que Genaro Zaldúa, en cumplimiento del convenio de buena avenencia que ambos habían establecido a raíz de la ruptura de su noviazgo, ayudó a redactar. El Pulcro caligrafió de modo acorde con su sobrenombre aquellas frases barrocas, a las que servía de orla el contorno territorial de Nicaragua, calcado de un atlas de Josu Ruiz. Y como yo tuviese a mi cargo hacer las copias, se dijo que según justicia la página pertenecía a todos, por lo que apareció sin firma, a manera de editorial. Las hojas de la revista no fueron numeradas, sino que al pie de cada una de ellas, portada inclusive, figuraba una letra y en la última tres, para que leídas en su debido orden formaran el lema VIVA EL FRENTE SANDINISTA.

Seguía un churro sinuoso de ripios y rimas de a duro el mazo, felonía en verso que remedaba coplas de sabor andaluz, atribuida a Rafael Alberti, cuya colaboración se agradecía en un margen de la página, aprovechando un hueco en la cenefa de camiones recortados de revistas que bordeaba el poema. Todo ello era parodia concebida por Genaro Zaldúa.

El *Manifiesto urbi et orbi, protozooario y de la leche condensada*, expurgado de las numerosas erratas con que había aparecido en el programa de fiestas de Rentería, ocupó las páginas A, E y L. El Pulcro se encargó de mecanografiarlo con el esmero que de él se esperaba. Sucedió al manifiesto once poemillas eróticos de Izaskun Ayestarán, dirigidos al dios barbado; del cual, en la página siguiente, se incluía un dibujo a tinta que mostraba una guillotina instalada sobre un paisaje ajedrezado, con una docena de cabezas de toro esparcidas en rededor y un fondo de montañas.

Las páginas centrales fueron reservadas a los autores ajenos al grupo. Seis o siete atendieron al mensaje radiofónico en el que ofrecíamos la posibilidad de participar en nuestra revista. No era cosa de valor lo que recibíamos y concertamos desecharlo. Con todo, Izaskun encontraba aceptable uno de los poemas. Así lo manifestó, y releído a petición suya, fue nuevamente rechazado. Lejos de resignarse, puso la muchacha por obra una maña secreta que a mí no me pasó inadvertida, y fue que, transcurrido un rato, disimuladamente le habló a Genaro Zaldúa a la oreja, de forma que éste acto seguido se puso a defender el texto que minutos antes había repudiado. Lo firmaba un tal José Ángel Alonso, vecino del barrio de Eguía, cerca del cementerio. El poema, desprovisto de título, fue mecanografiado a un espacio a fin de dejar sitio en la página a una sátira contra el papa, obra del Pulcro atribuida a Marrajo de Puente la Reina. Por razones extraliterarias acordamos publicar un cuento de un fulano Joxian Arregi, sólo porque estaba escrito en euskara y convenía. Para la página siguiente consiguió Josu Ruiz, valiéndose de su amistad con algunos de los escritores que por aquella época confeccionaban la revista *Kantil de Literatura*, un poema de Fernando Aramburucópulos, con quien años atrás yo había compartido aula y pupitre en el colegio, cuando no se hacía llamar sino por el apellido que le dio su padre. No era de los que menos se habían burlado de mi primera tentativa poética; pero lo recuerdo sobre todo por una maldad que me infirió a diario durante unos meses en que le obligaron a sentarse a mi lado y a mí al suyo. Tenía él dividido el pupitre común en dos sectores mediante un surco grabado con la punta del compás en la madera, y cada vez que por descuido yo invadía con mi codo su territorio me pintarrajeaba la camisa o me clavaba el bolígrafo en la carne. Esa evocación punzante me impidió hallarle gusto a su poema.

El Pulcro publicó con su apodo en las páginas S y A ochenta y tantos versos de las *Soledades* de Góngora, sin cambiar coma ni tilde. Afirmaba, socarrón, que el ilustre cordobés le había arrebatado siglos antes la autoría de una obra que por derecho de talento sólo Jaime Matallana estaba llamado a escribir. Acusaba a Góngora de plagiador anticipado, que era según su parecer la clase más ruin que hay de ellos, porque copiando lo que aún no se ha escrito, pero se va a escribir, dificultan la demostración de su fraude, y con similares argumentos reclamaba la gloria de *El príncipe idiota* y de tres o cuatro libros más. Sus compañeros no tuvieron inconveniente en darle la razón y de buen grado consintieron en la broma. Varias horas dedicó él a manuscibir las silvas gongorinas, intercalando aquí y allá falsas

correcciones y tachaduras a propósito, con malicia de aparentar que los versos eran fruto de su trabajo. Pero quiso su mala suerte que omitiera un endecasílabo, descuido del que no se percató hasta la tarde en que grapamos las hojas de la revista. Se me hace a mí que las risas de sus compañeros lo pusieron al borde de las lágrimas. Al fin escribió a mano, en cada uno de los ochenta ejemplares, el verso que faltaba.

«Los turbios negocios de la Rue Championnet», el cuento de Genaro Zaldúa que ocupaba las dos páginas siguientes, era en realidad parte de un relato mucho más extenso. Los dieciocho capítulos de que constaba aparecieron años después, en forma de serie folletinesca, en las páginas dominicales del periódico *La Voz de Euskadi*. Intenté releerlos, pero no pude: su estilo ampuloso y el recuerdo de tantas cosas me impidieron pasar de las primeras frases. Tampoco conservo los recortes, por determinación tomada hacía largo tiempo de mantener el archivo cerrado para siempre, y en parte también porque no habiendo concebido aún el propósito de redactar la historia de La Placa, no se me ocurrió que aquel material pudiera servirme de algo en el futuro. Con todo, guardo en la memoria los pormenores más relevantes de la trama, y aunque sólo sea por eso, los quiero referir.

El relato menciona en su comienzo la firme voluntad de Menkele Echeverría (gabonés de ascendencia vasca afincado en París) de formar una biblioteca con libros apañados. El segundo capítulo, que fue el que se publicó en el número 1 de *La Placa*, presenta al negro dentro de la Librairie Championnet, sita en la calle de idéntico nombre donde como todos los días laborables a la misma hora ha entrado a sustraer algunos ejemplares. Menkele es hábil y precavido, y nunca en los cerca de quince años que lleva practicando el robo en el establecimiento ha sido sorprendido por el dueño (un hombre de fisonomía judaica que pasa las horas fumando en pipa tras el mostrador) ni por la empleada de rasgos orientales que vaga sin descanso por las proximidades de los anaqueles y vigila. El negro que viene por las tardes, como se le conoce en la librería, no sólo no infunde recelo al propietario ni a la dependienta de ojos rasgados, aunque ninguno de ellos recordase que jamás hubiera adquirido un libro, sino que lo tienen por parroquiano de confianza a quien no hay por qué someter a vigilancia de ningún tipo, y hasta de vez en cuando lo agasajan obsequiándole con folletos y catálogos que él agradece amablemente y unos minutos después arrojará en una papelera de la Rue du Poteau. Menkele demora poco tiempo en la librería, lo justo para llevar a cabo su propósito, ya que se halla de camino hacia su puesto de trabajo, en la Gare du Nord, donde acarrea valijas y paquetes en un carricoche eléctrico que sabe conducir con admirable maestría. Y acaba así el capítulo (tachado de rimbombante por Josu Ruiz):

«A las once y cuarto de la noche, cuando el expreso con dirección a Varsovia emite su estridente pitido de salida que resuena con eco de tristeza soñolienta entre las herrumbrosas vigas de la techumbre..., Menkele Echeverría, tieso como un tótem en el pescante de su vehículo ligero —en sus ojos duros y en su frente altiva los

fulgores metálicos de la estación—, avanza por el andén tercero lanzando miradas desdeñosas a la parda multitud, y al circular —tan deprisa como le permiten aquellos torpes bultos humanos interpuestos en su camino— junto al vendedor magrebí de *baguettes*, botes de cerveza y torrecitas Eiffel de plástico plateado, que ya echa el cierre a su carro de colores..., se palpa los libros ocultos bajo la camisa, que nunca ha de leer».

Menkele aprendió de niño las letras en la escuela de su poblado natal, construida con maderos y cañizo a orillas del río Ogooué, que en ese tramo forma frontera entre su país y Camerún. Fue su maestra una monja misionera, que había de morir a manos de una turba de leprosos enloquecidos varios años después de que él emigrase a París huyendo de una acusación de abigeato. Este pasaje que refiere escuetamente su vida en África nos parecía a Izaskun Ayestarán y a mí lo mejor de la narración, y en particular un episodio marginal en que se relataba el empeño colectivo de monjas y niños semidesnudos por librar a la escuela de las llamas originadas por un relámpago.

Menkele sabe, pues, leer; pero jamás sintió curiosidad por echar un vistazo dentro de los volúmenes que día a día, desde hace casi quince años, ha ido almacenando en su modesto piso de alquiler. De hecho los afana a la buena ventura, caiga lo que caiga, y si alguna vez tuvo capricho de elegir alguno, lo hizo sugestionado por los colores de las tapas, no por los títulos o los temas, que siempre le resultaron indiferentes.

Aprovechando un fin de semana, Menkele decide hacer recuento de los ejemplares que abarrotan uno de los cuartos de su vivienda. La tarea se revela ímproba. Las últimas columnas de libros ciegan el vano y a Menkele le cuesta recordar cómo eran los muebles o el papel de las paredes que no ve desde hace mucho tiempo. Provisto de un carrito del supermercado, discurre trasladar su tesoro a la sala. Tiene previsto dedicar el domingo entero a la realización del arduo trabajo. Comienza al cuarto del alba y por ganar tiempo ayuna. Ya es noche cerrada cuando acaricia el lomo del último ejemplar. Su esfuerzo, con todo, no ha servido para nada, ya que hace cuatro o cinco horas que la fatiga y el hambre le han hecho perder la cuenta. Menkele no sabe ni sabrá nunca el número exacto de volúmenes que posee. Tampoco alberga la intención de emprender un segundo recuento, considerando con buen juicio que acaso se haría preciso otro ulterior que bien podría ser sólo un eslabón en una serie larguísima de fracasos. Resuelve en consecuencia contentarse con la representación mental que sobre las dimensiones de su biblioteca se ha formado y la tasa en conceptos temporales: diecinueve horas y veintisiete minutos de libros, que es el tiempo que ha invertido en tenerlos uno tras uno en la mano y colocarlos en su nuevo emplazamiento. La cantidad se le antoja suficiente para poner por obra un proyecto largo tiempo acariciado: abrir su propia librería.

A ese efecto emprende la búsqueda de un local donde establecerse, y está a punto de llegar a un acuerdo con la viuda de un comerciante de vinos, propietaria de un

almacén en las inmediaciones del Sacré-Coeur, cuando una tarde, saliendo de la Librairie Championnet con su botín diario, divisa por casualidad un anuncio pegado a la luna de lo que hasta poco antes había sido una panadería, en la acera de enfrente. El local se alquila y Menkele, mientras anota el número de teléfono, presiente que ha encontrado un nuevo hogar para sus libros. Llama después desde una cabina de la Gare du Nord. Con alegría que procura refrenar comprueba que el precio que le piden él puede sufragarlo holgadamente con sus ahorros de casi tres lustros. Concierta para otro día una entrevista con el dueño, el cual, viendo el color de piel de su cliente, encarece la renta mencionada por teléfono. Menkele lleva puesta la primera corbata de su vida, que cuelga oscilante sobre el contrato de alquiler y le estorba cuando se inclina para estampar la firma, el garabato ilegible que inaugura un capítulo trascendental de su biografía.

La mañana de la apertura al público se congrega en el interior de la flamante librería una docena de paisanos. Algunos de ellos han colaborado desinteresadamente en el transporte y clasificación de los libros, así como en el adecentamiento del local. Menkele recompensa la ayuda recibida mediante un almuerzo copioso regado en abundancia con champán. No faltan el caviar, las ostras ni algunas frutas exóticas importadas ex profeso de su país. Suena por los altavoces música vernácula (ritmos vivos, isócronos tantarantanes) y el grupo de gaboneses se va animando. En esto se incorpora a la fiesta el dueño de la librería de enfrente, que sin sacarse la pipa de la boca abraza a Menkele y manifiesta su deseo de convertirse en el primer cliente de recién estrenado comercio. Menkele rehúsa el honor; pero al fin cede a la batería cortés del otro y se allana a venderle un diccionario de botánica. A Josu Ruiz le resultaba inconcebible que el relato no acabase con esa escena.

Transcurren semanas, meses, y el negocio de Menkele Echeverría prospera a pasos agigantados. La clientela aumenta de día en día, seducida por la música deleitosa que se oye desde la calle, por el café o té con galletas que cada visitante, haga o no gasto, recibe de balde y, sobre todo, porque en ningún lugar de Francia se venden los libros tan baratos como en la librería de aquel negro. Los resultados de semejante estrategia comercial no se hacen esperar. De todos los rincones de París acude gente que come y bebe y que, cuando ha llegado a un punto de gorronería que da vergüenza, compra, aunque «sólo sea» (recuerdo la frase) «libros de versos». El caso es que se expende en abundancia, la caja suena y los anaqueles no cesan de vaciarse. Todas las mañanas una cola de personas aguarda en la calle la subida de la persiana. No escasean entre ellas los mendigos que solamente vienen por el desayuno. Receloso de que le desluzcan el negocio, Menkele veda a los desharrapados la entrada en la librería; a cambio les ofrece pan y sopa boba en el portal contiguo, e incluso una copita de aguardiente cuando aprieta el frío. De la labor caritativa se encarga la mujer de rasgos orientales, que una mañana atravesó la calle con la comisión de averiguar las razones del éxito comercial del gabonés y no volvió a su primitivo lugar de trabajo, donde hacía medio año que no cobraba el sueldo. Fue

ella quien reveló que la Librairie Championnet se halla al borde de la quiebra. Su dueño se pasa los días sentado tras el mostrador con la pipa en la boca, royendo su envidia en soledad mientras contempla el gentío que a todas horas se arremolina dentro y fuera del establecimiento de Menkele. A vueltas con sus cavilaciones, no termina de comprender la causa de su fracaso. Vender menos entraba en sus previsiones, si bien en su fuero interno abrigaba la esperanza de que los escrúpulos racistas de muchos de sus conciudadanos lo preservasen de una pérdida excesiva de clientela. Curiosamente, desde que la competencia se instaló en la otra acera, sólo recibe la visita de algunos hombres de color. Estos, durante un rato, van y vienen por el local ojeando volúmenes. Salen después y se encaminan directamente a la tienda de enfrente, donde, sin que él lo sepa, descargan los libros que acaban de robarle. No sospecha que a diario una banda de hábiles gaboneses, aleccionados por su patrón en los fundamentos del latrocinio, se dedica a trasladar sus mercancías de un lado al otro de la calle. De esta manera, la ruina no tarda en abatirse sobre la solitaria Librairie y al fin el hombre de la pipa se verá obligado a echar el cerrojo a la puerta, para no volver a descorrerlo jamás. Quedará en el escaparate vacío el rótulo que anuncia la venta del local.

Cuando a la mañana siguiente sus ladrones a sueldo le transmiten la noticia, Menkele sabe que los buenos tiempos han pasado, que el suyo es el destino de los parásitos que sucumben juntamente con el cuerpo del que se nutrían y al que han matado. Ese día ofrece café y té con galletas por última vez. Pronto el bodrio para los pobres es igualmente suprimido y la empleada de rasgos orientales despedida. Apenas dos semanas más tarde, los libros cuestan igual que en cualquier parte de París, ya que ahora son las distribuidoras oficiales las que suministran mercancías a Menkele. Nadie o casi nadie acude al establecimiento, que a menudo permanece vacío. Menkele echa el día a perros mirando la lluvia, el tráfico, los transeúntes, la carnicería que ha abierto un árabe donde antes estuvo la Librairie Championnet.

Una mañana entra en la tienda un hombre que oculta su rostro tras las solapas de su gabardina. Menkele lo ha reconocido al instante por la pipa. Con el rabillo del ojo vigila los pasos del visitante, que deteniéndose ante una de las estanterías más apartadas hojea libros. De pronto el embozado se vuelve con manifiesto propósito de comprobar si lo miran. Segundos después esconde algo, un libro, bajo la ropa. Menkele salta de su asiento; pero no se dirige hacia el ladrón sino que raudamente sale de la librería, cierra con llave la puerta y regresa en breve acompañado de un gendarme, que se llevará detenido al hombre de la pipa. Esa mañana Menkele Echeverría constata que el mundo, lejos de ser caótico como pretenden algunos, se rige según un orden muy simple, y adivinará de sopetón tanto el sentido de la nueva panadería inaugurada en la calle, como el del reguero de gotas sanguinolentas que desde hace un tiempo se extiende desde la carnicería contigua a su tienda hasta la del árabe situada enfrente.

Algunos periódicos dedicaron comentarios elogiosos al fragmento del relato

aparecido en el número 1 de *La Placa*. Encomios particularmente exagerados contenía una carta que un tal Clavijo hizo publicar en *La Voz de España*, el cual daba fin a su alarde idolátrico pidiendo al director que en nombre de los amantes de la buena literatura publicase en su diario los capítulos que faltaban en nuestra revista. Me llamó la atención el nombre del firmante, idéntico al de un muchacho que también tenía su domicilio en la casona de Illarra-Berri, dos pisos por debajo del de los Zaldúa. No menos me escamó que luego de referir que había adquirido el número de *La Placa* por azar, supiese que al cuento le faltaban bastantes capítulos. Cuando en el curso de una reunión en casa del Pulcro Matallana, Genaro Zaldúa me preguntó por tercera vez si la carta figuraba en el archivo de documentos, comprendí que no otro sino él la había escrito, se deja imaginar con qué intención.

De mi poema, que sucedía en el orden de las páginas al cuento de Menkele, la prensa no dijo una palabra, ni a favor ni en contra. Aquel silencio me dolió y en vano traté de consolarme pensando que, después de todo, el texto no era mío. Yo vivía por esas fechas con mucho agobio a causa de los exámenes. No obstante, una noche hice ánimo de sustraerme durante un par de horas a mis obligaciones, con el fin de escribir un puñado de versos para la revista; pero la falta de reposo, tanto como el inconveniente de tener la cabeza atiborrada de nociones gramaticales, de fonología y fonética, del padre Feijoo y de la poética de Boileau, me impedían concentrarme y hube de desistir. Por otro lado, el temor a las críticas adversas de mis compañeros me disuadió de incluir algún poema antiguo en la revista. De nuevo, como la tarde de la reunión en el café Goya, me sacó de aprietos «Tufo a violetas», el poemita que Checho Aizpurua había escrito a vuelapluma para mí sobre la barra de una taberna. Yo lo publiqué tal como lo hubo concebido mi compañero de facultad, sin signos de puntuación ni aquellos retoques de última hora de que se había mofado Josu Ruiz. El Pulcro se ofreció a manuscibirlo con su primorosa caligrafía a condición de que le permitiera poner en la parte superior de la página una fotografía que lo mostraba pidiendo limosna a la puerta de la iglesia. Consentí en ello y tampoco me supe oponer a que Izaskun pegara en la parte inferior un retrato de Augusto César Sandino con sombrero.

Un fragmento del único escrito que hoy se conserva de Josu Ruiz cerraba la revista. Jamás en todo el tiempo que mis afanes literarios me llevaron a tratar con escritores, conocí a ninguno tan despreocupado por la suerte de sus obras ni tan reacio como él a publicarlas. Escribía por lo común en papelitos sueltos, que acostumbraba guardar en los bolsillos de su indumentaria. No eran pocos los que extraviaba o se le destruían por no acordarse de ponerlos a buen recaudo cuando llevaba la ropa al lavadero. También podía suceder que pasase varios días elaborando con meticulosidad de orfebre un párrafo en la pizarra de su apartamento, para al final borrarlo a esponjazos sin otro propósito que escribir en su lugar una simple lista de compras. Esto lo vi yo un día y le manifesté mi extrañeza.

—Nada ni nadie perdura —respondió—. Todos hemos nacido para confirmar las

máximas del Eclesiastés.

Durante los preparativos de la revista, como se produjesen rencillas entre sus compañeros por el reparto de las páginas, determinó con mucho enojo ceder las suyas a quien quisiese servirse de ellas para hacer carrera. Hasta el último momento no fue posible sacarlo de su obstinación. Por mostrarle buena voluntad le asignaron más páginas que a ninguno, una de ellas mía, de la que hube de prescindir porque así lo dispuso Genaro Zaldúa. Josu Ruiz la rehusó de plano; pero le dije que su obra la merecía y él me agradeció el favor obsequiándome con el original de ella, del que aseguraba no guardar ninguna copia. Constaba de un acto, al que deberían seguir otros que jamás redactó. Al confiarme su escrito, me otorgó licencia para disponer de él a mi gusto. Dejó a mi cargo seleccionar el fragmento que había de aparecer en las tres páginas finales del número 1 de *La Placa*, firmado con el apellido de su madre, Fasser. Paradójicamente, todo lo que nos ha quedado de él, que no ocultaba el escaso aprecio que el teatro le infundía, son esos diálogos que tituló *Un hombre sin posguerra*. Lo estoy viendo sonreírse cuando le prometí que en el futuro haría cuanto estuviese de mi mano por publicárselos. Cumplí lo mejor que pude, que fue poco hasta la fecha de hoy en que, siquiera por crearme la ilusión de no faltar a la palabra dada hace tantos años, transcribo la pieza al completo.

UN HOMBRE SIN POSGUERRA

Actúan: el señor, postrado en cama

Heinrich, criado

Hans Tschentscher, cartero

Alcoba en ruinas. La hiedra cubre las paredes semiderruidas. No hay techo. El señor está leyendo revistas en la cama, bajo un dosel de tablas, cartones y planchas roñosas. A un costado un cañón desvencijado; al otro los restos de una camioneta en cuya cabina dormita Heinrich, el criado.

SEÑOR: Heinrich

Heinriiiiich

(Arroja con furia las revistas. Heinrich se sobresalta. Apresuradamente sale de la camioneta y se arregla el atuendo.)

SEÑOR: Me gustaría saber por qué tardas siempre tanto en venir.

Hace seis horas y diecinueve minutos

que mis gritos resuenan en el barrio

Heinrich Heinrich y tú no contestas

¿No te das cuenta de que no me has contestado?

Ni una sola vez

y yo Heinrich Heinrich

como si no tuviera otra cosa que hacer en la vida
sino llamarte
¿Y si me muero estando tú ausente?
Dime
¿si de repente
yo
me muero?
¿Quién avisa a la funeraria?
¿Te parece que tengo ganas de pudrirme entre las ruinas
de esta maldita casa?

(El criado se restriega los ojos velados por el sueño.)

HEINRICH: El señor acaso olvida que ayer me despidió

SEÑOR: Por supuesto que no lo olvido

El señor lo controla todo
lo sabe todo
tanto lo que pasa como lo que no pasa
pero sobre todo lo que no pasa
Por si no lo sabes
es el señor quien paga y manda
pero primero manda
y después vuelve a mandar
hasta que llega el día de pago
la hora de pago
el segundo de pago
que no dura nada
por si no lo sabes
Además estoy harto de ti y hoy también quedas despedido
como lo oyes
des-pe-di-do
Lo cual no impedirá que mañana
que mañana por la mañana
a las diez
como siempre
me vea obligado a despedirte de nuevo
y por la tarde otro tanto
mientras continúes incumpliendo tus deberes
Sinvergüenza
¿No se te ha ocurrido pensar

escúchame bien
pensar
que tal vez tu señor
tu señor a quien debes fidelidad y agradecimiento
podría morir de repente?

HEINRICH: Pensaba que el señor en realidad no me llamaba en serio

SEÑOR: Te llamaba

eso es todo
eso ha de bastarte
Pongamos por caso que estoy agonizando
Heinrich Heinrich
y tú duermes que duermes en esa sucia camioneta del ejército alemán
No te importa que me muera
Te gustaría taparme la boca con piedras
dar una bofetada al cadáver de tu señor
pero vas listo bastardo
porque yo te llamaré siempre
yo siempre

(bostezo)

aunque ya esté frío y no pueda moverme
y sólo alcance a pronunciar tu miserable nombre
por una rendija de la tumba.

(sin transición)

¿Has dado de comer al pájaro?

HEINRICH: Lo he intentado con todas mis fuerzas

señor,
pero el pájaro del señor no ha regresado todavía
Hace dos años que se fugó
se fugó precisamente cuando me puse a cortarle las alas
para que no se fugase
El señor quizá recuerde que me ordenó cortarle las alas
con un cuchillo
las alas
para impedir que escapara
Conseguí cortarle una

una tan sólo porque se resistía
y lo cierto es que luego se escapó
se escapó por la ventana volando con la otra ala

SEÑOR: Este asunto empieza a preocuparme
No entiendo que aún no haya vuelto el pájaro
¿Cómo va a recobrar su ala si no vuelve?

HEINRICH: Si el señor me permite sugerir
si me consiente el señor
si su excelencia tiene la gentileza de escuchar la humilde
opinión de este despreciable sirviente
yo sospecho que jamás volverá
yo creo que no le gusta el reclamo que el señor
mandó poner hace tres meses en su jaula
yo creo que por eso no vuelve

SEÑOR: Imposible
tengo leído que el pájaro pertenece a una especie
caracterizada por la inocencia

HEINRICH: Quizá le repugne la réplica de plástico
que el señor mandó poner en la jaula

SEÑOR: Pero si no vuelve
¿cómo va a saber que es de plástico?
Lo importante es que tú hayas pintado el reclamo como te dije

HEINRICH: Sí señor
con un arco iris en la trompa
una flor en la grupa
y la manchita rosada en cada cuerno
exactamente como el señor dispuso

SEÑOR: En tal caso no se concibe que aún no haya regresado
no me parece en absoluto razonable
no no no
¿Has mirado en el cubo de la basura?

HEINRICH: Cientos de veces he registrado la casa
hasta el último rincón
hasta el recoveco más recóndito

sin hallar un solo rastro
Al señor no le faltan razones para sorprenderse
el comportamiento del pájaro ha sido ciertamente irresponsable
en los últimos dos años
Si me permite sugerirle
yo creo que jamás volverá
me parece que el reclamo de la jaula no obra en él el efecto que se esperaba
tal vez porque es de corcho
y por eso no vuelve

SEÑOR: Nunca imaginé que la naturaleza pudiera rebajarse hasta el extremo
de emular los errores del ser humano

HEINRICH: Probablemente no le agrada al pájaro del señor
saberse sustituido por otro
que además es ciego

SEÑOR: Pero tú ¿lo has pintado como te dije?

HEINRICH: No señor
no he tenido tiempo

SEÑOR: Entonces me has mentido
brutalmente
porque si por un lado afirmas que lo has pintado
y por otro aseguras
brutalmente
que no lo has hecho
ya me dirás a qué he de atenerme yo en esta intriga
que tú has urdido brutalmente
Así no hay pájaro que vuelva y a tu señor no le dejas otra posibilidad
que ignorar cuanto sucede en los alrededores de su cama
resignarse a la mentira con que pagas
brutalmente su bondad
y al fin exigirás un refinado castigo
que satisfaga tu orgullo de víctima
me obligarás a obsequiarte con una reprimenda
que no ha de servir para nada
y volverás a mentir si insinúas que mereces un castigo
que en el fondo te exaspera
aunque simulas merecerlo y desearlo
Pero dime

¿qué debo hacer?

HEINRICH: Tal vez si el señor se dignase despedirme
yo comprendería la dureza del señor
a fin de cuentas el señor tiene toda la razón

SEÑOR: Pero es que ya estoy harto de despedirte

Heinrich

¿No lo entiendes?

Me aburre despedirte todas las mañanas

Es como si ejerciese mi autoridad sobre un batallón de lacayos

todos con la misma cara

a cual más gandul

más falso

y en realidad ¿quién me sirve?

Me sirve un hombre miserable que miente como una muchedumbre
de hombres que no parasen de mentir

un torpón que no piensa en otra cosa que en dormir

que se despierta con la esperanza de que lo despidan de su trabajo

y lo readmitan cinco minutos después

(sin transición)

¿Tú de verdad crees que el pájaro no volverá nunca?

HEINRICH: Nunca

SEÑOR: Sin duda mientes

HEINRICH *(con firmeza, pero conservando la compostura)*: Nunca volverá

SEÑOR *(en tono apaciguador)*: ¿Y qué tal si le pusiéramos un poco más
de comida en la jaula?

Después de todo no es más que un pájaro perdido
que andará buscando un señuelo

Digo comida apetitosa

me gustará un dineral si hace falta

espárragos

sí

una copiosa ración de espárragos

y algunas nueces

leche

una rodaja de queso

HEINRICH: A mi modesto parecer
el señor dedica al pájaro atenciones que no merece
De nada servirán los espárragos ni las nueces
de nada la rodaja de queso ni la leche

SEÑOR: ¿Cómo lo sabes
si nunca has sido pájaro?

HEINRICH: Una vez
hace mucho tiempo
durante unos instantes sentí que yo era un pájaro
un pájaro muy triste que lloraba
porque lo habían encerrado en una bola de vidrio
un pajarito verde y ciego
que sólo se alimentaba de migajas

SEÑOR: Eso es
pan
¿Y si pusiéramos una barra de pan dentro de la jaula?
El pan les encanta a las aves
no me lo puedes negar

HEINRICH: Tampoco servirá
El pájaro del señor no comía nunca
lo mismo que yo
cuando una vez sentí que era un pájaro triste y verde
No es verdad que me gustaran las migajas
A veces me consuelo soñando que me daban algo de comer
sobre todo pasteles con nata
pero sin pico es muy difícil comer
hay que tener muchísima habilidad
y yo no poseía ni pico ni habilidad

SEÑOR: Mientes

HEINRICH (*agacha la cabeza y se enjuga una lágrima*): Digo la verdad señor
Yo era un pajarito
segundos antes de ser devorado por un gato

SEÑOR: No sabes más que mentir

bellaco
has inventado una historia cruel
porque de nuevo quieres confundirme
Nadie sueña que se convierte en un pájaro verde
azul pase
pero verde jamás
imposible
ridículo
un pájaro que además vive dentro de una bola
luego aparece un gato
y se traga la bola
Pero tú ¿por quién me has tomado?

HEINRICH: He olvidado decir que el gato también vivía en la bola

SEÑOR: Mentira inconcusa

Nunca he visto un gato dentro de una bola
todo esto es ridículo e infame
un gato verde
si hubieras dicho rojo
pero tenía que ser verde
qué casualidad
Ni siquiera sabes mentir
y sin embargo es lo único que haces desde que te conozco
mentir
mentir como un pajarraco verde dentro de una maldita
bola de billar
Mereces ser devorado por un gato inmundo
de eso no me cabe la menor duda
pero te conozco
seguirías mintiendo a gritos en las entrañas del gato
y cuando fueras el excremento de un gato
también mentirías
mentirías siempre
día y noche
te conozco
te he visto tantas y tantas veces
yendo de aquí para allá
cauteloso
acechante
esperando la oportunidad de mentir

te he visto así cientos de veces
pero nunca dentro de un bola de vidrio
disfrazado de pájaro
comiendo pan
un pan que en el fondo detestas
aunque luego afirmes que has comido un pan magnífico
Con tu ineficacia
tu negligencia
tu aversión a la naturaleza
has dejado escapar a mi pájaro
lo que yo más quería en la vida
y ahora quieres ponerte en su lugar
pero sin pico
para no comprometerte
Pretendes distraerme con falacias pero no lo lograrás

(Suenan golpes de aldaba.)

Cada vez que abres la boca te cuelga el résped hasta los zapatos
y las mentiras se escurren entre tus dientes
igual que espumarajos de epiléptico
Todo lo que a ti concierne se reduce a una gran mentira
de la que me sirves todos los días unas cuantas porciones
hasta que acabes con mi cordura
una mentira pérfida a la que sacas brillo
como si de una gran bola se tratase
una mentira pérfida en una bola de pórfido
dentro de la cual vives a tus anchas
como cerdo en el lodo
y no te importa que yo
que yo pudiera morirme de repente
lo percibo en tus pupilas
donde llamea el rencor
y en tu silencio que me recuerda las visceras de un gato
que acaba de engullir un pájaro verde
y triste
y mentiroso como tú
como tú Heinrich

(Se oyen de nuevo los golpes de la aldaba.)

tan mentiroso

tan triste
Tengo que prevenirme
porque ya sé que eres la encarnación de un infinito fingimiento

(Los aldabonazos suenan ahora con estrépito.)

¿Quién es el bruto que llama de ese modo?
Ve a abrir Heinrich
no estés ahí parado

(El criado pasa por delante del cañón, tropieza con un casco de soldado, sale y regresa poco después.)

HEINRICH: Es el cartero señor

SEÑOR: Si no viene a matarme dile que pase

(Heinrich vuelve a tropezar con el casco. No bien ha salido, entra el cartero en la alcoba. Bajo y grueso, con rostro jovial Exagerada reverencia.)

CARTERO: Excelencia

soy el funcionario de correos Hans Tschentscher
hijo legítimo de Richard Tschentscher
y de Gertrud Tschentscher nacida Sauer
mis años no los digo por discreción
y las muelas que me faltan son
una de arriba a la derecha
dos de abajo a la izquierda
arriba a la izquierda me queda sólo un raigón
y hasta la fecha conservo todas las de abajo a la derecha
aunque algunas están picadas
Buenos días

SEÑOR: ¿Trae usted muchas cartas?

CARTERO: Ninguna excelencia

SEÑOR: ¿Ninguna?

CARTERO: Dirigida a su excelencia ninguna

SEÑOR: Pero bueno

¿para qué ha venido entonces?

CARTERO: Uno es como es excelencia

Verá

yo pasaba por la calle

llovía

he visto la casa en ruinas

y me ha dado pena de que no hubiera carta para su excelencia

SEÑOR: Ya es mala suerte

para una vez que viene usted a mi casa

no me trae ninguna carta

CARTERO: Cartas traigo

y telegramas

e incluso un paquete con dulces navideños

ya he comido varios

pero para su excelencia hoy tampoco traigo correo

lo que son las cosas

esta mañana tengo que repartir más cartas que de costumbre

pero ninguna a nombre de su excelencia

por eso he venido

¿me comprende?

SEÑOR: Sepa usted don cartero

que las cartas que no vienen a mi nombre

no son cartas

CARTERO: Su excelencia no pensará que llevo el saco lleno de patatas

SEÑOR: De papeluchos

nada más que de papeluchos carentes de interés

hojas y sobres

nonadas

CARTERO: Su excelencia no hablaría de ese modo

si supiera la cantidad de secretos

que la gente se cuenta por carta

Si no le molesta

yo podría leerle algunas

(Saca al azar una carta del saco y la abre.)

y si le gustan hasta regalárselas

no todas claro
algunas tendré que entregar a los destinatarios
pero le dejaré escoger
Menos mal que he traído las gafas

(se las pone)

Esta la llevo conmigo desde que me dieron el empleo
hace doce años
se conoce que he adquirido el hábito de no entregarla
veamos qué dice
Hemos caído en el cerco de los rusos
el frío es atroz en Stalingrado
o sea que escribe un combatiente
pide alimentos a su familia
pregunta por su hermana
que al parecer sale por las noches con uno de una verdulería
no menciona el nombre
lo llama solamente el judío de la tienda de verduras

SEÑOR: Si yo fuera el padre
esa situación no duraría ni un minuto
con partírla la cara al verdulero se arregla todo
y a la pérdida la encerraría en un sótano
lleno de ratas
y de moho

CARTERO: El soldado no habla de ratas
parece además que no hay padre
porque luego escribe aquí abajo
estás tan sola mamá

SEÑOR: Lo que me barruntaba
el padre es otro calavera
pero sin verdulería que aún es peor
y se habrá largado con otra en vez de luchar en el frente
Seguró que se ha amancebado con la viuda de algún sufrido combatiente
o quizá se haya pasado al enemigo
por no separarse de la dependienta de una mercería o así
Yo tenía un pájaro ¿sabe usted?

CARTERO: El soldado pone sargento

¿dónde lo he visto?
aquí
pone sargento con g el muy burro
las botas ya no le aprietan
a veces juega a las cartas con el sargento
que está herido en una pierna y para no desanimarlo le deja ganar
A mí se me figura que debe de ser muy pobre este chico
por lo general a los pobres les aprietan las botas

SEÑOR: Mejor léame cartas de gente honorable

CARTERO: Las buenas personas
lo que se dice buenas personas
escasean por estos arrabales
El otro día entregué una carta a un tal Johannes
no recuerdo el apellido
se ha comprado un coche nuevo
blanco
pero sólo para ir a trabajar

(Extrae de nuevo una carta.)

Aquí tengo otra
le he quitado los sellos
para mi nieto
ya se figurará su excelencia cómo son los niños
lo coleccionan todo
postales no entrego casi nunca
las reservo para mi mujer
la pobre recoge el polvo de la casa con postales
hace un montón con la escoba
y después lo empuja sobre la postal
no se le escapa una mota
Esta carta se la leí el otro día al vigilante del cementerio
Querido primo
no he podido escribirte antes porque

(bisbisea)

feliz navidad

(bisbisea)

va siendo hora de que te cases
Y ahora viene lo bueno
El pobre anciano le explicó al policía que acababa de encontrar a
su perrito
muerto en la acera
con un balazo en el abdomen
para consolarlo le dijimos que se iba a organizar una colecta
entre los vecinos para que se compre otro perro
pero por lo visto ya es el tercero que le matan
y que algún día lo van a matar a él
y que el ayuntamiento
aquí hay un borrón
hay que ver con qué letra escriben algunos
espero que te guste la correa
no se entiende nada
cariñosos abrazos
Hildegard ya pronuncia la efe
dice francés y fuego

SEÑOR: Es impresionante la capacidad que tienen algunas personas para soltar estupideces

CARTERO: Será casualidad

pero Otto y Ralf Fischkopf los peluqueros
opinan lo mismo que su excelencia
Este empleo comporta muchos desengaños
me paso las mañanas llevando mensajes triviales de un portal a otro
Si yo tuviera un cargo importante
jefe de estafeta o así
haría pagar doble
a los que usan el correo para transmitirse majaderías
un suplemento en sellos
un recargo
Otra cosa son los telegramas
llevo más de cien
Con el consentimiento de su excelencia leeré algunos

(Saca unos cuantos telegramas del bolsillo del pantalón.)

ABUELA TUMOR NO ESPERANZA

Los telegramas rara vez los entrego a sus destinatarios
sólo los que contienen noticias halagüeñas

Casi todos los días cuando paso por el puente
tiro los telegramas tristes al río
la gente llora en el momento de leerlos
les da igual quién esté delante
paso un rato malísimo
no sé qué decir
no hay propina
a veces los telegramas son como las cartas
suma de necesidades
entonces los dejo en la peluquería
para que los lean los que vienen a cortarse el pelo
Este por ejemplo
juzgue su excelencia por sí mismo
CONCEDIDO PERMISO LLEGARE LUNES NOCHE

(El criado entra en la, alcoba.)

SEÑOR: ¿Qué sucede Heinrich?

HEINRICH: Es la hora de la medicina señor

SEÑOR: Lo había olvidado
gracias Heinrich

(Sale el criado.)

CARTERO: Yo también me voy
aún he de repartir mucho correo esta mañana
además no quisiera abusar del tiempo de su excelencia

SEÑOR: Todo lo contrario buen hombre
en realidad soy yo quien debe excusarse
usted comprenderá que los asuntos de la salud
requieren atención
me falta una pierna ¿sabe usted?
la perdí no sé cómo hace algunos años
creo que durante una fiesta nocturna en esta casa
gracias a las cápsulas que me administra todos los días mi criado
siento como si recobrará el miembro perdido
Su visita señor cartero me ha hecho pasar unos momentos muy agradables
aprecio su compañía
y su inteligencia

usted es un buen hombre
¿cómo ha dicho que se llama?

CARTERO: Hans Tschentscher
hijo legítimo de Richard Tschentscher
y de Gertrud Tschentscher nacida Sauer
cartero de estos arrabales
para servirle

SEÑOR: Sepa usted señor Tschentscher que en adelante
las puertas de esta casa permanecerán abiertas día y noche
para que usted venga a visitarme cuando le plazca
aunque no traiga cartas para mí
de hecho no espero recibir ninguna
ya sabe usted
odio los chismes
y si recibiera una la arrojaría al fuego antes de abrirla
No deje de venir a verme de vez en cuando

CARTERO: Les preguntaré a los Fischkopf
si alguna vez he dejado en la peluquería alguna carta dirigida a su excelencia
no lo creo pero es posible

SEÑOR: Ahórrese las molestias
si alguna vez recibo correspondencia
llévela directamente a la peluquería

CARTERO: Yo excelencia
antes de irme
no sé si ha sido un abuso robarle el tiempo de esta manera
a una persona con una sola pierna
yo quisiera que aceptase un obsequio

(Saca un paquete del saco.)

no es gran cosa
un poco de mazapán chocolate galletas
yo he comido un poco antes pero aún queda bastante
va dirigido
no importa a quién va dirigido
total no lo va a recibir
su excelencia se merece este paquete y mucho más

conque es para mí un honor regalárselo
y también le regalo las gafas

(Entrega el paquete y las gafas al señor.)

SEÑOR: Agradezco su generosidad
amigo Hans
es usted tan amable que me pone en un aprieto
¿cómo podría corresponderle?

CARTERO: Pero excelencia por favor
su excelencia no tiene por qué agradecerme estas pequeñeces
Con su permiso quisiera retirarme

SEÑOR: Hasta la vista buen hombre
Y no lo olvide
venga a verme cuanto antes
mañana mismo si puede ser

CARTERO: Descuide majestad
digo excelencia
ha sido un placer

(Hace una reverencia y sale. Después entra el criado. Sobre la cabeza ostenta una llamativa cuerna de ciervo.)

HEINRICH: ¿Tomará el señor sus cápsulas
o prefiere unos redobles de tambor?

SEÑOR: No sé qué decirte Heinrich
las cápsulas son dulces y aromáticas
pero tengo aprensión de que me alteran el sueño
Hoy me inclino por el tambor
a estas horas unos cuantos tamborrazos
me ayudarán a relajarme
aunque tampoco conviene exagerar
me conformo con tres o cuatro redobles

(Junto a la pared del fondo, entre los espesos matorrales, se halla el tambor. El criado lo acerca a la cama y aporrea en él con todas sus fuerzas.)

SEÑOR: Ya es suficiente Heinrich

una sobredosis acabaría estragando mis sentidos
¿Has comprado el periódico?

HEINRICH: Oí decir que la última edición se había agotado

SEÑOR: ¿Tan pronto?

HEINRICH: En el quiosco sólo quedaba un ejemplar de 1947

SEÑOR: ¿Alguna novedad?

¿Ha caído Moscú?
¿Se pone España de nuestro lado?

HEINRICH: Lo ignoro señor
se trataba de un periódico italiano

SEÑOR: Odio los periódicos italianos
Los italianos Heinrich
ahora que nadie me oye
los italianos no son una nación un pueblo un destino colectivo
son genticilla

HEINRICH: Si el señor autoriza que este modesto servidor
manifieste su humilde parecer
le diré que yo también odio a los italianos
y a sus periódicos

SEÑOR: ¿Y por qué los odiamos mi querido
mi dócil Heinrich?

HEINRICH: No lo sé señor
a lo mejor porque hace mucho que no cuentan nada sobre la guerra

SEÑOR: No hay forma de saber si hemos ganado o perdido
si la lucha continúa o ya cesó
debíamos habérselo preguntado al cartero

HEINRICH: Seguro que Tschentscher estará al corriente
de innumerables avalares de esta guerra
de las recientes operaciones militares
de secretos de Estado que los soldados propalan en sus cartas
Cuando vuelva se lo podrá preguntar el señor

SEÑOR: ¿Falta mucho para que llegue el cartero?
¿Qué hora es?

HEINRICH: El señor olvida

SEÑOR: Perdona Heinrich hijo
que siempre olvide el pavor que sientes por los relojes
Y echando una mirada al cielo
¿qué hora supones que podría ser ahora?

HEINRICH (*mirando hacia lo alto*): Las seis de la tarde
quizá las diez y cuarto de la mañana

SEÑOR: ¿De ayer?
¿De hoy?
¿De cuándo?

HEINRICH: Sepa el señor
que siempre que me duelen las muelas
tiendo a pensar que vivimos en el presente.

SEÑOR: ¿Y hoy te duelen?

HEINRICH: Me duelen mucho
no puede el señor imaginarse cuánto
ayer también me dolieron mucho

SEÑOR: Entonces ayer y hoy son para ti lo mismo

HEINRICH: Yo sé que hoy es hoy
porque hace poco rato ha venido el cartero

SEÑOR: ¿De modo que por fin ha venido ese desgraciado?
¿Ha traído alguna carta?

HEINRICH: Ninguna señor

SEÑOR: Entonces ¿con qué fin ha venido?

HEINRICH: Simplemente ha venido

SEÑOR: Qué mala suerte

HEINRICH: Ahora que el señor sabe que hoy es hoy
¿se levantará hoy el señor de la cama?

SEÑOR: Ni soñarlo
pienso continuar en la cama hasta que encuentres mi pierna

HEINRICH: Desde aquel día de la fiesta
he buscado la pierna del señor por todas partes

SEÑOR: ¿Y?

HEINRICH: No la he encontrado todavía

SEÑOR: Pues tienes que encontrarla como sea
sin pierna jamás seré feliz

HEINRICH: El señor no se da cuenta de que me maltrata

SEÑOR: No empecemos muchachito
y piensa que como no encuentres pronto mi pierna te mataré

HEINRICH: Yo no merezco que el señor me mate
yo busco y busco la pierna por toda la casa
desde hace años busco la piernecita del señor
algunos días hasta lloro a solas
porque busco y busco
y la pierna del señor no aparece

SEÑOR: ¿Has mirado en la cocina?

HEINRICH: Todavía no

SEÑOR: ¿Y en la sala de estar?

HEINRICH: No me atrevo
el señor ya sabe que la sala quedó completamente destruida

SEÑOR: Pero ¿tan potente fue la bomba?

HEINRICH: Terrible

SEÑOR: ¿Qué crees tú que les pasó a los invitados?

HEINRICH: Probablemente siguen todos dentro

SEÑOR: Se estarán aburriendo como rocas

HEINRICH: Yo no sé qué hacen entre los escombros
no se les oye una palabra desde hace muchos años
imagino que se habrán dormido
tal vez el ponche estaba muy cargado
tampoco se oye a la orquesta

SEÑOR: ¿Y mi mujer?

HEINRICH: La señora procura amenizar la reunión
si el señor siente nostalgia de la señora
este humilde siervo podría traerle un trozo

SEÑOR: ¿Cómo un trozo?

HEINRICH: Quiero decir un trozo de la señora

SEÑOR: ¿Tan rota ha quedado?

HEINRICH: Destrozada

SEÑOR: Espero que al menos tenga el rostro reconocible

HEINRICH: Desgraciadamente no es así señor
la cabeza de la señora se partió en catorce pedazos

SEÑOR: ¿Y por qué no llamas al médico?

HEINRICH: Cumpló órdenes del señor
el señor dispuso que la señora no fuera molestada
mientras atiende a los invitados

SEÑOR: ¿Insinúas que esos gorriones llevan años en mi casa
bebiendo mi vino
pisoteando mis alfombras
manchándolo todo?
En este tiempo ¿no ha preguntado ninguno por mí?
Es lo menos que podían hacer
porque supongo que de vez en cuando les pasará por la cabeza
que el dueño de la casa tiene que andar por algún lado

HEINRICH: El coronel Forck preguntó por el señor

SEÑOR: ¿Cuándo?

HEINRICH: Un dieciocho de noviembre

SEÑOR: ¿De qué año?

HEINRICH: No lo sé
ha pasado tanto tiempo

SEÑOR: ¿Y qué dijo?

HEINRICH: Dijo me muero me muero ayúdenme
no pude entender más
había mucho humo en la sala

SEÑOR: Siempre de buen humor el coronel
siempre tan sagaz tan moderado tan cumplido

HEINRICH: El coronel Forck ya no hiede

SEÑOR: ¿Cómo dices?
¿Que mi amigo el coronel Forck ya no hiede?
Heinrich esta es la mejor noticia que podías darme
el coronel ya no hiede
magnífico pero ¿estás seguro?
¿No será otra de tus mentiras?
Mira que como me mientas te despediré
¿Por qué has tardado tanto en comunicarme la noticia?

HEINRICH: No deseaba entristecer al señor
lo cierto es que el coronel está muerto
muy muerto
muertísimo

SEÑOR: La muerte mi querido Heinrich qué es sino una bagatela
un episodio sin importancia que le sucede a cualquiera
lo importante es que mi mejor amigo el coronel Klaus Forck
ha dejado de oler a piltrafa descompuesta
qué alegría

cuánto me gusta el mundo en este instante
ah qué gran fortuna haber nacido
pero por favor Heinrich encuéntrame la pierna
la maldita pierna
haz un esfuerzo
vuelve a mirar en todos los rincones de la casa
en la cocina
donde sea
tiene que estar en alguna parte
pregúntale al coronel Forck
es un hombre con experiencia
quizá sepa algo

HEINRICH: Se lo preguntaré a la hora de la cena

SEÑOR: ¿De verdad te parece que ya no hiede?

HEINRICH: No estoy seguro señor
para salir de dudas habría que preguntárselo a él mismo

SEÑOR: No se te ocurra molestar a mi amigo el coronel Klaus Forck
tiene un genio particularmente irascible
acércate a él con respeto
aguarda a que te dirija la palabra

HEINRICH: ¿Y si no me dice nada?

SEÑOR: Si no te dice nada échalo de mi casa a patadas
y si insiste en entrevistarse conmigo
dile que aún permaneceré dos años más en la cama
pero cuídate mucho de contarle
que la pierna que buscas es la mía

HEINRICH: Se enfadará

SEÑOR: Ofrécele si se pone cabezota cualquier disculpa
y tómate una copa con él a mi salud
ahora déjame
los tamborrazos me han dado mucho sueño

HEINRICH: Como el señor mande

(El criado se dirige hacia la camioneta. Trata de meterse en la cabina, pero la cuerna de ciervo se lo impide. A punto de conseguirlo, es interpelado por su señor y retrocede.)

SEÑOR: Pero tú Heinrich
¿eres feliz sí o no?

HEINRICH: ¿Feliz?

SEÑOR: Sí feliz

HEINRICH: No sé
lo que diga el señor

(Cae el telón.)

Las estupendas calificaciones que obtuve me produjeron más alivio que alegría. En realidad no me pillaron de sorpresa. Durante dos semanas me había aplicado al estudio con un ahínco del que difícilmente podía seguirse un resultado adverso. Erudición profusamente reforzada con chuletas me garantizaron un éxito sobre el que en ningún instante abrigué la menor duda. Compañeros con notas menos brillantes que las mías descorchaban botellas y exhibían su júbilo bullicioso por los pasillos de la facultad. A mi lado, una compañera de clase celebraba con lágrimas en los ojos su apurado suficiente en latín. Otros, por el contrario, se retiraban en silencio de la vitrina de anuncios, abatidos bajo el peso de su fracaso. Razones para sumarme a la pandilla de bullebulles y cantar y beber con ellos no me faltaban; pero, por paradójico que parezca, me lo impedía la inquietante circunstancia de haber merecido en dos asignaturas la nota máxima. Demasiado tarde comprendí mi torpeza. De fijo que a la vista de aquellos inoportunos sobresalientes, mi hermana se apresuraría a formarse una idea irreal acerca de mis posibilidades. Imprudentemente le había servido en bandeja el pretexto para que en el futuro me sometiese a exigencias que quizá ni a costa de amargos sacrificios estaría yo en condiciones de satisfacer. Así cavilando llegué a la altura del paraninfo, y caminaba tan absorto que al pronto no caí en la causa de que el corazón me diera un vuelco y mis pies se hubiesen detenido bruscamente, como temerosos de pisar un escorpión. Genaro Zaldúa e Izaskun Ayestarán sacaban una mesa por la puerta de la cantina. En un arranque instintivo di media vuelta y retrocedí más que a paso hasta quedar fuera del alcance de sus miradas. Me separaba de ellos la iglesia de ladrillos que se alza en el centro de la facultad. Parado ante la puerta de la biblioteca, no sabía yo qué partido tomar: si obedecer el mandato de mi temor, que me apremiaba para que abandonase sin demora el recinto universitario por algún camino lateral, o si ceder a las tentaciones de mi curiosidad, que no quería dejarme ir sin antes haber averiguado qué demonios se traían entre manos aquellos dos. A vueltas con esta disyuntiva, me envolvió de pronto la turba de festejadores. Serían obra de una decena de estudiantes, todos achispados. Venían de cantarle el *Cara al sol* a la bibliotecaria, una cincuentona de genio atrabiliario e ideales fascistas, a quien varias veces al año solía hacérsele la misma burla. Me compelieron a beber de la garrafa común y metido entre ellos, imitando su alborozo, subí pasillo arriba hasta un tejo de escasa altura pero muy tupido, tras el cual, sin que ninguno lo advirtiese, me detuve. Agazapado a la sombra del arbolillo, los vi alejarse con sus cánticos y su bullanga. El escondite era inmejorable. A través de un hueco entre las hojas podía observar a mi sabor a Izaskun y Genaro, que enfrente de mí, distantes sesenta o setenta metros, se hallaban entretenidos en besos y caricias, el rostro de ella aplastado contra las barbas de su pasión, que no parecía sino que se lo estuviera devorando crudo un insecto enorme. En mi memoria se agolpaban sollozos, despecho y lamentaciones de la muchacha la tarde que le oí contar,

escondido bajo la cama, en el apartamento de Josu Ruiz, el final de sus amores con el mismo de cuyo cuello se colgaba ahora tan gustosamente. No olvido el asco lento, pegajoso, que me invadía detrás del arbolillo, una especie de dentera que siempre me acometió a la vista de la carne humana entregada a las urgencias del instinto.

La ronda de juerguistas hizo alto ante la mesa cuajada de papeles que Genaro Zaldúa e Izaskun Ayestarán habían colocado en el pasillo, cerca de la puerta de la cantina. En la pared, por encima de sus cabezas, podía verse una pancarta con una consigna de apoyo al Frente Sandinista y una bandera rojinegra sobre uno de los ángulos. La comparsa estudiantil convidó a bebida y alzaba puños izquierdistas con manifiesto cachondeo. Jenaro Zaldúa trabó conversación con uno de ellos. Le mostraba unas hojas que el otro examinó y pagó antes de entrar con sus amigos en la cantina. Pasó más tarde el decano Artamendi, que inmediatamente abordado por Genaro, también compró las hojas y se las llevó consigo. Lo mismo hizo después Antxón Villar, un viejo conocido mío, tan buena persona como flojo estudiante, junto al cual solía yo tomar asiento en el aula. No bien observé que se encaminaba hacia la salida de la facultad, corrí a su encuentro dando un rodeo por la parte trasera de los edificios. Lo alcancé en el puente y le pedí me enseñara las hojas que acababa de comprar. Antxón sacó de su cartapacio el número 1 de *La Placa*. Al primer vistazo noté que las fotocopias no eran las de mi padre, sino otras de una coloración mucho más clara. El posterior hojeo me lo confirmó. Faltaban varias páginas, entre ellas la mía y las del Pulcro Matallana. En su lugar figuraban nuevos poemas de Izaskun Ayestarán, así como un añadido extenso del relato de Menkele. Cien pesetas había pagado Antxón por aquel ejemplar pirata. Viendo el interés con que yo lo hojeaba hacia atrás y hacia adelante, quiso regalármelo; pero rehusé por puntillo que pronto habría de deplorar, pues de ese modo me privé de una prueba sin duda valiosa en el caso de que alguna vez tuviera necesidad de defenderme. Me preguntaba cómo reaccionarían Josu Ruiz o el Pulcro si llegaban a enterarse de aquel tejemaneje de sus compañeros. Yo sabía perfectamente lo que convenía hacer: regresar y sorprenderlos con las manos en la masa. Pero no me atreví.

De nuevo a solas, formé propósito de aprovechar que Genaro Zaldúa andaría muy ocupado esa mañana amartelándose y vendiendo revistas, para llevar a cabo cierta visita secreta que tenía yo pendiente desde hacía largo tiempo. Con ese fin me dirigí al barrio de Amara por el puente de Hierro. Sabía la calle, que era la de los Corsarios Vascos, casi en el límite de la ciudad, lugar inhóspito y matadero de calzado por aquellos remotos días de mi memoria, hoy ya no lo sé. Al doblar la esquina acudió a mis pensamientos la imagen de una aldaba roñosa con forma de mano que sujeta una bola. Rememoré el estrépito que producía al ser aporreada, el vuelo de chispas en la oscuridad del rellano y la cara de la mujeruca compungida a quien después de tantos años iba de nuevo a encontrar. Estaba la calle en obras, el asfalto levantado, charcos y lodo por todas partes y la acera convertida en una zanja de gran profundidad. Entré en la tienda por una pasarela de tablones. Al fondo, la viuda de Canuto, hundida en un

sillón de mimbre, canas amarillentas, lentes de fondo de vaso, escrutaba el periódico del día. Entre sus pantuflas se lamía el pelaje un gato negro. Ni ella ni el animal sintieron mi llegada. A simple vista podía advertirse el desorden y la cochambre que reinaban allá dentro. El débil resplandor de una bombilla desnuda comunicaba a los dulces hacinados a la diablo sobre los anaqueles un brillo rancio que los hacía poco o nada apetitosos. Un dulzor espeso saturaba el aire. Conectada a todo volumen, la radio apagaba el ruido de mis pasos, de suerte que llegué a menos de un metro de la mujer y no lo notó. ¿Me reconocería cuando apartase la vista del periódico y fijara en mí sus enormes pupilas que parecían mirar desde detrás de una lupa? Instantáneamente me pasó por la cabeza la idea de matarla. Imaginé su caída, las canas empapadas en sangre, el gato huyendo despavorido. De pronto alzó los ojos y me preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Tuve antojo de que se levantase de su asiento y para ello le pedí una bolsa de cacahuets de las que se veían amontonadas en una balda detrás del mostrador. La mujer hizo fracasar la argucia rogándome que me sirviera yo mismo. Se lo cobré bastante caro, pues no bien la vi de espaldas me llené los bolsillos de chicles y otras golosinas. Cogí después los cacahuets y de propósito se los pagué con un billete grande, de modo que tuviera que levantarse para ir a la caja en busca de las vueltas. Tampoco funcionó, ya que tenía el bolsillo de la bata repleto de monedas. Tras despedirme permanecí un rato largo contemplándola desde el umbral, su cara hundida en las páginas del periódico, el gato adormecido entre sus piernas. Apenas salí a la calle, me dije: si en el futuro necesitas tomar venganza de Genaro, ya sabes adónde debes acudir.

Hicimos ánimo de conocerlos en persona por si convenía admitirlos en el grupo. A ese fin los emplazamos una tarde en un café de la calle de Oquendo, primero a uno y media hora después a otro. El Pulcro Matallana les pidió por teléfono que se pintaran un lunar colorado en el caballete de la nariz, alegando, para justificar lo que no era sino burla, que el local se hallaría a buen seguro muy concurrido por ser sábado; que por favor lo hicieran así como él les indicaba, pues sería pena que no pudiéramos reconocerlos en medio de la muchedumbre. Agregó que los empleados de la cafetería tenían aviso de conducir a nuestra mesa a cuantas personas ostentasen la mencionada señal.

El primero, que se llamaba Joxian Arregi, acudió a la cita con la ridícula marca en la nariz. Habíamos publicado en la revista una narración suya sin haberla siquiera leído, sólo porque estaba escrita en euskara y pensaban mis compañeros que les ayudaría a zafarse de las posibles diatribas de quienes se supone que ya una vez habían tratado de ponernos fama de antivascos. Aparentaba el muchachito los años que tenía, trece recién cumplidos, y con decir esto y poco más, apurado el refresco burbujeante a que le convidó Josu Ruiz, lo despedimos. Llegó a su hora el segundo, de nombre José Ángel Alonso, con la nariz completamente colorada por haber interpretado mal la indicación del Pulcro. Una tras otra se volvían las miradas de los presentes hacia el semblante irrisorio de aquel muchacho que, detenido en el umbral, avizoraba como desde un escenario el interior de la cafetería. No creo exagerar si afirmo que antes de llegar a nuestro lado y de oírle palabra, ya se había ganado la simpatía y voluntad de todos nosotros.

Apenas nos hubo divisado, enristró desaladamente hacia nuestra mesa, casi al fondo del local, y se acercaba con pasos tan resueltos que pensé nos conocía, si no es que revelaba quiénes éramos la juerga y risa que teníamos a costa de su facha. Lo cierto es, sin embargo, que nos había identificado por un recorte del periódico que traía consigo. Le pidieron que lo enseñase. Se trataba de un colaje, obra del Pulcro, aparecido tiempo atrás en el diario *Egin* a modo de ilustración de una entrevista. Sobre las cabezas de los madrileños ajusticiados en *Los fusilamientos del 3 de mayo*, de Goya, el Pulcro Matallana había pegado las nuestras recortadas de fotografías y añadido al pie del dibujo una explicación muy del agrado del periódico, no exenta de atrevimiento: «En la imagen Josu Ruiz, Genaro Zaldúa, el Pulcro, Flakúas e Izaskun Ayestarán fusilados una vez más por las fuerzas de ocupación de Euskalherria». Declaró el muchacho haber seguido con mucho interés los actos y publicaciones del grupo desde su fundación en primavera. Hallándose por entonces convaleciente de una enfermedad, no le fue posible asistir a la reunión de candidatos en el café Goya, aunque lo deseaba, dijo, más que vivir. Conocía la radionovela de Encarnita y, lo que es más asombroso, el programa de fiestas de Rentería en que se había publicado nuestro manifiesto. Como prueba del fervor que decía profesarnos, abrió con pulso

nervioso un cartapacio de tafilete donde guardaba abundantes recortes de periódico relacionados con *La Placa*, entre ellos algunos que me faltaban en el archivo. Así las cosas, formó propósito de demostrarnos lo bien que nos conocía, y con ese designio y pasmosa seguridad se puso a decir el nombre de cada uno, desacertándolos todos salvo el de Izaskun Ayestarán. Mal guiado por la fotografía del periódico, creyó que el orden de rostros se correspondía con el de los nombres escritos debajo, lo cual sólo era cierto en el caso de la chica, circunstancia que probablemente reforzó su error. Nosotros no se lo quisimos por nada del mundo desmentir, para no privarnos del sabroso regocijo que nos procuraba llamarnos unos a otros como el chaval equivocadamente suponía.

Se le hizo de muy buena gana un sitio a la mesa y él, sentado, escudriñaba en torno los rostros joviales con fijeza rayana en la ansiedad y con ojos de pasmarote tras los cristales inusitadamente gruesos de sus gafas. Rehusó fumar, rehusó beber y rehusó muy serio, sin percatarse por lo visto de la burla, los cuatro duros que pretendía pagarle el Pulcro (a peseta el verso) por el poema que le habíamos publicado en la revista. Era del bendito parecer que no debe mezclarse el dinero con la poesía. Azuzado por Genaro Zaldúa, que sin duda trataba de inducirle a desdeñar el género poético, se manifestó partidario de que los libros de versos se editasen anónimos, como obra del tiempo y de los pueblos, dijo, igual que las catedrales o los dólmenes, erigidos con empeño colectivo fundado en la fe y para acrecentar esa misma fe, no para nutrir el narcisismo de uno o dos individuos. Acto seguido, mientras mis compañeros intercambiaban miradas de asombro, criticó severamente su poema del número 1 de *La Placa* tachándolo de poco surrealista y de nada revolucionario. Esta confesión le acarreó benignas reconvenciones, que él escuchaba boquiabierto, sin cesar de asentir con la cabeza.

—Estoy dispuesto a corregirme —declaró—. Por favor, creedme que lo digo por convencimiento y no porque quiera adularos, os lo juro.

Se expresaba a chorros, con rotundo laconismo, grave y brusco, tal vez por causa de su ostensible timidez, poniendo sinceridad y corazón en cada una de sus palabras, que era cosa en verdad digna de admirarse: más cándido no lo pudieron parir. Y yo, escuchándolo, me decía: es demasiado inteligente para pardillo y demasiado pardillo para inteligente. Idéntica sonrisa entre perpleja y apicarada asomó a los rostros de mis compañeros cuando de manos a boca aseveró, con un acento tan fervoroso como bufo, que le habíamos iluminado el camino. De esta guisa estuvo deleitándonos durante más de una hora, en que se le formularon infinidad de preguntas de todo tipo, enderezadas a que hablase y se franqueara, ya que era de suyo callado y como no fuera para responder no abría la boca. Preguntado por los autores de su predilección, mencionó a Neruda, a Mario Benedetti y a varios otros, entre ellos a Blas de Otero, cuyo fallecimiento a fines de junio, dijo, le había ocasionado profundo dolor. Se volvió entonces Josu Ruiz hacia él y, poniéndole con afecto una mano sobre el hombro, lo miró largamente y le espetó:

—Chaval, tú me gustas.

No menos habría de complacer más tarde a Izaskun Ayestarán recitando algunos de sus poemas eróticos aparecidos en la revista. Él los sabía de memoria y los dijo con llaneza, sin omitir palabra ni azararse, como si no reparase en el contenido manifiestamente salaz de aquellos versos. Agradecida, Izaskun Ayestarán le limpió la nariz con un pañuelo.

En dos ocasiones agradó a Genaro Zaldúa: la primera, cuando se descubrió que tomaba su burdo arrendajo lírico por obra auténtica de Alberti; la segunda, al elogiar con escueto pero firme entusiasmo la narración de Menkele, que calificó de genial, de absolutamente genial. Al decirlo cabeceaba rendido de admiración y me miraba, brillantes de unción las pupilas dilatadas, pensando fuera yo el autor del relato.

—Aún tengo que mejorar mi estilo —repliqué, no por nada, sino que veía al muchacho despegadísimo de la realidad y me dio gana de mofarme.

Mis compañeros se apresuraron a secundar la presunta autocrítica y maliciosamente ahondaron en ella, de forma que entre unos y otros competían por sacar faltas al cuento. Mientras, Genaro Zaldúa callaba ora sonriente, ora serio, visible en su rostro la pugna que sostenían la fingida indulgencia que trataba de imprimir a sus facciones y el enojo que a intervalos brevísimos las fruncía. No siendo de suyo bien sufrido, se desquitó de ahí a poco con saña redoblada, sirviéndose del mismo ardid con que acababan de zaherirle. Y sin esperar que nuestro iluso invitado mencionase el fragmento de las *Soledades* que probablemente le atribuía, por suponer que él fuera el Pulcro, se sacudió el pelambre y, arrugado el ceño, declaró que no había sido ocurrencia ni broma estampar su nombre al pie de las silvas gongorinas, sino que como carecía de gusto para escribir buenos poemas y de talento para dedicarse a géneros mayores, había pretendido dar el pego, en la confianza de que sus compañeros, personas deficientemente instruidas, no diquelarían el plagio ni a la de tres. El Pulcro, en su desconcierto, se mesaba las pestañas. Tenía vicio de pelárselas cuando se ponía nervioso. Rebulló en su asiento y trató de protestar; pero fue en vano. Mientras de una parte le afeaban que se empeñase en defender una fechoría desaprobada por su propio ejecutor, de otra, a espaldas de José Ángel Alonso, le hacían vivas señas para que callase y no estropear el juego. Izaskun Ayestarán ratificaba entretanto con mucha guasa las afirmaciones de Genaro Zaldúa, como había de hacer después con las de los otros, y de esta suerte, a salvo de aviesas autocríticas, metía cizaña y se divertía más que ninguno. Espoleado seguramente por el apoyo que de ella recibía, Genaro soltó una pulla venenosa:

—A partir de hoy no me llaméis el Pulcro. Llamadme el Incapaz.

Amigo de malicias, pero no de soportarlas, el Pulcro Matallana se picó. Con patente designio de resarcirse, sacó de pronto a colación *Un hombre sin posguerra*, la obra que el muchacho le atribuía, y arremetió contra ella a lo bruto, aplicándole calificativos que más bien parecían dentelladas de perro rabioso. Tomó después Josu Ruiz el relevo para cebarse con saña similar en su poema, que era el mío. Mudo y

estupefacto, a José Ángel Alonso se le salían los ojos de la cara.

Así las cosas, llegó la hora de desplazarnos al barrio de Gros con el fin de presenciar alguna de tantas películas húngaras, rusas o polacas incluidas en el programa del Festival de Cine que aquellos días se celebraba. Josu Ruiz, cinéfilo consumado, haciéndose pasar por periodista había conseguido una acreditación que garantizaba la entrada gratuita a cualquier sala de proyecciones de la ciudad. Contagiado de su afición, el resto, para no ser menos, había adquirido abonos, pagándolos a escote salvo el Pulcro, cuyas entradas costeó Izaskun Ayestarán, pues el muchacho rara vez recibía dinero de sus padres, recelosos de que lo gastara en cigarrillos. Ya era, pues, tiempo de proseguir el atracón de películas comenzado por la mañana; el cual duraría como de costumbre hasta más allá de la medianoche, en que, luego de haber visitado varios cines, nos meteríamos en alguna taberna para hacer tertulia y discutir sobre lo visto. Se le comunicó a José Ángel Alonso nuestro propósito y Josu Ruiz le aseguró que en la siguiente reunión del grupo deliberaríamos acerca de su posible ingreso en La Placa. La decisión que al respecto se tomase, dijo, le sería notificada sin demora por teléfono, y le instó con maliciosa severidad, para el caso de producirse una respuesta positiva, a que se pusiera inmediatamente a estudiar teoría surrealista. Con esto quedó el muchacho contento y tuvo el rasgo de sugerir o de advertirnos que su único deseo, si lo admitíamos entre nosotros, sería el de ayudar. Viendo luego venir al camarero con la cuenta, se apresuró a pagarla, para lo cual sacó un billete que se conoce ya tenía preparado a ese efecto en el bolsillo. Ni Izaskun Ayestarán ni Josu Ruiz quisieron consentírselo; pero él no atendía a razones y arrojó con no poca brusquedad el billete sobre la bandeja del camarero. Semejante muestra de largueza le hizo sin duda ganar muchos puntos en la consideración de mis compañeros. Fue, sin embargo, poco después, en la calle, cuando definitivamente conquistó nuestra voluntad, al revelarnos que poseía coche. Acto seguido fue nombrado chófer oficial de La Placa y recibió comisión de llevarnos hasta el cine de Gros, ante cuya entrada, a tiempo de apearnos, sin consultar con nadie Josu Ruiz le transmitió la nueva de su admisión en el grupo.

A este José Ángel Alonso, que fue sexto miembro de La Placa, lo quisimos bien desde un principio. No podía ser de otro modo. Por su bondad e inocencia, por su espíritu de concordia y su acendrado sentido de la fraternidad, era de los que entran pocos en libra. Alguien dijo de él en una ocasión: no tiene amigos, tiene hermanos. Y muchos, por cierto. Yo pongo en duda que haya habido jamás sobre la faz de la Tierra, en un solo cuerpo de persona, un cúmulo mayor de candidez. Pues con quererlo de veras, le gastábamos burlas a tente bonete, tributos de amistad que él pagaba de buen grado y andando el tiempo recordaría siempre con nostalgia risueña. Su aspecto físico le valió el apodo con el cual seguramente le seguirán llamando dondequiera que en la actualidad se encuentre. Él mismo acostumbraba aplicárselo, incluso para firmar sus escritos. Que yo sepa, jamás logró nadie enfurecerlo.

Era bajo y feote, de complexión enclenque, salud delicada y cabeza grande,

quiero decir muy grande. Tenía cabellos rígidos como cerdas de cepillo, cortos y negros; la tez cetrina, de un matiz que a él le gustaba equiparar con el color de los yermos de Soria, la tierra de sus mayores, y la nariz de águila, con su docena de pelillos pertinaces que Izaskun Ayestarán solía arrancarle de vez en cuando con las pinzas. Ninguna de sus facciones destacaba tanto como los ojos. Desmedidos, avasalladores tras los cristales gruesos de las gafas, daban a su rostro un aire de pasmo que no se compadecía en absoluto con su auténtica personalidad: equilibrada, pacífica y sensible donde las hubiera. Su edad, de veinticinco años, superaba en varios meses a la de Josu Ruiz, el mayor de los miembros fundadores de La Placa. Desde niño le mortificaba el asma. Nos lo declaró a poco de conocerlo, decía que para prevenirnos en caso de que le sobreviniese algún ataque. Llevaba su dolencia con mucha conformidad. Por lo común sus peores momentos coincidían con días húmedos, que en nuestra ciudad costeña, de lluvias frecuentes, son los más del año. Mis compañeros también se asustaron y desde entonces, en cuanto advertíamos que le comenzaba el estertor, apagábamos puros y cigarrillos, aunque no siempre. Mal, muy mal, solía pasarlo en el apartamento de Josu Ruiz, se conoce que a causa de la alergia al heno, al aserrín o a los pelos del canguro. De nada servía en tales ocasiones abrir la ventana. Se dijera que la atmósfera del planeta no contenía oxígeno suficiente para mitigar el apremio del desdichado. Él lo explicaba de otra manera.

—El ahogo no procede, como vosotros suponéis, de la falta de aire, sino de no poder expulsarlo de los pulmones.

De tiempo en tiempo cargaba el coche de libros e iba a reponerse a un pueblecito de los montes de Soria, donde vivían unos parientes suyos. Perdida hacía años la confianza en los médicos, él mismo se prescribía el cambio ocasional de aires. Sabía por experiencia que nada le sentaba mejor que el frío seco de aquellos parajes montuosos. Con serena tristeza afirmaba no abrigar esperanza ninguna de curación.

Quiero relatar ahora una jugarreta bastante refinada que le hicimos a los tres o cuatro días de su ingreso en el grupo, y fue que por sondar su credulidad, que sospechábamos infinita, le persuadimos una tarde a que se sometiera a un presunto bautizo surrealista, requisito indispensable que una vez cumplido ratificaría su conversión definitiva a los principios que profesábamos. Superar la prueba le conferiría derecho a considerarse un miembro más de La Placa, con voz y voto y con licencia para emplear en público el nombre de nuestra asociación. Tomábamos café en la sala de su vivienda, el día que nos llevó a conocer a su familia, y él, sin acabar de oír las taimadas explicaciones, dio su conformidad, como hacía de costumbre cada vez que le formulaban alguna petición. Para que no temiese daño, se le dijo que todos los presentes se habían sometido antes que él a aquella ceremonia iniciática exigida por los estatutos del grupo; los cuales, peroraba Josu Ruiz aguantando a duras penas la risa, habían sido elaborados «conforme a la férrea ortodoxia sustentada por el ala bretoniana del movimiento surrealista francés», frase que impresionó vivamente al muchacho. Se supone que nosotros habíamos prohijado dicha tendencia y

esperábamos lo mismo de él. Le faltó tiempo para asentir, porque otra cosa no deseaba sino contentarnos y merecer nuestra amistad, según dijo. A este punto su candidez comenzó a causarme admiración y algo de lástima y casi nada de risa, y me pareció que en los rostros de mis camaradas se vislumbraban sentimientos similares. Llegado luego el instante de explicar al pobrecillo en qué consistía el supuesto rito de ordenación, ninguno osaba entrar en materia; antes al contrario, nos mirábamos indecisos y callados en la confianza de que fuera otro quien, por así decir, matase la gallina. Llegué incluso a creer que aquel silencio prolongado daría al traste con la broma. Pero en esto tomó el Pulcro la palabra a fin de inquirir el grupo sanguíneo de José Ángel Alonso, afirmando que necesitábamos conocerlo por si en el transcurso de la ceremonia el novicio sufría algún accidente que hiciera necesaria una transfusión de urgencia en el hospital, como a punto había estado de suceder conmigo meses antes. Viendo que todos se volvían a mirarme, ratifiqué sin titubeos la mentira, y aun por aderezarla con verosimilitud alcé una pernera de mi pantalón para mostrar al muchacho una antigua cicatriz en la pierna, con que quedó no poco anonadado y mis compañeros con nuevos ánimos de proseguir la broma. Le preguntaron si tenía uva en casa. Vino la madre con una fuente colmada de fruta y con algo de queso y fiambres, pensando pedíamos de comer. Genaro Zaldúa se apresuró a confirmar dicha suposición metiéndose un albaricoque entero en la boca. Había gran cantidad de ellos en la fuente, así como de ciruelas y melocotones; pero nada de uva, imprescindible para llevar a cabo el plan que teníamos urdido. Resolvimos en consecuencia salir a comprarla cuanto antes, y con esa intención nos llegamos los seis a una tienda de ultramarinos próxima a la vivienda de los Alonso, donde adquirimos un hermoso racimo de morate.

Calle arriba, camino del cementerio de Polloe, Izaskun Ayestarán extrajo de su bolso un ejemplar de los *Manifiestos del Surrealismo* y, como estaba previsto, se lo entregó al muchacho con indicación de que lo llevase consigo hasta la puesta del sol, sin soltarlo de la mano ni dejarlo caer, según prescribían las ordenanzas. Le encarecieron todos que así lo hiciese, porque de lo contrario quedaría la ceremonia invalidada y él sin segunda opción de ingresar en La Placa. Le fueron después explicados los pormenores del ritual. Él caminaba pensativo, silencioso y tal vez asustado en medio del séquito locuaz, dirigiendo miradas mansas ora a uno, ora a otro. Lo tomó Josu Ruiz de un brazo y con suaves palabras y cordialidad logró arrancarle una sonrisa desangelada. Andaban por detrás Genaro Zaldúa y el Pulcro clavándole espigas de grama en la chaqueta. Cerca del cementerio le atinaron, no sé si adrede, con una en el cogote. José Ángel Alonso se volvió hacia ellos y les mostró que sabía sufrir de buenas la travesura.

Ya dentro de Polloe tomamos un sendero de grava a mano derecha del camino principal, con achaque de dirigirnos al panteón que supuestamente servía de templo para nuestras ceremonias surrealistas. Lo cierto era, sin embargo, que traíamos propósito de retirarnos a alguna zona solitaria en la que no nos alcanzasen las miradas

de los numerosos visitantes que en la tarde soleada pululaban por el lugar. El Pulcro se desmandó como un perro largo tiempo encadenado al que de pronto hubiesen dado suelta. Impelido por una especie de incontrolable frenesí, iba y venía por encima de las tumbas, sin perdonar ninguna. Todas las pisaba en el curso de sus carreras locas, proclamándose a gritos inmortal y haciendo mofa de los difuntos. Fingió que trataba de abrir a tirones la tapa de un nicho con el fin de apoderarse de los huesos, trepó a una cruz de piedra, pateó flores y lámparas votivas, y tendido encima de una losa, repentizó versos macabros como éstos:

Tú, fiambre, tienes suerte de que el Pulcro
se haya tumbado ahora en tu sepulcro.

De esta forma causaba enojo a sus compañeros, que por señas y medias voces le instaban a reportarse; pero él, apartado del grupo, no los oía. Quiso luego aligerar la vejiga sobre una lápida y ya estaba casi puesto a ello, cuando Genaro Zaldúa lo agarró por el cogote y a viva fuerza lo sacó al camino. Yo, la verdad, nunca he conocido a nadie a quien fuesen tan gozosos los símbolos y representaciones de la muerte.

Junto a la tapia que bordea el cementerio hallamos poco después un vetusto panteón. Tenía las paredes revestidas de verdín y un vestigio ilegible de inscripción en el hastial. La sombra de un árbol que no era un ciprés lo cubría por entero. Sobre el escalón de la entrada había varios tiestos, cuyas plantas secas y tierra endurecida mostraban con claridad que el recinto no había recibido cuidado alguno desde hacía mucho tiempo. Dijimos era el panteón que buscábamos, y qué alegría volver a ordenar a un nuevo miembro de La Placa, y qué pena el abandono en que se encontraba nuestro sanctasanctórum, y qué esto y qué lo otro, para burla de José Ángel Alonso, que en aquellos instantes parecía la *vera efigies* de la estupefacción. El Pulcro soltó una cuchufleta:

—Esperemos que esta vez el muerto no proteste.

Se le encaró Josu Ruiz y le dijo mordiendo las palabras que se reportara o se marchase si no quería acabar el día con un ojo morado. La amenaza amedrentó al adolescente, que por la cuenta que le traía se abstuvo en adelante de hacer nuevas diabluras y bufonadas. Decididos a entrar en el panteón, surgió un impedimento con el que no contábamos, y era que la tranca de la verja no se podía levantar por causa de un candado roñoso que la sellaba. El orín había soldado las partes y cegado casi por entero el ojo de la cerradura. Así las cosas, entablaron fingidamente mis compañeros un caramillo con miras a justificar el empleo de la violencia y se imputaban unos a otros el olvido de la llave. Acordaron por fin forzar el candado. Genaro Zaldúa comenzó a golpearlo con una piedra que había arrancado de la tapia. Lejos de conseguir su objetivo, se lastimó la mano y desistió. Nos pusimos entonces Josu Ruiz, el Pulcro y yo a sacudir los barrotes a lo bestia, o por mejor decir a

intentarlo, pues es la verdad que aunque tirábamos y tirábamos de ellos con todas nuestras fuerzas, no los podíamos mover. Después de esto me convencí de que la broma que tramábamos se había malogrado definitivamente por culpa de aquellos hierros herrumbrosos. Otro tanto debía de estar pensando Josu Ruiz, según revelaban las recias maldiciones que entre dientes profería. Tan abundantes eran los panteones por aquella zona del cementerio y nosotros habíamos ido a elegir precisamente uno inexpugnable. Faltando, creo yo, muy poco para que renunciásemos a nuestro propósito, se le ocurrió oportunamente a Izaskun Ayestarán un ingenioso subterfugio con el fin de facilitar el cambio de escenario sin ponernos en entredicho.

—Sois unos zoquetes —afirmó—. ¿No os habéis enterado de que ya estamos en otoño?

Nos volvimos a mirarla, sin comprender, sudorosos al cabo del esfuerzo inútil. Junto al tronco del árbol se pintaba tranquilamente la muchacha los labios con ayuda de un espejito. Y añadió:

—Si os hubierais tomado la molestia de releer las ordenanzas, sabríais que ha pasado la época de celebrar rituales dentro de ese tugurio. El precepto dispone que en otoño los nuevos se ordenen sobre una sepultura de mujer y en invierno sobre la de un varón. Conque dejad de hacer el gorila y andando.

Convinimos en la argucia y sin demora iniciamos la búsqueda de alguna lápida o losa donde figurase un nombre de mujer. Comoquiera que por aquel lugar predominaran los panteones y sepulcros familiares, resolvimos encaminarnos al cementerio arriba hacia una zona de tumbas menos pomposas, donde proseguimos el rastreo divididos en dos grupos. Yo empecé a temer lo peor viendo nos acercábamos derechamente a la cruz de mármol bajo la que reposan los restos mortales de mi madre, al borde del sendero por el que caminábamos. Formaban patrulla conmigo el Pulcro Matallana y Josu Ruiz; los cuales, dejando para mí la inspección de inscripciones, se divertían muy a su sabor haciendo burla de Genaro, su entretenida y el chaval que mansamente iba a la zaga de ambos con cara de pasmado. Advirtiéndome que mis dos acompañantes, ocupados en murmuraciones y chascarrillos, paraban cuando yo paraba y echaban a andar cuando yo lo hacía, discurrí, por desviarlos de aquel sendero, cambiar de rumbo, y de este modo logré que inadvertidamente me siguieran a parte donde no había nada que temer. No se disipó con ello mi inquietud, ya que los otros continuaban subiendo la cuesta por el camino paralelo, sin apartar la vista de la ringlera de tumbas que terminaba en una encrucijada distante una docena escasa de metros de la sepultura de mi madre. Un ojo tenía yo puesto de refilón en ellos, mientras escudriñaba con el otro los nombres labrados en las piedras. Y quiso la suerte conducirme ante una lápida en que se podían leer tres nombres femeninos. Con grandes voces, muchos gestos y el júbilo que se deja imaginar anuncié el descubrimiento. Vinieron los del otro grupo a la carrera, punto menos que alarmados por los gritos, y aunque ya me figuraba que se habían de llevar un chasco, no se me daba poco ni mucho de ello ni podía yo en aquel instante atender a otra cosa que a

apartarlos de su camino.

—Flakúas, cielo —se quejó Izaskun Ayestarán—. ¿No ves que ahí reposan tres muertas y no una?

Se traslucía en los semblantes de los demás menos enojo que fastidio, cuando no cansancio de la búsqueda infructuosa. Ninguno secundó la reconvención de la muchacha; antes al contrario, ponían todos mueca de asentimiento oyéndome conjeturar que caería la noche y serían cerradas las puertas del cementerio sin que hubiéramos encontrado lo que con tanto afán andábamos buscando, porque tan cierto como que abundaban, dije, los nombres femeninos en las lápidas era que en todas las que habíamos visto hasta entonces figuraban otros de varón o de más mujeres, siendo al parecer raras por aquella zona las tumbas individuales. Josu Ruiz consideraba razonable mi argumentación y preguntó a José Ángel Alonso si tenía inconveniente en ordenarse militante surrealista y miembro de La Placa sobre la losa de las tres mujeres. Muy ladino aseguró dejar la decisión en sus manos, diciéndole que si quería atenerse estrictamente a la norma ritual ninguno de nosotros se lo podía impedir; pero que por favor considerase que estaba atardeciendo y una postura rigorista de su parte forzaría la postergación de la ceremonia, con las consiguientes dificultades para fijar una fecha en que todos los miembros del grupo se hallasen exentos de ocupaciones y compromisos. De este modo, no le quedó al chaval más remedio que allanarse a lo que se le pedía. Consintió él en el acto, presumo que deseoso de terminar de una vez para siempre con aquellos enredos y volver a la ciudad. Allí, pues, perpetramos la barrabasada. Y lo primero que se hizo fue elegir nueve granos particularmente jugosos del racimo de morate y disponerlos sobre la piedra de la tumba de forma que configurasen un redondel. Usamos nueve granos como podíamos haber usado siete o doce o quince: el caso era adobar la broma con apariencias de liturgia. Entretanto se le comunicó al neófito que hasta el final del rito debía leer en voz alta la página noventa y nueve del libro de los *Manifiestos*, con recomendación de esmerarse, ya que más de tres errores o tartamudeos no podíamos tolerarle; que la leyese cuantas veces fuera necesario hasta recibir indicación nuestra de parar. Dicho esto, emprendió con muchos bríos la lectura. Josu Ruiz encendió un cigarrillo, ya que por lo visto no aguantaba un segundo más las ganas de fumar, y exigió, como cosa preceptiva, que lo imitásemos. Así hicimos todos salvo Genaro Zaldúa, quien afectando enojo por nuestra mala costumbre de enjaretarle la parte más ingrata de la ceremonia, se arrogó la función de comer la uva que sobraba. En esto fue el chaval despojado de las gafas, con achaque de preservárselas de posibles deterioros, y con ellas parecía que le hubiesen arrancado la cara y colocado otra en su lugar, aún más fea. No podía leer sin gafas y al punto se las restituyeron. En el breve intervalo declaró, señalando la placa tumbal, haber adivinado de dónde derivaba el nombre del grupo. Alabamos su perspicacia. Acto seguido, apenas hubo reanudado la lectura, lo empujamos entre todos poco a poco hasta sentarlo encima de los granos de morate. Empapado el traspuntín, continuaba el incauto leyendo como si tal cosa los abstrusos renglones,

mientras nosotros intercambiábamos miradas de cómica extrañeza, admirados de verlo proseguir la burla más allá de lo que teníamos previsto. Josu Ruiz le arreó un cachete suave y le dijo:

—Bienvenido a La Placa, hermano José Ángel.

Izaskun Ayestarán hizo lo propio a continuación y luego yo, y así como la bofetada de la chica sonó algo más plena que la de Josu Ruiz, la mía excedió a la suya y tuvo trazas de castigo. Le tocó después el turno al Pulcro Matallana, que descargó en la mejilla del pobre chaval un bofetón de cuidado. Impedido por la risa, no pudo pronunciar la fórmula de bienvenida. Para entonces Genaro Zaldúa ya se había remangado la camisa, que fue señal funesta, y aunque Izaskun Ayestarán adivinó su mala intención y quiso sujetarle el brazo, no llegó a tiempo de librar a José Ángel Alonso de la manotada desmedida que le arrancó las gafas y se las tiró sobre las páginas del libro. Húmedo y vejado, aún preguntaba inocentemente si lo había hecho bien, si ya era surrealista y miembro de La Placa. Tamaña ingenuidad no la pudimos nosotros resistir y por medio de gestos furtivos concertamos poner término a la bellaquería. Con ayuda de una mano que le tendieron se levantó. Una plasta de pepitas, hollejos y mosto señalaba el lugar donde se había sentado. Sus enormes pupilas miraban con expectación los rostros circundantes. Se dijera que trataba de leer en nuestras facciones el juicio que su actuación nos había merecido. Izaskun Ayestarán le alcanzó un pañuelo de papel para que se limpiase el pantalón, y a tiempo que él lo tomaba y agradecía, la muchacha le besó en la cara. Le pedimos después que nos esperase junto a la puerta del cementerio, porque teníamos que deliberar. Él se alejó obediente por el camino abajo; con la ominosa mojadura en el trasero, el libro entre las manos y su figurilla menuda, cabezona, titeresca, tan digna de lástima como de simpatía y afecto. Las presuntas deliberaciones apenas demoraron un minuto. Todos sin excepción estábamos unánimes en el arrepentimiento. Izaskun Ayestarán se sentía particularmente indignada.

—No sé vosotros —dijo—, pero yo en este momento me odio a muerte. El que tenga cojones que me siga. Voy a contarle a ese chico la verdad, a pedirle perdón y a declararle que somos unos cerdos.

Nos pusimos en camino, y reunidos con él a la salida del cementerio, le revelamos la burla, así como nuestros nombres auténticos, que todavía usaba trocados. Esto último no lo quiso creer, pensando le mentíamos justo en la primera ocasión en que no tratábamos de engañarle. Para que se persuadiese le mostramos nuestros documentos de identidad.

—Sois la pera —decía una y otra vez, alborozado, feliz de hallarse entre nosotros, y nos abrazaba.

Que yo recuerde fue aquél el último día que lo llamamos José Ángel, nombre que a partir de entonces ninguno de nosotros emplearía. Andando el tiempo habrían de entablarse recias discusiones entre los miembros de La Placa sobre a quién debía atribuirse el invento del apodo. La cuestión nunca fue dirimida. Yo, al respecto, sólo

sé de fijo que a mí no se me ocurrió la palabra; en cambio, tengo muy presente la primera vez que la oí, un sábado. La víspera había sido asesinado un concejal, de nombre Alba. Nos hallábamos en una chocolatería de la Parte Vieja, comentando el suceso. Josu Ruiz refería la serie de incidentes acaecidos a la salida del funeral. Él mismo había participado activamente en ellos, uniéndose a la turba que aguardó al alcalde Alkain fuera de la iglesia para injurarlo y zarandearlo. Estaba el chaval sentado enfrente de mí, como yo ajeno por completo a la conversación, con muestras de haber dormido poco la noche precedente o de aburrirse. Abrió en un momento determinado la boca para hacer cosa distinta de encerrar dentro del puño un nuevo bostezo; algo murmuró, ni necio ni sagaz, que probablemente no lo comprometía a nada ni alteró el curso del diálogo; algo como un trozo de opinión remiso a abrirse plaza en el revuelo de intervenciones cruzadas; quizá un retazo de frase, enseguida disuelto en el humo ascendente de los cigarrillos y con él aniquilado cerca del techo por la hélice del ventilador; algo sin importancia, dicho y no dicho indecisamente, pero al parecer captado por el oído de uno de los concurrentes, que le replicó llamándolo Cacharrito. A ninguno pareció extrañar el remoquete; tampoco a él, como si ya tuviera costumbre de escucharlo. Por más que pienso en ello, no alcanzo a recordar una sola persona de cuantas con él se relacionaban, salvo sus padres, que lo llamase de otro modo, y esto hago extensivo a otras muchas que lo conocieron someramente. Tal era su presencia, como la de un pequeño y frágil cachivache.

La idea de jugar a los conquistadores surgió en casa del Pulcro no bien supimos que Cacharrito poseía una barca de remos. Al punto recibió éste comisión de llevarme en su coche al puerto a fin de que yo la examinara. Llegados al atracadero, señaló él una muy bonita de construcción artesanal, blanco el interior, que brillaba como nuevo, y el casco azul celeste con el nombre, *Soledad*, en un costado. A simple vista me pareció que bastante apretados cabríamos los seis dentro. Esto y si flotaba era lo que me habían encargado averiguar. Nuevamente en casa del Pulcro, reveló Cacharrito que la barca en realidad ya no le pertenecía. Días antes la había vendido a un conocido de su padre, lo uno porque le hacía falta el dinero para eximir a su familia de pagar las cuotas del seguro del automóvil y la gasolina; lo otro, reconoció, porque no tenía vocación de marino ni mucho menos de remero. Comprada un año antes, por verano, a un maestro de aja de la villa de Zumaya, Cacharrito apenas había hecho uso de ella en una veintena de ocasiones, sin otro afán que solazarse dejándose llevar por la corriente mientras componía versos, leía o se arrobaba contemplando la ciudad de que tan enamorado se declaraba. A sí mismo se tenía por navegante de lo más inepto. Era, por añadidura, aprensivo y agorero, de suerte que sólo se embarcaba si los pronósticos difundidos por la radio aseguraban la bonanza. En este sentido, toda precaución le parecía insuficiente. Su constante pugna con el miedo le impedía disfrutar de aquel hechizo lírico de las olas que, según sus propias palabras, solamente experimentaba con plenitud cuando ponía los pies en tierra o tomaba asiento ante el escritorio de su casa. Refirió que una mañana, después de haberse alejado quince o veinte paladas de la boca del puerto, una ola no prevista en el parte meteorológico le determinó a tomar sin demora la vuelta de tierra. Pues aventurarse fuera de la bahía, ni pensarlo: estaba convencido de que no le habrían de alcanzar las fuerzas para volver, si no es que la barca zozobraba antes de intentarlo, lo que en su caso equivaldría a la muerte, ya que no sabía nadar. Su impericia náutica llegaba por lo visto a tal extremo que a menudo suscitaba regocijo entre los paseantes del muelle. Al respecto relataba percances tan graciosos de roces y topetazos con otras embarcaciones que nosotros, al oírle, nos partíamos de risa. Particularmente difíciles le resultaban las maniobras dentro del puerto. A veces, como consecuencia de un viraje fallido, pasaba de largo la embocadura del atracadero y embestía de proa contra la pared del malecón, o bien entraba a su pesar en la dársena de los pesqueros. Temido por los pescadores de caña que nunca faltan en el borde del espigón, en cuanto lo veían aproximarse se apresuraban a poner a buen recaudo sus aparejos antes que se los destrozara con los remos aquel barquero singular.

Otro inconveniente de Cacharrito cuando se daba a la boga lo constituía su escasa resistencia física, agravada por las dificultades respiratorias que con frecuencia padecía. La brisa salobre tanto le hacía bien como le perjudicaba. A fin de dosificar sus pocas fuerzas, restringía de costumbre a treinta el número de paladas seguidas.

Los constantes descansos, cada vez mayores, porque cada vez le costaba más recobrar el aliento, eran causa de que a menudo no lograra llegar a donde quería, desviado de su ruta por el empuje de la corriente. Él lo achacaba a las características de la barca.

—Flota igual que una cascara de cacahuete. A mí que más ligera no la pudieron construir. Cala tan poco que si la alcanza la estela de un yate se pone a arfar como loca. En casos así no me atrevo ni a pestañear, por miedo de que se vuelque.

Contó asimismo que su padre se había obligado con el comprador a darle una pasada de pintura a la barca, cuya entrega formal, por así decir, estaba prevista para el lunes siguiente, primero de octubre, dos días después de aquella reunión en casa del Pulcro. Hasta entonces obrarían en poder de Cacharrito las llaves de unos candados que, unidos a una gruesa cadena, sujetaban los remos al banco. Sabido esto, tuvo batería de todos nosotros para que admitiese que aunque la barca, cobrado ya el importe de su venta, de hecho no le pertenecía, aún le quedaba un día para usarla. Más le hubiera valido no asentir.

De regreso del puerto me preguntaron si la barca era apropiada para una excursión marítima sobre la que al parecer habían estado concretando detalles durante nuestra ausencia. Yo respondí en los términos que sin duda ellos esperaban. Como barruntase que si alguno había de perderse la jornada por falta de espacio, ése no iba a ser otro que yo, hice especial hincapié en que podíamos embarcarnos los seis, si bien, reconocí, con apreturas. Objetó Cacharrito que como mucho alcanzaban los asientos para cuatro, a no ser que tanto en la plataforma de proa como en la de popa se acomodaran dos de nosotros, uno de ellos con las piernas colgadas fuera de la borda, lo cual desaconsejaba él muy seriamente por ser el bote demasiado propenso a cabecear y porque un rato antes había visto que el mar andaba algo revuelto. Sus reparos ocasionaron una salva de protestas. Para empezar, le replicaron, no éramos nosotros gente temerosa de mojarse los tobillos; que considerase, además, que a veces bastaba el plazo de una noche para que una marejada se disipase, y que seguramente al día siguiente el mar amanecería calmado, por ser domingo. Él, que con poseer dos medias nociones de náutica sabía el doble que todos los demás juntos, respondió con timidez diciendo que nos hallábamos en una de las peores épocas del año para embarcarse, lo cual, a su entender, cabía atribuirlo al cambio de solsticio y a no sé qué peculiaridades del clima y la estación que solían ser causa de mareas muy malas en otoño. Fue tildado de prolijo y cobarde. Ninguno quiso tomar en serio su prudencia, sino que todos atendíamos a aprovechar la ocasión de emprender una aventura divertida. Y así, comenzaron a brearle y le dijimos muchas veces que no temiese, porque no existía razón ninguna para ello, como no fuera su ignorancia y condición supersticiosa. Con ostensible inmodestia ponderó cada cual sus particulares dotes marineras, algunas tan exageradas que hasta el bueno de Cacharrito, en medio de su confusión y apocamiento, sonreía al escucharlas. También se le dijo que durante la singladura velaríamos por él y le acudiríamos en caso de naufragio, porque quien

más, quien menos, todos sabíamos nadar, todos salvo el Pulcro, del que, en opinión de Genaro Zaldúa, no merecía la pena preocuparse, lo primero porque como era tan flaco no se podía hundir, lo segundo porque no perderíamos mucho si se ahogaba. Este escarnio me disuadió de confesar que yo tampoco era nadador. En cuanto a la falta de sitio dentro de la barca, le respondieron que él mismo había discurrido la solución. Y si no, siempre cabría la posibilidad de que algunos viajasen de pie. ¿Acaso lo tuvieron más fácil los marañones de Lope de Aguirre? Que pensase, en fin, que cuanto más arriesgada y trabajosa la empresa, tanto más apasionante.

De este modo disertaba Josu Ruiz, cuyas repetidas menciones a las crónicas de Indias, por las que profesaba grandísima afición, determinaron que el paseo en barca previsto para el día siguiente revistiera desde un comienzo relumbres de conquista. Aquellos libros yo apenas los conocía ni había oído jamás citarlos a un solo profesor mío de la universidad; pero a partir de aquel año les tomé mucho gusto, que aún persiste. En cambio, mis compañeros con la excepción de Izaskun Ayestarán, que no era muy leedora mostraban conocerlos bien, y en especial Josu Ruiz, que estaba muy versado en ellos. A él se debió la idea de emular las proezas de Colón y de Elcano, de Balboa y de Cortés, acogida con unánime alborozo por sus compañeros. Enseguida trazamos un proyecto de conquista cuya insensatez no precisa ponderarse. El objetivo consistía en adueñarnos de la isla de Santa Clara. Cada cual según su inventiva y capricho se afanaba por embarullar el plan, proponiendo maniobras fabulosas, acechos descabellados y cargas a caballo subidos los unos a la espalda de los otros; en fin, estragos, pillajes y degollinas a semejanza de las narradas en las crónicas españolas del siglo XVI. Al fin prevaleció el designio de caer por sorpresa sobre la isla y apoderarnos del único indígena que suponíamos la habitaba: el farero, a quien apodamos Moctezuma en razón del trato cruel que tramábamos inferirle. Irrumpiríamos a saco en su vivienda y, prendido y aherrojado, le daríamos tormento si no juraba la fe surrealista. Todos sus ídolos católicos serían destruidos y quemados, como no fueran los de oro y plata, de que se haría justa repartición entre los expedicionarios, separándose el consabido quinto para las arcas del grupo. En caso de que opusiera resistencia, el farero sería desprovisto de la condición humana y muerto, o bien encomendado a cada uno de nosotros en turnos de media hora. Abrigábamos la esperanza de hallar el lugar desierto, tanto por el tiempo inestable que estaba agrisando aquellos finales septembrinos, como porque seguramente ya habría sido cancelado el servicio de lanchas que comunica la ciudad con la isla durante los periodos vacacionales. Con todo, si por casualidad topábamos con algún excursionista en el transcurso de la jornada, automáticamente recibiría de nosotros trato de indio, pues a nadie le sería permitido presenciar el juego sin cumplir ninguna suerte de función en él. Presumíamos que Moctezuma, por imposición de su oficio, llevaría vida nocturna. Era, por consiguiente, más que seguro que se hallase en la cama en el momento de nuestro desembarco. De la facilidad con que pensábamos sojuzgar al cacique de Santa Clara da prueba el que, con idea de ahorrar tiempo,

concertamos que el Pulcro subiese solo a conquistar el faro.

Se trató por último de proveer la barca, acordando para ello los bastimentos y pertrechos que cada uno de nosotros aportaría. Guardo en el archivo una relación de los expedicionarios que se congregaron en el puerto a las diez de la mañana de aquel infausto domingo 30 de septiembre, y de lo que todos ellos cargaron en la embarcación. Semanas después de la desastrosa empresa, me di a leer, con curiosidad que pronto derivó hacia el deleite, crónicas de Indias, inspirado en cuyo estilo redacté este documento que a seguida reproduzco; el cual, dicho sea de paso, nunca me atreví a mostrar a mis compañeros por temor a tocarles en la herida:

«Cacharrito, capitán de la nao *Soledad* y veedor de la armada, oriundo de Soria por sus deudos. Contribuyó con seis tortillas que preparó su madre por la mañana temprano. Hallábanse dentro de unas marmitas que se perdieron durante la expedición.

»Josu Ruiz, tesorero y factor, vizcaíno. Aportó un radiomagnetófono que valía mucho, así como un catalejo con que según rumores acostumbraba contemplar desde la ventana de su casa a unas chicas desnudas. Ambas pertenencias se perdieron. Suyas eran también las canicas destinadas a engatusar a los nativos de las nuevas tierras.

»Genaro Zaldúa, piloto mayor, vizcaíno de Guipúzcoa. Su corpulencia sería el viento que había de impulsar la barca, aunque al final el viento resultó aire. Aportó cuatro barras de pan y gazuza.

»Izaskun Ayestarán, arcabucera, vizcaína que tampoco era de Vizcaya. En virtud de sus facultades oválicas, se le asignó la misión de poblar la tierra conquistada. Contribuyó con un termo de café, porros, pasteles y una caja de bizcochos. En el curso de la aventura perdió las gafas, los zapatos y el amor.

»Hilario Goicoechea, a quien ofendían llamándolo Flakúas, vizcaíno al modo de los dos anteriores. Se le impuso la condición de clérigo porque decían algunos que su rostro se asemejaba al del P. Las Casas. Aportó tres botellas de cola y una de ginebra.

»El Pulcro Matallana, lancero, vizcaíno que nunca en su vida había pisado el suelo de Vizcaya. Reclamó para sí y obtuvo la merced de alcaide de la primera fortaleza que se labrase en la tierra conquistada. No cumplió la promesa de hurtar a su padre media docena de puros habanos, y por eso y porque llegó con retraso al puerto y no aportó bastimento ninguno, antes de zarpar fue despojado de su privilegio».

Las primeras contrariedades le sucedieron al Pulcro Matallana, a quien no sin razón alguien habría de llamar un día imán de desgracias y de contratiempos. Llegó al puerto con diez minutos de retraso, los bolsillos vacíos, la sonrisa de golfin y tocado con el sombrero de copa que le abollaron la tarde de la reunión en el café Goya, cuando lo conocí. Venía, según dijo, de confesarse en el Buen Pastor, travesura que al parecer le procuraba gran deleite. Y era que de vez en cuando le tomaba antojo de meterse en cualquier iglesia (que para su propósito todas servían), y arrodillándose ante la rejilla de algún confesonario, escandalizar al sacerdote de turno refiriéndole con mónicas de arrepentido y profusión de detalles escabrosos un sinfín de depravaciones, crímenes y maldades. Apenas hubo comenzado a relatar la trastada, le atajaron rudamente sus amigos, a quienes sólo interesaba saber si, como había prometido, traía los puros habanos de su padre. Respondió él en camelo que no había podido hurtárselos; pero que nadie creyese que se presentaba de vacío a la expedición, pues a la vista estaba que se había traído a sí mismo. La cínica salida irritó a sus compañeros. Empezaron éstos a sotanearle al alimón y lo despojaron del cargo de alcaide, razón por la que él tenía puesto el sombrero, pensando distinguirse. Convencido de que Izaskun Ayestarán intercedería en su favor, les previno que iba a contar a la muchacha, en cuanto hubiese vuelto ella de la Parte Vieja (adonde supo se había retirado poco antes con objeto de abastecerse de marihuana), la vejación que se le hacía. Le amenazaron con dejarlo en tierra y se tuvo que callar.

Mientras aguardábamos el regreso de Izaskun Ayestarán, expresó Cacharrito su inquietud por causa de una nube que hacia poniente encapuchaba la cima del monte Igueldo. No le faltaba razón para temer. A primera hora de la mañana un revoltijo de volutas grises se había enseñoreado de aquella altura, por debajo de la sábana de nimbos en la que desde hacía varios días no asomaba una mota de cielo azul sobre la ciudad. Jirones de niebla se desprendían a cada rato de la compacta cerrazón, disolviéndose con rapidez en el aire. La masa turbia no cesaba por ello de adensarse, a duras penas retenida por el vértice de la montaña. Al punto le restamos nosotros importancia a fin de sosegar a Cacharrito, diciéndole con figurería de sabihondos que aquella corona brumosa era fenómeno habitual en otoño e invierno y a veces en primavera, sin ser del todo insólito en verano, el cual sabíamos por experiencia que raramente depara lluvia. El absurdo dictamen no convenció, ni mucho menos serenó, a Cacharrito, que desde su llegada al puerto mostraba un semblante harto caviloso. Como con disgusto de tener que exponernos las evidencias que nuestra poca cordura y sobrada ignorancia rehusaban percibir, señaló a continuación un grupo de hasta veinte gaviotas que revoloteaba a ras del agua sobre el centro de la bahía. Josu Ruiz encaró el catalejo con ademán aparatoso, y subiéndose a una caja vacía de pescado tirada en el suelo, repuso socarronamente:

—Pierde cuidado, ya se apartarán.

Para Cacharrito representaba un augurio nefasto que las aves evitaran la altura y estuvieran acogándose en bandada a los refugios de la costa. Mala espina le daba asimismo que el viento soplase del Oeste. Esta circunstancia no la supimos verificar; con todo, no nos faltó una socorrida explicación que nos eximiese de tomarla en serio, decididos a afrontar un temporal antes que perdemos el paseo en barca. Además, le dijimos, la cercanía de la isla, visible desde el puerto, garantizaba el escaso riesgo de la aventura. Esto no pudo o no quiso el muchacho rebatirlo, reacio como era a enzarzarse en controversias. Optó por engrosar el catálogo de señales amenazadoras, haciéndonos ver que aunque había bajar las olas entraban con mucha fuerza en la bahía. A este punto Josu Ruiz, perdida la paciencia, le replicó:

—Ya deja de jodernos con tu miedo, Cacharro. Si sólo te atreves a navegar cuando hay calma absoluta, ¿te hace que nos echemos la barca al hombro y la botemos en la bañera de tu casa?

Cacharrito soportó la reprimenda con aire aturdido, sin levantar la mirada de las marmitas metálicas que sostenía en las manos. Semejaba un reo entre jueces iracundos. Por fin ha comprendido, me dije, que todos nuestros supuestos conocimientos en achaque de navegación no son sino infantil temeridad y bravuconería de la peor especie. Y conjeturé que en aquellos instantes, más que los indicios numerosos de tormenta, le inquietaba la idea de ver su barca gobernada por una pandilla de majaretas. A su rostro afloró una expresión de pesadumbre mientras se oía tildar de hombre para poco, de testarudo incorregible, de marino cobarde y pesimista. En su silencio dolorido y en los pliegues de su frente se traslucían los presagios más negros. La llegada de Izaskun Ayestarán no lo reanimó. Jovial y dicharachera, se puso la chica a repartir pasteles que en gran cantidad traía sobre una bandeja blanca de cartón. Entre todos ellos resaltaba uno de crema y hojaldre, más grande que los otros, con que pensaba ella distinguir al jefe de la nave. Cacharrito declinó el honor. Tenía el hábito de creerse indigno de obsequios. Severamente le afeamos todos el desaire y entonces él, con el gesto más desangelado que se pueda imaginar, aceptó el pastel y lo llevó largo rato consigo sin probarlo.

A las diez y media pasadas cargó cada cual con su parte de pertrechos y matalotaje y descendimos charlando animadamente los peldaños del atracadero. En la larga hilera de embarcaciones, la *Soledad* destacaba por el relumbre de su pintura nueva. Ninguna otra tenía el arrufo tan pronunciado. Al pie de la escalera, Josu Ruiz parodió con voz engolada los conocidos versos de Cernuda:

Cómo llenarte, *Soledad*, sino con nosotros mismos.

Botes y veleros oscilaban bajo nuestros pies. Extremando la precaución pasábamos de uno a otro a la deshilada, Genaro el último, tras de mí, zampándose un pastel de crema, y a la cabeza el Pulcro, silencioso y amostazado. Le acaeció a éste de pronto una de sus típicas adversidades, y fue que con la prisa que se daba por ocupar un sitio en el banco de los remeros, perdió pie entre dos botes y lo metió en el agua hasta más arriba del tobillo. Las risotadas de Izaskun Ayestarán llamaron mi atención

sobre la caída del muchacho. Alcancé a verle sacar el zapato chorreante. Pletórico de crema tronó junto a mi nuca el vozarrón de Genaro:

—Don Infortunio, que no es la hora del aseo.

El Pulcro se levantó con presteza, y corriendo bravamente por las embarcaciones abarloadas, llegó hasta la *Soledad*. Allí se acomodó a un costado del banco central, en la parte por donde con menores riesgos podíamos embarcarnos con nuestras respectivas cargas los que veníamos detrás. De esta suerte nos fuimos agolpando todos en la lancha contigua. Cacharrito le advirtió con buenas maneras que impedía el paso. El Pulcro hizo oídos de mercader y continuó comiendo su pastel como si tal cosa, oculto el rostro bajo el ala del sombrero de copa. Se acuclilló entonces Izaskun a su lado y con mucha afabilidad y arrumacos le rogó que se apartase. En torno de ella se difundía una vaharada de perfume, oasis de olor en medio del tufo a pescado, gasoil y algas en descomposición que saturaba el aire del embarcadero. El Pulcro consintió en retirarse lo justo para que pudiera pasar Cacharrito con las llaves de los candados; pero no bien se hubo éste hallado a bordo, volvió el muchacho a instalarse en su primitivo lugar y en cuanto vio los remos sueltos se apoderó de uno. Josu Ruiz dio unos golpes suaves con los nudillos en el sombrero de copa, como quien llama cuidadosamente a una puerta; pero no logró sino que el Pulcro refunfuñara malhumorado y desdeñoso. Esto Genaro Zaldúa no lo pudo soportar. En un arranque de coraje, le arrebató el sombrero y lo arrojó furiosamente al fondo de la barca, mientras llenaba el puerto con sus voces:

—Suelta el remo y ahueca, enano. Esa no es tarea para niños.

Cacharrito enrollaba la cadena.

—Por favor —dijo en tono suplicante—, tenemos que ser amigos. No riñamos.

El Pulcro me evocó la imagen de un perrito encogido cuando fue a tomar asiento a la plataforma de popa. Mientras se descalzaba el pie mojado, renunció por puntillo a participar en una partida de chinos, acordada con el fin de seleccionar los dos venturosos que guiarían la barca hasta la isla. Antes que él había expresado Cacharrito su deseo de no remar. Provistos los cuatro restantes de monedas, comenzó el juego. Discurrieron dos manos en que no tuve fortuna ni para un amparo, aunque a decir verdad tampoco me importaba, por no ser mi avidez de adquirir la condición de galeote ni un tercio de la de mis compañeros; y así, quedé enfrentado en el lance de vida o muerte con Izaskun Ayestarán, que jugó sin astucia y perdió. Verificada la derrota, torció el morrillo con coquetería. Ni en sus ojos pequeñuelos, que un instante me miraron fijamente, ni en su lindo mohín se columbraba un adarme de acritud. Parecía confirmarlo el gracejo con que se quejó de que ya no hubiera caballeros en el mundo. De este modo, su bofetada me pilló sonriente y descuidado, y me alcanzó de lleno en la mejilla.

—Dale duro, mávalo —la azuzaron con chacota.

Noté que mi turbación la complacía. No quiso, con todo, recrearse en su triunfo, sino que enseguida me volvió la cara, como si me considerase indigno de mirarla, y

profiriendo palabrotas entre dientes, arrojó al agua sus tres monedas. Después se sentó al costado del Pulcro, que en aquellos instantes, ajeno a lo sucedido, trataba de secar el calcetín latigueando con él la borda.

La última mano de chinos la perdí adrede para evitar que Genaro Zaldúa, con quien la disputé, se enojase. A tiempo que los dos ganadores ocupaban su puesto en el banco, les rogó la muchacha muy encarecidamente le permitiese alguno de ellos remar unas cuantas paladas dentro del puerto, aduciendo que una vez metidos en aguas bravas ya no lo podría hacer por falta de fuerzas y experiencia, y que sentía grandísimo deseo de conducir por primera vez en su vida una barca, y que por favor y tal y cual. Hay que tener muy mala sombra, me dije, para denegar una solicitud tan sencilla y razonable, tanto más cuanto que quienes podían condescender al gusto de la chica seguían comiendo los pasteles con que generosamente ella les había obsequiado. Recuerdo que incluso preví una disputa cordial entre ambos, empeñado cada uno en ceder su propio remo. Mi previsión se reveló completamente equivocada. Estoy viéndolos afanarse por sacar la *Soledad* de la hilera de embarcaciones, fingir que la ejecución de la maniobra les impedía prestar oídos a los ruegos de la muchacha, intercambiarse miradas de soslayo mientras con torpe disimulo rehuían la respuesta. Al fin, harta de su ostensible renuencia, Izaskun Ayestarán les formuló derechamente la pregunta. De coña le sugirió entonces Josu Ruiz que dirigiese la súplica a su novio. Genaro Zaldúa dio un respingo al oírse motejar de aquella forma y no sin brusquedad apeló al resultado de la reciente partida de chinos, fundando así su negativa rotunda a prestar el remo. Desde la plataforma de proa, donde me había sentado junto a Cacharrito, percibí los esfuerzos de Izaskun por ocultar su decepción e imponer a su boca una sonrisa que apenas pasó de amago triste. A todo esto, tal vez tratando sólo de ser gracioso, se le escapó a Josu Ruiz una impertinencia brutal.

—Más te queremos —dijo— de ramera que de remera.

Las risas que por lo visto esperaba suscitar no se produjeron. Todos quedamos paralizados menos él, que parecía sorprendido y no cesaba de girar la cabeza a uno y otro lado, como si buscara en los rostros circundantes la razón del repentino silencio o acaso un compinche a quien contagiarle la sonrisa. Me defraudó su actitud declaradamente cínica, que menoscababa la imagen de hombre noble y recto que yo había tenido de él hasta ese instante, y en la que me había gustado mirarme como en un espejo desde el día de mi incorporación al grupo. De sobra me daba cuenta de que para salir de dudas acerca del alcance de la afrenta cometida, le bastaba detener la vista en el único lugar adonde ostensiblemente rehusaba dirigirla: en aquellas facciones que justo enfrente de él hacían el efecto de haber quedado petrificadas. En ellas, el leve, casi imperceptible temblor de un labio pintado de carmín anunciaba la inminencia del llanto.

—¿No crees que te has propasado? —le preguntó Genaro Zaldúa en tono de reproche.

Tan sólo reaccionó a la vista de las lágrimas. Se apresuró entonces a acuclillarse a

los pies de la muchacha, y tomándole una mano con afecto, le pidió disculpas y le ofreció su remo. Evitando mirarlo de frente, Izaskun Ayestarán le otorgó perdón por medio de un gesto que en cierto modo significaba también rechazo. Fue lo último que se dijeron ese día. Apenas llevábamos cuarenta minutos juntos, aún no habíamos zarpado y ya no había ninguno que no experimentara o enfado o disgusto o tristeza. Peor preludeo no pudo tener aquel viaje desastroso.

Abandonamos el puerto sin novedad, seguidos por las miradas de unos pocos transeúntes desperdigados a lo largo del espigón. En los semblantes de los más cercanos se traslucía una mezcla de asombro y curiosidad. No les faltaba motivo. Seis jóvenes a bordo de una barca, comiendo pasteles, cariacontecidos unos, ceñudos otros, todos apretujados, debían de configurar un cuadro bastante llamativo. Es probable que nos tomaran por majaretas, por una pandilla de suicidas colectivos, por gente sin dos gramos de seso. Bastó, efectivamente, meter la proa en aguas de la bahía para darnos cuenta de que no estaba el mar para excursiones. Poco a poco el puerto fue quedando atrás. Barandillas, fachadas, soportales y tejados empezaron de súbito a moverse. La estatua del Sagrado Corazón se tambaleaba como un borracho colosal en la cumbre del monte Urgull. Con parecido vaivén se mecían las murallas del castillo e iban de un lado para otro los árboles, las escaleras, las bocas de los viejos cañones entre los cuales, en pasadas tardes veraniegas, habíamos celebrado nuestras urgulinas Josu Ruiz y yo. Con no menor violencia oscilaban el edificio del Náutico, las torres del ayuntamiento y la parte de ciudad que podía abarcarse con la vista, todo ello sacudido por un terremoto desapoderado del que al parecer no se seguía ninguna destrucción. Cacharrito, por si acaso, se apresuró a tomar asiento en el fondo de la barca, dejando que yo me acomodase a mi sabor en la plataforma de proa. Poco tardó en desvanecerse el espejismo que me mostraba un paisaje visto desde un columpio. De golpe experimenté la sensación sobrecogedora de haber perdido contacto con el suelo firme. Comprendí entonces nuestra absoluta pequeñez en medio del oleaje. Avanzábamos en zigzag, incapaces Genaro Zaldúa y Josu Ruiz de acompasar las paladas. La *Soledad* ya no me merecía una consideración meramente instrumental. De aquel conjunto de tablas ensambladas dependía nuestra vida. Esta certeza me sumió en un repentino terror e instintivamente me aferré a los bordes de la barca.

No bien salimos del amparo y sombra del monte Urgull, nos dio un viento recio de costado, con mucha agüilla que se levantaba de la superficie y ponía sabor de sal en los labios. De repente una ráfaga arrebató al Pulcro su sombrero de copa, lanzándolo sobre la estela de la barca, no muy lejos, de forma que si el chaval hubiera reaccionado con prontitud, lo habría podido fácilmente recobrar. Caído del revés, con su forro de seda morada a la vista, el sombrero flotaba como un barquito de juguete. Arrastrado por el aguaje, iba alejándose más y más. De mala gana consintió Genaro Zaldúa en dar la vuelta para ir a recogerlo.

—¡Maldito gorro! —rezongó.

La maniobra resultó un fracaso. Ambos bogadores eran incapaces de coordinar sus esfuerzos. El uno anulaba el impulso del otro y la barca, en vez de virar, lo mismo arrancaba hacia adelante que se quedaba de repente detenida. Comenzaron los dos amigos a discutir y a lanzarse reproches. Lleno de cólera, tomó Genaro Zaldúa la iniciativa por su cuenta, y con ayuda del viento, el empuje de las olas y una docena de paladas a lo bruto, consiguió que la barca virase en redondo. Me encargaron que los guiase desde proa. Para entonces el sombrero apenas era una mancha negra perdida en el marullo. Lo vi hundirse, pero no dije nada. Dejé que remaran un trecho inútilmente y al fin les hice saber lo que había sucedido. El Pulcro, amorrado, se sentó en el suelo de la barca, la cabeza entre las rodillas de Izaskun Ayestarán, que se puso a acariciarla. La tentativa de recobrar el sombrero, aparte desviarnos un gran pedazo de nuestra derrota, dejó malquistados a Genaro Zaldúa y Josu Ruiz. Este se negó a seguir remando y por señas me indicó que me cedía el puesto. Genaro abandonó a continuación el suyo, que ocupó Izaskun Ayestarán y más tarde el Pulcro; y así, entre los tres, con harto trabajo y mucha fatiga arribamos a la isla de Santa Clara, casi una hora después de haber zarpado del puerto para recorrer una distancia que cualquier remero de los de verdad cubriría en quince o veinte minutos. Seguía su curso fatídico lo que había comenzado mal y terminaría peor.

No se veía un alma a la redonda. Genaro Zaldúa, a quien por esa época le llegaba la barba hasta el pecho, conjeturó con sorna que los nativos seguramente habrían huido espantados a la espesura. A manera de demostración señaló el dispensario y la caseta de las bebidas, ambos cerrados. Ninguno tomó a risa el chiste; pero a raíz de él comenzaron a disiparse los gestos hoscos y de nuevo fue posible el diálogo. Izaskun Ayestarán sirvió café del termo. Decididamente de broma, Genaro Zaldúa agradeció la adiafa, y con alegre solemnidad y lenguaje pomposo tomó posesión de la tierra en nombre de su majestad La Placa. La humorada, el café reconfortante y la certeza de hallarse fuera de peligro obraron un efecto relajador en los expedicionarios, algunos de los cuales no pudieron contener por más tiempo la sonrisa. Cacharrito entendió que aquél era un momento idóneo para acabildarlos y con ese fin formuló una propuesta de amistad y concordia, que fue más o menos admitida por todos.

El tiempo empeoró sensiblemente a mediodía. Ráfagas silbantes peinaban con furia el herbazal. Cielo y océano se confundían hacia el Noroeste, borrados sus confines por un formidable chafarrinón de nubarrones. Altamar, sin horizonte, se moteaba de vedijas espumosas. Flotaba en el ambiente un continuo retumbo en sordina, como consecuencia del intenso oleaje que, al romper contra las rocas, transformaba el litoral en una impresionante línea de geiseres. La cumbre de Igueldo seguía oculta bajo un velo de niebla. El primer chaparrón sobrevino mientras buscábamos, isla arriba, un lugar donde guarecernos. Por suerte hallamos pronto un cobijo con techo de cinc sostenido por tablones y una mesa tosca de cemento en su interior. Rodeado de espesas matas, no era espacioso, pero ofrecía mejor resguardo que otros dispersos por las inmediaciones, labrados sin duda con idea de utilizarlos en días de jira veraniega y no para protegerse de las inclemencias del tiempo. Allí pusimos a buen recaudo el bagaje, palabra que Josu Ruiz reprobó, diciendo no era propia de conquistadores ni de cronistas de Indias. Notó que lo dejaban solo con sus disquisiciones y calló. La lluvia paró enseguida, y como el cielo clarease un poco sobre la ciudad, resolvimos aplazar la comida y salir cuanto antes a recorrer la isla y ver en qué venía a parar el proyectado asedio al faro.

A punto de emprender la marcha, Cacharrito solicitó tímidamente lo dispensásemos de acompañarnos, ya que consideraba nuestro propósito (en cuya veracidad por lo visto creía) injusto. Genaro se plantó ante él hecho un jaquetón en jarras y le intimó con voz de trueno a rectificar sus torpísimas palabras si no quería ser colgado por traidor. Sin sacarse el cigarrillo de la boca, Josu Ruiz fingió abogar por el muchacho:

—¡Por dios, don Lope, no empecéis a diezmarme la tropa!

Cacharrito observaba ostensiblemente apocado el corro de pupilas fijas en las suyas, consciente de la broma, pero a la vez impresionado por la agresiva grandilocuencia con que le hablaban. A su espalda Izaskun Ayestarán simulaba

clavarle puñales, mientras Genaro Zaldúa, luego de un guiño furtivo a los camaradas, le hacía saber que en su calidad de jefe de la expedición estaba obligado a decidir sobre el destino de Moctezuma.

—Que no te tiemble la voz en el instante de ordenar que le rebanemos la cabeza. De lo contrario serás ahorcado al amanecer, ¿verdad, chicos?

—Por supuesto, claro, naturalmente —rugió al unísono el coro de socarrones.

—Has de desempeñar —se le dijo— una función dentro de la trama. Así que pon tu inventiva a trabajar, porque no queremos espectadores ni gente libre de culpa a nuestro lado cuando venga el helicóptero de la Guardia Civil.

Tomó entonces el Pulcro la palabra, después de una hora de guardar silencio, y declaró que se le había ocurrido un efugio rigurosamente histórico que permitiría a Cacharrito participar en el plan de conquista sin necesidad de involucrarse en el asesinato del indio cacique de aquella isla. Y era que como hacía falta una centinela que quedase al cuidado del real, se le podía dar al muchacho esa comisión. Pareciendo a todos la idea juiciosa y congruente con las usanzas militares de los conquistadores del siglo XVI, despedimos con mucha cordialidad a Cacharrito, que, visiblemente satisfecho, quedó solo en el cobertizo los cinco minutos transcurridos desde la alegre partida de los expedicionarios hasta que Josu Ruiz tropezó en una piedra del sendero e, incrustada la rodilla en un charco lodoso, se volvió malhumorado al campamento, maldiciendo la hora en que había decidido tomar parte en aquel juego estúpido y pueril. El Pulcro lo siguió al instante y poco después todos los demás.

Llovió varias veces durante la comida. Breves y furiosas, las ráfagas de aguacero repiqueteaban sobre la chapa de cinc. A resguardo del ventarrón, la atmósfera del cobertizo, hundido en una concavidad del terreno, iba tornándose más y más acogedora a medida que se llenaba con la tibieza de los cuerpos, la grata conversación y el humo de porros y cigarrillos que en balde se esforzaba Cacharrito por apartar a manotazos. Josu Ruiz, después de varios intentos infructuosos, logró encajar las pilas de modo que la radio funcionase. Escampó entretanto y hasta parecía que iba a levantar. Vana esperanza: el cielo seguía muy cerrado por el Noroeste. Alguien vaticinó que si no mudaba el viento aquella remota masa de nubes pasaría de largo, paralela a la costa, rumbo a las landas francesas. Agotado el café, abrimos la botella de ginebra y las de cola, de las que cada cual bebía según su gusto, y con tragos y apacible coloquio combatíamos el sopor de sobremesa. Sonaba la radio dentro de la funda de plástico, de donde Josu Ruiz no quería sacarla para evitar que se mojase. La voz del locutor enumeraba con rutinaria gravedad los últimos sucesos. Al menos un uniformado había muerto en San Sebastián en el transcurso de un tiroteo entre guardias civiles e inspectores de policía, consecuencia al parecer de una lamentable confusión. Con un cabo del pañuelo mojado en ginebra intentaba Josu Ruiz limpiar el barro de sus pantalones.

—Sospecho —dijo— que las fuerzas de orden público comienzan a imbuirse del

espíritu de La Placa.

Con aire de hastío ironizó a continuación sobre la suerte de haber nacido en un país donde, a su modo de ver, la mediocridad, la ineptitud y la intolerancia rayan en el manierismo. Y agregó:

—Apuesto un tomo de obras completas de Dickens a que ETA se carga a algún pobre diablo antes de las diez de la noche.

Hacia las dos y media de la tarde se disolvió la corona de niebla que desde primera hora de la mañana había ocultado la cima de Igueldo. En breve el cielo se revistió de un fulgor blanquecino y un haz de rayos, que parecía sacado de una estampa piadosa, irrumpió sobre la ciudad a través de un claro, tiñendo de verde el agua de la bahía. Mar adentro se veía al negro celaje correr velozmente a lo largo del horizonte borroso, dando razón a quien había conjeturado que la tempestad se desataría lejos de nuestra costa. Incluso Cacharrito admitió la posibilidad de una tarde soleada.

En una pausa de la conversación, Genaro e Izaskun, cogidos de la mano, anunciaron que salían de paseo. No era difícil adivinar qué clase de apetito urgente los impelía a retirarse. El Pulcro Matallana, tan vivo para otras cuestiones, no atinó a diquelar la evidencia, y animado del propósito de permanecer junto a la muchacha (a cuya sombra parecía cosido de un tiempo a aquella parte), muy sumisamente les preguntó si podía acompañarlos. Harto de aquel amorcillo que, según oí contar, andaba a todas horas mosconeando en torno a la pareja, Genaro Zaldúa le contestó con acritud que para lo que ellos se proponían hacer no necesitaban refuerzos poéticos ni militares. En voz baja, pero imperiosa, indicó Josu Ruiz al muchacho que se sentase. Izaskun Ayestarán trató de consolarlo con zalamerías y un porro que le regaló. Y allí lo dejaron ella y Genaro Zaldúa, mustio y silencioso, mientras los demás sosteníamos plática sobre César Vallejo, pasión en la que Josu Ruiz y Cacharrito concordaban. Ambos conocían de memoria un sinnúmero de versos del poeta y mano a mano, con mucho fervor, me los iban declamando dentro del cobertizo. El Pulcro se mantenía al margen de la conversación, la mirada perdida en el sendero por donde había visto a los novios alejarse. En esto me hizo señas para que le diese fuego. Encendió el porro, y declarando desabridamente que le apetecía contemplar las olas, cogió el catalejo y se marchó.

A poco de su partida enmudeció la radio. Josu Ruiz la sacó de la funda, desplegó la antena, cambió la posición de las pilas, agitó el aparato como si se tratara de una coctelera, le arreó unas cuantas manotadas y por último lo desconectó, resignado a pasar sin música ni noticias el resto de la tarde. Faltaban diez minutos para las tres y media. El viento había amainado y podía oírse con nitidez un rumor en sordina, como de grandes puertas cerradas a lo lejos con golpazo. Era el sordo zumbido de las olas al batir contra la pared norte de la isla. Cacharrito comenzó a alarmarse.

—Ya sé que es una chorrada —dijo—, pero, por favor, no me toméis por un burgués si bajo ahora a echar un vistazo a la barca.

Josu Ruiz y yo nos miramos sorprendidos.

—Me importa un rábano —prosiguió con inquietud— poseer objetos y cuidarlos. De verdad, ya sé que es una chorrada, pero entended que sería duro para mis padres que le pasase algo malo a la *Soledad*.

Comprendiendo que nos pedía licencia para abandonar el cobertizo, le dijimos que por nuestra parte no existía inconveniente ninguno en que se marchara e hiciera lo que considerase más adecuado. Salió a escape y, tras una ausencia de pocos minutos, regresó para informarnos que como los asientos de la barca estaban cubiertos de gotas, había resuelto secarlos con el trapo. Sólo para eso volvió, para contarnos que pensaba hacer lo que ya podía haber hecho si no se hubiera tomado la molestia de venir a referírnoslo. A tiempo de su segunda marcha, le pidió Josu Ruiz llevase consigo la radio y la pusiera a buen recaudo en el cajón que tenía la *Soledad* bajo la plataforma de proa. Cacharrito cargó el aparato al hombro, muy contento de realizar un servicio a su amigo. Cogió también las marmitas vacías, y como un ladrón que huyese con su botín, se alejó más que a paso camino del embarcadero.

Obra de media hora permanecimos Josu Ruiz y yo solos en el cobertizo, bebiendo ginebra, fumando y conversando en la que creo que fue nuestra última urgulina, la única que no celebramos en el monte Urgull y con certeza la más confidencial.

—Empiezo a estar harto de La Placa —dijo de pronto, en las pupilas un destello de mastín soñoliento—. El otro día me telefonearon desde Radio Popular para plantearme la posibilidad de que actuemos una noche en la discoteca La Perla. Un numerito cómico de quince minutos. Lo dejaban a nuestra elección: chistes, parodias, imitaciones. Me enteré de que Genaro ya había aprobado la idea, pero les dijo que tenían que contar con mi conformidad. Respondí que no y colgué. Luego, recapacitando, me di cuenta de una cosa. Nos toman por payasos. Y ¿sabes por qué? Porque somos efectivamente unos payasos. Sospecho además que hay un camastrón en el grupo, de nombre Genaro Zaldúa, que nos está utilizando para abrirse camino en la vida. De paso te prevengo, pues ya le he oído dos o tres veces referirse a ti en términos muy poco halagüeños.

Al escuchar la confidencia rememoré la tienda de golosinas donde la mujeruca de cabellos blancos leía el periódico sentada en el sillón de mimbre. Su semiceguera, la radio a todo volumen, el estruendo de obras en la calle, se me figuraron la garantía de una agresión a pie enjuto. El plaf de un manotazo sobre la mesa de cemento me sacó de fantasías.

—Me sulfura ver a Izaskun colgada del brazo de ese mequetrefe. Se conoce que le encanta sufrir. La pobrecilla se cree liada con García Márquez, sobada por Conrad, besuqueada por Faulkner y follada por Tolstoi. Le quitó el hipo que una currinche elogiara en la prensa aquel cuento ampuloso de Genaro en nuestra revista. Un cuento que, como tú bien sabes, es una caca.

Espoleado por la indignación, Josu Ruiz aleteaba nerviosamente con las manos, lanzándolas una contra otra como si tocara platillos y apartándolas con presteza en

cuanto ambas palmas estaban a punto de encontrarse, típico ademán suyo que a sus espaldas el Pulcro Matallana solía denominar *aplausus interruptus*. Con cada frenética sacudida tintineaban las canicas dentro de su chaqueta, cuentas de vidrio que había comprado por la mañana a fin de jugar a los engatusadores de indios. Como le pesasen en los bolsillos, las depositó encima de la mesa. Al hilo de la plática comenzamos a arrojarlas una a una fuera del cobertizo, hacia las hierbas, como quien se entretiene lanzando chinitas al estanque. Estuve en un tris de revelarle que había sorprendido a los novios vendiendo a escondidas reproducciones del número 1 de *La Placa*. Mudé de propósito cuando ya el secreto se me despegaba de la punta de la lengua. Entretanto reanudó Josu Ruiz sus quejas por causa de la mancha que afeaba sus pantalones. Quiso comparar mis uñas con las suyas, y hallando las mías algo más largas, me rogó raspase con ellas la costra aún húmeda que motivaba su disgusto. Yo así lo hice; pero no sirvió de nada. Comenzó él entonces a despotricar y proferir maldiciones, lamentando vivamente su participación en la aventura bufonesca. La mancha era de tan poca monta que yo no alcanzaba a comprender el desproporcionado enojo de mi compañero. Quizá porque no le pasara inadvertida mi perplejidad o porque, consciente de su actitud exagerada, le embargase de pronto una sensación de ridículo, se apresuró a declararme que a las siete de la tarde estaba citado en el barrio de La Paz con una muchacha maravillosa a la que había conocido pocos días antes. Por culpa, dijo, de aquella maldita excursión en barca no había podido llevar por la mañana la ropa sucia a la lavandería. Aquella mancha de barro en los pantalones significaba su ruina.

—Me dan ganas de largarme a nado a la ciudad y comprarme ropa en cualquier tienda.

Fue la primera vez que oí el nombre de Rosa Benítez.

—Me derrito escuchándola. Tiene una voz lenta y larga y seductora que es jalea en los oídos. Nunca he conocido una tía igual: inteligente, segura de sí misma, con carácter..., todo lo contrario de esa pendona de Izaskun, que en medio de la conversación va y te suelta un bostezo o se te pone a pintarse el morrito mientras tú te matas por explicarle la teoría de la relatividad.

De este modo se puso a parangonar a las dos muchachas. La estrella de Izaskun Ayestarán se apagaba al par que estallaba en resplandores la de Rosa Benítez, y por contraste oscuridad y luz, defectos y virtudes se comunicaban recíproco realce. Como un líquido trasvasado recibía Rosa el crédito perdido por Izaskun. Esta era, según Josu Ruiz, una niña de papá criada en un ambiente católico y burgués, del cual se figuraba que podía escaparse con sólo fumar porros y proferir palabrotas; la otra, hija de emigrantes extremeños y militante comunista que en 1975, a los diecinueve años de edad, había pasado un mes en la cárcel por causa de sus ideas. Izaskun vivía en una casa acomodada de la calle de Urbieta, con una docena de muñecas esparcidas sobre la cama; Rosa en el piso undécimo de una torre de La Paz, donde debía cuidar de cinco hermanos. Izaskun era superficial, llorona, coqueta, voluble, frívola, pueril,

impuntual, casquivana, consentida, caprichosa y además tenía el trasero demasiado grande y frío. La nueva, por el contrario, personificaba por lo visto la voluntad, la constancia y la resolución de quienes están acostumbrados a abrirse camino en la vida sin ayudas. Tanto la ponderó y con tales ditirambos me la estuvo ensalzando que, sin conocerla todavía, empezó a caerme mal.

A ningún miembro de La Placa salvo a mí le había sido revelada aún la existencia de Rosa Benítez. Josu Ruiz me pidió discreción. De momento, dijo, no deseaba comunicar a nadie su secreto, y no por nada, sino que abrigaba el presentimiento de que la noticia iba a sentarle a Izaskun peor que una puñalada. Barrunté a este punto que los dos mantenían tratos escondidos y él debió de adivinar mi pensamiento, pues al instante agregó con malévola sonrisa:

—¿Sabes?, de vez en cuando sacamos punta a los cuernitos del gran narrador.

Sus palabras me llegaban envueltas en vaho de ginebra.

—En Italia, una noche que estuve muy malo por culpa de unos tomates, intentó pegármela con el vecino de habitación, un danés al que había acudido en busca de ayuda, y eso que ella tampoco se encontraba bien. Jamás podré perdonárselo. Es una suripanta de alivio. Quien no se haya acostado con ella es porque no quiere.

Al cabo de casi media hora desde que Cacharrito había bajado al embarcadero, convinimos Josu Ruiz y yo en el trueque de pantalones. No es que los míos le parecieran particularmente elegantes; pero al menos estaban limpios. A tiempo de descalzarnos, como hallásemos la tierra húmeda, resolvimos encaramarnos a la mesa de cemento, sobre la que previamente había dispuesto yo mi cazadora a modo de mantel. No bien estuvimos los dos arriba y comenzamos a desvestirnos, concebí un presentimiento que al punto se cumplió. Y fue que encontrándonos los dos en ridícula postura, nalgas con nalgas, encorvados para no dar con la cabeza contra el techo de cinc, resonaron de pronto fuera del cobertizo las risas de Genaro Zaldúa. Cogida de su mano, Izaskun Ayestarán no ocultaba la repugnancia que la escena le producía, hosco el ceño, la mirada retadora, como si hubiese escuchado a escondidas los injuriosos calificativos que Josu Ruiz le había dedicado un rato antes. A Genaro le colgaba sobre la cadera una falda de la camisa.

—¡Pillados! —exclamó en camelo—. Ya me estáis ingresando dos millones en la cuenta o mañana mismo los periódicos propalarán con pelos y señales la historia de vuestro vicio vitando.

Descendimos de la mesa y nos calzamos en silencio, mientras Genaro Zaldúa soltaba chascarrillos. Con dedos temblorosos anudaba Josu Ruiz los cordones de sus zapatos. Fijó a todo esto una mirada de sereno desafío en Genaro Zaldúa y le espetó:

—Ha sido el coito más satisfactorio de mi vida —y volviéndose hacia mí, me lanzó un beso exageradamente lascivo, al par que me cubría de requiebros amorosos.

Izaskun Ayestarán tomó asiento a la mesa y se sirvió un cigarrillo de mi paquete. La llama del encendedor iluminó su semblante atirantado por el despecho.

—Nuestro coito allá arriba —replicó con sequedad, como hablando consigo

misma— también ha sido excelente.

Genaro Zaldúa soltó una estentórea carcajada, interrumpida tan pronto como se percató de que era el único que se reía.

Antes que Cacharrito hubiese regresado, ya estaba decidido que nos haríamos a la mar. Josu Ruiz, luego de un examen fugaz al fragmento de cielo que podía observarse desde el fondo del cobertizo, había asegurado categóricamente que por la tarde no llovería. Pareciéndome secundaba así la expedición, me sumé a ella sin titubeos, a pesar de que ni abrigaba un adarme de los afanes épicos de Genaro Zaldúa (que a la vuelta de su paseo había expresado su propósito de resarcirse de la truncada toma del faro mediante una travesía en barca), ni me dejaba de inquietar el fragor de las olas en las peñas. Lo cierto es, sin embargo, que la perspectiva de quedarme solo en la isla se me figuraba demasiado tenebrosa como para detenerme en consideraciones sobre lo que me convenía decidir. Por lo demás, la aventura no parecía, al menos a primera vista, cosa del otro mundo. Circundaríamos la isla, saliendo a mar abierto por una bocana y regresando a la bahía por la otra, lo que, bien mirado, no pasaba de significar una prolongación del trayecto de vuelta al puerto. La viabilidad de la empresa estaba además garantizada por el escaso bojo de Santa Clara, siempre y cuando, me decía entre mí, no menospreciáramos el riesgo de dar al través en el acantilado de la cara norte, lo que por fuerza nos llevaría a efectuar un dilatado rodeo a fin de apartarnos prudentemente de aquella formidable pared, así como de los posibles escollos que velasen cerca de la isla. Con mucho agrado observé que Genaro Zaldúa tomaba conciencia del peligro y que no ignoraba el modo de evitarlo. Tuvo incluso el buen rasgo de ofrecerse a remar por aquella parte que consideraba la más difícil y peligrosa. Demostrativamente se volvió hacia Josu Ruiz, como en espera de una respuesta a su cordial proposición, y entonces éste nos sorprendió a todos manifestando su designio de permanecer en tierra y ser recogido al término de la travesía. Demasiado tarde comprendí que para él el arreglo personal y la limpieza de su indumentaria eran mucho más importantes que la conquista de un continente imaginario. Alegó falta de ganas y cansancio y no sé qué más; pero yo sabía que las verdaderas razones de su negativa nacían de su deseo de conservar la ropa limpia y seca, así como del disgusto que sin duda recibía viendo amartelarse a Izaskun y Genaro. Me di cuenta de que su determinación guardaba coherencia con el secreto que me había descubierto poco antes; pero para entonces ya tenía yo empeñada la palabra y no me pude echar atrás. Me irritó sobremanera no haber previsto lo que ahora se me figuraba tan lógico, y antes de zarpar rumbo al desastre que nos aguardaba, lamenté con todas mis fuerzas mi decisión irreflexiva.

Genaro Zaldúa manifestó que la proyectada vuelta a la isla no podía llevarse a cabo sin mi concurso; alabó a continuación, con denodada cordialidad, mis dotes de remero, y al fin, suponiendo tal vez que ya me tenía ablandado a puro de lisonjas, me preguntó sin rodeos si me prestaba a gobernar con él la barca durante toda la travesía. Me miraba de hito en hito, como diciendo: págame los elogios o atente a las

consecuencias. Le mostré las ampollas que había levantado en las palmas de mis manos la boga de la mañana. Entonces Izaskun Ayestarán apretó mi rodilla por debajo de la mesa y al instante escuché a mi voz contestar atropelladamente que sí, que remaría.

Otro que permaneció en la isla fue el Pulcro Matallana. A las cinco aún no había regresado al cobertizo. Josu Ruiz se guaseó:

—Perdéis el tiempo esperándolo. Ha dicho que pensaba suicidarse.

Mientras bajábamos al embarcadero, imaginé el cuerpo enclenque del Pulcro meciéndose sobre las aguas espumosas, golpeado una y otra vez contra las peñas, o a la deriva en altamar, con todo el océano por tumba. Se conoce que iguales o parecidos pensamientos acudían a la mente de la muchacha, que deteniéndose de pronto, afirmó:

—Perecer en el mar debe de ser una gozada.

Tan sólo Genaro Zaldúa imaginaba en prosa la tragedia. A su juicio el deceso de un expedicionario añadía verismo a la jornada de conquista. Y concluyó:

—Como no se haya suicidado lo mataré.

Josu Ruiz soltó la amarra y mediante un envite del pie nos apartó de la pared del embarcadero. Prometió buscar al Pulcro durante nuestra ausencia, de forma que cuando hubiéramos vuelto estuvieran los dos listos para embarcarse. Mientras nos alejábamos declaró su cita, sin especificar dónde ni con quién la tenía concertada, y muy encarecidamente nos instó a regresar antes de una hora. Izaskun receló. No bien nos hubimos apartado obra de treinta o cuarenta metros de la isla, en voz baja me preguntó si sabía yo con quién pensaba encontrarse Josu Ruiz. Me encogí de hombros y negué; pero, carente de rotundidad, mi respuesta incrementó sin duda sus sospechas, pues a partir de aquel instante Izaskun Ayestarán hizo cuanto estuvo de su mano para que no regresáramos a tiempo a la isla. A su capricho se debió más tarde el cambio de rumbo que habría de acarrear nuestra perdición.

Mejor suerte no les fue deparada a los que se quedaron en la isla. Sus respectivas versiones del episodio presentaban tales divergencias que no hubo forma de saber con certeza lo que les había sucedido hasta la tarde en que por fin anularon su mutuo juramento de odio eterno. A raíz de la reconciliación, confrontaron sus relatos de la desventura y se pusieron de acuerdo en un número de detalles suficiente para componer una historia común, reservándose cada uno el derecho a interpretarlos como juzgara conveniente.

Tal como había prometido al despedirse de nosotros en el embarcadero, Josu Ruiz subió sin demora en busca del Pulcro Matallana. Al cabo de largo rastreo topó con él entre unas matas al borde del acantilado, la mirada perdida en el horizonte, las piernas colgadas sobre el vacío. Su semblante denotaba tribulación. A fin de consolarlo de lo que fuera que lo entristecía, Josu Ruiz posó una mano afectuosa en su hombro y comenzó a hablarle con jovialidad. El Pulcro, en su relato, lo entendía de otro modo:

—Vino por detrás, en puntas de pie, y de improviso me agarró del hombro para asustarme, haciendo como que me arrojaba al precipicio. A causa del sobresalto se me cayó el catalejo al agua.

Josu Ruiz negaba esa versión. Suponía que el Pulcro había dejado caer astutamente una piedra para encubrir la anterior pérdida del catalejo. Su sospecha se fundaba en dos detalles: el ruido, impropio de un objeto ligero, provocado por aquella cosa oscura al chocar contra la roca, y la ostensible zangarriana del adolescente, prueba de que con anterioridad debía de haberle acontecido algún contratiempo. Refrenando a duras penas, según dijo, las ganas de zumbarle una mano de bofetadas, Josu Ruiz regresó furioso al cobertizo.

En el embarcadero, a la hora convenida para pasar a recogerlos, los sorprendió la lluvia, que les obligó a resguardarse bajo el sobradillo de la caseta. Enojados y sin dirigirse la palabra esperaron nuestro retorno. Pasaba el tiempo, la tarde declinaba, caía un chaparrón torrencial. Josu Ruiz miraba de continuo su reloj. Su impaciencia crecía por momentos. De vez en cuando se acercaba al borde del embarcadero, oteaba atentamente la bahía y regresaba mojado y mascullante al exiguo cobijo que les ofrecía la caseta. Dieron las siete. A esa hora una muchacha de voz embelesadora y férreo carácter habría comenzado a esperar también en vano en algún sitio del barrio de La Paz. El Pulcro Matallana, ganoso de reconciliación, subió a escudriñar el mar desde la parte trasera de la isla; pero no consiguió avistarnos. Le comunicó entonces Josu Ruiz su determinación de atravesar a nado la bahía.

—*Good bye, Mister Crusoe.*

Al Pulcro se le saltaron las lágrimas y con muchos gemidos imploró a su compañero no lo desamparase. De esa guisa (que él negaba) siguió a Josu Ruiz hasta la punta del espigón, donde éste, resuelto a lanzarse al mar, le confió los zapatos, el reloj y la cartera, con encargo de entregármelo todo a mí más tarde. El Pulcro se aferró a su brazo y le suplicaba que no lo dejase solo, y tanto rogó y lloró que al fin el otro se avino a cargar con él. Embutieron en el termo de Izaskun Ayestarán las pertenencias que les pareció podría estropear el agua, y puesto todo ello a buen recaudo en un recoveco junto a la pared de la caseta, con intención de volver otro día en su busca, entraron los dos al mar decididos a cruzar abrazados los cerca de doscientos metros que dista Santa Clara de la playa de Ondarreta. Josu Ruiz, según contó, pensaba valerse de un solo brazo para nadar, mientras que con el otro sujetaría a su amigo. Ambos se llenaron la boca de dinero, en la inteligencia de tomar un taxi en cuanto hubiesen ganado tierra. Pero su loco intento les deparó otro desenlace. Y fue que a las pocas brazadas el Pulcro se atragantó con las monedas y, falto de aire, comenzó a agitarse y revolverse con tal violencia que se escurrió hacia el fondo del mar y a pique estuvo de perecer ahogado. Desistieron del empeño y pasaron la noche en el cobertizo, calados, hambrientos, sacudidos por una constante tiritona y sin más consuelo que el de creerse los únicos supervivientes de la jornada.

Sentada a popa, Izaskun Ayestarán roía en silencio sus sospechas. Por encima de su hombro comenzaba a empequeñecerse la figura de Josu Ruiz, que desde el borde del embarcadero nos despedía con la mano y no cesaba de pedir a gritos que estuviéramos de vuelta antes de las seis. Cojeando se retiró luego vereda arriba en busca del Pulcro. Sólo entonces se volvió la muchacha a mirarlo y, viéndolo lejos, trató por segunda vez de sonsacarme con quién tenía aquél previsto encontrarse.

El mar estaba embravecido. Las olas, grandes y raudas, se deshacían antes de alcanzar la costa, moteando el agua oscura con sus penachos espumosos. A tiempo de dejar el abrigo de la isla, la *Soledad* da una fuerte hocihada. Genaro Zaldúa resbala en el asiento y por poco no se cae encima de Cacharrito, que se encuentra detrás de él, sentado sobre las tablas del fondo.

El avance resultaría menos dificultoso si acertáramos a concertar nuestros esfuerzos. Apenas han discurrido diez minutos desde la partida y ya me arden las manos cubiertas de ampollas. Resuelvo entrapajármelas con las mangas. Con ese fin suelto un instante el remo. Genaro Zaldúa no lo ha advertido y sigue remando, de suerte que la barca se gira y comienza a recibir las olas de costado. Henchido de frescor penetrante, el viento carga de nuevo. A Izaskun Ayestarán se le desmanda la melena y rápidamente echa mano del cepillo. Genaro se afana a mi lado con recio resuello. Para cuando se percata de que estamos navegando en círculo, el empuje de las olas nos ha arrastrado cuarenta o cincuenta metros hacia el interior de la bahía.

—¿No tienes fuelle? —me pregunta con acritud. Sus palabras se estrellan en mi rostro envueltas en un hálito caliente, y al bajar la vista descubro que sus manos se hallan igualmente enrojecidas y ampolladas.

—No se trata de si éste tiene o no tiene fuelle —replica Izaskun, mientras se anuda el moño—, sino de que nunca se os ve hundir el remo al mismo tiempo.

A nuestra espalda se escucha entonces la voz temerosa de Cacharrito:

—Podríais armonizar las paladas entonando una saloma.

Los ojos saltones de Genaro Zaldúa se revisten de un brillo burlón.

—¿A ti qué te parece? —me pregunta—. ¿Cantamos *Guantanamera* o el *Eusko Gudari*?

Sopla viento de proa, un viento poderoso y desapacible que de vez en cuando esparce una rociada salobre sobre la barca. El paso de los refregones dibuja un trazo rizado en el agua, que se prolonga en tolveneras cuando aquéllos barren la playa. Los remos crujen al ludir con los toletes. En rededor flota la calima, más densa sobre las líneas de riscos que nos flanquean, la de la isla y la de Igueldo, contra las cuales rompen las olas con blanca y descompasada violencia.

Izaskun Ayestarán sugiere que nos acerquemos a las rocas de Igueldo, a cuyo arrimo, arguye, podríamos vencer el ímpetu de la corriente aprovechando el reflujo de las olas y pasar en breve la bocana. La idea es tan descabellada, por no decir

suicida, que Genaro Zaldúa suelta de pronto el remo y se pone a reír a carcajadas. Yo tampoco desperdicio la ocasión de tomarme un descanso, y aunque advierto que el oleaje nos impele hacia atrás, permanezco callado, en la esperanza de que mis compañeros comprendan finalmente la imposibilidad del propósito y decidan regresar a Santa Clara. Transcurridos veinte minutos de boga trabajosa, seguimos avistando la isla a estribor. Los pocos metros que logramos progresar a costa de ímprobos esfuerzos, los desbarata en cuestión de segundos el empuje contrario de la marea. Se diría que gobernamos un bote anclado.

Veo a Izaskun descalzarse. En la punta de una media se abre un agujerito por el que asoma una uña pintada de rojo. Al inclinarse para recoger sus zapatos, descubre por el escote, casi enteros, sus pechos voluminosos. No bien se incorpora, advierte adonde miro alhelado y sonrío. Con torpeza que recelo fingida deja caer un zapato. Instintivamente desvío la vista hacia Genaro Zaldúa, que ahora rema con los dientes apretados. La muchacha resuelve picarle el amor propio.

—Los he visto más hombres.

Genaro vuelve la mirada hacia mí.

—Yo también —dice, y en ese mismo instante la espuma marina me trae al pensamiento el color de los cabellos de su madre.

La provocación de Izaskun Ayestarán ha surtido efecto. Genaro Zaldúa, apoyado el pie en una cuaderna, marca las paladas, primero a gritos, contando de uno a tres, luego a puro jadeo, con varonil pundonor. A breves intervalos profiere un gruñido animalesco que coincide con el momento en que hunde el remo en el agua. El ritmo de boga es vivo, y como no logro adaptarme a él, a veces, con designio de tomarme un descanso secreto, me permito unas cuantas remaditas en el aire. Quizá mi compañero pone por obra la misma argucia, ya que por primera vez desde que zarpamos la *Soledad* avanza sin trazar un rumbo sinuoso. Faltando poco para salir de la bocana, Cacharrito nos advierte que nos hemos desviado muchos metros de la isla. Izaskun se ofrece a guiarnos y apostá, estoy seguro, aún nos desvía otro pedazo.

Por fin mar abierto. Genaro Zaldúa alza los brazos y lanza un alarido de júbilo. Puesto de pie, la melena desgreñada, las barbas hasta el pecho, con porte orgulloso señala hacia la bahía que tantos esfuerzos nos ha costado dejar atrás.

—¡Igualito lo tuvo Lope de Aguirre para salir del Amazonas! —exclama, al par que me sacude una palmada amistosa en la paletilla.

Al Este y al Oeste, el litoral abrupto hierve envuelto en densas nubes de vapor. El espectáculo que se ofrece a nuestra vista resulta sobrecogedor, el paisaje digno de una horrible pesadilla. Acantilados, rompientes y promontorios se pueblan de ramos blancos de agua, efímeros, estruendosos, a lo largo de las rocas denegridas. Hasta sus remotos confines se motea de cabrillas el océano. Hay en el agua un estremecimiento de inmenso animal que se revuelca. Sisean por doquier las olas que el viento descresta. El cielo se encapota; oscurece el mar. En medio de sus coléricos embates, un ramalazo de terror encoge mi pecho y me pone un nudo en la garganta.

De pronto la *Soledad* amorra. El tajamar hiende una ola que venía reventada. El raudal espumeante alcanza de lleno a Cacharrito. Me vuelvo a mirarlo y lo veo sentado sobre un dedo de agua que alternativamente aflora y desaparece entre las rendijas de las tablas. Del cajón de proa extrae una marmita y trata de achicar con ella. Está tan asustado que no se atreve a levantarse.

A Izaskun Ayestarán, por el contrario, no parece haberle infundido especial inquietud la entrada de agua en la barca. Pretende que sigamos la ruta de poniente, que es hacia donde nos arrastra desde hace un rato la resaca. No abrigo la menor duda acerca de su deseo: alejarnos de la isla para no estar de regreso a la hora convenida. A babor se alza ahora, casi vertical, la ladera de Igueldo. Monte arriba, el faro centellea a intervalos regulares entre los pinos. Izaskun Ayestarán insiste en su propuesta desatinada. Luce una gargantilla con adornos de cerámica, como las que venden los baratijeros de la plaza de la Constitución. Con mentalidad de novio condescendiente, Genaro Zaldúa aprueba el antojo temerario, cuya razón escondida desconoce. Imagino con cuánta impaciencia estará esperándonos Josu Ruiz, el pensamiento puesto en su amiga comunista. No me sorprendería que ya tuviese preparada en algún cajón de su vivienda una nueva cabecita de Marx. Izaskun Ayestarán, los zapatos sobre el regazo, se arregla el recogido del cabello. De pronto posa su mano suave en mi rodilla. Se ve que es una manera fácil de persuadirme. Sus labios sensuales se redondean configurando una insinuación de beso.

—Anda, Flakúas, di que sí.

Tengo los brazos doloridos, las manos rotas, los pies dentro de agua y un sabor áspero de ginebra en la boca. Me gustaría regresar, hallarme en casa leyendo un libro cualquiera o tumbado sobre mi viejo sofá verde.

—Por mí —digo.

Un súbito golpe de mar endereza la barca. Sin pérdida de tiempo hundimos los remos con energía renovada tras el descanso reciente. Entretanto convenimos en establecer un plan que otorgue un mínimo sentido a nuestro esfuerzo. Genaro Zaldúa dispone que sigamos rumbo paralelo a la costa. La menor desviación del curso será notificada al instante por Izaskun, mientras que Cacharrito tendrá a su cargo prevenirnos de los escollos que acaso pudieran velar por el trayecto. Izaskun Ayestarán se proclama capitana de la nave. En contraste con los bramidos del viento y el fragor de las olas en las rocas cercanas, su arenga militar apenas alcanza vigor de cloqueo. Hemos de hacernos al ánimo, dice, de no volver hasta tanto que descubramos tierra americana. Si es preciso pernoctaremos en el mar. En cuanto hayamos arribado al nuevo continente fundaremos una población que recibirá el nombre de Nueva Izaskun. Una rápida mirada al reloj me confirma que aunque tomásemos de inmediato la vuelta de tierra, no llegaríamos a Santa Clara a la hora convenida.

El oleaje nos empuja de estribor, de forma que Genaro Zaldúa, sentado a mi izquierda, es quien ha de realizar el mayor esfuerzo para mantener el rumbo. De sus

brazos y aguante depende en gran medida que la *Soledad* no dé al través en la espeluznante placa de piedra, a pie de Igueldo, que llaman la Lastra. Las olas innumerables han roído medio monte, dejando al desnudo una abrupta muralla de arenisca. ¿Qué hacer? Si remo anularé el esfuerzo de Genaro Zaldúa, cuyas paladas son en este instante la única oposición posible a la pujanza de las olas que poco a poco nos arrastran hacia tierra. Pero si permanezco ocioso, me pondré a cavilar y se adueñará de mí un pavor semejante al que paraliza a Cacharrito en el suelo de la barca.

De pronto una ola no mayor ni menor que otras anega la *Soledad*. Del susto casi pierdo el remo. El agua con burbujas y pedacitos de algas va y viene entre nuestras piernas impulsada por los violentos cabeceos de la embarcación. Cacharrito permanece sentado sobre las tablas, hundido dentro del charco que le cubre hasta la cintura. Desde hace largo rato guarda silencio; pero ahora el súbito gorgoteo de una náusea nos da señal de su presencia. Apenas nos volvemos a mirarlo, le sobreviene el vómito: una gorgozada de alimentos a medio digerir que enturbia el agua a su alrededor. En su pálido semblante se pinta una mueca de inconsolable abatimiento. Nadie le dice nada. Silencioso y desmalazado, achica sus humores con la marmita. En esto le oímos exhalar una queja gutural. Ha olvidado cerrar el cajón de proa, tal vez se ha abierto por sí solo; el caso es que el aparato de radio de Josu Ruiz ha quedado sumergido en el agua. Hay una punta de malicia exultante en los ojillos de Izaskun Ayestarán cuando dice:

—¡Uyuyuy! ¡La que va a armar el Cojo cuando sepa que se ahogó el regalo de su mamá! ¡Con el cariño que le tiene!

Y empieza a llover y cae un turbión de espanto. Cielo y mar se funden en una masa torva de negrura. El agua a nuestro alrededor parece borbollar bajo el impacto del aguacero. Lagrimones de maquillaje diluido resbalan por el rostro de Izaskun Ayestarán. Pienso en una muñeca de cera que se estuviese derritiendo. De su nariz delgada y de su barbilla gotea un chorrito de lluvia. Su vestido empapado se adhiere al cuerpo. Bajo la tela fina trasparecen los pezones. Genaro Zaldúa no puede más, flojea y gruñe, y al fin, vencido por la fatiga, apoya la frente sobre el mango del remo. La proximidad de la temible Lastra lo llena de alarma y en un arrebató de histeria me reprocha que haya remado demasiado fuerte. Ignora que desde hace varios minutos no doy una palada.

Llueve y llueve. Dentro de la *Soledad* el agua turbia y tibia nos cubre hasta media pierna. Miro la Lastra de refilón. Un sentimiento de extrañeza, próximo a la placidez, me invade: no es sólo que se haya esfumado de mí todo rastro de miedo, sino que el peligro evidente en que nos hallamos no logra sacarme de mi indiferencia. El oleaje ruge a cortos intervalos. Un violento espumarajo se agita a los pies de la roca enorme, de la que apenas nos separan sesenta o setenta metros. A ojos vistas nos vamos acercando a ella, impelidos por la corriente. El juego de los intrépidos conquistadores de América ha terminado. Genaro Zaldúa presiente la inminencia de un fatídico

desenlace e intenta maniobrar a la desesperada. De reojo observo los golpes frenéticos que sacude al agua con el remo. Su impericia, sus fuerzas disminuidas, convierten su empeño de virar en una pretensión lastimosa. Me gustaría ayudarle; pero no sé cómo y me estoy con los brazos caídos, igual que un náufrago resignado a su suerte. Airadamente me espeta que nos vamos a matar por mi culpa. Izaskun tiembla entelerida y asustada. En su rostro surcado de churretes negros se dibuja una mueca de terror cuando dice lo que ya todos presumimos:

—Vamos a zozobrar.

Hacia el Oeste, muy lejos, hiende la capa de nubes un débil resplandor que enseguida se disipa. Un presagio funesto acude a mi mente. Acaso aquella luz efímera y remota ha sido la última que contemplaré en la vida. De un momento a otro encallaremos y yo no sé nadar. Al cabo de tantos años, me sobreviene por un instante la duda de dios. Mientras, la *Soledad* sigue aproximándose a la franja de espuma rugiente, pese a los esfuerzos de Genaro Zaldúa, que rema a palazos como si estuviese arponeando en la atunara. Su espalda trasuda vaho; sus greñas empapadas le ocultan el rostro.

—Tú pagas la barca —vocifera—, tú la pagas.

Se le ve exhausto, demudado, y respira con tal sofoco que a duras penas consigue articular tres sílabas seguidas. Entrecortadamente despótica y me reprende.

—Sabía que nos ibas a fallar.

En esto se le escapa un gallo entre dos denuestos, y al advertir mi sobresalto y escalofrío, enmudece de golpe. Quizá no se le oculte que me estoy acordando de idénticos aflautamientos de su voz cuando era niño y lloriqueaba impelido por temores como el que ahora sin duda le acomete. Ese gallo me basta para comprender que Genarito Pichablanda continúa vivo dentro de su corpachón. Un instante nos miramos inmóviles y silenciosos. La lluvia repiquetea sobre la tablazón de la barca. Genaro Zaldúa frunce el ceño y entreabre la boca de dientes mellados, decidido a decir no sé qué que finalmente reprime.

A nuestra espalda escuchamos un súbito balbuceo de Cacharrito. Antes de entender que se trata de un aviso, la ola embiste contra el costado de la barca y se desliza torrencial a lo largo de la popa, llevándose consigo un zapato de Izaskun Ayestarán y casi a ésta.

—¡Haced algo, cabrones! —grita, al tiempo que en un arranque furioso arroja al mar el otro zapato.

Genaro me pide ayuda y yo no sé qué hacer. Se percata de mi indecisión, masculla palabrotas, se crispa, y profiriendo una especie de hosco ladrido, me ordena que cíe. No entiendo aún esa palabra, no soy Cacharrito, que conoce, porque lo ha estudiado con detenimiento, el léxico de los navegantes. Las olas espaldean la *Soledad*, que con el peso del agua que la inunda se balancea cansinamente, abandonada a su suerte aciaga. Deberíamos ponernos los cuatro a achicar; pero no hay tiempo. Estamos a poca distancia de la Lastra, casi en el límite de la orla de

espuma. Puesto de pie, hago palanca con el remo a fin de despegarlo del casco de la barca. Esta se gira con pasmosa rapidez. Genaro Zaldúa me mira sorprendido, tomando sin duda por destreza lo que sólo ha sido maniobra casual. La proa apunta ahora al horizonte borroso. Bogando frenéticamente contra las olas, mar adentro, la *Soledad*, convertida en una bañera flotante, avanza con lentitud, si es que avanza.

—¡Deprisa, deprisa! —chilla Izaskun Ayestarán, observando despavorida las gigantescas fauces de piedra que a nuestra espalda, entre espumarajos y rugidos, parecen dispuestas a devorarnos—. ¡Vaya mierda de tíos!

Genaro Zaldúa le replica lleno de ira:

—¡Pues rema tú, que has tenido la idea de venir hasta aquí! —y se enzarzan en una discusión desaforada.

La calima desdibuja los contornos del monte que se yergue ante nosotros con majestuosa indiferencia. El cielo es un chafarrinón de nubarrones, frío el viento y frías las gotas del aguacero. Mientras remo con las manos en carne viva, me pregunto por qué no experimento un temor como el que demuda las facciones de mis compañeros. ¿Acaso la naturaleza no supo dotarme de un órgano capaz de sentir emoción? Así pensando, me acuerdo de pronto de la madre, de su muerte y mis esfuerzos estériles por llorarla. Miro en torno, miro el oleaje, el mar vasto y proceloso, y compruebo que en este instante nada me conmueve, que a mí, en el fondo, más que el temporal o la Lastra me turba y agarrota el presentimiento de que si dejara entrever alguna debilidad, otro día mis compañeros irían por ahí mofándose y propalando a los cuatro vientos esto y aquello, y que si Flakúas y tal y cual. La muerte se me antoja preferible al ridículo. Si muero mi nombre figurará en las páginas de los periódicos, a la cabeza quizá de una lista de ahogados, y por primera vez en mi vida me habrá sido dado protagonizar un suceso no carente de grandeza. ¡Lo que iba a envidiarme el Pulcro Matallana! Y la Petra: ah, ¿pero mi hermano era poeta, marinero, un hombre que afrontó peligros, que sucumbió a fuerzas telúricas? A este punto, entre palada y palada, me exalta un nuevo pensamiento. Qué gran suerte, me digo, sería sobrevivir a este naufragio para poder contarlo alguna vez. Y al instante me doy a remar con bríos no inferiores a los de Genaro Zaldúa.

Después de haber remado de forma agotadora durante varios minutos, mi compañero y yo alzamos simultáneamente la vista y advertimos con desaliento que nuestro tesón no ha servido para nada. Se dijera que una maroma invisible nos ata a las rocas, impidiendo que nos alejemos. Yo las veo relamerse con su continuo chapaleo de espuma, alineadas y afiladas como descomunales dientes prontos a devorar la presa que en vano se esfuerza por eludir su destino inexorable. De vez en cuando dirijo la mirada a Izaskun Ayestarán para cerciorarme de que no me encuentro en Illarra-Berri, hace más de ocho años, compartiendo una situación apurada con el hijo de los ladrones.

Otra vez un bisbiseo, un pisipisi indescifrable de Cacharrito a nuestra espalda, sólo que en esta ocasión el muchacho no trata de anunciarnos la inminencia de una

nueva desgracia, sino una excelente noticia, un milagro que con grandísimo alivio verificamos a continuación. Y es que arrastrados por la marea hacia poniente, nos encontramos ante la punta de Mako, donde termina la Lastra temible y se abre una pequeña ensenada. Demasiado expuesta a los embates del mar como para que nos sirva de refugio, bordeada de rocas que imposibilitan toda tentativa de desembarco, engolfarse en ella con este temporal supondría un error de funestas consecuencias; pero al menos durante un rato la *Soledad* distará de tierra lo suficiente como para permitirnos un respiro.

Arriba, sobre el collado, hay un merendero por el que le viene a la ensenada llamarse Debajo de Valentín. Se perfila en la altura, ante un fondo verdeoscuro de pinos, la carretera que conduce al parque de atracciones de Igueldo. Un camino serpenteante desciende a lo largo de la ladera pelada por los incendios, frecuentes en estos andurriales. Recuerdo que siendo yo niño el monte fue perforado con el fin de abrir conducto a un colector. Hemos recalado frente a su salida. Desde la boca de la ensenada se percibe el tufo excrementicio. Una rompiente de hormigón, dispuesta en curva, evita que las olas penetren a pleno ímpetu en la gruta infernal, uno de los varios anos por donde la urbe evacúa sin depurar lo peor de sus moradores. Contemplado desde la cima de Igueldo, este paraje recoleto parece conservar intactas sus apariencias edénicas. De cerca, la cruda y maloliente realidad pone de manifiesto la ilimitada aptitud que tiene el género humano para destruir lo bello. Las aguas residuales forman de ordinario sobre la superficie marina una mancha de color canela y proporciones variables según la intensidad de las corrientes.

A impulsos del aguaje la *Soledad* se adentra en la mancha repulsiva. ¿Qué hacer? Le sugiero a Genaro Zaldúa que no desembarquemos cerca de la cloaca, aunque ello nos cueste otra matada de remar. Presumo que el vocablo matada entraña para él connotaciones hartamente enojosas. Responde que se le ha ocurrido una idea mejor.

—Amparémonos dentro del túnel. Lo sufrirá la nariz, pero habremos salvado la barca y el pellejo.

Llueve a cántaros. Izaskun Ayestarán arruga el ceño y pone mohín de disgusto mientras escudriña el fondo de la ensenada. Genaro Zaldúa arguye con retórica briosa en favor de su plan descabellado.

—Entraremos en el colector hasta donde alcance la claridad. La cueva apestará a burro difunto, pero ¿qué queréis?, otros surgideros no vamos a encontrar por estos parajes. ¿Tú que opinas?

Opino que no le queda un adarme de cordura; pero no me atrevo a decírselo.

—Está claro —respondo— que tendremos que desembarcar en alguna parte. Volver a la isla es imposible.

Figurándosele que la evasiva supone una aceptación de su propuesta, en un arranque de entusiasmo se mete a piloto práctico y con ademanes fogosos, tocado de épica solemnidad, ilustra la disparatada maniobra que sólo su optimismo considera realizable.

—Dejemos que las olas nos lleven hasta la embocadura. Allá viraremos tranquilamente a la derecha. Una vez dentro del albañal, cuidaremos de amarrar la barca a un saliente cualquiera de la pared. ¿Que anochece y aún no ha amainado? Pues nada, mañana temprano volveremos y a la hora en que Cacharrito tiene previsto reunirse con el nuevo propietario, estaremos todos en la Parte Vieja desayunando chocolate con churros. Apuesto a que hay una escalerilla por donde subir al camino.

Izaskun Ayestarán, esquinada con él desde el repelo de hace un rato, se desdice momentáneamente de su juramento de no dirigirle jamás la palabra.

—Tú deliras.

Y al instante, Cacharrito, alebrado en el charco de proa, insinúa que la tentativa comporta graves riesgos. Genaro nos mira de uno en uno con visible hosquedad, como calibrando las magnitudes del motín.

—Alguno de ustedes —replica despechado— ¿puede explicarme por qué no es factible mi plan?

—Anda, Flakúas —dice Izaskun con retintín—, haz el favor de aclararle a este farruco que no nos apetece perecer en la inmundicia.

—Bueno, verás —le digo con hartito temor de que se enoje—, lo más probable es que al tratar de embocar el colector nos estrellemos contra el muro.

A Genaro se le tuerce el gesto y agrandan las pupilas, que son como de águila al acecho del ratón. De fijo estará pensando que quiero humillarlo delante de su novia y del otro.

—Y aunque lográramos entrar, los remolinos dentro del túnel...

Ya ha escuchado suficiente y me corta de sopetón.

—Aj, sabihondo, vete a la mierda con tu pedantería.

A nuestra espalda una voz de timbre asmático, apenas audible en medio del fragor de las olas y el murmullo del aguacero, se afana en acabildarnos, pidiendo, casi suplicando, unión y concordia. Izaskun Ayestarán propone que regresemos a la isla. De Santa Clara al puerto, añade, el Pulcro y Josu Ruiz, que estarán secos, descansados y deseosos de entrar en acción, podrían encargarse de los remos, ¿no nos parece? Como ninguno le responde repite la pregunta para mí. De buen grado la complacería; pero teniendo en cuenta que ni la mala mar, ni la noche que se avecina, ni nuestras fuerzas menguadas permitirían que alcanzásemos ese objetivo, resuelvo salirme por la tangente, aliñar unos cuantos subterfugios, contestarle que quizá, que a lo mejor. Así pensando, Genaro Zaldúa se me adelanta y profiere una rotunda negativa que Cacharrito ratifica a continuación por medio de un susurro.

Nuevas deliberaciones desembocaron en un acuerdo de urgencia. Cacharrito y la muchacha achicarían hasta la última gota de agua; Genaro y yo guiaríamos la *Soledad*, costase lo que costase, fuera de la ensenada. En aquel instante nos hallábamos tan próximos a la línea de rocas, que con claridad podíamos distinguir sobre ella la multitud de cangrejos que, firme e imparable, resistía las sucesivas barridas del oleaje. Genaro Zaldúa había lanzado un ultimátum: si no conseguíamos

adentrarnos obra de una legua en mar abierto, con el fin de navegar después hacia la bahía alejados suficientemente de la costa, regresaríamos a la ensenada e intentaríamos atracar dentro del colector. Tanto el mango de su remo como el del mío estaban teñidos por la aguadiza sanguinolenta que segregaban nuestras manos. El mismo esfuerzo que producía las ampollas atenuaba el dolor, agudizado tan pronto como las palmas se desasían del cilindro de madera al que parecían pegadas. Con gran trabajo conseguimos dejar atrás la mancha pestilente, y a este punto Izaskun Ayestarán reconoció unos arbolillos o no sé qué que decía divisar en la ladera. Tomada de súbito alborozo, aseguró que no lejos de donde nos encontrábamos, siguiendo el litoral hacia poniente, había una playa de piedras llamada Tximistarri, costa toda ella bastante baja y al parecer accesible. Era sitio adonde ella solía ir en verano a solearse en cueros con las amigas y por esta razón lo conocía bien. Se acordaba de un tramo de guijas y conchas donde sin dificultad ni riesgo de dañar la barca lograríamos saltar todos a tierra. Dijo y juró haberse bañado allá en innumerables ocasiones. Estamos salvados, estamos salvados, gritaba loca de alegría, echándonos piropos. En mala hora la creímos.

Sin haber pisado tierra, los recientes trabajos y penalidades se me figuraban ya episodios sin importancia; el temporal, la Lastra, el colector, nuestros temores: fragmentos de una pesadilla sobre la que ya no valía la pena preocuparse y que a buen seguro rememoraríamos con mucha guasa y chistes los días ulteriores. La confianza en un desenlace feliz colmó nuestros ánimos de súbito coraje. A nuestros brazos molidos afluían, como por obra de un milagro, nuevas fuerzas necesarias para bordear con éxito el último obstáculo que separaba a la *Soledad* de la culminación de su periplo. A babor, en el extremo de la ensenada, hendía las aguas revueltas un promontorio de nombre Mauxugordo, el cual, como Mako por la parte opuesta, configuraba el remate de aquellas tenazas de piedra de que acabábamos de escapar con gran apuro. La certeza de que seguíamos un rumbo definido me exaltó. Y hasta Cacharrito rompió su largo silencio para decir una cosa alegre que se perdió entre los rugidos del mar. La *Soledad*, de nuevo en agua limpia, recobrada su ligereza a medida que iban progresando las tareas de achique, reanudó los violentos vaivenes y bandazos. Genaro Zaldúa estaba otra vez de buen humor.

—Llegamos hambrientos y desharrapados —dijo—, como los de Elcano a Sanlúcar, pero llegamos.

Recordé un *Arbitrio para ser dichoso* que había leído días atrás en la pizarra del apartamento de Josu Ruiz: «a) introduzca el candidato un escrúpulo puntiagudo en el zapato y cálcese, b) camine por la calle hasta que el dolor en la planta del pie no le permita dar un paso más, y c) descálcese». De esa índole era la felicidad que nos embargaba a los cuatro cuando emprendimos el rodeo de Mauxugordo, aquella peña sombría y afilada, de bojo tan escaso que casi fue lo mismo llegar ante su pico y haberlo ya pasado. Ignoro qué hora sería. Estaba anocheciendo. Los confines se estrechaban en torno a la barca. Al Oeste se vislumbraba un lejano resplandor, una a

modo de estrella a ras del suelo, sin duda luz de alguna villa costeña. Cesó la lluvia que durante largo rato había sido muy mala molestia. Vimos en ello indicio de la piedad del cielo, así como del final de nuestras adversidades, y hubo entre nosotros bromas y chacota por esta causa. Remábamos con buen acuerdo y poco a poco el imponente promontorio fue quedando atrás. En breve recalamos a vista de Tximistarri, un arco de costa expuesto a los embates del oleaje. Izaskun Ayestarán se apresuró a celebrar jubilosamente el acontecimiento. Acababa de pronosticarse una jaqueca, cuyos primeros síntomas decía ya sentir. Ello no le impedía agitarse sobre su asiento ni chillar una y otra vez con voz rasposa «¡Tierra a la vista!», mientras hacía higas al Cantábrico y dedicaba diversidad de injurias al viento y a las olas, que no parecía sino que por causa de la emoción hubiese perdido la chaveta. A mí, desde un principio, aquel lugar salvaje y solitario me infundió vivo recelo. Seguía creyendo que estábamos salvados; pero me daba muy mala espina la alegría desbordante de Izaskun Ayestarán, pues no hay risa sin víctima y en aquel paraje inhóspito las únicas víctimas disponibles éramos nosotros.

La noche cerraba por el Este. Envueltos en la calima, nuestra visibilidad se reducía por momentos. Izaskun Ayestarán propuso que costeásemos el cantil, en la inteligencia de que tarde o temprano avistaríamos la pequeña playa en que teníamos cifradas nuestras esperanzas. Conjeturé que antes de media hora la oscuridad nos cubriría por completo. Si la muchacha se equivoca, pensé, será para matarla. En ese instante oí a Genaro Zaldúa murmurar entre dientes:

—En buena nos hemos metido.

Nos aproximábamos a la zona de aguas blancas en que las olas se deshacían como desfondadas al término de un largo y fatigoso viaje, efectuando una voltereta rumorosa a cincuenta o sesenta metros de tierra. A menudo el raudal de una se solapaba al de la precedente. Surgían así nuevas olas, que, barridas por el viento y frenadas antes de alcanzar las peñas por el agua del regolfo, originaban aquel blancor asifonado al que parecían haber acudido a morir los últimos fulgores de la jornada. El cantil hervía de espuma y vapor. Por nada del mundo debíamos nosotros aventurarnos dentro de la franja blanca, sino seguir paralelos a ella hasta tener a la vista la playita salvadora y que entonces decidiese la fortuna. Así lo convinimos Genaro Zaldúa y yo, persuadidos de que bajo el agitado espumaje próximo a la costa se escondía un grandísimo encalladero.

De pronto sonó un crac.

Sonó un crac, un chasquido como de rama al quebrarse. Crac. La barca dio un bandazo y se escoró hacia la parte de Genaro Zaldúa, que en un arranque instintivo se aferró a mi brazo, arrastrándome hacia atrás en la caída. De refilón alcancé a verlo abrazado a Cacharrito. La muchacha no paraba de gritar:

—¡El remo! ¡El remo! ¡Que lo perdemos!

Nos levantamos con mucha dificultad debido a la falta de espacio y de apoyos y a los balanceos de la embarcación. Vi el tolete de babor partido de cuajo y luego el

índice de Izaskun Ayestarán que señalaba hacia un lugar, a unos cinco o seis metros de la barca, donde flotaba a merced de las olas el remo perdido por su novio.

—¡Cía, vía! —vociferaba éste, tambaleándose a mi lado como un borracho.

El remo seguía alejándose.

—¡Cía, idiota!

Y en su asiento de popa la muchacha, histérica, desencajada, no cesaba de chillar:

—¡Por allí, deprisa, que no se pierda!

Genaro Zaldúa hizo ademán de arrebatarme el remo. Tenía un corte en el pómulo del que manaba un hilo de sangre.

—Aparta, inútil —me dijo.

Y en el mismo instante la ola rompió dentro de la barca. La violenta sacudida arrojó a Genaro Zaldúa de bruces sobre la muchacha, cuyas gafas saltaron por los aires y cayeron, glup, al agua. Por recuperarlas tentaba las tablas del suelo, hasta que le dije lo que había sido de ellas. Genaro Zaldúa se levantó con calma, chorreando como si saliese de una bañera. Odio y desprecio ardían en su mirada torva. Con palabras mordidas y rabia jadeante me espetó:

—Ya veo que no has cambiado.

Me acometió un intenso escalofrío. Había abierto él mucho la boca para hablar, como con deseo de enseñarme el diente mellado que años antes le había partido yo de una pedrada. No dijo más. Se subió de pronto al banco y se zambulló en las olas. Uno de sus zapatos flotaba en la superficie, el otro había quedado dentro de la barca. Viéndolo luego nadar, admiré su arrojo, pensando exponía su vida por recobrar el remo. Sin perder un segundo me di a conducir la *Soledad* en pos de su estela. Me animaba el propósito de aliviarle el regreso. Desesperadamente hundía el remo ora a un lado, ora a otro, decidido a agotar hasta la última fuerza de mis brazos. En esto, como advirtiese que la barca se me desgovernaba, le pedí a Izaskun Ayestarán que me cediese su sitio. Arrodillado sobre la plataforma de popa, intenté cinglar; pero fue en vano, ya que no lograba hallarle apoyo al remo. Lo hundí hasta la empuñadura y no toqué fondo. Flotábamos sobre espuma siseante, dentro de la franja blanca que bordeaba la costa. Alcé la vista y no vi a Genaro Zaldúa.

—Allá va —susurró Cacharrito tristemente, señalando una salpicadura insignificante en medio del impetuoso vaivén de las aguas.

Lleno de alarma comprobé que nuestro amigo se había desviado mucho del lugar donde flotaba el remo. Creyendo lo hubiera perdido de vista, me dispuse a orientarlo a gritos desde la barca; pero de pronto caí en la razón de su hombrada y complacidamente me detuve a contemplar su bajeza y cobardía, las ágiles brazadas que lo llevaban a su salvación individual.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no remas? —me preguntó Izaskun Ayestarán.

En pocas palabras le referí lo que sus ojos miopes no veían. Apenas supo ella que su dios barbado, el escritor de ensueño, el que la exhortaba a leer relatos de marinos intrépidos, nos había dejado en la estacada, comenzó a llamarlo a grandes voces,

llorosa y afligida, implorándole volviera a la barca, Genaro, Genaro, y confesando con acento patético que no sabía nadar. Sentí compasión por ella, por sus hipos y sollozos, por sus llamadas lastimeras que dirigía descaminadamente, ya que Genaro Zaldúa estaba encaramándose a una roca situada muy a la derecha de donde los ojillos cegatosos de ella trataban de localizarlo. Cacharrito aventuró una hipótesis con idea de justificar la conducta de nuestro compañero.

—Habrá ido a pedir ayuda.

Izaskun Ayestarán le atajó furiosa, mientras se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ese cerdo se larga a su casa a escribir sus cuatro páginas diarias de los cojones, en prosa, porque tiene que ser en prosa —remedaba con desdén—, y a los demás que nos folle un camello.

Y, fuera de sí, lanzó un alarido espantoso hacia las sombras del monte:

—¡Cobardeeee!

Volví a sondar con el remo y esta vez toqué fondo. No dije nada. Distaríamos en aquel instante obra de veinte o treinta pasos de las peñas más cercanas. Tuve una visión fugaz de la muerte: el piélago tenebroso, las entrañas hinchidas de salmuera. Pero nada me desazonó tanto como la perspectiva, que hoy juzgo trivial, de un ultramundo sin librerías ni bibliotecas. La *Soledad* se bamboleaba al garet. El olor de la tierra húmeda y de las plantas se me figuró una burla cruel del destino. Traté de pensar en la madre; pero no lo conseguí. Mi mente se mostraba incapaz de reconstruir su rostro. Unas cuantas olas más y nos estrellaríamos de proa contra las enormes piedras verdinegras. Y en esto vi a mis dos acompañantes, silenciosos, abrazados, que me miraban con fijeza de niños despavoridos. Adiviné que tenían puesta en mí su última esperanza. Eso me bastó para saber que estábamos definitivamente perdidos.

—Hilario —dijo con voz suplicante la muchacha—, haz que lleguemos vivos a tierra.

Cacharrito, entre los brazos el radiomagnetófono de Josu Ruiz, que pretendía salvar, balbució medrosamente:

—No te preocupes por la barca. Si se rompe que se rompa.

Y repetía con arduo resuello:

—No te preocupes por la barca.

Juraría que Izaskun Ayestarán se santiguó, ella que pasaba por ser muy aborrecedora de la iglesia, según solían declararlo los filos de su lengua. Hacía yo designio de seguir los pasos de Genaro Zaldúa y saltar al agua tan pronto como tocara con el remo fondo bajo, cuando percibí a mi espalda un estruendo de espumas. Era la última ola de nuestro periplo infortunado. Segundos antes de la embestida, el terror me paralizó. La *Soledad* dio un tumbo y salió impulsada a gran velocidad hacia adelante, alta la proa, el tajamar listo para un topetazo indescriptible. No hubo tal, sino que la barca se incrustó violentamente entre dos grandes rocas. Crujió la tablazón, varias cuadernas se descuajaron y de la amura de babor, resquebrajada,

saltaron por los aires numerosas astillas. Cacharrito, espatarrado como un pelele en el suelo de la barca, lamentaba la pérdida del radiomagnetófono. Me desembaracé del remo y corrí hacia proa sin otro pensamiento que hallarme en tierra cuando el siguiente golpe de mar batiese los restos de la *Soledad* engastados entre las rocas. El banco de los remeros se hundió bajo mis pies. Acto seguido pisé un bulto duro, tal vez el radiomagnetófono de Josu Ruiz. Pasé luego por encima de la muchacha, que no cesaba de pedir ayuda a gritos, y ella por encima de Cacharrito, que al fin, gateando, se reunió con nosotros en lo alto de la peña. Izaskun Ayestarán se acercó a abrazarme. Tiritaba. Durante un rato mantuvo la mejilla pegada a mi pecho, mientras me agarraba con fuerza, como temerosa de perderme. Me miró por fin, a través de un brillo de lágrimas, y tras besarme en la boca me susurró al oído su agradecimiento, convencida al igual que Cacharrito de que mi valentía y temple marinero habían hecho posible nuestra salvación. Muy gustosamente me dejé agasajar por ambos, al tiempo que con mano disimulada me tentaba las pertenencias, por comprobar si alguna me faltaba. Aterido, extenuado, las manos maltrechas, los huesos molidos, la ropa empapada y la mente vacía, experimentaba en la penumbra del cantil un sosiego gozoso, un sopor apacible que en aquel momento no vacilé en equiparar a la felicidad.

Advirtiendo que Izaskun Ayestarán no tenía zapatos, le cedí los míos, y sin pérdida de tiempo iniciamos la marcha ladera arriba, por un angosto sendero lleno de barro que ella decía conocer muy bien. La muchacha no cesaba de prodigarme elogios, admirada de la destreza con que a su entender había yo metido en el último momento la barca entre las dos rocas.

—Tengo muy claro —dijo— que te debo la vida y que te quiero como no te puedes imaginar.

Así hablando por el sendero arriba, oímos toses a nuestra espalda y de este modo nos percatamos de que Cacharrito no nos seguía. A ruegos de la muchacha bajé en su busca. Cacharrito se hallaba sentado al borde de las rocas, velando su pobre barca destruida, su *Soledad* que ya no era suya ni de nadie sino de las aguas embravecidas que se la estaban llevando a pedazos. Me faltó valor para llegarme hasta él. Apenas hube divisado su figura recortada en la neblina, le pregunté si se encontraba mal. Con mucha entereza respondió que no nos preocupásemos; necesitaba, dijo, permanecer un rato a solas, ya vería después la manera de regresar a su casa.

—No puedes quedarte ahí solo, se está haciendo de noche, enfermarás.

Una voz recia, perdida en la oscuridad, contestó por él:

—Lárgate, payaso.

Largo rato ririneó el teléfono, pero no me supe desacostar. Me dolían los brazos, me dolían las piernas, me dolía la espalda, me dolía todo. Quienquiera que estuviese tratando de hablar conmigo debía de tener algo importante que comunicarme. Cerca de cinco minutos duraron los rirines; por fin cesaron y la casa volvió a llenarse de silencio. Persistía en mi boca el regusto salado de la víspera. Dormí otra hora, tendido sobre mi viejo sofá verde donde había pasado la noche como un moribundo, inmóvil por el dolor y la fatiga. De nuevo me despertó el teléfono. Desperdigadas por el suelo yacían mis ropas húmedas, conorros blanquecinos de salitre. En el momento de retirar el auricular me di cuenta de que llevaba las manos vendadas.

—¿Qué tal ha dormido el héroe?

Era media mañana de un día azul y radiante.

—Hay que admitir que te salió redonda la jugada. Cacharrito te está agradecidísimo, puede que hasta solicite al Vaticano tu canonización. Se figura que gracias a tu valor salvasteis los tres la vida. Pero a mí no me la das. Yo sé que eres el tiparraco más falso que ha parido madre. Tú echaste adrede la barca contra las rocas. Tengo curiosidad por saber si esos supuestos redaños que te atribuyen te alcanzarán para reconocer en público tu culpa en lo sucedido. De lo contrario me temo que tus días en el grupo habrán llegado a un poniente sin retorno.

Le juré que yo no había provocado de propósito ningún accidente, tanto menos cuanto que yo nunca antes había empuñado un remo ni entendía gran cosa de náutica, por lo que se me antojaba de todo punto imposible llevar ni traer con secretas intenciones una barca. Se enfureció.

—¿Me tomas por imbécil o qué? ¿Te parece que no se nota si un fulano sabe o no sabe remar? Pierde cuidado, no lograrás engañarme. Más de veinte veces vi de refilón que aprovechabas la champa de las olas para dar alguna que otra remadita artera y así llevar la barca poco a poco hacia el acantilado.

Su asechanza me repugnó. No conforme con levantar contra mí los peores infundios, esperaba por lo visto que yo los ratificase. Sentí que debía vencer mi timidez y rebelarme; pero fue en vano. Me pareció percibir ruido de papeles al otro lado de la línea telefónica y supuse que leía.

—Mis sospechas se consolidaron cuando te opusiste a mi idea de buscar refugio en el colector, aunque sabías de sobra que en aquellos momentos era lo único sensato que podíamos hacer. Pero no, tú preferías el peligro, la ocasión de lucirte, de representar el papel de Jesucristo que salva a los apóstoles. No había más que ver cómo se te alegró la jeta cuando estuvimos a vista de Tximistarri, el escenario ideal para tus turbias maquinaciones. Y no niegues que sonreíste al ver que se me había caído el remo al agua. ¡Con qué hábil torpeza fingiste maniobrar para recuperarlo! Me dieron ganas de aplaudir. Comprenderás que me largase. No me hacía ninguna ilusión ser tu grumete ni secundar tu bajeza. Imagino que a estas horas tendrás

preparado el dinero para pagar los destrozos de tu hazaña.

Colgó de sopetón, dejándome con la boca abierta pegada al auricular. Pasado un rato, pronuncié su nombre suavemente y, seguro de que no me oía, me puse a hablarle, a decirle lo que poco antes no había podido. Envalentonado, le advertí que se cuidase mucho de interrumpirme. Tras varios ensayos, logré imprimir a mi voz una inflexión más o menos dura con la que rebatí sin miramientos sus acusaciones, tildándolas de ruines. Pocas veces en la vida me habré expresado con tanta firmeza. Me envidias, le dije. La afirmación trajo a mi memoria una máxima de Josu Ruiz, leída tiempo atrás en la pizarra de su apartamento: *Si quieres humillar a alguien, dile que te envidia*. La repetí cuatro, cinco, seis veces, y agregué: desde la infancia arrastras este resquemor que te repudre. El episodio de ayer no ha hecho sino ahondarlo. En la hora actual ninguno de nuestros compañeros ignora eso que tanto te duele: que yo, Hilario Goicoechea, soy infinitamente superior a ti. Cállate, ya has desvariado más de la cuenta hace un rato. Por supuesto que no tengo un corpachón como el tuyo ni falta que me hace. ¿Para qué quiero yo esa masa de gordo y cobardía? ¿Que no te injurie?

Lo puse como un pingo, de poco hombre para arriba, y luego le afeé su actitud vergonzosa de la víspera, aquel rapto de pueril egoísmo que lo llevó a escaparse de la barca después de haber perdido un remo, sin importarle la suerte que pudieran correr su novia ni sus compañeros, ninguno de los cuales sabía nadar. ¿Con qué cara vas a presentarte ahora ante nosotros? Le reproché su tacañería, su poca higiene, su falta absoluta de sensibilidad poética y su codicia insaciable que ora lo impulsaba a ganar un dinerillo vendiendo a escondidas reproducciones de la revista, ora a tratar de convertir el grupo en una compañía de humoristas. Tras esto le solté a las claras la poquísima ternura con que tratas a Izaskun, lo mismo en público que en privado, y le acusé de haber sembrado la desdicha en el corazón de la pobre muchacha, de cuyo carácter bondadoso y generosidad por todos conocida te has aprovechado de una manera que sólo puede calificarse de odiosa, y aun creo que me estoy quedando corto, Pichablanda.

Probé a colgar con rabia, pero no lo conseguí. El auricular se escurrió de mi mano vendada y emitió al caer un sonido decididamente melancólico. El desahogo que aquella conversación unilateral con Genaro Zaldúa me había procurado se extinguió tan pronto como reviré la mirada hacia la pared. Colgaba allí, entre una cabeza de amona y otra de aitona (perfiles vascos boquisumidos, narigudos, tallados en madera), un retrato de la madre que mi hermana había hecho poner recientemente en sustitución de una ajada fotografía que mostraba a los remeros de la trainera de Orio en pose victoriosa. Los ojos escrutadores, el ceño adusto, el cuello tieso, la barbilla adelantada, los labios apretados: aquel rostro era el ejemplo vivo de la mujerona autoritaria, elegido seguramente por la Petra, entre otros muchos retratos menos intimidadores de la madre, con el objeto de imponernos un vigilante en casa. No había, en efecto, un solo lugar en la sala donde uno pudiera ponerse a resguardo de

aquella mirada. Lo mismo me situase a la izquierda o a la derecha, las dos pupilas feroces jamás me perdían de vista, y hasta en la cocina o en el cuarto se me figuraba que seguían escudriñándome a través del tabique. No bien colgué el teléfono comprendí que yo nunca tendría fuerzas ni carácter para oponerme a las intrigas de Genaro Zaldúa. La severa mirada de la madre me lo confirmó. Como de costumbre (parecía decirme) deberás conformarte con vengancitas a solapo, simples picaduras de mosquito en la piel del toro. Regresé a la habitación lleno de pena de mí mismo, de pena y de desprecio, y cerca de media hora estuve dando vueltas mientras cavilaba. Por la ventana se veía un fragmento de cielo azul, limpio de nubes que testimoniasen las inclemencias de la víspera, como si éstas no hubieran tenido más realidad que la conferida por un mal sueño reciente. No lograba sosegar me. Yendo y viniendo por el cuarto, rememoré pormenores de la desastrosa travesía y no encontré, entre las adversidades que nos habían sucedido, una sola de que sentirme culpable. Urgía, por lo tanto, plantar cara al calumniador, desmentir de plano su infundio, indignarse con miras a ahorrar a quienes me ponderaban de valiente, y de paso a mí mismo, el penoso espectáculo de mi silencio aprobador. En un arranque de coraje volví a la sala y marqué con mano temblorosa el número de Genaro Zaldúa. Que al menos sepa, me dije, que desapruebo sus imputaciones. Alivio: su teléfono comunicaba. En la nuca me punzó el reproche de la madre: tratas de hablar con alguien y como no lo consigues te alegras. Tras varias tentativas infructuosas, resolví llamar a Izaskun Ayestarán. También comunicaba. Llamé después al apartamento; pero nadie se puso al aparato. Al fin logré hablar con la madre de Cacharrito, por quien supe que el chaval se hallaba postrado en cama, al parecer muy enfermo.

—¿Cómo así? —pregunté con fingida extrañeza.

—Ah, ¿pero tú no fuiste con ellos?

—No pude. Estamos empapelando el pasillo. ¿Les ha pasado algo?

—Este hijo nos va a matar. Le teníamos dicho: no toques la barca que el lunes irá a recogerla Zunzunegui. Pues ni caso, que no he visto en la vida un chico más cabezota. Total, que ayer me llegó a las diez a casa, empapado, tiritando y con una fiebre que ni para qué. Abrí la puerta y me dio un vuelco. No me podía ni respirar el infeliz. Entró llorando. Que la barca se había perdido. Su padre intentó calmarlo, pero no había modo. Se conoce que salieron a la mar y les agarró una tormenta.

No cabía la menor duda de que la mujer estaba contándome la versión del naufragio que había oído a Cacharrito. Resolví indagar:

—¿Dónde se les perdió la barca?

—¿Dónde? Pues por ahí, no sé dónde ha dicho. Tampoco hemos querido insistir. ¡Está tan preocupado! Por lo visto había mucho oleaje y se les cayó un remo al agua y entonces uno de los amigos que sabía remar muy bien consiguió salvarlos, aunque la barca se destrozó en las rocas. Pero no sé dónde. Él lo único que ahora desea es vender el automóvil para pagar la barca, pero de eso ni hablar, ya le ha dicho su padre, tú tranquilo, un accidente le puede ocurrir a cualquiera. Ah, y eso no es todo,

que hay dos que han pasado noche en la isla. Mi marido ha hablado esta mañana por teléfono con el padre de uno de ellos. Pobre hombre, estaba deshecho, que no habían podido pegar ojo en toda la noche. Hará cosa de una hora que ha salido mi marido a ver si le prestan una lancha para ir a buscarlos.

Me hizo luego saber que mi llamada le había sorprendido fregando el baño. Mencionó unos garbanzos a remojo y me puso al corriente de las tareas domésticas que aún le quedaban por realizar esa mañana. Sintiéndolo mucho tenía que dejarme. Yo me mostré comprensivo y le pedí transmitiera mis saludos al enfermo, a quien a punto estuve de nombrar por el mote. Dijo ella muy complacida que así iba a hacer y entonces cayó en la cuenta de que no sabía quién mandaba saludar a su hijo.

—Comuníqueme —respondí— que ha telefoneado Miguel Delibes, el de la tienda de flores.

—Ah, muy bien, muy bien —dijo, y se despidió.

Discurrí poco después redactar una serie de notas con el objeto de leérselas a Genaro Zaldúa por teléfono. Una doble intención me animaba: por un lado, fundar mi defensa en argumentos sólidos que expondría sin vacilaciones ni tartamudeos; por otro, eludir la disputa. Para alcanzar esto último, se me ocurrió que sin necesidad de allanarme enteramente a su interpretación malévola de los hechos, podría mostrar mi acuerdo con algunos puntos de la misma. Tampoco estaría de más concederle alguna satisfacción por medio de pequeñas críticas a mi comportamiento durante la travesía. En el peor de los casos me rebajaría a reconocer mi responsabilidad en la desventura, pero dejando bien claro que no habían existido malas intenciones por mi parte. Tomé por fin papel y lápiz y me puse a la tarea; pero ni siquiera pude terminar la primera frase. Pensé que a lo mejor un baño de agua caliente me ayudaría a ordenar los pensamientos. Con esa esperanza me metí en la bañera. No bien hube comenzado a enjabonarme, sonó el teléfono. Acudí desnudo, dejando por el camino un reguero de agua y espuma. Era él.

—Exijo que me declares si te has acostado esta noche con Izaskun.

Me salió una voz de pajarito.

—No te creo —rugió—. Júralo.

Juré.

—Pero estuviste en su casa.

—Le dolía la cabeza y me pidió que la acompañara.

—¡Qué galante!

—Además había perdido las gafas.

—Claro claro, necesitaba un lazarillo.

—Tampoco llevaba zapatos.

—Y tú, que eres la personificación de la bondad, le prestaste los tuyos.

—Se los presté.

—¿Con qué intención?

—Hombre, yo creo... —me trabuqué.

—Querías tirártela, ¿no es cierto?

—Me fui enseguida.

—Tarde o temprano averiguaré la verdad. Y entonces...

—Llámalas. Ella te contará.

—Ya la he llamado, ¿qué te crees? No está muy comunicativa conmigo que digamos y eso me huele a noche de plenitud erótica con otro. No es que le gustes mucho, pero ya que estabas a mano...

—Entramos en su casa, me curó las manos y me largué. Le daban arcadas.

—Seguro que de verte a ti en pelotas.

Permanecimos unos instantes en silencio. Después dijo en un tono punto menos que cordial:

—¿No te importaría llamarla y contarle la verdad, que abandoné la barca porque veía que tú la querías echar contra las rocas?

—Yo no puedo decirle que hice lo que no hice.

—¡Hostia! —se sulfuró—. ¿Crees que no me di cuenta?

Tratando de que se apaciguase, le contesté con voz melosa:

—Lo único que ocurrió es que los dos estábamos reventados de cansancio y el mar nos arrojó a tierra.

—Lo que ocurrió, lo que ocurrió, ¿quieres que te diga lo que ocurrió? Que tú y esa pindonga habéis pasado la noche en la misma cama. Borrego, suerte tienes de que estás ahora lejos, porque te ibas a enterar.

Volvió a insultarme y colgó. Al cabo de media hora, mientras cortaba acelgas en la cocina, se produjo la siguiente llamada. Me dije: sé fuerte, no te muevas. Pero al punto acudí a ponerme al aparato. Era Josu Ruiz.

—Me han transmitido la mala noticia: seguís vivos.

Acababa de llegar al apartamento. De buen ánimo enumeró penalidades sufridas por él y por el Pulcro durante la noche que habían pasado juntos en el cobertizo de la isla. Ni el cansancio, ni la sed, ni el frío, ni el hambre, ni la «insoportable compañía del llorón», según dijo, lo habían torturado tanto como las dieciocho horas eternas pasadas sin tabaco.

—Me siento tan mal —ironizó— como si hubiese pernoctado al sereno en una isla.

Me refirió después algunos pormenores del rescate: la alegría jubilosa que les tomó cuando avistaron al padre de Cacharrito a bordo de la lancha motora, el enorme desengaño cuando éste les contó que no habíamos perecido, la exhibición de vesania de don Raúl Matallana en el puerto. El Pulcro, como barruntase la suerte de recibimiento que le aguardaba, había subido las escaleras del embarcadero agazapado detrás de Josu Ruiz.

—No paraba de suplicarme que lo protegiese. Pero al llegar arriba, zampa, pumba, una traca de bofetadas que parecía hubiese fiestas en el muelle. El viejo es un neurótico de aúpa. Le he dicho que nosotros no éramos culpables de nada, que

habíamos tenido el buen juicio de no embarcarnos con los demás. El padre de Cacharrito comparte mi opinión. Pues como si llamásemos a Cacharro, hostia va, hostia viene. Y al despedirnos todavía seguía el energúmeno tocando la pandereta en los mofletes del hijo, que lloriqueaba como te puedes imaginar.

Declaró que ardía en deseos de conocer por boca de alguien de confianza los detalles de nuestra aventura, razón por la que me llamaba sin tan siquiera haberse despojado de la ropa. Lo poco que por el trayecto hacia el apartamento había podido referirle el padre de Cacharrito (a quien calificó de hombre amigable donde los haya), le había llenado de curiosidad. Percibí en el tono de su voz una sombra de suspicacia.

—Te escucho.

Mencioné en primer lugar las dificultades que tuvimos para salir de la bahía por causa del empuje contrario de la marea, y cómo nada más haber ganado mar abierto se nos metió una ola dentro de la barca. Conté más peripecias, que si esto, que si lo otro, y al fin no supe ocultarle el designio disparatado de cambiar de rumbo. Sospecho que era lo que él quería oír. Interrumpió de sopetón el relato para preguntarme sin rodeos quién había concebido aquella idea. Recurrí a las evasivas.

—Flakúas —replicó tajante—, dime la verdad.

«La verdad nunca es plana», le había oído afirmar a él en una ocasión.

—Íbamos alegres. De pronto nos entraron ganas de jugar a los descubridores de América y concertamos poner proa hacia poniente, eso es todo.

—Tu historia parece verosímil y cuadra perfectamente con la naturaleza infantil de los expedicionarios. Pero supongo que alguno formularía la propuesta, alguno que quizá no estaba muy interesado en pasar a recogerme a las seis. Oye, ¿no le mencionarías a la piruja mi relación con Rosa?

Negué rotundamente.

—Pues se la habrá olido. Tiene un olfato infalible.

Tras varios segundos de silencio me pidió reanudase la crónica de la desventura, que escuchó con manifiesto regocijo mientras comía nueces, alfóncigos o lo que fuera que al ser masticado producía un desagradable ñacañaca al otro lado de la línea telefónica. Dedicó mordaces comentarios a la disputa sostenida por los novios. Yo la atribuí al mucho miedo que tenían ambos de estrellarse contra una pared de piedra que hay al pie del monte Igueldo, llamada la Lastra, frente a la cual pasamos grandísimos apuros. El episodio le causó tanta gracia que se lo hube de contar de nuevo, y la segunda vez me acordé de referirle que en aquel lugar nos sobrevino un aguacero que hizo harto penosa la navegación.

—Justo castigo —se guaseó— por vuestra innoble conducta.

Referí asimismo el vómito de Cacharrito, la pérdida de los zapatos de Izaskun Ayestarán y cómo, anegada la barca, fuimos arrastrados por las olas hasta la ensenada de Debajo de Valentín, donde navegamos un tiempo sobre aguas residuales y Genaro Zaldúa se enojó porque los demás nos opusimos a su pretensión de surtir dentro del colector. A este punto le tomó la risa a Josu Ruiz y, riendo, reputó a nuestro amigo de

«alma que con insólita frecuencia recibe la llamada del dios mierda».

—La verdad —añadí con flema, paladeando las palabras— es que a menudo huele bastante mal.

—A perro podrido —sentenció él.

Entablamos entonces una esgrima de sarcasmos alusivos a la poca higiene de Genaro Zaldúa.

—En un certamen de marranos no tendría rival. Le otorgarían a perpetuidad el primer premio.

—Y todos los accésit.

—Conozco a uno que debería asearse con escoplo.

—¿Y qué decir de sus axilas, ese yacimiento de mugre fosilizada que data de los inicios del cuaternario?

—Pues anteayer vi en televisión un reportaje sobre las cataratas del Niágara. ¿Querrás creer que me costó veinte minutos darme cuenta de que las imágenes no mostraban la frente de nuestro amigo cuando suda?

El intercambio de chanzas me persuadió de que contaba con un nuevo aliado dentro de La Placa, un aliado además de primer orden, cuyas opiniones prevalecían de costumbre sobre las de cualquier otro y a quien se me hace que sólo la falta de ambición le impedía convertirse en caudillo del grupo. Con inmensa complacencia descubrí que nos unía un vínculo cien veces más poderoso que el alcohol o los cigarrillos: la antipatía que ambos sentíamos hacia Genaro Zaldúa. Mi posición social, por así decir, dentro del grupo había mejorado sensiblemente con motivo de la aventura infortunada. Para Cacharrito e Izaskun yo era el héroe que los había salvado de una muerte espantosa; para Josu Ruiz, un nombre de confianza a quien podía hacer partícipe de al menos una parcela de su intimidad. En cuanto al Pulcro Matallana, para quien probablemente yo nunca había significado gran cosa, supuse que no tardaría en adoptar la opinión favorable que sobre mí abrigaba su protectora. La conclusión caía por su peso: Genaro Zaldúa estaba solo.

Seguí contando a Josu Ruiz detalles de nuestra aciaga travesía, y resuelto a indisponerlo con Genaro, centré la relación en las acciones de éste, sin exagerarlas, porque pensé que por sí solas ya parecerían suficientemente reprobables. Tras referir que me había injuriado al poco de pasar la punta de Mako, mencioné la pérdida del remo y cómo hizo Genaro Zaldúa ánimo de salvarse por su cuenta y se arrojó al agua, abandonándonos en medio del peligro, con la barca que ya no se podía gobernar. La voz de Josu Ruiz se tiñó de desprecio:

—Es un miserable.

Supo después que a Izaskun Ayestarán se le habían perdido las gafas y me interrumpió para preguntarme:

—Por cierto, ¿quién tiene mi magnetófono?

Le conté la verdad. Profirió él, enfadadísimo, unos a modo de improperios en la lengua de su madre y colgó. Cinco minutos más tarde recibí una nueva llamada de

Genaro Zaldúa.

—¿Se puede saber qué mentira le has contado a Josu? Cuando salté al agua todavía estaba la radio en la barca, así que ya le estás llamando para decírselo. No tengo nada que ver con ese asunto.

Colgó sin darme tiempo de pronunciar una palabra. No bien me alejé unos pasos del teléfono, llamó Izaskun Ayestarán.

—El Cojo está cabreadísimo. Parece que alguien le ha contado ya lo de la radio. ¿Es cierto que tú te has ofrecido a correr con todos los gastos del naufragio?

—¿Yo?

—Eso anda diciendo Genaro.

—Antes me salgo de La Placa.

No hablamos más. Al punto comenzaron a llamarme los compañeros, uno tras otro según iba llegándoles el rumor de que yo había resuelto abandonar el grupo. En esto vi que me apreciaban y tuve mucho gusto de conversar con todos ellos, salvo con Genaro Zaldúa, que no llamó. Les expliqué que nuestra amiga había interpretado erróneamente mis palabras. Quedaron muy contentos de saberlo, así como de la promesa que les di de continuar siendo miembro de La Placa. No bien se enteró Josu Ruiz de que Genaro Zaldúa pretendía hacerme pagar la cuantía de los daños encargó a Cacharrito que encargase al Pulcro la convocatoria de una reunión de urgencia esa misma tarde en casa de éste, con el fin, le dijo, de aclarar todas las cuestiones relativas al descalabro de la víspera y en especial a la pérdida de determinados objetos valiosos.

Solamente faltó Cacharrito. El muchacho, acometido de fiebre y mareos, hubo de guardar cama por imposición de su madre, que le prohibió salir enfermo de casa, como al parecer pretendía. Fue una de las reuniones más tristes y tumultuosas que recuerdo. Los ánimos caldeados, los rencores a flor de piel, el caramillo comenzó nada más juntarnos. Josu Ruiz desplegó sobre la mesa un prospecto de magnetófonos y aparatos de radio a fin de que eligiéramos, entre los varios que tenía señalados con una equis, el que le debíamos comprar. A partir de ahí reproches, desplantes, inculpaciones, sarcasmos y amenazas se sucedieron sin interrupción. No bien se entablaba una disputa, llegaba la siguiente. Este discutía con ése, que a su vez discutía con aquél. Todos hablaban al mismo tiempo y ninguno se entendía. Alarmada por el alboroto, doña Mercedes vino al cuarto en repetidas ocasiones, siempre para rogarnos con dulces ademanes que habláramos más bajo, pues la abuela dormía y últimamente no le probaba bocado y se estaba quedando en los huesos y poniéndose amarilla. Pero apenas la mujer cerraba tras de sí la puerta y regresaba a la cocina, reanudábamos nosotros la discordia, con tanto ruido o más que antes de la momentánea tregua.

A Josu Ruiz no le fue pagada una radio nueva. ¿Qué culpa teníamos nosotros, le objetó Izaskun Ayestarán, si él mismo la había metido en la barca sin avisarnos? Tampoco prosperó una sugerencia mía enderezada a la creación de un fondo común

con el que costear las pérdidas, la de la *Soledad* inclusive, y aunque se alzaron voces susurrantes a mi favor, la oposición airada de Genaro Zaldúa dio al traste con la idea. Este me atacó menos de lo que yo temía, fuera porque advirtió que no faltaba allí quien me defendiese o porque apenas hallaba ocasión de hacerlo por causa de la granizada de acusaciones que incesantemente le llovía. No poco indignó a la concurrencia con su versión de la escapada. Dijo haberse lanzado al agua a fin de recobrar el remo; pero que lo perdió de vista, y como notase que se había apartado muchos metros de la barca, optó, en el límite de sus fuerzas, por la única posibilidad que le quedaba de salvarse. Izaskun Ayestarán, que decía no querer enfadarse para no agravar la jaqueca, se enfureció. De su boca salieron palabras durísimas que el otro repelió con malas maneras. Al cabo trabaron los dos una encendida discusión, en el curso de la cual salieron todos los trapos a relucir, y a vista de los presentes consumaron la definitiva ruptura de su noviazgo. No menos virulenta fue la porfía que enfrentó a los dos que habían pasado la noche en claro. Sus respectivas versiones de lo acaecido diferían hasta en los detalles más irrelevantes. Donde uno veía blanco veía el otro negro, y con creciente enojo se encastillaba cada cual en su particular interpretación. El episodio del catalejo terminó de malquistarlos, y tras jurarse mutuamente enemistad para toda la vida, dio Josu Ruiz, por escarnecer al Pulcro, en revelarnos ciertas cosillas inconfesables que el adolescente le había confiado durante la noche, de modo que éste, no pudiendo defenderse de la infidencia, rompió a llorar. Se levantó Josu Ruiz de su asiento, profirió un gruñido de despedida y salió de la casa. Genaro Zaldúa se fue poco después sin despedirse. Luego me fui yo, y desde el portal oí los pasos de Izaskun Ayestarán que bajaba por las escaleras trapaleando con sus zapatos de tacón.

Entrada la noche sonó el teléfono. Genaro Zaldúa me llamaba para comunicarme que por la mañana tomaría un tren con dirección a Madrid, donde pensaba permanecer hasta el fin de semana siguiente. El comienzo del nuevo curso le pillaría por tanto fuera y con mucha cordialidad me preguntó si podía conseguirle su horario de clases.

Una noche, días antes del naufragio, hallándome en la cama dormido empecé a soñar poemas. Una voz desconocida los recitaba, al tiempo que tubos azules y amarillos de neón reproducían las palabras sobre un fondo de oscuridad completa. Jamás me había sucedido nada por el estilo. Me sobrecogió una gran angustia. ¿Recordaría al alba aquel río de versos cadenciosos? El temor al olvido me despertó. Salté de la cama y tan rápidamente como pude, a fin de impedir la intervención perniciosa de la voluntad, transcribí los cinco poemas de que logré acordarme, ninguno de los cuales superaba la media docena de versos. En cierto modo no se me habían ocurrido a mí. Yo no los había compuesto mediante la reflexión ni el trabajo, sino que me habían por así decir acontecido. Ello no obstaba para considerarme su autor legítimo, por cuanto sin mí nunca habrían sido posibles. El insólito fenómeno parecía corroborar aquel dictamen antiguo que supone la existencia de una poesía maravillosa en el interior de cada ser humano. A muy pocos seres les ha sido dado revelar la suya en el curso de la historia. Yo me hallaba entre los escogidos, después que un golpe de azar me hubiese deparado la fortuna de adueñarme de unas cuantas joyas del tesoro. No cabía duda de que el origen sobrenatural de los cinco poemas garantizaba su valor literario, que desde un primer momento consideré grandísimo. Una relectura, de amanecida, me lo confirmó. Había bastado el plazo de una noche para convertirme, apenas sin esfuerzo, en un escritor genial. Dedicué cerca de cuatro horas a la redacción de una lista circunstanciada de mis actos de la víspera, de las comidas y bebidas, de los cuándoos y los dóndeos, todo ello con objeto de volver a suscitar en el futuro las condiciones que habían desembocado en aquella fantasía fecunda. El experimento fracasó. En las noches siguientes mis sueños se poblaron de las trivialidades acostumbradas, de las que cada amanecer procuré consolarme leyendo con entusiasmo las cinco miniaturas poéticas. Estas no guardaban la menor semejanza con nada de lo escrito por mí hasta entonces. Les asigné un título, *Entre los brazos de la diosa*, que meses después deploraría, e hice ánimo de editarlas antes con antes junto con otros materiales literarios y gráficos que resolví pedir a mis compañeros sin declararles a qué fin pensaba destinarlos. Me había propuesto, en suma, publicar por sorpresa, con ayuda del padre, el número 2 de la revista *La Placa*.

Una tarde fue plazo suficiente para reunir cuanto necesitaba, pues es lo cierto que dejará antes el agua de mojar que un escritor de desvivirse en busca de quien lea sus productos. Tan sólo a Josu Ruiz no le quise pedir nada, decidido a publicarle un nuevo pasaje de «El hombre sin posguerra». Mecanografié los originales teniendo cuidado de evitar odiosas erratas; adquirí números adhesivos con miras a paginar las hojas; adorné los márgenes con motivos que extraje de un libro sobre pintores surrealistas; compuse la portada valiéndome de un dibujo a tinta de Genaro Zaldúa, que me prestó Izaskun Ayestarán, y cuando estuvo todo listo me senté a la mesa de la cocina a esperar que el padre regresara del trabajo. Nunca comíamos juntos entre

semana; pero ese día deseaba exponerle mi proyecto y encargarle la fotocopia de las hojas conforme a instrucciones que convenía darle antes que el abuso del alcohol hubiera embotado como de costumbre su caletre. El padre llegó a la hora habitual, con su pequeña bolsa deportiva, el periódico y sus dificultades de día en día mayores para introducir la llave en el ojo de la cerradura. Al fin entró tambaleándose, y sin lavarse ni descalzarse tomó asiento a la mesa, sobre la que humeaba el puré de patatas que él miró con la indolencia de quien ha de acometer una tarea que sabe de antemano superior a sus fuerzas. Tictaqueaba el reloj de pared. El padre comía con ostensible desgana, al tiempo que fumaba. Nos repartimos el periódico. La víspera había sido asesinado el gobernador militar. La noticia acaparaba la primera plana. No pasé de leer los titulares. Al fin referí al padre mi propósito y le pedí su ayuda. El rostro se le demudó. Había un brillo lloroso, ya crónico, en sus pupilas. Parecía afligido y le pregunté qué le pasaba. Entonces me lo contó, temblando igual que un chiquillo asustado.

—Mala gente el Orejas. En la fábrica no lo quiere nadie. El cabrón me denunció.

Quince días antes el padre había sido llamado al despacho del patrón, donde fue recibido por el hijo de éste.

—Que aún andaba a gatas cuando entré a currelar en la fábrica. Si llega a estar don Alberto, bueno, ni me hace subir, pero estaba el hijo. No me conoce.

Estoy viendo al operario Goicoechea, más de treinta años en la empresa, la cara vinosa, mal rasurada, la boina polvorienta, el abdomen prominente bajo el buzo lleno de lamparones, de pie ante el escritorio tras el cual el hijo del jefe lo contempla con una mezcla de curiosidad y asco, como quien examina de cerca a un cerdo erguido. El padre pregunta modosamente el precio de las cerca de dos mil fotocopias, que está dispuesto a pagar al momento. El joven empresario muestra interés por conocer qué hojas son esas que el operario Goicoechea fotocopió la antevíspera a escondidas, en horas de trabajo y con papel y fotocopidora de la fábrica. Cosas del hijo, que cursa en la universidad, diría seguramente el padre con el pecho encogido de respeto. Al fin obtiene la absolución, pero que no se repita, Goicoechea, tantos años de servicio leal a la casa, ¿es así como nos lo agradece?

El padre no se había atrevido a referirme antes el incidente, ya que, según decía, me encontraba muy cambiado desde que vivíamos solos. La perspectiva de la reincidencia en una falta que podía costarle el puesto le obligó a sincerarse. Su quejumbre no me conmovió. Lo único que realmente contaba para mí era el hecho de que aquel hombrecillo abotagado, vinolento y hediondo que el destino me había impuesto como padre, acababa de truncar mi proyectada edición de la revista. Me llené de amargura y reconcomio pensando en la clase de progenitores que tuvieron los grandes artistas de épocas pasadas. Mi memoria enumeró nobles, pedagogos, hacendados, legisladores, y por un instante se me figuró cuestión de fortuna (en el doble sentido de la palabra: suerte y caudales) llegar a ser un genio en la vida. A mí, fortuna me había correspondido bien poca. Nacido en una tierra violenta y

arrumbada, entre gentes que de pura modestia casi no se sostenían de pie, ¿cómo ser Mozart, Kafka, un poeta italiano? Aún estoy viendo al padre inclinado sobre el plato de puré, que no había podido terminar, presa de una turbación más propia de un niño de siete años que de un adulto a punto de cumplir los sesenta. Me embargaba tal desprecio oyéndole farfullar su escena con el hijo del patrón, que no supe ni quise dominarme y lo llamé obrerito pusilánime, y le espeté con rabia que el mayor infortunio de mi vida consistía en ser hijo de un borrachingas que jamás, jamás, recalqué, había leído un libro.

—A ver —le solté, en el colmo de mi despecho—, defíneme las características del Barroco.

Estuvimos no sé cuántos días sin dirigirnos la palabra. Mi enojo subió de punto al domingo siguiente, cuando hallándonos sentados a la mesa le contó a la Petra nuestra discordia, con evidente propósito de instigarla a reprenderme, lo que conseguí. Se lo cobré caro. Esa misma noche llamé por teléfono a mi hermana para que viniera urgentemente a socorrer al padre, ya que no me era posible levantarlo solo. Esto urdí para que ella y su marido vieran al viejo desollar el lobo sobre las baldosas del pasillo.

Nos reconciamos a comienzos de octubre con motivo de una carta. Llevaba el hombre varios días tratando de entablar plática conmigo, sin éxito, pues tenía yo hecha firme voluntad de rehuirlo, y por esta causa y por un a modo de gusto que me procuraba humillar a quien antaño poseyó un enérgico carácter, me abstenía de corresponder a su cordialidad, así como a las tentativas de diálogo que de vez en cuando, luego de hacerse el contradizo por la casa, ponía por obra. Pero un día, a primatarde, recién llegado de la fábrica, dio un paso más allá que de costumbre y llamó a la puerta de mi cuarto. Pretendía entregarme un sobre a mí destinado que acababa de sacar del buzón. El padre entreabrió la puerta apenas lo justo para poder introducir la mano con la carta por la abertura. Lo invité a entrar y entró. Viéndolo entonces tan bonachón, tan indefenso, me apené de él y hablamos. No bien hubimos comenzado el diálogo, se le despegó del rostro la máscara de pesadumbre que lo cubría desde hacía un tiempo. Al punto posó su mano carnosa en mi hombro y, sin poder ocultar la emoción, me llamó hijo, hijo mío, varias veces. Aproveché para ponerlo al corriente de ciertos apurillos económicos que le dije me agobiaban últimamente. Él se apresuró a socorrerme con liberalidad. Por esa época aceptó asimismo sufragarme un curso de natación al que asistí durante tres semanas del mes de octubre sin que lo supieran mis amigos, y aunque fui alumno torpe, mal que bien al cabo de las quince lecciones aprendí a flotar. Con el padre concerté un aumento de paga a escuso de la Petra; a cambio yo volvería a prepararle la comida, igual que en los días anteriores a nuestra desavenencia. Hecho el acuerdo, nos dimos la mano como amigos.

La carta que propició nuestra reconciliación era la que Cacharrito había enviado a todos los miembros de La Placa poco antes de partir hacia su retiro en los montes de

Soria. La destinada a mí traía adjuntos varios recortes de periódico, que mi compañero había prometido remitirme no bien se enteró de que faltaban en el archivo. Se hallaba entre ellos uno no exento de gracia, debido al Pulcro Matallana, que tengo antojo de reproducir a seguida:

FALLADO EL CONCURSO DE POESÍA «QUIZÁ CAIMÁN»

El consejo rector del grupo cultural La Placa, reunido en sesión plenaria el pasado domingo día 30 en su sede provisional de la isla de Santa Clara zona oeste, tercer cobertizo, acordó otorgar los premios de poesía QUIZÁ CAIMÁN a los siguientes autores:

- Primer premio de 60.000 pts. y estatuilla labrada en madera de poste de telégrafos por el prodigioso machete de Marrajo de Puente la Reina, al poeta zamorano Edmundo Canillas por su colección de poemas titulada «Amarrado al duro padre».

- Segundo premio de 100.000 pts. y quince estatuillas de cuarzo celadas por Marrajo, a Iván Fiódorovich por su hermosa, a ratos excitante, «Oda al Pulcro desde los tejados de Venecia».

- Tercer premio de 300.000 pts. y diez kilos de estatuillas marrajanas al escritor chino, afincado en Arévalo, Chi Pi Ron por su nada desdeñable poema «Auroras ametralladas».

- En la submodalidad de soneto de diecinueve versos el premio fue declarado desierto a causa de la pobre calidad de los ochenta y nueve originales presentados.

Los galardones serán entregados aproximadamente a su debido tiempo. El jurado se reserva el derecho de modificar sus decisiones en el plazo de cinco días si lo considera beneficioso para la cultura vasca.

Leí a continuación la carta que Cacharrito envió por esos días a cada miembro del grupo, escrita con una letra primorosa que nada desmerecía de los prodigios caligráficos del Pulcro Matallana:

«Mi buen amigo:

«Problemas (muy serios) de salud me obligan a viajar a La Póveda, un pueblo de la provincia de Soria, cercano a la muga de La Rioja, donde viven unos tíos míos. Espero que en aquellos parajes edénicos, el aire de la montaña, el recuerdo de los amigos (vosotros), así como la compañía imprescindible de Vallejo, Cernuda y Alexandre, me bienquisten con la vida.

»Dirás que soy un egoísta que se guarece en su privilegiada madriguera. Tienes razón. Lo que más me molesta de mi enfermedad es que me fuerza a pensar demasiado en mí. Soy un egoísta. ¿De qué vale mi salud ahora que la enemistad proyecta sobre mis hermanos su sombra helada?

»Restituyamos la luz, amigos.

»Propongo humildemente (repito, humildemente) que os reunáis todos el próximo domingo a las cinco de la tarde en mi casa. Yo no estaré, pero mis padres sabrán atenderos con generosidad y sencillez. Suplico un esfuerzo de vuestra parte que haga posible la reconciliación.

»Por favor, amistaos.

»Que nadie se preocupe por los gastos derivados de la pérdida de la barca. La barca está pagada. Asunto concluido.

»Insisto en el afecto y te abrazo muy fuertemente.

«Cacharrito».

Día y noche estuve deliberando si acudiría o no a la cita, y unas veces me decía: no faltes, acaso se decida esa tarde el futuro de La Placa; y otras: no vayas, los demás tampoco irán. El domingo formé propósito de dirigirme a casa de Cacharrito y resolver mi indecisión por el trayecto. Delegaría en mis pies para que hiciesen mi voluntad, cualquiera que ésta fuese. Con dicho ánimo llegué hasta el puente de María Cristina, pasando el cual me tomó de pronto grandísimo temor a que la madre de mi amigo reconociese al escucharme la voz de Miguel Delibes, el de la tienda de flores, y destapara el embuste delante de mis compañeros. A fin de ahorrarme la escena bochornosa, determiné volver atrás y meterme en un cine, resolución de la que me arrepentí otro día, no bien supe que todos los demás habían concurrido a la cita de reconciliación y criticado mi ausencia.

Me contaron que faltó poco para que se produjera una camorra similar a la del lunes anterior en casa del Pulcro Matallana. Al fin Josu Ruiz asestó un puñetazo a la mesa y zanjó el litigio declarando su renuncia a recobrar el radiomagnetófono y el catalejo. Terminaron de esta forma las rencillas y, hechas las paces, alegres y dicharacheros acordaron elegir un chivo expiatorio al que imputar el desastre de la *Soledad*. En castigo por mi incomparecencia, se me nombró para dicho papel; pero Izaskun Ayestarán no lo quiso consentir y a propuesta suya decidieron sentar a Soneto Martínez en el banquillo de los acusados. Procedieron a enjuiciarlo, y como lo hallasen culpable de todo, de la tempestad inclusive, lo sentenciaron a muerte. Y otro día, en que no falté al encuentro, confeccionamos un muñeco de cartón para el que cada miembro del grupo aportó alguna ropa y adornos. Lo vestimos y calzamos, y con la cara pintada y un cartelito clavado al pecho en que se publicaban sus fechorías, lo ahorcamos un jueves, a la sobretarde, de un olmo de la Alameda. Hecho lo cual, nos sentamos a la mesa de una cafetería de enfrente, junto al soportal, con designio de deleitarnos observando la reacción de los transeúntes. La brisa mecía blandamente al muñeco, que apenas duró veinte minutos en la rama, tiempo que aproximadamente tardaron en llegar las furgonetas de la policía con gran alboroto de sirenas. La zona fue al punto acordonada, el café donde nos hallábamos desalojado. Iban y venían a la carrera uniformes y subfusiles. Y entretanto un rumor comenzaba a difundirse por las calles de la Parte Vieja:

—La ETA ha puesto un pelele con una bomba dentro.

Por aquellas fechas otoñales, recién comenzado el nuevo curso, maquinó el Pulcro Matallana el remedio repugnante con que quiso escarmentar a quienes se divertían hincándole el dedo por el orificio del Josu. A raíz del incidente cundió de nuevo la discordia entre los miembros de La Placa y durante algunos días fueron suspendidas todas las actividades y reuniones. De este modo dispuse yo de tardes enteras para dedicarme a mi ocupación principal de aquella época: la copia a mano de apuntes ajenos, tarea que no emprendía por gusto del aprendizaje; antes bien, por la obligación de mostrarle a la Petra cada domingo los frutos de mi trabajo. Comoquiera que me pasase las noches leyendo y las mañanas en la cama, los constantes novillos me imponían aquel desagradable oficio de escribiente, que yo ejercía no sin artimañas. Y así, trazaba de propósito las letras gruesas y los renglones más separados de lo que comúnmente se acostumbra, lo uno para escribir menos, lo otro porque me di cuenta de que mi indocta hermana subordinaba la calidad al bulto. A su manera, no obstante, revisaba también el contenido, cotejándolo con el de los capítulos correspondientes de los manuales o comprobando si entre los apuntes de una y otra semana existía alguna suerte de continuidad. Dedicaba quince y veinte minutos, y a veces más, a indagar inútilmente dónde la engañaba. Los párrafos sobre materias filológicas le resultaban por demás abstrusos, y a fin de poder orientarse entre ellos se veía con frecuencia forzada a solicitarme explicaciones en las que yo me explayaba a posta para herir su amor propio, de paso que ridiculizaba sus sospechas. Años atrás nuestros padres no habían podido costearle como a mí unos estudios. Yo percibía cada domingo, con secreta complacencia, el temblor envidioso de sus manos mientras inspeccionaba mis papeles y se esforzaba en fingir que los comprendía.

Una tarde de octubre, obra de las cinco, me hallaba en mi cuarto transcribiendo apuntes que me había prestado Checho Aizpurua la última vez que se le vio en la facultad, cuando sonó el timbre. Abrí la puerta y el corazón me dio un vuelco. La sorpresa no podía ser mayor ni más desagradable. Con su habitual sonrisa de pilluelo, el Pulcro me tendió a modo de saludo un palito de examinar gargantas. Simulando que me alegraba de verlo y de su dádiva, lo invité a entrar. ¿Habría elegido mi casa para refugio, luego de haber declarado días antes su firme resolución de escapar de la suya sin pérdida de tiempo? Nos dirigimos a mi cuarto, donde le ofrecí asiento y él me hizo saber la razón de su visita.

Jovialmente me refirió que venía de pasar la tarde en el geriátrico, acompañando a la abuela, que había sido ingresada en muy grave estado la noche anterior. Al hospital, un edificio de nueva construcción situado a media ladera de una colina, se accedía por una pendiente empinada que principiaba en la trasera de mi casa. El Pulcro lo calificaba, con ostensible placer, de «moridero de carcamales». No escondía su fascinación. Afirmó, entre otras cosas, envidiar a los enfermeros que entraban a su

capricho en las habitaciones y podían permitirse, por ejemplo, tocarles los pies a los agonizantes. Dijo también haber experimentado arrobo contemplando a un vejete que se vaciaba de gargajos al abrigo de unas plantas de interior. Escenas de ese jaez me describió unas cuantas, con entusiasmo comparable al de un niño feliz que hubiese asistido por primera vez en su vida a una sesión circense. De ese modo pasamos el resto de la tarde, y cuando al fin llegó la hora de despedirnos, me declaró su intención de visitarme todos los días a su vuelta del hospital.

La tarde siguiente también vino y otras más, siempre complacido por el cuadro de decrepitud que presenciaba en el geriátrico y siempre provisto de algún objeto de regalo para mí: un frasco de píldoras, un tenedor, supositorios, una tuerca de cama, un pequeño crucifijo, hasta un bacín de los que llaman guitarro, que sólo de verlo casi arranco a vomitar. En vano le pedía yo que no me trajese nada. Él replicaba amenazándome con regalarme cosas cuya simple mención bastaba para ponerme al borde de la náusea.

Contó que por primera vez en su vida había merecido el elogio de sus padres. Estos, que por supuesto ignoraban los aviesos designios del truhán, no ocultaban en medio de su pesadumbre la emoción que les infundía aquel amor del nietecito por su abuela moribunda. Ciertamente que el muchacho representaba para ellos una fuente inagotable de problemas. Sin ir más lejos, repetía curso en el colegio. Pero, como nos dijo por entonces su madre, él era, de los cuatro hijos, el único que en aquellos difíciles momentos para la familia había demostrado poseer corazón; todo lo contrario de sus hermanas, que ni a rastras se hubiesen dejado ver por el geriátrico. Lástima me daba a mí la ceguera de aquella gente que, no barruntando la malicia del desalmado, encomendó a éste la custodia de la enferma entre tres y cuatro y media de cada tarde. Doble agonía se me hace que padeció la anciana: la del cáncer y la del nieto.

La enfermedad de la abuela procuró al Pulcro días de gozo. Desde el comienzo de sus visitas al hospital vivía sumido en una especie de euforia morbosa, que se manifestaba en cada una de sus palabras y gestos, sobre todo cuando se ponía a describirme el cuerpo desmedrado de la vieja y hacía recuento minucioso de lacras, recreándose en los pormenores más crudos, más feos, más desagradables. Mencionaba, como si de las piezas de un divertido juguete se tratase, la espalda salpicada de úlceras dérmicas; los pies violáceos, recubiertos de escamas, con grietas purulentas entre los dedos; las piernas frías, llenas de varices; el vientre hinchado; las tetas pasas; la cara inmóvil, revestida de cadavérica amarillez; la calavera abriéndose paso a ojos vistas entre las facciones. La abuela había perdido el habla antes de su ingreso en el hospital. Conservaba, sin embargo, el conocimiento, de suerte que, a menos que durmiera, no debían de pasarle inadvertidas las diabluras que el nieto pérfido le hacía diariamente. Una de ellas consistía en «encanarla», vocablo inventado por el Pulcro para designar la acción de cortarle canas a la desvalida e introducirlas en las narices, las orejas o la boca. «Lunearla» significaba pintarle

lunares negros con un rotulador, uno aquí, otro allá, siempre en alguna zona recóndita del cuerpo a fin de que no llamasen demasiado la atención. Ningún obstáculo estorbaba sus caprichos. Ni la abuela octogenaria podía dar cuenta del suplicio a la familia ni en el tiempo que le habían asignado al Pulcro para cuidarla se encontraba nadie más presente en la habitación. Contaba él que a menudo abría la ventana de par en par con el objeto de que las moscas se llegasen al hedor. Se daba después a cazarlas, y arrancándoles las alas, las ponía a corretear sobre el rostro inmóvil de su abuela. A esto llamaba «mosquearla». La hora se la anunciaba como campana de iglesia, golpeando con una cucharilla en la botella de suero, y otras veces se entretenía colocándole manzanas o granos de uva sobre las cuencas de los ojos y contemplando cómo se sostenían allí sin menearse. Gran iniquidad era importunar a la moribunda tratando de sonsacarle información acerca del morir. Con ese propósito tomaba asiento a su costado y le preguntaba al oído qué se siente en el curso de la agonía, si se experimenta dolor, miedo, congoja, el dulce abandono y fatiga apacible a que aluden algunos libros sobre el tema, si en aquel trance postrero acuden a la mente imágenes de ultratumba; si se escuchan voces, gritos, cánticos, trompetas, lamentos, rechinar de dientes; si se vislumbran llamas, tinieblas, criaturas de Dante, de El Bosco o de Quevedo; si huele a podrido; si hay tráfico de almas; si anda dios juzgando a destajo; si se divisa en la masa de difuntos a tal escritor o cual rey, cuyas fisonomías procuraba él describir de la manera más exacta posible. Oyéndole desatinar así, recelé que pretendía quedarse conmigo, y para que comprendiese que no soy persona que no distinga una palangana de un sombrero, se lo dije y le señalé una contradicción en que incurría. Y era que según él me había referido en repetidas ocasiones, ya antes del ingreso en el hospital tenía su abuela perdida la facultad del habla, por lo que se me figuraba un si es no es dudoso que estuviese la mujer en condiciones de contestar a sus preguntas. Replicó sin inmutarse que el problema estaba casi solucionado. Una semana atrás se le había ocurrido el remedio mientras veía en televisión un número circense con chimpancés amaestrados.

—Mi código —peroraba con aire de docta socarronería— entraña diversas ventajas. Cabe resaltar al menos dos. La primera de ellas radica en su sencillez, que garantiza un rápido aprendizaje. Desgraciadamente, en el caso de mi abuela, dada su edad y decrepitud, pero sobre todo a causa de su origen aragonés, el proceso de asimilación es muy lento. La otra ventaja se deriva del escaso esfuerzo que requiere la emisión de señales. Para cada pregunta que le formulo dispone la abuela de tres respuestas posibles. ¿Adivinas cuál es su órgano expresivo?

El convencimiento de que todo era patraña me inspiró la chusca salida:

—El coño, por supuesto.

—Pues no, el pulgar. Una flexión significa respuesta afirmativa —y doblaba ostensiblemente el suyo, como si me considerara incapaz de entender la mera explicación verbal—, dos flexiones respuesta negativa, dedo quieto no sé, no hay respuesta.

—Supongo que te lo habrá contado todo acerca del más allá. ¿Cómo se llama la religión que vas a fundar?

—Contarme, lo que se dice contarme, no me ha contado nada. Has de tener en cuenta que nuestro método de conversación se halla todavía en fase experimental. Esta tarde, sin ir más lejos, la abuela ha reaccionado positivamente a una pregunta, lo que demuestra que me entiende.

—¡Qué bien! ¡Por fin sabremos de qué marca es la túnica de dios!

—Le he preguntado: abuelita ¿te apetece que te lea un epicedio? Y ella ha movido el dedo para indicarme que sí.

Me picaba la curiosidad por saber con qué intenciones sometía a su abuela a tales tormentos y se lo dije. Estuvo un cuarto de hora justificándose: que si tal, que si cual, que si en penitencia por haber parido a su padre. Me pareció que todo lo hacía por divertirse y que ni siquiera tenía conciencia de su comportamiento innoble.

A veces, durante sus visitas, gustaba el Pulcro de hablarme conforme al estilo de alguna obra que a la sazón estuviese leyendo o hubiese acabado de leer. Mostraba en ello mucha gracia y agudeza, que en vano me esforzaba yo después en imitar a solas. Una tarde llegó a la casa «guilleneando», que era hablar al modo de los poemas de Jorge Guillen:

—¡Albricias! ¡Plenitud de salud! Ciudad en son de calor. Yo sudo.

Y de esta manera estuvo parloteando durante un rato.

—Ardor. Sed completa. Ya que —luz— no teta darme puedes, fragua mi dicha con agua.

Estoy viéndolo, repantigado en mi viejo sofá verde, remedar a Borges, a Miguel Hernández, a Valle-Inclán, o informarme acerca del estado de salud de su abuela en lengua del Siglo de Oro, según acababa de contagiársele leyendo el *Discurso de mi vida*, del capitán Alonso de Contreras, que yo le había prestado la víspera. A este modo lo llamaba «siglorear».

—Hale remitido la fiebre a la vieja, mas la menguada continúa descaecida, débil el aliento y pocas las fuerzas, que no le alcanzan ni para cerrar la desdentada boca, la cual tiene de continuo abierta como pozo airón por do sin remedio húyesele la existencia. Pues del hedor a podredura y orines, a excrementos derramados por las cobijas y úlceras purulentas qué diré sino que juzgo harto más gozoso dejarse lamer de puercos que velar un cuarto de hora a la vera de tan formidable pestilencia. A fe que con una docena de estas viejas moribundas embutidas en carcaxa proveeríase nuestro ejército de una temible bomba fétida, la más letal que labró nunca la industria humana.

Pronto me acostumbré a la visita diaria del payasete y aun terminé acogiéndolo de buen grado, no sólo a causa del entretenimiento que me procuraba con sus ocurrencias, sino también porque me ayudaba en mis faenas de copista, dictándome apuntes. Le tomó afición a la filología y a menudo declaraba su propósito de no descuidar sus obligaciones de colegial a fin de convertirse lo antes posible en

estudiante universitario. Deseaba afrontar materias arduas y apasionantes y dignas de su caletre, decía, en vez de las paparruchas que le obligaban a aprender en la cochiguera. Con aire resignado me refirió que aún le enseñaban canciones y debía soportar asignaturas como la gimnasia o la religión, si bien en las clases de esta última el maestro, como conociese la lengua afilada de aquel alumno repetidor que a veces escribía para los periódicos, le permitía dedicarse a asuntos particulares, en la inteligencia de que mientras estuviese ocupado no se pondría a difundir la duda o el ateísmo entre los otros colegiales. En varias ocasiones condescendí a su ruego de llevar papeles míos a su casa, a condición de que me los devolviera al día siguiente: notas sobre literatura, filosofía o latín vulgar que él copiaba por las noches y aprendía. Charlando amigablemente pasábamos la tarde encerrados en mi habitación, hasta que llegaba la hora de salir a reunirnos con nuestros compañeros o yo tenía que irme a la piscina. Había hecho creer al Pulcro que en ella me ejercitaba con vistas a la competición. La fama de marinero valiente, salvador de vidas, ganada por mí a raíz de la desastrosa aventura de principios de mes, afianzaba el embuste, que él tragó sin dificultad. Con ojos admirados observaba mis preparativos. A veces cogía mi bañador y le daba vueltas entre las manos, como si sopesase el arma de un guerrero glorioso. Me formulaba mientras tanto un sinfín de preguntas: que si sabía yo nadar al estilo mariposa o braza, que si buceaba con los ojos abiertos, que cuánto tiempo lograba permanecer sumergido. A todo le respondía yo de forma que no dejase de crecer su admiración. Le asombraban sobremanera las descripciones de mis supuestos saltos desde el trampolín de doce metros. Con fingida naturalidad afirmé que mi triple mortal sobrepujaba en belleza al del entrenador, mal que a éste le pesase. El Pulcro asentía llevado de su asombro. Tuve capricho de revelar un truco usual entre nadadores, encaminado a entorpecer la carrera de los adversarios más próximos; el cual, le dije, consistía en sacudir la cabeza de modo que se originasen olitas de costado muy molestas. Y para que mejor lo comprendiese, me tumbé en el suelo y le hice una demostración que lo dejó pasmado. Con cara de papanatas me preguntó si conocía yo algún lugar donde se ofrecieran cursos de natación, porque tenía muchas ganas de aprender. Quedé pensativo unos instantes y al fin le respondí que yo no me movía en esos círculos, pero que procuraría informarme. Nadie como mi entrenador, aseguré, para sacarnos de dudas.

Una tarde me sorprendió confesando que admiraba a los bebedores expertos, entre los cuales me incluía. Mi forma de sostener el vaso se le figuraba particularmente atractiva, hasta el punto de que llevaba bastante tiempo tratando de imitarla. Se había fijado asimismo en que yo bebía alzando la mirada con parsimonia sacerdotal, viva imagen, a su juicio, de la elegancia. Sabía por Izaskun Ayestarán que Josu Ruiz y yo tomábamos una bebida privativa de ambos, tan fuerte por lo visto que a los no acostumbrados a degustarla les bastaba una leve inhalación de su aroma para embriagarse. Dicho esto, me pidió lo iniciara en los secretos del alcohol, y antes de nada que le diese a catar aquel bebedizo que Izaskun había ponderado como si se

tratase de una poción mágica. Inferí de su inocencia que la muchacha no le había descubierto toda la verdad. Izaskun detestaba los fuegos con limón. Dos veces había intentado tomar una taza en el apartamento de Josu Ruiz y en ninguna de ellas logró pasar del primer sorbo. Yo le aseguré al Pulcro que aquella bebida era un ácido deletéreo en los estómagos de los incultos y de cuantos carecen de la hormona que inclina a los hombres al ejercicio de la poesía. Sólo a un poeta verdadero, afirmé, le es dado ingerir tres tazas seguidas de fuego con limón sin desplomarse, y ello gracias a la acción inmunizadora de la hormona referida. En una palabra, el ajenjo es a los poetas lo que a la araña su propio tósigo, que reingiere al succionar los humores de sus presas sin recibir por ello daño. Con estas fantasías tomó el Pulcro confianza y cobró más apetito de hacerse bebedor, que ya era mucho desde que días atrás Izaskun le hubiera dicho que para convertirse en un tío maduro y varonil debía aprender a trincar sin caerse grandes cantidades de bebidas espirituosas y a fumar puros como trancas. Parece que la muchacha nos puso a Josu Ruiz y a mí de ejemplo, despertando en el Pulcro el deseo de emularnos. Con ese propósito me pidió lo introdujera en el arte de pimplar, y lo primero de todo quiso saber cómo se preparaba aquella bebida nuestra de poetas. No tenía yo en casa los ingredientes y por disimular la falta le dije:

—Nadie emprende el estudio de una materia nueva a partir de la última lección.

—¿Acaso —replicó con sorna— no me reputas de poeta? Pues digo yo que si soy poeta, tendré la hormona poética, y si la tengo ¿qué miedo ha de producirme vuestro secreto bebedizo?

A pesar de sus protestas no me di a partido, ni en realidad podía, y esa tarde hubo de conformarse con una copichuela de coñá, que en contra de mis recomendaciones apuró a sorbitos, libando el líquido con el ápice de la lengua. Convinimos en aplazar hasta otro día la cata del misterioso elixir, cuyo nombre le revelé, y en el entretanto supe que había acudido con el mismo ruego a Josu Ruiz, que no accedió. A decir verdad tampoco yo le serví lo que quería, aunque él lo creyó no poco ufano, sino té con una rodaja de limón, azúcar en abundancia y un chorro cortito de jerez, para evitar que al chicuelo le sobreviniera un sopitipando alcohólico en mi casa. Le gustó, vaya si le gustó, y en adelante hizo que le sirviera a menudo aquel jarabe dulce que él apuraba solícitamente, mirándome al cabo de cada sorbo como con ansia de provocar en mí gestos aprobativos. Josu Ruiz encontró muy donoso el engaño y me aseguró que lo pondría por obra en su apartamento en cuanto se presentara la ocasión.

No sólo mis estudios filológicos, mis presuntas proezas natatorias o mis virtudes de avezado bebedor representaban para el Pulcro motivos de admiración. Frecuentemente se declaraba cautivado por mi biblioteca; aunque a juzgar por sus palabras creo yo que más que los libros le entusiasmaba la circunstancia de que éstos estuvieran dispuestos ordenadamente en una estantería. Desde niño albergaba la ilusión de poseer alguna vez un mueble semejante, con numerosas baldas sobre las que colocar los volúmenes que en no pequeña cantidad guardaba amontonados dentro de un armario ropero, de cuya llave, por castigo, le despojaban a menudo. Con mueca

ostensiva de pesadumbre se lamentaba de ser el único miembro de La Placa que no poseía habitación propia. Ello le forzaba constantemente a buscar soledad en el cuarto de baño, donde por lo común leía y escribía, sentado incómodamente sobre la tapa del inodoro. Una conjuración de hermanas acababa de truncar sus esperanzas de adjudicarse el cuarto de la abuela.

Cada tarde pasaba revista a mi biblioteca, comenzando casi siempre por la fila superior. Trataba los volúmenes con mucho mimo. Tanto cuando los extraía de la balda, como al hojearlos y ponerlos de nuevo en su sitio, se mostraba extremadamente cuidadoso. Solía afirmar que los libros eran su razón de existir. Para él un día en que no hubiese leído al menos setenta páginas equivalía a un día perdido. Por encima de todo se consideraba lector, un lector que de vez en cuando escribe algunos versos para ganar la inmortalidad que por sí sola no proporciona la lectura. Era, en efecto, escritor ocasional, muy dado a limar y corregir, temeroso de las críticas y acaso excelente poeta si no fuera porque, como decía Josu Ruiz de él, con su incorregible propensión a los chistes y las cuchufletas desgraciaba de costumbre sus escritos.

Una tarde descubrió lleno de alborozo que compartíamos una manía, y era que ambos acostubrábamos meter la nariz entre las páginas para olerlas. Sentía él preferencia por los libros antiguos, con cuyo polvo añejo se deleitaba a la manera de quien aspira rapé; yo por los nuevos, de tinta aún fresca. A él le gustaba oler los de tal editorial, a mí los de tal otra. Resueltos a medir nuestras respectivas aptitudes olfativas, discurrimos un juego con el que pasábamos ratos muy divertidos. Primeramente seleccionábamos de común acuerdo entre veinte y treinta ejemplares; acto seguido los olisqueábamos uno por uno con celo de sabuesos; al fin, tapados los ojos con una toalla, tratábamos de reconocer autor y título sin más ayuda que la de la membrana olfatoria. Rara vez fallábamos.

Por aquel entonces esto que quizá pomposamente he denominado mi biblioteca constaría de unos trescientos ejemplares. Juzgaba yo que dicha cantidad me preservaba de morir de vergüenza delante de nadie; era hasta cierto punto corta si se atiende a la clase de estudios a que me dedicaba por segundo año consecutivo, y es de suponer que aún más corta en opinión de mi joven compañero, que leía dos o tres volúmenes por semana, casi siempre prestados, pues la poca paga que recibía de sus padres apenas le alcanzaba para sufragar una reducida parte de su afición. Yo empecé a adquirir libros regularmente con motivo de mi ingreso en La Placa. Mis nuevos compañeros se me antojaban lectores avezados que a fuerza de devorar páginas y páginas durante años se habían labrado un acervo cultural de fuste. Sus vastos conocimientos en materias artísticas y filosóficas, unidos a la familiaridad con que de continuo conversaban sobre autores de los que yo no tenía la menor noticia, infundieron en mí la firme convicción de ser un patán, y con ánimo de reducir cuanto fuera posible la colosal ventaja que suponía me llevaban (y que, de hecho, casi todos ellos me llevaban), me convertí en cliente asiduo de las librerías. Leí mucho y deprisa

por aquella época, a excepción del periodo en que estuve empleado en la fábrica de cerveza. Raro era el día que no llegase a casa con libros nuevos, no pocos de los cuales, tras breve ojeada, pasaban directamente a la estantería, pues no podía dar abasto para leer todo lo que compraba. Una parte considerable de la biblioteca resultaba del derrubio constante de libros relacionados con mis estudios, que adquiría en razón de su utilidad pasajera: manuales de literatura, diccionarios, introducciones a esto y a lo otro, tochos de consulta, monografías, prontuarios, una enciclopedia básica en tres tomos, una gramática latina, un vademécum sobre la historia de Grecia y Roma, librotos de crítica literaria, breviaros de fonología, de métrica y de lingüística, mamotretos que para el Pulcro representaban una atractiva novedad. Hechizado por ellos, gustaba horrores de ojearlos y con frecuencia me pedía le dejase llevar alguno a su casa para disfrutarlo allí a sus anchas.

Al respecto quiero hacer ahora una confesión, y es que cuando me devolvía los libros prestados, como no me fuera posible apartar del pensamiento que se habría encerrado con ellos en el retrete o los habría tenido durante hora y pico depositados en algún lugar próximo a la abuela moribunda, me daba grandísimo asco tocarlos, por lo que, llegada la noche, los cogía cuidadosamente con papel higiénico y los ponía a orear en la ventana. Una tormenta imprevista me destruyó una noche los *Elementos de lingüística general*, de Martinet, obra importante para mis estudios de aquel año. En otra ocasión el vendaval arrojó a la calle un manual de gramática generativa, que a la mañana siguiente apareció deshecho sobre la calzada. Readquirí ambos libros y en adelante utilicé el balcón para descontaminar y poner en cuarentena los que prestaba al Pulcro. Les hacía además una marca en la primera página, a fin de recordar en el futuro que eran libros que no debía oler.

En el curso del primer escrutinio notó él que en mi biblioteca predominaban las novelas. Dijo haberlas leído todas, y a tiempo de restituir la última a su balda, me preguntó por qué no se hallaban entre ellas las mejores del género. Parecía sorprendido; pero yo presumo que trataba de ponerme a prueba. Alegué, por puntillo, que debido a la falta de espacio guardaba en la vivienda de mi hermana gran copia de volúmenes, algunos de los cuales bien podían ser los que él echaba de menos. Sonríó como si hubiese diquelado el embuste y, de pie sobre la silla, comenzó a enumerar las que consideraba novelas excelsas de la literatura universal. A cada una que citaba respondía yo diciéndole sin titubeos: ésa me gustó mucho, ésa la leí hace un año. Gran necedad, agregué, era no conservarlas a mano, privándome con ello del gozo y ocasión de emprender en cualquier momento su relectura. El Pulcro asentía con gesto sardónico y añadió que, puesto que el yerro podía enmendarse, que lo hiciese. De inmediato le prometí que pasaría sin falta por casa de mi hermana a recoger aquella docena de libros que él había calificado de memorables. No hay palabras para describir la prisa que me di al día siguiente para comprarlos, la caminata de librería en librería hasta hallar por fin el de Svevo, el trabajo que me tomé después en casa para subrayarlos a la ventura y cómo los sobé y maltraté con objeto de que parecieran

leídos y tazados. Los vio el Pulcro por la tarde y no cesaba de sonreír, el muy ladino.

No faltaban en mi biblioteca los autores hispanoamericanos más renombrados por aquel entonces, con García Márquez y *Cien años de soledad* a la cabeza, narración que habré leído tres o cuatro veces, siempre con placer. El Pulcro la subestimaba, sospecho que llevado por su habitual repulsión a los juicios y gustos comunes. Mostraba, con todo, conocer muy bien el argumento de la novela, demasiado bien, le objeté, para tratarse de una obra que no le inspiraba ningún aprecio.

—No soy persona —replicó— que comparta con nadie el cepillo de dientes ni las opiniones. Milito en mí, en el pulcrismo, que es una forma evolucionada de situarse por encima de la chusma.

No me callé.

—Una hormiga puede encaramarse al lomo de una vaca y creer que la está pisando.

—¿Acaso la vaca no puede subirse encima de la hormiga? Excusaré decir a quién tengo por vaca y a quiénes por hormigas. Y deja de hostigarme con parábolas, que quiero continuar revisando tus libros.

Tomó después *Paradiso*, novela que reputaba de edificante, por ser ladrillo. Y agregó:

—Esta es de las que el cura y el barbero habrían dado al ama, no para que la quemase, sino para asegurar con ella los sarmientos de la barda.

Hojeó también *Rayuela*, 62, *modelo para armar* y *Los premios*, este último con el calendario de bolsillo que señalaba la página en que meses antes yo había interrumpido la lectura. De Cortázar me recomendó los cuentos y sus traducciones de Edgar Allan Poe, que le dije guardaba en casa de mi hermana. Calificó a Onetti de escritor triste y poco refinado, idóneo para gente triste y poco refinada, como Josu Ruiz. Alejo Carpentier le resultaba punto menos que estomagante desde que sabía que Genaro Zaldúa lo idolatraba. A Carlos Fuentes lo echó por tierra, aunque elogiaba un episodio de *La muerte de Artemio Cruz* en que el protagonista moribundo expele los excrementos por la boca. La perversión del Pulcro llegaba al extremo de desear que le sucediese a su abuela el mismo trance estando él presente. De Borges sólo estimaba su ceguera, que sospechaba fingida. Vargas Llosa le parecía un virtuoso del fárrago, Uslar Pietri un batallitas, y con juicios de ese jaez denigraba cada tarde a Manuel Scorza, a Sábato y a Bioy Casares. Toda su admiración la acaparaba *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, libro, a su parecer, el mejor que se había escrito jamás. Lo echó en falta entre los de mi biblioteca, y sin darme tiempo de ir por él a casa de mi hermana, me lo regaló envuelto en vendas que había sustraído del hospital. Por asco no lo quise leer. Adquirí otro idéntico y lo troqué por el que el Pulcro me había regalado. Dos veces seguidas en el curso de una misma noche leí aquella historia tan enigmática como fascinante. De entonces acá raro es el año en que no regrese durante unas horas al pueblo de Comala. Me digo a veces que siquiera por haberme dado a conocer esa obra que amo y de la que sé párrafos enteros de corrido, debería guardar

del Pulcro mejor recuerdo.

A la hora de enjuiciar la literatura española contemporánea se mostraba riguroso por demás. Apenas un puñado de poetas se salvaba de su hacha crítica. Decía detestar incluso a su prosista favorito, Gabriel Miró, al que apodaba el Ñoño. Hojeando una tarde libros de Azorín, se asomó a la ventana del cuarto, desde la que sólo podía contemplarse la fachada gris de enfrente y un trozo de cielo, y con mucha coña comenzó a «azorinear»:

—Son las cuatro de la tarde. El pueblo duerme la siesta. Desde mi balcón veo la plaza soleada y desierta. Mana una fuente. A la derecha esto. A la izquierda lo otro. Paridita va, paridita viene. Yo soy filósofo. Yo soy novelista. Yo soy el clásico clásico de la literatura de España.

Tildaba a Miguel de Unamuno de Luterillo hispano, de protosabihondo, de culta castellaniparla que ejerció todos los géneros habidos y por haber y en todos dejó constancia de su soberbia, papanatas que ignoró el cine, el surrealismo, el psicoanálisis y jamás puso un pie en América, lo mismo que Baroja, otro que tal, improvisador chapucero que disfrazó de intemperancia sus carencias estilísticas, su incapacidad poética y su falta de ironía. Llamó a Delibes pueblerino recalcitrante, avispa sin aguijón a Gómez de la Serna, aguijón sin avispa a Cela, y de esta suerte iba desollando uno a uno a todos aquellos escritores que a mí tanto me agradaban: a Aldecoa, a Pérez de Ayala, a Blasco Ibáñez, a Benet, a los Goytisolo, a Sánchez Ferlosio, a Martín-Santos, a Ramiro Pinilla y a cuantos encontraba representados en mi biblioteca. Le objeté que una vez le había oído elogiar los esperpentos de Valle-Inclán.

—A mí —respondió, subido a la silla— el único novelista español que de verdad me gusta es William Faulkner.

De Faulkner acababa yo de leer un libro con dos historias entrecruzadas, *Las palmeras salvajes*, en traducción de Borges que me había recomendado Josu Ruiz. El Pulcro celebró que lo tuviese y con gran placer leyó varios fragmentos que eran particularmente de su agrado. Declaró que la presencia de aquella novela en mi biblioteca hacía aún más ostensible la falta de las mejores del autor. Su reproche me supo a cuerno quemado, y como siempre que mencionaba los títulos que echaba de menos (*La cartuja de Parma*, *El castillo*, *La conciencia de Zeno*, *Stalky y cia.*, *Berlín Alexanderplatz*), me retiré unos instantes al cuarto de baño con el fin de tomar nota de ellos en un pedazo de papel. Al día siguiente le mostraba los libros, diciéndole los había traído de casa de mi hermana.

Un librito de portada llamativa despertó su curiosidad. En ella la imagen de un rebujo de plástico derretido, con tonalidades blanquinosas y traslúcidas, como de larva, evocaba el retorcimiento de unas vísceras. El tiempo había ajado el volumen, cuya adquisición se remontaba a la época del bachillerato, cuando en vez de dedicar las horas de asueto a distracciones propias de los muchachos de mi edad, me retiraba a un rincón del patio del colegio a leer a solas. No recuerdo que la lectura de aquel

libro, que contenía una selección de narraciones, me hubiese impresionado especialmente. Al Pulcro le sonaba el nombre del autor; pero reconoció no haber leído jamás una página suya. Esa confesión bastó para que a mis ojos el delgado ejemplar adquiriera de repente el relumbre de una alhaja. Al punto formé propósito de refocilarme en aquel agujerito de su sapiencia y hurgar en él y alegrárselo. Desde que un rato antes hubiera el Pulcro afeado la falta de ciertas novelas de Faulkner en mi estantería, me apremiaba una grandísima comezón y deseo de desquitarme. Con ese designio me hice lenguas del librito de cuentos. Los ditirambos que le dediqué alimentaron en mi compañero las ganas de llevarlo a su casa. Al día siguiente lo traje de vuelta, y me dio la razón en todo cuanto por cebarme en su pequeña ignorancia había yo afirmado en favor de la obra. Me refirió que uno de los relatos, en el que se describía una metamorfosis un tanto truculenta, le había parecido muy a propósito para leerlo en voz alta junto a la cama de la abuela. El Pulcro estaba dispuesto a agenciarse como fuese más títulos de aquel escritor a quien ya colocaba en lugar prominente de su parnaso de favoritos. Al igual que años atrás con las novelas de su adorado Dostoyevski, no descansaría hasta haber leído todos los escritos de su nuevo ídolo. Conque puede decirse que gracias a mí nació su pasión por los cuentos de Lovecraft, que alcanzaría extremos monomaniáticos en los meses posteriores.

Grande era también su estima por los clásicos españoles del Siglo de Oro, con la ostentosa salvedad de don Quijote, personaje por el que aseguraba sentir ojeriza. Ello no le impedía releer todos los años, con periodicidad que se dijera ritual, bien la una, bien la otra parte de la novela. Afirmaba, creo que insinceramente, preferir la versión de Avellaneda a la cervantina, y como faltase aquélla en mi biblioteca, me lo reprochó. Josu Ruiz, a quien comenté el caso, conjeturaba que en la tirria del Pulcro por el Quijote intervenían otras causas además de la ingénita tendencia del muchacho a prohijar opiniones extravagantes. Y era que como muy a menudo le acontecían adversidades y se metía en líos, en los que de costumbre libraba mal, sus compañeros, por hacerle rabiarse, lo comparaban en son de burla con el andante y sufrido caballero. La sequedad de carnes y rostro enjuto de ambos reforzaba el parangón y, con mayor motivo, la similitud de sus respectivas chifladuras, por más que de la del Pulcro emanase de ordinario un tufillo a conducta premeditada, cuando no alevosa. A éste no menos que al hidalgo manchego, el exceso de lectura le había sorbido el juicio, a mí que no me digan, con la diferencia de que mientras que a aquél su trastorno lo llevaba a salir a los caminos con la noble intención de desfacer entuertos, a mi joven amigo el suyo le impelía constantemente a provocarlos.

Durante el escrutinio de cada tarde, el Pulcro ojeaba con especial detenimiento las dos docenas largas de obras del barroco hispano que yo poseía. A todas anteponía las de Luis de Góngora. «Gongoreaba», además, con mucha donosura y se sabía el *Polifemo* de memoria. Varias veces trató de demostrármelo; pero, por ahorrarme el fastidio, nunca le permití recitar más de dos o tres octavas. Francisco de Quevedo se le antojaba uno de sus mejores biógrafos, si no el mejor, por haber escrito *El Buscón*,

figura con la que el Pulcro se identificaba como con su propia imagen en el espejo. Todas las tardes, subido a la silla, me leía varios párrafos del libro, nombrándose a sí mismo donde debiera nombrar a Pablos. Y así, leía:

—Por cierto que no hay servicio como el de Pulcricos, si él no fuese travieso; consérvale vuesa merced, que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad, etcétera.

El Pulcro consideraba la literatura española del Siglo de Oro obra de un solo autor. Le gustaba todo salvo el Quijote. Por recomendación suya fui a una librería con el fin de traer de casa de mi hermana la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, libro sobre el que semanas atrás, durante los preparativos para la excursión en barca, había oído decir maravillas a mis compañeros. Todos ellos estaban unánimes en venerarlo, Izaskun Ayestarán inclusive, aunque reconoció haber leído sólo hasta la página cien.

Los libros de versos tampoco escapaban a la mordacidad del Pulcro, si bien sus comentarios y juicios sobre ellos no solían presentar el tono de categórico rechazo que por lo común le merecían los de los prosistas españoles modernos, e incluso no era raro que este o el otro poeta recibiera su bendición. A Juan Ramón Jiménez, cuyas obras yo he tratado de admirar durante años sin conseguirlo, lo conceptuaba el más grande poeta español después de Góngora. Como faltasen en mi biblioteca no sé cuáles títulos suyos, me concedió veinticuatro horas para salvar nuestra amistad, plazo que estuvo a pique de reducir a treinta minutos cuando descubrió sobre uno de los plúteos lo que de ahí en adelante llamaría el «alijo de obras» de Neruda, a quien desdeñosamente apodaba el Poetón. Tributaba elogios a Jorge Guillen cuyo peculiar estilo, sin embargo, parodiaba, y se decía lector constante de Rubén Darío, de Vicente Aleixandre y, en menor medida, de Vallejo, sin duda por repugnancia a compartir con otros el subido fervor que este poeta suele inspirar. El Pulcro aborrecía de muerte a Dámaso Alonso, al que imputaba la mayor felonía literaria perpetrada jamás por un erudito: haber traducido a Góngora al castellano. A su entender ello equivalía a arrancarle las plumas a un pavo real y dejarlo convertido en un lastimoso pajarraco, con las mallas y el pellejo a la vista. También detestaba las traducciones de poetas extranjeros, a muchos de los cuales aseguraba leer y entender en su lengua original con la sola ayuda de la perseverancia y de gramáticas y diccionarios.

Total, que llegó noviembre, llegaron los primeros fríos y la abuela seguía empecinada en desmentir el pronóstico de los doctores, que llevaban un mes augurándole lo peor. Los días se hicieron más cortos, de suerte que con frecuencia ya había oscurecido cuando mi compañero y yo salíamos a la calle. El Pulcro se empeñó por ese tiempo en enseñarme las normas del ajedrez. Migas de pan, tapones, monedas, azucarillos y otros objetos similares representaban las distintas piezas diseminadas por un tablero que malpintamos sobre una chapa de cartón. Cada tarde, al término del escrutinio de libros, jugábamos varias partidas sin más interés que comprobar cuántos minutos era yo capaz de resistir su acoso. Con el objeto de igualar

la lucha, el Pulcro prescindía a veces de su reina o de los roques; pero ni aun así variaba lo más mínimo el desarrollo de la contienda, que a los pocos movimientos indefectiblemente se inclinaba a su favor. Por sacarme la espina le enseñé a jugar al mus; con todo, aprendió tan rápido y tan bien que ya el primer día me ganó varias manos, confirmándome al siguiente que por aquel camino jamás obtendría yo desquite alguno.

El padre dormía casi siempre la siesta cuando el Pulcro llegaba del geriátrico. Se conoce que a veces lo despertaba el ruido de nuestras voces y, con mayor causa, la sospecha obsesiva de que su hijo hospedaba todas las tardes en su habitación a un activista de ETA. Se le figuraba que maquinábamos atentados y esto incrementaba aún sus temores, que no le dejaban sosegar. Al fin me los declaró. Sucintamente le expliqué quién era y a qué venía por las tardes aquel joven visitante que él había visto en diferentes ocasiones por la rendija de la puerta. A cambio de la información se comprometió a no salir de su cuarto, aunque la casa se incendiase, hasta tanto me hubiese ido de ella con mi huésped. Para mayor seguridad convinimos en que yo le anunciaría nuestra marcha desde el portal, tocando el timbre tres veces consecutivas. Al principio se mantuvo fiel a la promesa; pero pasados unos días, comoquiera que las estancias de mi amigo en nuestra casa se prolongaban mucho más de lo que aguanta sin saciarse la sed de un borrachingas, el padre comenzó a salir en secreto a la sala, donde no siempre abría o cerraba sin ruido la portezuela del mueblebar. En ocasiones podía oírse tintineo de botellas al otro lado del tabique. Aunque yo me apresuraba a sofocarlo elevando el tono de voz, no tardó el Pulcro en advertir que alguien más se encontraba en el piso y de este modo vino a saber que se trataba de mi padre. Esa noche regresé muy irritado, cuando él acababa de acostarse y se disponía a tomar los últimos tragos del día con la luz apagada. La cocina, el pasillo, la casa entera apestaba a vaho de borracho. Junto a la cama del padre la pestilencia no se podía resistir. Me retiré por ello hasta el umbral, y tapadas con la mano las narices, le conminé a que en adelante, no bien se hubiese levantado de la siesta, bajara al sótano a beber. Al punto dio su conformidad; pero no quise fiarme, receloso de que aceptaba mi mandato sin entenderlo, sólo por complacerme, de forma que, repetido, me juró por dios y por lo más sagrado que en el futuro haría según mi deseo. Y para que yo no alimentara dudas sobre su buena voluntad, añadió que la idea de meterse en el sótano por las tardes también se le había ocurrido a él y que se alegraba mucho de que ambos estuviéramos de acuerdo.

—No creas, hijo —lo dejé farfullando a oscuras—, si en realidad no bebo ni gorda. Total qué, unos traguitos de nada.

Por espacio de casi dos semanas la idea dio tan buen resultado que yo cesé de preocuparme. Pasada la mediatarde, el padre abandonaba su habitación en puntas de pie, los zapatos en la mano según teníamos convenido. Había transformado el sótano en bodega y allí se recogía solo a esperar la noche bebiendo con la radio puesta y el periódico abierto sobre la mesa. Obra de un mes hacía que el Pulcro me visitaba a

diario, salvo las contadas excepciones en que se interpuso algún acto de La Placa. En ese lapso no había topado al padre sino una vez y sin saber quién era. Sucedió a finales de octubre, en el portal. Mi amigo y yo salíamos con prisa para alcanzar el autobús que debía llevarnos a la cita con nuestros compañeros. El padre, no me explico con qué propósito, había abierto el buzón, e incapaz de mantenerse de pie, colgaba lastimosamente de la tapa, aferrado con ambas manos de la llave introducida en la cerradura. Al verlo, el corazón me dio un vuelco; pero hice como que no lo conocía y pasé a su lado sin dirigirle la palabra. El Pulcro, que venía detrás de mí oliendo un libro, no desperdició la ocasión de burlarse:

—¡Pero qué curda más linda lleva el conde Arnaldos! Ande, déle duro al buzoncito, a ver si canta —y sin detenerse tampoco a ayudar al borracho, salió conmigo a la calle.

Largo rato estuvimos riéndonos de lo que habíamos visto, mientras yo entre mí temblaba de sólo pensar lo poco que había faltado para que mi sarcástico amigo descubriera sobre el anverso de la tapa del buzón, felizmente vuelta hacia la pared en el instante de nuestra salida, mi nombre y apellidos. Esa circunstancia casual, unida a las prisas sin las cuales se me figura que el Pulcro hubiera demorado un momento junto al viejo para refocilarse con el sórdido espectáculo, me había librado por esta vez de la vergüenza. Fue inútil mencionarle al padre el episodio. No se acordaba de nada y, en consecuencia, no entendía que yo lo reprendiese. Sólo conseguí de él nuevas promesas y juramentos de permanecer oculto el tiempo que durasen las visitas de mi amigo. A vueltas con los malos augurios, yo temía que tarde o temprano (a menos que la abuela del Pulcro se dignase socorrerme muriéndose) sucediera lo que fatal y efectivamente sucedió a primeros de noviembre. Y fue que un día de tantos, mientras mi compañero leía en voz alta un pasaje de *El Buscón*, subido según su costumbre encima de la silla, escuchamos un estruendo procedente del pasillo y a continuación otro no menos sonoro que delataba con claridad la rotura de una botella. Ni aquellos ruidos, ni las quejas y maldiciones que los siguieron, representaban novedad ninguna para mí. De sobra sabía yo lo que acababa de acontecer. El Pulcro se alarmó, y antes que yo tuviera tiempo de oponerme a su propósito, saltó de la silla y se dirigió con presteza al pasillo, donde halló el más triste y miserable cuadro que se pueda imaginar. Tuvo la cautela de guardar silencio y de no sonreír ni mirarme ponzoñosamente mientras me ayudaba a poner derecho al padre; el cual, en su lengua trastabillante de alcohólico, no paraba de pedirme perdón por no haber sabido esconderse como debía, aireando de este modo nuestro concierto. El Pulcro, de vuelta al cuarto, prosiguió como si tal cosa la lectura de Quevedo y tampoco en los días ulteriores hizo mención de lo ocurrido. Me irritó su prudente silencio lo mismo que me habría irritado cualquier comentario jocoso de los suyos, y en adelante comencé a sentir fastidio por sus visitas.

Por aquellas fechas los miembros de La Placa acordamos la publicación del segundo número de la revista. El Pulcro albergaba dudas acerca de cuáles poemas

incluiría en las páginas a él asignadas, temeroso al parecer de que sus compañeros los rechazasen. Por esta causa había decidido someterlos previamente a mi consideración, de forma que se inclinara por éstos o por aquéllos según el juicio que a mí me mereciesen. Mostró interés en conocer mis obras, si es que existían, dijo, ya que ni él ni ningún otro miembro del grupo las había visto, como así era en verdad, con la única excepción del poemita escrito por Aizpurua que publiqué con mi nombre en el número 1 de *La Placa*. Aceptada la propuesta, trajo él al día siguiente un cartapacio con poemas y yo le enseñé los míos pertenecientes a la serie titulada *Entre los brazos de la diosa*, que para entonces comprendía un total de dieciséis piezas. Leía él lo mío y yo lo suyo sin que ninguno dijera nada, acaso más pendientes de observarnos de refilón que de atender a los papeles que cada cual tenía en las manos. En esto advertí que el Pulcro pasaba las hojas hacia atrás y detenía la vista en la del poema III. Era uno de los soñados, aunque posteriormente, por exigencias de la rima, lo sometí a retoques y alargué. Mi amigo lo leyó varias veces, bisbiseando:

Yertos tigres dormidos
en su fronda de piedra.

Fieras por cuyos ojos
vaga la vida muerta.

Vaga la vida herida
por umbrales de muelas.

Sólo el cielo se salva
de su voraz estrella.

El Pulcro reputó de audaz contrasentido aquella *vida muerta* de que hablaba el poema, muy en la línea de poetas que nadie desconoce, según dijo mirándome con fijeza burlona, como si recelase alguna trampa en mis versos.

—Lo bueno de la literatura de este siglo —manifestó— es que ha transgredido todos los cánones habidos y por haber. Lo malo, en cambio, es que ha transgredido todos los cánones habidos y por haber.

Dicho lo cual, declaró que sintiéndolo mucho no le quedaba más medio que formular una objeción a mi poema. No le agradaba que en el quinto verso la vida hubiese recobrado vida, por cuanto de ese modo quedaba anulada o contradicha la imagen anterior, que le parecía mucho más interesante.

—A mi juicio —concluyó— la estrofitita tercera es confusa y sobra.

Repuse, no sin enojo, que por fidelidad al sueño que me dictó el poema me negaba en rotundo a retocarlo.

—Y en todo caso —añadí— no sobra nada, que con permutar el orden de las

estrofas intermedias pienso que se ha de quedar sin fundamento tu reparo.

Puso él en duda que se pueda soñar versos medidos y rimados; contraataqué tachando de antiguallas sus sonetos; me imputó con marcado retintín influencias de un escritorcillo pomposo que aparecía a menudo en televisión; reprobé ciertos galicismos en que incurría; sonrió; sonreí; aseguró de manos a boca que le había impresionado gratamente la musicalidad de mis poemas; le felicité por su dominio de la adjetivación y a ese punto se acabó el hostigarnos y litigar. De común acuerdo seleccionamos después los textos suyos y míos que influiríamos en el próximo número de *La Placa*, dándonos palabra mutua de formar unidad de opinión frente a posibles críticas de nuestros compañeros.

Le pedí, con achaque de guardar obra suya en el archivo, y me concedió dos sonetos de unos cuantos que tenía escritos. El primero de ellos estaba destinado a ocupar un sitio entre sus *Textos del ataúd*, título que había extraído de un manual de historia del antiguo Egipto. Con él pensaba denominar su obra completa en verso, a la que de tiempo en tiempo iría agregando nuevos bloques o apartados de poemas, al modo de su querido Jorge Guillén. Este soneto, que a continuación transcribo, pertenecía a una serie de ellos llamada «Gongorra».

SONETO AL INODORO, CUYA CUARTETA SEGUNDA SE APROVECHA DE AQUELLOS NO MENOS EXCELSOS VERSOS QUE PUSO DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE EN LA OCTAVA TRIGÉSIMO NOVENA DE SU POLIFEMO, LOS CUALES REZAN:

«Lo cóncavo hacía de una peña
a un fresco sitial dosel umbroso».

Ojo al que van a ver Chicago un poco
los que al vidente sirven como al ciego,
o cuanto en Buenos Aires desde luego
no vierte nunca cálido Orinoco;

más que de peña, cóncavo de Roca
sitial que urgente hace a Polifemo
usar segundo, o al galante memo
restituir lo que usurpó la boca;

cumbre de nieve parda, pues no hay río
que no se agrande con su espeso llanto,
cautivo manantial en camarillas,

conoce igual el púber desvarío
que el mes que breves días dura y tanto
que llueve de los cuerpos en cuclillas.

El otro formaba parte de la serie titulada «Sonetos negros» y era, a mi entender, uno de los escritos que más fielmente reflejaban la condición perversa y cruel del Pulcro Matallana.

Oh llagas encendidas, purulentas,
fiebre ardorosa, sed insoportable,
quiste maligno, cáncer incurable,
heridas infectadas y sangrientas.

Oh lamentos, dolor y calentura,
sudores fríos, pupas enconadas,
muelas rebeldes, piernas gangrenadas,
de algún rabioso perro mordedura.

Oh picores, diarrea incontenible,
rostro que deformó fuego terrible,
huesos partidos y amputada mano,

temblor de la agonía, muerte horrible:
sólo a los dioses como yo posible
gozo de ver sufrir a un cuerpo humano.

Dos días después, segundo lunes de noviembre, a media mañana, el Pulcro me llamó por teléfono para comunicarme que esa tarde no vendría ni tampoco las siguientes. Dijo aquella máxima de su costumbre:

—La muerte es una falacia.

El juguete había amanecido roto.

Falté a clase la mañana que los estudiantes, congregados en el paraninfo, resolvieron hacer huelga en su honor. Se corearon consignas y se entonó el *Eusko gudari* frente a la imagen del nuevo héroe, pegada en el centro de una ikurriña. Me contaron que se produjo un intento de tumulto. Lo frustró el aroma de tortilla de patatas que en aquellos instantes se difundía por los pasillos; y así, la proyectada rebelión terminó, al poco de su comienzo, con una afluencia multitudinaria de agitadores a la cantina de la facultad, donde almorzaron pacíficamente, como de costumbre. Un día después, a mi llegada al aula, vi el ramo de rosas sobre el asiento que ningún estudiante se habría de atrever a ocupar hasta el final del curso, y entonces me enteré de lo ocurrido. Me impresionó más la silla vacía que los confusos relatos que nada sustancial añadían a la información que posteriormente leí en los periódicos. Una grandísima inquietud me impedía atender a las abstrusas disertaciones de los profesores. Por fin, antes de la conclusión de las clases, me escabullí del aula, y llegándome con presteza a la orilla del río, arrojé a la corriente los apuntes sobre Aristóteles que ya nunca habría tenido ocasión de devolver a su dueño. De esta forma recobré la tranquilidad. Por la noche, mientras dormía, imaginé con profusión de detalles la emboscada. Se la referí otro día a Antxón Villar, olvidando, quizá adrede, declararle que se trataba de un simple sueño. No hay duda de que él anduvo propalando mi fábula, pues discurrida una semana se la oí repetir sin apenas variaciones a un desconocido junto a la barra de la cantina. Por espacio de un mes aquel sueño llegó a convertirse en una obsesión de mis noches, hasta que una madrugada, desesperado, salté de la cama y lo escribí. Fue un largo, penoso esfuerzo que se prolongó durante horas y me dejó agotado, devolviéndome, a cambio, la paz:

«Pronto anochecerá y hacia este lado del monte los helechos bordean la entrada de la curva y tras ellos se yergue un roble solitario que se recorta casi negro sobre los agonizantes resplandores de atardecida y hay bellotas diseminadas por la tierra musgosa y buen sitio para cerdos, piensa, mientras vigila con el índice en el gatillo, y el lugar entre Urnieta y Hernani, es elevado y permite atalayar obra de trescientos metros de recta en pendiente y por la abertura de la capa olivácea asoma el cañón del subfusil y la patrulla habrá llegado hace una hora más o menos y desde entonces no ha cesado un instante de llover y ya es casualidad, aparezca de la furgoneta y caer las primeras gotas, y es como una maldición, toda esta tierra y poblaciones son una maldición, al menos para él y para los que son como él, y ahora que está apartado de los compañeros podría guarecerse bajo el árbol y aguardar sin apenas mojarse la orden de regreso, aunque sabe que si se retira junto al roble perderá de vista la carretera y los otros quedarán expuestos al peligro, que en esta región maldita se paga a menudo con la vida, y las instrucciones que ha impartido el teniente daban a entender con claridad que están de caza y ahora ya todos saben que el control a la

salida de la curva es una encerrona destinada a capturar a una presa que llegará de un momento a otro al volante de un Renault y cada vez que ve subir por la cuesta un coche de esa marca el corazón se le desboca y sus sienes palpitan y sus manos tensas aferran con resolución el arma y al roce de los helechos goteantes se empapan sus pantalones por debajo de la capa sobre la que la lluvia emite un sordo y tenaz repiqueteo y adondequiera que dirige la mirada no advierte más que signos de inhospitalidad y de inclemencia y por nada del mundo debe relajar la guardia, pues va en ello su vida y la de sus compañeros y, con todo, en los breves intervalos en que no se ve ningún coche por la carretera se agacha a recoger algún que otro níscalo que guarda con cuidado en los bolsillos del uniforme y si al término de la operación no se han deshecho podría preparar mañana un plato succulento para los amigos y a lo mejor también si se deshacen y la oscuridad se levanta paulatinamente desde la entraña del valle y bajo el murmullo soñoliento de la lluvia el campo se puebla de sombras acechantes y al otro lado de la carretera, en el talud donde flota la niebla estancada, los macizos de aulagas adquieren perfil de enemigos agazapados y en el fondo los arbustos señalan el curso sinuoso del riachuelo, más allá del cual un campo de maíz con pinta reseca se prolonga ladera arriba hasta un huerto lindante con un caserío, fachada blanca, ventanas asimétricas y un alero muy saliente sostenido por maderos que arrancan de la pared, y hay en el tejado una buhardilla destinada a palomar y a un costado de la casa, delante del portón, se alza un no se sabe si castaño o nogal entre cuyas ramas van y vienen zureando las palomas y detrás de él se divisa un cobertizo de piedras a hueso que alberga un arado y a la derecha nace el camino que poco después, a la altura de una ringla de metas, se bifurca y un ramal, el camino propiamente dicho, desciende hasta la carretera y el otro, que es un sendero de hondos relejes, flanqueado de manzanos, atraviesa monte arriba el pastizal hasta perderse en un bosquecillo de abetos y en el ángulo que forman los dos caminos al separarse un hombre y una mujer embostan un terreno labrado y el hombre, subido al carro, esparce estiércol con un biello en tanto la casera guía la yunta de bueyes taheños provista de una agujjada y ambos cubren sus cabezas con sendos sacos de arpillera y ella calza botas negras de goma y por el aire, hasta el escondite de helechos, en la ladera de enfrente donde él vigila y recoge setas, se difunde olor a estiércol, a tierra removida, a putrefacción vegetal, a musgo, a otoño, y una comadreja saltarina surge de entre las matas que bordean el talud y alza el hocico y husmea y sin que nadie le haga nada arranca a correr y desaparece a toda mecha por donde había salido y en una espesura al fondo de la recta centellea el punto rojo de una linterna y al verlo arroja él un hermoso níscalo que acababa de encontrar y empuña el arma con ambas manos, pues aquella lucecita del color de la sangre es la seña convenida para avisar que se acerca un Renault y en breve los dos faros encendidos enfilan la cuesta y aún no es noche cerrada y por eso, cuando pasa el vehículo cerca del helechal, él acierta a entrever el perfil barbado del que conduce y segundos después suena el chirrido del frenazo y los dos caseros interrumpen la labor

y miran hacia la carretera donde alguien grita, quizá el oficial, y sus voces son apagadas por el súbito traquido de un pistoletazo y ráfagas de subfusil barren las aulagas y una sombra ágil se escabulle por donde poco antes lo había hecho la comadreja y él salta a la carretera y la sangre le hierve en el cuerpo mientras corre en pos del fugitivo y la capa entorpece su carrera y los níscalos revientan en sus bolsillos y desde el borde del ribazo dispara a la ventura un cargador completo y a tiempo de encajar otro le llegan refuerzos por la izquierda y los tallos del maizal caen tronchados bajo la lluvia de balas y en medio de la frenética confusión no se percatan de que presentan un blanco fácil y en esto un tiro suelto proveniente de la oscuridad los obliga a echarse cuerpo a tierra y apretados contra el lodo aguardan la orden de persecución, pero lo único que en esos instantes se oye son los gemidos del oficial caído en el asfalto y unos minutos después la patrulla de relevo que se encargará de rastrear la zona en busca del prófugo mientras ellos se retiran con el otro, un estudiante obeso al que medirán las costillas dentro de la furgoneta blindada y por la noche en los sótanos del cuartel para que cante todo lo concerniente a los explosivos encontrados en el maletero del Renault y quién era el hijo de puta de las barbas que le ha metido un balazo en el muslo al oficial y otro día los periódicos publicarán el retrato del militante de ETAm capturado, alias Gizena, a quien la Guardia Civil supone miembro del comando terrorista que recientemente atentó contra las tuberías de conducción de agua de la empresa Michelín-Lasarte e imputa la participación en las explosiones del verano pasado en Fuengirola, Torremolinos y Gerona, así como en el tiroteo que causó la muerte de un guardia civil a primeros de año en el pueblecito guipuzcoano de Itziar».

La tarde que Checho Aizpurua fue detenido hice creer al Pulcro que a las seis sin falta debía hallarme en la piscina, porque a esa hora estaba prevista la actuación de un grupo de trampolinistas venidos desde Barcelona con el propósito de mostrarnos una nueva técnica de saltos. Mi compañero se dio más prisa que nunca en ojear los libros de mi biblioteca, mientras fumábamos un puro a medias; le presté un fajo de apuntes sobre teoría literaria y salimos. Yendo en el autobús, comenzó a llover. Nos apeamos como de costumbre delante de la catedral, donde me preguntó si había inconveniente en que él asistiera a la exhibición de los catalanes. Para significar que podía costearse la entrada, me enseñó un puñado de monedas sobre la palma de la mano. Le respondí que en nuestro club estaba muy mal visto llevar mirones a los entrenamientos. Al respecto le relaté el caso de un chaval, excelente nadador, que había aparecido un día con su novia, y como el resto se negase en redondo a meterse en el agua hasta tanto que la intrusa se hubiera ido, al entrenador no le quedó más remedio que expulsarla. Con ella se marchó su bienqueriente, que por despecho abandonó la natación. Y tras contarle esa trola, nos despedimos hasta la tarde siguiente. El Pulcro se alejó camino de su casa, siguiendo la misma calle por donde yo debía dirigirme a mi destino secreto. Ni corto ni perezoso tomé la dirección opuesta; pero no bien hube llegado al soportal me detuve detrás de una columna, a cuyo amparo permanecí escondido el tiempo que le costó a mi compañero doblar la esquina. Extraje entonces un frasco de colonia que llevaba oculto en un bolsillo de la chaqueta y, perfumándome derramadamente, me puse en camino hacia la calle de Urbieta, donde a las seis de la tarde tenía una cita con la felicidad.

Sentía un turbio desasosiego, un canguelillo tenaz desde las once de la mañana, cuando por teléfono habíamos concertado aquel encuentro íntimo. De pronto, mientras andaba entre la muchedumbre, me tomó tal excitación que empecé a temblar y a padecer apuro de vientre y a llenarme de calor y de un miedo grandísimo que derivó hacia el pánico cuando, al mirarme en la luna de un escaparate, descubrí que llevaba en desorden el peinado. En el cruce de Urbieta y San Martín el autobús de Amara había embestido a un automóvil. Rodeados por un corrillo de paraguas, los dos conductores discutían y se increpaban a grito limpio. Miré el reloj. Faltaban diez minutos para la gran hora, para la hora triunfal en que mi biografía debía alcanzar una de sus cúspides más elevadas. Sin perder un segundo me llegué corriendo hasta una taberna de la calle de San Bartolomé. Ante el espejo del retrete recompuse mis cabellos y a continuación me vacié de orina, horrorizado por la idea de que me importunase la vejiga en un momento crucial de la vida de cualquier varón. Enjuagué después mi boca con colonia, decidido a exhalar esa tarde el aliento de los ángeles, razón por la que retuve el sorbo hasta salir a la calle, donde lo escupí.

En la acera de enfrente, un descargador con bata blanca ensangrentada transportaba en hombros un cuarto descomunal de vaca. A la vista de la carnuza di en

la cuenta de que no se me había ocurrido comprar ningún obsequio para la gentil personita que en breve me abriría la puerta de su casa. El retraso ya era inevitable, pues pasaba un minuto de las seis. Me dije entre mí: una demora se puede justificar (el Pulcro, que me ha entretenido, el autobús que ha chocado con un coche); lo que de ningún modo lograrás disculpar es la bajeza de presentarte de vacío, como quien a banderas desplegadas viene en busca de su personal provecho. Así pensando, corrí hasta una librería de la calle de Urbietta, donde mi brusca entrada suscitó un respingo de alarma entre las dependientas. Tres personas me preguntaron simultáneamente qué deseaba. Respondí, jadeando, que un libro cualquiera escrito por mujer. Se percataron de mi prisa y me ofrecieron uno que tenían a mano, de Simone de Beauvoir, que acepté al momento, sin hojearlo ni reparar en el título ni en el precio. Me lo envolvieron para regalo, pagué y me fui tan deprisa como había venido, dejando olvidada adrede, al lado del paragüero, la bolsa con los avíos de nadador.

Una especie de vértigo me dominaba cuando llegué al edificio, en uno de cuyos innumerables habitáculos supuse que había de probar esa tarde, por vez primera, las dulzuras del amor físico. Como si el destino que me deparaba fortuna tan deleitosa se hubiera propuesto resaltarla por medio de una antítesis, nada más entrar en el portal hallé a la sombra de un rincón un velador cubierto con un paño negro. Encima podía verse una palmatoria con su vela encendida, a su lado un tintero y delante, sobre una bandeja de peltre, pluma y papel para que los visitantes estampasen su firma en señal de duelo por algún vecino fallecido recientemente. Vi en ello un buen augurio y pasé adelante. Apenas hube comenzado a subir las escaleras oí tacones que bajaban. En la penumbra de un descansillo topé con ella, que al verme dio un repulso, como sorprendida de encontrarme. Acicalada y olorosa, antes que le pudiera hablar me rodeó el cuello con sus brazos y comenzó a prodigarme besos y zalamerías. Luego, en tono de lamento, me hizo saber que no podía quedarse conmigo esa tarde porque alguien que significaba mucho para ella la había llamado de improviso y solicitado consuelo y ayuda a fin de superar un mal trago y tal y cual.

—Tú me comprendes y perdonas, ¿verdad, Flaco?

No la quise contrariar. Estaba tan bonita, tan seductora con sus gruesos labios pintados, la fragante melena suelta, el abrigo de conejo que acababa al par de la minifalda, que no pude menos de sentirme indigno de gozarla. Excesivamente hermosa para mí, pensé. En esto, metiendo una pierna entre las mías, premió mi docilidad mediante un beso largo, lenguoso, que hasta bien entrada la noche había de dejar en mi boca un melancólico sabor de carmín. Al oído me susurró que se moría de ganas de acostarse conmigo, porque a los tipos cojonudos como yo, dijo, no hay chavala que se resista. Se desasíó después, y reparando en el paquete que yo llevaba, adivinó que contenía un regalo para ella y en prueba de agradecimiento tomó con ambas manos mi cabeza y atrajo mi boca a la suya, que pensé bebía de mí como de un cuenco. Extrajo a continuación del bolso un manojito de llaves y me lo entregó, indicándome con cuál se abría la puerta de su piso; así podría yo, dijo, dejar dentro el

regalo y, si se me antojaba, ponerme cómodo, ojear su álbum de fotografías, servirme una bebida. Me rogó que a mi marcha escondiese las llaves debajo del felpudo.

—Me gustas mogollón —dijo en aquella jerga al uso a que era por demás aficionada, me lanzó un besito presuroso con la mano y se alejó a paso de carga, trapaleando por las escaleras.

Se apagó la luz y, acodado en el pasamanos, me puse a rumiar en silencio mi desilusión. La oscuridad olía a la muchacha. Sonaban de vez en cuando ruiditos misteriosos: quizá el crujido de algún astillazo, de alguna recóndita dentellada de roedor, quizá la pequeñísima rajadura que anuncia el hundimiento del edificio a la vuelta de varias décadas, cuando ella fuera una vieja gorda que saca a pasear su perro de lanas y yo el señor calvo y triste que a decir verdad ya entreveo en el espejo. Pensé que un viaje me sentaría bien, concretamente un viaje en picado a través del hueco de aquella escalera, la forma más efectiva y rápida de librarme de tantos incordios y desazones, de tantos chascos y zozobras que le cuelgan a la vida como al árbol sus frutos. Largo rato permanecí a oscuras en el descansillo, absorto en meditaciones funestas, el inútil obsequio en una mano, el racimo de llaves en la otra. De pronto me exaltó una idea, en que cifré mi esperanza de resarcirme de la enorme decepción que me roía. Impelido de repentina vitalidad, bajé saltando los escalones. En primer lugar me dirigí a la librería, donde recobré la bolsa y donde amablemente consintieron en cambiarme el libro por otro bastante más barato, luego de darles a entender que el de Simone de Beauvoir ya lo poseía la persona a quien había pensado regalarlo. Fuera seguía lloviendo. Oscurecía y todos los escaparates estaban iluminados. Traté, sin éxito, de recordar dónde habría una ferretería por aquella zona. Resolví preguntarle a un transeúnte, cuya indicación precisa me condujo calle de Urbieta adelante, hasta una tienda oscura, frente al mercado de San Martín, donde hice confeccionar copia de dos de las llaves que mi compañera me había confiado: la del portal y la de su piso, al cual regresé sin pérdida de tiempo.

En el cuarto de baño me sequé con una de sus toallas. Había pelos de ella, largos y negros, por doquier: en el lavabo, en la bañera, sobre las baldosas, y había mucha suciedad y desbarajuste, no sólo allá, sino por toda la casa, y en especial dentro de la cocina, donde vi platos con restos cubiertos de moho. Busca que busca hallé por fin una taza medio limpia en que servirme una cerveza que cogí de la fresquera, por cuyas baldas iban y venían a su placer algunas cucarachas. El cubo de la basura, rebosante de desperdicios y con la tapadera abierta, se me antojó la caja de Pandora de los olores. Traté de cerrarlo, pero tenía el pedal roto. Un desorden semejante reinaba en la sala de estar, y más que un desorden, una fiesta del caos que no se podía mirar sin sonreír: discos fuera de su funda desparramados sobre la alfombra, junto a una balumba de zapatos, cojines y ropa; una mesita de cristal en el centro y encima de ella un bote raso de colillas, la máquina de escribir, revistas del corazón, envoltorios de chokolinas, librillos de papel de fumar, vasos, un termómetro, una tetera churriente; el televisor en el suelo, sobre una pila de periódicos; una vitrina

abarrota de baratijas y de libros hacinados a la diablo; sobre el sofá, una canastilla volcada de la que salía un vómito de hebras enjaranadas, alfileres, carretes de hilo, dedales, tijeras y otros utensilios de costura.

El dormitorio presentaba un aspecto más ordenado, aunque tampoco escaseaban allí las prendas tiradas ni la pelusa. La mitad del espacio lo ocupaba el lecho, sobre cuyas revueltas cobijas se amontonaban muñecos de diversas formas y tamaños. Destacaba por sus dimensiones un león tuerto de peluche. Junto a la cama, en un rincón, había una lámpara de pie con el ribete descosido, y entre ella y la ventana con vistas a un sombrío patio interior, una cómoda de cinco cajones que me puse a registrar con deleite morboso. En uno de ellos encontré una copiosa colección de lencería. Después de manosear las prendas a mi antojo, me tomó capricho de apoderarme de una braga azul de seda con encajes. Antes de guardármela, hecha un burujo, en el bolsillo, la rocié con gotas de un perfume que se hallaba a la vista. Me di después a hurgar en el armario, en un baúl destinado a ropa sucia y al fin en la mesilla de noche, dentro de la cual había un sinfín de medicinas, una pera para lavativas, un joyero, un diafragma de goma (que no me privé de oler), y en un cajoncito superior, junto a pañuelos y postales, el gran tesoro: su diario.

Me senté en el borde de la cama, abrí la pequeña agenda de pastas rojas y me dispuse a recrearme con la lectura de confidencias previsiblemente amenas; pero enseguida me acometió un ansia vibrante que me obligó a desistir de mi propósito. Las manos me temblaban de excitación. Imposible leer un solo párrafo en esas condiciones. ¿Qué hacer? ¿Llevarme el diario? Absurdo, se notaría. ¿Volver en otra ocasión para ojearlo con la debida calma? El reloj me dio la respuesta: faltaban apenas veinte minutos para el cierre de los comercios. No había tiempo que perder. Descendí a todo trapo las escaleras del edificio y en dos zancadas llegué a cierta papelería situada en la cercana calle de Urdaneta, donde estuve fotocopiando páginas hasta que el dependiente, harto de advertirme que ya era la hora de cerrar, desconectó la máquina. De vuelta al piso, restituí el diario a la mesilla de noche, oculté las llaves conforme a las instrucciones de mi compañera, y casi tan contento como si hubiese disfrutado del favor prometido que no recibí, me marché. Al llegar al portal, me detuve junto al velador cubierto con el paño negro. A punto de añadir mi nombre a la larga lista de firmantes, discerní a un costado de la hoja la esmerada caligrafía del Pulcro Matallana, su sentencia de costumbre, que modifiqué a mi gusto, dejando escrito: «El amor es una falacia».

... en *La Voz* tres de mis mejores poemas. Me emociona pensar en la cantidad de gente que los habrá leído. A Jo no le han gustado y a los demás por supuesto tampoco. Jo nunca me perdonará la aventura con el danés. Los hombres: unos posesivos, unos agarradores. Ávidas proyecciones de sus manos.

16 ju.

El periódico sacó una carta en contra nuestra. Nos llaman españolistas. A la gente le molesta que descuelles y enseguida trata de devolverte al suelo tirando de ti, de tu prestigio, como de las sogas de un globo. A mí la carta no me ha molestado ni pizca, pues demuestra que se nos empieza a conocer. ¿Qué otra cosa puede esperar un escritor sino que se le conozca? A Genaro la carta le ha sentado como un tiro. Ha anotado el nombre del firmante en un papelín por si lo encuentra un día en algún acto cultural. Dice que le partirá la cara. En este país parece que todos llevan la violencia en la sangre. La amá igual. Ha amenazado con dejar de hacerme la limpieza en el piso. Se le ha metido en su cabecita con rulos de ama de casa que salgo muy escotada a la calle. La cosa ha terminado en guerra mundial, con bombardeo de lágrimas y reproches. En realidad yo tampoco me libro de ser violenta. Le he enseñado a Genaro un truco para patear palomas. Nos lo hemos pasado pipa.

17 vi.

Hoy nadie me ha querido. Lo escribo como lo siento. Ha sido un día para tirar a la basura. Y eso que estamos en Semana Grande y debería andar de pingo por ahí. Desde la mañana las cosas han ido mal. Primero Marta, a la que hace una porrada de tiempo que no veía. Va y me aparece en el piso acompañada de un tío guaperas de Salamanca. Yo pensaba que venían a echar el polvete aquí, porque ella sigue comiendo la sopa boba en casa de sus viejos y no tiene dónde montárselo. Pues les dejo pasar, me presenta al chorbo y dice que se pira, o sea que la Celestina me traía el perro a la cama. ¡Con lo buenas amigas que hemos sido! Le he dicho lo que creo que tenía que decirle. La idiota me ha llamado de todo. Que desde que salgo en los periódicos se me han subido los humos a la cabeza. Que ya no desea mi amistad. Después de comer fui a la tienda a ayudarle a Genaro con el tueste. Abrigaba esperanzas de que su compañía me subiese los ánimos. Su vieja me trata con acritud de suegra, más impertinente imposible. Él tampoco las tenía todas consigo. Dice que no paro de hablar de Jo. Querían que me quedase a cenar con ellos unas lentejas del año de la tana. Me he excusado diciéndoles que me dolía la cabeza, lo que por desgracia es verdad. Lo dicho: un día para tirar a la basura.

18 sa.

19 do.

20 lu.

¿Cómo verán la vida los que no sufren? A veces me gustaría ser un ratón, vivir poco pero intensamente, vivir sin dolor. Pasé el fin de semana en la cama, con el dormitorio a oscuras, bebiendo y vomitando manzanillas. Sigue el periodo, que esta vez ha sido fortísimo. Nunca olvidaré que el médico me vaticinó una larga vida. ¡Vaya un consuelo! Por la tarde remitió la jaqueca y he podido asistir a la reunión en casa del Pulcro. Sensación de haberme perdido grandes acontecimientos. Me cuentan que ayer anduvieron pateando palomas y luego amparando en plan Quijotes a desvalidos y subnormales. Parecían felices. Ya les daría yo un poquito de mis dolores, para que sepan lo que es bueno. A Flakúas le jipé mirándome la entepierna por debajo de la mesa. Es un tío de lo más raro. Si la decisión dependiera de Genaro ya estaría fuera de La Placa, pero parece que Jo hace muy buenas migas con él. ¿Serán maricones? La Merceditas como siempre limpia que te limpia con delantal y carita de pena. Veo en sus ojos que no me traga la pobrecilla. Una cosa tengo muy clara: la esclavitud en el hogar o en cualquier parte no me seduce ni hostias. Machos, a ver si os enteráis.

21 ma.

Me levanté de buen humor, sin jaqueca. El aítá soltó la mosca para trapos. Toda la mañana de boutiques. Me bañaría en una piscina llena de faldas, blusas, medias, camisas, pantalones, pañuelos, abrigos. Fuera penas. He pulido todo el dinero. Tengo que recuperar como sea la alegría que me ha faltado durante los últimos días. Vi una camisa preciosa para Genaro. Lástima que no se deje vestir. Si se la compro es capaz de limpiar con ella los cristales de las ventanas. Yo no podría nunca enamorarme de nadie sin tener la certeza de que me corresponde. Nuestra relación es muy especial, como todos los noviazgos con escritores. Seres complicados. Genaro me ha jodido la tarde. En la chocolatería, entre churro y churro, le insinué que deseo apuntarme a algún curso de euskara. ¡Por poco me suelta un bofetón! Lo vasco le repele. Sin duda cosas de su infancia que se resiste a contarme. Pero eso no es todo. Yendo por San Jerónimo encuentro a mi amiga Lurdes, que me habla con entusiasmo del ambientazo que se respira estos días en KU. Me muero de ganas de bailar. Bailar: mi mayor deseo en la vida. Nos quedamos a solas y Genaro empieza a echarme la bronca. Que debería dedicar más tiempo a mi formación literaria, a leer, a adquirir conocimientos. Luego se ha dado el piro. De pura rabia casi me voy a la discoteca, pero al final no me he atrevido.

22 mi.

Genaro, el gran escritor del futuro, me ha dejado. Sospecho que llevaba varios días intentándolo. Al fin el cobarde ha ahuyentado la mosca (yo) que se le había puesto sobre el hombro. Razones: que me duele muchas veces la cabeza (ni que fuera contagioso), que no tiene vocación de enfermero ni de masajista ni de hermanita de la caridad. Me pregunto cómo he podido besar a ese cerdo y acostarme con él. Aparte considerarme tonta, por lo visto significo un estorbo para sus aspiraciones intelectuales. Le quito tiempo y no sé qué más. Consecuencia: nueva jaqueca. He llamado a Jo como quien pide auxilio a los socorristas. Me parece que estaba un poco remolón por teléfono. Luego he sabido que su mal genio no era por mí, sino por los carotas de abajo, que no le pagan. *Mitia*, cariñín, siempre te alegras y retozas cuando me ves. El afecto de Jo me ha quitado el dolor de cabeza. A punto de desnudarnos aparece el pelma de Flakúas a recoger unos libros. Traía la ropa llena de polvo. No es mal chico: se ha pirado enseguida. Después he sabido que antes de mi llegada ya estaba él allí, escondido debajo de la cama. Sin duda habrá oído lo de mi ruptura con Genaro. Esperemos que no se vaya de la lengua. Se conoce que en el momento de irse de puntillas he salido yo del retrete y ha hecho como que llegaba. Jo y yo nos hemos cachondeado después de lo lindo a costa del infeliz, que desde que trabaja en cervezas El León tiene una pinta de desgraciadillo que no puede con ella. Jo estaba ansioso de hembra. Mucho intelecto y mucho libro, pero al final les domina el aparato. Un poco más y me rompe. Pero sabe que se lo puede permitir porque le quiero.

23 ju.

Llueve y llueve, justo ahora que nadie podría impedirme ir a la playa. Estoy tan leche que me da vergüenza mirarme en el espejo. Esta mañana me ha salido un poema muy bonito. Decididamente no valgo para eso de contar sílabas. No debe importarme. Son juegos de varones. Postulo (horrenda palabra, suena a culo) que las mujeres escribamos a nuestra manera. Aleluya: después de mucho tiempo volví a meterme en una discoteca. Estuve con Lurdes, Idoia, Marta (que me ha pedido perdón por lo del otro día), mis queridas putillas de KU. Entre todas llevábamos encima lo menos una tonelada de maquillaje. Chismes: se ha casado el Fortachón con una poquitacosa y Marta está enganchadísima al caballo. Acabará mal. ¿Qué más? Pues que he bailado como una epiléptica durante varias horas. Sensación de haber vuelto al planeta Tierra después de una larga estancia en el espacio. Estoy rendida y feliz. Y ya es hora de irse a loló. Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón. Ah, se me olvidaba lo más importante: todas habían leído con admiración mis poemas de la semana pasada en el periódico. Me estoy haciendo famosa en la ciudad. Yupi, yupi, tralará. Día de mañana, si vas a ser malo con la Izas no vengas, quédate donde estás, hazme el favor.

24 vi.

Amaneció nublado, feo, cochino, marrano que comes la sopa con la mano, pero a media mañana levantó. He pasado horas en la playa tomando el sol como un lagarto, o como una lagarta, que es lo que soy. Me he llevado un libro serio, de esos que gustan a los mamelucos de La Placa. Tres veces lo he empezado. A la cuarta lo he mandado a la mierda. Estoy roja como un tomate. Y molida por las agujetas. Lurdes acaba de llamar. Que tenemos que salir juntas esta noche. ¿Qué se propondrá? He decidido ser una mujer resuelta, fuerte, libre. Le he dicho que sí.

25 sa.

Llegamos al piso a las tantas, borrachas como sargentos. La Lurditas está hecha una tortillera de marca mayor. Tiene problemas con su amiga y necesitaba contarle las penas a alguien. Lo que no me imaginaba es que su confesión terminaría como terminó, sacando del bolso una chistorra de goma que por poco no se la tiro por la ventana. Pero hoy por hoy es mi mejor amiga. Conque le di permiso para que me tocara mientras me dormía y la verdad es que con sus masajes y caricias he dormido como Dios y me he levantado sin jaqueca. Durante la reunión en casa del Pulcro no he parado de pensar en ella. Genaro se mostró la mar de amable conmigo, pero de alguna manera me sentía como una sandalia dentro de un acuario. Anoche la Lurdes me dio a probar la suavidad. Gracias, Lurditas. Estás hecha una guarra.

26 do.

Me levanté temprano con muchas ganas de hacer cosas, de moverme y saborear la vida. Sesión de gimnasia delante del espejo. Soy chaparra y gordita. ¿Señal de inteligencia? Porque según Genaro el talento y la belleza física se repelen. La amá (si descontamos sus varices) tiene las patas igual que yo, está canosa, arrugada, envejecida, y sin embargo no parece que su cociente intelectual evolucione en dirección alguna. Ningún crítico que examine la obra de un escritor se para a determinar si éste es guapo o feo. Signo inconfundible de mariconería si lo hace. Pero conozco pocos que al abordar la obra de una mujer no empiecen por echar una ojeada a la cara de ella y preferiblemente a otras partes de su cuerpo, mencionando con frecuencia sus facultades creativas como si fueran un miembro anatómico más. (Luchar contra esto con todas mis fuerzas, a mordiscos si es preciso). El día empezó por así decir en una cumbre. La gimnasia supuso un paso de descenso hacia el valle. Hasta la hora de comer mantuve un nivel de actividad bastante alto: ordené la sala, escribí una postal dirigida a mí misma (que espero recibir mañana), me bañé, ayudé a la amá a destripar sardinas y de sobremesa les he ganado a ella y al aitá cien duros al parchís. Todo este torrente de actividad desembocó en una tarde aburrida. Hubo manifestaciones, no sé por qué. A cuatro o cinco personas he llamado y ninguna estaba disponible. Soledad, soledad, soledad. Es como un vestido muy estrecho o como un collar que aprieta hasta casi ahogarme (anotar esto para un futuro poema).

Estuve periqueando con la esperanza de darme de bruces con algún conocido. Había pasma para dar y tomar. Vi al viejito al que Genaro abofetea cada vez que lo encuentra. Oscurecía, soplaba algo de brisa fresca y me he metido en una iglesia a hablar conmigo. Sospecho que creer en algo me reportaría grandes beneficios psicológicos, morales o así. Soledad, soledad, soledad.

27 lu.

Me ha nacido un cachorrito de diecisiete años. Se llama Pulcro. Vino a pedirme que sea su madre. Pobre. Nada más llegar se metió en mi cama y en ella ha permanecido hasta la hora de salir. Su padre le había zurrado la badana y se siente incomprendido y maltratado. Antes de irnos le he dejado cepillarme la melena.

28 ma.

El cartero trajo la postal. Sin leerla la he tirado a la papelera. Lo que tenga que decirme lo escribo en el diario y punto. Necesidad de sol. Cogí los bártulos y hala, a la famosa playa de la Concha. Pues llego y no está. Se la había tragado la marea. Aunque no llevaba nada para jalar he cogido el bus de Igueldo y me he ido solita a las peñas de Tximistarri a solearme en canicas, como en los buenos tiempos. Mujer resuelta, qué narices. Había más carne que en una charcutería. Sensación de placidez, de libertad, de estar íntimamente unida a la naturaleza. Se me ha ocurrido un verso: Mi cuerpo pertenece al sol, al agua y al viento. Cuando el Lorenzo trasponía el horizonte (qué bien escribo), a patita hasta KU. En la discoteca me sentía tan cochina, tan sudada y tan pegajosa que no he querido bailar el agarrado con nadie. Al llegar a casa he encontrado una nota de Genaro metida en la rendija de la puerta. Que le llame.

29 mi.

Sonó el timbre, Genaro, un montón de libros de regalo, que le perdone, que me ama, reconciliación. Se ha cortado el pelo y arreglado la barba, y estaba muy limpio, todo para complacerme. Ha prometido ser cariñoso y dulce y quererme mucho y respetarme. Ojalá sea cierto. Hemos pasado el día entero en la cama oyendo música, conversando sobre literatura y sobre nuestros amigos, bebiendo, fumando, riendo: ha sido muy, muy, muy bonito. Para la cena hemos abierto unas latas de melocotón en almíbar que quedaban en la fresquera. Él ha expresado su deseo de quedarse a dormir, pero quería avisarle a su madre para que no se preocupe. Total, que como la vieja le necesita no se ha podido quedar. Llevo una hora llorando y aún no sé por qué.

30 ju.

He dejado un fortunón en la perfumería: pintalabios, una polvera con espejín

(parecida a una de la amá, años cincuenta), esmalte de uñas (negro), compresas, crema de pepinos, que dice Idoia es muy buena para el cutis. Después a la pelu. Manicura, cortar las puntas y cotillear con Irene, lo que no ha podido ser porque la tonta del bote se ha quedado preñada y ya no trabaja. Objetivos: comenzar una nueva era de mi vida, cambiar de aspecto, sorprender favorablemente a Genaro, que vino a comer más peinado que si hiciera la primera comunión. Estuvo muy simpático y hablador. La amá lo adora. Cree que por fin me he echado un novio formal. ¿Y si fuera verdad? A Genaro le quiero, de eso no hay duda, pero, ¿le quiero mucho? Me he pasado la tarde observando de cerca sus reacciones. Creo que le quiero de verdad. Fuimos a jugar a las maquinitas. Él se lo toma muy en serio eso de acribillar marcianos, sudaba como un hipopótamo en la sauna. Después retorno como pareja a las reuniones en casa del Pulcro. De antemano hemos convenido en formar una unidad de criterio. Genaro insiste en sacar la revista y nos ha pedido a Jo y a mí un gesto económico en favor de la causa. Jo se ha opuesto con toda su alma. ¿Le joderá nuestra reconciliación? Tampoco ha aceptado la ocurrencia del Pulcro de salir por las noches a atracar paisanos hasta que hayamos reunido una suma suficiente. Jo ha defendido la necesidad de ajustarnos a principios morales. No tiene remedio. Genaro piensa que es el jesuita de La Placa. Genaro se va a quedar a dormir, y como es incapaz de hacerlo sin su pijama, lo ha llevado todo el santo día debajo de la ropa. Ahora me explico por qué sudaba tanto en la bolera.

31 vi.

Genaro se despertó temprano y se fue. Le prometió a su madre que volvería pronto para preparar palomitas y empaquetarlas. Tengo que reconocer que me he sentido decepcionada, pero por otra parte esa fidelidad suya a la vieja no deja de impresionarme. Hice cuanto estaba en mi mano para no sucumbir al desánimo. Por una vez creo que lo he conseguido. Primero fui a desayunar a una pastelería frente al Buenpas (cruasanes con café) y allí he leído el periódico como una gran señora (la ETA se cepilló ayer a dos polis). Hasta la una de compras. Comprar me relaja y me ayuda a olvidar sinsabores. He adquirido una mesilla para el dormitorio. Así no tendré siempre a la vista los medicamentos, que es una cosa que me deprime cantidad. En la Avenida compré unos zapatos de tacón preciosos, por 14.000 pelás (casi lo que costaría sacar la revista en imprenta). El aitá descorchó una botella de cava durante la comida. El muy cabrito lleva dos pisos vendidos en lo que va de semana, conque no me ha costado sonsacarle el dinero de la mesilla ni el de los zapatos. Quedé tarde con Genaro porque quería entrevistarse con no sé qué tipo de la caja de ahorros a fin de socaliñarle una subvención. Esperándole en la cafetería Barandiarán me he puesto a escribir versos. Creo que cada día se me dan mejor y que pronto daré que hablar. Genaro vino de mala leche porque no ha logrado lo que se proponía. En el cine se ha quedado roque. Todo cristo le chistaba para que dejase de

roncar.

Septiembre

1 sa.

En Tximistarri con Lurdes y su nueva amiga, Ainhoa. No es fácil la amistad entre mujeres. Los tíos se lo montan mil veces mejor y es una de las cosas que más admiro en ellos: su capacidad de constituirse en equipo, de convivir, de imponerse metas comunes. Las tres nos hemos pasado la santa mañana discutiendo de nimiedades. Al final me he venido a casa antes de lo previsto y me he preparado para salir con el Pulcro, que me pidió ayer lo acompañase a la puerta de alguna iglesia para sacarle fotos mientras mendiga. Genaro ha aprovechado para quedarse en casa a escribir. Me temo que no ocupo el primer lugar en su corazón. Me preceden su madre, la literatura y el empaquetado de cacahuets. A la chita callando quizá me dé esta noche un garbeo por la discoteca.

2 do.

Me faltan fuerzas y ánimo para escribir. Resumiendo: ayer regresé a las tantas. Me ha dolido la cabeza durante todo el día, pero he disimulado para que Genaro no lo advirtiera. El calladito de Flakúas ha resuelto el problema de la financiación de la revista. Su padre la fotocopiará gratis. Ya está hecho el reparto de páginas. En cuanto apague la luz voy a rezar para que mañana me levante sin jaqueca.

3 lu.

Huelga general. Todo paralizado menos nosotros. El que duerme no camina. Jo mostró su desacuerdo con algunos puntos de nuestro manifiesto. Me da la impresión de que busca a toda costa la polémica con Genaro. Le pisé a éste un pie para que no se dejase envolver en una pelea de ciervos. Jo preferiría que no politizásemos el grupo. Dice que la política hiela los corazones, entumece a los poetas y los deja como almidonados. El Pulcro hacía muecas de burla a escondidas. Helar los corazones: ¡si supiera él que Genaro y yo hemos escrito el manifiesto en la cama, después de hacer el amor! Pero el Cojo no es malo, y como se sabe más solo que la una con sus teorías superinteligentes que no sirven para nada, tras meternos el gran rollo filosófico se ha ofrecido a prestarnos un atlas con objeto de que calquemos el perfil de Nicaragua. Él mismo ha tenido la idea de emplearlo como marco de nuestro escrito. Adoro las debilidades de los hombres fuertes. El número está prácticamente confeccionado. Falta rellenar las páginas reservadas a los foráneos. Yo voy a meter todos los poemas recientes que pueda, aunque haya de colocarlos apretujados. Sin ambición no se llega ni a la vuelta de la esquina. Necesito que alguien me ceda un hueco para una pegatina

de Sandino. ¿Cuánto me juego a que lo consigo? Helar los corazones. Él sí que tiene el corazón helado, que me mandó a paseo porque una noche cálida me prendé de un rubio divino.

4 ma.

Jo nos ha llevado a Genaro y a mí a conocer a Aramburucópulos, de la revista *Kantil*. La cita ha sido en un bar de Ondarreta, pues continúan los enfrentamientos con la policía y el centro de la ciudad es un campo de batalla. Genaro casi se enfada porque le he pedido que por favor no fuéramos agarrados de la mano. ¿Es tan difícil entender que no quiero presentarme en ninguna parte como novia ni sombra de nadie, sino como escritora que sabe bandearse sólita? Menos mal que estaba Jo presente; si no, habríamos peleado. Nada más ver a Aramburucópulos lo he reconocido. Anda mucho por KU y por el Young Play, pero nunca hemos bailado juntos. Jo nos lo había descrito en tales términos que he pensado íbamos a ver al abominable hombre de las nieves. A mí me ha parecido un chico de lo más normal: comunicativo, irónico y hasta gracioso. Es el primer escritor que conozco de cerca (y que me perdonen los mameluquines de La Placa). Conque la próxima vez que lo encuentre en la discoteca me acercaré a charlar con él. Algún día la gente querrá conocerme a mí, estrechar mi mano, ver mi casa, porque triunfaré, de eso no me cabe la menor duda. Hoy, sin ir más lejos, me he gustado. En la reunión de esta tarde se ha visto claramente que las palabras de la Izas no caen en saco roto, que sé encabritarme y defender mis ideas como el que más. El Pulcro pretende publicar con su nombre una cosa de Góngora. ¿Qué daño hace con ello? Pues se lo han prohibido tajantemente. No me ha dado la gana de permitir que traten mal a mi niño y me he puesto erre que erre que había que dejarle decidir a él lo que va a meter en la revista. Al final he triunfado. El Pulcro, en agradecimiento, pasará a mano nuestro escrito sobre Nicaragua. Y será Flakúas que cada día me mira con menos recato por debajo de la mesa, quien me deje un espacio para la pegatina. Jo me ha llamado mujer de acero. ¿Tendré madera de jefa?

5 mi.

Un hombre, un castillo sin puertas, una ostra cerrada, o mejor, un caracol del que sabemos que aunque se estire y parezca que de un momento a otro va a desprenderse de la concha siempre guarda una parte importante de sí fuera del alcance de nuestra vista. Habría que diseccionarlo para averiguar sus recónditos secretos. Y eso es lo que me apetecía hacer hoy con Genaro. Rara vez le he visto reírse tanto, mostrarse tan chistoso, tan besucón, tan galante. Me quiere, me mimas, me idolatra, y lo ha demostrado de una forma encantadora: haciéndome masajes en la espalda. Tanta alegría de un día para otro mosquea, por más que nuestra relación discurra últimamente por senderos armoniosos. Me picaba la curiosidad por atisbar dentro de la concha de mi querido. Muchas veces he notado que experimenta satisfacciones que

se resiste a compartir. Incluso cuando hace el amor no manifiesta de ningún modo lo que siente. Practica el sexo como si se tratara de un trabajo. Es todo lo contrario de Jo, que por un lado nunca se niega a darme cachos del pan de la alegría y por otro siempre anda disimulando sus facetas problemáticas y es capaz de fingir jovialidad al poco rato de enterarse de que su madre ha sufrido una nueva recaída. El uno oculta lo bueno, el otro lo malo. A veces pienso que así está bien y que la naturaleza es sabia dotando al caracol de concha y a los hombres de un cuarto mental trasero. ¿Acaso podría agradarme una persona de la que al primer vistazo lo sé todo; una persona cuyos entresijos puedo examinar como a través de la luna de un escaparate; alguien que aunque abrigue grandes virtudes no está en condiciones de provocar en mí la más mínima sorpresa? ¿Será que no inspiro confianza? Al final de la tarde, después de largo insistir, Genaro me ha revelado la causa de su buen humor. A su madre la reconocen como disminuida física. Lo cual, unido a que es viuda y a que él tiene que atender al negocio familiar, ha motivado que le perdonen definitivamente la mili.

6 ju.

Recibí una carta sin firma, con una peseta pegada al papel. Pone que si no la envío a alguien me sucederán grandes desgracias. Por si las moscas se la he endilgado a Lurdes. A propósito de desgracias, la amá está disgustadísima porque se le ha perdido el carné de identidad y tiene mucho miedo de salir a la calle. En consecuencia se le han quemado las lentes. ¡Qué triste es la vejez femenina! Sin llegar a desgracia, a Genaro y a mí nos ha pasado esta tarde una cosa indignante. Nos encontrábamos en el Boule, de vuelta de la churrería y de jugar a las maquinatas. Vemos el autobús de Amara a punto de ponerse en marcha. Corremos para alcanzarlo, subimos por la puerta de atrás porque el vehículo ya salía, vamos adelante a pagar el billete como ciudadanos honrados y el conductor nos sale con que debemos apearnos y entrar por donde corresponde. Vale, bajamos por la puerta trasera y cuando nos dirigimos a la entrada el tío arranca y nos deja plantados en la acera. Genaro dice que lo conoce y que le va a ajustar las cuentas. Noticias sobre La Placa: 1) de los escritos que nos han llegado se han salvado muy pocos, 2) yo encontraba decente uno y he conseguido que se aceptara, 3) Flakúas se ha llevado los originales para fotocopiarlos. Mañana montaremos la revista.

7 vi.

La amá se ha pasado la noche en vela pensando en su carné. Estuve en el ginecólogo (otra vez los putos hongos). Después recogí las fotografías de mi cachorrito disfrazado de pordiosero. A los demás no les quedó más remedio que convencerse. A estas alturas no creo que a ninguno le pase inadvertido que soy un miembro destacado del grupo. Estoy en todas, olé. Siguen llegando colaboraciones literarias, pero ya es tarde. Recibimiento apoteósico a Flakúas, que apareció con un

paquetón de fotocopias (la idea de aplaudir fue mía). Para que luego murmure Genaro que el chaval no pinta nada en La Placa. Hemos grapado las hojas y mañana a primera hora llevaremos la revista a los quioscos y librerías. A Genaro no le gusta cómo ha quedado su portada. Demasiado oscura, dice. Jo tiene pensado visitar mañana a su padre en Bilbao. Se ha ofrecido a distribuir algunos ejemplares por la zona. Me daba la impresión de que Jo tenía hoy la nariz muy larga, como si le hubiera crecido.

8 sa.

La amá está destrozada. Se le ha metido en la cabeza que si sale a la calle sin carné la van a detener. Ha hecho las compras para el fin de semana por teléfono. Genaro se ha tomado a mal la insinuación de que quizá él me haya pasado los hongos. Me temo que lo que en el fondo le enfada es que a última hora de la tarde aún no se había vendido ni un ejemplar de la revista. ¡Qué poca paciencia tiene! En castigo me ha regalado una novela de las que a él le gustan y se ha ido a su casa a escribir. Desde aquí huelo los chipirones en su tinta que está preparando la amá. Se me hace la boca agua. ¡Dios mío, que no se le quemem! Después Donostia la nuit. Tengo unas ganas locas de baile, de juerga y de arrimarme a un tío bueno.

9 do.

Le di lo que quería. Le di mi cuerpo. ¿Qué me ofreció él a cambio? Ni se paran a pensarlo. Eyacular dentro de una les basta. Ese es el objetivo al que se encaminó todo lo demás: su glamour de treintañero, su encendedor de oro, la historia de los conflictos con su mujer (que contará cada sábado a la pánfila de turno), la idea calculadamente espontánea de ir a tomar un güisqui al apartamento del amigo. Izaskun, eres tonta, tonta, tonta, tonta. Esta tarde Genaro me parecía un niño pequeñito con su proyecto de sacar una revista a escondidas, con sus caricias que me herían como él no puede imaginarse y con su entusiasmo por el Festival de Cine que hoy ha comenzado. Una sarta de bofetadas me hubiera dolido menos que el afecto que me ha estado prodigando. Por librarme del remordimiento casi le declaro lo de anoche. Al final me ha preguntado si me importaba que se fuera a ver más películas por ahí. ¿Habrás pensado que lloraba porque se iba? Estoy fatigada y deprimida, deprimida, deprimida. La vida es una pu-ta-ca-ca.

10 lu.

Por la mañana, después de media horita de gimnasia con música y de un desayuno opíparo, salí a fotografiar gente pintoresca por lo Viejo. Pescadores, cesteras, quinceañeros amartelados, mamás con carritos, camareros, guardias del tráfico. Esta ciudad es un encanto. Conseguí que un señor me sacase una foto con Txantxillo. Si

sale bien la haré ampliar. Fui luego al Paseo Nuevo a charlar un rato con el mar (la verdad es que no teníamos mucho que decirnos), a San Telmo a junar cuadros de un pintor del siglo XIX y a Portaletas, donde me he puesto las botas de calamares y tortilla. En la plaza de la Constitución había un negro vendiendo unas pulseras de artesanía monísimas. Carero el morenito, pero la tentación era muy gorda y le he comprado tres, una con dijes de arcilla cocida que es una gozada. En San Jerónimo me encapriché con una tortuga de porcelana expuesta en el escaparate. Tengo que darle un toque al aítá porque el bichito me ha costado un riñón. Comprar es un recurso infalible cuando quiero reconciliarme con la vida. Con Genaro por la tarde. Le debo amor y se lo voy a dar. Me encanta trabajar a su lado, sentir su respiración anhelosa cuando se afana en una tarea. A la vuelta del cine hemos estado varias horas confeccionando la revista. Hemos sudado la gota gorda porque queremos tenerlo todo listo para mañana. Estoy de acuerdo con él: los demás de La Placa son unos comodones. No basta con dejar la revista en manos de los libreros y esperar sentados a que vengan los compradores. Hay que metérsela a la gente por los ojos y eso es lo que nosotros pensamos hacer. Vamos a movernos. Mañana temprano acabaré la bandera sandinista. La amá ha prometido ayuda. Se conoce que haber encontrado el carné de marras le ha devuelto las ganas de vivir.

11 ma.

Elogios a la revista en *La Voz de España*. Aparece mi nombre en la reseña, pero no se hace ninguna alusión a mis poemas. Me parece de una estrechez intolerable que alguien que va de crítico literario pase por alto semejante cantidad de poesía. Hubiera preferido un comentario desfavorable. El artículo lo firma por supuesto una tipa. ¿Quién si no? Me la figuro en su casa, guisando patatitas con puerros para los nietos, chapada a la antigua, miope y canosa, poniendo carita de monja atormentada por la frustración al leer mis poemas, que primeramente le habrán gustado y luego ya no al comprobar que eran de una chica. Aparte ignorarme nos llama jóvenes, lo que ha desatado la justa indignación de los mamelucos. Le hemos escrito una carta bestial. Genaro ha venido a dormir. Le ha gustado mucho la bandera. Ahora le oigo trabajar en la sala. Está pintando la pancarta. Es incansable. También le ha parecido una marranada que la periodista no dedique una sola línea a mis poemas.

12 mi.

Esta mañana hemos vendido una porrada de revistas en el EUTG. Ambiente jatorra, bastante viento y ningún moro por la costa. Hasta el decano (un señor la mar de cordial) nos ha comprado un ejemplar. Notas favorables pero insultantemente cortas en *Egin* y *Unidad*. Nadie parece haberse dado cuenta de la existencia de mis poemas. Lo mejor: a mi cachorrito le han publicado una entrevista acompañada de foto guay. Se trata de un cuadro muy conocido de Velázquez. Sobre las cabezas de los

personajes (un grupo de paisanos fusilados por un pelotón de franceses) ha puesto nuestras caras. Soy el de la camisa blanca que levanta los brazos. Como premio por ponerme en el centro le he regalado a mi cachorrito media china y un paquete de Winston. A pesar de la acogida favorable que la prensa está dispensando al número 1 de *La Placa*, la revista no se vende ni a tiros, por lo que hemos acordado bajarle otra vez el precio. Genaro tiene razón: hay que moverse, actuar, combatir.

13 ju.

Películas, películas, películas. Jo, te encocora ver que Genaro me besa y hace cucamonas. Sé qué mosca te pica cuando en el cine criticas en voz alta las películas, sueltas groserías, finges ronquidos en medio de las escenas eróticas, no paras de provocar al resto de los espectadores e induces al Pulcro a que te imite. A la salida del Victoria Eugenia me has susurrado al oído que tengo el culo grande. Querías joderme el día, ¿verdad? Pues enhorabuena, lo has conseguido.

14 vi.

Por teléfono a Jo: si piensas comportarte como ayer no vamos al cine contigo. La llamada surtió efecto. Jo estuvo calladito durante las películas, dale que te pego con Flakúas (qué par de borrachos) a una botella de vodka.

15 sa.

Son las tantas. Me duele la espalda y tengo los ojos irritados de ver películas. Hemos conocido a un chaval increíble. Mañana, si estoy descansada, me lo contaré.

16 do.

Tendrá la edad de Jo y se llama José Ángel. Un muñeco encantador, feote como él solo, con pelines en la nariz (que trajo pintada de rojo), una enorme cabeza y gafas como ruedas de camión. La caraba. No puedo pensar en él sin sonreír. ¡Qué criatura! Se sabía de memoria mis once poemas de la revista. Lo hemos pasado chachi a su costa. Llama a los mamelucos con los nombres trastrocados. Además tiene coche. Jo le nombró al instante chófer de La Placa. El chavalillo me hizo el efecto de ser un buenazo. ¿Lo echaremos a perder?

17 lu.

Una de las películas de hoy me ha impresionado. Genaro dormía con la cabeza reclinada sobre mi hombro. Los demás, como se aburrían, se han ido a escape, armando una bulla de la hostia para llegar a tiempo a otra película (probablemente una donde se vean tetas). Desde luego no se trataba de una historia apropiada para

hombres. Ellos prefieren las pistolas, los puñetazos, las carreras y la chica desnuda. La psicología se les atraganta. Nada más aparecer la mujer en pantalla me he identificado con ella y con su elección de una meta vedada a su sexo en una sociedad dirigida por varones. Una mujer con dudas y debilidades, a ratos insegura, a ratos histérica, pero siempre dispuesta a levantarse después de cada caída y a sortear costase lo que costase todos los obstáculos interpuestos en su camino. Al final la mirada atrás, plena de desprecio hacia los amantes arracimados al pie de la escalinata. Izaskun, no te arredres, duro con ellos.

18 ma.

Vino mi cachorrito a media mañana con una pretensión perversa y pueril. Sí, perversa y pueril, no me contradigo. Que por favor le enseñase la vagina ya que nunca ha visto ninguna, ni siquiera la de su hermana esa que llora tanto y duerme en el mismo cuarto que él. No sabe a quién acudir con un ruego semejante. De broma, pero más seria que doña Casta, le he dado a entender que tengo novio. El pobre no podía ocultar su abatimiento. De pronto me he acordado de la película de ayer. Conque hijito, le he dicho, las cosas ricas de la vida hay que merecerlas, y en consecuencia ha fregado la vajilla y el suelo de la cocina, ha puesto mis libros en orden, me ha subido el periódico y unos bollos de la panadería y me ha hecho masajes en la espalda y nuca durante largo rato. Al final de todo aún preguntaba qué más tenía que hacer, dócil como cualquier hombre al servicio del agujerito. En premio a su buen comportamiento mamaíta Izaskun se ha tendido sobre la cama y le ha dejado echar una mirada entre las piernas. El pobre estaba más asustado que un cervatillo. Que si le quiero a él también un poquitín. Pues claro, ¡cómo no voy a querer a un hijo! Mañana bromazo a José Ángel. ¡Qué persona! Se lo cree todo.

19 mi.

Una vergüenza la broma que hemos gastado a José Ángel. El chaval es un pedazo de pan. ¿Con qué derecho le damos un trato tan ruin? Yo he decidido cambiar mi actitud hacia él. Se acabó mirarle por encima del hombro por la simple circunstancia de que sea una buena persona. Con esto no pretendo lavarme la manos ni echar la culpa a nadie, porque también yo he participado en los preparativos y ejecución de la villanía. Pero juro que no volveré a dejarme arrastrar a actos infames como el de esta tarde. Además el cementerio me produce canguelo. Presiento que esta noche tendré pesadillas. Me noto muy, pero que muy en baja forma. ¿El periodo, que se me está retrasando? Hoy, último día del Festival, he pasado de cine. Necesito permanecer tranquila, relajada, escuchar música, pensar en Genaro, en los aspectos agradables de la vida. He leído en una revista de la pelu que la intranquilidad y las preocupaciones originan jaquecas. Vaya, se me tenía que escapar la odiosa palabrita.

20 ju.

Hoy no he vivido.

21 vi.

El caldo de la amá me ha sentado bien. Parece que mi cuerpo lo acepta y que me da fuerzas para escribir unas cuantas líneas. La amá es una mujer buena, aunque triste. Quizá la tristeza le impide abrigar maldad. La tristeza es un estado del alma poco elegante. ¿Cómo se puede querer a alguien a quien no se admira? Dijo lo de siempre, que ella ha sufrido cefalalgia desde niña hasta que entró en la menopausia. Prefiere la vejez al dolor de cabeza. Eso lo comprendo. Pero, ¿por qué pone esa carita de pena cuando viene a consolarme? Me resisto a creer en la gratuidad de mis dolores. Más confortable sería la confirmación de que Dios me está castigando. ¿Y si viajara a Lourdes a echar un trago de agua santa? Genaro no da señales de vida. Cualquiera día sorprenderé a todos tirándome por la ventana.

22 sa.

Los ojos me escuecen de llorar. Genaro, Jo, La Placa, la poesía, la fama, la amá, el aitá, todo me da absolutamente igual. Lo único que deseo es que se me pase este horrible dolor de cabeza. Por favor.

23 do.

Salir de un largo túnel donde resuenan redobles de tambor, engranajes rechinantes, estrépito de émbolos. Del techo caen sobre el mismo punto de mi cabeza pequeñas gotas de hierro fundido, plon, que perforan lentamente mi cráneo, penetran en mi cerebro y lo abrasan. No se ve nada, la negrura es total y de vez en cuando, a intervalos irregulares, mi frente se golpea contra una Viga o un dintel. Y así un día y dos y tres, sin pausa, por la mañana, por la tarde, por la noche. Un sano no podría entenderme. No sé dónde leí que la mirada del que no sufre es incapaz de llegar a la entraña de las cosas. Genaro comprende por fin lo que tantas veces le he explicado. Dos días ha permanecido en su casa con dolor de muelas. Ahora sabe lo duro que resulta atravesar el túnel, íbamos los dos esta tarde por la calle cogidos de la mano como niños maravillados de que existan farolas, papeleras, esquinas, taxis, lavanderías.

24 lu.

Una nubecilla basta para estropear un día soleado. De nada vale que el cielo esté azul y radiante en toda su extensión si en un punto remoto flota una sombra. Aquel pequeño jirón de vapor lo echa todo a perder, como si a un rostro agraciado le

creciera una verruga. Así ha sido hoy con Genaro. El reproche de que sólo sé hablar de mí misma, aunque dicho en tono de chiste, como cosa que se insinúa sin otra intención que picar un poquillo, ha estado toda la tarde ensombreciendo nuestros besos, risas, promesas de amor, la charla íntima, los proyectos para el futuro, el paseo hasta el Peine de los Vientos. De aquella nube, estas lágrimas.

25 ma.

La Placa ha cambiado desde que José Ángel está con nosotros. Yo creo que el grupo se ha humanizado. Una delicia oír esta tarde a Jo hablar emocionadamente de César Vallejo. Hasta Genaro, que siempre se toma la lírica a chacota, parecía impresionado. Tengo la sensación de que conformamos un racimo de uva, cada cual encerrado en sí mismo, guardando las pipas (las ambiciones) en su interior, sin más contacto entre unos y otros que el roce fortuito de los pellejos. José Ángel, con su modestia y su bondad, es el escobajo que nos vincula a todos. Buen chico. Desde hace años padece asma. Los dos hemos hablado largamente de nuestros respectivos sufrimientos. Ha sido como sostener una conversación conmigo misma delante del espejo. Total compenetración. José Ángel es un amigo de verdad. Cada vez que pienso en la guarrada que le hicimos el otro día en el cementerio me entra un coraje que no me tengo. He vuelto a pedirle perdón. Él se lo toma a risa, ¡es tan bueno! En el cuchitril de Jo casi no podía respirar. Decían que si el humo de nuestros cigarros, que si el polvo de las tizas, que si la paja del canguro. Mitia, bonito, no hagas caso de esos bocazas que te echan la culpa porque no te quieren, y no te quieren, ¿sabes por qué?, pues porque no muerdes, no eres venenoso y no pueden esperar, como les gustaría, mal ninguno de ti.

26 mi.

Lurdes me ha contado que Marta hace el amor por dinero para costearse el caballo. Anda con tíos de muy mala pinta. ¡Quién lo dijera! Marta, la hija de un alto cargo de la caja de ahorros. Mal rollo la droga. Lurdes pretende introducirse con mi ayuda en La Placa. Ha visto mi nombre en el periódico y le han entrado ganas de hacerse artista. Se conoce que en los ratos libres pinta acuarelas. Dice que si yo estoy dentro por qué ella no. Por la tarde le he pedido a Genaro que la telefonease desde una cabina para comunicarle que a pesar de mis esfuerzos no es posible su ingreso en el grupo. Así lo teníamos convenido, pero luego Genaro, al aparato, se ha puesto la mar de brusco y grosero. ¡Qué bestia! Me he enfadado con él y él se ha enfadado conmigo por enredarle en cuestiones de mujeres. En consecuencia cada cual ha tirado por su parte. Ni siquiera nos hemos despedido. Una vez en casa he llamado a Lurdes para disculparme. Dice que no hace falta, que ya ha borrado mi nombre de su lista de amigas.

Estuvimos en casa de José Ángel, que quería presentarnos a su familia. Son gente de Castilla, cordial hasta decir basta. Nos han sacado un queso buenísimo, y eso que a mí el queso no me mola. El padre comercia con bebidas y tiene su propio almacén de vinos y licores. Se llama Resti, o sea Restituto. Es un tipo fenomenal. Se ha sentado con nosotros a la mesa, en mangas de camisa, venga hacernos reír, parecía uno más de La Placa. Es un forfofo del ajedrez, como mi cachorrito. La madre me ha hecho señas para que fuera con ella a la cocina. Primero he pensado: ¿no se creerá que porque soy una tía le voy a pelar las patatas? Pues ella lo que quería era enseñarme fotos (el pueblo de Soria, su boda, José Ángel de pequeñín) y hablar conmigo. Pero hablar conmigo de tú a tú, cogidas de la mano, como buenas amigas. A las dos nos gusta el punto y ella está enamorada de mi melena, que le recuerda a la suya cuando era joven. Salvando la edad, tenemos muchas cosas en común. Jaquecas no ha padecido apenas, pero sabe por su hijo lo que es sufrir con frecuencia, y cuando le he contado lo mal que lo paso todos los meses y lo sola que me siento, de buenas a primeras me ha dado un beso que casi me pongo a llorar. La verdad es que hoy me lo he pasado superguay. Genaro estaba un poco descentrado. De segundón en todo. Al despedirnos me ha pedido muy seriamente disculpas. Se conoce que también tiene sus momentos bajos.

Me presenté por sorpresa en la tienda, cargada de los mejores deseos. La vieja dormía a pierna suelta con el gato sobre las faldas. Cualquiera habría podido robar tranquilamente lo que le diera la gana. Reina tal suciedad por todas partes que no me explico que venga nadie a comprar. Genaro estaba leyendo en la trastienda. Al verme ha sonreído sin alegría y se ha dejado besar como quien se resigna a que le dé el viento en el moflete. Después de no pocas preguntas me ha confesado la causa de su desánimo, o para ser más exactos las causas, pues hay dos. Una, que se da cuenta de que no soy feliz a su lado, a lo cual he replicado cariñosamente que entiende poco de mujeres, porque con él me encuentro de maravilla. La otra causa es que últimamente Jo no para de acosarle con críticas y reproches, echándole la culpa de que el grupo haya perdido el espíritu combativo de hace unos meses. Me ha enseñado un ejemplar del número 1 de *La Placa* con anotaciones de Jo a su trozo del cuento sobre el negro librero, a nuestro manifiesto en pro del sandinismo y a los versos de cachondeo atribuidos a Rafael Alberti. Jo lo tira todo por tierra, también la portada pintada por Genaro, y pone en duda la formación intelectual de éste, a quien varias veces en los últimos días ha calificado de escritor voluntarioso y hábil, pero huero. Sin pérdida de tiempo he telefoneado a Jo para decirle que queríamos verlo por la tarde. Ha sido una buena idea, porque gracias a mi iniciativa los dos se han reconciliado. Genaro estaba luego tan contento que ha convocado para mañana a todos en la chocolatería. En su

euforia se le ha ocurrido por lo visto una idea genial para un cuento que está escribiendo y se ha ido a casa. Me echaba besos por la ventanilla del autobús. La verdad es que si él no hubiera mencionado esta mañana el asunto, ahora no estaría yo dudando de si soy feliz a su lado ni pensaría que probablemente tiene razón al suponer que no.

29 sa.

Nos hemos enterado de que Cacharrito posee una barca llamada *Soledad*. En realidad ya no le pertenece, pues la ha vendido, pero como hasta el lunes no la entregará al nuevo propietario se nos ha ocurrido que podríamos emprender mañana, haga el tiempo que haga, una excursión marítima. Jo tenía hoy uno de esos días atípicos en que parece haber despertado de una larga somnolencia para asumir durante varias horas la jefatura de La Placa. Ha pedido más acción, más movimiento, y menos libros. Todos han dado su conformidad y ya están ultimados los preparativos para el viaje de mañana. Yo llevaré café y bizcochos. Y pienso remar como el que más, aunque me destroce las manos, porque no tengo ganas de hacer de paquete lindo ni de damisela frágil. Jo estaba exultante trazando el plan de conquista, pues por lo visto seremos guerreros a la caza del indígena. Nos ha contado que había asistido en representación del grupo a los funerales por el concejal que ayer mataron los fachas. Decía que por un pelo no le ha sacudido una hostia al alcalde. Hoy era el día de Jo. Justo él, que postula la coherencia moral, ha propuesto que asaltemos el faro de la isla. Jo olía a perfume del que se echa para encender a las hembras. ¿Me la estará pegando?

30 do.

Octubre

1 lu.

El domingo, un día que jamás olvidaré. No faltó nada, ni por supuesto la jaqueca de rigor que todavía me dura, aunque afortunadamente es de las que pueden soportarse. Por un momento me vi muerta y recé, y quizá ese rezo en voz baja, cuando estábamos a punto de ahogarnos, fue la clave de nuestra salvación. En la Biblia se narra un episodio semejante. Dicen que haber sentido la proximidad de la muerte puede cambiar de raíz a una persona. Tengo el convencimiento de que es así. Me noto completamente transformada, como si se me hubiese caído del rostro un velo que me impedía ver. Ahora me doy cuenta de cosas que antes ignoraba. Cosas buenas y cosas malas, de mí y de los demás. Sé, por ejemplo, que puedo cometer injusticias. A poco que me quede una pizca de honradez debería abandonar La Placa, si es que el grupo sobrevive a lo de ayer. El telefonéo demencial de esta mañana y la

violenta, desagradable y triste reunión de esta tarde han sido un claro indicio de que todo ha terminado, Genaro se equivoca de medio a medio al echar la culpa del accidente a Flakúas, un chaval tímido pero con mucha sangre fría y una personalidad enorme. Reconozco el mal que he causado. Si yo no hubiera insistido en desviarnos del rumbo inicial, Cacharrito no habría perdido la barca, ni el Cojo la radio de marras, ni Genaro habría tenido necesidad de exhibir su infinita cobardía, ni nos habríamos él y yo separado de-fi-ni-ti-va-men-te. Pero también es cierto que si Jo no me hubiera soltado aquella impertinencia en el puerto, la excursión se habría desarrollado de modo muy distinto. Ahora ya no hay remedio. Roto el hilo del collar, las perlas se han diseminado.

2 ma.

Pasé por la óptica a recoger las gafas, las más horteras que tenían. He decidido no gustar a nadie (vestiré jerséis gruesos para que no se me noten los pechos). Al poco de llevar puestas las gafas nuevas se me ha quitado el dolor de cabeza. ¿Serían las gafas anteriores las causantes de mis jaquecas? Me gustaría creerlo. Genaro se ha largado a Madrid en tren. Me ha llamado para decírmelo y para que sepa que él nunca ha pretendido hacerme daño. Muy bien, adiós. Luego me he arrepentido de mi frialdad. A mi cachorrito no le dejan salir de casa. La Merceditas me habló muy seca. ¡Cómo me odia la pobre fregona! De Jo no quiero saber nada. Estará con alguna tonta del bote (que le aproveche). Mañana sin falta hablaré con Flakúas. Seguro que él sabe algo. ¿Cómo podría sonsacárselo? Ahora que La Placa se ha acabado, he decidido dedicarme en cuerpo y alma a los estudios. He hecho esta promesa mientras rellenaba los papeles de la matriculación. Si es preciso me pasaré el año encerrada entre libretes. Es hora de ir pensando en el futuro.

3 mi.

Hoy me levanté ansiosa de verme envuelta por azar en algún episodio incomprensible, encontrarme en calles estrechas con tipos siniestros, hablar en voz baja con gente cruel o desventurada. En una palabra, hacer de Karl Rossmann por Donostia, a la manera de mi cachorrito, que de vez en cuando se va solo por esas calles de Dios a ver si provoca literatura. Al principio la idea me gustó. Uno de los transeúntes a los que he preguntado si podían indicarme por dónde cae el hotel Occidental (que no existe) quería ligar conmigo. El colmo ha sido una vieja que me ha mandado sin dudar hacia la zona del Orly. Y eso ha sido todo. Bueno, eso y que no valgo para divertirme sola.

4 ju.

Llegó una carta de Cacharrito rebosante de ternura. Tiene un corazón que no le

cabe en el cuerpo. Nos convoca el domingo en su casa para que nos reconciliemos. Jo, roñica, deberías tomar ejemplo del chaval y no insistir en que te paguemos la puñetera radio. He telefoneado a Cacharrito sin pérdida de tiempo. Por su madre he sabido que salió ayer hacia La Póveda. Como se encontraba malucho para conducir, su padre decidió llevarlo y quedarse dos días con él. La Emiliana (ya nos tuteamos) me ha preguntado si me apetecía hacerle compañía ahora que está sola en casa. ¡Qué hembra la Emiliana! Tiene sus rarezas, como todas, pero congeniamos igual que dos amigos. Gran cocinera. Me ha enseñado a freír torrijas.

5 vi.

Hacía una porrada de tiempo que no leía un libro hasta el final. La causa (que Genaro se negaba a creer) es que me fatigo mucho leyendo. No puedo permanecer largo rato sentada. Enseguida empiezan a dolerme el cuello y la espalda. Estoy hecha un mueble viejo. Sólo tumbada en la cama o en el sofá me siento capaz de enfrascarme de veras en una obra. La novela de Kafka me ha parecido espléndida. Pero, ¿de qué sirve leer un libro si no tengo a quien contarle el argumento?

6 sa.

Estoy deseando que llegue mañana. ¡Cuánto me gustaría que todos acudieran a la convocatoria de Cacharrito! Le diré a Jo que le pago una radio nueva y, si hace falta, el catalejo. Pediré perdón por mi insensatez que provocó el accidente, a ver si de este modo las aguas vuelven por donde solían, porque no aguanto un día más sin mi Placa. He visto a Aramburucópulos junto a la barra del Young Play besuqueándose la mar de calentito con una gacela. Le ha costado un buen rato acordarse de mí. Al final lo único que he sacado en claro de nuestra breve conversación es que me he suscrito a la revista *Kantil*.

7 do.

Tengo la impresión de que hoy hasta las aceras y las cornisas estaban de buen humor. Calificativo para este día que ahora llega a su fin: a escoger entre bello, maravilloso, emocionante. Ha habido un momento en casa de Cacharrito en que me sentía inmensamente feliz a causa del clima de cordialidad y armonía que reinaba entre nosotros. La consecuencia, claro, es que no he podido aguantarme las ganas de ir a la cocina y romper a llorar en brazos de la Emiliana. Después de la reunión de esta tarde La Placa ha salido consolidada. El mérito corresponde a Cacharrito, y así se lo hacemos saber en la carta que le hemos escrito entre todos. El día de hoy ha sido una sonrisa continuada. Encuentro cordial con Genaro, que cuando quiere sabe ser suave como pocos. Llegó al piso mientras me preparaba para salir. Me ha traído un collar de Madrid (no muy bonito, pero a fin de cuentas un obsequio). Ahora que lo

nuestro ha terminado le gustaría que nos uniese la amistad. He tenido que encerrarme a toda prisa en el cuarto de baño para que no me viera llorar. Hemos llegado tarde a la reunión; pero sólo estaba mi cachorrito, que al parecer llevaba dos horas jugando al ajedrez con Resti. Jo ha sido el último en aparecer, ¡con corbata! (parecía un vendedor de Biblias a domicilio). Se le notaba en la sonrisa y en el brillo de los ojos que estaba de buen humor. Señales del león por las cuales sabemos las cebras que la fiera, ahíta, no nos atacará. Sin quitarse la chaqueta (nueva, se nota que anda otra vez bien de pelás) ha declarado que pelillos y radiomagnetófonos a la mar, de manera que al poco de sentarnos a la mesa ya éramos todos amigos. Hay que reconocer que con Resti por medio, que es capaz de mover a risa al marco de una puerta, no habría sido posible la disputa. Finalmente hemos dictaminado que la culpa de todo lo que pasó la tiene Soneto Martínez, a quien de consuno hemos condenado a la pena capital. La Placa sin espíritu jugueteón no sería La Placa. Yo he prometido unos pantalones del aitá para el muñeco, Jo la corbata y los demás ya verán. Al salir, Jo les ha dicho al Resti y a la Emiliana que tienen un hijo que vale un potosí. El Resti se mondaba de risa al enterarse de que llamamos Cacharrito al muchacho. Después Jo nos ha invitado a cenar en un restaurante. Durante la cena hemos hablado de Flakúas, cuya incomparecencia no ha gustado ni pijo. ¿Se habrá salido del grupo como parece que pretendía el lunes pasado? Sería una lástima porque el chaval, aunque es un rato cerrado, vale lo suyo. Quizá se encuentre enfermo o no haya recibido la carta de Cacharrito.

8 lu.

He asistido a las primeras clases y me he aburrido como una ostra. Silla incómoda, rollo monumental y las mismas jetas con gafas de siempre. Yo no sé qué pretenden los profesores endosándonos tanta bibliografía. ¿Se pensarán que el día de un estudiante dura cincuenta horas? Marcos sigue lleno de granos, el pobre. ¡Qué manera de hacerse el sueco! Con lo feo que es, ¿creerá que me castiga negándome el saludo? Por la tarde hemos confeccionado aquí a Soneto con cartones que ha traído Genaro de la tienda. Flakúas ha contribuido con una camisa y ha pedido disculpas por su ausencia de ayer. El grupo, pues, está completo. El ambiente es óptimo.

9 ma.

El ahorcamiento de Soneto Martínez ha resultado un acto redondo. Al poco de colgarlo ha irrumpido la poli con bulla de sirenas y ha acordonado la zona. Estábamos cerca. De miedo se me ha escapado la orina. Creían que el pelele escondía una bomba. Por la mañana le han publicado a mi cachorrito una nota en *La Voz*. En ella hace constar las siete acusaciones probadas que han conducido a la condena de Soneto. Sensación de no estar sola, de tener amigos, de ir por el buen camino, de que el mundo, como decía Luis Cernuda, está bien hecho.

10 mi.

Se acabó la armonía. ¿Algún maleficio nos induce a periódicas discordias? Todo iba bien en los días pasados y al Pulcro se le tenía que ocurrir la estupidez de taponar el banco con mierda. Para partirle la cara. A mí que Genaro andaba detrás de la jugarreta. Y, desde luego, Jo, ¡qué pocas aguantaderas tienes! Estoy tan rabiosa que me puse a discutir con la amá nada más llegar a casa. Que no me va a limpiar el piso. Ahora que nadie me oye, creo que me sienta bien enfadarme un poquito de vez en cuando, hacer de gata escaldada por la vida.

11 ju.

La pasada noche tuve un mal sueño. Una mano de gigante aferraba mi cabeza y la oprimía contra un plato en cuyo fondo había una abertura. Entre los dedos descomunales mi cabeza no abultaba más que una pelota de tenis. No tengo posibilidad ninguna de desasirme. Con gusto gritaría, pero me falta oxígeno y al mismo tiempo sé que necesito de todas mis fuerzas para succionar aire a través de la abertura que hay en el fondo del plato. Mi vida depende de ese empeño. Después de un tiempo la mano levanta mi cabeza. Yo finjo que me hallo al borde de la asfixia para dar pena a la persona desconocida que me maltrata. De pronto descubro un nuevo plato ante mí, de otro color pero con idéntica abertura en su fondo. Mi cara vuelve a descender y es apretada contra la loza, y así de un plato a otro, sin que alcance nunca a descubrir la identidad del gigante. En todos los casos mi boca o mi nariz coinciden con el agujero del plato. Gracias a eso puedo tomar aire. He estado el día entero buscándole sentido a mi sueño. En balde. ¿Se tratará de una premonición? A lo mejor alguien está tramando a estas horas algún daño contra mí.

12 vi.

Drama en casa de mi cachorrito. Ayer ingresaron a la abuela en un hospital de ancianos. Por lo visto tiene un cáncer como una catedral. La familia está hecha polvo. Le dan no sé si una semana o dos de vida. El cachorrito vino a contármelo. Se le veía exultante. Yo no me explico qué encuentra de atractivo en la muerte. A mí la muerte me parece sencillamente horrorosa. La muerte es como un bicho asqueroso con muchas patitas y pelos negros que nos sube por las piernas y nos araña sin cesar y aunque una se ponga a gritar como una loca no se despegas. Vida, vidita, vida, sé buena, no te separes nunca de mí.

13 sa.

Jo nos convocó para enseñarnos el coche de segunda mano que se ha comprado. Ningún pelo sospechoso en el respaldo del copiloto Reconciliación general,

intercambio de disculpas, votos de amistad eterna. Aparecí con pendientes nuevos, pero los mamelucos no repararon en el detalle (cerdos). Dentro de unas horas, a las cuatro de la madrugada, saldremos Jo, Genaro y esta señora para La Póveda. Visita de médico a Cacharrito, ya que volveremos en el día. Mi cachorrito y Flakúas no vienen. El uno prefiere quedarse a cuidar a la abuelita, el otro tiene no sé qué compromiso familiar. Excusas. Debí haber llamado a la Emiliana. Seguro que me hubiera dado algún encargo para el hijo. De paso me podría haber aconsejado sobre la ropa que me conviene. No me gustaría escandalizar a los aldeanos. Ahora ya es tarde. Espero que no se enfade. Quedan tres horas y pico para la partida. Estoy muerta de sueño, pero dudo que con esta excitación consiga dormir. Aprovechando que Genaro y Jo se liarán a rajar de literatura trataré de dar una cabezada en el coche.

14 do.

La Póveda de Soria: un pueblo solitario, frío, pero apacible, idóneo para la meditación y los soliloquios. ¡Si pudiera convencer al aitá para que compre allí una casita de piedra! En los malos momentos tendría adonde ir a reponerme o a estudiar antes de los exámenes sin que nada ni nadie me distrajese. Pasearía por el campo provista de bolígrafo y libreta como hace Cacharrito y anotaría versos y pensamientos que se me ocurrieran durante las caminatas. Jo y Genaro, que hoy parecían empeñados en estar de acuerdo en todo, prefieren la vida urbana, con luces de neón, humo, gentío, cines, estrépito y accidentes de tráfico. A ellos la paz rural no les dice nada. Las ovejas por las calles, las viejitas de luto, la campana de la iglesia, el rústico de cara coloradota montado en burro o los perros dormidos al sol configuran una estampa pintoresca que miran por encima del hombro y les proporciona un pretexto para cachondearse y sentirse superiores. Odio la arrogancia. Afortunadamente la visita ha tenido otras facetas. Sin ir más lejos me ha permitido entender un poco más a Cacharrito. Esa sencillez y humildad tuyas que lo hacen tan adorable yo las he visto impresas en las callejuelas, en las paredes pardas, en los rostros limpios de rigidez de los lugareños. Había puertas y ventanas abiertas por todos lados. La Póveda es como un alma de piedra por la que se puede transitar. Es el alma generosa de nuestro amigo Cacharrito, cuya acogida ha sido un portento de suavidad. Nos ha abrazado sin decir una palabra, tímido y sonriente, pasando la mirada de uno a otro como si no terminara de creer que era cierta nuestra llegada. Quiero a Cacharrito como a un hermano. En el pueblo todo el mundo le saluda, le habla y le aprecia. Y es que parece imposible que alguien pudiera estar a malas con él. Cacharrito es demasiado bueno para este mundo. Por la tarde, después de tomar café en casa de sus tíos, hemos paseado por los vericuetos donde él acostumbra retirarse para leer y pensar. Por el trayecto no cesaba de decir que en ese instante estaba cumpliéndose uno de los grandes sueños de su vida: recorrer en compañía de miembros de La Placa aquellos caminos empinados que tanto representan para él (menos mal que no me puse los zapatos de tacón). De

vuelta al pueblo, Jo me ha contado que pensaba desplazarse a Suiza a finales de este mes. Ha preferido suspender el viaje en vista del estado en que se encuentra su madre. El psiquiatra desaconseja por el momento la visita. Una cosa que me ha impresionado mucho es que de un tiempo a esta parte, cada vez que hablan por teléfono, ella le confunde con el hijo que murió. Al parecer le ha vuelto la obsesión por suicidarse. Jo me inspira temor. En el coche, mientras volvíamos, se reía y soltaba paridas como si fuera el hombre más feliz de la Tierra. Pretendía que pasásemos la noche de juerga en Logroño. De broma le he preguntado: ¿qué va a decir tu novia si no llegas a casita para la hora de la cena? No ha contestado nada, ni siquiera ha hecho un chiste. ¿Será cierto que tiene novia? Me huelo lo peor. Pobre Cacharrito. Hacía un efecto de lo más apagado cuando nos hemos despedido.

15 lu.

La Emiliana me ha reñido (cariñosamente) por habernos largado a La Póveda sin avisarle. Le he contado que vi a su hijo mucho mejor, aunque un poco decaído. También que comí chuletillas de cordero en una taberna. Por Dios, que cómo se me ocurre despilfarrar el dinero habiendo casas y parientes donde atiborrarme. Pues cuando ha sabido que compré manzanilla en el tenducho de una prima carnal de Resti casi me atiza con el cucharón. La Emiliana (que en realidad nació en Tera) no podía esconder su emoción al escuchar noticias del terruño. Me ha hecho describirle a la gente que encontramos por las calles. Continuamente me cortaba para decir: ése sería alguno de los chicos de Venancio, ése Paulino Antoranz. Una de las veces me he inventado las señas de una persona y ella no ha dudado en atribuir las al marido de una tal Simona. Admirable mujer. Tiene un garbo que envidia.

16 ma.

La amá destrozada. Se encuentra esta mañana con la Paquita en la escalera. Bla, bla, bla. A las pocas horas rumores por el edificio. La Paquita en el otro barrio. Bruja, ¿cómo olvidar que siendo yo niña salías a reprenderme porque metía ruido bajando los escalones? Vuelvo de la facultad y me encuentro a la amá llorando a cántaros. Tengo el piso hecho una pocilga. ¿Quién me lo limpiará?

17 mi.

Visita de mi cachorrito, que venía de pasar unas horas en casa de Flakúas. Le he prohibido que me cuente chismes sobre el hospital. Llevo una racha de días buenos y no quiero que me los estropee. Dedicación intensa (dentro de lo que cabe) a los estudios. Ganas de ilustrarme. Me he comprado el María Moliner. Ampliaré mi vocabulario. Un ejemplo: in illo témpore se podía ir a Inglaterra a pie. Sorprenderé a los mamelucos.

La he visto. La puerca existe. Me lo venía remusgando desde hace tiempo. Una tía de lo más vulgar. Más vulgar imposible: jersey negro y zapatillas de deporte, como para ir a arreglar motocicletas a un taller. Una modistilla o la novia paleta del soldado, con melenita negra y andares de chacha de hotel. Los dos comiendo cacahuets por lo Viejo. Qué bajo has caído, don filósofo. ¿Y tú eres el que decía que sólo se ilusionaba con las mujeres totales? ¿Te parece que la poquitacosa te hará experimentar el ser en sí? ¡Menudo pago das al cariño que te he dado! Cojo, eres un grandísimo cabrón tullido y la Izaskun se va a tirar en brazos del primero que pase. Sólo por joderte sería capaz de volver con Genaro. De alguna manera he de cobrarme las lágrimas que me has hecho derramar en tu miserable vida de cojo.

Genaro Zaldúa había resuelto establecer una filial de La Placa en Madrid. Contaba para este propósito con el respaldo de no sé qué jóvenes escritores con quienes había trabado amistad en el transcurso de una tertulia celebrada en una taberna de Malasaña a principios de mes. Se conoce que estaba todo dispuesto para que sus amigos madrileños pusieran el plan en marcha. Sólo faltaba un encuentro formal que sellase el trato entre nuestros nuevos socios y una delegación de miembros de La Placa. Se me preguntó si accedía a integrarme en esta última y yo convine en ello, deseoso de borrar el juicio desfavorable que provocó mi ausencia durante el acto de reconciliación en casa de Cacharrito. Mi hermana, tal como yo suponía, desaprobó el viaje; pero incapaz de prohibirlo, se contentó con exigirme que el domingo estuvieran mis apuntes de la semana encima del escritorio. También el Pulcro trató de disuadirme, en la inteligencia de seguir pasando, las tardes conmigo; pero fue inútil su empeño y un sábado de octubre, fecha de la partida, llegué con mi ligero equipaje a la Estación del Norte, que a aquellas horas de sobretarde estaba de bote en bote. Considerando que no alcanzaríamos nuestro destino hasta el amanecer, adquirí varios paquetes de cigarrillos, caramelos de menta, un periódico y una revista entomológica, entretenido en cuya lectura planeaba echar a perros las horas de una interminable noche en vela. La cola de personas ante la ventanilla del despacho de billetes se prolongaba de un extremo a otro del recinto. Resolví salir a la calle a esperar la llegada de mis compañeros. Sentado en un banco, me dediqué a ojear el periódico bajo la luz pálida de un farol. Al poco rato se detuvo un taxi delante de mí. Se abrió la puerta y un piececito engastado en un zapato rojo de tacón se posó sobre el asfalto. Precedida de una vaharada de perfume, Izaskun Ayestarán se apeó del automóvil. La escasa distancia que nos separaba me permitió escuchar con nitidez su conversación de circunstancias con el taxista, mientras éste sacaba el equipaje del maletero. Sacudido por un impulso instintivo me oculté haciendo biombo con el periódico. El taxi se puso en marcha y quedamos ella y yo solos bajo la marquesina. Al punto me arrepentí de mi esquividad; pero ya era tarde para volverme atrás sin riesgo de descubrir mi poco juicio y determiné aplastar el rostro contra la página. Difícilmente puede concebirse algo tan irrisorio como esconderse, en el mismo lugar de la cita, de la persona con quien se está citado. Así y todo, lo cierto es que el recuerdo de sus promesas eróticas de la antevíspera, luego no consumadas, desató de pronto en mí un temor muy grande a su proximidad física. Abrigaba la esperanza de que Izaskun Ayestarán pasase de largo sin notar mi presencia y entrara en la estación. Después me apresuraría a ocultarme en algún escondrijo de los alrededores, y en cuanto viera llegar a Genaro Zaldúa saldría y me reuniría con ellos. Pero ocurrió que como a Izaskun le cesaban mucho la bolsa y la maleta que traía, decidió arrastrarlas por separado hasta el banco y entonces me descubrió.

—Pero Flakúas, por dios, ¿estás ahí y no me echas una mano?

Recordé el diario y me dije: escribiré que me oculté para no ayudarla. Ese pensamiento me azaró tanto como su besito caliente en la mejilla. Después, a tiempo de sentarse junto a mí, me preguntó con zalamería si estaba enfadado por su plantón de la otra tarde. Había luna y estrellas en el cielo. Parece que respondí a su gusto, pues enseguida me obsequió con una caricia en el cogote, como las que placen a los perros y los gatos. De la cajita metálica extrajo a continuación uno de tantos cigarrillos de marihuana que en ella guardaba, y tras encenderlo y darle una larga calada, me lo pasó, diciendo que aquel era el porro de la paz. En esto divisé a Genaro Zaldúa, que se acercaba por el puente de María Cristina seguido a corta distancia por el Pulcro Matallana.

—Por allá viene nuestro amigo —dije— con un mozo de cuerda que le trae el equipaje.

Genaro Zaldúa se acercaba a paso largo. Tras él el Pulcro, entorpecido por la carga, se las veía y deseaba para abrirse camino entre la muchedumbre. De trecho en trecho Genaro se detenía a esperarlo y con ademanes imperiosos, reconocibles a distancia, lo acuciaba. Llegaron los dos jadeantes. Izaskun Ayestarán, que se adelantó a besarlos, quiso saber si el Pulcro había recibido autorización de sus padres para viajar con nosotros a Madrid. La extenuación impedía al muchacho articular palabra; Pero alcanzó a responder que no mediante un movimiento de su rostro congestionado. Visiblemente furioso maldijo Genaro Zaldúa la hora en que el Pulcro se había ofrecido a ayudarle y le acusó de hacerle llegar con retraso a la estación. Acto seguido nos apremió para que recogiéramos nuestros equipajes y nos llegáramos sin demora al tren, pues de lo contrario lo perderíamos. Una mueca ostensiva de incredulidad, de extrañeza, de alarma, se dibujó en el semblante de Izaskun Ayestarán, que se volvió a mirarme con ojos interrogativos. Tampoco yo podía creer que nuestro camarada, luego de habernos comunicado por teléfono su propósito de acudir a mediodía a la estación en busca de billete, sólo hubiese adquirido el suyo. Percibiendo él nuestro silencio caviloso, preguntó qué sucedía. Izaskun Ayestarán le volvió ostensiblemente la espalda.

—Pues que no tenemos billete —respondí.

—¿Y a qué esperáis? Espabilad si no os queréis quedar en tierra.

—Anda, Flakúas —dijo entonces ella con mohín de enfado—, ayúdame a llevar los bultos. Viajaremos en litera. Yo te invito.

En el recinto de la estación, la cola ante el despacho de billetes se había reducido a ocho o nueve personas. Inferí de su sosiego que no se disponían a tomar el tren que en breve efectuaría la salida. Por la ventana del puesto de dulces podía verse la agitación reinante al pie de los vagones. Los altavoces ronroneaban un mensaje incomprensible. A tiempo de colocarnos Izaskun Ayestarán y yo en la fila, declaró Genaro Zaldúa su intención de embarcarse, dándonos promesa de buscarnos más tarde por los compartimientos del tren. Sin aguardar respuesta cruzó la puerta de acceso a los andenes, seguido dócilmente por el Pulcro, que le llevaba la maleta a

modo de criado. Al borde de las lágrimas, me preguntó la muchacha qué opinión me merecía la conducta de Genaro. Su abatimiento me inspiró la respuesta.

—A mí —le dije— se me han quitado las ganas de emprender este viaje.

Izaskun meneó la cabeza en señal aprobativa, mientras se enjugaba con la manga un destello lacrimoso. Aceptó después un cigarrillo que le ofrecí. Tan sólo un hombre nos separaba de la ventanilla.

—¿Qué hacemos? —susurró mi amiga, como si monologara, y en aquel preciso instante se cerraron las puertas del tren y éste comenzó a moverse, primero lentamente, luego más deprisa, hasta que el último vagón desapareció de nuestra vista a gran velocidad.

—Eh, señorita, le estoy hablando y no me escucha.

Izaskun Ayestarán acercó la cara a la ventanilla.

—Realmente —dijo, tomada de súbita jocundidad—, mi marido y yo nos hemos puesto en la cola para desearle a usted las buenas noches.

El empleado tardó un instante en comprender la broma. Al fin, sonriendo con indulgencia, correspondió al saludo. Numerosas personas que venían de despedir a pasajeros embarcados en el tren que acababa de marcharse cruzaban el recinto de la estación, camino de la calle. En cualquier momento el Pulcro estaría también de vuelta, convencido previsiblemente de que Izaskun y yo viajábamos hacia Madrid instalados con comodidad en un coche-cama. Propuse a mi compañera que nos escondiéramos para pegar un susto al mocito. Izaskun Ayestarán acogió la idea con entusiasmo. ¿Qué mejor remedio que una travesura para olvidar el chasco que acabábamos de sufrir? Fuera enojos y pesadumbre. Salimos con nuestros equipajes de la estación y nos apostamos cada uno a un costado de la entrada, decididos a caer como lobos sobre nuestro joven compañero; el cual, las manos dentro de los bolsillos, despreocupadamente se acercó poco después a la emboscada.

—Ya viene —dije, y me mordí la lengua para no añadir: «tu cachorrito».

Llegó el Pulcro a la puerta y pasó de largo sin reparar en las sombras sonrientes que lo acechaban. A una señal de Izaskun lo abordamos a traición, y mientras yo mantenía sus ojos tapados, la muchacha se apresuró a desabrocharle los pantalones, con resolución evidente de bajárselos. No lo consiguió. Delatados por la gorgozada de risas que no pudimos reprimir, supo el muchacho quiénes lo atacaban, hizo un quite y se desasíó. Acometido entonces por un ataque de alegría violenta, emprendió la danza más loca que se pueda imaginar, realizando tan ridículas cabriolas y voleos que no parecía sino que por debajo del atuendo le estaban picando las avispas. Al fin lo sujetamos reciamente y se sosegó. Nos suponía en el tren; pero no hizo falta explicarle lo que ya había él adivinado de sobra.

—Cortita la estada en los Madriles —se guaseó—. Y decidme, ¿son listos nuestros acólitos literarios de la capital? Me figuro que Genaro el Terrible se habrá quedado unos días más con ellos para saquearles las despensas.

Izaskun Ayestarán propuso que nos llegáramos los tres a su piso a tomar un

piscolabis. Aceptado el convite, cargamos el Pulcro y yo con los equipajes y nos pusimos en camino. Por el trayecto formó el adolescente propósito de referirnos todo lo concerniente al trato vejatorio que había recibido de Genaro Zaldúa un rato antes.

—Yo, el protagonista, me hallaba en el retrete empollando notas sobre los epicúreos que me ha dejado éste —por mí—, y la chacha, o sea mi madre, en el hospital, rezando avemarias a la oreja pilosa de su suegra. Como no teníamos quien nos preparase la cena, el conde-duque dispuso que organizáramos una cofradía de cocineros y cocineras bajo su férula. Para que se me exonerase del femenino cometido...

Izaskun Ayestarán le propinó un fuerte cogotazo.

—Quería decir —rectificó el Pulcro— del trabajo indigno de un genio, alegué: a, que renunciaba a cenar; b, que debía aprender de memoria para mañana veinticinco octavas reales del *Polifemo*. Mis hermanas, a coro, que nanay, o todos o ninguno, y entonces el omnipotente me lleva a empujones a la cocina y, hala, a picar cebolla, niño.

—¿Y llorabas? —le pregunté en camelo.

—Como una manguera.

Izaskun Ayestarán le puso una mano consoladora sobre el hombro.

—Es fama —dijo— que lloras con facilidad.

—Me afligen las cebollas.

Coincidimos ella y yo en tildarlo de llorica.

—Las tres arpías también trataban de regocijarse a mi costa, pero he lanzado un contraataque sin piedad, empleando una de mis armas más mortíferas, que como ya sabéis consiste en recitar a Góngora con insufrible entonación nerudiana. Teníais que haberlas visto tambalearse bajo los efectos de una tripanosomiasis de origen lírico.

—Rollero.

—Mientras cenábamos la argamasa multicolor que todos menos yo llamaban pisto, me he enzarzado en una discusión con mi padre y sus tres hijas. De las que hacen historia. ¡Qué cuadro! Yo solo, acosado por la turba, sin más recursos defensivos que los endecasílabos de Góngora. Pero Góngora hiere poco en mi casa, pues mi familia es absolutamente inmune a la cultura. A todo esto, el conde-duque apresta ya la mano para una de sus habituales sesiones de percusión facial. Pero papá, que el profesor ha dicho que nos lo tenemos que aprender para mañana, te lo juro.

Acabábamos de atravesar de puente de María Cristina. La noche era fresca y despejada. Izaskun Ayestarán requirió al Pulcro para que se ajustase a lo sustancial del relato y refiriese de una vez qué pintaba Genaro en todas aquellas escaramuzas domésticas.

—A eso voy —dijo el muchacho—. Yo pretendo el dormitorio de la abuela, o, por mejor decir, lo pretendía, pues hace una hora me he enterado de que a mis espaldas se lo han concedido a la Puta A. Comprenderéis que no podía por menos de protestar. Papá, esto es nepotismo de la peor especie.

Izaskun le atajó:

—Resume, porque ya veo que amanecerá y aún no nos habrás contado ni la mitad de tus peripecias.

—Para empezar, les he dicho que me estoy haciendo hombre.

La muchacha soltó el trapo a reír y se doblaba y estremecía con espasmódica hilaridad. El Pulcro prosiguió sin inmutarse:

—Yo intentaba insinuarles que a mi edad empieza a entrañar peligro que se me haga dormir a menos de dos metros de una niña. ¿No sería más prudente que me dejaran solo en una alcoba? Las tres ratas no paraban de pitorrearse. Yo veía por el rabillo del ojo al conde-duque zampar el mazacote con cara de lápida. Desde que su madre se ha convertido en un filete putrefacto no tiene el hombre ánimo para fiestas. En realidad nunca lo ha tenido, pero ahora menos que nunca.

Caminábamos por la calle de Alfonso VIII y un momento contuvimos la risa al paso de una furgoneta policial cargada de bigotes. Al fondo se divisaba uno de los muros laterales del Buen Pastor: vidrieras ojivales y contrafuertes rematados en arbotantes que servían de alcándara a una muchedumbre de palomas adormecidas.

—En el apogeo del jajá-jijí les he lanzado la granada a las narices. Muy serio, cojo y digo: papá, pon orden, es inadmisibile que tus hijas se entreguen a la algazara en estos instantes dramáticos en que la abuela está a punto de estirar la pata.

—Anda ya, eso no lo has dicho.

—Claro que sí. ¿Acaso no es verdad?

Izaskun Ayestarán, que se agarraba el vientre como si hubiera recibido un balazo, se apoyó en la pared para no caerse, mientras gesticulaba en demanda de tregua. Pero el Pulcro no tuvo compasión.

—Milagrosamente todos han sobrevivido a la frase. Mis hermanas, calladas como cementerios, me miran con un ojo y con el otro miran al conde-duque, el cual se acerca a mí en actitud manifiestamente carnicera. Mordiéndose el belfo me pregunta si ha oído bien: estirar la pata. Resuelvo responderle de un modo objetivo, pero me lo impide una bofetada que casi me lleva por delante la cabeza. Maravillado de hallarme con vida, me entero de que soy un mocoso insolente, un granuja sin alma, indigno de haber heredado el apellido de quien me golpea. El filicida me ha sacudido el polvo para largo tiempo, y por supuesto ni hablar de venir a despediros a la estación. Y ahora es cuando entra Genaro el Bestia en escena. Porque ya sabéis que como la chacha le profesa devoción, Genaro está muy bien visto en mi casa e incluso el conde-duque lo tiene por persona respetable. Acordándome de ello, me he dicho que si supiera aprovecharme de esa debilidad del tiranete lograría la suspensión del arresto. Extinguidos por fin los truenos, menciono una cita imaginaria con nuestro amigo, a quien supuestamente prometí ayer ayudarle a llevar el equipaje a la estación. El conde-duque se cree obligado a demostrar al mundo entero que soy un berzotas. Para lo cual agarra el teléfono y marca con dedo corajudo el número de Genaro. La conversación discurre por sendas un tanto confusas, aunque por descontado cordiales,

faltaría más. Genaro presiente que lo han enredado en una intriga, disimula y acepta a regañadientes, pero con mucho gusto, venir a nuestra casa para enseñarle al conde-duque la maleta, el billete de tren, cualquier signo fisicoquímico que certifique su determinación de partir dentro de una hora. Llega el barbudo. Veo que en sus espadas como ojos refulge anhelo de estrangularme. Sudor torrencial mana de su rostro cuando presenta las pruebas demostrativas del inminente viaje. Al insinuar que anda justo de tiempo, más que concedérseme permiso para acompañarlo, se me conmina a ello, venga zángano, muévete o harás que tu amigo llegue tarde. Este me endosa sin contemplaciones su pesado fardo y el conde-duque me pone hora para estar de vuelta. Salimos. Antes de alcanzar la calle, comprendo que hubiera sido preferible quedarme en casa. Genaro está que muerde por haberle hecho venir. Me mete prisa, me increpa, me insulta, me reprocha. Que para qué se ha duchado y vestido muda limpia, ahora tiene la ropa sudada. Ni que lo digas, pienso, ¿te crees que no canta?, si hasta los pobres pajarillos levantan el vuelo cuando te acercas. Que si no es por mí ya habría llegado a la estación, gilipollas. Que como se le escape el tren me expulsa de La Placa, imbécil. Que si voy a ver lo que es bueno, llevarás mi equipaje hasta la mismísima puerta del vagón, y apresúrate, desgraciado. A la altura del cine Astoria ya no puedo más. Le sugiero que tomemos un taxi que se veía allá cerquita, la mar de fresco. Conforme, dice, ¿llevas dinero? Y sin esperar la respuesta me ha traído a la baqueta hasta la estación, que yo no sé cómo no me he desmayado por el camino. Imaginaréis el gozo que me produce saberlo a estas horas tren arriba, tren abajo, buscándoos en balde. Sois mis únicos amigos y por tanto los mejores.

Así entretenidos, llegamos ante el portal de Izaskun, donde el Pulcro declaró su intención de abandonarnos, pues suponía a su fiero padre aguardándolo en casa con el reloj en una mano y el rebenque en otra. La muchacha trató de persuadirlo a que nos acompañara al piso. Le prometió que una vez arriba ella hablaría por teléfono con su padre. El Pulcro respondió que no, que temía una nueva tunda antes de acostarse. Pero en esto descubrió mi revista sobre insectos y, engolosinado con ella, determinó subir con nosotros al piso para ojearla. Izaskun Ayestarán telefoneó sin demora a don Raúl Matallana, que al instante se tragó lo de los treinta minutos de retraso. Se mostraba, con todo, impaciente por saber cuándo volvería Genaro Zaldúa de comprar el periódico. Izaskun Ayestarán se puso nerviosa.

—Si no se fía usted de mí —dijo—, aquí llega Hilario que le podrá informar.

Y mascullando una palabrota, depositó el auricular en mis manos. Yo confirmé la ausencia de nuestro amigo, a quien se me antojó trasladar del puesto de revistas a una cabina situada en el paseo de Francia, ya que el teléfono de la estación estaba ocupado por nosotros. Añadí, mientras Izaskun Ayestarán, a mi lado, susurraba que cortase el rollo, que a Genaro le urgía comunicar una noticia importante a su madre.

—Si usted lo desea —dije—, yo podría ir en una carrera a buscarlo.

Don Raúl Matallana, hombre impulsivo y excitable, se apresuró a responder que no, por dios, y acto seguido solicitó hablar con su hijo, que temblando de miedo se

puso al aparato. Con la oreja cerca del auricular oímos que le concedía de mala gana una prórroga de media hora, ni un segundo más o te acordarás de tu padre para toda la vida.

—Y no se te ocurra fumar porque te oleré la boca —dijo, y sin haber dejado al Pulcro pronunciar palabra, colgó.

La cocina se hallaba igual de sucia que la antevíspera. Comisionado por la muchacha, inspeccioné el frigorífico y la fresquera en busca de víveres. Ella había pasado al piso contiguo, el de sus padres, para aprovisionarse de pan y bebida. El Pulcro se acomodó a la mesa y hojeaba complacidamente la revista sobre insectos. Le invité a observar algunas cucarachas que correteaban por el suelo. Supuse que le interesaría examinarlas de cerca; pero se conoce que esa tarde estaba por la teoría con preferencia a los métodos empíricos, y se limitó a sugerirme que atrapara unas cuantas y las añadiese a la sopa. Tomé del aparador un bote de espárragos de Andosilla y me apliqué a abrirlo con un abrelatas roñoso. Estando en ello volvió Izaskun Ayestaran con pan, vino, almendras, higos chumbos y dos manzanas. Eso cenamos mientras el Pulcro, sin hambre ni ganas de desperdiciar comiendo su media hora de libertad, amenizaba nuestra colación mediante la lectura de curiosidades entomológicas. Tenía yo la cara alzada a fin de introducirme un espárrago en la boca cuando mencionó una clase de cestodos que se muda al cuerpo de las ratas al devorar éstas gusanos de la harina. Izaskun Ayestarán, de burla, desmenuzó un pedazo de pan y fingió buscar parásitos dentro de las migas. El Pulcro nos mostró después la imagen de un ciempiés originario de Nueva Guinea, capaz de proyectar veneno a setenta centímetros de distancia. Acto seguido leyó un párrafo acerca de unos bichitos de la India, que, cuando los niños duermen, penetran en sus intestinos a través del ano. A este punto no hubo más remedio que amonestarle. Le advertimos que si seguía con aquellos temas se nos iba a indigestar la cena. Dio él palabra de dejarnos comer tranquilos; pero luego, olvidando la promesa, llamó nuestra atención sobre un estudio en que se afirmaba que los piojos pueden ocasionar el bronceado de la piel en las personas. El asunto interesó a Izaskun Ayestarán. En adelante, dijo se relacionaría preferentemente con desastrados.

Al fin le llegó al Pulcro la hora de marcharse. Comoquiera que aún no hubiese terminado de ojear la revista, me la pidió prestada. Yo consentí en ello a condición de que al día siguiente, a su vuelta del hospital, me la devolviese. Esto acordado, tomó un cigarrillo, varios higos chumbos con que pensaba hacer desaparecer de la boca el olor del tabaco y se despidió con mucha pena, dijo, de dejarnos. Desde la cocina le oímos bajar a toda pastilla los escalones.

—Este muchacho es un sol, ¿no crees? —me preguntó Izaskun Ayestarán.

En efecto, apenas se hubo ido comenzó la noche.

A las nueve salí de casa convencido de que tarde o temprano saldría a relucir el tema. Imaginaba la situación: medianoche, la oscuridad moteada de lucecitas remotas, Genaro Zaldúa en su asiento, dormido al arrullo del triquitraque, y nosotros dos de palique, fumando en el pasillo. Así que ya estaba preparado para esa eventualidad antes de reunirnos en la Estación del Norte y lo único que me sorprendió fue que, tras la marcha apresurada del Pulcro, ella dejase transcurrir casi dos horas y media hasta dirigirme la primera insinuación. Acabábamos de acomodarnos en la terraza de un bar de la Cuesta del Culo. La brisa desapacible que llegaba a rachas desde la bahía no nos impidió ponernos de acuerdo en que allá se estaba bien. En los cristales de sus gafas se reflejaba el resplandor intermitente de los focos. Le confesé sin tapujos que Josu Ruiz me la había presentado días atrás. El rostro de Izaskun Ayestarán se empeñó en expresar grata sorpresa, curiosidad despreocupada, como si celebrase la noticia que yo bien sabía no era nueva para ella ni en su fuero interno dejaba de disgustarle profundamente. Al principio, temeroso de agudizar su secreta desazón, tan sólo enumeré detalles leídos en su diario: la melena oscura, el atuendo modesto, la fisonomía vulgar. A ruego suyo le revelé aquel nombre de flor que aún no conocía. Acto seguido hube de apretar los dientes para no contarle que pocos días antes había descubierto una nueva cabecita de Karl Marx en el techo del apartamento. Mi amiga se levantó con tanta precipitación que a punto estuvo de volcar el florero colocado encima de la mesa. Declaró su propósito de acercarse a la barra en busca de las consumiciones, por más que a pocos pasos de nosotros se veía al camarero ambulante. Que qué me apetecía beber. Figurándoseme que esa noche me convenía comportarme como un varón dotado de una rara personalidad, respondí que una taza de té con limón y una copichuela de ajenjo. Izaskun Ayestarán torció el gesto y se alejó raudamente por entre las mesas. La hermosa melena, recogida en una gavilla de trenzas, oscilaba sobre su espalda. Un revoltijo de resplandores se agitaba en la fenomenal redondez de su trasero. A mi mente acudió de pronto un pensamiento chusco: de amanecida yo llamaba a Josu Ruiz por teléfono para comunicarle con una punta de orgullo que, efectivamente, Izaskun tiene las nalgas frías como tú afirmabas. Volvió ella al poco rato con aspecto de haber derramado algunas lagrimillas y con dos cócteles azules, porque a su entender ésa era la bebida que se estilaba a horas de trastroque en aquel refugio de decadentes.

—¿Sabías —me dijo— que soy el único miembro de La Placa que frecuenta estos lugares? Se nota que eres buena persona. Otro del grupo no se habría dignado venir aquí ni a tiros. Soy la típica niña de papá, una pera, una pija que puede darse el gustazo de vivir sin ideales políticos ni preocuparse por el precio de las cosas. El surrealismo, el paro obrero, el muro de Berlín, el coño de la Bernarda... yo tío, me lo paso todo por el forro. ¿Me entiendes, Flakúas? ¿Te das cuenta de que estoy de mala hostia? Pues ahora cuéntame lo que sepas de la cretina esa y a poder ser lo negativo.

Te juro que esta noche tú y yo vamos a hacer muy buenas migas.

Sin terminar de decirlo, colocó su silla a par de la mía y una mano donde nadie había vuelto a tocarme desde los lejanos tiempos en que la madre me lavaba con la esponja. Esa evocación me ayudó a capear sin sobresalto la embestida erótica de Izaskun. Y como a fin de cuentas nunca aspiré a un diploma de castidad, consentí en sus caricias, que ni me desagradaban ni, de habérmelo propuesto, habría sabido en absoluto rechazar. Ganas de poner por obra idéntica osadía no me faltaban. Por miedo, sin embargo, me contuve; por miedo bebí de un trago el cóctel y por miedo inventé que los había encontrado recientemente ante el escaparate de una librería próxima a la plaza de Guipúzcoa. La timidez desató mi locuacidad. Yo me dirigía a la piscina, dije; permanecí con ellos lo justo para que Josu Ruiz me presentase a su novia y comprobar la exactitud de las descripciones fisonómicas que me había hecho de ella con anterioridad. Ofrecí a Izaskun una versión que, sin diferir sustancialmente de la verdad, era hasta cierto punto falsa, movido por el designio de sacar provecho de las virtudes protectoras que para los hombres de mi carácter entraña de costumbre la mentira. Añadí, porque quería agradar a mi compañera, un detalle malévolo tomado de su diario:

—Los dos comían cacahuetes.

Y, resuelto a merecer el primer beso en la boca de la noche, concluí:

—Ella arrojaba las cáscaras al suelo.

Ciertamente el encuentro se había producido; pero no por casualidad ni en la calle. A comienzos de la semana Josu Ruiz me llamó por teléfono para pedirme que acudiera sin demora al apartamento. Insistió en que le urgía verme. Le contesté que no me era posible salir enseguida de casa, ya que el Pulcro llegaría de un momento a otro. Que por qué no me desembarazaba del chaval con cualquier excusa. Inferí que trataba de implicarme en alguna acción secreta. Acordamos encontrarnos tan pronto como el Pulcro se hubiera ido. Él me aguardaría con su coche en una calle apartada de mi barrio. Igual que conspiradores, le solté de buen humor; pero el chiste no le hizo gracia. Vencía la tarde cuando nos reunimos. No bien hubo puesto el motor en marcha, me explicó la razón de entrevistarse conmigo sin pérdida de tiempo. Supe así que en el apartamento nos esperaba Rosa Benítez y que Josu Ruiz proyectaba su incorporación al grupo. Con jovial entusiasmo secundé la idea.

—No seas idiota —replicó—. Ni el troglodita ni la piruja darán su conformidad.

Me expuso a continuación la estrategia que había discurrido con el fin de facilitar el ingreso de su novia en La Placa. Se proponía presentarla a los compañeros por separado, y antes que a otro ninguno a mí, dijo que por ser yo de los pocos que le inspiraban confianza y el único que conocía la existencia de la chica. El turno posterior correspondería a Cacharrito, a quien pensaban visitar próximamente en su pueblo; seguiría el Pulcro Matallana y después de éste las dificultades, que Josu Ruiz creía posible vencer si de antemano la mayoría de los miembros de La Placa le garantizaba su apoyo.

Era Rosa Benítez moza de veintitrés años, flaca y de mucho nervio que ni quería ni podía disimular, poco inclinada a sonreír. El semblante lo tenía atezado, no feo, pero muy incómodo de mirar; las cejas espesas; los ojos castaños y sagaces; largos los labios, con un ligero arqueamiento desdeñoso y una pequeña cicatriz blanquecina junto a una de las comisuras. Jamás se acicalaba ni usaba adorno ninguno en su persona salvo una sortija de plata, recuerdo de familia, que, según explicaba a veces en tono de disculpa, no podía desprender del dedo crecido. Llevaba la melena negra y lisa hasta los hombros, peinada de forma muy sencilla, con un flequillo que habría comunicado a cualquier rostro un aire de candor, pero no al suyo, de facciones visiblemente atirantadas y severas. Su voz, que tanto embelesaba a Josu Ruiz, era (siempre creí que de intención) lenta y cadenciosa, franca del acento de Extremadura, la tierra de donde ella procedía. No me costó advertir que propendía a enfadarse con facilidad ni que era de suyo mandona y poco tolerante. La tarde que la conocí estreché su mano, fría como de hielo. No acostumbraba besar ni abrazar a sus conocidos y a Josu Ruiz solamente en privado. Ignoraba la efusividad, la ironía, las carcajadas. Nunca me llamó Flakúas, siempre Hilario. Y a Cacharrito, al comienzo, también lo llamaba por su nombre, aunque pronto hubo de allanarse al uso general del apodo.

Rosa Benítez vivía con sus padres y cinco hermanos menores que ella en el piso undécimo de una torre de La Paz, arrabal de rascacielos con las ventanas engalanadas día y noche de grímpolas y oriflamas que, vistas de cerca, no son otra cosa que ropa tendida; panales para apiñar inmigrantes venidos durante la década de los sesenta de otras regiones españolas al reclamo industrial del puerto de Pasajes. Supe por Josu Ruiz que el padre de Rosa Benítez trabajaba de operario en una empresa papelera de Rentería, hombre al parecer metido desde antiguo en actividades sindicales y de partido, de las cuales le venía a la hija su temprana militancia comunista. La vida familiar de Rosa y su pasado siempre fueron una incógnita para nosotros. Algo alcancé yo a averiguar con motivo de algunas revelaciones de Josu Ruiz. A veces, cuando surgían desavenencias entre los dos amantes, él me invitaba al apartamento y, al calor de los fuegos con limón, se consolaba de sus desamores refiriéndose a sí mismo en mi presencia chismes de ella, de suerte que como salpicaduras de la conversación me llegaba de tiempo en tiempo algún que otro secretillo. Un día habló de la madre, que por hallarse enferma de los nervios le recordaba a la suya. La mujer, achacosa, gastada al cabo de seis partos y otros tantos abortos, padecía psoriasis. Por vergüenza de su aspecto y del hedor a cremas y ungüentos con que se embadurnaba la piel no salía apenas de casa. Rosa Benítez debía ocuparse de las compras, del cuidado de los hermanos, de la comida, de la limpieza y de casi todo, porque la madre, débil, enferma y trastornada, no estaba por lo visto para esos trotes.

En el coche, camino del apartamento, Josu Ruiz no cesaba de alabar a la persona a quien iba a presentarme y de la cual, exceptuando el nombre y uno o dos detalles,

yo apenas sabía nada. Supuse que trataba de predisponerme en favor de ella, a menos que, como por momentos me parecía, hubiese perdido la chaveta.

—Olvida todo lo que sepas en achaque de mujeres, porque la que vas a conocer no pertenece a nuestra especie. No es de carne, ya veras.

Atravesamos el túnel del Antiguo a velocidad de bicicleta. Llevado de su fervor irrefrenable, Josu Ruiz soltaba de continuo el volante, sacudía las manos, gesticulaba. Durante un pedazo de segundo creí vislumbrar sobre su cabeza el brillo tenue del aura azul.

—Es una mujer total, ¿cómo decirte?, un ser capaz de suscitar amor y pensamiento en tal medida que desde que salimos juntos vivo inmerso en un estado de permanente agitación. La euforia, Flakúas, la euforia preside mi existencia. Porque Rosa no es como las otras, globos llenos de aire que en cuanto los abres se desinflan. No, no, no. Rosa significa antes que nada comienzo. Rosa es la puerta de entrada a un universo de sensaciones y de ideales nuevos para mí, ¿comprendes? A su lado me vienen ganas de hacer muchas cosas, hacerlas con el punto de mira puesto en los demás, en las clases oprimidas. Sé que ella, con su clarividencia a la hora de tomar postura frente a los problemas sociales, podría dar un impulso nuevo a La Placa. Comprenderás que yo supedite mi permanencia en la pandilla a su admisión. Huelga decir que cuento, que contamos, con tu beneplácito.

A este punto advirtió que yo me llevaba un cigarrillo a la boca y sumamente alterado me prohibió encenderlo. Aquella reacción histérica era lo último que yo podía esperar de él, de un fumador empedernido cuyo paquete de tabaco asomaba además por un bolsillo de su camisa. Pensé que bromeaba y sin hacerle caso seguí adelante con mi propósito. Al ver la llama de mi mechero, se enfureció. Arrancándome bruscamente el cigarrillo de los labios, lo arrojó con fuerza y rabia por la ventanilla. Su novia, según dijo, detestaba el olor a humo en el coche. Anonadado, le pedí disculpas. Él restó importancia al incidente; pero ya no hablamos más hasta llegar al apartamento. Por el camino me acompañó la duda de si Rosa Benítez no sería en realidad mi hermana, metida con nombre falso en andanzas adulterinas.

Al parecer no nos oyó entrar. La sorprendimos tumbada bajo la cama, persiguiendo a *Mitia*, que se había escapado. Al sentirnos se levantó azarada, el dócil animalito en una mano, abierto cómicamente de patas. Lo tiró sin miramientos dentro de su parcela, se sacudió el polvo del jersey y vino a saludarme. Fue entonces cuando estreché por vez primera su mano de escarcha. Rosa Benítez no dijo nada, yo tampoco; no sonrió, no sonreí. A un tiempo nos volvimos ambos hacia Josu Ruiz, en espera de que fuese él quien llenara de alguna forma aquel embarazoso vacío de palabras. Este puso sus manos sobre mis hombros, y sacudiéndome con desenfado de compadre, a manera de contraseña declaró que yo era de fiar. Rosa Benítez me dio la bienvenida o, más exactamente, pronunció ese vocablo con la misma inflexión de voz con que podría haber dicho cotangente o válvula. Su gélida cortesía motivó que me sintiese forastero en aquel sitio familiar que yo había visitado muchas más veces que

ella. Algunos cambios introducidos en el apartamento afianzaron esa sensación. Para empezar, no quedaba rastro de la balumba de cachivaches esparcidos por el suelo ni, en consecuencia, de las sendas que entre ellos discurrían. Salvo la mesita con el juego de té, próxima a la cama, ningún obstáculo dificultaba el ir y venir por la pieza, que ahora parecía mucho más grande. Pegados a la pizarra, ocultándola casi por completo, podían verse varios carteles electorales del Partido Comunista de Euskadi, pasquines de apoyo a la guerrilla salvadoreña y a la revolución sandinista y un retrato en blanco y negro de Fidel Castro. Todas las macetas con cactus habían desaparecido. También eché en falta mis botas de la cervecería, así como la parte del jeterío dedicada a LA HEZ DE LA TIERRA, las fotografías de Italia, la bandera del presunto abuelo rojo, los ceniceros y el saxofón cascado. La pintoresca y acogedora madriguera del filósofo peneque, del poeta gandul, del trasnochador de antaño, se había convertido, por obra e influjo de aquella chica tiesa, en una especie de oficina. Sin dejar de estudiarme con la mirada, Rosa Benítez desfrunció los labios, levantando las comisuras lo justo para producir el efecto de una cantidad mínima de sonrisa, al par que su voz sinuosa, reptante, blanda (el «espagueti canoro», que diría alguna vez el Pulcro) me impartía la bendición:

—Me alegro de conocerte, camarada.

Después fui declarado amigo fraternal de ambos, lo que no condujo a mayor festejo que a la desangelada propuesta de Josu Ruiz de cebar mate. Mi extrañeza subió de punto cuando le vi acercarse la taza a la boca y beber. Acababa de quebrantar el juramento recíproco que nos vedaba la ingestión de bebidas no alcohólicas en el curso de nuestras reuniones. Varios minutos discurrieron hasta que por fin volvió a mirarme a la cara. Conjeturé que no le había pasado inadvertida mi decepción. Me dije, creo que sin saña: ¿es éste el que tanto se engreía de no haber bebido nunca una tisana sin el obligatorio pelotazo de ajeno o de coñá, el que una vez afirmó que mi presencia mejoraba el sabor de los tragos, el que decía que en viéndome le entraban ganas de embriagarse? Y no era lo peor que incumpliese la palabra dada, sino que además me indujera a mí a incumplirla, justo él, a quien en diferentes ocasiones había oído asegurar qué nunca podría ser amigo de un abstemio. Sentados los dos sobre la moqueta, Rosa Benítez en el borde de la cama, despachamos el mate que ella había elogiado repetidamente. Me fue servida una segunda taza. Yo miré mi imagen reflejada en el líquido verdusco y no sin alarma percibí que en ella se traslucía con demasiada evidencia mi malestar. Abrieron una caja de galletas. Probé con avidez unos cilindros de barquillo, acuciado menos por el hambre que por crearme la ilusión de que fumaba. Ya casi reíamos y algo bromeábamos, aunque con forzada jovialidad. Para remediarlo recurrimos al truco de compartir quejas, lamentando al alimón la indigencia cultural de la ciudad, tema galaxia, inabarcable como el orbe, pero útil cuando los contertulios tan sólo buscan un pretexto para estar unánimes. Lograda en breve la perfecta comunión de ideas, el coloquio se agotó y hubo un minuto de incómodo silencio. Después, a ruego de Rosa

Benítez, referí pormenores de mi vida, algunos de los cuales ya le había revelado su novio con anterioridad. No ignoraba, por ejemplo, que trabajé durante unas semanas de verano en la fábrica de cerveza. Celebró que al menos uno de los amigos de Josu Ruiz supiera lo que significa ganarse el pan con el sudor de la frente. Esto, unido a la circunstancia de ser hijo de un trabajador y de vivir en un barrio periférico (que Josu Ruiz, erróneamente, había calificado de suburbio), le dio pie para llamarme hermano de clase social. Se volvió luego hacia su novio y le dijo:

—Has hecho bien en presentarme primero a Hilario y dejar para más tarde a los señoritos.

Convencida de que ya congeniábamos, creyó que me complacería saber que mis botas, colgadas hasta fechas recientes del techo del apartamento, las calzaba ahora su padre durante las chapucillas de fontanero que de vez en cuando realizaba por los pisos del vecindario, con miras, dijo, a obtener algunos emolumentos adicionales. Me apresuré a lisonjearla, elogiando con falsedad servil el sentido común de su progenitor. En ese instante sentí que yo era dos personas inconciliables: el vulgar lameculos que gobernaba mis gestos y palabras, y el otro, escondido en mis entrañas, que se reconcomía imaginando al tal Benítez calzado con mis botas y atribuyéndole en su figuración los rasgos físicos de mi padre (manos túmidas, ojos sanguinolentos, cogote piloso). En mi pecho estalló de pronto una rabia feroz contra aquel hombre a quien jamás llegaría a conocer. Con calculado cinismo, el otro que yo era, el hipócrita, se deshizo en alabanzas al obrero que se mata a trabajar para sostener lo más dignamente posible a su familia. Falacia va, embuste viene, me llené de odio hacia mí mismo y pedí más mate. No fue ésta la única consecuencia nefasta de mi estrategia. Rosa Benítez, visiblemente complacida, me cobró ley y confianza, y sin tapujos se dio a inquirir mis convicciones políticas, Me avasalló a preguntas que capeé como quien trata de esquivar una lluvia de piedras. Para ello no supe valerme de mejor arbitrio que fingirme comunista, presunta categoría suprema del ser que, a pesar de mis arduos empeños, no terminaba por lo visto de darse en mi persona con la debida ortodoxia, por lo que tanto ella como Josu Ruiz emprendieron de consuno la tarea apostólica de persuadirme y me predicaron sin compasión sobre la urgencia de transformar la sociedad en el sentido de no sé qué dialéctica, etcétera. Yo les hice creer que habían ganado en mí a un prosélito para aquella doctrina que Josu Ruiz profesaba con fervor subido de converso y que acaso no me hubiese importado abrazar si ellos la hubieran expuesto sin machaconería ni rigidez antipática. Temeroso de incomodarlos, accedí a estudiar varios libros y folletos de contenido marxista que insistieron en prestarme, y por idéntica razón hice promesa de apoyar el ingreso de Rosa Benítez en La Placa, requisito que decían indispensable para imprimir en el grupo un giro sustancial a la izquierda que lo convirtiera en una célula de acción revolucionaria a tener en cuenta en el contexto político de...

Abandoné el apartamento espantado y no me restablecí de la impresión hasta la tarde siguiente en que, como de costumbre, vino el Pulcro a visitarme y entró en mi

casa *sigloreado* y me trajo de regalo una hilacha de la almohada de su abuela y revisó mis libros y leyó unos párrafos de *El Buscón*, que todo ello fue como encontrar, después de largas jornadas por galerías oscuras, la boca de la caverna y salir a un prado con vacas y margaritas y pastores que tocan la flauta bajo el cielo azul.

La noche de nuestro truncado viaje a Madrid le conté a Izaskun Avestarán sólo una parte de cuanto yo sabía acerca de Rosa Benítez. El temor, la cautela, me vedaron declararle lo demás. Temí cobrar entre los miembros de La Placa fama de chivato; temí aún más que a causa de un excesivo suministro de secretos adversos mi amiga se sumiera en la inquietud o en el enojo, y determinara en consecuencia poner fin a las acometidas decididamente eróticas que ella misma había comenzado. No ignoraba que sus caricias por debajo de la mesa sólo eran un modo de sonsacar y pagarme la información. Yo saldé mi parte de deuda con calderilla, abundando en repeticiones, explayándome en vaguedades y chismes de escaso valor confidencial. A veces, mientras le hablaba, Izaskun se ponía a jugar con mis labios. Sus dedos finos los recorrían, los pellizcaban suavemente, o se atareaban esparciendo sobre ellos gotas del cóctel. Sus pensamientos erraban, sin embargo, lejos de mí. Lo columbré en la quietud absorta de sus facciones, que parecían de persona hipnotizada. En esto metió el índice dentro de mi boca y lo puso a culebrear por debajo y encima de mi lengua, de suerte que me fue forzoso callar. El incitante impudor era demasiado evidente como para dejarlo sin respuesta. ¿Qué hacer? ¿Chupar el dedito, morderlo? Sin razón alguna me determiné por la segunda posibilidad. Acostumbrados a masticar pan y chuletas, mis dientes hicieron lo único que sabían: tirarle, bien que con sana intención, una dentellada al tierno apéndice que crujió como un barquillo. Izaskun Avestarán retiró la mano a hurta cordel, a tiempo que exhalaba un grito agudo que atrajo hacia nuestra mesa las miradas de casi todos los presentes. Soplándose el dedo dolorido, me llamó caimán. Deduje de su sonrisa que el mordisco no le había disgustado y por un momento me exaltó el orgullo. A mi memoria acudieron de repente ciertas recomendaciones donjuanescas formuladas por Josu Ruiz en el transcurso de una urgulina: si alguna vez te echas una novia, dijo, procura representar el papel de monstruo en sus sueños, no le prives del gusto de saberse insegura cuando emita opiniones en tu presencia, pues de lo contrario la decepcionarás y enseguida buscará a otro más bruto. Izaskun Avestarán me preguntó al oído si tenía hecho propósito de comerla. Le dije, por seguir la chanza, que eso era precisamente lo que me proponía, y entonces ella exclamó con dulce acento: uy, qué miedo me das. Amuñecó después el rostro y se apretó contra mi pecho como un cachorro friolento, ronroneando de gustirrinín. Domina o te dominarán, me dije entre mí, llevado de un recóndito arrebató de coraje, y durante varios minutos permanecí en disposición de agradar a mi amiga por la vía de hincarle nuevamente los colmillos.

Por señas pidió ella otra ronda de cócteles. Con ocasión de recibirlos y brindar, nos despegamos. Me percaté entonces de una curiosa circunstancia que hasta ese momento me había pasado inadvertida. Y era que una y otra vez Izaskun Avestarán se comunicaba por medio de muecas furtivas y guiños y saluditos con algunos de los presentes en la terraza, entre ellos el camarero, que al rato de servirnos las

consumiciones tomó asiento a nuestro lado, no sé si por su cuenta o porque la muchacha lo había invitado secretamente. Con un exceso de confianza que me produjo repulsión, se apoderó de un cigarrillo de mi paquete y comenzó a referir que se había prendado de un jovencito grácil y levemente sonriente que departía con otros de su misma catadura junto a la barra. Le preguntó luego a Izaskun Ayestarán por mí. Esta me presentó como amigo de veras y el camarero, con ostentosas maneras femeniles, dijo qué suerte, rapaza, yo no sé qué diera por tener un buen amigo; tras lo cual nos propuso que estuviéramos en el local de abajo a las tres de la madrugada para esnifar cocaína a puerta cerrada con un grupo de íntimos. Izaskun Ayestarán me dirigió una mirada interrogativa; yo me encogí de hombros y ésa fue la respuesta que obtuvo el camarero. Este susurro al oído de mi amiga alguna cosa, sospecho que picante, que la hizo sonreír. Besándola después en la mejilla, se puso de pie, sopló un beso hacia mi cara y con exagerado contoneo, más femenino que una mujer, se alejó por entre las mesas cimbreado el talle al compás de la música. Noté que Izaskun insinuaba un saludo a un pisaverde que en aquellos momentos salía de la terraza, acto continuo a una pareja de chicas atortilladas a la sombra de un macizo de boj. Advertí también dos cejas que se alzaban en correspondencia a un leve gesto de mi amiga, y de ese modo secreto y mímico se entendían allá casi todos. Besitos a somorgujo, sonrisas de refilón, brindis a distancia, muecas veladas: mensajes que revoloteaban como moscas de un extremo a otro de la terraza, juego de sobreentendidos en que Izaskun participaba con naturalidad, sin por lo visto perder por ello ripio de cuanto yo le refería lastrado de sujeto, verbo y predicado. Empecé a sentirme incómodo en medio de aquel trajín gesticular. Decidido a mostrarle a Izaskun que me daba cuenta del incesante secreteo, tan pronto como se ofreció la ocasión me volví a mirar sin disimulo a la destinataria de su seña, una chica repintada, ojerosa, que resultó ser Lurdes, la lesbiana del diario. Apenas supe quién era, me entró gana de poner por obra una malicia.

—La conozco —dije—. La vi hace dos días en un café, morreándose con una compañera de mi facultad.

—Ah no sabía. Tengo muy poca relación con Lurdes.

El embuste me divirtió.

—Pues no hay duda —proseguí— de que era ella. ¡Cómo se sobaban! A mi lado no se hablaba de otra cosa. ¡Con decirte que la gente comenzó a chistarles!

—Habla más bajo, por favor, te van a oír... Aquí todo el mundo se conoce.

No me vine a partido y de este modo logré mi propósito de salir de aquel lugar.

—¿Te hace —propuso Izaskun Ayestarán visiblemente nerviosa— que cambiemos de aires? A esta hora habrá un ambiente chachi en Bataplán. ¿Bajamos?

Cogidos de la mano descendimos la costana de Miraconcha, que los de la ciudad conocemos por Cuesta del Culo. Acodados luego en la barandilla del paseo, estuvimos un rato contemplando en silencio el oleaje. Izaskun encendió un porro; me lo pasaba, se lo devolvía. La playa estaba desierta. Luces minúsculas de barcos

brillaban a lo lejos, en la noche negra del mar. La isla iluminada trajo a mi memoria escenas de nuestra aventura infortunada de principios de mes.

—No me la recuerdes —repuso Izaskun—. Fue uno de los peores días de mi vida.

Puesta en gran pensamiento de cuanto yo le había revelado un rato antes en la terraza, camino de la discoteca reanudó sin más ni más el tema que no cesaba de inquietarla.

—¿Tú crees de verdad que esa individua le tiene comido el tarro al Cojo?

—Completamente. Ya no parece el mismo.

—Quién lo iba a decir: el hijo de ricachos metido a bolchevique. Si no fuera porque te conozco pensaría que te quieres quedar conmigo.

—Por lo visto hay antecedentes en su familia, un abuelo republicano.

—Pamplinas. Sospecho que el Cojo ha urdido un montaje para burlarse de ti.

—Si me han engañado, pronto se sabrá; pero lo dudo. La devoción marxista de ambos no presentaba resquicios.

—¿La chica se maquilla?

—La tarde que la conocí iba al natural.

—Claro, como es pobre... ¿Tenía la ropa descosida? Sé bueno conmigo, Flakúas, dime que sí.

Inventé por complacerla que Rosa Benítez vestía un jersey de coderas gastadas y lana con nudillos.

—¿Y dices que es muy morena?

—Como la tierra de un tiesto.

—O sea, negra.

—Digamos que tiende a chocolate.

—¿Los ojos?

—Vulgares, con una pizca de altanería.

—¿Pecho?

—No sé, en su sitio.

Agarró con decisión mi mano y la apretó contra una de sus turgencias. No vacilé en concederle el halago que codiciaba.

—Se va a morir de envidia.

Su aliento dulzón buscó mi boca. En el instante de besarme con temblorosa violencia, la vi cerrar los ojos, turbios por el efecto de la marihuana. Más deleitoso me resultó su perfume, cuyo poder de seducción era redoblado por un toque sutil de catanga. En la acera de enfrente un borracho entrometido comenzó a lanzarnos jocosidades, que Izaskun atajó soltándose en insultos y palabrotas. Tendría el hombre sus no menos de cincuenta años y una curda como para subir al cielo agitando las orejas. No le indignaron los afrentosos calificativos. De buen humor simuló dirigir una orquesta de la que, para su nublado entendimiento, Izaskun y yo debíamos de ser los músicos, y cuando mi compañera, con coña que el borracho no pudo comprender, le preguntó por su hija Rosa, extendió aquél aparatosamente los brazos y reemprendió

su camino farfullando:

—Qué hija ni qué pollas.

Delante de la discoteca La Perla se arremolinaba una muchedumbre ceceante y flamenca: soldados de rebaje, fisonomías tostadas, bigotes de paisano, patillas alfanjes, peines que asoman por el bolsillo trasero del pantalón de campana, corrillos que combaten por bulerías el afilado frescor de la noche cantábrica. Izaskun Ayestarán me llamó la atención sobre una mozuela de tez cobriza, que, sentada sobre el canto de un arriate, daba palmas y hacía globitos con el chicle.

—A lo mejor es esa.

Atendí a mi conveniencia y celebre la broma; pero ni las risas postizas ni la fortuna dichosa que aquella noche inolvidable me estaba deparando, lograron acallar las voces que dentro de mí auguraban tiempos muy difíciles para el grupo La Placa.

Tan pronto como divisamos el letrero luminoso de Bataplán, me adelante unos pasos, impelido por la vanidad de subvenir a las entradas. Al llegar a la puerta, el matón que la custodiaba me indicó por medio de un gesto imperativo que me estaba vedado el acceso a la discoteca. En balde aguardé una explicación. Llegó entretanto Izaskun Ayestarán y, sin mediar palabra, abrazó al portero. Tras breves instantes de escuchitas al oído, aquél se volvió a mirarme y me hizo una seña para que pasara. Abajo, ante la puerta siguiente, se repitió el abrazo y entramos sin pagar, yo a la zaga de mi señora, como corresponde a los pajes. Me punzaba la impresión de ser un donnadie cuando nos sumamos a la masa sudorienta y frenética. En breve se apagaron los focos. Tinieblas azulinas sucedieron al abigarrado mariposeo de fulgores. Tan sólo el bar, al fondo, resplandecía dentro de aquel fosforescente sucedáneo de caverna. Sobre la pista de baile, cuerpos sin rostro, fundidos de dos en dos, giraban parsimoniosamente. Aspiré el calor de esos cuerpos, que olía a tabaco, a axilas y a perfume corrompido. Izaskun tomó mi mano y me condujo hasta el centro de aquel bátraco de amartelados. Razonando conmigo mismo, determiné salir de apuros conduciéndome a la manera del muchacho que bailaba a nuestro lado con su pareja. Atento a sus acciones, casi me olvidé de Izaskun. Llevaba él sus dedos a la nuca de su chica, yo lo mismo un segundo después a la de la mía; acariciaba la melena, luego la espalda, desde las paletillas hasta el lomo y vuelta, yo otro tanto. Por espacio de varios minutos libré bastante bien. Imitaba a mi modelo e Izaskun, agradecida, se apretaba a mí e incluso, de vez en cuando, me devolvía alguna caricia. En esto me vi en el brete de tener, que remedar un atrevimiento inalcanzable para las fuerzas de mi carácter. Inútilmente escudriñé la oscuridad en busca de otro dechado. Al fin hube de conformarme con el recurso del maniquí, dejando que mi amiga bailase más conmigo que yo con ella. Tampoco de este modo me fue mal, que con dar vueltas sin pisar ni ser pisado no distaba de parecer baile lo que hacíamos. Se sucedieron no sé cuántas canciones lentas e iguales. A veces Izaskun estampaba su morrillo tibio en el costado de mi cuello, y allí, adherido como ventosa a la carne, menudeaba los besos y las chupaditas. El consiguiente cosquilleo me provocaba

escalofríos de una mortificante delicia. Celebré en mi fuero interno el oportuno designio de hacerme escritor, sin el cual, no lo dudaba, jamás me habría sido dado conocer a la primera muchacha que se me entregaba. Al mismo tiempo me afligió el convencimiento de no reunir los atributos indispensables para merecer semejante fortuna. Supuse que en cuanto se encendieran los focos, Izaskun advertiría la equivocación de ensayar un lance amoroso conmigo, con un pelanas, y me despediría, acaso sin acritud o, por no mejor decir, ni siquiera con acritud. Curiosamente la certidumbre de que todo era en vano me reconfortó. Tras arduas indecisiones, logré incluso armarme del coraje suficiente para enfrentar mi cara con la suya, en la esperanza de que ella comprendiese mi pretensión, no la juzgara indigna y consintiera en culminarla. A la mitad del intento me detuve. Simultáneamente ambicionaba y temía. Con fuerza desgarradora tiraban de mí, en sentidos contrarios, la timidez y el deseo. Vi a Izaskun mirarme derechamente a los ojos con fijeza escrutadora. Las mejillas me ardían de vergüenza. Por un instante me tentó la idea de adosar el rostro a la cabeza de Izaskun, a fin de eludir su mirada; pero me contuvo el presentimiento de que también la huida cobarde requeriría una gran dosis de arrojo. Cerré, pues, los párpados y terminé de lanzarme al abismo. El beso (imposible olvidarlo) no atinó donde debía. Izaskun propició enseguida el perfecto acoplamiento mediante un giro rápido de su boca. Así unidos, sobrevino un trueno descomunal de música, al tiempo que se desataba un turbiÓN de luces multicolores, que pensé se nos caía encima el techo.

Abandonamos la pista en sentido inverso al de la turba marchosa que la venía a invadir, y en un rincón, cerca de la barra, festejamos con besos y champán el principio de una amistad intensa y duradera, según rezó la fórmula de brindis por ella inventada. Entablamos después coloquio sobre avatares de nuestras vidas, con mayor detalle sobre los de la suya, tanto allí como más tarde en un bar de la calle de Marina donde tomamos la espuela antes de irnos a acostar. Me pareció que mi amiga disfrutaba franqueándose. Durante largo rato la oí hablar de sus estudios de Derecho, que dijo le hastiaban, de su ilusión de vivir entregada de lleno a la poesía en un pueblito blanco andaluz, de sus padres, de sus frecuentes jaquecas, de nuestros compañeros de La Placa y de un sinfín de asuntos sobre los que más o menos ya me había yo procurado información por medio de su diario.

Por el trayecto hacia su casa resolvimos asignarle un mote a Rosa Benítez. Se nos ocurrieron unos cuantos, que yo me comprometí a memorizar con el objeto de someterlos otro día al parecer del Pulcro Matallana, a quien considerabamos un experto en la materia. Hasta llegar a la calle de Urbietta mis predilecciones se repartían entre la Sota Bolchevique y cualquiera de sus dos posibles abreviaciones: la Sota, la Bolchevique. Izaskun objetó que estos nombres resultaban excesivamente simbólicos y no muy afrentosos, por lo que prefería otros de sentido más directo, como la Pobre o la Mulata.

Comenzaba a clarear cuando subimos a su piso, donde lo primero de todo nos

bañamos juntos, de suerte que resultó bastante mitigado el apuro de desnudarme ante sus ojos. La enjaboné, me enjabonó y tuvimos ciertos regocijos por dentro del agua. Mientras se secaba con la toalla examiné su cuerpo. ¿Qué gusto podrían recibir de mí aquellas exuberantes anchuras, colgaduras y redondeces? Pensé en la revista sobre insectos, que a primera hora de la noche el Pulcro se había llevado prestada a casa; pensé en la afirmación de que a menudo los machos de mantis religiosa son devorados por la hembra al término del apareamiento; pensé, cuando nos dirigíamos desnudos a la alcoba, que en ella me aguardaba el sacrificio. Todo fue, sin embargo, extrañamente simple, y pasados dos días me aposté en una esquina de la calle para verla salir. Discurrieron varias horas antes que Izaskun apareciera. La seguí de lejos, cinco o seis manzanas, hasta cerciorarme de que no regresaría de inmediato. Luego comprobé que podía haberme ahorrado la molestia, pues sus anotaciones correspondientes a la antevíspera sólo me citaban de pasada para decir escuetamente que habíamos bailado y dormido juntos. El resto, página y pico, era una fiel transcripción de cuanto yo le había revelado por la noche acerca de Rosa Benítez, a quien Izaskun apodaba en sus notas íntimas la Mulata.

Lo trajeron de La Póveda más o menos restablecido y otro día, por la mañana, se desplazaron los tres en automóvil a la villa industrial de Hernani. A la entrada de un taller de fundición pusieron a Cacharrito al cargo de una mesa con libros; ellos instalaron una segunda junto a la puerta de una fábrica cercana. Les fue mal. Durante varias horas hubieron de soportar la lluvia, que, con no darles tregua, no los ofendió tanto como las burlas de los escasos trabajadores a quienes consiguieron infundir curiosidad. Recogidos los tenderetes, cargaron en el automóvil los libros que sólo parcialmente habían logrado preservar del agua mediante bolsas de plástico y chapas de cartón. No los descorazonó el fracaso, simplemente juzgaron errada la estrategia al no haber previsto las prisas de los obreros por huir de la lluvia y procurarse cuanto antes en sus casas el necesario reposo y alimento tras la fatigosa jornada laboral. Dictaminaron de consuno que si la clase obrera no iba hacia la cultura, la cultura debía ir hacia la clase obrera. Obedeciendo a esa divisa, idearon su siguiente plan; precisaban refuerzos y fui llamado. Por teléfono apeló Josu Ruiz a nuestra amistad y me recordó una reciente promesa mía de colaboración. Accedí de grado, antes que nada porque me sedujo la perspectiva de convertirme en testigo de una aventura previsiblemente irrisoria.

En el apartamento hallé a los tres seleccionando los libros que se requerían para llevar a cabo su intención. Desechaban unos y los restituían a los anaqueles por ociosos, por frívolos, por elitistas; otros, útiles a su filantropía, los entregaban a Cacharrito, que era quien cuidaba de que no quedasen sellos, fotografías, papeles con anotaciones u otras cosas parecidas entre las páginas. Efectuada la revisión, les quitaba el polvo y los metía en unas cajas de cartón extendidas sobre la cama. Llegué a tiempo de oír los vituperios de Rosa Benítez contra los cómics. Estos entrañaban a su parecer una finalidad embrutecedora, fomentada por las altas instancias del poder político a fin mantener ocupadas las mentes del pueblo con fútiles fantasías, apartándolas de este modo de los verdaderos problemas de la sociedad e infantilizándolas, por lo que convenía excluirlas en bloque y así se hizo. Similares razonamientos esgrimió Josu Ruiz para descartar un gran número de novelas, así como todas las obras filosóficas anteriores a Marx. Los libros alemanes ni siquiera los tocaron. A las cajas fueron a parar diccionarios, gramáticas, tratados (de biología, de divulgación médica, de historia, de geografía, de plantas medicinales), vidas de compositores y científicos, algo de teatro y bastante poesía, y aunque no fue poco lo condenado a salvarse, la merma en los anaqueles era tal que daba grima.

Como de costumbre cada vez que visitaba el apartamento, a Cacharrito empezó a perturbársele la respiración, decían que por causa de los pelos del canguro o del polvo volátil o del heno o del serrín. Nadie lo sabía con certeza. Conté que en una revista entomológica había leído recientemente un informe sobre unos llamados ácaros de los colchones, los cuales se nutren de partículas de polvo y piel humana y cuyos

excrementos en suspensión provocan en muchas personas reacciones alérgicas, a menudo de tipo asmático. Juzgaron mis compañeros que pretendía enjaretarles una patraña surrealista y no me quisieron creer. Apenado y a la vez inquieto por los estertores que cortaban y endurecían el aire de la pieza, me ofrecí a relevar a Cacharrito de su cometido. Él se negó de plano. Le parecía incorrecto estar ocioso, mirando trabajar a los demás. Sentí lástima de verlo fanatizado como los otros y opté por no insistir. A pesar de su sofoco, Cacharrito continuó desempolvando libros y metiéndolos en las cajas. Sus dificultades respiratorias aumentaban por momentos. Al fin Rosa Benítez le compelió a salir de la vivienda. Como lloviese, le entregó las llaves del automóvil para que nos esperara resguardado. Se marchó pesaroso de tener que irse y de que no le permitieran llevar consigo alguna de las cajas. Atamos éstas con cordeles una vez concluida la selección de libros, y entre Josu Ruiz y yo las fuimos transportando hasta el coche, donde Rosa Benítez se había quedado a hacer compañía a Cacharrito, que ya respiraba con bastante normalidad. Las cajas, cuatro en total, eran tan pesadas que a duras penas lográbamos sostenerlas entre los dos. De vuelta al apartamento para cargar con la última, resolvimos tomarnos un descanso, que buena falta hacía.

—¿Bebemos o fumamos? —me preguntó Josu Ruiz—. Tiempo para ambas cosas no nos queda. Rosa lo notaría.

Elegí la adolescencia, el cigarrillo a escondidas. Acodados en el antepecho de la ventana pusimos por obra la fechoría. Temeroso Josu Ruiz de que a la sobretarde su novia advirtiera el olor a tabaco, me instó a expeler el humo con fuerza hacia la calle, a escupirlo por así decir. A modo de ejemplo me mostró la forma más eficaz de conseguirlo, la cual consistía básicamente en ponerse en grandísimo peligro de caer al patio. La lluvia mojaba nuestros cogotes y a él, además la espalda, pues acostumbrado a semejantes temeridades, no le importaba dejar tres cuartos del torso suspendidos sobre el vacío. Una y otra vez miraba, nervioso, su reloj. Ello le obligaba a levantar el brazo y agarrarse con una sola mano al antepecho. Apenas consumido medio cigarrillo, lo arrojó contra la pared frontera; yo le imité y salimos.

Cargadas las cajas en el automóvil y listos para partir, sucedió que no se ponían de acuerdo sobre la zona de la ciudad donde fuesen más a propósito sus designios benefactores. Barajaban no menos de cuatro arrabales; pero ninguno terminaba de infundirles plena confianza, recelosos de entregar los libros a quienes tal vez podrían pagarlos de su propio peculio. Determinaron consultarme y yo, considerando entre mí el riesgo e inconveniente de mostrar nuestra locura donde alguien me reconociese, propuse que nos dirigiéramos al barrio de Alza, que era, de todos los que ellos habían mencionado, el más distante del mío. Justifiqué mi elección diciendo que en aquella parte moraban muchos pobres.

—Nuestra misión —repuso Rosa Benítez con sequedad— no consiste en dar chocolate a los hambrientos, sino en contribuir a la concienciación de la clase trabajadora. Pero, en fin, yo creo que no te falta razón y que es preferible ir a donde

dices a quedarnos aquí indecisos hasta que anochezca.

Dio a continuación la orden de marcha y partimos. Serían las cuatro de la tarde cuando llegamos al barrio de Alza. La lluvia había remitido; pero por la cumbre del monte Jaizquíbel, hacia el norte, se anunciaba nueva y amenazadora cerrazón. Josu Ruiz estacionó el coche en una cuesta, detrás de un roñoso contenedor repleto de escombros. Antes de apearnos extrajo Rosa Benítez de la guantera tres gorras azules de pana, cada una con su estrella roja de cinco puntas cosida a la visera. Las repartió y se las pusieron, y como oyeran que Cacharrito quería cederme la suya, se lo vedaron de firme, alegando que para la próxima ocasión ya me agenciarían una. No logré yo desentrañar sentido de aquellas gorras ni supe nunca la razón de conceder tan importancia a llevarlas caladas durante sus acciones.

A través de un sendero embarrado transportamos Josu Ruiz y yo las cajas hasta una marquesina situada frente a un grupo de edificios. Allí, conforme al plan previsto, cada cual tomó en sus brazos tantos ejemplares como sus fuerzas le permitían. Comenzamos luego a distribuirlos por los buzones de la vecindad y en un periquete dejamos cuatro portales atestados de cultura. Repartida la primera remesa, volvimos en busca de la siguiente. Les comenté a mis compañeros que algunos libros, a causa de su grosor, no cabían por la ranura de los buzones. Rosa Benítez dispuso que los depositáramos ante las puertas de los entresuelos y pisos más bajos, y así hicimos todos en adelante salvo Cacharrito, quien, malinterpretando la orden, se dio a sufrir escaleras hasta los áticos y desvanes y así le fue. Lo encontramos en la marquesina de la parada del autobús, agobiado por la disnea. Convinimos en eximirlo del trabajo. Él, testarudo como era, no lo quiso consentir; antes bien, sin fuerzas ni aliento trató de levantar un grueso tomo de filosofía, pero se le cayó. Sólo entonces, con gran pesar, se dio a partido; aunque puso como condición para retirarse al coche que le permitieran cederme a mí su gorra. Pareció bien a todos y de esta suerte hube de calarme contra mi gusto aquella funda grotesca.

Discurrido un tiempo, nos avistaron dos chavalillos de pinta desastrada y no más de once o doce años, los cuales compartían muy a su sabor una colilla subidos al remolque de una camioneta destartalada. A voces nos preguntaron si éramos terroristas. Se me hace a mí que no carecía de fundamento su sospecha, que con aquellas gorras y el trajín de las cajas y los libros no debíamos de parecer cosa buena. Pidieron tabaco y droga y al fin, con mucha guasa, hicieron batería que les prestáramos la muchacha. Comenzó Josu Ruiz a increparlos y les mostraba el puño. Rosa Benítez se lo afeó:

—¿No ves que son víctimas del medio social en que viven?

Diciendo esto, extrajo al azar dos ejemplares de una de las cajas y subió con paso decidido a llevarlos a los pilluelos, que la recibieron visiblemente intimidados. Tomó cada uno su obsequio y sin hojearlo atendían a las prédicas de su solícita bienhechora. La distancia nos impedía escucharla. Yo sólo sé lo que vi, y fue que no bien hubo consumado Rosa Benítez su buena acción y emprendido el camino de vuelta, los dos

chavales le arrojaron sin más ni más los libros, uno de los cuales le atinó de lleno en el cogote. Echó entonces Josu Ruiz a cojear velozmente por la cuesta arriba, maldiciendo a los dos tunantes; corrí yo tras él, no sé con qué objetivo, y en esto observamos que nuestros perseguidos se parapetaban tras unas grandes tuberías de cemento hacinadas al borde de la carretera. Desde su escondite se dieron a injuriarnos con muy gruesas palabras y nos lanzaban piedras, algunas de tamaño que ponía los pelos de punta. El granizo de proyectiles hacía imposible cualquier tentativa de avanzar más allá de la camioneta. Un descampado en pendiente aseguraba además a nuestros agresores una fácil retirada. Convinimos en amunicionarnos de piedras y repeler el ataque; pero apenas nos pusimos a ello, comenzó Rosa Benítez a reprendernos y llamarnos matones y decir que semejábamos policías al servicio de la clase dominante. De esta suerte forzó nuestra capitulación, que fue gran pena, porque me estaba dando gusto revivir aquellos juegos bélicos de infancia en los que casi nunca se me dejaba intervenir.

—Volvamos a casa —ordenó ella con acento severo—. Los libros que faltan por repartir se quedarán en la marquesina. A lo mejor esos niños sienten tentación de ojearlos y quién sabe...

Por el trayecto de vuelta celebraron mis compañeros el término exitoso de nuestra buena obra. Se les figuraba que habíamos sembrado el barrio de Alza de semillas revolucionarias que no tardarían en germinar. Josu Ruiz profería consignas, tarareaba jubilosamente, sacaba de continuo la mano por la ventanilla y les hacía a los semáforos el signo de la victoria. A su lado Rosa Benítez, con estirado y frío orgullo, pintaba un porvenir a la medida de su fe política, vaticinando que en menos de una década los talleres colectivos y los koljoses se habrían extendido hasta las zonas opulentas de San Sebastián. La triunfal premonición produjo en Cacharrito un arrebatado de euforia, y aun creo que le sorbió el último adarme de juicio que le iba quedando desde que frecuentaba la compañía de aquel par de izquierdistas desatados. De manos a boca anunció que ofrecía su biblioteca entera para que la distribuyéramos al día siguiente por los buzones de cualquier otro suburbio. La idea mereció los aplausos entusiastas de Josu Ruiz e inspiró a Rosa Benítez una especie de proverbio digno de ser esculpido en los sillares del Kremlin. Al momento estuvieron unánimes en dirigirse a casa de Cacharrito, a fin de cribar sus libros y escoger, como horas antes en el apartamento de Josu Ruiz, los que se les antojasen adecuados a su propósito. A este punto me tomó un grandísimo temor, pensando tramaran esquilmar también mi biblioteca, mi querida biblioteca, lo que yo más amaba y amo en la vida. Me dije entre mí: antes que poner mis libros a disposición de estos orates, me dejaré sacar un ojo. Para que me disculparan de acompañarlos, aduje cierta enfermedad de mi padre, así como otras obligaciones domésticas que por desgracia, dije, no podían aplazarse. Les costaba creer que existiese en el mundo tarea más importante que la suya. Insistí, me rebatieron. Por un instante tuve la sensación de hallarme secuestrado dentro del automóvil. Felizmente se me ocurrió una mentira oportuna, que supe

expresar con el debido patetismo:

—Creedme que nada me apetece más que seguir a vuestro lado. Pero a las ocho he de poner una inyección a mi padre.

Rosa Benítez se volvió bruscamente hacia Josu Ruiz y le ordenó:

—Para y que se baje.

Me bajé, y ya me había despedido de ellos y echado a caminar por la acera cuando me detuvo la voz de Josu Ruiz; el cual, asomando la cabeza por la ventanilla, al par que guiñaba un ojo me preguntó si estaba yo dispuesto a ayudarles también al día siguiente. No tuve valor de negarme; pero recurrí, por puntillo, a la falta de inocencia y maliciosamente le propuse traer conmigo al Pulcro, con quien de todas formas tenía previsto encontrarme. Como yo suponía, Josu Ruiz se opuso en redondo, alegando que nuestro amiguito era más para ser ayudado que para ayudar. De nada le aprovechó, sin embargo, acalorarse, pues también en este caso prevaleció el gusto y opinión de Rosa Benítez, que afirmaba sentir gran interés por conocer a nuevos miembros de La Placa. La tarde siguiente, antes de subir a casa de Cacharrito, nos congregamos en su portal. Allí se nos puso en autos al Pulcro y a mí acerca del embuste que habían ideado con objeto de ocultar a los padres de nuestro compañero la razón verdadera de diezmar su biblioteca. Me rogaron discreción; al Pulcro se la exigieron, y aun Josu Ruiz le compelió a jurar que mantendría en todo instante el pico cerrado. Subimos por fin a la casa, estrechamos la mano de sus moradores y sin pérdida de tiempo emprendimos el traslado de los libros hasta el automóvil, tarea que resultó notoriamente menos fatigosa que la de la víspera, en parte porque dispusimos de ascensor, en parte también por la inestimable colaboración de Restituto, que campechano y bromista se empeñó en transportar él solo las cajas más pesadas. Cargamos cerca del doble de los libros que habíamos repartido en Alza. No escaseaban entre ellos los ejemplares costosos ni los raros ni los que singularizaba la firma y dedicatoria autógrafa del escritor, piezas en algunos casos tan preciadas que no era posible contemplarlas sin apenarse, sabiendo la suerte lastimosa que les aguardaba. Quedó el coche de tal manera lleno que el Pulcro y yo hubimos de viajar en tren hasta la populosa, sucia y fea barriada de Rentería elegida por nuestros compañeros para escenario de su descabellado altruismo. Por el trayecto el Pulcro me confesó el asombro que le embargaba. A su juicio, repartir libros entre familias de la clase obrera era lo mismo que echarles caviar a los cerdos. Veía a Josu Ruiz muy cambiado y no precisamente por causa de la gorra azul, que calificó de «versión soviética del yelmo de Mambrino». Rosa Benítez le había producido una impresión desagradable, próxima a la repugnancia. Yo le hice saber que compartía sus apreciaciones. En vista de nuestro buen acuerdo, resolvimos poner por obra un ardid, y fue que terminada la distribución de los libros, dimos a entender a nuestros compañeros que en breve saldría nuestro tren de vuelta, para el que ya teníamos adquiridos los billetes. Se me hace que no les importaba perdernos de vista y nos dejaron marchar. Nosotros tomamos a paso rápido el camino que llevaba hacia el

apeadero; pero al doblar la esquina cambiamos de dirección, y dando un rodeo por unas calle apartadas, volvimos a los portales en cuyos buzones habíamos depositado los libros y recobramos al pie de tres docenas de ellos, que, como buenos camaradas, nos repartimos a partes iguales durante el viaje de regreso a San Sebastián.

A finales de octubre recibimos la visita del Alcaláino, el hombre más fatuo, la criatura más cautiva que soportó jamás el suelo de nuestro planeta. Se llamaba Raúl Albadalejo y de octavo o noveno apellido Saavedra, lo que tenía en muy alta estima, lo mismo que otras circunstancias concernientes a su origen, entre las cuales no era la menor causa de su infinita presunción haber venido al mundo en Alcalá de Henares, pues se le hacía que no en Valladolid ni en Salamanca ni en ninguna otra región del orbe hispánico se hablaba con tanta propiedad, corrección y elegancia el castellano como en el pueblo de Cervantes. Él lo afirmaba a su modo entre jerigonza y culturilla que se le había pegado en las tabernas y cafés de Malasaña, donde pasaba lo más del tiempo de su ociosa vida abusando de la generosidad y paciencia del prójimo.

—Os juro, tíos —decía—, que a nivel de estado español es en Alcalá donde se habla el castellano más bonito. Allá es que te flipas oyendo rajar a un barrendero por la calle. Te metes en un bar o en una carbonería y es la releche, inclusive el más lerdo del lugar te domina el idioma que se las pela.

Genaro Zaldúa aseguraba haberlo visto una sola vez en Madrid, con motivo de una tertulia de jóvenes intelectuales a la que acudió de la mano de unos muchachos con quienes había trabado amistad un día antes. A socapa le advirtieron se cuidase de aquel pelma con el que, según decía, apenas llegó a intercambiar tres o cuatro palabras de circunstancias. Como no le pareciese el tipo mejor ni peor que otros que por allá verbeneaban a la busca de gloria literaria, no tuvo inconveniente en darle las señas de su casa ni sospechó las molestias que ello le acarrearía, deseoso como estaba de cartearse con el mayor número posible de personas y engrosar así su particular lista de conocidos, anfitriones y valedores afincados en la capital.

Genaro Zaldúa regresó a San Sebastián un miércoles por la mañana, en vísperas de comicios. Saliendo de la Estación del Norte me divisó y llamó. Yo enfilaba en ese instante el camino de la facultad, a orillas del Urumea, y aunque a mi lado los transeúntes volvían el rostro en la dirección de sus gritos, yo hice como que no los oía y apreté el paso, temeroso de que mi compañero trajese propósito de sotanearme por no haber viajado con él a Madrid el sábado anterior. Al fin un pescador de caña sentado sobre el pretil tuvo la importuna deferencia de avisarme que alguien me estaba llamando por detrás. La ostensible indicación de su dedo me obligó a parar. Genaro Zaldúa se llegó a mí sonriente, la camisa por fuera del pantalón, los zapatos sin atar, los ojos pitañosos y el pelambre aplastado por la parte de la cabeza que probablemente había permanecido apoyada contra el respaldo del asiento mientras él dormía. A pesar del desaliño, de la fatiga evidente, de no haberse desayunado sino con un pedazo duro de pan, según dijo, y del estorbo del equipaje, abrigaba la intención de asistir a clase esa misma mañana. Se conoce que quería recuperar sin demora los capítulos tratados durante su ausencia por los profesores de las diversas disciplinas. Le llevé la maleta hasta la cantina de la universidad, donde se la

guardaron. El camarero, buen amigo suyo al parecer, se ofreció a prepararle un bocadillo, aunque aún faltaban dos horas para servir almuerzos a los estudiantes. Genaro Zaldúa rehusó, sospecho que por tacañería. Le conté entretanto cómo el sábado anterior a Izaskun Ayestarán y a mí se nos había escapado el tren mientras esperábamos en la cola de los billetes. Él soltó el trapo a reír y me refirió con talante jovial que hasta muy entrada la noche anduvo buscándonos como loco por los compartimientos. Preguntó si el grupo había emprendido últimamente alguna actividad. Mencioné, sin extenderme en detalles, el reparto de libros por los barrios obreros.

—No se os puede dejar solos —dijo, al par que meneaba la cabeza en señal de disgusto.

Sucintamente le declaré quién era Rosa Benítez. El tema no despertó en él el menor interés, lo que me facilitó la omisión de epítetos y comentarios que pudieran comprometerme. Ante la puerta de la cantina me despidió y lo despedí; cada cual se encaminó a su aula y no volvimos a vernos hasta pasados dos días, cuando recibió la inesperada visita del Alcaláino y convocó por teléfono una reunión de urgencia en su comercio de golosinas. De vuelta al cuarto se lo dije al Pulcro:

—Un madrileño se ha presentado de improviso en su casa. Genaro piensa que como es poeta tal vez nos agradaría conocerlo.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Ha insinuado que él no puede darle alojamiento.

O sea, que se lo quiere sacar de encima cuanto antes.

—Eso parece.

—Pues venga, no perdamos más tiempo, que este asunto me huele a jolgorio.

Tomamos un autobús urbano que nos dejó en la plazoleta del Buen Pastor, y en la calle donde vivía Izaskun Ayestarán subimos a otro con destino al barrio de Amara. Como de costumbre, yo costeé los pasajes. El Pulcro me pidió sus billetes, que por la noche presentaría a su familia con el fin de que se le restituyese el dinero que no había gastado. Por el trayecto lamentó una vez más tener que vivir de tejemanejes, de sisas y de gorrear a los amigos. Me reveló después un secreto, y era que por las mañanas, a la hora del recreo, solía marcharse solo de la cochiguera y a toda pastilla se llegaba hasta la tienda de Genaro Zaldúa, donde hurtaba golosinas a su antojo, sin que la madre de aquél, cegatona y a menudo traspuesta, advirtiese siquiera su presencia. De regreso al instituto, cambiaba el botín por cigarrillos o lo vendía a bajo precio entre los colegiales, obteniendo así pequeñas ganancias que le ayudaban a financiar una parte de sus gastos.

—A veces voy allí a robar por gusto de desquitarme de los desprecios que me hace Genaro. ¿Recuerdas que el sábado pasado me obligó a llevarle la maleta hasta el tren? Pasé el fin de semana mirando el reloj en espera de que llegase el lunes y la vieja abriera la tienda. Fui y me pegué una mangada bestial, y no contento con ello, agarré al gato por el pescuezo y lo tiré a una zanja de la calle.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le pregunté—. ¿Y si yo fuera un delator?

Sonriente, demoró varios segundos la respuesta, mientras se complacía en sostenerme la mirada.

—Pues te lo cuento —dijo— por la sencilla razón de que una mañana, hace ya un tiempo, te vi salir de la tienda.

La mujeruca dormía con la cara hacia el techo, la boca abierta y todas las trazas de un muerto feliz. El Pulcro se acercó a su lado y le bramó un saludo con malicia de sobresaltarla. El gato huyó despavorido. La vieja entreabrió un ojo, mascó aire y siguió dormida. En la trastienda, sentado sobre un costal de cacahuetes, estaba el delicioso botarate, perilla gris y calvicie incipiente que determinaban su pergeño de señor prematuro. Se levantó de un salto y vino a estrecharnos con mucha formalidad la mano. Por detrás Genaro Zaldúa simulaba asestarle palazos en la espalda, modo más que elocuente de sugerir que no era el Alcalaíno persona merecedora de respeto. Tendría el mozo entre veinticinco y treinta años.

—Le significaba aquí al colega Zaldúa que a través mío podríais introducirnos en el mundillo cultural de Madrid. No es fácil, porque está todo mu copao y hacen falta padrinos. Yo pienso de que podría ser vuestro enlace con las editoriales de allá. Conozco a mogollón de gente. Yo sé cómo enrollarme con los grandes. Esos dejármelos a mí. ¿No leísteis hace un año mi artículo «Metempsícosis» que me sacaron los de *Estafeta Literaria*? Estoy metido en un montón de movidas. Ahora ando a ver si me meto en *El País* a currar de crítico de libros. Tenía mismamente ayer una cita pa papear con Rafa Conte, pero que caramba, he preferido pegarme un garbeíto por Donosti. Si quieren pillarme que me busquen. Primero son los amigos.

—Bien dicho.

—Si, señor.

—Así se habla.

Espoleado al parecer por los halagos, emprendió un recuento de las personalidades literarias, artistas eximios y actores de fama con los que decía codearse en los foros y mentideros de Madrid, y hasta en sus propias casas con muchos de ellos. De algunos que debían de ser santos de su devoción o de cuyo trato y amistad se envanecía, hizo más circunstanciada referencia. En primer lugar de su lista de venerados figuraba Vicente, a quien sólo había tenido ocasión de ver una vez, en el jardín de su casa de Velintonia. Y con haberlo visto un instante desde la calle, ya se creía autorizado a nombrarlo sin apellido, igual que a pariente o amigo de confianza, de suerte que hasta tanto hubo aludido al célebre lugar no supimos nosotros de qué persona hablaba. Aseguró que en breve se pondría en contacto con los mejores oftalmólogos del país a fin de estudiar con ellos algún remedio para la grave enfermedad de los ojos que aquejaba a Vicente. El Pulcro se mofó sin rebozos:

—Pobre Aleixandre. Me temo que pasaré las noches en vela pensando en su dolencia.

—¿A quién dices eso, colega? —agregó el Alcalaíno—. Yo estoy hecho polvo.

A petición nuestra enumeró después sus obras, especificando en cada caso su contenido y propiedades, a fin de que, como no las teníamos delante, al menos nos formáramos una idea precisa sobre ellas. A este punto adoptó unas maneras tan

deklaradamente profesorales que el Pulcro no se pudo aguantar las ganas de burlarse, y alzando a estilo de alumno modoso la mano para pedirle la palabra, le preguntó si tenía inconveniente en que tomáramos nosotros nota de su disertación, a lo que el mentecato accedió con mucho gusto. Mientras Genaro Zaldúa buscaba papel y bolígrafos en la tienda, improvisamos el Pulcro y yo con los costales de cacahuets la más ridícula mesa de conferenciante que se pueda imaginar. Tras ella, inflamado de vanagloria, se acomodó el Alcaláino. Nos sentamos los demás delante, y hecha indicación de que ya estábamos listos para escuchar, habló él más o menos de este modo:

—Tengo escrita la tira de producción. Yo la clasifico así, oír: por un lao están las obras creativas, por el otro las científicas, porque yo soy un poco como aquellos gachós del Renacimiento que hacían de todo. Me cabrea la gente que sólo se dedican a un género. Siempre se lo digo a Vázquez Montalbán cuando se deja caer por Madrid. Bueno pos las creativas se dividen a su vez en tres, o sea, las poéticas, las novelístico-cuentísticas y las teatrales. Las poéticas son las mejores y las que menos trabajo me cuestan. Cada mañana, na más saltar del sobre, lo primero que hago es, bueno lo primero es encender mi cachimba que me osequió una coleguilla íntima de Tenerife, y luego después agarro boli y folio y me tiro un poema. En esto soy espartano. Y si he dormido como mandan los cánones, entoes me salen los versos como churros. Tengo el récor en ciento cuarenta en diez minutos. Me lo he montao así que produzco un poema diario. En un mes me levanto un libro. Luego hago copias en ca un amigo que tiene fotocopiadora y hala, a los concursos.

—Los habrás ganado a patadas.

—Qué va, si es que los juraos de hoy día están compraos o andan dentro gente que no tienen ni pajolera idea de lo que es la poesía. En octubre me dieron una mención horrorífica en Tomelloso. Tíos, la cosa me olió a comedura de tarro y se debería denunciar. Les mandé «Ardiendo en ti de cielo a cielo», el mejor poema que he escrito en mi vida, y no es porque lo haya hecho yo, pero la verdá es que la pieza tiene fuerza, en serio. Bueno pos fui a la entrega de premios. Leyeron los poemas ganadores, el uno más malo que el otro. Como me llamo Raúl que el jrao no lee las obras. Van a por los honorarios y punto ¡Pero si los tíos que ganaron aún usan rima! En qué siglo, en qué país estamos, me pregunto. En cuanto te sales de las normas tradicionales y tal, como yo, pos todo cristo pasa tuyo. Os aseguro que no vamos a tener otra Generación del 27 ni a tiros. Ah bueno, también he lograo un cuarto puesto en un juego floral que se montaron los del ayuntamiento de Castuera y me costa que llegué a la votación final, pero se me cargó uno que yo sé, que me han dicho andaba buscándome luego pa pedirme perdón. Un malagueño más mediocre que arrancao se llevó las cinco mil cucas, y encima le publicaron la tostada.

Llegado a este punto del discurso, le pidió Genaro Zaldúa una pausa, a fin de que pudiéramos nosotros cotejar los apuntes que habíamos fingido escribir mientras él hablaba. Accedió el Alcaláino de buen grado a la solicitud. Los tres intercambiamos

nuestros papeles cuidando de que el zoquete no viera la parte escrita. El mío, en realidad, estaba en blanco y el de Genaro Zaldúa contenía una sola frase: *¿Cuándo lo matamos?* El Pulcro, en cambio, no había parado un instante de escribir y en su hoja, que después me regaló para el archivo, podían leerse estas cuchufletas:

LECCIÓN DE LENGUA ESPAÑOLA PARA EXTRANJEROS QUE DESEEN OBTENER EL DIPLOMA CORRESPONDIENTE ANTES DE NAVIDAD

Él es estulto.	Él es badulaque.
Él es imbécil.	Él es churrullero.
Él es pedante.	Él es engreído.
Él es gilipollas.	Él es superficial.
Él es presuntuoso.	Él es ridículo.
Él es rueda cuadrada.	Él es carne de escarnio.

Propongo la inmediata amputación de sus piernas.

Efectuado el falso cotejo, que discurrió entre risitas veladas, comunicamos a nuestro huésped que ya estábamos otra vez en disposición de escucharlo. Genaro Zaldúa le rogó que no escatimara palabras, ya que en nuestra inculta ciudad, donde, como todo el mundo sabe, la gente no habla castellano, sino que lo cacarea, raras son las ocasiones de recrearse con las enseñanzas de escritores de gran valía. Respondió el Alcaláino que no se consideraba merecedor de aquel elogio. Su gesto no traslucía una mota de modestia, sino más bien todo lo contrario y que nos tomaba por palurdos. Con ademán ampuloso prometió explayarse y luego prosiguió:

—A nivel de obras cuentístico-novelísticas meto ahí mis cuentos, que es un género que se me da como anillo al dedo, más una novela que ando cocinando desde hace una porrada de tiempo. Últimamente la tengo un poco dejada. Ya os he contao que me enrolló cantidá con otras movidas. Me falta tranquilidad pa cogerle de nuevo el tranquillo y arrancar. Mismamente el otro día le hablé a Benet de plantarme con holandesas y la carraca de escribir en algún convento de cartujos, enchironarme aunque sea en el campanario y acabar la obra. Y me decía Juan que sí, que en la provincia de Palencia hay un monasterio cojonudo donde no te molestan ni los pájaros, pero de oír música y echarme unos porritos na de na, conque paso de hábitos y tonsuras, le dije, porque yo contra más solo más me jalo el chirumen y a lo mejor me da por tirarme al pozo de los frailes con un capitel atao al pescuezo. Caballero Bonald que estaba allí cerca se destornillaba de risa, y eso que llevaba encima un costipao de buey.

—Y esa novela tuya —le preguntó el Pulcro— ¿de qué trata?

—Es de vaqueros —respondió.

Genaro Zaldúa no pudo reprimir un borbotón de carcajadas.

—Colega —dijo el Alcaláino sin inmutarse—, no es lo que tú te piensas. Deja que te explique. Yo pretendo hacerle a la subliteratura del Oeste la misma putada que les infringió mi paisano Cervantes a los libros de caballerías, ¿captas? Pa eso me ha sacao de la manga a dos paletos de una aldea de Las Hurdes, afectaos de cretinismo y tal. Esos tíos se dan un día el pirote pa la capital, pos pa dónde si no. Llegan y van al cine creyendo que es una venta, y allá junan alelaos una peli de caubóis. Se les mete en la mollera hacerse pistoleros, se compran la ropa en una juguetería y tiran a chulear pa la comarca a limpiarla de indios y bisontes. Como no les llega pa caballos, van en burro ¿comprendéis? A lo mejor al lao de un riachuelo se cargan a un guardamontes, veremos a ver. Tengo tiempo de pensarme la trama, porque todavía estoy estancao en un proemio que quiero que pase de setenta páginas. Ahí esplico a mis lectores las intenciones básicas mías. Todo queda claro desde el principio y entoes yo me lanzo tranqui, tranqui, a experimentar. ¿Ves, colega, cómo no hay razón pa que destornilles? La pena es que no tengo calas pa hacer lo que me aconsejó el Sánchez Dragón: pagar a un negro y dictarle los episodios desde la bañera.

Intervino Genaro Zaldúa con doblez engolada:

—Lo que nos refieres induce a conjeturar que a Raúl Albadalejo y a su obra les aguarda un éxito sin precedentes. ¿No te asusta un poco la fama?

—Hombre, la verdá, yo no... En realidá lo único que me asusta son los palos de la bofia.

Celebró su estúpido chiste prorrumpiendo en risitas agudas, como de muñeco de pilas, y nosotros con él, que ya era gentileza. Después añadió:

—Son muchos años venga currar a tope pa inquietarme por un éxito de más o de menos.

Encima del fogón humeaba una cazuela con agua caliente y hojas de eucalipto que aromaban el angosto y polvoriento cuartocho. El Pulcro abría de vez en cuando la trampilla y avivaba el fuego. Le preguntó al Alcaláino si, como era de prever, lo acosaba la envidia. Electrizado por la pregunta, el fatuo dio un respingo y contestó:

—Yo con los envidiosos acostumbro a realizar tabla rasa. Paso de ellos. En Madrid son una plaga de lo más chungo, como le dije a Paco Umbral el otro día que nos juntamos en su casa pa trincar unos jereces. Si no te codeas con tíos legales estás amarrao.

Levanté yo entonces la mano en señal de pedir educadamente la palabra, que él no vaciló en concederme, y le pregunté si le gustaría ver publicada su novela.

—No tengo prisa —contestó—. Total, una novela te la saca cualquiera. Si en realidá los editores se muerden como tigres pa alzarse con los derechos del peor bodrio con tal que cuentes una historia en doscientas o trescientas páginas. Aquí igual no lo sabíais, pero en Madrid se ve esto a diario. Hace poco me andaban en el Gijón unos gachós merodeándome a preguntas, que ya me olí iban a por mi novela, y hasta Celso Emilio Ferreiro me hacía señas al otro lao de mesa pa que tuviese cuidao con aquellos tíos.

Se presentó poco después la ocasión propicia de hacerle una trastada, prelude de otras que dudo haya olvidado si todavía vive. Y fue que como el hablar sin descanso le secaba la boca, pidió de beber añadiendo le habría de dar mucho gusto si se lo servíamos con hielo. Genaro Zaldúa me tendió un vaso mugriento que cogió de una repisa, detrás de la máquina tostadora, y me ordenó salir en busca de agua para nuestro huésped. Como no supiese yo de dónde tomarla, se lo pregunté y él me lo indicó en lengua vasca, musitando:

—Kalean.

Al instante comprendí su intención embozada, que no era otra sino darle mate al memo. De buena gana me apresuré a cumplir el cometido. La calle abundaba en charcos turbios. Me tentó recoger goterones que caían del alero, en la seguridad de que el Alcaláino, engañado por la transparencia del refresco, lo bebería sin sospecha. Pero luego, pensando que el agua clara del tejado menguaría la diablura, mudé de propósito y sumergí el vaso dentro de una rodera anegada de bahrarina. Me dije entre mí: no creo que la ingenuidad del sabidillo llegue al extremo de aceptar este café con leche; si lo prueba, ya puede ir preparándose para pasar una temporada en el hospital. Razonando conmigo mismo de esta suerte, volví a la trastienda. A mi llegada, Genaro Zaldúa se levantó del leño que le servía de banqueta, similar a otros varios que había amontonados en una concavidad de la pared, y tras guiñar un ojo a estilo de bellacos, declaró solemnemente que por su calidad de anfitrión incumbía a él y nadie más atender y agasajar en persona a sus invitados. Tomó después la vasija. Le vi examinarla con disimulo y vi que el examen le provocaba dos leves gestos consecutivos: de asombro el uno, de sonriente aprobación el otro. El Alcaláino, entretanto, ya había manifestado su agradecimiento, aun sin haber recibido todavía el asqueroso refresco. Muy cuco, Genaro Zaldúa le dijo que no se preocupase por el color de la bebida, ya que ése era el ordinario en nuestra ciudad, especialmente los días de lluvia, por bajar el agua muy removida de los montes; pero que, turbia y todo, la bebiese sin cuidado, porque estaba hervida en la central depuradora, y que exceptuando media docena de amas de casa obsesionadas por la blancura de las sábanas, el resto de la población no tenía queja al respecto.

—Tío —respondió con muchos tufos el Alcaláino—, pos si en esta ciudá nadie se queja del agua que trincáis a diario, yo menos, que con la sed que tengo me saldría a beber las pozas de la calle. Además yo no soy amigo de dengues, colegas, porque pa que sepáis yo hice la mili en el Tetuán 14 de Castellón, de fusilero, pringao a tope, y allá, pateando mogollón de secarrales parriba y pabajo, nos echábamos al colete cualquier cosa y todas nos sabían bien. Y por si no os lo han contaó, en Madrid tampoco corre champán por las cañerías, ni nos duchamos con güisqui, ni regamos los tiestos con ginebra. Conque salú y padentro, que lo que no mata, engorda, y si la has palmao ya pa qué te vas a comer el coco.

Dicho lo cual, llevó el vaso a la boca y de un trago lo apuró. Se extrajo luego algunos posos que se le habían pegado a los dientes y la lengua, y para sorpresa mía

y, previsiblemente, también de mis compañeros, elogió la bebida, que no dudó en calificar de potable. El Pulcro no tuvo reparo en ofrecerle más agua, que el Alcaláino rehusó, ignoro si porque le había dado en la nariz nuestra malicia o porque, como decía, de momento ya estaba saciado. A mí se me hace que el episodio corroboró cierto prejuicio del que por medias palabras que no supo refrenar vimos venía contagiado de su tierra; el cual consiste en creer que los vascos somos una raza no terminada de civilizar. Más le habría valido al pobrecillo morderse los labios.

Resuelto a proseguir la cháchara, me preguntó si deseaba yo un resumen de lo que había él hablado durante mi ausencia, de modo que no quedasen incompletos mis apuntes. Respondí que sería efectivamente una pena que tal cosa sucediese; pero que bien podía evitarse la repetición si yo llenaba más tarde aquel vacío con ayuda de las notas de mis compañeros. El Pulcro, por burlarse, me prometió las suyas, agregando que como la parte que a mí me faltaba le hubiese parecido de sumo interés, la tenía copiada al pie de la letra. Celebró el Alcaláino nuestro acuerdo y, haciendo figuras, reanudó el insufrible vaniloquio:

—Pos como decía y pa acabar, yo pienso de que el teatro está chupao, colegas. Yo aunque me esté chungo el decirlo, porque yo paso de chulear, bueno pos yo me levanto si quiero un drama o una comedia a la semana, por mi madre. Esa es la verdad, pero es que luego es un lío del carajo la vela meterse a representar teatro. Los directores no hay ni uno decente, la mayoría te agarran el testo y te lo destruyen que parecen carniceros de la literatura. Y luego los actores, que te gritan los diálogos como tías dando a luz, y los escenarios, que casi ni uno vale pa mis rollos innovadores. Me dan ganas de pasar a tope del teatro, aunque el Paco Nieva y mucha gente en Madrid me piden que no lo deje y tal, pero qué esperáis, le digo a Paco, si es que estoy hasta el gorro de estrujarme la calamocho pa sacar a España de su retraso dramático. Se mata uno venga escribir y ¿pa qué? ¿Pa que venga luego un pelao a echarme en cara en el periódico que dejo las obras sin acabar? Esto me ha pasao a mí, colegas. El problema de este país es que hay demasiao aficionao suelto, mientras los tíos serios como yo o vosotros quedan mu pocos.

Pasó después a describir sus obras que tildaba de científicas, las cuales, al igual que las precedentes, se dividían en tres géneros: las traducciones, los ensayos y la filosofía. Con respecto a las primeras, le preguntó el Pulcro qué criterios empleaba para incluirlas entre las científicas.

—Pos por el rigor, tío, y porque, joé, en algún sitio las tengo que meter, ¿no? Aquí, entre nosotros, os diré que casi no traduzco. Pagan una miseria y por otro lao no se me dan ni a tiros los idiomas.

Acababa de abordar el tema de sus ensayos, cuando entró Cacharrito en la trastienda. Tímidamente nos saludó y saludó al orador, que sin interrumpir la charla, repantigado tras la pila de costales, le correspondió con un ostentoso ademán. Genaro Zaldúa intimó una orden de silencio al recién llegado. Cacharrito, que no era persona inclinada a encubrir sus impresiones, se desconcertó, y entre perplejo y amedrentado,

miraba con sus grandes ojos ora al Alcaláino, ora al auditorio que tan disciplinadamente atendía a las lecciones del desconocido. Se sentó de media anqueta sobre la misma caja de madera que ocupaba el Pulcro. En tono medroso pidió disculpas por haber venido tarde, alegando que no le había sido posible aparcar el coche cerca de la tienda. Le sisearon para que guardase la debida compostura y calló. Percatándose de que sus compañeros tomaban apuntes, se figuró que el fantasmón debía de ser algún escritor o intelectual de talla. Extrajo entonces del bolsillo un cuaderno en que acostumbraba escribir versos y máximas que se le ocurrían durante sus paseos, e ignorante de la burla que los demás teníamos concertada, se puso a anotar con admirable diligencia cuanto oía.

—Yo, a nivel de producción ensayística, pertenezco a la escuela de Montaigne, que no sé si os suena, también a la del padre Feijoo y algo a la de Ortega, bueno a lo mejor a la de Ortega no mucho, pero si a la de todos los que yo llamo los curiosos del saber. Porque a mí lo que de verdá me tira, ¿sabéis lo que es?, pos salir por ahí a junar caretos, a escuchar paridas que sueltan fulano y mengano, en vede apalancarme en casa venga roer tochos como una polilla. Desengañaros, lo que priva es tener una prosa chachi. Me lo confirmaba el otro día Caro Baroja, vuestro paisano, un tío cojonudo como todos los vascos. Me la sudan los sabihondos que ponen la tienda de campaña en medio la biblioteca y, joé, luego no te saben escribir con claridá lo que han empollao. Yo, en el rollo de los ensayos, paso de leer pal final gomitar una papilla de erudición. Mi ciencia está en mí y en lo que veo, ¿vale? Tengo por lema calle y aire libre, y así, cuando me da por la cosa explicativo-esaminante, agarro papel y boli y me piro al Retiro. Allí me siento debajo un árbol y, hala, a esperar que llegue el tema.

Asombro y duda se traslucían en el semblante de Cacharrito, que nos miraba a los ojos como esforzándose por leer en ellos nuestra opinión acerca de aquella jerigonza insustancial. Y comoquiera que viese a todos sus compañeros tomar notas con aplicación, creyó que la palabrería del vendehúmos era discurso enjundioso, y que él lo encontraba trivial porque no lo comprendía. Escondidamente me alcanzó un jirón de papel, en que podía leerse: «¿Te importaría prestarme más tarde tus apuntes para que yo los copie?». Genaro Zaldúa acababa de alzar la mano en demanda de la palabra. Concedida, preguntó al Alcaláino qué clase de ensayos eran los que escribía, a lo que el otro, reventando de vanidad, le respondió:

—Yo, tíos, hago lo que mi prosa se sirve mandar, y como es voluble, voy y vengo igual que una moto loca por el campo del saber. En la actualidá son dos mis especialidades: los ensayos literarios y las monografías sobre los bichos y pájaros del Retiro, que me los tengo tan estudiaos que ya sólo les falta tutearme. Pos lo último que estoy haciendo es enrollarme de lo fino con una pareja de pájaros que han anidao en el hueco de un árbol, con tres huevitos de plástico que se los he puesto yo en plan naturalista pa ver cómo reaccionan. Parecen gorriones, pero no son gorriones, así que no sé lo que son. Da igual. Cuando tengo tiempo cojo y les echo una junada con

cuidao de no espantarlos. A veces voy de noche, porque quizá no lo sepáis, pero de noche es cuando la tira de animales salen a buscarse el papeo, mientras de día andan medio amuermaos y no sirven pa estudiarlos. Bueno pos de esos pajaritos llevo escritas quince páginas sobre su comportamiento. Últimamente estoy estancao en la investigación porque aún no sé cuál de los dos es el macho y cuál la perica. Al final me tendré que resignar a pedir ayuda a alguien de veterinaria, lo que por otro lao me jode, pues me gustaría mantener en secreto mi trabajo. Esto no hace falta que lo apuntéis. A nivel de insectos, tengo muy curradas a las hormigas y a las avispas, y en cuanto liquide el rollo de los pájaros veremos a ver si les entro a saco a unas ardillas que dicen ha mandao soltar el alcalde. Yo hasta ahora no he junao ni una. Me huelo que alguna banda de pobres andan poniendo cepos pa cazarlas y comerlas, y si es así me voy a levantar un artículo de denuncia que espero colocar en algún periódico a por lo menos cinco lechugas la página.

Mencionó a continuación una retahíla de estudios suyos sobre literatura, gran parte de los cuales decía tener editada en revistas y el resto a punto de ser publicado, y eran todos de tal suerte, por lo que pude corregir, que no había uno menos disparatado que otro. A cada instante estaba el Alcaláino a dos dedos de elogiarse, vertiendo insinuaciones más o menos veladas acerca de sus logros y virtudes, jactancia la que se me hace le movía tanto la presunción como el convencimiento de que le escuchaba un tute de pardillos. Recuerdo los dos ensayos que merecían su predilección. El primero, una guía para entender el *Ulises* de Joyce, dilucidaba la trama de la famosa novela y muy particularmente sus pasajes más oscuros. Tenía aprensión de que sus aclaraciones menoscabasen el misterio y atractivo del *Ulises*, razón por la cual emperezaba una y otra vez entregar su libro a la editorial Gredos, cuyo responsable de publicación, dijo, no cesaba de darle la lata. El segundo estudio compilaba yerros lingüísticos de Cervantes, entresacados de dos o tres de sus *Novelas ejemplares*. Tantos y tan graves afirmaba haber descubierto en el curso de su investigación, que se le habían ido las ganas de repetir el experimento con el *Quijote*, obra que a su juicio no se podía limpiar de errores sino con ayuda de palas y excavadoras. Ello no mermaba, sin embargo, la veneración que decía profesar por su presunto antepasado. Y concluyó esta parte de su insufrible cuodlibeto, diciendo:

—Pal invierno que viene, como los pajaritos habrán hecho las maletas y se habrán pirao pal Sur, me he propuesto dedicarme a estudiar a Pío de Baroja. Se lo tengo comentao a Antonio Gala, que me imagino ya sabéis quién es. Pos le dije que pa mí no hay disputa que los vascos sois acojonantes en literatura y en todo. Una raza de quitarse el sombrero, sí señor.

Cacharrito alzó la mano al modo como había visto hacerlo antes a Genaro Zaldúa. Le fue concedía la palabra y, medrosamente, rectificó al conferenciante.

—Habrás querido decir Pío Baroja y no Pío de Baroja.

—Sí, bueno, claro —se excusó, verboso, el Alcaláino—, no me hagas demasiao caso, colega, porque todavía no estoy metido a tope en el tema. Además tenemos en

Malasaña un vendedor de lotería que se llama Carlos de Baroja y sin duda por eso me he equivocado.

Se soltó en trivialidades y subterfugios a cual más torpe, que lejos de borrar el desliz cometido, lo realizaron. Creyendo finalmente haber consumado su propósito, declaró terminada la exposición de sus obras ensayísticas y emprendió de seguida la de sus escritos filosóficos, que no por casualidad, afirmó, había reservado para el final, ya que debido a su importancia y complejidad consideraba conveniente abordarlos con la cabeza vacía de los demás asuntos.

—Si éstos no valen —faroleó— entoes yo no valgo nada.

Apenas hubo entrado en materia, hizo un alto con el objeto de preguntar si nos quedaba papel suficiente para nuestras notas, añadiendo que, de no ser así, él efectuaría muy gustoso una pausa en su disertación mientras alguno de nosotros lo fuese a buscar. El Pulcro le respondió que no hacía falta, porque como todos los presentes éramos sin excepción escritores de letra menuda, aún disponíamos de espacio sobrante en nuestras hojas, y a fin de que se convenciese le enseñó la suya el tiempo justo para que el Alcaláino viera los renglones y no los alcanzase a leer. Preguntó éste a Cacharrito el motivo, si es que alguno había, de que hubiera dejado de escribir hacía un rato; a lo que mi compañero, corrido, contestó que porque yo le había dado promesa de prestarle mis apuntes para copiarlos. Me miraron y confirmé. Acordándose entonces el Alcaláino de que a mí me faltaban algunas anotaciones correspondientes a sus obras de teatro, sugirió que el Pulcro, como las tenía completas, se las permitiese, por favor, copiar al colega de las gafas. El Pulcro consintió, si bien, de coña, se mostraba partidario de que por la noche u otro día el Alcaláino repitiese ante nosotros dos la parte de conferencia referida a su teatro. Dijo éste que por él conforme y a continuación comenzó a exponernos su sistema filosófico.

—Pos mirad, mi filosofía arranca de que yo pienso de que la nada, como no es nada, no existe, pos sólo existe lo que es, o sea, el ser, y el ser, que es lo único que a mí filosóficamente hablando me interesa, lo tengo clasificado en tres categorías: una, el ser en posibilidad o no nacido; dos, el ser en realidad o nacido y dotado de existencia, y tres, el ser en allendidad irreversible como la llamo yo, que dicho entre nosotros es el ser que la ha palmao, lo que no quita pa que aún conserve un si es no es de ser de varias maneras: manera abstracta, en la mente de un dios, manera histórica, en el tarro de los que le recuerdan, y manera residual, como abono pal campo o como esqueleto en el cementerio. Llego entoes al primer corolario de mi teoría: el ser se trasmuta, sin dejar nunca de ser ser, o sea, que la muerte no existe, luego no hay pa qué tanto preocuparse ni amargarse.

Cacharrito acababa de tenderme en secreto un pedazo de papel con una nueva pregunta: «¿Entiendes algo?».

—De ahí parte y se desarrolla todo mi estofao filosófico, que después de mil vueltas y revueltas que sería mu difícil explicar aquí, concluye en la negación de la

angustia. Con mis tesis optimistas me cargo a Kierkegaard y supero el existencialismo, ¿captáis? Me apoyan gente seria como García Calvo y Ferrater Mora, que no sé si os suenan. Bueno pos yo aunque al Ferrater no le conozco más que de un rato que me lo presentaron en casa de Julián Marías, me tienen dicho que que ojeando un resumen de mi sistema afirmó que hoy por hoy soy el máximo representante del neoplatonismo ontológico en España, y esto no son palabras de un cualquiera, lo ha soltado en público don José Ferrater Mora, ahí es nada, colegas.

Menudeábamos nosotros solapadamente las muecas y sonrisas, salvo Cacharrito, que parecía fascinado por la cháchara del filosofillo. Así las cosas, entró de pronto en la trastienda Josu Ruiz, quien, tras permanecer unos instantes a la escucha, saludó y dijo en tono de guasa:

—Vaya, vaya, parece que el olor de los cacahuetes anda inspirando por aquí a los intelectos.

A su espalda se oyó una voz lenta y susurrante que enseguida reconocí. Josu Ruiz apremió por medio de señas a Genaro Zaldúa para que saliese. Este se levantó al momento y pasó a la tienda, seguido por el Pulcro, aunque nadie lo había llamado. Cerca de veinte minutos permanecimos Cacharrito y yo a merced del pelma; el cual, visto que se le había reducido el auditorio a la mitad, resolvió no seguir con su discurso filosófico hasta tanto hubieran regresado los ausentes. En el ínterin reanudaría el tema de su teatro, o al menos la parte de él que faltaba en mis apuntes, pues se le figuraba que eso era lo mínimo que debía hacerse por un amigo. Yo, del modo menos áspero que pude, le respondí que juzgaba más conveniente destinar el poco espacio aprovechable de papel que me quedaba para anotar los puntos básicos de su filosofía. Parece que estaba el Alcaláino a pique de doblegarse a mis razones y que tendríamos paz y silencio durante un rato. Quiso, no obstante, mi mala suerte que Cacharrito, armado de importuna generosidad, acudiese en mi ayuda ofreciéndome una hoja de su cuaderno. Me volví a mirarlo con gesto torcido y la esperanza de que, advirtiendo en mi semblante el escasísimo alborozo que su favor me producía, desistiese del propósito; pero Cacharrito, de quien era fama que en achaque de interpretar facciones no pasaba de las primeras letras, ignoró lo que trataban de decirle las mías y con mucha solicitud me tendió el cuaderno para que me sirviera de él según mi antojo. El Alcaláino nos contemplaba con satisfacción y petulancia que me enojó. A partir de ese momento, la antipatía que el sujeto me inspiraba desde que Genaro Zaldúa nos lo había presentado, se transformó en odio visceral. Firme en mi obstinación, le recordé que tenía previsto tomar prestados los apuntes de uno de mis compañeros, por lo que resultaba de todo punto innecesaria la repetición de cualquier parte de la conferencia.

—Vale, tío, pero piensa que si escribirías ahora lo que no tienes, podrías entoes dejarle hoy mismo a este colega que no sé cómo se llama...

Tímidamente Cacharrito pronunció su mote.

—Pos podrías dejarle después al colega Cacharrito tus anotaciones, sin necesidá

de hacerle esperar hasta que el chavalillo que me lo ha copiao todo de pe a pa te haya pasao a ti sus papeles.

Y, tomándome por zopenco, concluyó de modo que, a ser yo de otra condición, le habría saltado tres o cuatro dientes con el puño:

—Joé, colega, si no tiene vuelta de hoja.

Deseoso de ofenderlo, declaré que yo no les profesaba afición a las obras teatrales, ni a las suyas ni a las de nadie, por considerarlas un género trasnochado, infinitamente inferior al cine. Menos por razonar este fingido parecer que por ganar tiempo en espera de que los compañeros que conversaban tras la colgadura del vano se decidieran a volver, afirmé no acordarme de una sola ocasión en que no hubiese salido desengañado del teatro. Añadí, roído de inquina, que como el tema no me interesaba en absoluto, apenas había pasado de anotar una o dos cosillas al respecto. A Cacharrito le aprovecharía más, en consecuencia, servirse de los apuntes de nuestro amigo el Pulcro, que serían incomparablemente mejores que los míos. Le dije asimismo que no juzgaba oportuno desconcentrarme de sus disquisiciones filosóficas, para volver a ellas más tarde, pues, lo mismo que el suyo, no era mi cerebro un maletín donde se pudiese recalcar la ciencia por toneladas. Se picó:

—Pos haber hablao claro desde el principio, tío, y acabáramos, en vede tenerme aquí como a un papagayo, raja que raja pa nada.

Permanecimos en silencio por espacio de uno o dos minutos, mirando cada cual en una dirección distinta. La colgadura siquiñosa filtraba las voces de los que departían en la tienda. Vanamente me esforcé por entender alguna palabra. Mis oídos captaban sólo murmullos incomprensibles, aunque suficientes para percibir que la conversación, salpicada de risas, discurría por sendas apacibles. El Alcaláino carraspeó de pronto y dijo:

—Este..., colegas, ¿tendríaís la amabilidad de dejarme un par de pavos pa un condumio? Por mi madre que no llevo vertical a retreta si no papeo antes un bocata. El camarada Zaldúa es un tío legal y yo ya sé por esperiencia que pa dirigir un grupo hay que montárselo en plan férreo y tal. Pero joé, como anfitrión vuestro jefe no se enrolla ni huevos. Ni me autoriza pa fumar porque dice que la mercancía coge olor chungo, ni me saca una gota de priva, ni me ha dao en tol día más manduca que los jodidos cascagüeses, y aun esos de los que no puede vender porque se le han torrao.

Con designio patente de movernos a caridad, nos refirió después en su idioma jergal que desde su llegada a la tienda, por la mañana, no había vuelto a pisar la calle. Aparte los cacahuetes, no había comido nada desde la víspera, tampoco para desayuno, ya que con las prisas del viaje se le había olvidado adquirir provisión. Pues de beber no había tomado sino nuestro vaso de agua callejera y un cafelito a que lo visto le convidó de madrugada, en un bar de la provincia de Burgos, el conductor que lo había recogido por el trayecto en su camión cargado de ovejas. Conocida la avaricia de Genaro Zaldúa, tuve la certidumbre de que por primera vez en lo que iba de tarde el Alcaláino no exageraba ni mentía. También por primera vez me

complacieron sus palabras. Se conoce que el gorrón estaba a la cuarta pregunta. La tarde anterior se había puesto a hacer dedo en el arcén de la carretera nacional 1, a la salida de Madrid, sin más equipaje que un fardel de estameña que ahora reposaba sobre un saco de carbón, cerrada su abertura por medio de un cordelete corredizo. Tenía cabida justa para un par de zapatos y poco más. Acabada la crónica de sus peripecias viajeras y de las ulteriores penalidades debidas a la hospitalidad espartana de Genaro Zaldúa, con quejumbrosas alharacas volvió a pedirnos a mi amigo y a mí algún dinerillo que le ayudase a remediar sus apuros en alguna taberna de los alrededores. Cacharrito se apiadó del pedigüeño y, por salvarle la vida, comenzó a buscar socorro por todos los bolsillos, sin hallarlo en ninguno.

—¡Uy! —exclamó con mueca de sorpresa—, he debido de olvidar el monedero en el coche.

—Pues ve por él —me apresuré a decirle, temeroso del aprieto en que su descuido me ponía.

—Pero si lo tengo aparcado en Amara Viejo.

Y en recorrer el trayecto entre Corsarios Vascos y Amara Viejo, aun calculando por lo bajo, se tarda por lo menos quince minutos, tiempo que al paso de Cacharrito, con las obligadas detenciones para contener la disnea, bien podía alargarse a media hora, y eso sin contar lo que durase la vuelta. Sólo de mí, por tanto, podía el Alcaláino recibir limosna y sólo de mí la recibió, pues me faltaron valor y palabras para negársela. Con deliberada lentitud, porque aún abrigaba la esperanza de que el regreso de los otros me eximiese del sacrificio pecuniario, tenté mis bolsillos salvo el en que guardaba la cartera; pero al fin no hubo más sino allanarse a sacarla, que fue como si me arrancase en vivo una costilla. Tomé por descontado el billete de menor valor, que mi desgracia quiso fuera de quinientas, y jurando entre mí que de algún modo me lo había de cobrar, lo deposité en las ávidas manos del aborrecido. El Alcaláino alabó, en son de agradecimiento, la generosidad proverbial de los vascos. Por rabia no quise entablar con él coloquio, ni siquiera para inquirir, como me apetecía, de dónde sacaba que Genaro Zaldúa fuese el jefe de La Placa; aunque poco me costaba imaginar las maravillas que éste habría estado difundiendo de sí mismo por Madrid.

Mis compañeros regresaron pocos minutos después. Con ellos entró Rosa Benítez, a quien Genaro Zaldúa ofreció muy cortésmente su leño para que se sentase. La chica examinó un instante el tosco y bajo escabel. Parece que no le satisfizo, por lo que prefirió acomodarse sobre la caja de madera próxima al fogón. Nos saludó a Cacharrito y a mí con aquella sequedad suya habitual, que, de no conocerla, hubiéramos creído la causaba el disgusto de vernos. Erguido a mi costado Josu Ruiz me miraba como apremiándome para que le cediera el sitio. A fin de que ninguno de los presentes me reputara de servil, dije que me dolía la espalda de tanto estar sentado. Con ese achaque me levanté y fui a colocarme detrás de todos, junto al vano cubierto por la colgadura. En esto comunicó Genaro Zaldúa a los recién llegados su

propósito de presentarles al Alcaláino, y lo hizo con tan bien aderezada ironía que el aludido, cegado por los elogios, no barruntó que le burlaban. Tras breve intercambio de saludos, le fue solicitado a éste que reanudase su charla en el mismo punto en que la había interrumpido obra de veinte minutos atrás. Respondió el ilustre majadero que por deferencia a los colegas nuevos se le figuraba más razonable exponer su sistema filosófico desde el comienzo, ya que por estar las sucesivas partes ensambladas conforme a una lógica estricta, no se podían comprender sino abarcándolas en su totalidad, lo cual explicó él a su manera y en su argot. Josu Ruiz, que ya tenía noticia de la condición y méritos del patán, alabó su juicioso designio. Acto seguido declinó la invitación a tomar apuntes, alegando que, como había dedicado innumerables horas de su vida al estudio de la filosofía, era capaz de retener grandes cantidades de información sin necesidad de anotaciones.

—Y que no te sepa mal —añadió en tono de risueña amenaza, avisado de que podía permitirse familiaridades con el huésped— si de vez en cuando interrumpo el decurso de tus ideas y me doy a rebatirlas con exaltación vehemente, pero bien intencionada. Porque yo, como paisano de Unamuno, en cuya misma tierra tuve la suerte o la desgracia de nacer, soy de los que, en cuanto disienten de una opinión, montan en cólera y no se saben estar quietos ni callados.

—¿Pos yo me iba a mear en los pantalones por eso, coleguilla? Pos precisamente eso es lo que me mola. No hay público más chungo pa un pensador que el mogollón amuermao de corderos. Conque por mí puedes sublevarte como te salga de los sobacos, ¿vale?

Hecho el acuerdo, comenzó el Alcaláino muy ufano a encadenar despropósitos y perogrulladas, diciendo que así como el no ser, al no ser, no es, el ser, al ser, no puede no ser; de ahí que todos nosotros, en cuanto que somos, estamos predestinados a ser por siempre, sea en la forma que sea, ayer como materia dispersa, hoy como hombres, mañana como fósiles. Enfrascado en filosoferías, no se percataba poco ni mucho de que los más estábamos pendientes de la previsible reacción airada de Josu Ruiz; el cual, pasado un breve rato, no se pudo contener y replicó:

—Se me hace a mí que para superar el existencialismo, como pretendes, andarías menos desatinado si recurrieras a unos cuantos refranes populares, en lugar de invocar esas tres o cuatro trivialidades pseudometafísicas que supongo has aprendido en algún libro de la escuela. No te enfade mi estilo de refutar, pues ya te he dicho que en tratando de filosofía no admito compadrazgos, y además no dudo que si estás convencido de tus opiniones, las sabrás defender. A tu edad no deberías ignorar que basta invertir a la manera de Sartre el binomio existencia-esencia, colocando aquélla en el sitio preeminente que le corresponde, para que de un plumazo se quede sin sentido tu teoría del ser ligada a la suposición arcaica de que el universal, encarnado en la esencia como forma sustancial abarcable por el concepto, constituye el centro configurador de las cosas. Recuerda: *L'homme n'est rien d'autre que ce qu'il se fait*. Tú que pronuncias con tanta delectación el vocablo ser, dime, ¿qué es el ser?

Sonreía el Alcaláino con mueca de tahúr sagaz, que, conocidos los naipes del adversario, sabe segura la victoria.

—Joé —respondió—, pos está más claro que el agua. Echa una jipada en torno tuyo. Ahí tienes al ser vivito y coleando. Y si no, ¿qué somos tú, yo, el colega Zaldúa, la gente? Y luego sí, luego después vienen las circunstancias que decía Ortega, mi precursor.

Josu Ruiz se sulfuró.

—Yo no soy el ser —dijo, sin hacer caso de los tirones de manga con que Rosa Benítez trataba de calmarlo—, ni el frasquito que encierra un alma ni nada que no esté de la primera a la última célula empapado de realidad material, la única que reconozco.

—Bueno, tío, tú crees en tu rollo y yo creo en el mío.

No tenía Josu Ruiz paciencia ni carácter para aguantar monsergas. Su controversia con el Alcaláino, iniciada con propósito de burla, adquirió enseguida por su parte cariz de berrinche. Su agitación, sus cabeceos, sus respingos en el asiento auguraban un final tormentoso de la disputa. Yo me complacía previendo un altercado, y también el Pulcro, según delataba su sonrisa maliciosa, iluminada por el resplandor de las llamas cada vez que se agachaba a introducir papeles de periódico en el fogón. De pie a mi lado, Genaro Zaldúa menudeaba los bostezos, se hurgaba las narices y de vez en cuando arrojaba una pelotilla de moco a la espalda de Josu Ruiz o a la de Cacharrito, que atendía boquiabierto a la polémica. A punto de enzarzarse a insultos los dos contendientes, Rosa Benítez truncó la riña ordenando de manera imperiosa a su novio que se callase. Este cesó al instante de hablar y durante unos segundos reinó un silencio compacto en la trastienda. Genaro Zaldúa miraba al Pulcro y me miraba a mí con ojos asombrados, como en demanda de una explicación. Sabía por nosotros del ascendiente que una chica de La Paz ejercía últimamente sobre nuestro compañero. Al influjo y poder de ella achacamos los cambios introducidos en lo que el Pulcro, con sorna, denominaba la «orografía del apartamento», así como el viaje secreto de ambos a La Póveda y la disparatada distribución de libros por los arrabales. Genaro Zaldúa tenía puntual noticia de todo ello; pero se negaba en redondo a creer que Josu Ruiz se hubiera rebajado a dejarse gobernar de aquella forma impropia de quien más era para ser temido que arrastrado como una marioneta. Le enfadó nuestro relato, que no dudó en tildar de infundio de cotillas. Involuntariamente nos descubrió la gran admiración que profesaba por Josu Ruiz, una admiración no exenta de rivalidad ni, acaso, de envidia. Resuelto a zaherirnos, estableció un símil desigual entre nosotros dos («monigotes incapaces de espantar a un pájaro») y el amigo de quien guardaba una imagen punto menos que modélica, hecha de fortaleza de carácter, de independencia intelectual y de dominio sobre sus semejantes. Ahora, ante sus ojos y en su tienda, esa imagen secretamente venerada acababa de derrumbarse igual que una torre de naipes. Me fijé en que a partir de ese momento todas las pelotillas de moco iban a parar a la espalda de Josu Ruiz.

Tomó el Alcaláino la palabra para pedir disculpas por lo que calificó de desviación del tema ajena a su voluntad. Al punto reanudó la conferencia como si nada hubiera sucedido, mostrando en el garbo y desenvoltura con que se puso a enjaretarnos premisas, silogismos y corolarios que no se le había despeinado un pelo de la perilla durante la somanta dialéctica que acababa de recibir. Y aun se me hace a mí que no se enteró de ella y que lo persuadió de hallarse él en posesión de la verdad el haber mandado una persona del público callar a su oponente. Yo no quise seguir su palabrería. Al oído le declaré a Genaro Zaldúa mi propósito de llegarme a un bar por cigarrillos. Con ese achaque salí a la calle, donde ya había empezado a oscurecer. Apenas hube caminado unos pocos pasos por los tablones extendidos sobre la tierra, paralelos a la zanja, me acarició en el olfato una ráfaga de perfume. Izaskun Ayestarán se acercaba en ese momento a la tienda, avanzando con zancadas de cigüeña por entre los charcos.

—Anda, Flakúas —dijo—, ven y llévame en brazos, que me estoy poniendo perdida en este asqueroso barrizal.

Con su cara maquillada, sus mitones, sus zapatos de tacón, la falda guarnecida de un ridículo faldellín y los tarsos embutidos en medias negras de malla, Izaskun Ayestarán parecía una bailarina de cabaret que andorrease sola por una ciudad bombardeada. Hacía pocos días que habíamos dormido juntos y, la verdad, hubiera esperado un beso algo más ardiente que aquel rápido picotazo en el carrillo. Por las confidencias leídas en su diario sabía yo las verdaderas razones que la empujaron a hacerme un hueco entre sus sábanas. Así y todo, me había pasado la semana razonando conmigo mismo si debía o no enamorarme de ella, a quien en la excitación de los sueños nocturnos confundía a veces con la almohada y para qué voy a contar. Alcé a la chica en brazos y por un instante me tentó la idea de arrojarla al fondo de la zanja. Estropearé su ropa, su peinado y su perfume, me dije, y puede que se le rompan unos cuantos huesos, pero también es verdad que con ella habrá caído a la inmundicia la indiferencia que me profesa. En esto me preguntó si el Cojo y la Mulata se hallaban en la tienda. No bien le hube respondido, me pidió la sacase sin demora de aquella calle, porque quería regresar a no sé qué fiesta que había abandonado con el objeto de prestar la llave de su piso al poeta de Madrid.

—Yo pensaba —ironizó— que la fetidez que hay por esta zona salía de los charcos, pero ahora me doy cuenta de que se debe a otra causa.

Accedí a acompañarla hasta la avenida de Sancho el Sabio, donde detuvo un taxi. Por el trayecto le hablé largo y tendido del palizas a quien ella había estado a punto de alojar en su casa. Yo lo retraté con tan descarnados pormenores que Izaskun no pudo por menos de exhalar suspiros de alivio considerando lo cerca que había estado de cometer una imprudencia lamentable.

—Y ahora ¿quién crees que cargará con el pollo? —preguntó.

Le respondí que como Cacharrito también se encontraba en la tienda, cabía suponer que el problema ya estaba resuelto. Llegamos después a Sancho el Sabio.

Comenzó a chispear. Desde primera hora de la mañana había estado lloviendo a intervalos. La luz de escaparates y faroles se entristecía sobre las aceras mojadas. Por las puertas del cine Astoria, al otro lado de la calle, salía una masa lenta de personas. Izaskun Ayestarán paró un taxi al borde del paso de peatones, abrió la puerta y volvió hacia mí su rostro sonriente, pensé que para despedirse.

—Por cierto —dijo—, ¿qué tal le sienta el luto al Cojo?

Encogiéndome de hombros, le hice ver que no comprendía la pregunta.

—¿Cómo? ¿Aún no os ha contado que ayer murió su madre?

Llegué a la tienda en el momento en que la mujeruca se disponía a bajar la persiana con una barra de hierro rematada en gancho.

—Lo siento, señor, pero ya cerramos.

Desde el fondo del establecimiento, Genaro Zaldúa ordenó a su madre que me dejara pasar. A ésta le picó la curiosidad.

—¿Quién hay contigo? ¿Alguna chica?

Con severo y terminante laconismo, Genaro respondió que tenía huéspedes.

—Vigila que no fumen, Genarito, y después cierra bien los candados. Pero sobre todo que no fumen. Y luego cierra bien, ¿eh, Genarito?

Tomó el gato en brazos y salió de la tienda por una puerta lateral que daba directamente a las escaleras. Ninguno, salvo Genaro Zaldúa, pareció advertir mi llegada. En aquel instante acaparaba su atención la contienda verbal en que se habían enzarzado nuevamente Josu Ruiz y el Alcaláino.

—¿Y se puede saber qué has leído, si es que alguna vez has leído algo? —oí que decía el primero con acritud.

—Pos estos ojos que te junan —replicó el Alcaláino— han leído a gente que a lo mejor tú no conoces

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo a Luis Heidegger.

—Martin Heidegger.

—Pos a ése. Y estoy asolutamente encandilao con su rollo, ¿vale?

—La filosofía de Heidegger, trágica donde las haya, se compagina con tu negación infantil de la muerte tanto como una prensa hidráulica con un huevo.

—Joé, tío, si es que parece que no me quieres entender. Ya te he dicho de que yo, a nivel metafísico, he ensayao una posibilidá de poner pa fuera los forros del existencialismo. La cosa está clara y no tienes por qué mosquearte, colega. Hasta me tienen contao que inclusive Octavio Paz me da su apoyo, ¿le conoces?

Sonó aquel «¿le conoces?» sobremanera desdeñoso y Josu Ruiz, que no era bien sufrido, se desquitó lanzando una injuria a su oponente. A este punto se levantó Rosa Benítez de su asiento; visiblemente enfadada, se marchó sin despedirse, y tras ella Josu Ruiz, que volvió poco después para preguntar a Cacharrito si podía llevarla en coche a casa. Salieron los dos con mucha prisa. Transcurrido un cuarto de hora, apartó Josu Ruiz de un brusco manotazo la colgadura de la entrada, que yo pensé venía decidido a golpear al Alcaláino. Entró y con muy verídico jadeo, ojos alarmados y embozada intención que sus compañeros enseguida comprendimos, contó que la policía y el ejército acababan de retirarse de Euskadi. La ciudad había caído en poder de gente armada. Piquetes de patriotas vascos patrullaban por las calles a la caza de españoles. Él mismo había sido intimado por pistoleros a identificarse. Mientras enseñaba la documentación, había visto cómo metían a

culatazos a una mujer y a un niño de corta edad, ambos burgaleses, dentro de una furgoneta abarrotada de prisioneros.

—Me han contado —dijo— que conducen al campo de fútbol de Atocha a todos los que no pertenecen a la raza vasca y que allí son fusilados desde las tribunas por miembros de ETA.

Fingió que le faltaban fuerzas y serenidad para continuar hablando, aceptó un asiento que le fue ofrecido y se tomó la cabeza entre las manos, en señal de abatimiento con que afianzó la verosimilitud de su patraña. Al punto secundamos los demás la burla, diciendo:

—Se veía venir.

—¡Qué razón tenían los que avisaron que el Estatuto de Gernika, que ayer aprobó el pueblo, era un primer paso hacia la independencia!

—Volvemos a la dictadura.

—Habrá que bailar zortzicos a la fuerza.

A pique estuvo el Pulcro de malograr la trapacería con una de sus chanzas:

—Me voy a la calle a denunciar a mi padre. Tengo pruebas de que ha nacido en Aragón.

—No es hora de bromas —le reprendió Genaro Zaldúa, al tiempo que a escondidas le pisaba un pie.

Estoy viendo al Alcaláino atenazado por un temor creciente tras la pila de costales, las manos unidas a la manera de quien reza.

—Pero eso es monstruoso —dijo con el acento dulce, ya casi patético, que le dictaba el miedo—. Que se carguen a guardiaciviles pase, porque son guardiaciviles, pero joé, la gente qué culpa tenemos.

Era indudable que se había tragado el embuste. La víctima servida y nosotros tácitamente conformes en darle un escarmiento, tomó su curso una de las inocentadas más crueles que yo recuerdo.

—Sosiégate, Raúl —lo padreó Genaro Zaldúa con aquel aplomo retórico que caracterizaba a los personajes de sus relatos—. Nos has honrado con tu amistad. Nosotros sabremos corresponderte, exponiendo nuestras vidas si es preciso, para sacarte sin un rasguño de esta jungla de odio. La hora es trágica, pero precisamente porque es trágica conviene mantener la mente fría, combinar audacia e inteligencia y establecer un plan de fuga que hemos de llevar a cabo sin demora. Eso sí, nada de precipitaciones. Impediremos que el destino haga de ti un segundo Federico García Lorca. Sí, lo impediremos e impediremos que España entera llore tu inmolación y lamente la torpeza de quienes diciéndose tus amigos no tuvieron redaños para oponerse a los designios de una horda de criminales. La situación se complica por la falta de noticias. Si, como nos tememos, Navarra ha apoyado la iniciativa secesionista, habrás de resignarte a pasar dos o tres años escondido en algún sótano, hasta que las tropas norteamericanas se decidan a desembarcar en la playa de la Concha y restituyan estas tierras a la órbita de Occidente. Pierde cuidado. Nosotros

sabremos esconderte bien y no te faltarán libros ni comida.

Recordaba el Alcaláino que por la mañana la madre del camarada Zaldúa había escuchado la radio en la tienda y le rogó a éste que por favor trajese el aparato y lo conectase, pues le parecería que por ese medio habríamos de obtener información fidedigna sobre lo que estaba sucediendo fuera. El Pulcro y Josu Ruiz, sonrisas a socapa, consideraron razonable la solicitud. A mí, en cambio, se me figuraba que acceder a ella acarrearía el fin prematuro de la farsa. ¿Cómo era posible que mis compañeros ignorasen que la consumación del engaño dependía de mantener al cretino aislado a toda costa del mundo exterior? La radio anulaba dicha posibilidad. Adiós venganza, pensé en el instante en que Genaro Zaldúa anunció su propósito de subir a casa en busca del aparato. Salió a escape. En el techo de la trastienda retumbaron sus pasos presurosos, trapaleantes, que hicieron oscilar la bombilla de cuarenta vatios. Mientras aguardábamos la vuelta de nuestro compañero, me preguntó el Alcaláino si también había presenciado yo escenas de violencia en el tiempo que estuve ausente de la disertación. Contra lo que yo pensaba, mi marcha no le había pasado inadvertida. Su pregunta me cogió por sorpresa; pero aun así supe responderle de modo que otro día habrían de elogiarme mis compañeros. Le dije que había oído en efecto disparos, e incluso visto un cuerpo destrozado en una cuneta; pero que como esos sucesos son habituales en nuestra ciudad y además el muerto tenía el aspecto típico del policía asesinado por ETA, había seguido como si tal cosa mi camino, aparte que me dirigía a un estanco con intención de comprar cigarrillos y no me convenía entretenerme, ya que faltaba muy poco para la hora del cierre.

—Los ciudadanos de esta tierra —ratificó Josu Ruiz— están acostumbrados a pringarse los zapatos de sangre. No debe sorprenderte lo que acaba de referir el camarada Flakúas. Después de tantos y tantos atentados, ¿a quién puede conmover una muerte más?

Volvieron a resonar por encima del techo las raudas pisadas de Genaro Zaldúa, quien, a su llegada a la trastienda, depositó el aparato de radio sobre los costales que habían servido de mesa de conferenciante al Alcaláino y ante las mismas narices de éste lo conectó. Sólo entonces caí en la cuenta de que lo que yo había tomado por una torpe decisión que daría al traste con la broma, era en realidad una refinada pirueta de la astucia. Genaro traía sintonizada de su casa una emisión deportiva en euskara.

—Los muy cabrones —dijo—, aparte prohibir el uso en público del castellano, han montado una barrera de interferencia para todas las ondas de radio procedentes de España.

El Alcaláino preguntó visiblemente conturbado si sabíamos la lengua vascongada. Sin vacilar le respondimos que sí, que por supuesto, que desde pequeños, y no conformes con afirmarlo de la manera más rotunda, convinimos en probárselo diciendo cada cual a su capricho disparates y pompas verbales en presunto idioma vernáculo, si bien el único de todos nosotros que dominaba el euskara era Genaro Zaldúa, que lo empleaba poco y lo apreciaba aún menos. Entre los cuatro

emprendimos un coloquio demencial que el simplota escuchaba boquiabierto. Josu Ruiz pronunció con gestos de ira los números del uno al nueve; en su contra adujo y cuatro montes de Guipúzcoa; Genaro, a estilo profesoral, articuló una frase entera, que no entendí, y el Pulcro varios sonidos que tal vez evocaban el chinchanchín de alguna lengua oriental. Al cabo de la ficticia demostración, quedó el Alcaláino convencido de que éramos vascoparlantes, y muy satisfecho además, porque se le figuraba que conociendo nosotros el idioma podríamos desplazarnos de un lado para otro sin levantar sospecha, lo cual, a su entender, facilitaría mucho las cosas a la hora de transportarlo secretamente a territorio español. Suplicó después que le informáramos sobre lo que estaba hablando el locutor, y entonces Genaro Zaldúa, la oreja próxima al aparato, le hizo creer que se trataba de un parte de guerra. Acto seguido, fingiendo escuchar atentamente lo que no era sino una relación de partidos de pelota previstos para el día siguiente, repentizó la más falsa y ladina traducción que pueda imaginarse, diciendo con estas o muy parecidas palabras:

—Mesa Central de la República de Euskadi para el Fortalecimiento de la Raza Vasca. Mensaje: con la aprobación ayer por vía plebiscitaria del glorioso Estatuto de Gernika, el pueblo vasco, que es el mejor del mundo, ha puesto fin a siglos de sojuzgación que sobre él ejercían impunemente los poderes fácticos de España. Rotas a fuerza de coraje, perseverancia, valentía y patriotismo las cadenas con que el ominoso opresor español nos tenía privados de libertad, los vascos somos por fin dueños de nuestro destino nacional. Recordamos en esta hora suprema de nuestra historia a los valerosos luchadores de ETA que dieron su vida por la patria, así como al colectivo de presos vascos que continúa en las mazmorras del gobierno terrorista de España. Recordamos igualmente a nuestros compatriotas de Euskadi Norte sometidos al yugo de Francia, y a nuestros hermanos de Navarra, de cuya liberación se encargarán en breve las fuerzas armadas vascas que en estos momentos se están reclutando. La independencia de nuestra nación, por fin consumada, no debe inducirnos a creer que con el logro de tan principalísimo objetivo ha sido terminada la tarea. Hoy más que nunca urge la colaboración solidaria de todos los vascos, para que el programa de reconstrucción y progreso acordado esta tarde por el gobierno provisional de la República de Euskadi, presidido por el lehendakari Sagucho de Getaria, desemboque en una era de felicidad para nuestro pueblo. En tal sentido, esta Mesa Central responsable del restablecimiento de la pureza de raza exhorta a los ciudadanos vascos a que no escatimen medios ni energía en la denuncia, captura y aniquilación de elementos incompatibles con nuestra idiosincrasia. Al mismo tiempo previene que la ocultación y amparo de españoles constituye delito de complicidad con el enemigo, el cual será castigado con la confiscación de bienes y la pena capital tanto para el culpable como para sus parientes de primer y segundo grado que con él habiten. Viva Euskadi libre. Viva ETA. Viva Sagucho de Getaria.

No se le ocultaba a Genaro Zaldúa el placer con que escondidamente saboreábamos sus compañeros las invenciones de su desafortada e inicua fantasía, ni

dejábamos nosotros de advertir su deseo de ser relevado en el cometido de traductor, fuera porque le incomodara llevar él solo el peso de la burla, fuera porque después de tantas y tan descomunales ocurrencias comenzara a agotársele la inventiva o creyera que ya había hecho suficiente de su parte para acoquinar al Alcaláino, punto este, por cierto, sobre el que no cabía albergar la menor duda según era claro y manifiesto en el semblante del infeliz el pavor que le embargaba. No tardó en presentársele a la picardía de Genaro la ocasión propicia de endosarle a un compañero sus funciones, y fue que de pronto el locutor que hasta entonces había hablado cedió el micrófono al colega que debía informar sobre las diversas celebraciones atléticas previstas para el fin de semana en la provincia. Genaro Zaldúa aprovechó la circunstancia para declarar que como la nueva voz se expresaba en dialecto de Vizcaya, él no lo entendía bien.

—Menos mal que aquí está Josu —dijo—, que es de Bilbao.

Con esa argucia forzó a su compañero a traducir un idioma del que yo dudo conociese más allá de dos docenas de vocablos corrientes. Inventó Josu Ruiz, sin embargo, varias cosillas que, aunque desprovistas del dramatismo ampuloso que había puesto Genaro en las suyas, impresionaron igualmente al memo y terminaron de convencerlo de que su vida dependía por completo del auxilio que nosotros quisiéramos prestarle. Aviesamente aderezó Josu Ruiz su traducción de forma que infundiera al Alcaláino esperanzas de huida. Todo lo que había que hacer era ponerse en camino cuanto antes, pues se sabía que por dificultades relativas al alistamiento de varones sin tacha de raza, las primeras tropas del ejército vasco aún tardarían cuarenta y ocho horas en tomar posiciones cerca de la frontera con Navarra, donde por la fuerza de las armas tratarían de detener la riada de españoles que estaba logrando escapar a territorio enemigo. Añadió a esto una noticia que produjo la estupefacción del crédulo, y era que habían comenzado en Bilbao, Vitoria y, por supuesto, en San Sebastián, los registros domiciliarios enderezados a apresar individuos de sangre impura, así como a sus secuaces y encubridores. A este punto aprovechó Genaro Zaldúa la tempestad de maldiciones, protestas, vaticinios agoreros y manifestaciones de presunta consternación por nuestra parte para apagar la radio. Impuso después silencio con ademán cesáreo, y sin más ni más emprendió un discurso de lamentación tan desvergonzadamente melodramático que, de haber tenido el Alcaláino media micra más de frente, habría caído de seguro en la cuenta de la burla.

—¿Qué será de mi pobre madre si una patrulla de patriotas entra aquí y descubre que he dado refugio a un español? Anciana y semiciega, ¿cómo podrá ella sobrevivir a la pérdida de su hijo, único consuelo en su viudez, luz que si se apaga dejará su vida en los linderos de un abismo de tinieblas? Soledad y pesadumbre, sumadas a las dolencias propias de la senectud, no tardarían en sumirla en la desesperación, acaso en la locura. Y eso no es todo, porque si además de matarme los fanáticos sedientos de sangre que ahora campean a sus anchas por las calles llegaran a embargarle la

tienda, ¿dónde, a ver, decidme, dónde encontrará medios de subsistencia mi desdichada, mi pobre madre? Penuria, desamparo, hambre y oprobio por haber traído al mundo a un aespañolado se abatirán sobre ella como una manada de tigres famélicos. Hay que hacer algo sin demora. Discurramos la manera más adecuada de evacuar a nuestro amigo, que seguramente tendrá también una madre sobrecogida de angustia pensando que en este instante su Raulito pudiera hallarse entre las miles de víctimas del holocausto desatado por los vascos. Ocultémosle esta noche en algún lugar de la ciudad donde no ponga en peligro la vida de nadie, si no es la suya, que de todas formas no estará a salvo hasta tanto hayamos conseguido trasladarlo a su país.

El Alcaláino asentía con incesantes y maquinales cabeceos a cada palabra, a cada sílaba y aun a los breves intervalos de silencio, y también asintió cuando el Pulcro Matallana, refocilándose en maldad, le espetó que antes de liquidarlo lo torturarían.

—Porque eres de Alcalá de Henares —dijo— y ya sabes que en tu pueblo hay una cárcel con muchos presos de ETA a los que habéis tratado muy mal.

Le tomó a este punto al Alcaláino grandísimo desasosiego.

—Joé, tíos, no sé cómo voy a salir de ésta. Y pensar que me tenían dicho: cuidao si vas al Norte, que hay mucha violencia.

Acometido de un pujo de risa, el Pulcro reviró con presteza la cara hacia el fogón, abrió la trampilla y se tomó a reír secretamente, y estuvo removiendo las cenizas con gesto apretado hasta que se sosegó. Josu Ruiz había ofrecido entretanto su coche al Alcaláino para llevarlo, convenientemente oculto en el maletero, a las proximidades de Navarra, donde ya vería el fugitivo la manera de ponerse a salvo por los montes. De sopetón se me reveló que aquella intriga fraguada al azar no sólo pretendía bajar los humos al engreído y privarle de hospedaje, sino que estaba, por encima de todo, encaminada a consumir un propósito agresivo, y me alegré. No un plan, sino la compartida aversión al botarate regía los pasos de aquella burla improvisada. Tácitamente conchabados, Genaro Zaldúa y Josu Ruiz se declararon poseedores de un carné que los acreditaba como amigos de la cultura vasca. Se supone que lo habían recibido de manos del alcalde con motivo de la publicación en nuestra revista de obras redactadas en lengua vernácula. Era, según dijeron, un documento de gran prestigio, que en la hora trágica actual comportaba un valor suplementario de salvoconducto. Bastaría con mostrarlo por la ventanilla del automóvil para que se les concediese vía libre en todos los controles de carretera, pues a falta de señas raciales más precisas, aquel certificado oficial constituía una garantía fiable de vasquidad. El Alcaláino, creyéndose punto menos que salvado, se emocionó:

—Por mi santa madre, que sois la mejor gente que me he encontrao en la vida. En serio, tíos. No tiene precio lo que estáis haciendo por mí. Os juro que si escapáis conmigo echaré los hígados pa buscaros casa y curro en Madrid. Mientras yo viva no os faltará una lata de sardinas ni un tazón de leche, palabra.

Pronto darían las nueve de la noche, hora de cena en el hogar de los Matallana. Al Pulcro, según dijo, le dolía tener que marcharse pero considerando que le habían de

doler aún más las bofetadas de su padre si volvía tarde a casa, resolvió despedirse. Con la excusa de que le daba miedo andar solo por la calle (pues aunque él era y se sentía más vasco que los agujeros de un chistu, no podía negar aquella vergonzosa mácula aragonesa en su sangre), me suplicó delante de todos lo acompañara hasta la avenida de Madrid o de comoquiera que a esas horas se llamase. A continuación deseó mucha suerte al Alcaláino, quien, en afectuosa correspondencia, se levantó y fue a abrazarlo fraternalmente. Salimos mi amigo y yo, y detrás salió Genaro Zaldúa con las llaves de la tienda. Este se detuvo un momento junto al mostrador, de una de cuyas gavetas extrajo con sigilo una traca de petardos de los que tenía para la venta. Una vez en la calle, los entregó al Pulcro con encargo de que, transcurridos cinco o diez minutos, los hiciese explotar cerca de la entrada del establecimiento, de forma que en la trastienda le pareciesen al Alcaláino disparos de pistola. El Pulcro rehusó. Se le había hecho tarde y no deseaba más sino llegar a casa cuanto antes, temeroso de que su padre, en castigo por el retraso, le prohibiera salir al día siguiente, truncando de ese modo sus esperanzas de participar en el remate del jolgorio a costa del Alcaláino o de los pedazos que de él quedasen para entonces después de la odisea que barruntaba íbamos a depararle esa noche al infeliz. Concertamos que fuese yo quien pusiera por obra el petardeo. Genaro Zaldúa me encareció que no demorase encender la traca más de quince minutos.

—Tenemos —dijo— que trasladar sin pérdida de tiempo al pollo a otra parte. Si Cacharrito vuelve, nos chafará la juerga. Conque no más de quince minutos, ¿de acuerdo?

Eso convenido, regresó a la tienda y yo acompañé al Pulcro hasta el final de Corsarios Vascos. Había oscurecido y lloviznaba. Las calles de los alrededores se veían desiertas. Fijados a las fachadas, se empapaban los carteles que un día después de celebrarse los comicios seguían pidiendo la aprobación o el rechazo del Estatuto. Mi amigo me refirió que a la mañana siguiente debía someterse a un examen de matemáticas en el colegio; por esa razón, y porque no deseaba faltar a su cita diaria con la abuela moribunda, le resultaría imposible unirse a nosotros antes de media tarde. Previendo que para entonces ya nos habríamos desembarazado del Alcaláino, me pidió le infiriese a éste de su parte cierta vejación que, una vez me la hubo explicado, juzgué sencilla de realizar, por lo que le di palabra de hacerle el gusto tan pronto como se ofreciera la ocasión. Se despidió muy contento y echó a correr bajo la lluvia, camino de su casa, tan rápidamente como le permitían sus piernas endeble.

Con la brasa del cigarrillo prendí poco después, junto a la puerta de la tienda, el primer petardo. Pumba. El estallido me ensordeció. No tardé en disparar otro, y enseguida otro, y otro, y llevaría explotados obra de cinco o seis cuando empezaron a asomarse los vecinos a las ventanas y a bufar y despotricar, amenazando los más rabiosos de ellos con bajar a poner al gamberro como un pulpo. Yo me ciscaba de miedo, agazapado al pie de un contenedor de escombros, donde estuve sin moverme hasta que una tras otra se cerraron todas las ventanas y la calle se calmó. Pude

entonces salir de mi escondite y, pegado a la pared, entrar en la tienda por la angosta abertura que dejaba la persiana bajada. Una vez dentro, encendí el resto de la traca y a toda prisa lo arrojé a la oscuridad de la calle, donde quedó despidiendo chispas y pedorreando estampidos.

Cuando llegué a la trastienda, resollaba y me tambaleaba como si acabase de arrostrar un peligro espantoso. No bien me hube repuesto de la falsa fatiga, con el mayor verismo posible describí a mis compañeros y al estupefacto Alcaláino los presuntos horrores que acababa de presenciar.

—Por todas partes hay cadáveres desparramados. Cadáveres de mujeres, de niños, de ancianos. El olor a carne quemada es insoportable. En la plaza de Irún he visto arder un autobús lleno de siluetas humanas que se agitaban frenéticamente. Venía tan ciego de la impresión que sin darme cuenta he cruzado por delante de una partida de vascos a punto de abrir fuego. Siete españoles armados con martillos y navajas se habían hecho fuertes detrás de unos árboles. Una bala me ha pasado silbando junto a la oreja. ¿No habéis oído el tiroteo?

Los tres asintieron simultáneamente.

—Los han liquidado a todos.

Se me ocurrió a continuación una idea malvada que habría de merecer los elogios de mis compañeros en los días posteriores.

—Me da que pensar —dije— el rumbo que ha tomado el Pulcro tras despedirse. He ido con él hasta la intersección de la avenida de Madrid con Eustasio de Amilibia. Allá nos hemos separado. Yo estaba puesto en gran recelo después de oír algunas cosas que él había dicho por el trayecto. Así que no he podido resistir a la tentación de espíarlo mientras se alejaba. ¿Y a que no sabéis qué he visto? Pues que en lugar de atravesar el paso subterráneo de Carlos I, el Pulcro ha echado a correr hacia la plaza de Pío XII, apartándose completamente del camino de su casa.

—Un comportamiento extraño —confirmó Genaro Zaldúa—, teniendo en cuenta que su padre le zurrará la badana si llega tarde a la cena.

—Yendo por la calle —proseguí— parecía muy asustado. Por lo menos tres veces ha dicho que tenía que lavar su sangre como fuese. Estaba convencido de que si lleva a cabo alguna acción en favor de la República de Euskadi, le perdonarán su estigma aragonés. En resumen, creo que se propone delatar a nuestro amigo aquí presente.

Al Alcaláino ya no le alcanzaban las fuerzas ni para un escalofrío. Abrumado por la inquietud, la fatiga, la sed y el hambre, quedó sumido en un lastimoso abatimiento. Resignadamente dio su conformidad al plan de fuga propuesto por Josu Ruiz, última esperanza de salvación según le dijimos y él reconoció. La noticia de que el Pulcro había resuelto denunciarlo precipitó su salida de la tienda. Previsiblemente una patrulla de sanguinarios derribaría la persiana de un momento a otro. Genaro Zaldúa se complació en pintar el crudo destino que nos aguardaba si no escapábamos enseguida. Tendió al Alcaláino un saco asqueroso, rebozado en polvo que se alborotaba al más ligero roce, y lo apremió para que se ocultara dentro con la excusa

de que aquélla era la forma menos arriesgada de transportarlo. Un momento despertó el Alcaláino de su marasmo de angustia para declarar, con un chisguete de voz temblorosa y agradecida, que nos eximía de cualquier responsabilidad en caso de que la huida terminara en desastre, y aun pidió papel y bolígrafo porque deseaba exculpamos por escrito. De ese modo pretendía evitar que en el futuro la maledicencia de sus compatriotas se cebase en los amigos verdaderos que lo socorrieron aquel viernes que los vascos se lanzaron a la caza de españoles.

—Déjate de testamentos y discursos —le atajó Josu Ruiz—. ¿No entiendes que los esbirros de la Euskalgestapo pueden presentarse aquí en cualquier momento? Coge tu morral, húndete en el saco y calla. Todo lo demás corre de nuestra cuenta. Y toma nota: un quejido durante el viaje, un estornudo, una simple ventosidad, pueden conducirnos a los cuatro directamente al crematorio.

Prometió y juró el Alcaláino no hacer el menor ruido en el transcurso de la evasión. Se metió después en el saco, que Genaro Zaldúa se apresuró a cerrar con varios nudos de cordel. Yacía el bulto inmóvil en el suelo y de repente le propinó Josu Ruiz un recio puntapié, que levantó una nubecilla de polvo y produjo una desbandada de segadores hacia los bordes de la arpillera. El Alcaláino dio una brusca sacudida dentro del saco; pero no se quejó.

—Muy bien —lo felicitó Josu Ruiz, al par que encendía un cigarrillo—. Ya vemos que sabes aguantar.

Y dirigiéndose a nosotros, agregó:

—Sincronicemos nuestros relojes. Dentro de cinco minutos os reuniréis conmigo en la esquina de la calle. Estaré esperándoos con las puertas abiertas, el motor en marcha y los focos apagados. De no ser así, deberéis entender que acecha algún peligro y regresaréis a la tienda de inmediato. Mucha suerte, camaradas.

No debía de tener el coche aparcado lejos si cinco minutos le bastaban para estar de vuelta. Deduje que Rosa Benítez, enfadada, se habría negado a que fuera su novio quien la llevase a casa. Salió éste de la trastienda y al punto la avaricia de Genaro Zaldúa se apresuró a apagar la luz. Luego, con el pretexto de echar por precaución un vistazo a la calle, hizo él que lo siguiese hasta el portal a través de la puerta por donde anteriormente había salido su madre con el gato. Allí me susurró que no le parecía correcto tener que sufragar él solo la juerga. Mencionó el saco, la electricidad y las pilas de la radio; pero no comprendí con qué intención lo decía hasta que de buenas a primeras me reclamó las cuarenta y cinco pesetas que costaban los petardos. Le hedía la boca malamente. Imaginé en la oscuridad, a muy poca distancia, su mirada incisiva. Yo no llevaba encima otro dinero que billetes. Esa circunstancia, creo, me impidió advertir al pronto que la mano que hurgaba en mi bolsillo a la busca de monedas era mi propia mano. Avergonzado de mi cobardía, objeté que a los demás tampoco nos estaba saliendo la diversión de balde. Josu Ruiz, por ejemplo, gastaría gasolina. Genaro Zaldúa se sulfuró.

—Entonces con mayor motivo has de ser tú quien pague la traca.

Sigilosamente retrocedí hasta tocar con los talones la contrahuella del primer peldaño. Puse un pie sobre él, luego el otro, y comencé a dar pasitos ora a la izquierda, ora a la derecha, para no recibir de frente la cólera ni la halitosis de Genaro Zaldúa.

—Pues a mí la broma —le contesté— me ha supuesto hasta el momento un desembolso de cien duros, que es lo que le he dado al poetilla para que cene, porque dice que en todo el día no ha comido más que unos pocos cacahuets requemados. Pregúntale a Cacharrito.

Genaro masculló una maldición. Advirtiendo que su resuello se aceleraba, subí al segundo peldaño.

—Te aviso, Hilario. No estamos en Illarra-Berri jugando a rusos y alemanes. Te aviso. Procura no enfadarme demasiado.

Por primera vez desde la reunión a fines de mayo en el café Goya, se refería abiertamente a nuestra infancia. El pecho se me llenó de palpitations. Por librarme de ellas alargué a la oscuridad el primer billete que cogí. Segundos después que una mano invisible lo tomara, se encendió la luz.

—Piensa —me dijo Genaro Zaldúa en tono reposado y sonriente mientras contaba las vueltas— que si andas vivo recuperarás esta misma noche las quinientas pesetas que te ha sonsacado el muerto de hambre. ¿Tienes una idea de cómo hubiera podido yo recuperar mis petardos?

Admití que llevaba razón. Él recompensó mi docilidad mediante un cachete amistoso que sin duda entrañaba una advertencia. Hechas las cuentas, volvimos a la trastienda, cargamos entre los dos con el pesado saco y en silencio lo transportamos hasta la calle, donde sin más ni más dimos con él en el fondo de la zanja, que sería metro y medio de honda, si no más. La caída ocasionó una violenta salpicadura. Fiel a su promesa, el Alcaláino soportó la costalada sin quejarse. Yo me acerqué a mi compañero, que estaba en cuclillas echando los candados a la persiana, y le susurré que buena la hemos hecho, ya vas a ver cómo Josu Ruiz se niega a meter en el coche el saco embarrado.

—¿No me ha dejado él en la tienda el tufo de su cigarrillo? —refunfuñó Genaro Zaldúa—. ¡Pues entonces! —Y como hablando para sí, añadió entre dientes—: ¡Ni que tuviera la exclusiva de cabrearse!

Acordamos sembrar de piedras y tablones el fondo de la zanja, con pensamiento de ensuciarnos lo menos posible al sacar al Alcaláino, y por mayor seguridad arrojamos también un bidón que cogimos de la cuchara de una excavadora. Saltamos después dentro de aquel inmundo foso, y tras varias tentativas conseguimos levantar el saco, que chorreaba en abundancia. Preguntamos al infeliz si estaba herido. Respondió, con un hilo de voz, que aparte la mojadura y una contusión en la cabeza no tenía cosa de importancia, y que siguiéramos adelante con el plan.

—Perdona —dijo Genaro Zaldúa— que te hayamos tirado al barro. Nos había parecido avistar gente armada al fondo de la calle. Felizmente ha sido una falsa

alarma. Perdona, estamos bastante nerviosos.

Dicho esto, lanzamos al tataradeudo de Cervantes fuera de la zanja, salimos nosotros a continuación, y tras lavar el saco en el agua de una charca, lo transportamos hasta el automóvil de Josu Ruiz, que ya esperaba en la esquina. Desde el puesto de conductor indicó nuestro amigo que la puerta del maletero se hallaba abierta. Sin miramientos de ninguna clase arrojamos el saco adentro. Segundos después nos pusimos en camino. Eran las nueve de la noche. La ciudad ofrecía un aspecto apacible. Solitarios transeúntes, encogidos bajo el paraguas, deambulaban por las calles mojadas, en las que el otoño imprimía su habitual estampa borrosa. Dentro del automóvil deliberábamos adónde dirigirnos y qué hacer con el rehén. Josu Ruiz se mostraba partidario de una solución rápida y violenta que nos dejase la noche libre para ir de copas. A Genaro Zaldúa cualquier idea le parecía buena con tal que le permitiese estar a las once en casa. Circulando sin destino, llegamos al barrio de Gros; de allá, por el puente de la Zurriola, pasamos al Boulevard. Seguimos calle de Hernani adelante hasta el cruce de la avenida de la Libertad, donde hubimos de ceder el paso a una columna de furgonetas policiales. A Genaro Zaldúa le acometió el mismo temor que a mí.

—Sólo faltaría —dijo— que éstos nos echen el alto y descubran el paquete. Hay que desembarazarse de él cuanto antes. ¿Por qué no subimos a Igueldo y lo tiramos a las rocas?

Llevábamos casi media hora recorriendo la ciudad a la ventura. En breve enfiláramos por segunda vez el puente de María Cristina. Josu Ruiz comenzaba a impacientarse. Hacía rato que a mí una idea me escarabajaba en la cabeza. Finalmente decidí declararla a mis compañeros. Les dije que a menudo, por variar de camino, iba a la facultad andando por los raíles que discurren paralelos al paseo del Urumea, y que a veces me encaramaba a los vagones de mercancías parados en las vías muertas. ¿Qué tal si abandonábamos el saco en uno de ellos? La propuesta fue aceptada sin vacilaciones. Josu Ruiz estacionó el coche en un lugar conveniente y, luego de breve búsqueda, hallamos cerca del muro lindante con el paseo un viejo vagón solitario en cuyo interior, que apestaba a grasa, descargamos al Alcaláino. Salió éste del saco preguntando si ya estábamos en tierras de Navarra. La oscuridad nos impedía vernos unos a otros.

—Verás —respondió Genaro Zaldúa en el tono de quien se esfuerza por transmitir un pésame con entereza—, han volado el puente de Enderlaza y hemos tenido que regresar. Pero no te preocupes.

Se refirió a continuación a una supuesta noticia difundida por la radio, según la cual las autoridades vascas se habían comprometido a permitir al día siguiente, durante cuatro horas, la marcha de súbditos españoles a condición de que el gobierno de Madrid cumpliera su promesa de liberar a los presos de ETA y reconociera de forma oficial la independencia de Euskadi ante las Naciones Unidas.

—Aquí no correrás peligro —declaró Josu Ruiz— si guardas la debida prudencia.

Trata de dormir en un rincón. Nosotros también necesitamos un descanso. En cuanto hayamos repuesto fuerzas y echado gasolina al coche, regresaremos por ti. Y por favor, no abras la puerta a nadie ni te alejes, porque aún andan por ahí grupos armados que no se han enterado o no se quieren enterar de que al amanecer se os dejará a los españoles volver a vuestro país.

Prometimos que a nuestro regreso por la mañana le proporcionaríamos una brújula, un mapa de los montes navarros y un cuchillo con que se pudiera defender de los lobos, así como víveres y una cantimplora con agua para el camino, todo lo cual agradeció él con muchas alharacas, especialmente la comida, ya que, según decía, se encontraba desfallecido de hambre. La perspectiva de un encuentro con los lobos lo inquietó.

—Tú tranquilo —sabihoñeó Genaro Zaldúa—. Si ves que van a atacarte, tírale un cuchillazo al cabecilla de la manada. A la vista de la sangre los demás se arrojarán sobre él para devorarlo y mientras tanto te escapas.

—Joé, ¿y cómo me las apaño yo pa saber cuál es el cabecilla?

—El miedo te iluminará.

Convenida después una señal, consistente en unos silbidos irrisorios que se me figuraron más útiles para descubrir la burla que para anunciar cautelosamente nuestra llegada, cerramos la puerta de corredera del vagón y nos despedimos sin el menor propósito de volver al día siguiente ni nunca. En el coche pidió Genaro Zaldúa se le condujera a casa y así se hizo. Por la ventanilla lo vimos alejarse con el saco en que habíamos mantenido oculto al Alcaláino. Serían cerca de las nueve y media de la noche. Continuaba lloviendo. Parados ante un semáforo en rojo, Josu Ruiz me dio a escoger:

—O vienes conmigo a cenar ostras a la Parte Vieja o te piras a casa andando, porque no pienso llevarte.

En el restaurante yo comía y él fumaba y hablaba sin probar bocado. Al fondo del local, junto al acuario de las langostas y los bogavantes con las pinzas atadas, Gabriel Celaya y Amparixu Gastón partían cigalas con el cascanueces. Josu Ruiz, entre sorbo y sorbo de vino blanco, me reveló el berrinche que le había tomado a Rosa Benítez a raíz de la discusión filosófica por él sostenida con el necio. Por primera vez le oí formular objeciones al carácter de su novia. Dirigió después feroces críticas a Genaro Zaldúa, a quien consideraba responsable de todo lo sucedido. Desdeñosamente conjeturó que al filosofete de Alcalá le habría bastado, para encontrar la casa de nuestro compañero, con seguir el tufo que de fijo había dejado la ambición de este a lo largo del trayecto entre Madrid y San Sebastián. Terminada la cena, concertamos tomar una copa antes de despedirnos. Con ese fin salimos a la calle y nos encaminamos hacia la cervecería del Boulevard, que a paso reposado no distaría más de cinco minutos del restaurante. La lluvia nos empujó, por así decir, al primer bar. Por idéntica razón nos metimos en el segundo. El tercero estaba contiguo al anterior. A la salida del cuarto ya no me acuerdo de si llovía. En el siguiente

conseguimos, luego de prolijas explicaciones, que nos sirvieran sendos fuegos con limón, muy escorado el mío hacia la parte del ajeno, de suerte que nada más beberlo hube de retirarme al retrete, donde lo achiqué juntamente con las ostras. En otro bar de la misma calle pedí una faria, segunda o quizá tercera del recorrido. Tal vez fue a la salida de éste cuando volvimos a ver a Celaya, que iba solo y no mucho más tieso que nosotros. De bar en bar, llegamos a la cervecería a la una y pico de la madrugada. Allá, sentados a la mesa de un rincón, estuvimos durmiendo barbilla en pecho hasta que nos despertaron porque ya iban a cerrar. Josu Ruiz se ofreció a llevarme en coche a mi casa.

—Con un poco de suerte —dijo— lograré distinguir la carretera.

Arrullado por el ruido del motor, me quedé traspuesto. En sueños sentí que nos deteníamos. Abrí los ojos, convencido de que habríamos llegado a mi barrio. En ese instante me pareció entrever a través de la tenue neblina el pretil del paseo del Urumea. Josu Ruiz se apeó del coche.

—Tengo ganas —dijo— de averiguar qué ha sido del imbécil. ¿Vienes?

El vagón se perfilaba en las primeras claridades de la alborada como un sarcófago destartalado. Nos acercamos en silencio. Yo mantuve unos segundos la oreja pegada al gélido metal. Nada se oía.

—Se ha ido —dije.

Josu Ruiz se retiró dos o tres pasos del vagón y lanzó los ridículos silbidos. Al punto la puerta rechinó y comenzó a moverse. Una vocecilla medrosa nos preguntó a través de la angosta abertura si el viaje a Navarra era posible. Josu Ruiz le contestó sin vacilaciones que el gobierno de Euskadi había aceptado bajo presión internacional un compromiso que garantizaba la salida de ciudadanos españoles de territorio vasco hasta las nueve y quince de la mañana; cumplido ese plazo, el acuerdo perdería su validez y los sicarios de la Euskalgestapo reanudarían ipso facto sus despiadadas persecuciones.

—Hemos conseguido establecer contacto telefónico —agregó— con tu amigo Caro Baroja. No le sonaba tu nombre. ¿Sueles usar seudónimo?

El Alcaláino asomó la cara por la rendija.

—No, no —balbuceó—, es que, bueno, nos hemos visto poco.

—En cualquier caso —prosiguió Josu Ruiz—, nos ha encargado decirte que con gusto te alojará en su casa de Itzea. Ha preguntado qué prefieres de desayuno, pan tierno o tostadas.

—Me da igual.

—Eso hemos supuesto, porque, como comprenderás, en la actual situación no podemos pararnos a pensar en futesas.

La ignorancia del Alcaláino situaba al célebre solar de los Baroja en los alrededores de San Sebastián. Supo, porque se lo dijo Josu Ruiz, que se hallaba en Navarra y se congratuló. Bajando después del vagón, echó de menos al camarada Zaldúa. Intervine yo para decirle que por salvar el pellejo se había enrolado en el

cuerpo de guardianes de la patria. Una partida de fanáticos había devastado su comercio durante la noche. Con todo, al Pulcro no le había servido de nada su ruindad.

—Ha sido detenido —dije— por los mismos a quienes acudió a denunciarnos. Cuentan que en algunos lugares las colas de delatores miden más de doscientos metros, y hasta se da a menudo el caso de que las patrullas han de buscar a los delatados entre los que aguardan para delatar. Imaginamos que a estas horas el Pulcro estará de guardameta entre los postes de la portería, tratando de parar las balas que le disparen.

Nos dirigimos después al automóvil imitando avanzadillas de guerrilleros al amparo de la penumbra. No se veía un alma por la calle. El reloj de la Estación del Norte estaba a punto de dar las cinco. Josu Ruiz apeló a la precaución para persuadir al Alcaláino a que se acurrucara en el maletero. El crédulo obedeció de buen grado. Cerramos la puerta sobre él, ocupamos sin demora nuestros puestos y partimos, no sabía yo hacia dónde ni quiso Josu Ruiz decirme al respecto sino que ya lo descubriría por mí mismo cuando hubiésemos llegado. Circulando a gran velocidad, abandonamos San Sebastián por la variante de Amara; seguimos por la carretera de Loyola, a través de Astigarraga hasta la villa de Hernani, que dejamos a un lado, y pasando luego uno o dos kilómetros de Fagollaga, por la ruta de Goizueta, que es el primer pueblo de la provincia de Navarra, detuvo Josu Ruiz el coche junto a la cuneta, a la salida de una curva flanqueada de árboles frondosos. Amanecía en medio de un alboroto de pájaros trinantes. El lugar no podía ser más idílico. Cerca de donde nos encontrábamos había una pila de estacas, como las que se usan para levantar cercados. Josu Ruiz acudió a examinarlas, sopesó cinco o seis y al fin tomó una que supuse destinaría a cayado. Abrió después el maletero y rogó al Alcaláino que saliera, diciéndole nos hallábamos a un paso de la frontera. Nos abrazó éste con mucha cordialidad y, agradecido, juraba no olvidar nunca cuanto por él habíamos hecho.

—Nunca, colegas, por mi madre.

—Monte arriba, en suelo navarro —le dijo Josu Ruiz—, te espera el mayordomo de Caro Baroja, que te conducirá, no sé cómo, a Itzea. Nosotros te guiaremos hasta donde el camino ya no tenga pérdida. Más no será posible. Compréndenos.

A la deshilada saltamos el regato que discurría por el borde de la carretera y emprendimos la subida al monte a través de un prado de hierba alta, muy mojada de la lluvia caída durante la noche. El frío matinal me quemaba el rostro y, sobre todo, las piernas adheridas a los pantalones empapados, donde la sensación era particularmente lacerante. Deduje, de las incomodidades que afrontábamos, que Josu Ruiz se habría propuesto inferirle un daño grande al Alcaláino. Caminábamos los tres en silencio, la víctima delante seguida por Josu Ruiz con su grueso bastón y yo a la zaga, puesto mi cuidado en mojarme lo menos posible pisando la hierba que ellos abatían a su paso. De este modo llegamos, pendiente arriba, a la linde del prado. Tras ella se extendía el bosque. No bien nos hubimos internado unos pocos metros entre

los árboles, ya perdida de vista la carretera, se detuvo de pronto Josu Ruiz, y blandiendo con ambas manos la estaca, dijo:

—Filosofito.

Y al punto asestó un palazo descomunal al atónito muchacho, quien, a pesar de la sorpresa, atinó a protegerse la cabeza con el fardel. El golpe le hirió en el brazo, de forma que ya no se pudo valer y recibió en plena cara el siguiente mandoble. De su boca y narices comenzó a manar la sangre en abundancia, sangre cervantesca que le chorreaba por los pelos de la perilla y me recordó los conejos que la madre solía sacrificar en el fregadero algunas vísperas de fiesta. Tambaleándose buscó el Alcaláino apoyo en el tronco de un castaño; pero le fallaron las fuerzas antes de conseguirlo y se desplomó. Con aguda quejumbre se lamentaba y retorció tendido sobre la húmeda hojarasca. Josu Ruiz me alargó la estaca, diciendo:

—Déjalo manco como a su tío.

Instintivamente la rechacé, como rechazaba de niño el cuchillo que la madre a veces me ofrecía para que fuera yo quien degollase al conejito. En ese momento sentí que mi temor me devolvía a la infancia; miré en torno y creí hallarme en otro tiempo y en otra espesura, tratando de infundir asombro a Genarito Pichablanda con el cuento de que acababa de cortar el pescuezo a un animal en la cocina de mi casa, y enseñándole a continuación, a modo de prueba, el pelambre sanguinolento. Me despertó de estas momentáneas fantasías la mirada acuciante de Josu Ruiz. Por señas le di a entender que antes de tomarle la estaca me interesaba poner por obra otro propósito. Yacía a mis pies el Alcaláino cubierto de hojas y barro. Yo me agaché a cogerle el monedero que asomaba por el bolsillo de su pantalón. Con sorpresa al principio, después con rabia, descubrí que mi billete de quinientas no había pasado la noche solo.

—¡Será gorrón y berzotas! Me socaliña cien duros para cenar y resulta que lleva encima más de siete mil pesetas.

Ciego de ira, le arrebaté la estaca a Josu Ruiz y le sacudí con ella al Alcaláino una somanta de palos a manteniente, que yo no sé cómo no lo maté. Al fin le hurtamos todo su dinero y a él lo dejamos tirado sobre la tierra, gimiendo de dolor. Ya nos retirábamos por el sendero que a la subida habían abierto nuestras pisadas en la hierba, cuando me vino de pronto a las mientes la promesa hecha por mí al Pulcro la tarde anterior. Resuelto a cumplirla, regresé junto al Alcaláino, que se encogió de espanto al verme, y a tiempo de dispararle al rostro un espumoso gargajo, le espeté:

—Esto hago —tal como me había pedido el Pulcro que dijese.

Apreté el paso con el fin de dar alcance a Josu Ruiz. Bajaba mi compañero por el prado hablando a solas malhumoradamente, en un idioma que supuse sería el de su difunta madre, la aureola azul sobre la cabeza, caída hacia un lado con desgaire. Embebido él en su enigmático monólogo, yo muerto de cansancio, nos acercábamos tranquilamente al coche cuando, en medio de la algarabía de trinos, sonaron de pronto a nuestra espalda unas voces distantes, trémulas y desafortunadas, que decían:

—¡Mueran los vascoos! ¡Viva la Guardia Civiiii! ¡Arriba España!
Montamos en el coche y partimos. Al poco rato comenzó a llover.

Antes de saber que su madre había nacido en Suiza le pregunté por curiosidad, durante una de nuestras primeras urgulinas, cómo y dónde había él aprendido el idioma alemán. Desde un principio advertí que el tema le disgustaba. Mencionó, con todo, algunos recuerdos de su niñez, la vista lánguida de perro levantada hacia las nubes, como si hablase con ellas y no conmigo. Sospecho que esa circunstancia lo animó a franquearse un poco más de lo que solía.

A mi hermano —dijo—, cada vez que había que castigarlo por alguna travesura, mi madre lo arrastraba hasta mi cuarto y lo obligaba a hacerme compañía. No nos llevábamos ni bien ni mal. Apenas nos dejaban solos, mi hermano se desentendía de mí, tomaba algún libro de ilustraciones y se dedicaba a pasar las hojas y bisbisear lo que leía. También le gustaba sostener largos monólogos acurrucado debajo de la mesa, y yo creo que fue escuchando sus desvaríos como aprendí alemán. Probablemente la criada me enseñó español, pues no recuerdo que mi padre me dirigiese la palabra durante los primeros ocho años de mi vida. A veces pienso que ni siquiera estaba informado de la existencia de su segundo hijo. A menudo permanecía ausente de casa por espacio de varios días. A su vuelta desaparecía mi madre, llevándose una maleta y a mi hermano. Tardé mucho tiempo en percatarme de que mi madre no era la criada gorda que me alimentaba y sacaba de paseo.

La muerte inesperada del hermano, del favorito de mamá, cuando Josu Ruiz contaba dieciocho años recién cumplidos y era, por imposición paterna, estudiante de empresariales en Bilbao, desencadenó la definitiva disgregación de la familia. Dos veces, en presencia de nuestros amigos comunes, le oí referirse a la tragedia y las dos en tono jocoso, no creo que porque el recuerdo de la desgracia le causase alegría (que no se la causaba, como tampoco dolor), sino más bien movido por una íntima satisfacción al considerar la serie de consecuencias favorables que en su tiempo el oportuno suceso le deparó. Por de pronto, según él mismo declaraba, lo libró de tener que sacrificar varios años de su juventud a una carrera universitaria tan aborrecible en su opinión como la ciudad que, a raíz del fallecimiento de su hermano, le fue permitido abandonar. Y por si todo ello no fuera motivo suficiente para estar contento, de la noche a la mañana quedó convertido en el heredero único de una fortuna inmensa en capital, acciones bancarias y bienes inmuebles, así como en el futuro dueño de la vieja acería de los Ruiz, de al menos dos barcos mercantes, de alguna hacienda en Suiza y sin duda de mucho más que nosotros ignorábamos.

—Nada de eso le pertenece aún —replicó un día, de mal talante, Rosa Benítez para defender a su novio de una indirecta que le había lanzado Izaskun Ayestarán—, pero cuando así sea puedes estar segura de que no lo empleará en perjuicio de la clase trabajadora.

Por medio del Pulcro Matallana, que a su vez había recibido la información de Izaskun Ayestarán, logré enterarme de otros pormenores de la vida de Josu Ruiz.

Supe así que, cuando en octubre de 1972 nuestro amigo ingresó en la universidad, el padre dispuso que también residiera en el apartamento que desde hacía dos años ocupaba su hermano en Deusto. Al principio creyó que éste lo eludía, pensando quizá que, como en los tiempos de su niñez, había sido castigado con la presencia y compañía del pequeño. Rara vez salía de su alcoba y casi nunca asistía a las clases. ¿Acaso le incomodaba compartir la vivienda hasta el extremo de optar por la reclusión? De sobra sabía que el padre había comprado el apartamento para los dos y que alguna vez habría de ceder una parte del mismo a su hermano menor. No interponiéndose ahora entre ellos la autoridad paterna ni materna, lo lógico era que si se querían mal aflorasen sin tapujos las desavenencias. Nada de ello, sin embargo, sucedía. Josu Ruiz fue cordialmente recibido por su hermano, que incluso le ayudó a traer algunos muebles de la mansión familiar. Todos los días venía gente joven al apartamento, una incesante procesión de chicos y chicas, solos o en pequeños grupos. Abrían la puerta con la llave que estaba escondida debajo del felpudo y pasaban directamente a la alcoba del hermano. La mayoría se marchaba pasados unos minutos. La tarde que Josu Ruiz vio desde el umbral de la cocina sacar a uno de ellos en volandas, con la cara gris y los ojos desorbitados, comprendió lo que pasaba. Una noche, cinco semanas más tarde, se repitió el cuadro, con la diferencia de que esa vez era su hermano a quien arrastraban apresuradamente con el fin de escenificar su ya consumado fallecimiento en algún lugar menos comprometedor de la vía pública.

—La madre —me contó en otra ocasión Izaskun Ayestarán— era propensa a las depresiones. Yo nunca la conocí. Josu me enseñó una fotografía suya, de recién casada. Rubia, guapísima, con un vestido largo muy elegante, una mirada dulce y una sonrisa por la que a mí me parece se asomaba una gran tristeza. Se conoce que nunca pudo adaptarse a la vida matrimonial, ni al clima de Vizcaya, ni a las comidas y costumbres de un país extranjero, sometido por añadidura a régimen dictatorial. Apenas hablaba castellano, ni siquiera después de una estancia de más de veinte años en Bilbao. ¿Quieres saber más? Pues mira, de joven había sentido la llamada del teatro, pero cometió el estúpido error de casarse con un hombre que, además de ser mucho mayor que ella, sólo tenía tiempo para los negocios. La mujer abandonó sus estudios de arte dramático y acabó sola e infeliz en una casa señorial de Neguri. Cuando éramos novios, Josu me contó que la recordaba alcoholizada, hablando a solas en alemán por los pasillos. Sentía una especie de fijación por el hijo mayor, así que no me extraña que se volviera loca de remate cuando lo perdió. ¡Con decirte que llamaba a Josu con el nombre del finado! Y ésa es por lo visto la verdadera razón de que el padre consintiera en que Josu viniese a vivir a San Sebastián de bohemio. Quería alejarlo a todo trance de su madre. Total, que ella se largó a Suiza, donde no tardó en ser ingresada en un centro psiquiátrico y ésa es toda la novela, Flakúas, a ver cuándo te das por satisfecho y dejas de darme la lata. Mira que sois curiosos y portericas los hombres.

El diario de mi compañera me proporcionó a fines de octubre una última

información:

«25 vi.

»Visita inesperada de Jo, que llegó calado a traerme la noticia del suicidio de su madre. A decir verdad no parecía afligido, aunque tratándose de él una nunca sabe. Yo, en su lugar, estaría destrozada. Pero en fin, cada uno es como es. Nada más recibir la llamada telefónica de Suiza ha venido corriendo a mi casa. Yo he sido la primera en conocer la noticia. Jódete, Mulata. Por la tarde fiesta en la villa de Charli el Creído. Ambiente cutre, pero buena música y excelente champán. Salí un rato para ir a la tienda de Genaro a dejarle las llaves del piso a un poeta madrileño que no tenía dónde hospedarse. Antes de llegar me he encontrado con el lelo de Flakúas, que me ha puesto en autos sobre la clase de bicho que Genaro pensaba endilgarme y he dado media vuelta».

Desde el instante en que le fue comunicada la invitación, a Cacharrito lo mortificó el desasosiego. Le habían dicho que la fiesta iba a ser muy grande y él se inquietó pensando que los preparativos supondrían un trabajo desmesurado para Izaskun Ayestarán, por lo que decidió acudir cuanto antes en su ayuda. Entró en el piso suplicando a Izaskun le asignara alguna clase de tarea, no importaba cuál: barrer, fregar, hacerle algún encargo. Cacharrito había llevado su obsequio de cumpleaños (un barril que contenía ocho litros de vino dulce) a pulso desde la tienda de su padre hasta el coche y más tarde, por varias calles, hasta el piso de su amiga, adonde llegó con dos horas de adelanto, tan sofocado y jadeante que la muchacha se alarmó, y tras ayudarle a tomar asiento en una silla de la cocina, le hizo prometer que se estaría quieto hasta las siete, que era la hora prevista para la llegada de los invitados. Sentado a la mesa con semblante triste, lo encontramos el Pulcro y yo a las seis y veinte de la tarde. Él se levantó de inmediato y vino a saludarnos, con efusión más apagada que de costumbre, al pequeño vestíbulo donde Izaskun Ayestarán nos agradecía mediante besos y zalemas el regalo que le habíamos traído en común: un encendedor de alabastro que yo había costeado y el Pulcro convertido en una especie de momia de bolsillo envolviéndolo con vendas sustraídas a primera hora de la tarde en el hospital. Sonaban en la sala compases de la *Quinta* de Beethoven. Izaskun Ayestarán había colocado el disco con idea de levantar el ánimo al muchacho, que últimamente se decía muy aficionado a la música clásica. Cacharrito despedía esa tarde un olor extraño, como si se hubiese revolcado en musgo. El Pulcro Matallana, al tiempo de recibir su abrazo, le espetó:

—Comprendo tu desdicha. A mí también me apena que nos hayan convocado a una fiesta en lugar de a un velatorio.

Tomó entonces Izaskun Ayestarán con mucho afecto la mano de Cacharrito y nos declaró la causa de hallarse éste atribulado; la cual no era otra sino que como había venido tan malo de la calle, no quiso ella acceder a sus ruegos de ayudarla, ni tampoco más tarde, cuando él diciéndose restablecido del sofoco, reiteró la petición. A tal extremo llevó Cacharrito su insistencia que al fin la muchacha se allanó a encargarle un pequeño quehacer, y con ese proposito le puso delante una damajuana repleta de aceitunas para que se entretuviese deshuesándolas. Como de costumbre, Cacharrito se entregó a la tarea con solicitud; pero no ocultaba que en el fondo hubiera deseado una comisión más ardua. Nosotros reímos de buena gana el caso, y vueltos hacia nuestro amigo, en son de zumba le afeamos mantuviera aquella actitud desafiadoramente melancólica, por no decir lúgubre, que en nuestra opinión sólo podía estar enderezada a reventar la fiesta. Estas y otras chirigotas por el estilo, lejos de arrancarle una sonrisa, como pretendíamos, le agrandaron los ojos y lo pusieron aún más triste, por lo que a ruego de mis compañeros entré con él en la cocina y estuve haciéndole compañía mientras el Pulcro montaba el guñol en la sala e Izaskun

Ayestarán se entregaba en el cuarto de baño a la ceremonia y servidumbres de la belleza.

—Para mí —dijo de pronto Cacharrito—. La Placa es...

Reviró la vista en derredor, como si buscase por las paredes de la cocina los vocablos que necesitaba.

—Es... —y al fin los encontró— ¡totalmente revolucionaria!

—Exageras —le repliqué—. No somos más que un puñado de escritores tiernos en una provincia periférica de un país periférico.

—Sí, sí, no lo niego. Es que, ¿sabes?, yo no sé explicarme bien. Pero te aseguro, Hilario, que La Placa es completamente revolucionaria.

La cocina presentaba un aspecto recogido, sin la suciedad, el desorden, el tufo ni las cucarachas de otras ocasiones. El suelo relucía de limpieza, lo mismo que la alacena, el hornillo eléctrico y los azulejos, cuyas junturas habían sido blanqueadas recientemente. El cubo de los desperdicios parecía nuevo y acaso lo era. Ningún churrete menoscababa la blancura del frigorífico. En todas partes se dejaba adivinar la buena mano de la hacendosa madre de Izaskun Ayestarán.

—Me he enterado —dijo Cacharrito— de lo que hicisteis la semana Pasada a Raúl Albadalejo.

Con gesto dolido bajó la mirada hacia la bandeja sobre la que cuidadosamente iba colocando, en perfecta espiral, las aceitunas deshuesadas.

—La violencia es triste, Hilario. El odio empequeñece y degrada a los hombres.

Se expresaba, como de costumbre, con brusquedad y atropellamiento, pero al mismo tiempo con una elocuencia implacable que yo siempre admiré en secreto.

—Me acuerdo —prosiguió— de un verso de Vallejo, que dice que querría ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca. Ya sé que no digo más que chorradas, que no soy original, pero creo que debemos luchar todos juntos contra la violencia.

Apelé al cinismo para defenderme.

—Luchar —le dije— conlleva violencia.

—Bueno, tú ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

—Lo único que pido, aunque nadie me haga caso, es que La Placa difunda el amor.

Llamaron al timbre. Desde el cuarto de baño, Izaskun Ayestarán mandó al Pulcro que fuese a abrir la puerta. Este, en la sala, alegó que se hallaba muy atareado y transfirió la orden a la cocina. Cacharrito me mostró entonces sus manos mojadas (en una el desosador, en otra una aceituna), así que no tuve más remedio que levantarme de la silla y hacer de portero. De pie sobre el felpudo se encontraba un hombre de unos cincuenta años, bajo, insignificante, halagüeño, con un cuenco de mayonesa en las manos. Este detalle me convenció de que no se trataba de un mendigo, tal como parecían indicar su chaqueta raída, su barba de cacto, sus grises caireles despeinados y las angulemas del que, por la vía de infundir lástima, pordiosea moneda menuda de

casa en casa. Tenía el hombrecillo una vejiguilla violácea en un labio. Tenía la frente ahuevada, la calva discromatosa y sendos destellos aguanosos en las pupilas diminutas. Preguntó si podía entrar. Hablaba con un tonillo de trémula lisonja que me irritó. Por encima de su cabeza salpicada de manchas blanquecinas divisé la puerta del piso frontero. Estaba abierta. Supe entonces quién era aquel hombre servil, en cuya traza miserable difícilmente habría podido vislumbrar nadie un atisbo de su acaudalada posición. En esto se oyó a la muchacha preguntar por el recién llegado. El Pulcro, que conocía la voz del hombre, se me adelantó en la respuesta.

—Tu padre —dijo.

No me quise privar del gusto de inferirle una pequeña vejación. Con ese fin me aparté apenas lo suficiente para cederle el paso, lo que le obligó a entrar ladeado en el vestíbulo. Saludó a Cacharrito y después al Pulcro con humillaciones de la cocorota y gestos de forastero bobalicón que temiese importunar a los nativos. Atravesó la sala sin detenerse, camino del cuarto de baño, a cuya puerta preguntó dónde debía colocar la mayonesa. La puerta, con voz de su hija, se lo indicó y él se apresuró, como aguijado, a obedecer. Desde la cocina le oímos alabar el guiñol.

—Gregorio —dijo el Pulcro—, déjese de gaitas y ande con cuidado, no me vaya a pisar los títeres.

El hombre se soltó en pamplinas y disculpas que al fin Izaskun Ayestarán atajó en tono imperativo, ordenándole que se marchase. Él dio su palabra de no volver, nos deseó una fiesta agradable y divertida y salió de la casa cerrando la puerta con mucho cuidado de no hacer ruido. Poco después me reveló Cacharrito una cuestión que lo inquietaba. Y era que al vaciar las aceitunas, con el hueso se perdía una pequeña parte comestible. Se le figuraba que sumadas todas ellas podían constituir un grave despilfarro y, por consiguiente, un motivo de reproche. Por esta razón no se determinaba a tirar los huesos al cubo de la basura y los tenía reunidos a un lado de la bandeja, en espera, según dijo, de que alguno lo sacase de la duda. Conteniendo la risa a duras penas, le pregunté si de verdad estaba dispuesto a tapar los agujeros de las aceitunas con los pedacitos sobrantes, a lo que respondió que sí. A este punto me tomaron ganas de burlarme y le expliqué que una aceituna deshuesada presenta por regla general dos orificios: la diminuta hendidura debida al pitón del desosador y el boquete de salida del hueso, perceptible a simple vista; el cual convenía que no faltase, por cuanto indica al comensal que puede emplear su dentadura sin prevenciones inútiles, etcétera. Cacharrito advirtió la guasa y contestó:

—Estás en tu perfecto derecho de cachondearte, pero todo eso que me cuentas ya lo sé. Si la fiesta se celebrara en mi casa, el problema no existiría. A mí, Hilario, lo que me preocupa no son los huesos, sino cómo va a reaccionar Izaskun.

Le declaré sinceramente lo que pensaba.

—En ese caso —dijo— ya estoy tranquilo. Y te repito que has hecho bien en burlarte de mí, porque no creo que haya en toda la ciudad un zote más grande que yo.

Entablamos después conversación sobre *El extranjero*, de Camus, cuya lectura

había emprendido yo la noche anterior por consejo del Pulcro Matallana. Cacharrito admiraba el libro y mostraba conocerlo bien. Así hablando, afirmé que su episodio inicial me recordaba el caso de la madre de Josu Ruiz, fallecida hacía poco más de una semana. Sin mala intención establecí un símil entre la muerte de ambas mujeres. Cacharrito se apenó sobremanera. Durante unos instantes mantuvo el rostro abatido, crispado por una mueca de honda pesadumbre que no se borró hasta que, reconocida mi frivolidad, le pedí disculpas. Los dos estuvimos conformes en que no era aquél el momento oportuno para traer a colación el penoso suceso del que, según me declaró, había tenido la primera noticia esa misma mañana. Acto seguido reanudó sus labores deshuesadoras, interrumpidas momentáneamente por causa de mi desliz, olvidó su cuita, olvidamos a Camus, y pasando a saltos de rana de un tema a otro, abordamos el de la gloria literaria, vanidad de vanidades contra la que mi amigo arremetió tomado de un ardor inusual en él, al punto que involuntariamente le arreó un codazo a la bandeja. Desbarató así la espiral de aceitunas que con tanto esmero y paciencia había construido. Al momento se puso a rehacerla y dijo:

—En fin, no me hagas caso, ya ves que ni siquiera soy capaz de tratar de un tema con la debida serenidad.

A todo esto solicitó el Pulcro nuestra ayuda para cubrir el guiñol con una sábana, de acuerdo con el deseo de Izaskun Ayestarán, que había decidido mantenerlo oculto a fin de deparar una sorpresa a los invitados. Consistía éste en un bastidor de madera rematado en arco, con el vano cubierto por una cortinilla verde moteada de estrellas rojas y un panel en la parte inferior que mostraba el dibujo de dos máscaras, una riente y otra afligida. Con objeto de ganar altura, de suerte que los ejecutantes no hubieran de permanecer agachados durante la representación, el guiñol había sido instalado sobre cajas, en un hueco entre la vitrina y una de las ventanas que daban al patio. Era, según supimos, un juguete de niñez que Izaskun Ayestarán conservaba con mucho cariño y para el cual ella misma solía confeccionar los títeres. El Pulcro se introdujo a gatas detrás del escenario; siguiendo sus instrucciones, le alcanzamos Cacharrito y yo una punta de la sábana y entre los tres desplegamos ésta hasta dejar el guiñol tapado por completo.

Una mirada en derredor me colmó de perplejidad. Se dijera que el poder de un mago había obrado portentos en la sala, transformándola en un recinto palaciego lleno de esplendor y colorido, de manjares succulentos y bebidas, de flores y dulces, de música y almoradux. Acaso habría tenido que mirar dentro de los cajones o debajo de los muebles para descubrir huellas que recordaran la pocilga de otras veces. Al pie de la vitrina, en el sitio que días atrás ocupaba una pila de revistas cubierta de polvo, había ahora un imponente ramo de calas; junto a ellas, un castillo de fuego floral en forma de rosas rojas, rosadas y blancas; más allá un tercer jarrón de porcelana con margaritas como soles y un cuarto, por último, desde el que brotaba una lujuriente constelación de diminutas florecillas olorosas. Ardían por los rincones varillas aromáticas. Había globos diseminados por el suelo, guirnaldas de colores a lo largo

de la moldura de yeso y un cartel, en una de las paredes, que decía:

PROHIBIDAS LAS PENAS EN ESTA CASA
LA GRÚA RETIRARA A LOS TRISTES

Numerosos vasos y copas colocados boca abajo relucían sobre una balda de la vitrina, en otra se alineaban alrededor de veinte botellas distintas y en la de más abajo podían verse dos tazones colmados de rodajas de limón, no sé cuántos abrechapas y sacacorchos, un frasco de guindas y el barril de vino dulce obsequiado por Cacharrito. Había bebidas espirituosas para todos los gustos, entre ellas una de fabricación japonesa que llamaba poderosamente la atención, menos por el aspecto cristalino del líquido, similar al anís o la ginebra, que por una insólita y, según se mire, repulsiva peculiaridad. Y era que la botella contenía un lagarto gris, de largo entre cuarta y jeme, rígido y con la cola orientada hacia el tapón. Izaskun Ayestarán había descubierto aquella rareza alcohólica por casualidad en una tienda del Sur de Francia, donde el dependiente no supo explicarle si el bicho sumergido comunicaba o no a la bebida alguna clase de propiedad.

Copiosas eran asimismo las gollerías expuestas con un orden exquisito encima de una mesa arrimada a la pared, en el lugar que otras veces compartían el sofá y una consola. Sobre la mesa había una bandeja circular con un aquelarre de langostinos en torno a una cola cocida de bogavante. Había ensaladas y ensaladillas, pinchos de queso y uva, de jamón de Jabugo, de chatka desmenuzada, de huevo duro y espárrago con mayonesa. Había un cestillo rebosante de chucherías y una tarta de hojaldre erizada de velas. Había melocotón y piña en almíbar, galletas saladas y patatas fritas. Había caviar en abundancia y huevos de salmón, pasta de hígado, frutos secos, pasas y panecillos. Había tres cajas sobrepuestas de bombones, varias escudillas con cremas y salsas y una sopera rasa de arroz con leche. Había más. Había manducatoria para que dos docenas de tragones se dieran el hartijón de su vida.

—No toquéis nada hasta que lleguen los demás —ordenó Izaskun desde el cuarto de baño.

El Pulcro se apresuró a meterse en la boca un pincho de jamón, yo otro de chatka, y nos dirigimos los tres a la cocina, donde Cacharrito reanudó sin demora el deshuesado de aceitunas. La lluvia batía en los vidrios de la ventana. A cada rato los súbitos temblores del frigorífico, convertido en arsenal de bebestibles puestos a refrescar, producía un tintineo de botellas. Hablábamos de todo y de nada cuando de repente, sin que viniera poco ni mucho a cuento, a Cacharrito se le ocurrió elogiar a Beethoven. No dijo más sino que Beethoven era un genio o algo por el estilo, nada del otro mundo, y se calló. De sobra conocíamos nosotros su costumbre de echar pienso dialogal a los platicantes. Introducía de improviso un tema de conversación que no diese pie a discordias, y así que otro tomaba la palabra, guardaba él la boca y se complacía oyéndonos departir en buena avenencia. El cándido ardid podía funcionar con cualquiera de sus compañeros; pero en modo alguno con el Pulcro

Matallana, a quien repugnaban por principio las opiniones colectivas. Su réplica no se hizo esperar.

—No perdamos tiempo hablando de ese compositor inglés de tonadillas para charangas. Mejor hablemos de nuestros amigos ahora que no nos oyen. ¿Qué tal si los ponemos a caldo? Critiquemos por ejemplo al jayán de los cacahuets, el de las barbas luengas y los sobacos caudalosos, de quien es fama que ha abolido la avaricia en el mundo, luego de haberla acaparado toda para sí.

Cacharrito meneaba la cabeza con disgusto.

—No seamos innobles —dijo—. Todos tenemos defectos.

—¿Y qué decir del sin par don Cojito de la Mancha, que mandaba, acaudillaba y compelia y ahora, según cuentan, anda prendado genitualmente de quien lo lleva y trae como a un perrito de lanas filosóficas?

—No sigas, por favor —rogaba Cacharrito en vano.

—Hace poco me ofrecí a enseñarle al Cojo los rudimentos del arte poética, porque, la verdad, el pobre padece una pedantería bacilar que le tiene corroídos los órganos del gusto. Le supo tan mal mi generosa propuesta que por poco me suelta un puñetazo. Y a propósito de puñetazos, ¿sabíais que Genaro tiene callos en los pies? ¡Qué malo soy!, ¿a que sí?

—Malísimo —terció Izaskun Ayestarán a tiempo de entrar en la cocina, acicalada y perfumada como para encender el rijo de un armario.

Su traza de pájaro exótico, ornado con el más pintoresco de los plumajes, nos dejó patidifusos. En mi vida había visto nada semejante, como no fuera en alguna estampa del carnaval de Río. Llevaba nuestra compañera un vestido amarillo de falda corta que dejaba sus hombros al descubierto, muy ceñido, con una banda de frunces alrededor de la cintura. Tenía una tonalidad radiosa que punzaba en la vista. Prendida a la trenza, una flor verde de tul, tan pomposa como ridícula, todo hay que decirlo. Las piernas llevaba enfundadas en medias azulencas y los pies metidos en chinelas azul celeste, con cordoncillos y una orla de hilo dorado. Los labios se había pintado de rosa Suave. Adheridos al colorete de las mejillas brillaban estrellitas de papel de plata. Zarcillos oscilantes pendían de sus orejas. Rodeaba su cuello una cadena que, descendiendo por el busto, sostenía un Cristo de oro, crucificado sin cruz en el arranque del escote. Llevaba pestañas postizas, cinco o seis anillos diferentes y otras tantas pulseras. Tenía las uñas pintadas de negro. Olía divinamente.

Después de girar el cuerpo varias veces, a fin de mostrarse entera a nuestra vista, nos preguntó si la encontrábamos hermosa. A mí su aspecto se me antojaba sencillamente risible; pero no dudé un segundo en ratificar los elogios con que mis dos compañeros se apresuraron a complacer su coquetería. El cachorrito soltó la típica agudeza:

—Pareces la bandera de Gabón —y de ese modo se ganó un donoso pellizco en la mejilla.

Izaskun Ayestarán se inclinó después sobre Cacharrito y con unas pinzas

comenzó a arrancarle los pelos de la nariz. Al extender el brazo descubrió un sobaco velludo, que yo atisbaba desde cerca con el pensamiento colmado de apetitos imposibles. La muchacha nos hizo prometer que seríamos formales durante la fiesta y que respetaríamos a los invitados, particularmente a los que no supieran gran cosa de literatura. Nosotros le dimos palabra de ello y le mostramos buena voluntad, asegurándole nuestra ayuda en caso de surgir algún problema. Ojalá lo hiciéramos así, pues aquella fiesta a la que estaban invitados ciento y la madre significaba mucho para ella. Dicho esto, le arrancó un nuevo pelo a Cacharrito; el cual, yo no sé por qué ni cómo, comenzó de pronto a ponderar virtudes y cualidades de Rosa Benítez.

—Ya vas a ver qué gran persona. Vive para la sociedad. ¿No es admirable? Dedicar su tiempo y energías al servicio de los oprimidos y, por supuesto, de sus hermanos, a los que cuida igual que una madre. ¡Menuda fortaleza tiene! Pídele cualquier cosa y, si hace falta, pondrá el mundo patas arriba con tal de ayudarte. Ya vas a ver qué buena persona. Estoy seguro de que pronto os unirá a las dos una amistad profundísima.

El tema incomodaba perceptiblemente a Izaskun Ayestarán, que recurrió a un efugio para atajarlo:

—¿Cómo quieres que te depile si no estás quieto?

Cacharrito guardó silencio unos instantes, el rostro levantado a fin de facilitar el trabajo a su depiladora, circunstancia que el Pulcro Matallana aprovechó para comerse cinco o seis aceitunas a escondidas. Oscilaba el Cristo de oro entre los Gólgotas mamarios, como indeciso de detenerse en uno de ellos. Notando Cacharrito que su amiga, vencida la resistencia de un pelillo terco, se sosegaba, prosiguió con elocuencia un punto fervorosa:

—Ella, que no escribe, pero lee bastante, me ha enseñado un principio fundamental. Hay que escribir con sensibilidad colectiva. Porque, como afirma Celaya, estamos saturados de yo.

—¿De ti? —terció el Pulcro en camelo.

—De arte egoísta y de torre de marfil. Basta ya de mirarse día y noche en el espejo. Yo os juro que doy por desechado cuanto he escrito hasta ahora. No he hecho más que miel retórica para paladares burgueses. Con esas mismas palabras me lo ha dicho Rosa y yo le estoy muy agradecido, porque sé que tiene toda la razón. ¿No creéis que La Placa va a ganar muchísimo con ella?

Izaskun Ayestarán arrojó las pinzas a la mesa.

—Continuad vosotros —dijo—, me parece que se oyen pasos por las escaleras.

El Pulcro y yo nos repartimos a medias los cuatro pelos que quedaban. Entretanto llegan a la casa los primeros invitados: la Lurdes y una mujer de unos treinta años con el antebrazo escayolado. Besos en las bocas, entrega de obsequios, feliz cumpleaños, estás guapísima, un saludito galante a los chicos de la cocina, y a la sala. Minutos después nuevos invitados: muchachos y muchachas sueltos o en grupo, tan perfumados, peripuestos y ocurrentes los unos como los otros. Ya flotan por el aire

aromas marihuaniles. Suena otra vez, chan-chan-chan-chaan, rotunda y solemne, la *Quinta* de Beethoven, que es acogida por la concurrencia con un sonoro abucheo. Parada la música, oímos a Izaskun Ayestarán disculparse:

—Se me había olvidado retirar el disco.

Un bisbiseo que no logro entender desencadena la risotada general. Siguen unos acordes melosos de piano y enseguida la voz de Paul McCartney, que canta a su perrita *Martha*. De pronto, din-dón, el timbre. Izaskun Ayestarán corre a abrir la puerta y suelta una carcajada. Entra en el vestíbulo un pirata fornido: parche de rigor, barbas patibularias, tricornio rojo y botas. El Pulcro Matallana se esconde a toda prisa debajo de la mesa. La sala al completo acude en tropel a contemplar de cerca al lobo de mar. Este, visiblemente desconcertado, obsequia a la anfitriona con el botín de su última rapiña: una pilada de libros recién afanados. Arrecia el pitorreo a su alrededor; pero al fin la zona se despeja. El pirata, ceño furibundo, ojos desencajados, repara en nosotros y entra en la cocina preguntando dónde está la rata hedionda. No bien la descubre, acurrucada y temblorosa entre mis piernas, le tira un zarpazo y la saca sin contemplaciones de su escondrijo.

—¡Conque fiesta de disfraces!, ¿eh, cabrón? ¡Conque todos vendrían disfrazados! Debería matarte cinco veces seguidas, pero tienes suerte de que yo sea un tipo piadoso. Te mataré sólo una.

Y empieza, en efecto, a estrangularlo, sacudiéndole la cabecita lívida como si de una coctelera se tratase, y cuando ya lo tiene con media lengua fuera, Izaskun Ayestarán intercede en defensa del muchacho:

—Deberías darle las gracias. Todas mis amigas te encuentran interesante y atractivo.

—Más le vale que así sea —replica el baladrón—. Si esta noche no follo será por su culpa y lo mataré.

—Grita menos, que me espantas a los huéspedes.

—Quiero examinar ese ganado. ¿Ha venido alguno que sepa leer?

—Ven y lo verás.

Salen de la cocina seguidos temerosamente por el Pulcro. La casaca de Genaro Zaldúa tiene una fimbria descosida. Advierte que el amiguito bromista viene pisándole la sombra, se da la vuelta y le espeta:

—Por ti voy a ser el mono de la velada. Debería sajarte los ojos con mi daga de plástico, idiota.

El timbre no para de sonar. Izaskun Ayestarán acude presurosa al vestíbulo, abraza, besa y agradece felicitaciones y presentes. Cada dos o tres minutos la escena se repite de manera similar. Siempre la misma efusión, los mismos gestos, las mismas cortesías. Lo único que cambia son las explicaciones relativas a los regalos. Hay quien a tiempo de entregar el suyo agrega alguna indicación acerca del funcionamiento o de la garantía, o refiere esta o la otra anécdota acaecida en el instante de la compra. No falta quien exprese su temor por regalar un objeto que

Izaskun ya posee o le ha sido regalado esa misma tarde por otra persona. Yo llevo contados veinticinco asistentes. Cacharrito afirma que son veintisiete. De coña le pregunto si alberga esperanzas de acabar la fiesta en brazos de alguna de las beldades que han venido. Ruborizado, me susurra a la oreja que es un completo inepto en achaques de amor. Le agradecería, eso sí, entablar amistad con más chicas, ya que, exceptuando a Izaskun y Rosa, sólo tiene amigos varones; lo lamenta mucho, pues le parece humanamente pobre. Advierto que Cacharrito ya no huele a musgo; ahora apesta a vinagrillo de aceitunas.

No tarda en sonar otro timbrazo. Izaskun Ayestarán reaparece en el vestíbulo con una copa de champán en la mano, abre la puerta y por primera vez brota de sus labios una bienvenida sobria y sosegada. Me basta ese detalle para saber quiénes han llegado, antes incluso de verlos y de escuchar sus voces. Efectivamente, son ellos. Entra Josu Ruiz en el vestíbulo con semblante hosco e indumentaria de currante o de agitador social o de poeta metido en trotes revolucionarios: mono azul, alpargatas con suela de cáñamo y la gorra de pana con la estrella de cinco puntas. Dice con no muy cordiales maneras que sólo se quedarán un rato, ya que no quieren molestar, y a continuación presenta escuetamente a su novia, que no ha venido ni disfrazada ni compuesta. Las dos muchachas se estrechan la mano y juntan sus mejillas.

—Tenía muchas ganas de conocerte.

—Yo a ti también.

Y cogidas del brazo entran en la sala, dejando a Josu Ruiz solo en el vestíbulo con su mueca destemplada y el paquete de regalo que no ha tenido ocasión de entregar.

Anciano y perro verde. Al fondo, un castillo medieval desafía las leyes del equilibrio, asentada por un solo punto su ancha base sobre el pico afilado de una loma. En lo alto de la torre del homenaje campea la bandera de Cuba, que previsiblemente izó una mano maliciosa. Amo y perro sacian su sed bebiendo por turno de un jarro compartido. Las negras y móviles pestañas del anciano son hebras de lana que atenúan la fijeza excesiva de sus ojos. Y dice con ronquera postiza que no logra encubrir el marcado timbre femenino de su voz:

Muy cerca de aquí, señores,
en un país que sufría
desde antiguo los horrores
de una feroz tiranía,
discurre la historia mía.

De todos los dictadores
era éste que regía
a palos de policía
la tierra que antes decía,
el peor de los peores.

Verdugos, torturadores,
gente secreta que espía
y jueces condenadores
sentenciando noche y día
a su servicio tenía.

Pronunciarlo sin temores
su nombre nadie podía
ni librarse de temblores
quien su retrato veía:
tanto pánico infundía.

Al que a su paso unas flores
no arrojaba o no aplaudía,
a mayores y menores
por cualquier superchería,
en la cárcel los metía.

A artistas, a trovadores,
al que a opinar se atrevía
y al que a leer aprendía
sin tardanza por traidores
a la horca remitía.

A los libros y escritores
daba fuego en compañía.
El mejor de los licores
la sangre le parecía
que por el suelo corría.

Viendo al azar dos azores
surcando la lejanía
durante una cacería,
concibió una villanía
para burlar los dolores,

las cuitas, los sinsabores
que a sus gentes infería.
Con gran fanfarronería
dictó una ley que prohibía
volar a los pobladores.

Los brazos les contaría
a todos los infractores,
y enjaulados forzaría
a imitar en la agonía
gorjeos de ruiseñores.

La helada ciudadanía
que la ley no comprendía
temiendo nuevos rigores
creyó que creer debía
en los hombres voladores.

Entonces planeadores,
globos ni aviones había.
Escuche los pormenores
de aquella ocurrencia impía

el público ahora y ría.

Advierto con satisfacción que el Pulcro Matallana ha empleado en el preámbulo tres de las nueve rimas en *ía* que anteayer le sugerí. Llevado por el capricho de influirle, mostré mi desacuerdo con la idea de poner los versos iniciales en boca de un viejo. ¿Que por qué? Resulta convencional, le dije, a sabiendas de que para él no existe nada más aborrecible en la vida y en el arte que el lugar común. Salió disparado de mi cuarto y por teléfono propuso a Izaskun Ayestarán un retoque urgente al principio de la obra. La muchacha rehusó de plano. Estaba harta de coser títeres, conque han mantenido al anciano bien que agregándole un perro de felpa reclutado entre la muñequería que ella acostumbra tener desparramada sobre la cama. Eso sí, han seguido mi recomendación de no sacar al anciano con gafas negras de ciego. Parece que el Pulcro, desde que acude a mi casa por las tardes, me ha cobrado respeto. Anteayer, después de ayudarle a elaborar la lista de rimas, insistió en que los dos formáramos una sociedad secreta con el fin de patrocinarnos mutuamente. Cada uno por su lado hará campaña en pro del otro. La cautela me indujo a responderle que jamás he tenido fe en esa clase de maniobras, pero que perdiese cuidado: cualquier esfuerzo suyo en el sentido de favorecerme recibirá de mi parte la debida compensación. Me confesó que hasta la fecha su contubernio con Izaskun Ayestarán había dado excelentes resultados. De modo que ahora me hallo aquí, de pie al fondo de la sala, listo para iniciar la salva de aplausos al término de cada cuadro.

Muro de sillares con claraboya y esta inscripción: MORS FALLACIA EST. Un gentilhombre de cámara lee un pergamino en presencia del soberano. Transcurridos cinco días desde la promulgación del edicto que prohíbe volar, han sido apresados catorce infractores. Se les ha visto mover los brazos de forma sospechosa. El tirano monta en cólera, le parecen pocos. Ciñe una corona de papel de plata, tan mal cosida que a cada meneo de cabeza sube y baja a punto de desprenderse. Izaskun Ayestarán, responsable de los diálogos en prosa, ignora que los exabruptos en boca de muñecos carecen de fuerza expresiva. No es el guiñol el lugar más propicio para el naturalismo. Los cerca de treinta huéspedes arracimados sobre la alfombra intercambian miraditas y sonrisas.

Genaro Zaldúa está sentado junto a la mesa de las viandas. Con buen tino había predicho el Pulcro que la cola cocida del bogavante iría a parar al estómago del tragaldabas. Genaro come con ostensible voracidad. Durante los breves intervalos de silencio, la sala se llena con los chasquidos de su masticación. Cuelga ahora fuera de su boca un pedazo de carne blanca, que oscila ante su barba al ritmo de las dentelladas. Estas son un tanto trabajosas: se ve que está durillo el bogavante. Algunos rostros se vuelven de vez en cuando hacia el ruidoso comensal. Es evidente que a Genaro Zaldúa la obra de guiñol no le despierta ningún interés. De continuo dirige la palabra a los invitados más próximos, les pide tabaco, les indica por señas que le alcancen una u otra vasija de encima de la mesa, todo lo cual es causa de que

haya un constante murmullo y agitación por su zona.

Atado con varias vueltas de cadena, un reo es conducido a la sala de tortura. Al ver la media docena de ahorcados que cuelga del techo, profiere un cómico grito de horror. El verdugo oculta su faz bajo un capirote negro, ingeniosa artimaña para ahorrarse un títere. Su atuendo es el mismo que el del gentilhomme de cámara.

—¿Qué debo hacer para salir de aquí con vida?

—Confesar.

—Vale, confieso.

—¿Confiesas? Entonces eres culpable y tendré que colgarte como a todos éstos.

—Pues entonces no confieso.

—Si no confiesas, es que callas y habrás de ser por ello igualmente ejecutado.

—¡Joder, qué dilema!

Risotada general, barullo y una incitación mía al aplauso que prospera. Izaskun Ayestarán asoma la cara entre los títeres ahorcados. En sus mejillas destellan las estrellitas plateadas.

—A ver si aplaudís, cabrones.

El público arranca a aplaudir frenéticamente, y en medio de la bulla y algazara una mozuela de cabellos cortos repinta sus labios con ayuda de un espejito. Me digo: vivir es amarse a sí mismo. Ni el más sesudo moralista logrará jamás convencerme de otra cosa. El Pulcro se equivoca. No la muerte, sino el amor al prójimo es una falacia. El narcisismo rige la existencia de los individuos: la de la muchacha que medio a escondidas unta de carmín sus labios, la de aquella otra, en primera fila, que a cada instante se retoca la melena, la del lechuguino con pendientes que está delante de Genaro mirando si lo miran, la del propio Genaro, que ahora pela langostinos y me hace señas de que están muy buenos. Uno va a los demás a buscarse a sí mismo, a besarse a sí mismo en la boca de los demás, a masturbarse con el auxilio de otros cuerpos. La madre ama al hijo, si es que realmente lo ama, porque ve en él carne propia. Y por idéntica razón, tomada del revés, el hijo ama a la madre. Y ambos se muestran complacidos cuando les dicen que sus semblantes se asemejan. Pero ¿a qué viene todo esto? Ya falta poco para la hora en que habitualmente el padre sale del sótano y sube las escaleras a trompicones. Después entrará en su dormitorio, diseminará las fotografías sobre la cama y llorará un rato antes de acostarse. Mañana, si nos cruzamos por el pasillo me pedirá perdón por haberse emborrachado la víspera. Perdón a mí, que también estoy emborrachándome.

El joven Catalino estudia desde la azotea el vuelo de las aves. Se esfuerza en imitarlas, sacudiendo sus torpes brazos de tela. Por encima de él se balancean varios pajaritos pendientes de un hilo. El público suelta la carcajada al ver que se incorpora a ellos un zapato volante de bebé. Al fin la bandada remonta el vuelo y desaparece de escena. Catalino recita entre suspiros:

Golondrina estival

que rasguñas el cielo
con el negro diamante
de tus ágiles vuelos.
Cuéntame tu secreto.

Águila que se cierne
en cenital lindero
y añade dos agudos
soles al firmamento.
Cuéntame tu secreto.

Hoja del árbol seca
que arranca y lleva el viento,
por sus furiosas rachas
impelida muy lejos.
Cuéntame tu secreto.

Nube del horizonte,
navegando te veo
por los mares del aire
como barco sereno

Cuéntame tu secreto.
Cuéntame, mariposa
(flor que se alza del suelo),
abeja infatigable,
mosca del resistero.
Cuéntame tu secreto.

Cuéntame tú, gorrión,
o tú, loro parlero,
o tú, blanca paloma,
cuéntame tú, vencejo.
Cuéntame tu secreto.

Noto de repente unos golpecillos en la pierna, y al mirar hacia abajo veo a Josu Ruiz que me indica por medio de señas su intención de hablarme al oído. Él y su novia se hallan sentados en el suelo, fuera del numeroso grupo que se apiña sobre la alfombra. La cara de Josu Ruiz trasluce irritación.

—¿Sabes —me susurra— si va a durar mucho este coñazo?

Según las últimas noticias, las adversidades no cesan de acosarlo. Murió la madre

y él no pudo llegar a tiempo a las exequias, debido a una avería del automóvil cuando se dirigía, a través de Francia, a Suiza. Se ha quedado además sin inquilinos y, por tanto, sin fuente de ingresos. Y para coronar la mala racha, un achaque del hígado le impidió acudir a la reunión del jueves pasado, en la que Restituto se comprometió a financiar el número 2 de *La Placa*, que se editará impreso. Ahora que estoy agachado junto a él advierto que tiene las escleróticas amarillas. En voz baja me pregunta Rosa Benítez si me importaría traerle algo de beber. Su timbre lento, melodioso, cosquillea mis oídos. Josu Ruiz replica malhumorado:

—Hemos dicho que no probaríamos nada.

—Hilario, sírveme por favor un trago. Tengo sed.

Me acerco a la balda de la vitrina donde se alinean las bebidas. Le muestro a Rosa Benítez la botella que contiene el lagarto. La muchacha deniega sonriente, al par que señala la de champán puesta a enfriar en un pote con hielo. Mientras lleno la copa, oigo a los dos enzarzarse en una esgrima de refunfuños.

Encaramado a la baranda de la azotea, el joven Catalino se dispone a emprender el vuelo, sirviéndose de las alas postizas que ha confeccionado para él su amigo Cantapelote. Este es el vivo retrato de Josu Ruiz: testa atarugada, orejas a toda vela, ojos de perrote soñoliento. Sólo le falta cojear, y aun se me hace que no anda lejos de ello; pero al fin se lo impide su condición de muñeco sin piernas, que le obliga a desplazarse a saltitos y tirones. El Pulcro me reveló ayer que un títere habría de resultarme conocido. No dijo cuál, deseoso de guardar la sorpresa. Josu Ruiz permanece impassible; quizá no se reconozca en su doble, quizá sí y no le importa. Lo que parece dudoso es que a él y a su novia les haya pasado inadvertida la burla, a ellos destinada, de la banderita cubana en lo alto del castillo donde mora el tirano.

—Cantapelote, tan pronto como haya alcanzado las nubes te diré adiós con la mano, ¿vale? Esa será la señal de que todo marcha bien.

—Si caes y te prenden, no me delates.

—Tranquilo. Si caigo procuraré estrellarme de cabeza contra una roca. Dicen que así se evitan muchas molestias.

—Buen viaje, Catalino.

—Allá voy. A la de una, a la de dos y a la de tres.

De un brinco Catalino se lanza al vacío, y casi sin tiempo de aletear se precipita al suelo. La voz de Izaskun Ayestarán simula el estruendo de la caída: ¡pumba! Catalino, fuera de escena, profiere una ristra de palabrotas. El público ríe de buena gana.

De vez en cuando una ráfaga de lluvia golpea en los vidrios de las ventanas. Ya es de noche fuera y también es de noche en el guiñol. Los chivatos hacen cola ante la puerta del castillo, entre ellos una mujer que lleva sobre sus hombros las alas de Catalino. Fumo, bebo ginebra y paso el rato poniendo apodo a los espectadores. A esa chica menuda, con las palas montadas sobre el bello, la llamo la Ratona. A su izquierda, larga y curva nariz, se halla la Tucán. Reyecín del Monte Calvario tiene la

coronilla pelada y Don Balcón de las Ideas la frente en saledizo. Besugo Atónito atiende a las incidencias de la representación con la boca permanentemente abierta. Campo de Golf es una muchacha con tres agujeritos en las medias de nailon y el Innombrable un fulano al que no le encuentro mote. Veo a la Sota de Copas, que bebe champán; veo a Gatoseco, a Caraglobo y más aquí a la Pinzona, la que se pinta los labios a escondidas; veo a Cumbres Pustulosas, a Tubo de Escape, a Caramelo de Mentón, a Pangolín, al Bachiller Carrasco y, por supuesto, a Genarito Pichablanda, que está pidiendo le alcancen el arroz con leche.

Al iniciarse un nuevo cuadro, Catalino, denunciado por una vecina que lo vio caer de la azotea, aparece dentro de la cárcel, con la cabeza entrapajada. Comparte celda con su amigo y cómplice Cantapelote, quien le dirige reproches por no haber sabido guardar la boca delante del torturador.

—Me forzó a beber cera fundida.

—Si es por eso, también quema la sopa en casa.

—Luego me apretó con las tenazas.

—¿Qué te apretó?

Asoma de pronto en el escenario la cara sonriente del Pulcro, inmensa en comparación con la de los títeres, y dice:

—Los huevos.

Se desata una tempestad de carcajadas que obliga a suspender la obra durante medio minuto. Prosigue al fin, entre pujos de risa, Catalino:

—Vacío un costal de alacranes sobre mi vientre. A la octava picadura, canté.

—Eso te afeo, que a tu edad y viniendo de la familia de que vienes no hayas aprendido a morir solo.

A continuación nos enteramos de que los dos amigos han sido encerrados en lo alto de una torre, a más de mil pies del suelo. El rey ha ordenado practicar un hueco en el muro. Concede así a los prisioneros la oportunidad de fugarse volando. Si no lo consiguen, serán ajusticiados al amanecer, en la plaza pública. Un bando intima a la población a que se congregue de mañana en torno al patíbulo.

Los cogotes de los invitados me traen ahora a la memoria una sesión de rezo colectivo en la capilla del colegio. Soy un niño flaco de diez, once, quizá doce años, con pantalón corto, zapatos húmedos y marcas rosadas en las rodillas doloridas. Es mediatarde y huele a pintura de pared. Los alumnos que ayer tuvimos clase de Ciencias Naturales en el laboratorio deberemos permanecer arrodillados hasta que aparezca la mano (la garra, según el padre Ovidio) que hurto la amatista de la caja de los minerales. En la fila precedente se apretujan Gomendio, Villagrán, Jáuregui, Ayepe y Osaba el Loco, estrechamente vigilados por el padre José María. Los frailes, sotana y cinto negro, repartidos por los bancos, entonan el *Señor, ten piedad* con unción patética destinada a impresionar. Constantemente escudriñan en torno, fijan la mirada adusta ora en éste, ora en aquél, con el probable objeto de que el anónimo ladrón se crea descubierto. Como era de esperar, la parte tétrica de la estrategia de

amilanamiento ha corrido a cargo del padre Ovidio. Mientras bajábamos en silencio a la capilla, ha dicho que a dios no se le puede mentir, que dios lo ve todo, lo oye todo, lo sabe todo, y que, por consiguiente, sería preferible coger la lepra a estar en el pellejo de quien ha cometido el hurto. Al fin las amenazas, la hora y media de encierro en la capilla y las subrepticias incitaciones a la delación, que se prolongaron por espacio de varias semanas, no sirvieron para atrapar al pecador ni para que apareciera la amatista. El asunto se zanjó mediante el pago de veinticinco pesetas por alumno. Como medida precautoria, el laboratorio fue cancelado durante tres meses. El padre Ovidio, sin embargo, no se resignó. Un día, pasado el tiempo, incluyó esta pregunta entre las quince o veinte de que constaba su examen: «¿Cuáles son las características de la amatista?». Los colegiales que no tenían un pelo de tontos, se abstuvieron de responder. La amatista robada era una piedra de color morado, no más grande que una nuez. En casa, al cogerla, notaba yo una especie de quemazón en los dedos, por lo que decidí deshacerme de ella. Una tarde, en el transcurso de una guerra entre niños, se la tiré a Genarito Pichablanda, aunque los dos combatíamos bajo la misma bandera de cartón. No le atiné, creo que por estar la piedra maldita de dios y de los santos.

Amanece. Los dos prisioneros han pasado la noche en vela intentando desesperadamente volar.

—El fin se acerca, Catalino. Llevamos horas sacudiendo los brazos de todas las maneras posibles, para arriba, para abajo, para adelante, para atrás, y no hemos conseguido elevarnos ni un centímetro.

—¿Cómo quieres que nos elevemos un centímetro si estamos en la Edad Media y aún no se ha inventado el sistema métrico decimal?

—Pues una cuarta.

—El desánimo es tu lastre.

—No puedo más. Los hombros me chirrían como goznes viejos. Escucha. Ñic, ñic.

—Ya lo dijo Platón: volar no es cosa de gallinas.

—Tampoco de gallos.

—Presiento que al morir pondrás un huevo.

—Y yo oigo tu última palabra: quiquiriquí.

Suenan de repente las voces del gentío. Catalino y Cantapelote corren sin demora al hueco abierto en el muro. Temblando de miedo, describen la escena que el público no ve. La Plaza se halla de bote en bote. Trompetas, casi irreconocibles como tales en la grabación, anuncian la llegada del rey despótico; el cual se apea de las andas y acude a su sitio entre los vítores de la enardecida muchedumbre. El verdugo afila el hacha con el mollejón, del que saltan chispas. Cantapelote profiere un alarido, se supone que de espanto, al observar que el rey señala con el dedo hacia la torre y ordena a la guardia que suba en busca de los condenados.

—Cantapelote, ¿has visto?

—Sí, ya vienen por nosotros.

—Me refiero a la paloma.

—¿Qué paloma?

—¿No la ves? Allá, por encima del cadalso.

—Sólo veo el hacha y a mi madre llorando en segunda fila.

—Ahora ya sé la razón de que no hayamos podido volar. Me fijé en la paloma, vi su pecho abultado. Ese es nuestro error, que aunque movemos los brazos correctamente, no estamos huecos por dentro sino muy duros y pesados y así no hay forma de despegarse del suelo. Amigo Cantapelote, traga aire, infla tus pulmones, tu estómago y todos tus órganos. ¡Y a volar!

—No hay tiempo. ¿Acaso no oyes subir a los soldados corriendo por las escaleras?

—Patria o muerte, volaremos.

—Dime, Catalino, ¿cuándo cojones inventarán el avión?

Agitando sus bracitos flácidos, los dos prisioneros alzan el vuelo y huyen por la brecha. Un segundo después irrumpen en la celda un capitán y un lancero, al par que en otro reino y otro siglo Genaro Zaldúa bebe champán a morro.

—Carlitos, ve tras ellos.

—Pero, mi capitán, que soy de infantería.

—No hace falta que vuelas, hijo. Tú corre por el aire y atrápalos. De lo contrario serán tu cabeza y la mía las que rueden esta mañana por los suelos.

El lancero, obediente, se arroja al vacío. Un grito prolongado acompaña su caída. Antes de llegar abajo y estrellarse, el capitán le ordena que regrese. Entra en la celda el carcelero.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tardáis tanto?

—Este Carlitos nunca aprenderá. Mira que le he dicho que volviera. Pues él ni caso.

—En tres pedazos se ha partido. No, en cuatro.

—Que se joda.

—Allá van los fugitivos.

—Parece que descienden. Se dirigen al patíbulo, pasan de largo.

—¡Rapaces! Han caído sobre el rey y se lo llevan por el aire, Los arqueros no se atreven a flecharlos.

—Están subiendo muy deprisa. Pronto alcanzarán las nubes.

—Algo cae. Es el rey.

—Se hará papilla en aquel roquedo. ¡Uy, menuda hostia se ha dado!

—Capitán, corramos a las oficinas de empleo antes que se formen colas.

Termina el cuadro. Los ejecutantes corren la cortinilla del guiñol y proceden al cambio de decorado. En el ínterin, la sala se puebla de murmullos, sonrisas y llamitas

fugaces de encendedor. Se come, se fuma, se bebe. De pronto, en medio de las voces apacibles, truena un regüeldo bestial, pleno de intención. Dos docenas y pico de cabezas se giran a un tiempo hacia el pirata goloso, que con gesto impasible, el tricornio ladeado, la frente bañada en sudor, se limpia los labios con la manga de su casaca. Oigo a mi lado rezongar a Josu Ruiz. Al descorrerse poco después la cortinilla del guiñol, los espectadores guardan silencio. En el escenario reaparecen el anciano del preámbulo y su perro verde. Al fondo, el castillo sobre la loma puntiaguda, con la bandera de Cuba en su torre del homenaje.

Cayó el odioso tirano
de bruces en una piedra.
Quedaron desparramados
sus sesos sobre la tierra
y colgados en los cardos
los riñones y la lengua.
Sus dientes cual saltamontes
brincaron por la ladera.
El corazón dando botes
al fondo del valle rueda,
seguido de las criadillas
que a las veces tintinean.
Las costillas asomaban
como sables pecho afuera.
Sus tripas se retorcían
reptando como culebras.
Por doquier se amontonaba
la carne sanguinolenta.
Los buitres que allí llegaron
puré de carroña almuerzan.
Los brazos estaban rotos
y descarnadas las piernas.
Los menudillos formaban
una horrorosa madeja.
Los ojos no aparecieron
ni tampoco las orejas,
perdidas en el ovillo
de piltrafas y de venas.
El fin de la tiranía
alegre el pueblo festeja,
con banquetes y desfiles,

pasacalles y verbenas.
Volar es su empeño ahora
y a volar todos se entregan.
Al poco tiempo volaban
hasta los niños de teta.

Sale el anciano por la derecha y queda el perro solo. Revira el hocico hacia el público.

—Miau —dice, con voz del Pulcro, y sale.

Catalino y Cantapelote volando.

—Catalino, tiene que haber alguna forma de parar.

—Eso mismo me digo yo desde hace veinte días. ¡Maldita libertad!

—Estoy harto de volar y de comer insectos.

—Mira, por allá se divisan unas casas. A lo mejor encontramos cerca de ellas un abrevadero o un pajar en los que arrojarlos de cabeza.

— Dime, Catalino, ¿cuándo cojones inventarán el tren de aterrizaje?

Se cierra y enseguida se abre la cortinilla del guiñol, y aparecen en el escenario las caras radiantes, sudorosas, coloradas, de Izaskun Ayestarán y el Pulcro Matallana. El público, puesto de pie, silba y ovaciona entusiasmado. Éxito rotundo. Los dos ejecutantes salen a gatas del tinglado. Al punto cae sobre ellos la bulliciosa concurrencia. Concluida la lluvia de felicitaciones, veo a Izaskun Ayestarán que se acerca a nosotros excitada y complacida, con una copa de champán que acaba de tenderle un invitado. Se detiene en el borde de la alfombra y pregunta qué nos ha parecido la representación. La respuesta de Josu Ruiz, monosilábica, no puede ser más desabrida.

—Tenemos que irnos —añade.

Con gélida cortesía Izaskun Ayestarán se ofrece a acompañarlos hasta la puerta. En el vestíbulo alega Rosa Benítez ocupaciones domésticas que la obligan a estar en casa para la hora de la cena.

—Si quieres —replica Izaskun Ayestarán—, puedes llevarte un frasco de caviar. Tengo de sobra.

Rosa Benítez encaja la pulla con estirada serenidad. Cuando ha salido al rellano, se da la vuelta y responde:

—No somos tan ricos como tú, pero por suerte comemos a diario.

Izaskun Ayestarán cierra la puerta de golpe y se mete a llorar en la cocina. Sabe que estoy espiándola desde el umbral de la sala, me llama y entrecortadamente me pide que le traiga del dormitorio un paquete de pañuelos. A su lado, Cacharrito, que no ha asistido a la obra de títeres por deshuesar aceitunas, la mira con ceño caviloso.

Decidí hacer caso a Genaro Zaldúa, que me recomendó moderación en la bebida. Tenía él certeza de que a unas muchachas que llamaba bollitos les había tomado deseo de acostarse con escritores de La Placa, por reputarnos de personas importantes. Receloso, le pregunté cuáles y él las señaló con disimulo, diciéndome al oído cómo repetidas veces le habían insinuado la fascinación que en todas ellas despertaba nuestro predicamento, y que era cosa segura que las habíamos de gozar aquella misma noche. Reveló a continuación que andaba con mucho apuro del vientre y enseguida se encaminó hacia el cuarto de baño, desabrochándose por el trayecto los calzones de pirata. Yo, como advirtiese que las mozas, aunque no eran guapas, me miraban y sonreían desde el extremo opuesto de la sala, formé propósito de hundirme los dedos en el gañote hasta sacarme lo bebido, a fin de llegar lo menos mermado posible de potencia a la orgía que previsiblemente se avecinaba. Así lo puse por obra sin pérdida de tiempo, si bien no en el retrete, por los intersticios de cuya puerta cerrada salía una horrenda, formidable fetidez que casi hizo superfluo el arbitrio de los dedos, sino en el cubo de la basura de la cocina, delante de Cacharrito; el cual, después de cinco horas de trabajo paciente, deshuesaba por entonces las últimas aceitunas de la damajuana. Creyendo me hallaba enfermo de gravedad, vino a mí y asió mi nuca con no sé qué intención posiblemente sana, sin que yo entre basca y náusea, incapaz de articular palabra, pudiera defenderme de su auxilio. Tanto me importunaba que, por apartarlo de mi lado, sentí tentación de derramarle una gorgozada en los pantalones. A pique de ello, terminé de achicar el estómago y no tuve impedimento para explicarle que no hacía falta me llevase en su coche al hospital, ni que fuera a una farmacia en busca de medicamentos, como pretendía. Convencido de que no me pasaba nada malo, se tranquilizó. Yo le revelé mi propósito de desembriagarme, sin declarar la causa que movía a ello, de suerte que él elogió mi proceder, pensando estaba encaminado al bien de mi salud. A ruego mío se dirigió después a la sala a traerme alguna comida que me templase el cuerpo. Volvió, pasado un rato, con una almorzada de almendras y cacahuetes que depositó encima de la mesa. Yo no pude menos de sorprenderme al ver que se había puesto el gabán. Extrañado, le pregunté si, como parecía, albergaba la intención de marcharse. Cacharrito sacó entonces de uno de los bolsillos un manojito de llaves, y a tiempo de mostrármelo, me puso en autos sobre un encargo urgente que había recibido; y era que sin demora debía ir a Amara en busca de un calzoncillo limpio, ya que a Genaro Zaldúa acababa de sucederle una lamentable adversidad. En esto sonó el timbre. Abrí la puerta y me hallé ante dos ojos semejantes a dos brasas. Con un ímpetu y gesto que no auguraban nada bueno, don Raúl Matallana entró en la cocina. La lluvia había mojado los hombros de su chaqueta. Ni me saludó, ni lo saludé, ni correspondió al tímido saludo de Cacharrito. Tenso el semblante, los labios apretados, se colocó de espaldas a la ventana, con toda la cocina por delante, a la manera del torero que cede

espacio a su víctima con el fin de estudiarla mientras se acerca. Chacoloteando nerviosamente con la suela del zapato, aguardó la llegada de su hijo, a quien Cacharrito había ido a buscar. El Pulcro no tardó en presentarse. Traía el abrigo puesto y un rictus apenadito, dulce, en medio de las facciones demudadas. Le preguntó su padre si sabía qué hora era. Modoso, el adolescente farfulló unas cuantas disculpas relativas a la representación de títeres, que dijo le había tenido ocupado hasta ese momento. Mentira. Casi dos horas habían discurrido desde el final del espectáculo. El temor patente que atenazaba a mi amigo me conmovió. Acordándome entonces de nuestro reciente pacto de solidaridad y ayuda mutua, decidí echarle un capote y ratifiqué su embuste. Don Raúl Matallana me miró desconcertado, y aun diría yo que agradecido por haberlo librado con mi mediación de la bochornosa papeleta de inferir en público una injusticia a su hijo. En tono notoriamente más suave, transmitió a éste la orden de marcha a casa. Salieron del piso, y con ellos Cacharrito, quien a su regreso habría de contarnos cómo bajando por las escaleras mandó don Raúl al Pulcro le soplase en la nariz, porque quería olerle el aliento. Descubrió que el chaval había fumado y bebido alcohol, y comenzó a pegarle bofetadas; pegándole, llegaron a la calle, donde Cacharrito se despidió de ellos y ya no supo más.

Solo en la cocina, comí los frutos secos que me había traído mi compañero, más unas cuantas galletas blandas de un bote colmado de ellas encontré por mi cuenta en la alacena. Con agua del grifo me lavé después la cara, me sequé con los visillos, recompuse ante el cristal de la ventana mis cabellos y un bigotín que por entonces me tiznaba el sobrelabio, y aún me enjuagué la boca e hice gárgaras antes de salir pasablemente sobrio de la cocina en busca de Genaro Zaldúa. No lo hallé en la sala, donde el Reyecín del Monte Calvario, ebrio hasta la tonsura, se había metido en el tinglado del guiñol y obligaba a Cantapelote a pronunciar una arenga de peneque solitario, a la que nadie atendía. Tres o cuatro invitados trataban de sacar con ayuda de un tallo de rosa el lagarto de la botella. Cerca de ellos, amartelados, inmóviles, quizá dormidos, bailaban sin música el Innombrable y la Pinzona. Sin detenerme me dirigí al dormitorio de Izaskun Ayestarán, desde cuyo umbral pude ver a un numeroso grupo de asistentes a la fiesta desparramados por el suelo. Una aguja clavada en un brazo escuálido me disuadió de entrar: más que a la muerte temo yo un pinchazo. En la habitación contigua reinaba la penumbra. Vi dentro una pepitoria de cuerpos afanados en trajines amorosos y tampoco quise pasar de la puerta. De camino a la última alcoba, topé con Cacharrito, que acababa de volver de Amara. Traía en la mano, exhibiéndolo con imprudente ostentación, el calzoncillo que había ido a buscar a casa de Genaro Zaldúa. Le ordené que escondiera la prenda de inmediato. Sorprendido de que le hablase con acritud, me preguntó la razón de mi enojo. No había tal, le dije, sino deseo de evitar el apuro en que habíamos de poner a nuestro amigo si le entregábamos el ajado y amarillento zarrío delante de sus admiradoras. Esto lo entendió Cacharrito muy bien e hizo un derroche de afecto para agradecerme

el favor de haberlo desviado de cometer un error imperdonable. Guardó después la prenda ominosa en un bolsillo de su gabán y juntos entramos en el cuarto donde se hallaba Genaro Zaldúa sentado en el suelo con las tres bollitos, a las que tenía embobadas con su palique. Estaban los cuatro solos y sonrientes. No bien abrimos la puerta, se apresuró nuestro compañero a llamarnos por señas, como si no fuera evidente que nos dirigíamos al corrillo que él presidía jovial, dicharachero y sudoroso.

—No tengáis miedo —se mofó.

Después, en parecido tono de guasa, nos presentó a sus amigas, tildándonos de chicos apagados, pero estupendos poetas, duchos en la exploración del alma humana. Todo lo cual y otras alabanzas posteriores, igualmente insultantes, que no me apetece recordar, se me figura que dijo con miras a engrandecerse a nuestra costa delante de su público femenino. Las tres muchachas nos contemplaban a Cacharrito y a mí con muestras de asombro, que a lo mejor no eran exactamente de asombro, sino de simple curiosidad; pero en cualquier caso sin mota de malevolencia, como enseguida demostró la prontitud y cordialidad con que nos ofrecieron un sitio a su lado. Cacharrito ocupó el suyo sin quitarse el gabán, y con ello y haber rogado candorosamente que por favor lo llamasen por el mote, porque no de otra forma lo nombraban sus amigos, y hasta de un tiempo a aquella parte su propio padre, se atrajo el interés y simpatía de las muchachas. Las cuales se me hace a mí que barruntaron la ocasión de divertirse a expensas de nuestro cándido compañero, y desentendiéndose sin disimulo de la parla confusa, profusa y abstrusa con que Genaro las había estado camelando, se dieron a formular a Cacharrito preguntas no exentas de picardía que éste contestaba visiblemente corrido, mirando ora a Genaro Zaldúa, ora a mí, en petición tácita y angustiosa de socorro. Una de las cosas que le preguntaron fue por qué no se quitaba el gabán.

—Es por causa de mi apocamiento, que me hace sufrir mucho —respondió con aquella sinceridad aplastante a que, sin poderlo evitar, lo arrastraba frecuentemente su timidez.

Reconoció que estaba asándose de calor. Animado entonces por las tres chicas, accedió a aligerarse de ropa. Puesto de pie, trató de desabrochar el gabán; pero los gruesos botones se le resistían, de suerte que no daba con ninguno a través del ojal. Turbado, determinó desenfundarse la prenda de abrigo por la cabeza, sin soltarla; lo cual llevó a cabo con tan fatal precipitación, con tan adversa fortuna, que el oculto calzoncillo cayó al suelo y quedó a la vista de todos los presentes.

—Se te ha caído algo —acertó a balbucir entre carcajadas una de las muchachas.

Genaro Zaldúa se apresuró a intervenir antes que Cacharrito pudiera desenvainar su peligrosa franqueza.

—Aquí donde lo veis —ironizó—, este poeta es precavido. Acostumbra tomar sus providencias de índole higiénica cada vez que acude a tertulias y cuchipandas. Yo pienso que esta gente, los poetas, suele ser de suyo muy perversa.

Cacharrito encajó el escarnio con una sonrisa desangelada. Devuelto al bolsillo lo que nunca habría debido salir de él, depositó cuidadosamente el gabán en el rimero de impermeables, cazadoras y abrigos que se extendía sobre una mesa colocada en el centro de la habitación. Sus ojos enormes, aturcidos, miraban a Genaro Zaldúa como en demanda de una señal amistosa, de un gesto de clemencia por parte de éste. No bien se hubo reincorporado al corro, las tres muchachas le pidieron perdón por las risas. Cacharrito respondió que no había motivo alguno para ello, que todo caso era él quien debía disculparse y que si les parecía que estaba de más, no tenían sino hacérselo saber, que él se marcharía del cuarto sin demora. Esto dijo un tono de humilde gravedad que impresionó a las muchachas quienes sorprendí poco después intercambiando algunas señas en secreto. Genaro Zaldúa acababa de iniciar un nuevo capítulo de vaniloquios. Ellas lo interrumpieron para comunicarnos su propósito de retirarse un momento al servicio, adonde fueron las tres juntas, conforme se acostumbra a menudo entre chicas. Solos en el cuarto Cacharrito reiteró su petición de disculpas, y no conforme con que se las hubiésemos aceptado, sentenció:

—Merezco vuestro desprecio.

Genaro Zaldúa se dirigió a toda prisa en busca de su calzoncillo, lo sacó del gabán de su compañero y, amparándose detrás de una vieja cómoda, procedió a cambiarse rápidamente de muda. Se recataba, vuelto hacia la pared; pero aun así pude verle un muslo y parte de una nalga, tan rollizos ambos como pilosos. Tras vestirse, se encaminó hacia la ventana y la abrió. Un ramalazo de viento le arrebató el tricornio. La impetuosa corriente lo obligaba a recular. Tenía en ese instante su silueta un aire de marino que afronta los embates del turbión. Rachas horizontales de lluvia penetraban en el cuarto. Genaro Zaldúa se aferró con una mano al antepecho y con la otra arrojó a la calle el calzoncillo seguramente percutido. Venciendo la oposición del viento, logró cerrar la ventana. Su rostro peludo, salpicado de gotas, traslucía exultación. Le acometió un flujo de locuacidad:

—La noche se presenta favorable. Tenemos las bollitos en el bote. Son tres, somos tres, conque id desabrochándoos las braguetas. La cosa está clara. Y para colmo, a mediodía he comido macarrones, que son un fortaleciente de aúpa. Amigos míos, conjugemos todos juntos, antes de entrar en la batalla, el presente de indicativo: yo follo, tú chingas, él jode, nosotros cohabitamos, vosotros copuláis, ellos echan un polvo. A vivir, a gozar y fornicar, que son dos días. Y a ver si cambiáis de cara, colegas. No estamos en un funeral.

Me pidió un cigarrillo. Se lo di, exhaló una bocanada y prosiguió:

—Seguro que las pobrecillas se han metido en el retrete a colocarse los diafragmas, no sea que las preñemos. Luego se perfumarán el clítoris y la verija, por miedo a que nos causen repugnancia los miasmas vaginales. Pero se equivocan, pues no hay nada que despierte tanto el apetito de un hombre como la miel escurrida de un chocho. No se lo toméis a mal. Pensad que al tenernos por gente selecta, estarán temerosas de defraudarnos. Aparte de eso, las imagino tocándose unas a otras las

tetas, o sea, poniéndose húmedas y calentitas mientras acuerdan con quién cada cual, lo que en el fondo carece de importancia, porque para lo que vamos a hacer...

A Cacharrito lo invadió el estupor.

—Genaro, no sé si me atreveré.

—Bobadas. Tú fíjate en mí y en Flakúas, límitate a introducir la pilila en el agujerito y aprovecha tu asma para simular el orgasmo, y eso sí, haznos el favor de hablar lo menos posible.

Llevado de su euforia, Genaro Zaldúa se encaramó a la mesa y comenzó a pisotear las prendas de abrigo, profiriendo obscenidades mientras imitaba muecas y brincos de los monos. Aflojó entretanto las bombillas de la lámpara hasta dejar sólo una encendida, diciendo socarrón:

—A los varones nos basta con apagar la luz para ser bellos.

Bajó después de la mesa y, sentado otra vez a nuestro lado, con mucho misterio nos mostró un polvillo gris que guardaba dentro de una caja de cerillas. Él mismo lo había preparado en la trastienda de su comercio, según una receta que no quiso revelar. Contó que, una vez ingerido, estimulaba no sé qué secreción de hormonas, como consecuencia de la cual el cuerpo era sometido en breves minutos a un proceso de furor sexual incontrolable. Muy serio, pues no sin razón nos suponía remisos a creerle, declaró haber experimentado días atrás en sus propias carnes los formidables efectos del afrodisiaco. Había tomado, dijo, una pizca en el transcurso de una clase de Prehistoria. De pronto le estalló un fuego en el pecho que, rápidamente extendido al abdomen, lo obligó a salir del aula a espetaperro, ante las miradas atónitas del profesor y de varias docenas de estudiantes. Sin parar de correr se llegó hasta la orilla del Urumea, y allá, escondido entre los arbustos, pasó la mañana apaciguando como pudo el rijo bestial que lo consumía. A fuer de novelista, se acordó de rematar su historia con un detalle verosímil:

—Hacía un frío que pelaba, pero no me di cuenta hasta el final.

A este punto comenzó a espolvorear los vasos que las tres muchachas habían dejado abandonados en el suelo, cada uno con su resto de bebida, y mientras esto hacía, Cacharrito le suplicó no se excediese en la dosis. Argüía con buen juicio que si ya estaban ellas de suyo deseosas, ¿a qué fin administrarles aquella droga superflua, que acaso podía redundar en perjuicio de su salud? El sensato razonamiento encendió la sangre a Genaro Zaldúa, quien con mucho enojo reputó a su compañero de aguafiestas y de hombre para poco que teme al amor, sí, al amor, querido poeta, que os pasáis la vida ensalzando sensualidades y a la hora de agarrarlas por el rabo no valéis para nada, me cago en la puta, cállate o vuelco la caja entera en los vasos. Acto seguido, como advirtiese la pesadumbre que sus amenazas y exabruptos causaban a Cacharrito, aseguró en tono sosegado y conciliador que todos los ingredientes del polvillo eran comestibles. No podía, por tanto, seguirse de ellos trastorno alguno; antes bien, extraversión, euforia y ganas de gozar. Que perdiese cuidado, dijo a su abatido compañero, a tiempo que le ponía una mano amiga sobre el hombro

añadiendo que lo único malo que en realidad podía ocurrir era qué después de todo la droga no produjese el efecto deseado. De buen humor citó a Quevedo e hizo un juego chusco de palabras con el polvo enamorado y con echar un polvo, mientras yo entre mí daba gracias al destino y a mi madre por no haberme hecho mujer de semejantes hombres.

Transcurridos diez minutos y quince y más de veinte desde que las muchachas se habían marchado de la alcoba, empecé a escamarme y a sospechar que no fuese tan descompasada su concupiscencia, ni tan propicia su ingenuidad, ni tan firme la afición por nuestras artísticas personas que Genaro Zaldúa les atribuía. Y así, antes que Cacharrito regresara a darnos cuenta de sus pesquisas, tuve por seguro que no había de encontrar a las mozas ni en el retrete ni en parte alguna, como efectivamente aconteció. No lo quiso Genaro Zaldúa creer, convencido de que su compañero había efectuado un rastreo poco minucioso de la casa. Para él estaba fuera de duda que ellas volverían. Fundaba su certidumbre en dos razones: las creía enamoradas y no les había visto retirar sus abrigos del montón de ropa extendida sobre la mesa. ¿Quién, por muy poco seso que tuviese, había de aventurarse a salir en mangas de camisa a la calle en una noche tan desapacible como aquélla? El argumento se me antojó convincente. Cacharrito, por el contrario, sacudía la cabeza en señal de rechazo. Preguntado por los motivos de su desacuerdo, contó que una parte de los huéspedes había depositado sus prendas de abrigo en la habitación de Izaskun. A Genaro Zaldúa se le heló la sonrisa. Sin perder un segundo salió a recorrer la casa, escudriñó rincones, inquirió, le informaron y al fin, cuando nos reunimos los tres en la sala, visiblemente decepcionado me susurró al oído:

—Tendremos que conformarnos con Izaskun.

La sala presentaba en aquellos momentos un aspecto lamentable, como si hubiera desfogado en ella su saña una horda de saqueadores. El Reyecín del Monte Calvario dormía el lobo sepultado bajo la armadura del guiñol, que se le había caído encima, dejándole tan sólo las piernas al descubierto. Desparramados por la alfombra yacían los títeres, perdidos en un piélagos de cáscaras, añicos, botellas rotas, globos reventados, confetis y desperdicios de todas clases. Había más: cubiertos pringados y colillas, algunas humeantes. Del barril de Cacharrito, en una balda de la vitrina, manaba sin cesar un chorrillo del vino oloroso. Se conoce que la mano inhábil de algún metete no había sabido encajar debidamente la espita. Igual de lastimoso era el estrupalucio en la mesa de los manjares, colmada ahora de arrebañaduras, jirones de servilletas, cuencos usados como cenicero y vasijas volcadas que habían escurrido salsa al mantel y a la alfombra.

Nos dieron las dos de la madrugada bebiendo y conversando en la cocina. La mayoría de los invitados ya se había ido para entonces. Tambaleantes, saturados de alcohol y de drogas, atravesaban el vestíbulo en silencio y emprendían el arduo camino que a través de calles solitarias, barridas por el vendaval, debía conducirlos a la cama salvadora. Una y otra vez retornaba Genaro Zaldúa al tema de las tres

muchachas que nos habían dado plantón. En su búsqueda obsesiva de razones que explicasen el fiasco, recurría a las más diversas conjeturas, desde la repentina indisposición de una de las bollitos, ingresada en el hospital sin saberlo nosotros, hasta el abandono del piso a raíz de una pelea entre ellas, pasando incluso por la llamada telefónica que anuncia la muerte de un familiar. Cacharrito estaba, sin embargo, convencido de que sólo a su torpeza al dejar caer el calzoncillo debía atribuirse la misteriosa escapada de las tres chicas, y con gesto de contrito nos pedía perdón por quinta, por sexta vez en lo que iba de noche.

A las dos entró en la cocina, dando traspiés, la moza nariguda a quien yo había puesto, durante la representación de títeres, el sobrenombre de la Tucán. Los ojos encarnizados, traía una curda de alivio, que era causa de que no pudiera andar sino trastrabillando. El habla no la tenía más clara ni derecha y costó entender lo que trataba de decirnos con aquellos sonidos que salían como chisporroteados de su boca. Al fin comprendimos que solicitaba nuestra ayuda para levantar a no sé quién del suelo. Quedó Cacharrito asistiendo a la muchacha. Genaro y yo salimos rápidamente de la cocina, dispuestos a socorrer a quienquiera que se hallaba en apuros. Llegados a la sala, nos detuvimos los dos a un tiempo, o quizá mi camarada una décima de segundo antes que yo, y empezamos a mirarnos, a escudriñarnos las caras en la penumbra. Ni supe entonces ni sé ahora la razón de aquel recíproco estudiarnos que desembocó en una sonrisa suya imitada a despecho de la voluntad por mí, como si yo no fuera yo, sino la imagen de él en un espejo. No tardé en percatarme de que aquella sonrisa equivalía a un acuerdo tácito, sobre cuya innoble finalidad empecé a concebir sospechas no bien entramos en el dormitorio de Izaskun Ayestarán y hallamos a ésta tendida en el suelo con los ojos en blanco, la boca entreabierta y un hilillo de espuma que brotaba de una comisura de sus labios y descendía hasta el cuello. No estaba sola; a su lado, la espalda recostada en la pared, Cumbres Pustulosas contemplaba el techo con deliquio. Tenía el mozo un aire de lasitud complacida y ausente. La abertura de su camisa desabotonada mostraba un pecho salpicado de granos y costras que me repugnó. Había alguien más, tumbado debajo de la cama; alguien de quien sólo atiné a ver un pie descalzo y que a ratos, entre sueños, emitía un zumbido monótono. Tanto como a la vista, hería aquel cuadro de apestados al olfato, pues es lo cierto que los tres cuerpos desfallecidos despedían un hedor agridulce, como de mejunje medicinal, muy penoso de sufrir. Advirtiendo que Izaskun Ayestarán se reponía de su vahído, le preguntamos qué le pasaba. No contestó ni parece que nos oyese. Resolvimos levantarla, agarrándola cada uno de un brazo. Percibí entonces el rictus sonriente de Genaro Zaldúa, una mueca morbosa y cruel, estoy seguro, aunque no tuve casi tiempo de fijarme, pues apenas habíamos comenzado a poner de pie a nuestra amiga, ésta se nos derrumbó como un pelele. Un instante hube de dedicar mi esfuerzo y atención a enderezarla, lapso brevísimo, pero suficiente para peinitir que Genaro Zaldúa adoptara de nuevo una expresión de socorrista voluntarioso. No sin dificultad sentamos a nuestra amiga sobre el baúl destinado a ropa sucia. Su aturdimiento y

debilidad no le impidió reconocernos, y con un hilo de voz estertorosa pronunció la palabra baño. Comprendiendo cuál era su deseo, la llevamos o, por mejor decir, arrastramos a donde nos pedía. Por el trayecto le sobrevinieron los espasmos, cada uno precedido de un corto temblor que equivalía a un aviso para sujetarla con más fuerza, a fin de neutralizar los violentos tirones que daba su cuerpo al contraerse. Ninguna voz, ningún ruido se oía en el piso salvo el de sus bascas angustiosas. Genaro Zaldúa abrió de un puntapié la puerta del retrete; nos envolvió una vaharada pestilencial. Un asco indecible me oprimía la garganta. Tanto como fue posible, contuve el aliento; después me di a respirar a pequeños sorbitos, en la inteligencia de reducir al mínimo la inhalación de aire amoniacado. De pronto mis pies chapotearon en una balsa de orines que inundaba el suelo. Esto es peor que el infierno, me dije no bien encendió Genaro Zaldúa la luz. Esparcidos por el caldo nauseabundo, había jirones de papel higiénico, colillas desleídas, esputos y cristales, y en medio de tanta inmundicia flotaba, panza arriba, el lagarto gris de la botella japonesa. No menos de un dedo de orina cubría asimismo el fondo de la bañera, varadas en el cual se podían ver tres o cuatro jeringas, una copa, una cuchara y la escobilla tiznada de excremento. Genaro Zaldúa me ordenó que fuese a la cocina a poner agua a calentar. Él se las arreglaría solo, dijo, lo cual me pareció de perlas, por el mucho deseo que yo tenía de alejarme de aquella horrenda zahúrda. Y como para demostrar que mi colaboración ya no era necesaria, sujetó con ambas manos a Izaskun por los codos, y colocado a su espalda, empujó su cabeza hacia el lavabo, donde la muchacha comenzó enseguida a vomitar. Yo salí a escape del retrete, resuelto a purificarme sin demora mediante uno o dos tragos de coñá y abluciones en el fregadero de la cocina; pero al llegar a la sala, un recelo punzante me detuvo. Sigilosamente volví sobre mis pasos, pegué la cara a la jamba y asomé un ojo. Ignoro si en mi fuero interno esperaba ver lo que vi; pero lo cierto es que en aquel instante no experimenté el menor atisbo de sorpresa. Genaro Zaldúa sobaba muy a su placer los pechos de Izaskun Ayestarán y le besuqueaba la nuca, sin que ella, desmadejada al borde de la inconsciencia, diese muestras de advertir el abuso. Un largo filamento mucoso pendía de su boca. Fugazmente atiné a ver su semblante, revestido de cérea palidez. El resto de su menuda personita permanecía oculto bajo el corpachón que sobre ella se encorvaba, como si éste, un pulpo de gran tamaño, se dispusiera a deglutirla a través de unas fauces situadas en su abdomen. En esto reculé tan deprisa como pude, por esconderme; pero fue en vano. Genaro Zaldúa se había percatado de mi presencia y me llamó.

—Llévemola a la cama —dijo—. Está muy mal.

Desde el vestíbulo Cacharrito se ofreció a ayudarnos. Genaro Zaldúa, enfurruñado, le mandó que preparase manzanilla, lo mismo que podía haberle mandado otra cosa con tal de perderlo de vista, y como aquél preguntara si debía hacerla con azúcar, le contestó:

—Con pollas en vinagre.

Parados después al costado de la cama, me pidió Genaro Zaldúa que sostuviese

yo un instante a nuestra amiga mientras él retiraba los muñecos de la colcha. Dormía Cumbres Pustulosas con la barbilla hundida en el pecho, bajo la ventana cuajada de perlas de lluvia. Se conoce que Izaskun Ayestarán había recobrado algunas fuerzas después de la vomitina, de suerte que bastó con agarrarla de la cintura para que no se desplomase. Con todo, inclinó el cuerpo hacia atrás en busca de mayor apoyo. Su cabeza quedó a escasos centímetros de mis labios y la besé. Apenas hube revirado la vista hacia Genaro Zaldúa, comprendí que el encargo de cuidar momentáneamente de la muchacha entrañaba una trampa y que yo había caído como un tonto en ella. Con paladina y sonriente delectación saboreaba mi compañero el éxito de aquella triquiñuela con que había logrado a un tiempo deshacerse de un testigo incómodo y ganar un compinche. Arrojadados al suelo los muñecos y retirada la colcha, tendimos a Izaskun Ayestarán sobre la cama. Ella misma se sacó las chinelas rozando un pie con otro. Encogida igual que un cachorrillo en las pajas de su comfortable madriguera, expresó por medio de unos ruiditos cargados de mimo el bienestar y gusto que de pronto la invadían. Los ojos cerrados, el gesto plácido de los durmientes, nos pidió en susurros que le pusiéramos el pijama porque le parecía estar meada. No le faltaba razón. Mientras la despojábamos con cuidado de sus ropas y ornamentos femeninos, se puso a hablar consigo misma entre dientes como si delirase, y aunque era imposible entender sus bisbiseos y murmullos, al fin capté una imprecación dirigida al Cojo. Calló de golpe, tan pronto como notó su desnudez. Una leve sonrisa arqueaba sus labios gruesos, sensuales.

—Qué buenos sois.

Movido de aviesos designios, Genaro Zaldúa comenzó a desabrocharse los calzones, y yo no sé qué clase de complicada botonadura tenía la bragueta que no lograba abrirla. Sus dedos aporretados hurgaban, insistían, se afanaban inútilmente, arracimándose a manera de pequeños chacales en torno a su víctima. Perdida la paciencia, masculló una palabrota y arrancó un botón a viva fuerza. No pasó de ahí. Un súbito tintineo de taza y platillo en el umbral del dormitorio lo obligó a retirar las manos bruscamente, como si las hubiera puesto por descuido en un rescoldo.

—La manzanilla.

Cacharrito clavó sus ojos, de suyo estupefactos, cuajados ahora de terror, en la blanca desnudez tendida sobre la cama. Sin cesar de disculparse, depositó la taza vaporosa junto al listón del zócalo y a escape emprendió el regreso a la cocina, se me figura a mí que abrumado por los más espantosos pensamientos y sospechas. Genaro Zaldúa me transmitió en voz baja su inquietud. Había que desembarazarse del cagueta, dijo, o implicarlo como fuese en el asunto. A mí, más que la importuna presencia de nuestro compañero, me preocupaba y atormentaba en aquel instante cierto secretillo que a todo trance me convenía celar, y era (peores cosas he hecho) que bajo el pantalón llevaba puesta la braga azul de seda que por capricho le hurté a Izaskun Ayestarán durante mi primera estancia furtiva en su piso. La prenda me quedaba holgada, de suerte que varias veces, en el transcurso de la fiesta, se me bajó

resbalando al sototrás y hube de acomodármela a escondidas. Ignoro por qué me la puse. Nunca perdí el tiempo en averiguarlo. Lo que sí sé y supe entonces es que antes de mostrarme con facha tan comprometedora renunciaría a mi parte del festín erótico.

Genaro Zaldúa me apremió con vivos ademanes para que lo siguiese. La muchacha se hallaba en ese instante tendida boca abajo, las fofas y pálidas nalgas en carne de gallina, y se arrullaba a sí misma al son de sus murmullos. Toda la luz de la lámpara parecía concentrarse con fruición en su desnudez desvalida. Abandonamos sigilosamente el cuarto y en la sala nos detuvimos a parlamentar. Genaro Zaldúa me preguntó al oído:

—¿Se te ocurre la manera de impedir que Cacharrito nos eche a perder la noche?

Conocía yo al muchacho lo suficiente para prever que costaría poco esfuerzo persuadirlo de que nosotros estábamos ayudando a Izaskun como buenos compañeros y de que la habíamos desnudado a ruego suyo, con el fin de ponerle el pijama. Sumido en un remolino de remordimientos, no sé si por haber pensado mal, pero desde luego por limitarse a preparar una manzanilla mientras los demás soportábamos la parte más dura y desagradable del auxilio, probablemente se soltaría a pedir disculpas, a reprocharse su pasividad, su poca diligencia, su falta de camaradería. Para obtener el perdón, se ofrecería como de costumbre a desempeñar algún cometido, no importaba cuál con tal que excediese a sus escasas fuerzas. Nosotros podríamos entonces alejarlo del piso, enviándolo con cualquier pretexto a una farmacia de guardia. De ese modo, él zurciría los descosidos de su conciencia y nosotros tendríamos paz y pista libre. Un repentino pensamiento me impuso, sin embargo, el cambio de estrategia. Considerando que las culpas, igual que las tartas, menguan con el reparto, le revelé a Genaro Zaldúa, en la esperanza de que reaccionase como lo hizo, que nuestro compañero me había confesado por la tarde su virginidad.

—¿Ah, sí? —dijo—. Pues ya va siendo hora de que la pierda.

Entramos a continuación en la cocina, donde la Tucán, sentada a la mesa, dormía con el rostro hundido entre los brazos. Sus cabellos endrinos se derramaban sobre la bandeja de las aceitunas, que, sobrepuestas en sucesivas capas circulares, formaban un cono perfecto. A su espalda, con delantal y en mangas de camisa, Cacharrito lavaba vajilla envuelto en el vapor del agua caliente y jabonosa que llenaba el fregadero. Genaro Zaldúa enristró tan desaladamente hacia el chaval que pensé se proponía golpearlo. Plantándose en jarras a su lado, con gruesa y severa voz le conmino a secarse las manos y a acompañarnos al dormitorio, ya que Izaskun, le espetó, no consentía en copular con nosotros si no lo hacía primero con él.

—Y apresúrate porque está a punto de dormirse.

A un tiempo se volvieron los dos a mirarme y confirmé. Esto viendo a Cacharrito petrificado de pavor al fondo de la cocina, con la mueca del que acaba de saber que antes de cinco minutos será irremisiblemente fusilado.

—Pero si yo no yo nunca... —balbucía.

Los ojos de Genaro Zaldúa, furiosos, prestos a lanzarme un chorro de lava, censuraban mi actitud de reserva, mi poca colaboración en la ruindad. No era difícil adivinar lo que esperaba y exigía que yo dijese y así, con palabras que pretendían sonar entrañables, reiteré lo que había dicho él de forma brusca: que Izaskun Ayestarán no nos entregaría su cuerpo si no le dábamos previamente el gusto de llevarle a Cacharrito para que lo gozase. No abrigo la menor duda de que éste sucumbió a la suavidad ponzoñosa, reptante, con que le hablé, y aunque más por resignación que por convencimiento, al fin determinó tener por primera vez en su vida trato carnal con hembra. Reconoció que el miedo lo atenazaba y que en esas condiciones creía imposible la erección. Luego, tras breve y caviloso silencio, mientras se voltaba el lazo del delantal, añadió:

—Se me ocurre una idea que someto a vuestro veredicto. Yo me tumbo en la cama, apagáis la luz y sin que Izaskun se dé cuenta uno de vosotros ocupa mi lugar.

—¡Pero Cacharrito! —se escandalizó fingidamente Genaro Zaldúa—, eso es engañar, eso es una repugnante traición a la generosidad de una buena amiga que en el día de su cumpleaños te ofrece su cuerpo, quién sabe si emocionada por ese poema del número 2 de *La Placa* donde dices: «En el amor asiento mi verdad».

—En el dolor —rectificó tímidamente Cacharrito.

—Es igual. Nunca, escucha, nunca te hubiera creído capaz de un vileza semejante. Me decepcionas.

Y en el apogeo de su grandilocuente cinismo, concluyó sudoroso, gesticulante, henchido de placentera y categórica indignación:

—Permíteme que te declare lo que pienso: eres un cerdo.

A continuación se volvió hacia mí, y guiñándome un ojo a hurtadillas, me ordenó comunicarle a Izaskun que ya podía ponerse el pijama, pues Cacharrito había resuelto por pura cobardía desairarla. La argucia produjo al instante el efecto apetecido, de suerte que sin haber dado yo el primer paso en dirección al dormitorio, se apresuró Cacharrito a suplicarme que me detuviera, y con muy dolidas y trémulas palabras rogó lo perdonáramos. Se dirigió después a Genaro Zaldúa en demanda del polvillo afrodisiaco, poniendo toda su fe en que obrara el milagro de procurarle el arrojito y deseo concupiscente que no tenía. Genaro Zaldúa le alcanzó la cajita que guardaba en un bolsillo de su casaca. El muchacho tragó dos pizcas del estimulante, y aun creo que llevaba propósito de tomar muchas más si no fuera porque de improviso la fortuna se compadeció de él, proporcionándole un buen pretexto para quedarse en la cocina por un tiempo que, a la postre, se habría de prolongar hasta el amanecer. Y fue que la Tucán, en sueños, zumbó un manotazo a la bandeja y la tiró. Una muchedumbre de aceitunas salarinas se desparramó por el suelo de la cocina. Cacharrito había comenzado a recogerlas cuando Genaro Zaldúa le preguntó si venía o no con nosotros a la cama.

—Iré en cuanto note que el polvo me hace efecto.

Allá lo dejamos, acuclillado en medio de un mar de aceitunas, con la muda

compañía de la muchacha ebria a la que no habían conseguido despertar ni el vozarrón de Genaro Zaldúa ni el estrépito causado por la bandeja metálica al caer. En la misma postura la encontré cinco minutos más tarde, cuando volví a la cocina en busca de agua que había pedido Izaskun y aproveché el paso por la sala para despojarme a toda prisa de la braga azul. Y le pregunté en camelo a Cacharrito:

—¿Qué, hermano, se te yergue la colita?

—No te lo vas a creer —me contestó con una ingenuidad impropia de persona adulta—. Te juro que no siento nada.

—Pues no te aflijas —le dije—, porque ya hemos terminado y ahora vamos a dormir. Hasta mañana, Cacharrito.

Regresé a la alcoba, que estaba a oscuras, con el agua que nadie habría de beber, cerré la puerta, puse el vaso en el suelo y a tientas me acosté. Una tufarada sudorienta, de ese sudor rancio que cuaja en las zonas menos oreadas de los cuerpos, me reveló que yo era el único que seguía vestido. Sentado al borde de la cama, me desnudé. La lluvia azotaba los vidrios de la ventana. De rato en rato, no sé cuál de los dos individuos que dormían en el suelo exhalaba una ráfaga de ronquidos. Tan pronto como advertí que los muelles del somier cesaban de rechinar, me monté sobre el cuerpo inerte y frío que yacía a mi costado y en silencio consumé mi gusto. De amanecida me despertaron unos grandísimos gritos y sollozos que profería Izaskun Ayestarán, desnuda en el centro de la cama, con las manos en la cabeza, donde le faltaba la trenza. Alguien debía de habérsela cortado mientras dormía. La buscamos con ahínco, primero por la alcoba, con ayuda de Cumbres Pustulosas, después por el resto de la casa, que Cacharrito había limpiado hasta dejarla tal que apenas quedaba rastro del formidable desorden de unas horas antes, con la única excepción del guiñol derrumbado, que no tocó por miedo a despertar al Reyecín del Monte Calvario. La trenza no apareció ni tampoco el desconocido que había pasado la noche debajo de la cama. Ninguno de cuantos al amanecer seguían en el piso, salvo yo, lograba acordarse de él. Cacharrito declaró que alrededor de las cinco de la madrugada, estando de fregoteo en el retrete, había sentido que alguien se marchaba de la casa. Lo estrechamos a preguntas; pero él no pudo más sino contar y repetir que sólo había oído ruido de pisadas. En vano confeccionamos una lista de sospechosos, en vano los telefoneamos y sacamos a algunos de ellos de la cama para inquirir, por medio de preguntas capciosas, dónde había dormido cada uno esa noche.

Cinco días duró el confinamiento que impusieron a Izaskun Ayestarán la rabia y la jaqueca; pasados los cuales, salió de casa para participar en los preparativos del número 2 de *La Placa*. Afirmó que daba por terminadas las averiguaciones, que no la habían llevado sino a malquistarse con una o dos amigas. Y como bromease y se mostrara igual de habladora que de costumbre, con temple para decir chanzas y aguantarlas, le preguntó Genaro Zaldúa:

—Por cierto, ¿cuántos años cumpliste el otro día?

Un anochecer de noviembre, volviendo todos juntos de la reunión en que el número 2 de *La Placa* quedó definitivamente listo para la imprenta, mis compañeros me arrojaron desde el puente de Santa Catalina al río. Sus reiteradas tentativas por convencerme de que no había existido mala fe, sino un deseo loco, pueril, de celebrar la concordia que de nuevo reinaba en el grupo, se estrellaron contra mi certidumbre de que tanto la bellaquería como el rosario de justificaciones que la siguió eran fruto de un plan preconcebido. El paso de los años no me ha hecho cambiar de parecer; aún pienso que fue un escarmiento o, por mejor decir, una conglobación de escarmientos ejecutados simultáneamente. El Pulcro, que desde la defunción de su abuela ya no me visitaba por las tardes, había estado por lo visto hablando mucho y mal de mí. Algunas insinuaciones al respecto, por parte de Rosa Benítez, me pusieron sobre aviso poco después de que Josu Ruiz y ella hicieran las paces con el grupo y se reconciliaran con Izaskun Ayestarán, que de la noche a la mañana se erigió en la principal valedora y aliada de ambos dentro de La Placa. Por desgracia, la gravedad de la advertencia no se me reveló sino cuando ya no cabía discurrir otro remedio que tratar de salvar la vida luchando contra las aguas pestilenciales del Urumea. Me tiraron entre todos, sin exceptuar (quién lo dijera) a Cacharrito, que desde el desastre de la *Soledad* participaba, como los demás, del convencimiento de que yo era un nadador experto. Supongo que los chismes del Pulcro Matallana acerca de mis presuntas actividades natatorias corroboraron aquella idea, de suerte que ninguno vislumbró, más allá del chapuzón jocundo, el grandísimo peligro a que me expusieron. La errónea presunción de que me movía en el agua con la destreza de un delfín indujo a Cacharrito a secundar la broma, en la inteligencia de que yo no recibiría daño y sería no tanto una víctima como la prueba de que los miembros de La Placa habían recobrado el espíritu lúdico y la predisposición a las diversiones colectivas de los primeros tiempos. Puede que le animara a pensar así el recuerdo de las travesuras de que él mismo había sido objeto en anteriores ocasiones. Las cuales, como se le figurase que fomentaban el buen entendimiento entre quienes se las gastaban, solía rememorarlas sin despecho; antes al contrario, agradecido de haberse hallado presente en este o el otro capítulo de la historia de La Placa, aun a costa de acabar con los fondillos empapados de mosto, perder una barca que ya no le pertenecía o sufrir indecibles escarnios y humillaciones. Todo lo daba por bien empleado si con ello hacía dichosos a sus amigos. Tengo para mí que aquel infausto atardecer de noviembre temió se le acusara de insolidario si no se prestaba él también a levantarme sobre el pretil y lanzarme a la fétida corriente. Tal vez supuso que yo acogería la broma con el mismo talante comprensivo que él al soportar las suyas. De sus equivocaciones de aquel día, ésta fue, con creces, la mayor. Y la pagó.

La tarde que solté los ratones en el piso de Izaskun Ayestarán, leí en su diario que Genaro Zaldúa había recabado de ella perdón por lo sucedido la noche de la fiesta.

Izaskun dedicaba un párrafo extenso a encomiar la sinceridad de su amigo, así como a congratularse de estar otra vez en buenos términos con él. Hasta se habían besado, en prueba de que, después de todo, seguían intactos entre ellos los viejos lazos de amistad. A continuación, sin duda influida por las habladerías del sincero, me declaraba «principal instigador y responsable de la cerdada». De este modo pude explicarme las razones del distanciamiento y antipatía con que me trataba ella por aquellos días que siguieron a su reclusión. Me describía como un «tipo acechante, astuto, quizá no tan avieso como afirma Genaro, pero del que efectivamente más vale no fiarse». No menos disgusto que esas líneas me causaron, al pasar la página, otras en que mi compañera se permitía un rasgo de piedad a costa de mi persona:

«Huérfano de madre, obligado a vivir, según me ha dicho el cachorrito, con un padre borracho y seguramente despótico, solos los dos en una casa triste y no muy limpia, deberíamos ser más comprensivos con el pobre chaval y entre todos ayudarle a que supere esa enorme incapacidad suya para hablar claro, para compartir sus pensamientos y sensaciones, pues no me puedo imaginar que no sienta nada. Yo le quiero y le voy a ayudar. Estoy segura de que Jo da en el clavo cuando afirma que Flakúas es, no un zamacuco, sino una persona con grandes problemas de comunicación, un cacto con las espinas hacia dentro».

Ya estaban muy adelantados los preparativos de la revista cuando murió la abuela del Pulcro, un lunes lluvioso. Don Raúl Matallana dispuso que el cadáver fuera trasladado a la casa, a fin de poderlo velar en familia hasta el día de la conducción al cementerio. Inflamado de placer maligno, contaba el adolescente las diabluras que perpetraba a escondidas: escenas, no sé si ciertas o inventadas, comparables a las descritas en los cuentos tenebrosos de Lovecraft, que él aseguraba leer sentado sobre la tapa del ataúd. Sea como fuere, se nos hizo saber que ya no podíamos reunirnos en la casa, por lo que no hubo más remedio que acudir con el bullicio y los papeles a otra parte. Cacharrito se apresuró a ofrecernos su piso, que era el que a mí más me gustaba, no sólo a causa de su comodidad, sino porque en él se nos atendía y agasajaba como no había esperar en ningún lado. Genaro Zaldúa pensaba de fijo en ello cuando argumentó en favor de la propuesta, abogando por que el Resti tomara parte en la elaboración de la revista, al fin y al cabo sólo posible gracias a su largueza. Pero imbuidos de buenos deseos hacia el grupo, terciaron Josu Ruiz y Rosa Benítez y a petición suya el apartamento de la calle de Zabaleta se convirtió, como en tiempos pasados, en el lugar de nuestra reuniones. Allí acabamos de confeccionar el número 2 de *La Placa*, de allí salimos a celebrarlo aquel anochecer de noviembre en que fui arrojado a las aguas inmundas del Urumea.

Las sesiones de trabajo discurrieron en un ambiente de insólita concordia. Fueron tardes de gestos corteses, de elogios recíprocos, de chistes inocuos; tardes presididas por una voluntad unánime de respeto y tolerancia, como raras veces se había visto

entre los miembros de La Placa. Apenas surgía, al hilo de la conversación, un conato de discordia, rápidamente los que en otras ocasiones se hubieran enzarzado en una feroz esgrima de insultos y sarcasmos, proclamaban el yerro propio y daban la razón al compañero. Al principio recelé, presumiendo que aquella tregua de lobos no duraría; pero duraba y, poco a poco, le fui tomando gusto. Llegado el momento de presentar mis versos para la revista, los leí persuadido de que a continuación me lloverían objeciones y malas críticas. La sorpresa no pudo ser más agradable. Todos mis poemas recibieron alabanzas y fueron admitidos sin reservas. ¿Cómo dudar de que la paz reinante entre los componentes del grupo se asentaba sobre cimientos sólidos? Confiadamente me dejé llevar por el raudal de buenas maneras y acabé en el otro de aguas residuales.

Aceptar el apartamento de Josu Ruiz como lugar de trabajo supuso la admisión tácita del séptimo miembro que tuvo La Placa. Nadie pidió ni anunció el ingreso de Rosa Benítez; simplemente se dio por hecho. La primera tarde se limitó a oficiar de anfitriona, con una sonrisa invariable que parecía grabada a cincel en un rostro de piedra. Servía el té, cortaba rodajas de limón, iba, venía, y entre una y otra actividad, de pie junto a la ventana, observaba a los circunstantes en silencio: al Pulcro, encargado de las tareas mecanográficas; a Josu Ruiz, que no bebía otra cosa que agua mineral; a Izaskun Ayestarán con *Mitia* en el regazo; a Cacharrito, cuyos estertores servían de contrapunto a *Los Planetas*, de Holst, que escuchamos repetidamente; a Genaro Zaldúa, que componía las páginas y llevaba la voz cantante, y a mí, que no paraba de callar. Se dijera que Rosa Benítez, al mantenerse tan ostensiblemente al margen, trataba de demostrarnos su voluntad de no interferir en las deliberaciones. Después de todo, la literatura despertaba en ella un interés reducido, que se trocaba en repulsa a poco que el espíritu de la letra discrepase de su particular ideal político. Esto no lo ignorábamos nosotros y por eso, la primera tarde, a ninguno sorprendió que ella pareciera conformarse con un papel secundario dentro del grupo. Al fin de la reunión, cuando nos poníamos los abrigos, rehusó con su voz larga y cadenciosa un ofrecimiento de Izaskun Ayestarán, que pretendía suprimir la página en euskara (tributo impuesto por la dualidad lingüística de nuestra tierra y aceptado por mis compañeros en virtud de razones meramente estratégicas) para ponerla a disposición de Rosa Benítez. Alegó ésta que lo suyo no eran los cuentos ni la poesía. Ahí quedó la cosa, al menos por esa tarde, la misma en que, aprovechando que nadie nos oía, me dio a entender que el Pulcro me traicionaba y me intimó a que cesase de incitar a su novio a la bebida; lo cual dijo con mucho enfado, que yo supongo fue la causa de que días después se confabulara con los demás para tirarme al río.

La segunda tarde fue Josu Ruiz quien llevó en peso los menesteres de la hospitalidad. Más voluntarioso que práctico, preparó un chocolatillo aderezado con pinole y harina de centeno. Se conoce que últimamente les había tomado afición a las cazuelas, y no sin una punta de orgullo mencionaba varios éxitos gastronómicos recientes, entre ellos un sapo en salsa que al parecer dejó admirados a sus

comensales. Lejos estábamos nosotros de maliciar entonces dónde y con qué objeto aprendía las recetas, hasta que un día, a poco de ser publicada la revista, saliendo del apartamento vimos que Rosa Benítez introducía una llave en la cerradura del piso de abajo. Izaskun Ayestarán husmeó en los entresijos del misterio y antes de acabar noviembre, cuando señales poco halagüeñas hacían augurar el fin del periodo de armonía y fraternidad y en el diario Rosa Benítez volvió a ser la Mulata, nos reveló, con media cara mustia y media crispada por la risa, el increíble descubrimiento a que había conducido su averiguación:

—Les ha regalado el piso y les ayuda en los quehaceres domésticos.

El soconusco resultó un engrudo indigestible que, no obstante, hizo las delicias de Genaro Zaldúa. El chocolatómano despachó una taza tras otra y al final rascó el perol con la cuchara de palo, hasta que ya no hubo pella ni churrete con que relamerse. A su lado, callada, Rosa Benítez seguía con atención las diversas intervenciones y lecturas. De rato en rato hacía escuchitas con Izaskun, o por mejor decir ésta con ella, pues las más de las veces mantenía Rosa Benítez la cabeza erguida con hierática tiesura mientras la otra le picoteaba susurros al oído. Ignoro en qué paraba la incesante secretina; pero, en cualquier caso, no había duda de que las dos muchachas estaban bien avenidas por aquellas fechas. Al cabo de uno de tantos cuchicheos, formuló Izaskun Ayestarán nuevamente su propuesta de poner a disposición de Rosa Benítez la página destinada al texto en euskara, que Genaro Zaldúa había sacado al azar de un folleto sobre deportes vascos, humorada a la que el Pulcro había añadido, a guisa de acompañamiento gráfico, una imagen de judíos en el campo de concentración de Auschwitz. La aludida guardó silencio, en espera de que los demás nos pronunciásemos acerca de aquella proposición que ella misma había rechazado la víspera. El cambio, admitido por unánime callada, tropezó de pronto con un serio inconveniente, al descubrir el Pulcro un fallo en la paginación de la revista; y era que por descuido de Genaro Zaldúa había dos hojas con el número 8, correspondientes ambas al fragmento de *Un hombre sin posguerra* que yo había seleccionado por indicación y deseo de Josu Ruiz. De ese modo, la revista contenía una página más de las dieciséis pagadas por Restituto a la imprenta. Entre estertores asmáticos, el de siempre se apresuró a renunciar a las suyas. El granizo de protestas no lo disuadió. Abroquelado en su tozudez de acero, se empecinó en que él no había de publicar. A su alrededor crecía el barullo. De pronto, acallando con su magia eufónica el revuelo de voces, sonó, serena y suave, la de Rosa Benítez.

—Tú conservarás las dos páginas que te pertenecen.

Callaron todos a un tiempo y Cacharrito hizo una mueca ostensiva de sumisión para manifestar que se daba a partido. La revista entera fue rehecha conforme al criterio de Rosa Benítez. No recuerdo una sola sugerencia suya que no fuera inmediatamente admitida por mis compañeros, cuya docilidad llegaba en ocasiones al extremo de arrebatarse unos a otros la palabra para inquirir el parecer de ella sobre cualquier cuestión que acabase de surgir. Me sublevé callando y Rosa Benítez lo

notó. Ni una sola vez, en el curso de esa y de las tres reuniones posteriores, me dirigió la palabra; sí, en cambio, esporádicas miradas cuajadas de tenso desdén, anuncios de la represalia que no tardaría en consumarse; aunque, en honor a la verdad, he de decir que ni siquiera cuando pusimos el primer pie sobre el puente de Santa Catalina tenía yo la menor sospecha de lo que me aguardaba. Por consejo de Rosa Benítez accedió Genaro Zaldúa a cambiar el dibujo de la portada. A ella se debió también la supresión del texto en euskara, con la estampa macabra de Auschwitz, así como una carta apócrifa de André Pieyre de Mandiargues al Pulcro, que éste había garabateado con unos trazos lo suficientemente indescifrables como para que nadie reparara en su precario dominio del francés. Poco le costó a ella, al poder persuasivo de su hablar pausado, conseguir que Cacharrito le cediese una de sus páginas, donde incluyó un alegato sin firma contra la Alianza Atlántica; el cual, andando el tiempo, descubrimos había sido copiado de un panfleto electoral del Partido Comunista. Hasta el tipo de letra fue elegido a gusto de la muchacha. Por complacerla le dedicó Izaskun Ayestarán uno de sus poemas; por complacerla nos abstuvimos todos de fumar durante las reuniones en el apartamento; por complacerla, y nada más que por complacerla, aceptamos que la revista se editase con el nombre de *La Plaka*, ridícula estratagema encaminada a compensar la falta de escritos en lengua vasca dentro de sus páginas. No fue, en fin, su triunfo más pequeño apropiarse de un tercio de la edición para distribuirla gratuitamente, desde no sé qué oficina, a los militantes del partido. Para celebrar todo lo cual salimos del apartamento un anochecer de noviembre, con rumbo a los bares del centro de la ciudad. En el puente de Santa Catalina me agarraron los seis por sorpresa, sin que mediara entre ellos palabra alguna, sino como cosa que traían de antemano convenida. Caí al río desde una altura de siete u ocho metros. Al punto comencé a bracear y apuñear desesperadamente el agua hedionda, convencido de que aquellas acciones dictadas por el pánico eran las últimas de mi vida. En esto me vi debajo del puente y allá mismo, al amparo de la oscuridad, puse por obra mi primera venganza. Ya había perdido las esperanzas de salvarme, si es que en algún momento tuve alguna, cuando de pronto noté que hacía pie y que, erguido, el agua apenas me cubría hasta la cintura. No me costó ganar las piedras que sobresalían junto a la base de uno de los pilares, donde permanecí tiritando de frío tanto tiempo como juzgué conveniente para hacer creer a mis compañeros que me habían matado. Una voz, entre los ruidos del tráfico me llamaba pitorreándose. Bajo su timbre gutural, atenuado por la distancia, me pareció entreoír el eco de una voz más fina: la de aquel niño escuálido y desvalido a quien, años atrás, yo me complacía en arrojar de vez en cuando a las aguas de otro río pestilente. Y al poco rato ya no oí nada.

El cebo, o los mataba al instante, o los dejaba tan maltrechos que se me morían desangrados dentro de la talega. Yo los necesitaba vivos y por eso discurrí una trampa consistente en una caja de cartón sin fondo, apoyada por uno de sus bordes en un palito. Había anudado a éste un hilo; tiraba de él y la caja se venía abajo. No tardó en acercarse a la artimaña el primer ratón. Lo vi salir cautelosamente del ovillo de cuerda; avanzaba a pasitos, deteniéndose de trecho en trecho para olisquear el aire. Al fin enristró hacia el cebo y quedó atrapado; pero, apercebido para la fuga, no bien levanté un poco la caja por cogerlo, arrancó a correr y en un santiamén desapareció entre los cachivaches apilados junto al tabique. Tuve más cuidado con el siguiente, y en buena hora, pues se defendió tirándome una dentellada, que no me alcanzó porque aparté la mano a hurta cordel, circunstancia que el feroz animalillo aprovechó para escaparse. En vista del malogro resolví cambiar de método. Con ese fin ideé unos cuantos artilugios, que después de numerosas tentativas y probaturas resultaron tan poco manejables como inútiles. No me desanimé, persuadido de que tarde o temprano mi perseverancia obtendría fruto. Así ocurrió. Con tres listones trabados a manera de horca, confeccioné un armadijo semejante a una *u* tendida, en cuyo interior se albergaba la carnada. Los dos largueros estaban rematados en sendas escarpías, de cada una de las cuales partía un hilo de pita. Estos pasaban por debajo de la puerta al pasillo del sótano, donde a intervalos de media hora yo les sacudía un fuerte tirón. De este modo, al adosar de golpe la trampa a la puerta, no había abertura por la que las presas pudieran escaparse. El problema, al principio, es que tampoco había presas ni señales de ratonaduras en el corrusco. Supuse que el cebo no les gustaba y lo cambié, como también cambié la hora de caza. El éxito rebasó mis previsiones. Amparados en la oscuridad, los roedores acudían a pares a mordisquear las pencas de acelga. Yo interrumpía la lectura de mi libro cada media hora, bajaba al sótano y, sin encender la luz, tentaba el suelo hasta encontrar los hilos de pita. Al tirar de ellos, la trampa golpeaba con estrépito las tablas de la puerta. Se abría ésta hacia dentro, de forma que empujándola con suavidad arrastraba consigo los tres listones. El cerco, así, no se deshacía y era fácil agarrar las presas con las pinzas de ensalada. Al filo de la medianoche había capturado catorce. Después, el sueño y la fatiga me hicieron perder la cuenta; pero aún seguí cazando hasta el amanecer. Para entonces, más de veinte ratones bullían en el fondo de la talega. El número no sé de fijo ni me tomé la molestia de averiguarlo, pues sólo me importaban que no fuesen pocos, como no lo fueron. De paso conseguí ahorrar nuestra ración del matarratas, que el ayuntamiento había suministrado a los vecinos a fin de ayudarles a combatir aquella plaga que todos ellos estaban unánimes en achacar a la suciedad reinante en nuestro choco.

Pasé la mañana dormido sobre mi viejo sofá verde, donde tuve un sueño que no he olvidado. Me arrastra la corriente impetuosa de un río ancho, legamoso, cribado de remolinos. A mi lado flotan ramas, troncos y alguna que otra res cediza de panza

hinchada. En vano trato de vencer la violencia de las aguas. Menguan mis fuerzas y con creciente ansiedad compruebo a cada momento que la vegetación lujuriente de las orillas permanece siempre igual de lejana. Al fin llego a un lugar infestado de serpientes, donde el caudal se remansa. Largos y flexibles tubos vivos se desenroscan en los arenales y con presteza se sumergen en el agua. De todas partes se acercan a mí docenas de pupilas escrutadoras, cuya inmovilidad diabólica parece de continuo acrecentada por contraste con la nerviosa sacudida de los réspedes. De pronto percibo que las serpientes cuchichean, sí, cuchichean unas con otras y sueltan risitas sin dejar de mirarme. Por lo visto hay algo en mí que las divierte. Pasado un rato, la mayor y más torva de todas abandona el populoso corro, llega y se me encara. A escasos centímetros de mi rostro veo abrirse la horrible boca rosada en que despuntan los dos colmillos. aguardo con pavor la mortífera mordedura; Pero lo que recibo es otra cosa: un eructo colosal que provoca una gran burbuja dentro del agua, a la que acto seguido se suman los borbollones ocasionados por las risotadas en que prorrumpe a un tiempo la muchedumbre de ofidios.

En ese instante me despertó una especie de voz envuelta en una hedionda bocanada de vino repuntado. Entendí tan sólo el final de su pregunta: ¿... algo para comer? Y contesté que no.

—Tranquilo, hijo, tranquilo. Me abriré una lata de sardinas. Aunque en realidad no tengo ni gorda de hambre. Tranquilo, hijo.

La víspera le había declarado mi determinación de dedicar la noche al exterminio de ratones. El padre encontraba plausible la idea y me lo manifestó con su habitual servilismo que cada día me resultaba más fastidioso. Algunos vecinos lo habían parado en las escaleras para increparle. Le achacaban la plaga de roedores. Últimamente me había parecido advertir que sufría apagones de la memoria, y por eso, y porque además ya estaba borracho a las tres de la tarde, cuando me despertó, no le creí capaz de recordar lo que le habían dicho el día anterior, pero lo recordaba.

—¿Cuántos saguchos han caído? —preguntó, supuse que no tanto por curiosidad como por deseo de moverme al diálogo.

—Bastantes, pero aún quedan más. Encontrarás abajo lo que me ha sobrado del veneno. Esta tarde te toca a ti.

Tenía la boina calada, vinosas las facciones, la barba entrecana de tres días y un destello lacrimoso, bobalicón, en las pupilas. Por aquella época empezaba a beber de mañana: bebía nada más levantarse, seguía bebiendo en la fábrica y al término de la jornada laboral regresaba a casa tambaleándose y sin hambre. Los domingos, a causa de las visitas de la Petra, que lo obligaban a moderarse, eran una tortura para él. A la tarde, cuando se iba su hija, se asomaba él a la ventana para verla desaparecer con su coche por la curva; después bajaba al sótano, donde, bebiendo con avidez, aplacaba en pocos minutos el temblequeo que le producía la abstinencia.

A las cinco llamé a Izaskun Ayestarán desde una cabina telefónica situada en las inmediaciones de la catedral. En cuanto dijo diga, colgué. Tal era, de un tiempo a

aquella parte, mi forma de averiguar si se hallaba en casa. Al cabo de una hora de vigilancia en mi escondrijo de costumbre, la vi salir. No estaba sola. Una vez fuera del portal, tomó del brazo a Josu Ruiz y así enlazados echaron a caminar calle adelante, seguidos de cerca por Rosa Benítez, que iba ojeando un periódico. Se detuvieron unos segundos ante el escaparate de la óptica. Después, frente al mercado de San Martín, compraron un cucurucho de castañas asadas; comiéndolas, atravesaron la avenida y enseguida se perdieron por una de las entradas del aparcamiento subterráneo de la plaza de Cervantes. Entonces me volví.

Llevaba intención de soltar unos ratones acá, otros allá; pero en la primera habitación, apenas abrí la talega, saltaron tantos al suelo que determiné liberar a todos de una vez, y era ésta la habitación en que Genaro Zaldúa lanzó el calzoncillo por la ventana la noche de la fiesta. Los ratones corrieron en cómica dispersión, entrecruzando sus trayectorias, rápidos unos, otros indecisos y aturdidos, hasta que al fin se ocultaron todos bajo los muebles. Sólo restaba firmar la venganza. Con ese propósito lancé un escupitajo al suelo, conforme al ritual previsto en mis planes. Me dirigí a continuación al dormitorio de la muchacha. Ojeando su diario, me enteré de las ruines inculpaciones de que escondidamente me hacía objeto Genaro Zaldúa, así como de la poca estima que me profesaban los compañeros. Mi enojo, muy grande desde que días atrás fui arrojado al río, subió de punto entonces, llenándome el pecho de brasas. La ira me ofuscaba de tal modo cuando salí del piso que olvidé la talega sobre la cama de Izaskun Ayestarán. Lo advertí en la calle y regresé.

Al cabo de media hora, al enfilear la calle de Corsarios Vascos, noté que mi coraje disminuía y que ya no era la llamarada del odio la que provocaba aquellas punzantes palpitations dentro de mi pecho, sino el temor, el puro e indomitable temor que al mismo tiempo entorpecía mis pasos, haciéndolos cada vez más cortos. Forcé, con ánimo de envalentonarme, el recuerdo de la poca y mala vista de la mujeruca. Como medida precautoria, me acercaría a ella por su izquierda, según lo había determinado la víspera al leer en una revista especializada en enfermedades neurológicas que las personas mayores, a causa del natural desgaste de su cerebro, pierden más rápidamente por ese lado sus capacidades perceptivas. Entre mí me dije que no había razón para temer. Genaro Zaldúa se hallaba, además, ausente de la ciudad. Ninguno de mis compañeros tenía noticia de a dónde había ido ni por cuánto tiempo, aunque todos ellos coincidieron en suponer que andaría buscando amigos por los salones de cultura y las cafeterías de Madrid. Se deja imaginar cuánto me aliviaba, momentos antes de poner por obra mi venganza, la certidumbre de que quedaba descartado un encuentro fatal con él dentro de la tienda.

Desde la calle vi a la mujer traspuesta en su sillón de mimbre. Entre sus piernas, el gato se lamía placenteramente el pelambre. Sonaba la radio, como de costumbre, a todo volumen encima del mostrador. La soledad e indefensión de la vieja me infundieron confianza; pero no entré en el local cochambroso, saturado de rancio dulzor, hasta que el recuerdo del río hediondo y de los no menos hediondos renglones

del diario reavivaron en mi mente el torbellino de rencor de los últimos días y me confirieron la valentía necesaria para trasponer finalmente la puerta y llegarme a la víctima de mis designios con la firme resolución de propinarle una mano de bofetadas. Y ya estaba a punto de caer sobre ella, cuando abrió los ojos, que, dilatados por las lentes, parecían escudriñarme desde el fondo de una sima negra de estupor. Me detuve en seco, dudando entre preguntar por Genaro Zaldúa o comprarle alguna chuchería y marcharme de inmediato. Opté por lo primero, receloso de que la vieja me hubiese reconocido.

—Usted viene por lo del premio de mi hijo, ¿verdad?

El tono afable, sereno, de su voz me desarmó. Pero no fue ésa la única causa que me indujo a desistir de mis violentas intenciones, sino, con mucha más fuerza, la repentina curiosidad que me produjo la palabra «premio». Concebí una sospecha tan acuciante como el prurito de dilucidarla.

—Yo con quien quiero hablar —dije— es con don Genaro Zaldúa

—¿Usted es del periódico?

Asentí sin vacilar, persuadido de que el embuste me abriría las puertas del secreto.

—Pues sepa usted que mi Genarito se marchó ayer a Zaragoza para cobrar el premio. Vuelva usted mañana por la tarde y podrá hacerle la entrevista, porque como me tiene que empaquetar las palomitas, pues ahora servimos palomitas a un bar de aquí al lado, ¿sabe usted?, pues estará de vuelta, así que venga usted mañana porque mañana ya estará.

Le di promesa de volver al día siguiente. El juego me divertía y agregué:

—Mi director está empeñado en publicar la noticia antes que llegue a conocimiento de los otros periódicos. ¿Le importaría declararme cómo se llama el premio que ha ganado el señor Zaldúa?

Bajó la mirada hacia el gato, como si esperara que éste le soplase la respuesta.

—Eso sí que no lo sé —dijo—, pero Genarito me ha contado que era una cosa de mucha importancia.

—¿Y sabe usted a cuánto asciende el importe del premio?

De nuevo dirigió una mirada interrogativa al gato antes de contestarme.

—Pues debe de ser mucho, porque precisamente me estaba Genarito venga decir: mamá, con lo que cobre me arreglaré la dentadura, que buena falta le hace al pobre, así que debe de ser un buen pellizco. Vuelva usted mañana, mi hijo le contará.

Dispuesto a seguir tirando del hilo, y tras prometerle por segunda vez que al día siguiente vendría a la tienda, le rogué me proporcionase para mi artículo algunos datos de la vida de don Genaro.

—¿Qué le podría yo contar? Pues es un chico excelente, muy trabajador, eso sí, y bueno como él solo. Me ayuda horrores, pero no crea, las golosinas no dan para lujos, y por eso yo la alegría más grande que tengo es que Genarito se me ponga a ganar dinero con lo que escribe.

—Refiérame, por favor, vicisitudes concernientes a la infancia de su hijo.

—¿Lo qué?

—Que me cuente algo de cuando don Genaro era niño.

Me miró sorprendida.

—Pues una niñez normal, como la de todo el mundo.

La estreché a preguntas que ella no supo responder sino con gestos de perplejidad y generalidades. Harto de aguantar consultas oculares, el gato se escabulló hacia la trastienda. Mi asombro crecía por momentos. Llevábamos cinco minutos a vueltas con la infancia de Genaro Zaldúa y la vieja, que se mostraba francamente comunicativa, aún no había hecho una sola mención de detalles y episodios concretos. Mis indagaciones parecían haber llegado a un callejón sin salida cuando le pregunté:

—¿Dónde vivían ustedes entonces?

—Pues dónde íbamos a vivir. Aquí, en Amara.

Al pronto pensé que me mentía, aunque su aire de pasmo candoroso no corroboraba en absoluto mi sospecha. Luego me dije: si no me ha reconocido, ¿de qué le sirve la mentira? Y si sabe quién soy, ¿cómo se atreve a mentir, sabiendo que no es posible engañarme? Decidí cortar por lo sano:

—Yo vivo en Illarra-Berri. ¿Sabe usted dónde cae Illarra-Berri?

—Pues no.

—¿No?

—No, señor.

—¿Seguro que no?

—¿Cómo ha dicho usted que se llama ese pueblo?

—Illarra-Berri. No es un pueblo, es un barrio, partido por la carretera que conduce a Igara.

Mirándola de cerca al rostro, para vigilar la mínima reacción de sus facciones, concadené una ristra de referencias: la ermita del Ángel de la Guarda, el río de aguas lechosas, el bar José Mari, el frontón, el taller de carrocería y, finalmente, la casona donde ella había vivido largos años. No se inmutó.

—Perdóneme usted —dijo—, es que una se pasa el santo día encerrada entre cuatro paredes, y lo que no sean las calles del barrio, para mí es ya el extranjero. Conozco Eguía, donde el cementerio, eso sí conozco, pero lo que dice usted no.

De este modo descubrí que la memoria de la mujeruca era un libro al que le habían arrancado las cincuenta o cien primeras páginas. Poco más hablamos y ese poco volvió a demostrar que un largo capítulo de su pasado había desaparecido por completo de su mente. Le tendí sutiles trampas dialécticas y le formulé preguntas oblicuas con el fin de que se contradijese; pero una y otra vez mis empeños se estrellaron contra el sólido muro de su amnesia. La vieja abrigaba la certidumbre de haber residido toda la vida en Amara. Aunque atinó recordar el nombre del colegio a que acudía Genaro Zaldúa de niño no supo explicarme por qué razón se hallaba éste

inscrito en uno tan lejano de su actual vivienda. Le solicité después una fotografía de su hijo para el periódico. Se levantó con sorprendente agilidad y tomó una billetera de cuero ajado que guardaba dentro de la caja registradora. Sentada de nuevo en el sillón, sacó varias fotografías y me permitió elegir una. Al hacerlo se le cayó sobre el regazo otra amarillenta, de orla festoneada, en la que reconocí enseguida a Pichablanda con sus pantaloncitos cortos, las piernas esqueléticas y el peinado dominical que más parecía obra de lamedura que de peine. No resistí la tentación de pedirle que me contara algo sobre aquella imagen antigua y, en especial, sobre un monte que al fondo se vislumbraba. La mujeruca acercó los ojos cegatones a una estampa del Sagrado Corazón; pero enseguida notó el yerro y dirigió la mirada a la fotografía.

—Ah pues sí, pues sí, aquí tengo una de cuando mi Genarito era chiquitillo. Entonces, en Amara, había mucho campo.

—Gracias, señora. Ya tengo bastante.

—¿Volverá usted mañana?

—Volveré y entrevistaré al gran cuentista.

Estreché a mi pesar la mano que me tendía, una masa amorfa de carne pegajosa y dedos tumefactos, y salí. Caminando por la calle embarrada, recordé con una mezcla de indignación y de placer maligno vituperios antiguos y recientes de Genaro Zaldúa contra los concursos, sus miradas abrasivas en son de advertencia para el caso de que algún miembro de La Placa sucumbiera a la tentación de tomar parte en semejantes farsas, sus risas estentóreas con que más de una vez festejó los chistes del Pulcro Matallana sobre ganadores de contiendas florales. Y también recordé la tarde en que le oí afirmar que compartía el odio y asco de Josu Ruiz a los concursos, y cómo uno y otro alegaron inmadurez para defenderse de la réplica maliciosa del Pulcro, que no había olvidado que ambos se conocieron a raíz de un triunfo literario.

Impelido por la urgencia de lavarme la mano con que acababa de tocar la de la mujeruca, entré en un bar próximo a la tienda de golosinas. De pie junto a la barra, despaché tres cañas seguidas, mientras discurría la forma de airear el gatuperio de Genaro Zaldúa sin que ninguno conociese la identidad del informante. Barajé diversas opciones; pero todas ellas tropezaban con un mismo y grave inconveniente, que hacía, si no imposible, muy difícil la venganza. Las revelaciones de la vieja no daban para una denuncia con todas las de la ley. Cierto que había hablado mucho; pero, en definitiva, ¿qué me había contado? Por desgracia no lo suficiente como para que yo me formase una idea cabal del asunto. Cuanto más pensaba en ello, con más fuerza iba ganándome el convencimiento de que me convenía desplazarme sin tardanza a Zaragoza. Haría el viaje en el día: saldría por la mañana, visitaría una hemeroteca y al atardecer estaría de vuelta en casa con los datos que había ido a buscar. Entre mí me dije, a tiempo de apurar la última caña: llegó tu hora, Pichablanda, ya vas a ver cómo dentro de poco cualquier sitio en que te sientes, sea una silla, un sofá, un banco público, el suelo o una piedra, será para ti un banquillo de

acusado. Y absorto en estas cavilaciones y urdimientos, saturado de gases de cerveza, salí a la calle, donde me sobrevino una gana muy grande de regoldar. Entonces, como el fulgor súbito de un rayo, se iluminó en mi mente el recuerdo del sueño de la mañana; entreví el río legamoso y el círculo de ofidios, sus cuchicheos y carcajadas, y aún seguían relampagueando en mi pensamiento retazos de imágenes soñadas, cuando entré en la tienda y a bocajarro descargué en el rostro de la mujer un recio eructo que la dejó pasmada. Escupí al suelo y, tan rápido como había venido, me marché.

Varias críticas en los periódicos locales celebraron la publicación del número 2 de *La Placa*. Como de costumbre, las recorté para el archivo. Todas ellas coincidían en el tono guasón, signo patente de simpatía, pero también de que no se nos tomaba poco ni mucho en serio. Josu Ruiz se emberrinchó hasta el punto de jurar que en adelante sólo participaría en acciones capaces de poner a las fuerzas de seguridad en estado de máxima alerta. Tampoco a los demás gustó el paternalismo con que todos los reseñistas sin excepción juzgaban nuestra obra. Este nos tildaba de «semillero de promesas literarias», aquél se envanecía de habernos dispensado ya su aplauso con anterioridad, y unos y otros lastraban sus encomios por la vía de adosarles, o delante o detrás, vocablos (juventud, primicia, novel) a cual más desdorado para un artista. A Rosa Benítez aquellas recensiones se le figuraban argucias tramadas por la sociedad burguesa con el objeto de atraernos al redil. Postuló, en consecuencia, la entereza ideológica a ultranza, a su modo de ver la única estrategia que nos preservaría de ser transformados por las clases privilegiadas en ruseñores del poder vigente y corifeos de las masas populares conformistas. Y concluyó, en olor de militancia, con una especie de frase proverbial:

—Temen nuestra fuerza, por eso alaban nuestra debilidad.

El *Diario Vasco* publicó, además, en su sección de Cartas al Director, una extensa misiva en la que *La Placa* era objeto de encendidísimos elogios, rayanos en la idolatría, tan inverosímiles como el nombre de quien los firmaba, un tal Rigoberto Wright Cascabanella. El estilo pomposo, la prosa laberíntica, sarpullida de locuciones inusuales, y una a modo de zumba soterrada a costa de la poesía y los poetas, delataban con no poca claridad la mano ejecutora de Genaro Zaldúa, y aunque él negaba tajantemente ser autor de aquel escrito en el que, no está de más declararlo, su cuento recibía las mayores alabanzas, determiné que en el archivo figurase como suyo y así ha quedado.

Por esos días apareció también en los periódicos una nota del Pulcro Matallana. En ella se rogaba amablemente a los ciudadanos que se abstuvieran de seguir bloqueando los teléfonos de nuestra oficina, pues ya la jefatura de *La Placa* había cursado orden de sacar una tercera edición de la revista, de forma que a partir del 1 de diciembre, las personas interesadas en adquirir algún ejemplar de la misma podrían hacerlo sin dificultad ni agobios en los puestos de venta habituales. Prometía una tirada grande, en previsión de que no se agotase con tanta rapidez como las anteriores. Me dijeron que el mensaje había sido asimismo difundido por radio.

La verdad fue bien distinta. Un vendedor de prensa llamado Justo, que tenía su quiosco al comienzo de la avenida de la Libertad, según se viene de la playa, por razones que sólo él sabría, compró, pagándolos a toca teja, los cerca de sesenta ejemplares que habíamos previsto distribuir en la ciudad. Durante varias semanas las revistas permanecieron expuestas sobre la mesa, al aire libre, junto a un sinfín de

publicaciones diferentes que el buen quiosquero, en los días de lluvia, protegía con un plástico. A menudo acudíamos allá a comprobar cuántos números habían sido vendidos; el resultado, descorazonador, siempre era el mismo: nadie adquiriría nuestra revista. Molesto por ello, Genaro Zaldúa comenzó a robar ejemplares y en breve tiempo reunió un buen montón que le fue admitido en otro quiosco de la misma calle, de donde oí decir que también se los fue llevando poco a poco.

Algunos librereros afincados en las provincias vecinas aceptaron poner a la venta revistas nuestras, a condición de que no les mandáramos demasiadas. Estuve presente en la estafeta de correos la mañana que consignamos los paquetes, nervioso lo mismo que mis camaradas y tan seguro como ellos de que nos halláramos a las puertas de la gloria. Semanas más tarde recibimos la notificación de ventas, junto con los ejemplares que en ese tiempo no hallaron comprador. Cinco se vendieron en Bilbao, dos, respectivamente, en Pamplona, Vitoria y Estella y ninguno en Burgos. A fines de invierno, Genaro Zaldúa persuadió a Cacharrito para que lo llevara en su coche a cobrarlos, aun a sabiendas de que no recaudarían ni para amortizar una parte de la gasolina. A su regreso, Genaro Zaldúa vaticinó despechado que llegaría el tiempo en que los bibliófilos se desviviesen por poseer los números de *La Placa*. La verdad es que han transcurrido bastantes años desde entonces, se esfumó nuestra juventud y hasta ahora, que yo sepa, no se ha cumplido la profecía en parte alguna del planeta.

Otra forma de distribución del número 2 de *La Placa* nos reportó mayores satisfacciones y provechos. Josu Ruiz había logrado agenciarse, por mediación de un conocido suyo, de nombre Maraña, redactor de la revista *Kantil*, una runfla de señas correspondientes a una veintena de publicaciones literarias que se editaban en diversos puntos de España. A cada uno de los responsables de las mismas mandamos un ejemplar de la nuestra, con una nota adjunta en la que planteábamos la posibilidad de una recíproca colaboración. Pasó el tiempo y con él lo que restaba de aquel año de 1979, y por enero del siguiente, cuando ya teníamos el asunto echado en olvido, empezaron a llegarnos revistas por correo, en correspondencia por aquel envío nuestro de mes y pico atrás. Con gusto verificamos que varias de ellas registraban el número 2 de *La Placa* en sus índices de libros y publicaciones llegados a la redacción. A las revistas siguieron pronto poemas y relatos remitidos por particulares ansiosos de que sus obras fueran editadas; lo cual, dicho sea de paso, nos daba ocasión de mucha juerga, pues de cuantos escritos venían a parar a nuestra manos hacíamos nosotros burla, aun cuando no tuviesen mala traza, que de todo había. Textos míos y de mis compañeros aparecieron el año 1980 en revistas de Valencia, Tenerife y Valladolid, como compensación por la promesa, jamás cumplida, de que obtendrían idéntica fortuna en el siguiente número de *La Placa* los escritos de quienes tan generosamente contribuían a la fama y difusión de los nuestros.

Por las fechas en que los periódicos reseñaron el segundo número de *La Placa*, concertó Genaro Zaldúa una cita con una reportera que tenía encargo de entrevistarnos para el diario vespertino *Unidad*. Comoquiera que la mujer confesase

por teléfono su total ignorancia a nivel, dijo, de vanguardismo (corriente en la que según sus referencias se incluía nuestro grupo), la persuadió Genaro Zaldúa a que dejase a nuestra elección y criterio el cuestionario, que le entregaríamos respondido y, por supuesto, mecanografiado; lo cual, como la exoneraba de la tarea, le pareció muy bien y a nosotros mejor. A primera hora de la tarde nos juntamos en un rincón de la cafetería Bidasoa, situada en la plaza de Guipúzcoa, donde hora y media más tarde debía la reportera reunirse con nosotros. Llegó Izaskun Ayestarán con su máquina de escribir portátil y al punto nos informó que ni Josu Ruiz ni Rosa Benítez acudirían a la cita, ya que estaban ocupados empapelando el piso que aquél había regalado a la señora de sus pensamientos. No me pasó inadvertido el desdén con que lo dijo, ni el gesto de disgusto de Genaro Zaldúa al enterarse de que los novios (como entre nosotros se les llamaba) no vendrían. Finalmente, el Pulcro Matallana, por medio de una de sus típicas salidas, terminó de confirmarme en la sospecha de que la concordia reinante entre los miembros de La Placa desde hacía varias semanas, había comenzado a resquebrajarse.

—Esta entrevista —dijo— bien pudiera servir para hurgarles en las llagas ideológicas a los bolcheviques de Gros.

Pasaba el tiempo, se presentó la reportera, quien a la vista de los folios pulcramente mecanografiados se mostró admirada, y Cacharrito, tan escrupuloso en cuestión de puntualidad, seguía sin aparecer. Decidimos esperarlo quince minutos, ni uno más. Durante ese lapso, Izaskun Ayestarán leyó en voz alta la entrevista, que sería publicada al día siguiente junto con una fotografía de los cuatro que acudimos a la cita; al pie de ella podía leerse esta frase debida a la mala fe de Genaro Zaldúa: MIEMBROS DE LA PLACA HUIDOS ANOCHE DE UN GULAG SOVIÉTICO. El texto, que el diario *Unidad* publicó incompleto y plagado de erratas, rezaba así:

¿Cuándo nació el grupo La Placa?

Nunca. La Placa ha existido desde siempre, si bien la mayor parte de sus miembros vivió y murió sin sospechar su pertenencia al grupo. Incluso militantes ortodoxos, como Galileo o Gustav Mahler, ignoraron la fe profunda en que militaban. La Placa es anterior a las constelaciones, vio tramar los imperios y las creencias y sobrevivirá en las ratas cuando este planeta infausto, del que el linaje humano es plaga, pierda su nombre.

Vuestra primera revista estaba dedicada a la revolución nicaragüense. ¿Qué objetivo perseguís con este nuevo número?

Por un lado, la revista nos permite perseverar en el ser; por otro, desmentir aquella pijadita de Ortega y Gasset, según la cual ser vasco comporta una renuncia nativa a la expresión verbal, lo cual, amén de falso, no es verdad. Hicimos la revista de rodillas, que te diga éste, entre horribles espasmos epilépticos, a consecuencia de los cuales dieciocho compañeros continúan hospitalizados. Les han puesto mordazas

para evitar que ataquen al personal médico. Han sido desahuciados por los doctores, que no les dan ni una semana de vida. Y todo este sacrificio, ¿para qué? Para salvar al hombre, ese truhán; salvarlo de sí mismo, de su lúgubre inanidad cotidiana. Pretendemos, en suma, por medio de la magia poética y del poder de la palabra, transformar al hombre en una máquina azul capaz de producir, con el solo esfuerzo de las pestañas, treinta mil bolitas cuadradas por minuto. En a sentido, como ves, estamos absolutamente de acuerdo con nosotros mismos.

¿Cuántos ejemplares habéis editado?

La mitad, no queríamos propasarnos. Profesamos la austeridad, privilegio de temperamentos enérgicos. Admitiremos, por lo tanto, que la revista sea traducida a diez idiomas. Ni uno más. Que se vayan haciendo al ánimo los alemanes. No nos vengan luego con lamentaciones.

Según mis informes, la revista ha sido distribuida no sólo en San Sebastián, sino también en Vitoria, Bilbao, Pamplona, Burgos y Estella. ¿Qué hay de cierto en ello? ¿Significa que os expandís?

¡Es que insistían tanto! Sus lágrimas nos partían el corazón. Al final condescendimos. Desde estas páginas suplicamos a nuestros feligreses que disculpen tan execrable debilidad. Porque, como dijo Schopenhauer, somos vida y voluntad, y quien diga lo contrario, una de dos, o profesa algún tipo de creencia abominable que ahora mismo no podemos especificar por falta de datos, o padece ofuscación a causa de las centellitas del espíritu que caracterizan al hombre imbécil.

¿Recibís alguna clase de apoyo institucional?

Sí, nos apoyan los pájaros en las tardes de lluvia.

¿Cuáles son los próximos proyectos de La Placa?

Hasta fines de mes seguiremos ocupados día y noche en la profanación de tumbas. Es que, ¿sabes?, estamos realizando una intensa campaña de culturización entre los muertos. Solemos levantar las losas para introducir libros principalmente de ensayo, pero también novelas dentro de los hoyos. Aparte de esto, pronto reanudaremos las negociaciones con la autoridad municipal para conseguir que de una vez para siempre sea asfaltada, en beneficio de la clase trabajadora, la playa de la Concha. Por último, es posible que uno de estos días volvamos a abrir las puertas de nuestro restaurante para hombres perfectos.

En los ambientes intelectuales de la ciudad se os conceptúa de anarquistas. ¿Qué tenéis que manifestar al respecto?

Son infundios promovidos por el hampa castrense local con el conchabamiento de sectores nacionalsocialistas afines a la extrema izquierda diocesana. Lo sospechábamos desde hace tiempo. Su abyección llega una vez más al extremo de

fingir que no nos admiran. Defendemos, eso sí, la anarquía, pero siempre que la anarquía nos defienda a nosotros. Somos anarquistas, qué duda cabe, pero que conste que estamos absolutamente en contra del anarquismo. Por lo demás, la culpa de todo la tiene el alcalde.

¿Qué porvenir le veis a la literatura?

El porvenir de la literatura depende de que se logre desarrollar un método pedagógico adecuado para enseñarles a las ratas a leer y escribir. Sin embargo, nos tememos que quizá sea demasiado tarde para intentar una empresa de semejante envergadura. En breve el planeta habrá caído en poder de los japoneses, que, como todo el mundo sabe, representan un estadio mixto de hombre y rata.

¿Queréis añadir algo más para información de la canalla en general?

Queremos manifestar lo siguiente: todo en la vida es frustrante menos la literatura, que también es frustrante.

Oída la lectura de la entrevista, la reportera se deshizo en elogios. Tenía la mujer al pie de treinta años y un principio de bocio mal oculto bajo un pañuelo floreado, tan vistoso que no hacía sino llamar la atención sobre lo mismo que trataba de encubrir. Tenía la amabilidad solícita de los ignorantes, que alaban lo intelectual con la boca abierta. Ignorante, pero no tonta, sabía despachada la tarea y no se recataba de mirar de vez en cuando su reloj, con evidente deseo de perdernos de vista. Empezaba a oscurecer y en su opinión pronto faltaría luz para una buena fotografía, ya que su cámara no era lo que se dice una alhaja. No hubo más remedio que admitir lo increíble: por primera vez en su vida, Cacharrito faltaba a una cita. Resignados a hacernos retratar sin él, salimos a la plaza y junto a la barandilla del estanque la reportera nos sacó varias fotografías. De ellas eligió para el periódico una en que mi cabeza tapaba media cara de Genaro Zaldúa, lo que disgustó a éste hasta el punto de prohibirme con malas maneras que en adelante me volviese a colocar a su lado cada vez que posásemos para un fotógrafo. Al fin nos despedimos de la reportera, no sin antes rogarle que por favor se abstuviese de ofendernos llamándonos jóvenes en el prefacio que pensaba anteponer a la entrevista. Nos dio muy seria su palabra y se fue. Nosotros cruzamos la calle, de vuelta al soportal, y entonces, ante la puerta de la cafetería, topamos con Cacharrito, que tenía el semblante más mustio que se pueda imaginar. Tristemente nos abrazó a los cuatro y dijo:

—Sé que llego muy tarde y os pido perdón. He sido víctima de un atentado. No logro coordinar las ideas, perdonadme. La impresión ha sido fortísima. Pero tenía que venir, aunque fuera con retraso, para pedir os que andéis con mucho cuidado. Sospecho que el grupo figura en la lista negra de alguna banda armada. Perdonad que no me haya sido posible llegar a la hora convenida.

Acto seguido, ante los ojos atónitos que lo escrutaban, refirió la causa de su pesar. Y era que al salir de casa para reunirse con nosotros, había encontrado su automóvil

convertido en una especie de bandera española. Alguna mano aviesa había trazado con pintura una franja amarilla en torno a la chapa roja y escrito sobre las ventanillas amenazas del tipo: «muerte a los poetas», así como consignas en favor de los guerrilleros de Cristo Rey y de la Guardia Civil y en contra de los vascos, su idioma vernáculo y sus aspiraciones autonómicas.

—Quizá os parezca ridículo —añadió con un dejo de profundo desánimo— que no me haya atrevido a venir en coche.

Izaskun Ayestarán trató de consolarlo.

—Has hecho bien, porque seguramente te habrían matado a pedradas en la primera esquina.

El Pulcro encontraba el asunto divertido, y aunque, por la cuenta que le traía, se guardó de intercalar comentarios jocosos, no cesaba de sonreír a hurtadillas. Genaro Zaldúa, en cambio, atendía con ostensible preocupación a las palabras de su atribulado compañero. Una sospecha lo inquietaba.

—Creo —dijo— que Cacharrito no anda descaminado cuando supone que estamos en el punto de mira de alguna organización ultraderechista. Voy a revelaros una cosa que hasta ahora no he referido a nadie. Hace dos días, durante mi estancia en Madrid, vino un tío raro a la tienda, diciendo que trabajaba para el periódico. Mi madre se tragó la bola, le contó al tipo lo que a éste seguramente le interesaba saber de mí e incluso le dio una foto mía. Pero eso no es todo. El individuo se piró y después de un rato volvió a la tienda para hacerle a mi madre una guarrería.

—¡No me digas que le causó algún daño! —exclamó Izaskun Ayestarán, asustada.

—En realidad mi madre no está segura de lo que pasó. Dice que el policía o quien fuese se vino a ella y le tiró un eructo a la cara.

Al Pulcro le tomó la risa; pero al instante, los gestos desaprobatorios de sus compañeros, tanto como el ademán de zumbarle un revés que le hizo Genaro Zaldúa, lo compelieron a reportarse. Izaskun Ayestarán, airada, lo sotaneó:

—Nunca, ¿te enteras?, nunca dejarás de ser niño. ¿Crees que a ti no te vigilan? ¡Pues sí que eres inocente! A mí no me extrañaría que ahora mismo hubiera un par de espías en la plaza, acechándonos te puedes imaginar con qué intenciones.

Movidos de un impulso instintivo, los cinco reviramos simultáneamente la vista en derredor. El Pulcro, callado con expresión risueña, me miraba como tentándome a la complicidad o como si dijera: anda, cacto, sácate una púa y pincha a estos idiotas. Dispuesto a seguir ese juego, que acaso sólo existía en mis pensamientos, manifesté que aquella historia de persecuciones y atentados me inspiraba dudas. En una época, añadí, en que las distintas facciones políticas andaban a la greña, en que los violentos de uno u otro signo se combatían sin descanso, ¿a quién podía importarle un puñado de poetas? ¿Quién reparaba, en medio de la porfía de tiburones, en unos pececillos insignificantes como nosotros?

¿Insignificantes? Genaro Zaldúa frunció las cejas, echó hacia atrás la cabeza y

durante unos segundos se mesó las barbas en actitud cavilosa. También los demás parecían sorprendidos. No más que un pedacito de momento me exaltó la satisfacción de mí mismo, aniquilada, como quien dice, de un zarpazo por el temor acuciante de haber enojado a Genaro Zaldúa, cuyas pupilas encendidas y tensas facciones se me antojaban un augurio de cólera terrible, pronta a estallar. Pero habló y no hubo truenos, sino que sosegadamente se dio a tratar de convencerme de que éramos famosos en la ciudad, y aun fuera de ella, y mencionó opiniones ajenas que respaldaban su certidumbre, y dijo y dijo, expresándose con tan patente falta de acritud que al fin, desconcertado, me plegué a sus razones y admití que, efectivamente, no podía descartarse la posibilidad de que nuestros nombres figurasen en la lista de futuras víctimas de alguna banda armada. El Pulcro terció, socarrón:

—Es cierto. En todas partes se nos admira y respeta. A mí mismo, sin ir más lejos...

Izaskun Ayestarán se apresuró a atajarle:

—Los niños no deben entrometerse en las conversaciones de los mayores.

Camino del quiosco, Cacharrito refirió nuevos pormenores del presunto atentado. Su padre, no bien se enteró de lo sucedido, echó el cerrojo a la tienda de bebestibles y sin pérdida de tiempo corrió a proveerse de pintura en una droguería. A la diabla tacharon padre e hijo las consignas antivascas que fácilmente habrían podido convertir el vehículo en blanco de la ira de algún viandante patriota. Se dirigieron después a un taller del barrio de Loyola, donde un carrocerero amigo les hizo un presupuesto de cuarenta mil pesetas por pintar el coche de gris, color que el Resti y Cacharrito eligieron de común acuerdo por considerarlo el menos aprovechable para banderas. Todo lo cual nos contaba el muchacho con un temblor de pena por la calle, repitiendo a cada instante que no eran los gastos derivados de la reparación del automóvil lo que a él le afligía, sino el acto de violencia en sí. Su llaneza y sus palabras dolidas conmovieron a Izaskun Ayestarán, que aferrándose a su brazo, rompió a llorar. Caminábamos los demás a la zaga de ellos, silenciosos y pensativos, el Pulcro inclusive, por fin contagiado de la inquietud que a todos invadía.

Del escupitajo sobre el parabrisas nada dijo Cacharrito. Quizá ya estaba seco y no lo distinguió entre las innumerables manchas y salpicones del chafarrinón.

Me despertaron a media mañana los timbrazos del teléfono. Por la noche, leyendo hasta horas indispuestas, me había dormido en el sofá, con la lámpara encendida y el *Zarathustra* de Nietzsche sobre el vientre; al levantarme de golpe, el libro cayó al suelo.

—Diga.

Una voz, que al pronto no reconocí, me respondió con acritud. Era Josu Ruiz. Llamaba para anunciarme la convocatoria de una reunión que había de celebrarse al día siguiente con el propósito de aclarar posiciones. Ah, bien, bueno, y en ese instante me vino a la memoria la tarde de mi última visita al apartamento, la misma en que fui arrojado al río. En un tono petulante, amenazador, manifestó Josu Ruiz que estaba en juego el futuro de La Placa, por lo que más me valía no faltar. Me dio el olor de que su enojo guardaba relación con la entrevista publicada recientemente en el diario *Unidad* y se lo pregunté.

—Eres —contestó— el cuarto con quien converso por teléfono en lo que va de mañana y el cuarto que me sale con la misma pregunta. Te digo lo que a los demás: mañana, cuando estemos todos juntos y tenga delante vuestras caras, daré mi opinión sobre esa porquería que habéis sacado en el periódico. A lo mejor alguno acertará a explicarme las razones de atacarnos públicamente a Rosa y a mí.

—Me parece que no ves el lado humorístico de la entrevista.

—¡Aj, no me vengas con la cantilena de Cacharrito! Mañana sabré definitivamente si La Placa va a seguir camino de convertirse en una pandilla de chistosos; en cuyo caso, adiós y felices navidades por el resto de vuestros días.

Saqué un cigarrillo del paquete y, mientras lo encendía, sostuve el auricular entre las piernas.

—... que nadie piense como yo, sino que nadie piense contra mí. Como todavía me considero amigo tuyo, quiero que sepas que Rosa y yo tenemos confianza en que te sumarás pronto a nuestros ideales revolucionarios.

Se despidió hasta el día siguiente y colgó, dejándome a solas con los pipidos del teléfono. Entonces, seguro de que no me oía, le pregunté cuál había sido su razón de tirarme al Urumea, así como por qué, si se decía mi amigo, andaba llamándome por detrás «cacto con las espinas hacia dentro». Le concedí tres segundos para que me pidiese perdón; pero pasó el plazo y seguía sin hablar. Tras avisarle que mi paciencia tenía un límite, le otorgué una segunda, enseguida una tercera oportunidad para que mostrase su arrepentimiento y suplicara reconciliación. En todos los casos me dio la callada por respuesta, conque, sintiéndolo mucho, le comuniqué que al día siguiente conocería el castigo de que era merecedor por la ofensa y ruindad que me había hecho.

—Puede que tú seas amigo mío, pero yo no soy amigo de nadie —le dije por último, y colgué.

La casa apestaba a aire estadizo, a tabaco, a fruta pasada, a guisos y fritos de los días precedentes: un hedor que me perseguía a través de las paredes, lo mismo que las miradas reprobadoras de la madre en el retrato de la sala, sin que yo pudiera defenderme, como tampoco pude evitar que sonase en mi cerebro la voz de Zarathustra. Hombre apocado, me decía, abre de par en par las puertas y ventanas, para que el viento fresco purifique la casa y barra de ella la podredumbre que inficiona sus paredes y tu existencia. Si la casa te aprisiona, no tengas reparo en destruirla. Si el universo entero te oprime, ¿a qué esperas para hacerlo saltar en pedazos? Sé malo si quieres ser fuerte. Y aprende que a cada instante el hombre está forzado a elegir entre victimario y víctima. Desde hace varios días te agobia el remordimiento de haber causado perjuicios a un amigo. Águila con mentalidad de conejo. La mala conciencia te roba el reposo, roe tu vigor y te debilita. Pero yo te digo que no hay sentimiento más despreciable que la compasión. Te avergüenzas de haber pintarrajeado un coche. ¿Acaso no es más vergonzoso avergonzarse? Ten valentía de creer en tu inocencia; sé digno de tu amigo tanto como de tu propia mirada en el espejo. Y si la salvaguarda de vuestro vínculo lo exige, cuéntale, mientras danzas a su alrededor, lo que le hiciste o píntale de nuevo el coche. Así habló Zarathustra.

Apenas me hube asomado a la ventana de mi habitación, avivó mi recuerdo de aquello mismo que trataba de olvidar un intenso olor a laca de carrocería, procedente de un taller próximo donde, como cada día laborable, una orquesta de mecánicos ataviados con buzos cochambrosos interpretaba un horrisono concierto de martillazos sobre chapa. Todo lo que en aquel instante se ofrecía a mi vista parecía enderezado a deprimirme: la humedad triste de las fachadas, el gris desvaído del cielo, la llovizna, los vehículos ruidosos que pasaban levantando una sucia rociada. ¿Y éste es el gran mediodía, el soplo vivificador que ha de librarme de mi debilidad? Había llegado el autobús de línea a la parada. Se apearon los pasajeros y al rato se apeó el conductor, que se puso a mear al amparo del seto de aligustre, en la parte trasera de la marquesina. Definitivamente Zarathustra era un botarate, Thomas Mann tenía razón al recomendar en el prólogo del libro que no se tomase en serio a Nietzsche y el conductor del autobús salió de su escondite secándose la mano en los fondillos. Zarathustra, degustador de miel y cordero, barbudo y comilón, o sea, Genaro Zarathustra, el hijo de los ladrones, cuyas pupilas (ahora me daba cuenta) tenían idéntica fijeza lancinante que las de Nietzsche en alguna de las fotografías que de él nos han quedado. Y entonces pensé: yo no tengo esos ojos terroríficos, ni una gran capacidad retórica, ni un carácter impulsivo, pero mi anhelo de victoria también es la sustancia de que están hechos mis huesos, y si carezco de vigor para hundir a palazos la cabeza de mis oponentes, ejerceré la crueldad a ras de suelo, como los escorpiones.

Ese pensamiento me persuadió a reanudar la serie de venganzas contra los que me habían arrojado al Urumea, interrumpida temporalmente por la pena que me daba Cacharrito. Y justo entonces, como si el azar hubiera estado aguardando mi decisión

para poner por obra su caprichoso designio, sonó el timbre de la casa. Salí a la puerta y hallé en el descansillo al cartero, que venía a entregarme el ejemplar de *El Herald de Aragón* que yo había solicitado contra reembolso varios días antes. Temblando de nerviosismo, rasgué la cinta con que estaba atado el rollo y al punto me puse a hojear y rehojear aquellas páginas tan grandes. Leía o, por mejor decir, miraba una hoja y la tiraba, y otra y otra, hasta que al fin quedaron todas desparramadas en el suelo. Mi decepción no podía ser mayor. Me agaché a recogerlas con el ánimo decaído y la amarga certidumbre de que a mí la vida me destinó a bichito. Esto pensaba cuando me fijé por casualidad en un pequeño titular que en la frenética revisión de un rato antes debía de haberme pasado inadvertido. Allí estaba la noticia que con tanta ansiedad había buscado. Impelido por una repentina euforia, corrí durante diez minutos por la casa, brincando, haciendo cabriolas y saludando con los brazos a las lámparas, los muebles, las puertas, los tabiques...

Al día siguiente, por la mañana, me topé con Genaro Zaldúa en las inmediaciones de la avenida de la Libertad. Me dirigía al quiosco de Justo, él venía de allá. Ufano, me mostró dos ejemplares de *La Placa* que acababa de robar. Para que la lluvia no los dañase, los traía dentro de un bolsa de plástico, que un momento hizo oscilar ante mi rostro con ademán de cazador satisfecho de las piezas que ha cobrado. Sonaba por alguna calle próxima gritería de manifestantes. El tiempo era desapacible y ninguno de los dos llevaba paraguas. Hablamos poco. Él me preguntó con guasa en cuál de los bandos pensaba contender durante la guerra civil prevista para esa tarde en el chiscón del Cojo. No quise comprometerme y recurrí a un subterfugio.

—¡Pues qué bandos se van a formar! —repuso él de buen humor—. Los rojos de una parte; Izaskun, el Pulcro y yo de otra. Es probable que Cacharrito se compadezca del adversario y le dé su apoyo, circunstancia que, como tú bien sabes, supondrá un serio inconveniente para el adversario. En cuanto a ti, ¡cualquiera sabe!

—Contad conmigo —le dije, simulando firmeza.

Me sacudió una recia palmada, al parecer amistosa, en la espalda y se alejó calle adelante, balanceando el corpachón con desgaire de cuartazos, envidiablemente fornido y seguro de sí horas antes de conseguir imponerse a la única persona que hasta entonces había sido más o menos capaz de dominarlo. Entre dos autobuses estacionados delante de la catedral perdí de vista sus melenas nazarenas. Mirando en aquella dirección, enarbolé mi particular trofeo: un sobre dirigido a *La Voz de España*, que minutos después introduje en el buzón de una calle próxima. Contenía la copia de un recorte de *El Herald de Aragón* junto con la solicitud cortés de que fuera publicada con la mayor brevedad la noticia del importante premio obtenido por nuestro compañero Genaro Zaldúa en Zaragoza, además de una fotografía del afortunado ganador.

Primero pensé: esta pobre señora se ha caído y, como no puede levantarse, gatea. Pero al llegar al extremo del tramo vi que en realidad estaba arrodillada, fregando con agua y lejía el suelo del descansillo. Pasé junto a ella sin saludarla. De refilón miró mis botas, recelosa quizá de que le pisara lo mojado. Se lo pisé, no había otro remedio. Por la abertura de la puerta salía tufo de pescado frito. Subí, camino del apartamento, unos cuantos peldaños más, y al volverme a mirarla, me percaté de que bajaba prestamente la cabeza, como para ocultar el rostro, en cuyos bordes eran visibles los estragos de la psoriasis. Nunca antes había visto a la madre de Rosa Benítez, nunca después volvería a verla.

Llegaba con retraso por causa de la revisión de apuntes de todos los domingos. Yo siempre había creído que el disimulo, los ardidés y la mala índole eran una necesidad defensiva de los vulnerables. Nada más fácil de comprender para mí que las púas del erizo, el color de los camaleones o la escopeta del hombre. ¿Para qué diablos le serviría a un tigre la facultad de tender telarañas entre los bambúes? Excepción a esta norma era y es mi hermana Petra, en quien la naturaleza dispuso que la condición dominadora no excluyese la artera, lo que dio lugar a una de las peores bestias que puedan imaginarse.

Aquel domingo último de noviembre revisó mis papeles con meticulosidad exasperante. No conforme con leerlos, me reclamó los de semana anterior para cerciorarse de que existía continuidad entre unos y otros. Me estrechó a preguntas malévolas a fin de pillarme en contradicción. Yo le respondía con deliberada mandanga y tiesura que la incomodaban, por lo que, apenas emprendía las explicaciones, me andaba callar sacudiendo imperiosamente la mano, ademán al que por lo común sucedía un refunfuño. El padre, por echarme un capote, le aseguró desde el umbral que me pasaba las noches en vela estudiando.

—En vela seguro —rezongó mi hermana—, pero está por ver que estudie. Lo que sí hace es fumar, que menudas están las cortinas de esta pocilga.

Y prosiguió la inspección de apuntes con un detenimiento que tenía más que nunca la apariencia de un castigo. Descartaba yo que estuviese al alcance de su sesera descubrir que aquellas notas eran copia literal de las de un compañero de clase. Reflexionando a la busca de otras razones que justificasen su enojo y aspereza, me pregunté si el padre le habría ido con algún cuento sobre mis hábitos de vida durante la semana. La estupidez del pobre diablo, ¿llegaría al extremo de exponerse a que yo, a mi vez, describiese ante su hija las escenas nauseabundas a que a diario daba lugar su miseria alcohólica? El temor a ser delatado por mí cada domingo lo abrumaba, volviéndolo servil y dadivoso. Y ni siquiera era ése el único ni acaso el menor perjuicio que habría de recibir de mí si me traicionaba. Además, conociendo el talante de la Petra, albergo la certeza de que si tenía algún motivo de disgusto por causa de mi comportamiento, no habría esperado a meter el segundo pie en casa para empezar

a dirigirme uno de sus habituales rapapolvos. Bastó ese detalle para convencerme de que el viejo estaba franco de culpa. La comida, por lo demás, había discurrido sin incidentes. El padre elogió como de costumbre las viandas que apenas había de probar; la Petra comió de pie, mientras fregaba la vajilla, y yo pasé el tiempo pensando entre bocado y bocado en la desgracia de pertenecer a una familia semejante.

Así las cosas, mencionó mi hermana, sin que viniera poco ni mucho a cuento, la entrevista reciente de La Placa en el periódico, con evidente deseo de burlarse. Me preguntó si alguno de los que habían participado en ella era hijo del director de *Unidad*; de lo contrario, no se explicaba que un periódico decente se hubiera rebajado a publicar las necesidades de una cuadrilla de locos. Caí entonces en la cuenta de que la mortificaba una envidia voraz, única y verdadera razón de su extremada chinchorrería aquel domingo, y en mi fuero interno me alegré. Insinuó que deberíamos llamarnos La Caca. A pique estuve de pincharla respondiendo que yo podría trasladar su recomendación a mis compañeros; pero no me atreví ni creo que me habría reportado la provocación beneficio alguno. Hizo después que le pusiese en autos acerca de los «jovencitos» que salían conmigo en la fotografía. Como se chancease de su aspecto, que recordaba con absoluta precisión, se me encendió la sangre y formé propósito de corresponder a su curiosidad de modo que durante una temporada no le diese descanso la dentera. Y así, le dije que aquél a quien llamaba «barbudo con cara de orangután» era un director de cine que acababa de cobrar trece millones de pesetas por el rodaje de una película sobre la vida del general Zumalacárregui. En cuanto al «bebé que miraba los patos», afirmé que se trataba de Arthur Rimbaud, un famoso poeta francés venido ex profeso de su país para conocernos. Por último, fingí asombrarme de que no supiese quién era la chica a quien motejó de «pajarito pelado»; tras lo cual, como si me moviese la sana intención de refrescarle la memoria, enumeré diversos títulos de obras de Marguerite Yourcenar y de Virginia Woolf, que yo conocía de oídas, atribuyéndoselos sin titubeos a aquella presunta novelista de nuestro grupo a quien la fama permitía vivir de sus escritos. Mi hermana, cuyos conocimientos literarios se limitaban a saber que los libros están hechos de papel, atendió a la sarta de embustes con la dignidad impasible del reo al que le trae sin cuidado la condena que le impongan. Con todo, la sosegada indiferencia de su rostro (en cuyos rasgos hinchados y rubicundos me parece a mí que trasparecía el tipo mongólico característico de las hembras vascas según Ortega, siempre propenso a destacar lo bárbaro en nosotros) no concordaba con un temblor perceptible de manos que hacía vibrar los papeles asidos entre sus dedos.

—Supongo que tú serás el recogepelotas de toda esa gente.

Su sonrisa desdeñosa le duró el pedacito de momento que tardé en replicar con dulce malicia a su ironía.

—Te aseguro que se me valora, especialmente en Francia.

—Unos trabajamos y otros salís adelante —dijo despechada, y demostrativamente

emprendió a continuación la relectura de mis apuntes, que estuvo inspeccionando o haciendo como que inspeccionaba durante largo rato. Le insinué por fin, con mucha suavidad, que se acercaba la hora de irme. No hubo respuesta, quizá no me oyó. Pasados varios minutos, la voz menos empañada, le declaré que me aguardaban en el museo de San Telmo, donde a media tarde comenzaría una reunión de escritores y filósofos cuyo discurso de apertura yo debía pronunciar. La Petra respondió secamente que aún no había terminado de examinar mis papeles. Tragué un terno que me subió a a boca impelido por una descarga de coraje; transcurrieron los segundos y, ya más calmado, dije:

—El alcalde en persona me está esperando.

Fue peor que insultarla. No lo pudo soportar y se despeó: que qué se le daba a ella de alcaldes y de gandules sabidillos como yo y que no me hiciese ilusiones de salir si no ordenaba primero el escritorio. Con ese y otros pretextos me entretuvo y humilló durante más de media hora, y cuando ya me disponía a marchar me obligó a descalzarme, a embetunar y cepillar mis botas, porque le parecía una vergüenza que las llevase tan sucias a una reunión con el alcalde. A tiempo de despedirme ridiculizó mi bigotillo y mi manera de caminar, que juzgó propia de un «cheposo herniado», y al fin, con la boca torcida de desprecio, me mostró sin tapujos lo poco y mal que me quería, diciendo:

—Supongo que si te haces famoso no te meterás con la religión, porque eso faltaría, que vinieran a contarme que soy la hermana de un perdido.

Cuando llegué al apartamento, la controversia acababa de empezar. Tenía su origen en una exigencia de Josu Ruiz, a cuya aceptación y cumplimiento condicionaban tanto él como su novia el perdón de los agravios que decían haberles causado nuestra entrevista en *Unidad*, tema sobre el que al parecer había versado la plática durante mi ausencia. Y era que, con la colaboración literaria de Cacharrito, habían redactado una réplica contra el político Onaindía, el cual, ignoro dónde ni con qué ocasión, había acusado al Partido Comunista de Euskadi de hacer demagogia sucia al definir a las fuerzas de orden público como colectivo de trabajadores con uniforme. Dicha réplica debía remitirse cuanto antes a los periódicos locales, firmada por La Placa; a pie de página se haría constar la adhesión de diversas asociaciones, todas imaginarias, de poetas, intelectuales y pintores, a fin de que cundiese en la opinión pública la creencia de que el arte y los artistas apoyaban al PCE. El escrito estaba ya mecanografiado y también la carta en que solicitaban la publicación del mismo a los directores de los diferentes diarios; pero desde un principio el proyecto tropezó con el firme rechazo de Genaro Zaldúa, que ni siquiera se dignaba tomar el asunto en serio.

—Esos abnegados obreros de color gris —se chanceaba— han tenido varias veces el gusto de vapulearme con sus herramientas de trabajo.

Arrodillado junto al hueco de la buhardilla, el Pulcro jugaba con *Mitia*. Se volvió y dijo:

—A mí un día, en el Boulevard, por poco me matan de un porrazo, quizá de dos, ya no me acuerdo.

—¡Qué pérdida irreparable! —terció con guasa Izaskun Ayestarán.

No desviaba Josu Ruiz la vista de la breva apestosa que su oponente saboreaba por gusto de infringir la prohibición más o menos tácita de fumar en el apartamento. Y por lo mismo, Izaskun Ayestarán habría de encender aquella tarde un cigarrillo tras otro, según concierto que tenía establecido con Genaro Zaldúa para llenar la pieza de humo. Josu Ruiz vertió miel en la tisana de hierbabuena, chupó la cucharilla y dijo:

—Te guste o no, la policía es una condición necesaria del funcionamiento del Estado.

Por la ventana se veía pintar. Cacharrito, sentado en el suelo a la usanza budista, observaba a los platicantes con ojos desmesurados, boca abierta y aire de no entender ni jota de cuanto se decía a su alrededor. Genaro Zaldúa extrajo una brizna de tabaco de las ruinas itálicas de su dentadura. Se notaba que ardía en deseos de porfiar y disentir.

—La picana y la bañera —dijo— son también formas de esa condición. Cualquiera día oiremos que los trabajadores del gremio de la tortura se han declarado en huelga para que les suban el sueldo. Pobrecitos. Por otra parte, no estés tan seguro de que le profeso el mismo fervor que tú al Estado.

Josu Ruiz hizo un gesto de contrariedad. ¿Se daba tal vez cuenta de que sus pasados bríos intelectuales poco podían ya contra las valentonas de su compañero? En su lugar tomó la palabra Rosa Benítez, cuya voz cálida y espesa acalló como por ensalmo a las otras, atrayendo la mirada de todos los concurrentes hacia la leve curva desdeñosa de sus labios.

—Los comunistas hemos sufrido como nadie la represión del franquismo. Con diecinueve años conocí la cárcel. Conque a mí —fijó en Genaro Zaldúa sus pupilas cuajadas de arrogancia— no tienes que explicarme en qué consiste una paliza en comisaría. Lo sé mejor que tú y que cualquiera de los que están aquí. Yo no necesito atiborrarme de libros para saber de qué color es el mundo. Y podría contar cosas que harían ciscarse de miedo a más de uno.

A Izaskun Ayestarán le sobrevino un pujo de risa.

—Y sin embargo —continuó, impasible, Rosa Benítez— no abrigo resentimientos. Venzamos o no, yo sé que nuestra lucha es noble.

—¿Es noble dictar a los escritores el panegírico de la policía? —le retrucaron.

—Tergiversáis mis palabras. Todos sabemos que hoy día las fuerzas de seguridad velan por los intereses de las clases privilegiadas.

—Otros afirman que velan por la preeminencia política de Madrid, en detrimento de las aspiraciones históricas de vascos y catalanes.

—Lo que Rosa quiere decir... —intervino Josu Ruiz, pero la aludida no le permitió continuar.

—Lo que yo quiero decir lo digo yo.

—Eso —ratificó de coña Izaskun Ayestarán.

Las dos muchachas se escrutaron con ostensible animadversión. Tenía Cacharrito la mirada extraviada en algún punto remoto de un horizonte quimérico, y en sus pupilas la lumbre de quebranto y la unción lánguida de aquellos rostros que pintaba El Greco. Junto a él, Genaro Zaldúa había transformado en cenicero una cascara de clementina. Con flema sardónica daba vueltas al puro que mordía complacidamente. Manoteó Rosa Benítez la humareda y dijo:

—La revolución proletaria eximirá a las fuerzas de orden público de la servidumbre que les impone el Estado capitalista. Ningún policía será forzado a desempeñar cometidos criminales para ganarse el pan. Ganarse el pan, ahí está el busilis, lo que no toma en consideración el etarra que se carga al policía o al guardia civil. Le ofusca el uniforme, pero no ve, como nosotros, al hombre y, en definitiva, al trabajador que hay dentro del uniforme.

—¡Pero qué rollo macabeo nos está largando esta tía! —exclamó Izaskun Ayestarán en un súbito raptó de expansión campechana.

—Y que lo digas —confirmó el Pulcro por lo bajo.

Se entretenía el chaval aguijando al canguro con una pajita. Otras veces la acercaba al hocico del animal, que al punto se afanaba en disputársela a dentelladas. Supe con posterioridad que sobre el Pulcro pesaba esa tarde la prohibición, impuesta

por Genaro Zaldúa, de interferir en las conversaciones.

Izaskun Ayestarán hizo gala de vocabulario barriobajero.

—¡No te jode! Resulta que la superreunión a la que ni Cristo debía faltar, porque anda en juego el porvenir de La Placa, no es más que una puñetera tertulia para rajar sobre la bofia. Si lo sé me voy a donde tenía planeado.

—Seguro que a ojear revistas en la peluquería —le espetó con insolencia Rosa Benítez. Le dio a continuación la espalda y, muy señora, enristró hacia la ventana, que abrió de par en par.

Estoy viendo a Izaskun Ayestarán fingir que encajaba el desplante con risueña displicencia. Poco le duró, sin embargo, la sonrisa, convertida de pronto en el centro de un círculo de entrecejos fruncidos, de frentes cavilosas que terminaron de convencer a la muchacha, si es que no lo estaba por su cuenta, de la gravedad de aquella ofensa recibida. Muy nerviosa, se llevó el cigarrillo a los labios, con urgencia tal vez de encubrir el rubor. Al levantar la mano resbalaron por su antebrazo cinco o seis pulseras, cuyo leve chischás de bisutería pudo percibirse con nitidez en medio del profundo silencio que llenaba la pieza. Izaskun exhaló una larga bocanada, en la que tan visible como el humo era el suspiro de rabia sorda que iba envuelto en las volutas. Las lágrimas le aguaban los ojos; pero, apretando los dientes, las contuvo. Largo rato permaneció callada, absorta en su rencor, mientras esperaba que cesasen los efectos de la ponzoña que Rosa Benítez le había inoculado.

En ese ínterin entablaron Genaro Zaldúa y Josu Ruiz, fronteros uno del otro, aquella discusión que jamás olvidaré en tanto que viva y me acompañe la memoria. El primero la inició con declarada bravuconería y palabras terminantes, no muy distintas de éstas:

—Esa carta vuestra contra Mario Onaindía, que ni hemos leído ni vamos a leer, no se publicará en ninguna parte con firma de La Placa. El tema carece de interés literario y por tanto no nos incumbe.

El otro aceptó el reto.

—Está por ver —dijo— a quién no incumbe.

—A mí y a la mayoría de los presentes. Mal que te pese, formamos un grupo de escritores y es el hábito de escribir la razón exclusiva de que nos reunamos y realicemos tareas en común. Nos une la literatura, nos une el gusto por los libros, que, contra lo que tu novia cree, no constituyen nuestra única fuente de conocimientos, aunque sí, con certeza, la más importante. Se nos antoja que en ellos los hombres aparecen retratados con mayor veracidad que en los zafios panfletos de su partido. ¿O acaso debo decir vuestro partido?

—Se ve que gozas chapoteando en un fangal de simplicidades, camarada. Desde que te conozco no he oído de ti cosa que no sonase a arenga de capitán de novela juvenil. Yo voy a decirte lo que os une a ti y a esa mayoría gregaria que, a falta de cerebro propio, piensa por lo visto con el tuyo. Os une la ambición, el narcisismo y la superficialidad. Os une que no tenéis la menor visión histórica. Os une que no creéis

en nada, lo que no os impide entusiasmaros con la ilusión de que los demás se mueren de ganas de creer en vosotros. Lleváis dentro de las venas una sobredosis de yo, eso os une, y así, poco le costará al río de la Historia tragáros de un bocado.

—Tragaré a todos, y acaso en primer lugar a los que dragonean de andar metidos hasta el cuello en agua histórica.

—Discúlpame, a veces olvido recordar que tú vives más allá del bien y del mal.

—Vivo donde nací y desde pequeño he sido testigo de los desastres a que conducen ciertas ensoñaciones políticas, algunas de las cuales parece haber prohijado desde que te echaste tu última novia.

—Hablando de desastres, presiento que tú y yo añadiremos uno más a la cuenta si empiezas con las alusiones personales.

—No he venido a esta casa a eludir las guerras que me declaren. Por mí podemos darnos de hostias ahora mismo, si es ése tu gusto, aunque, la verdad, no me agrada abusar de ti, teniendo en cuenta tu lesión de la pierna y no sé qué disgustos que me han dicho te causa el hígado, a lo mejor por no haber saciado siempre la sed en los manantiales cristalinos de la Historia.

Dejó Josu Ruiz que transcurriera una breve pausa, mientras escudriñaba el semblante de su interlocutor. Tenía la barbilla apoyada en la palma de la mano, en la frente un ramillete de surcos que tanto podía denotar desconcierto como la inminencia de un arrebato colérico. El otro le sostuvo la mirada y venció.

—Supe corregirme —dijo Josu Ruiz, en franca retirada hacia las trincheras del cinismo.

Genaro Zaldúa tiró a degüello:

—¿No será que te corrigen? —y por acabar de hombrearse, expelió con flema provocadora un aro de humo.

Josu Ruiz se encogió de hombros, haciendo una mueca indicativa de que le traían sin cuidado los desafíos jactanciosos de su oponente. El Pulcro Matallana, junto al cual me habían llevado a sentarme ciertas intenciones embozadas, saboreaba la disputa sonriendo a escondidas. Por señas me declaró su deseo de gorronearme un cigarrillo. Saqué del paquete uno para él y otro para mí. La llama del encendedor atrajo la atención de Rosa Benítez, que nos lanzó una mirada feroz. A fin de esquivársela, reviré la vista hacia Genaro Zaldúa, que se conoce estaba esperando esa ocasión para guiñarme un ojo con simpatía, sin duda por entender que yo había resuelto alistarme en su bando, en el bando de los fumadores. Se lo confirmé correspondiéndole a la guiñada.

—En resumen —dijo con garbo de jaque—, La Placa no hará apología de las fuerzas de orden público ni se transformará, como aquí pretendían algunos, en una célula de opinión al servicio del PCE. Personalmente no me opongo a que publicquéis esa carta contra Onaindía; pero eso sí, camaradas, dando la cara con nombres y apellidos. Nada de implicar a La Placa en politiqueos. Y no perdáis el tiempo predicándonos que la liberación del proletariado es una cosa acojonante, porque la

verdad, aquí entre nosotros, la lucha de clases y todas esas zarandajas de la revolución social nos importan un comino.

—Hombre, eso no, Genaro, eso no —protestó Cacharrito en un tono de súplica temblorosa—. Hagamos un esfuerzo serio por salvar la amistad.

Y entonces Izaskun Ayestarán salió de su mutismo para decir desabridamente:

—Tú mejor cierra el pico, que ya sabemos por encargo de quién hablas.

Disgustaron sobremanera las palabras de la chica a Cacharrito, que dobló la cabeza con grandísimo azaramiento y permaneció ensimismado, roe que roe la pesadumbre que lo abrumaba, hasta el final de la turbulenta reunión. Se reamoscaron los anfitriones a raíz de la ofensa inferida a su adepto que en realidad lo era tanto de ellos como de la facción contraria, lo que acarreaba doble pena al pobrecillo; no dispuestos a consentir a nadie lo que no habían tenido más remedio que soportarle a Genaro Zaldúa, con achaque de revindicar a Cacharrito arremetieron de consuno contra Izaskun Ayestarán. Y se me hace a mí que se ensañaron con ella a la manera como se resarce a costa del débil el que viene de sufrir alguna humillación. No lograron, con todo, que Izaskun Ayestarán se arredrase; antes al contrario, se le desató a ésta el resquemor que desde hacía rato la repudría, y con inusitado coraje y lengua buida les plantó cara. Se enzarzaron las dos partes en una violenta esgrima de injurias y reproches. Intervino Genaro Zaldúa, deseoso de merecer algún insulto que justificara su intromisión ya consumada. De vez en cuando el Pulcro lanzaba una chirigota al corro de disputadores, que enfrascado en la rencilla no hacía el menor caso de ellas. Antiguos agravios revivieron; heridas cicatrizadas segregaron nuevamente el pus de la inquina; trapos sucios fueron aireados sin piedad; un vilipendio sucedía a otro y a cada cual, en fin, se le atacó y pinchó donde más le doliese. Se demudaba Josu Ruiz oyéndose llamar borracho en varadero, poeta envidioso y fracasado, hombre venido a perro de aguas —minerales, añadió el Pulcro— que con la pata chula brincaba y retozaba al son impuesto por la que no se había dado poca maña ni nada para sonsacarle el piso. Genaro Zaldúa alechuzaba las pupilas cada vez que sus rivales afeaban su gula bestial, su avaricia, su talante cerril o su hedor de boca y sobacos. Pero ningún vituperio lo irritó tanto como el de que abrigara la intención de valerse de La Placa para mangonear y hacer carrera. Hierática de cólera junto a la ventana, Rosa Benítez escrutaba con gesto altanero a quienes la llamaban mujer de mármol, tiorra engreída, víbora codiciosa y capataz de su novio, al que había dejado sin juicio, sin casa y sin amigos. Puestos a ofender, le soltaron que, viniendo de Extremadura, resultaba sobradamente comprensible su inclinación fraternal por la policía. No menor fue el lote de afrentas que correspondió a Izaskun Ayestarán en el curso de la trapatiesta. La tacharon de drogadicta, de mujer aniñada, voluble y despilfarradora y, repetidamente, de loro; salió a relucir su encubierto catolicismo, que ella negó tres veces, dando ocasión a que el Pulcro emitiese un quiquiriquí rebosante de malicia. Al fin, como a todos los ataques respondía zahiriendo, por puntillo le hurgaron en su llaga más ardiente, atribuyéndole

celos por la que disfrutaba del amor que ella, a causa de su insensatez y propensión a la lascivia, no había sabido conservar. Dolida, desencajada, los ojos encarnizados y las manos que parecían tañer una guitarra invisible, reveló de sopetón una flaqueza venérea de Josu Ruiz. Contraatacaron el aludido y su novia, a cual más furioso, poniéndola de puta para arriba, afirmando que no cabía en su cerebro de hembra rijosa más pensamiento que lucir día y noche la canal, que sólo era miembro de La Placa merced a sus méritos vaginales y que después del de Miramar tenía entre pierna y pierna el túnel más transitado de la ciudad. Izaskun soportó el aguacero de afrentas sin inmutarse. Se irguió después con mucha calma, miró a unos y a otros, estrujó el cigarrillo contra la peladura de clementina, y, vuelta finalmente hacia Rosa Benítez, la señaló con el índice y le dijo:

—Putas como todas, pero no mulatas.

Al punto se apartó la otra de la ventana, el semblante crispado, rojo de ira, y cayendo sobre Izaskun, le propinó de escopetón un revés fortísimo en la boca. La agredida, con el hocico sangriento, se desplomó de espaldas encima de la mesa atestada de vajilla y rodó al suelo, entre Cacharrito y Josu Ruiz, arrastrando en su caída tazas, platos y cubiertos. Se disponía a incorporarse, cuando su enemiga arremetió de nuevo contra ella. Se revolcaban abrazadas las dos mozas delante de Cacharrito, que observaba la pelea con mueca petrificada, como abismado en el estudio de una partida de ajedrez. Sobre el hornillo eléctrico empezó a pitar de pronto la tetera. En breve el terebrante silbido apagó las quejas, gritos e interjecciones que proferían las dos muchachas entre arañazo y bofetada. Un chorro de vapor nublaba el mapa de Suiza. Yacía Josu Ruiz al borde de la pelotera en postura embarazosa de la que no se podía librar, luego de haberse dejado caer hacia un costado para zafarse de los pataleos frenéticos de Izaskun Ayestarán, que no andaba lejos de hincarle en el vientre sus tacones. Ni atinaba a levantarse ni estaba a salvo tendido, y fue el Pulcro Matallana quien, tras depositar a *Mitia* en su predio de aserrín, acudió a poner remedio a la insoportable estridencia. Retirada la tetera del fuego, el muchacho se situó en el rincón del lavabo, desde donde probablemente se presenciaba mejor la pelamesa. Me vi solo junto a la buhardilla, libre de miradas, y supe que había llegado el momento de poner por obra mi designio secreto. Sacando entonces del calcetín un canutillo hecho con un trozo de hoja de acelga, atado con un hilo para evitar que se desenrollase y perdiera su mortífero contenido, disimuladamente lo arrojé delante del roedor, que sin demora se acercó a olisquearlo y con él entre los dientes se guareció en la caja de zapatos que le servía de cubil. Así las cosas, Genaro Zaldúa que, sentado en el suelo, de espaldas a la cama, no podía desatollarse si no empujaba la mesita contra las dos contendientes y Josu Ruiz, logró por fin salir a gatas de aquel espacio angosto en que estaba atascado. Irguiéndose de un brinco, se llegó a las que peleaban y, por separarlas, asió de un brazo a Rosa Benítez, que era, de las dos, la que se hallaba encima, y tiró de él tan fuertemente que dio con la muchacha en tierra. Se le encendió a Josu Ruiz la sangre, pensando que agredían a su novia. Como pudo se

levantó, que no fue fácil, porque tenía una pierna enganchada bajo la mesa; aprestó el puño, lo retiró hacia el hombro a fin de procurar el recorrido conveniente al derechazo que a ojos vistas tramaba, y cuando ya se disponía a propinarlo, zas, se le adelantó Genaro Zaldúa con un brutal manotazo en plena cara. Josu Ruiz reculó aturrido; pero enseguida se repuso y, dándose la vuelta prestamente, alzó la pizarra que, unida al tabique por medio de una bisagra oculta, servía de tapa a una hornacina. De un ágil zarpazo sacó de aquella cavidad (cuya existencia ni yo ni mis compañeros conocíamos) una pistola. Apuntó a Genaro, luego al Pulcro, que se había movido, y otra vez a Genaro, completamente fuera de sí, el nimbo azul en torno a la cabeza, no menos visible que la marca rojiza del golpe que acababa de recibir en la mejilla. Con ceño torvo examinó uno a uno los rostros de los circunstantes, paralizados por el estupor, y se me hace a mí que viendo reflejada en ellos la desmesura y sinsentido de su acción, resolvió ponerle término cuanto antes. A ese fin señaló con el arma hacia la puerta y a grito pelado nos conminó a salir. En silencio recogió cada cual sus pertenencias; desfilamos después, ni de prisa ni despacio, ante el cañón de la pistola y abandonamos el apartamento, al que nunca más habríamos de volver. Una vez en la calle, Cacharrito, que también había salido con nosotros, se negó a acompañarnos, alegando muy seriamente que deseaba estar solo. Los demás nos dirigimos al piso de Izaskun Ayestarán, donde la muchacha se curó el labio y nos mostró inflamada de orgullo un mechón que había arrancado a su enemiga. Cenamos juntos, reímos y nos achispamos, y como remate de la velada extendimos una jocosa cédula de expulsión que Genaro Zaldúa se comprometió a enviar por correo a los novios.

Llegué a casa al filo de la medianoche. El padre me esperaba levantado para contarme que desde hacía más de dos horas no paraba de llamar por teléfono un amigo mío, el cual le había pedido repetidamente que me transmitiese el encargo de telefonarlo sin falta, aunque fuese de madrugada.

—Muy bien. ¿Quién era?

No supo responder.

—Acuéstate —le dije—. Si tanto le urge hablar conmigo, llamará de nuevo.

Se retiró a su cuarto y yo al mío, donde empecé a llenarme la boca de saliva mientras esperaba la llamada que de un momento a otro habría de confirmarme la feliz consumación de mi venganza. Al poco rato sonó el teléfono.

—Yo sólo sé —dije— que el Pulcro ha estado todo el tiempo jugando con el animal.

Cuando colgué el auricular, la saliva se me desbordaba de la boca; pero no corrí, como tenía previsto, a la ventana de mi cuarto para lanzar el escupitajo triunfal a la calle, sino que repanchigado en mi viejo y raído sofá verde me deleité sintiendo cómo me resbalaba la baba por la barbilla y el cuello.

Dos veces más, antes de acabar noviembre, tuve ocasión de cumplir con el rito salival: la primera, un martes lluvioso en que vi descender al Pulcro Matallana por las escaleras de la Biblioteca Municipal con un ojo a la funerala; la segunda, el día que a

Genaro Zaldúa le mostraron la página del periódico en que figuraban su foto y la noticia de su premio obtenido a lo somorgujo en Zaragoza, publicación que no dudó en atribuir a la maldad vengativa de Josu Ruiz. Explicó destempladamente que necesitaba el dinero para costearse una dentadura postiza. Volviéndose después hacia Cacharrito, le instó a cesar de importunarle con sus diligencias y ruegos encaminados al logro de una reconciliación que ya era de todo punto imposible.

—¿Me entiendes?

Y repitió, corajudo, marcando cada sílaba con sendos puñetazos a la mesa:

—¡Im-po-si-ble!

Ese salvazo, por ser el que coronaba la serie, determiné lanzarlo al río desde el puente de Santa Catalina, y así lo hice una noche, de las últimas de noviembre.

Durante meses notó el bultito en el pecho; pero sólo en las últimas semanas había empezado a dolerle y a crecer. A principios de diciembre se hizo inevitable la operación. Cacharrito fue ingresado en la Residencia Sanitaria. El mismo día, por la tarde, el Pulcro Matallana anduvo merodeando por los alrededores del edificio en busca de alguna entrada franca de vigilante. Por falta de tarjeta de acceso, y a buen seguro por la desconfianza que en todas partes provocaban sus pintas de pilluelo sonriente, le vedaron el paso en la puerta principal. Restituto lo sorprendió desde una ventana pintando palabras en una pared y lo mandó a casa después de asegurarle que al día siguiente su hijo estaría en condiciones de recibir visitas. Le rogó comunicara a sus amigos que no debíamos acudir todos juntos al hospital, sino a lo más de dos en dos, y que conforme con esto nos repartiéramos en tandas. Al atardecer, el Pulcro me llamó por teléfono para proponerme que lo acompañara a la Residencia, y con ese fin acordamos reunirnos delante del cine Astoria a cierta hora de la tarde siguiente. Insinuó que no le parecía decoroso presentarnos ante el enfermo sin un obsequio; acto seguido, declaró que él no tenía un duro, lo cual era de ordinario verdad, y sin darme ocasión de abrir la boca, me aconsejó que adquiriera bombones, porque conociendo el talante bondadoso y la generosidad de nuestro compañero, lo más probable sería que el chocolate acabara dentro de nuestras panzas. Su malicia me enfadó. Por puntillo, afirmé que ya tenía comprado un regalo para Cacharrito. Él me preguntó cuál con retintín. No quise responderle sino que no era cosa de comer, y con esto y falso afecto nos despedimos hasta el otro día, en que, de mañana, volvió a llamarme. No bien hube oído su primera palabra, que pronunció, como todas las demás, en el tono quejumbroso de un perrillo apaleado, colegí que alguna razón le impedía acudir a la cita que habíamos concertado. No me equivoqué. En susurros me pidió que pasase a recogerlo, pues abrigaba la certidumbre de que mi presencia ablandaría a su padre. De ese modo lo convinimos y una hora después tomé el autobús que había de conducirme al centro de la ciudad. Por el trayecto me vinieron a las mientes los chismes que sobre mi casa y mi familia había estado el Pulcro difundiendo tiempo atrás a mis espaldas; me acordé también de la jugarreta de los bombones, y así, por todo ello, y porque a decir verdad le profesaba tan poca simpatía como él a mí, determiné llegarme solo a la Residencia.

Soplaba un viento inclemente. Los charcos estaban helados. De lejos avisté a la Emiliana, que iba y venía con perceptible inquietud por la acera próxima a la puerta principal, deteniéndose a cada instante para otear en una u otra dirección. Tanto como eso, me escamó verla venir desaladamente hacia mí no bien me hubo divisado. Era la Emiliana mujer menuda, de mucho nervio y ojos saltones como el hijo, pero sin el pasmo miope de los de éste; antes al contrario, astutos y parleros, con una punta de suspicacia que parecía penetrar las intenciones y los pensamientos del prójimo. Tenía el pelo negro y ralo que dejaba traslucir en algunas partes el cuero cabelludo; el cuello salpicado de verruguillas rosadas, la nariz roma y salediza la mandíbula

inferior, de suerte que al cerrar la boca los labios no coincidían. Al verla venir demudada y presurosa a mi encuentro (por más que no lo necesitaba, puesto que era evidente que el camino hacia el hospital me llevaba directamente a ella), inferí que había sucedido un infortunio. Temeroso, me detuve, y mientras me hacía el ánimo de recibir en breve un aguacero de sollozos y lamentaciones, traté de discurrir una fórmula de pésame que me ayudase a capear el lance con entereza. En esto me acometió un recelo, si cabe, aún más terrible: la tragedia no había terminado y la Emiliana venía corriendo hacia mí menos por derramar su congoja en las solapas de mi abrigo que para pedirme alguna clase de auxilio urgente. El corazón me dio un vuelco, viéndome de pronto cargado con una responsabilidad tan excesiva como desagradable. Al punto me arrepentí de no haber acudido a liberar al Pulcro de su arresto. Pensé que habríamos podido repartirnos la desgracia a partes iguales. Pero ya no había remedio y, en consecuencia, yo debía comer solo todo el pastel. Finalmente llegó hasta mí la Emiliana, expeliendo nubecillas blancas por la boca, muy excitada y jadeante, y, sin poder articular palabra, me tendió la tarjeta, que tomé con la misma repugnancia que si me hubieran puesto en la mano una víscera chorreante. La mujer me dirigió una mirada tan llena de alarma que estuve en un tris de transmitirle mi condolencia por la muerte de su hijo. Cuando por fin pudo hablar, agradeció que no me hubiese retrasado. Con ostensibles muestras de desasosiego, dijo que tenía que bajar sin demora a la ciudad, me dio unas cuantas indicaciones a cual más confusa sobre el modo de localizar la habitación de su hijo y declaró de manos a boca que estaba muy contenta. Yo no pude menos de confesarle que no lo parecía, a lo que respondió que después de la noche espantosa que había pasado, no era posible imaginarse mayor felicidad que la que ahora la invadía. Su marido acababa de anunciarle por teléfono la aparición del frasco. En su nerviosismo omitió decir de qué frasco se trataba y a mí, la verdad, no me pareció oportuno entretenerla con preguntas. Se despidió al instante, pasó la carretera y se alargó hasta un taxi que por lo visto estaba esperándola. Minutos después, hallé a Cacharrito leyendo en la cama *La República*, de Platón.

—No sufro por mí —dijo a poco de mi llegada—, sino por mis padres, porque me doy cuenta de que soy una carga para ellos. Yo deseaba evitar la hospitalización. Traté de convencerlos de que para mí es más fácil soportar el dolor que verlos preocupados por mi causa. Mi padre se enfadó y tuve que resignarme a ocasionarles una gran molestia.

Lo habían intervenido la víspera por la mañana. La operación, que al decir del médico no entrañaba dificultad, había transcurrido sin complicaciones y durado apenas media hora. El problema que trajo de cabeza a la familia surgió después, con la pérdida del frasco. Impelido por la curiosidad, pedí a Cacharrito me refiriese los pormenores del contratiempo.

—A mi madre le fue confiado el quiste para que lo llevara a examinar al Instituto Oncológico. Como le pillaba de paso, se dirigió primero a la tienda. Tenía ilusión de

enseñárselo a mi padre, para que también él se alegrase viendo encerrada en aquel frasco la causa de sus desvelos de las últimas semanas. En la tienda, no se sabe cómo, lo extravió. Estuvieron gran parte de la noche buscándolo en vano. Mi padre lo ha encontrado hace una hora. Desde que nací no he hecho más que crearles problemas. Ahora mismo me duele la cabeza, pero no pienso decirles nada para que no vuelvan a preocuparse.

Y concluyó con gesto de abatimiento:

—No merezco su amor.

Tres pacientes compartían habitación con Cacharrito. Uno de ellos era un hombre ojeroso, de entre cincuenta y sesenta años, tez parduzca, muy rugosa, y facciones en las que el marasmo debido a una convalecencia que ya duraba meses había modelado una expresión de languidez inalterable. Tenía una pierna envuelta en vendas, enjaulada, por así decir, dentro de una armazón de alambre. Cacharrito me contó en voz baja que el hombre nunca hablaba y que gemía en sueños.

Un ser incógnito, oculto tras biombos blancos, agonizaba en la cama de enfrente, aislado en su mortuario atajadizo desde el que parecía difundirse un espeso silencio perceptible al tacto. Cacharrito me susurró al oído la palabra que todo lo aclaraba: cáncer. Y en ese tono bisbiseante, respetuoso, conversamos hasta el final de mi visita.

El tercer paciente era un chiquillo vivaracho que semanas atrás, haciendo una travesura en la cocina de su casa, se había quemado una mano con agua hirviente. Tenía, según Cacharrito, doce años pictóricos de vitalidad e inteligencia y un corazón de ardilla que le impedía estar quieto más de tres segundos seguidos. Para las enfermeras, que lo adoraban, constituía un incesante quebradero de cabeza. Ruegos, halagos y reprimendas no conseguían disuadirlo de sus frecuentes expediciones a lo largo y ancho del hospital. Gustaba de corretear por pasillos y escaleras, de suerte que en ocasiones, llegada la hora de administrarle un medicamento o de hacerle un nuevo injerto de piel, se hallaba ausente de la habitación y había que buscarlo, y el médico se irritaba, y al fin alguien daba con él en una de las salas de espera, en el garaje de las ambulancias o en la cocina, donde a lo mejor estaba comiendo uva que le habían regalado. Cacharrito contaba con entusiasmo que la mañana de su ingreso, a tiempo de vaciar la bolsa y poner sus cuatro pertenencias en las baldas del armario, se le acercó el chavalillo y al punto comenzaron a departir con la misma confianza y naturalidad que si se conocieran de toda la vida. En esto le preguntó Cacharrito cómo se llamaba. El pequeño, sin vacilar, respondió que Lorenzo. Y siguieron conversando en buena avenencia: cómo es que te quemaste, Lorenzo; y dónde vives, Lorenzo; y Lorenzo por aquí, Lorenzo por allá, hasta que al otro día, que fue el de la extirpación del quiste, por unos familiares que vinieron a visitar al muchacho se enteró Cacharrito de que éste se llamaba Juan José. A mi compañero la burla se le antojaba deliciosa y le recordaba aquella del cambio de nombres que le gastamos por el tiempo de su incorporación al grupo.

—Esta es la quinta vez que ingreso en un hospital y la única en que no me he

deprimido, todo gracias a la alegría que transmite este muchacho.

Preguntó si me importaba que Juan José probase los bombones que yo había llevado de regalo, adquiridos minutos antes en la cafetería de la Residencia, no por seguir las aviesas recomendaciones del Pulcro Matallana, sino pura y simplemente porque me había faltado tiempo para comprar otra cosa en la ciudad. Yo me volví hacia el chicuelo y le hice un gesto de que podía tomar la caja. Él se la llevó a su cama, sobre la que se acomodó de un salto. Desgarró después el envoltorio de celofán y se puso a dar cuenta muy a su sabor del chocolate. Cacharrito, entretanto, me decía:

—Mañana abandonaré el hospital y en breve iré a pasar una larga temporada en La Póveda con el consentimiento del médico. Me duele alejarme de vosotros, pero pienso que a mis padres no les falta razón: necesito reposo y aire limpio. Después de la angustia que han sufrido por mi culpa, sería incorrecto contrariarlos. Mis padres son muy bondadosos, Hilario. Sé que merecen un hijo mejor que el que tienen. ¿Para qué voy a engañarme? No recuerdo haberles dado jamás una alegría. Perdona que hable tanto de mí.

Asomaba por el borde de la sábana uno de sus pies, pálido y huesudo, con durezas y dedos torcidos, medio montados los unos sobre los otros.

—Amo la vida con todas mis fuerzas, a pesar de que el dolor y las enfermedades me impiden disfrutar de ella como quisiera. Pero aun así le estoy agradecido, muy agradecido incluso. Disculpa que no pare de decir estupideces. Yo amo la vida con todas mis fuerzas, aunque sufro, o quizá por eso mismo, porque no me puedo hacer a la idea de que sepa amar la vida intensamente quien ignora o ha olvidado que de un momento a otro la perderá. Mañana, cuando salga del hospital, me detendré a contemplar, lleno de agradecimiento, los pájaros, las ramas de los árboles, las cosas comunes que no merecen la mirada atenta de nadie. Con el ánimo de embellecer la vida escribo mis poemas, aunque ya sé que son muy malos.

Cerca de la cama hay una ventana que da a un patio destinado a aparcamiento. Más allá se alza un edificio blanco, en la parte baja de cuya pared puede leerse la pintada en letras negras del Pulcro Matallana: ¡VIBAN LOS COMPAÑEROS! PEDRO ROJAS.

—Sí, Rosa y Josu me han visitado por la mañana. Te juro que ha sido emocionante, Hilario, de veras emocionante. Admiro la firmeza de su ideal revolucionario. ¿Sabías que a finales de mes viajarán a Cuba y después a Nicaragua? Con lo que saquen de la venta del apartamento pagarán los pasajes y el dinero que les sobre lo dedicarán a la compra de lápices y cuadernos para los niños nicaragüenses. Impresionante, ¿verdad, Hilario? ¿Verdad que los admiras tú también? Se han enrolado en una brigada de trabajo con el fin de colaborar en la cosecha de algodón durante los meses de enero y febrero. No lo hacen por afán de aventura. Su solidaridad con los oprimidos es tan grande que cuando terminen la faena agrícola intentarán establecerse en alguna aldea y allí enseñar a la gente a leer y escribir. Yo los admiro de corazón. Y al mismo tiempo me avergüenzo. Sí, Hilario, como lo oyes. Me avergüenzo de seguir apegado al conformismo cobarde en lugar de partir con

ellos. Aunque no te lo creas, he resuelto hacer en adelante de la entrega a los demás mi divisa.

Chacoloteando con sus zuecos, entró en la habitación una enfermera. Traía, encima de una bandeja metálica, cápsulas de diversos colores, de las que depositó dos o tres sobre la mesilla del hombre triste. Juan José se había apresurado a esconder la bombonera debajo de la manta. Advertido lo cual por la enfermera, se acercó al muchacho y, sonriente, le ordenó que enseñase lo que escondía. Este, con el morrillo churriento, mostró la caja, al par que candorosamente hacía un ademán de convite. La enfermera, aceptado un bombón, se dirigió a la puerta, y una vez en el umbral se volvió para decir en tono de benévola reconvención que la merienda estaba prevista para las cinco, conque tenga cuidado el señorito de guardar algo de hambre para entonces.

—De acuerdo, eso no lo discute nadie, pero te aseguro, Hilario, que el propio Josu es el primero en reprobar su conducta agresiva del otro día. Al hombre hay que concederle una segunda oportunidad, ¿no crees?, y al amigo todas las que hagan falta para no perderlo. Josu quiere perdonar y que lo perdonen. Me ha pedido os transmita sus disculpas, en especial al Pulcro, aunque sigue convencido de que fue éste quien envenenó a *Mitia*. Ya sé, ya sé que la reconciliación es imposible y Josu también lo sabe. Pero le agradecería partir hacia América con la certeza de que no deja enemigos detrás. Yo admiro sin reservas su actitud. ¿Permites que te confiese una cosa? A mí me ha dolido mucho todo lo que ha pasado. ¡Qué triste!, ¿verdad, Hilario? ¿No te gustaría pasar una tarde con Josu? Yo sé que él está deseando verte. Te aprecia de veras. ¿No te apetecería llamarlo por teléfono? Todavía tiene el mismo número, aunque actualmente vive con Rosa y su familia. ¿Lo llamarás? Llámalo, por favor.

Zócalo de azulejos blancos hasta media pared, blanca de cal la otra mitad hasta la moldura blanca y blanco el techo, sábanas blancas y barrotes blancos de cama, puerta blanca, mesillas blancas, lámparas blancas, radiadores blancos, persianas blancas, blancos los biombos que ocultan al moribundo, enfermeras con batas blancas, blanco el edificio frontero que es todo lo que se alcanza a ver por la ventana, salvo un pedazo de cielo cubierto de nubes blancas. Tan sólo unos cuantos detalles esparcidos por el blancor (la madeja de lana roja de la Emiliana, los rizos negros de Juan José, la bombonera dorada, la bata azul marino de Cacharrito) recuerdan que la vida aún existe en otra parte.

—Pues aunque no te lo parezca, te juro que Rosa no siente ninguna animadversión hacia nosotros, tampoco hacia Izaskun. Lo que pasa es que ella habita en un orbe muy distinto de ideas y convicciones, y esto hay que respetarlo. Me consta que hizo un esfuerzo grandísimo por integrarse en La Placa. ¡Qué persona, Hilario! Si la conocieras mejor te quedarías admirado. Créeme: no es ninguna exageración afirmar que carece de defectos.

Así hablando, llegó la hora en que debía reunirme con Genaro Zaldúa e Izaskun. Ayestarán delante del hospital para entregarles la tarjeta de entrada. Tomé el abrigo,

los guantes, la bufanda, y dije adiós a Cacharrito, a quien se me hace que le supo a poco la escueta despedida, pues enristrando repentinamente hacia mí, me estrechó con tanta fuerza entre sus brazos que, a no conocer su costumbre de prodigar afecto, pensara que le había acometido alguna pasión insana. Cariñosamente asió mi mano y la sostuvo entre las suyas mientras me escuchaba desearle un rápido restablecimiento. De nuevo me rogó llamar por teléfono a Josu Ruiz. Se lo prometí, para que me soltase, y me soltó. Camino de la puerta, al pasar entre las camas como un general que revistase con deleite una batería de carros de combate, me colmó la satisfacción de no estar enfermo. Puesta después la mano en el picaporte, me volví a mirar a Cacharrito. Lo vi sentado en el borde de la cama, con su bata de felpa, sus ojos atónitos, su expresión de bondad, y al punto me estremeció una ráfaga de remordimiento, más violenta que otras muchas anteriores, recordando aquella noche de noviembre en que, por venganza, le pintarrajeé el automóvil. Quise, pero no pude, dar el paso que me faltaba para salir de la habitación. Una a modo de sogas invisible, que tiraba de mí hacia atrás, logró arrastrarme, sin que yo pudiera evitarlo, hasta donde mi amigo se encontraba. Abrazándolo, le pedí perdón. No dijo nada, no se movió, seguramente no comprendía de qué culpa podía absolverme, y aunque estábamos uno delante del otro, se dijera que sus pupilas escrutadoras me habían perdido de vista. Fue la última vez que vi aquel año a Cacharrito.

Yo, la verdad, siempre he sentido un poquillo de aversión por la literatura femenina. Desde luego no tanta como Genaro Zaldúa, que a menudo se vanagloriaba de no tener en su vasta biblioteca, reunida con infalible y persistente habilidad, una sola obra escrita por mujer. No fue por razones literarias por lo que decidí acudir a la presentación del libro de aquella poetisa de nariz aguileña, sino porque había leído en el periódico que al término del acto los asistentes serían agasajados con un ágape. Pensé que deambular entre personas cultivadas, con un picatoste recubierto de caviar en la mano, redundaría en provecho de mi fama, y que en el peor de los casos, como no fueran la sed o el hambre, no tendría nada que perder. Figuraba en la nota de prensa, todo hay que decirlo, un nombre que me atrajo: el de un señor de quien había oído decir editaba libros de versos. Me pareció que me habría de acomodar conocerlo y aún más que él me conociera a mí.

Llegué a la sala de conferencias con quince minutos de adelanto. En aquel instante, la poetisa (una mujer de treinta o más años, envuelta en un vistoso abrigo de chinchilla) subía los cuatro o cinco escalones de la entrada principal. Acarreaba con dificultades una caja de cartón. No vi su caída. Cuando entré en el recibidor, uno de los asistentes al acto estaba ayudándola a levantarse, otro la consolaba y un tercero recogía los ejemplares desperdigados sobre la moqueta. No me pude detener a contemplar la cómica garulla de cuerpos agachados, pues por detrás venía pidiendo paso un hombre fornido y barbinegro que transportaba una caja similar a la de la poetisa. El hombre depositó la carga en el suelo y estrechó a la llorosa mujer contra su pecho. Docena y pico de personas, reunidas en varios corrillos, observaban silenciosamente la escena. A todo esto, la poetisa y el hombre que la abrazaba se enzarzaron en una esgrima de bisbiseos con atisbos de disputa. Yo me hallaba muy cerca de ambos y oí que ella musitaba: «mis tranquilizantes en el tocador». Él trataba de infundirle sosiego por la vía de zarandearla cada vez más fuertemente, al tiempo que rebatía con meneos de cabeza lo que fuera que ella le susurraba, de forma que era el hombre quien parecía tener mayor necesidad de ser calmado.

De repente alguien gritó mi apodo en la sala contigua. Por un momento juzgué imposible que la llamada, estentórea, por no decir bestial, estuviera dirigida precisamente a mí, que no pintaba nada en medio de aquella grave concurrencia, que no merecía la atención de nadie y que acababa de entrar en aquel santuario cultural punto menos que de puntillas. Como quien no quiere la cosa, me encaminé hacia el lugar de donde se me figuraba que había partido la llamada, deseoso de que quienquiera que había voceado, viéndome llegar se abstuviese de proseguir el escándalo. No lo conseguí. La destemplada voz pronunció de nuevo el apodo de marras, añadiendo si había yo ido allá a cenar. Pensé que el corazón se me salía por la boca. La poetisa y el hombre que la abrazaba se separaron sobresaltados, volviéndose hacia donde los demás también miraban. Media docena de espaldas y cogotes me

impedía ver a quien estaba montando a mi costa el numerito. Algunos comentarios reprobatorios a mi alrededor aumentaron mi bochorno. Me estremecí previendo la metralla de ojos enfurecidos que caería sobre mí en cuanto los presentes descubriesen que yo era el destinatario de la acusación de gorronería. La proximidad de la puerta me inspiró el propósito de escabullirme. Pero en esto el que había gritado volvió a llamarme, ahora por mi nombre, en tono mesurado y puede que hasta congraciante, y comprendí que no me quedaba más remedio que llegarme a él. Obedeciendo a un gesto de su mano, que me identificaba a vista de todo el mundo como el carota que se nutría de tentempiés ofrecidos en eventos culturales, fuimos mi vergüenza y yo a sentarnos a su lado, en una de las filas centrales de la sala de conferencias. Alguien rumoreó a mi paso:

—Son los de La Placa.

Y al punto comenzó a propagarse la noticia:

—Han venido los de La Placa. Han venido los de La Placa.

Por primera vez en mi vida me fue dado experimentar el calambre de saberse conocido, el cual me pareció que se sentía detrás de las orejas y, con particular intensidad, en los bordes del espinazo. El placentero cosquilleo no mitigó un ápice mi rubor; pero me ayudó a sobrellevarlo tanto como notar que los rostros de los concurrentes no traslucían hostilidad. No bien hube tomado asiento, se me reveló la causa de no haber reconocido antes el vozarrón de Genaro Zaldúa, y era que lo cambiaba el salir por una boca completamente vacía de muelas y dientes. Interesado al parecer en que yo no lo descubriera por mí mismo, mi compañero se apresuró a mostrarme la roja y apiltrafada orla de su sonrisa, al par que, socarrón, ufano incluso, declaraba que el dentista le había dejado la boca como un coño. La chusca comparación casi coincidió con el saludo de la poetisa. Vuelta la cara, me encontré de golpe con la de ella, tan próxima que pude percibir el vientecillo maloliente de su respiración. Me asusté, pensando que quería la mujer besarme, de suerte que espoleado por el instinto protector retiré la cabeza de una sacudida, como para defenderme del súbito picotazo de su nariz picuda.

La gente que hasta entonces había permanecido de pie en el recibidor entró tras la poetisa en la sala de conferencias y comenzó a dispersarse por las filas de asientos. Dos señores transportaban la caja rota, llena de libros, al estrado, en el centro del cual se veía una mesa cubierta con un mantel celeste. Acarreaba la otra caja el hombre que había abrazado a la poetisa. Esta se congratuló de nuestra presencia. Lamentaba, dijo, que «a nivel de artistas existiera en Euskadi tanta desconexión, a pesar de que todos estamos embarcados en una misma tarea de creación de una cultura, ¿no?». Añadió que nos conocía bien y que había leído con muchísimo interés algunos trabajos nuestros.

—¿Sí?, ¿cuáles? —le preguntó Genaro Zaldúa con ostensible retintín.

La mujer infló la boca, en prueba tal vez de que la tenía toda llena de respuesta, soltó aire y mencionó dos o tres publicaciones de La Placa en el periódico. ¿Y

nuestras revistas? Uy amá, pues no sabía que hubiéramos editado revistas, que cómo las podía conseguir, por favor que se lo dijéramos porque, lo juraba, ¡le caíamos tan bien! Confesó que estaba algo nerviosa. ¿Lo notábamos?

—Sí, bastante —le contestó Genaro Zaldúa, movido del cruel propósito de exasperarla.

Diqueló la nariguda las carlanças del desdentado. Visible en su rostro la inquietud, rogó con dulce gesto y con patente mansedumbre que no le reventáramos el acto, y como para persuadirnos de que la amistad con ella podría reportarnos grandes beneficios, en tono confidencial, luego que hubo vuelto la mirada a uno y otro lado con objeto de cerciorarse de que nadie la escuchaba, añadió que un pez gordo de la caja de ahorros le había prometido una subvención para editar una revista de literatura. Que si no nos animábamos a participar en la empresa. Genaro Zaldúa rebulló en su asiento. Extendidos los brazos, las palmas hacia arriba, hizo un ademán a manera de gran jerarca, al parecer en señal de cortesía, al tiempo que en nombre del grupo La Placa aseguraba a la poetisa toda la ayuda necesaria para su proyecto. Sacó después, de un bolsillo de su chaqueta de lana, una pluma estilográfica y anotó con ella, en el borde de un cartapacio gris que llevaba consigo, el número telefónico de la poetisa. Le dijo después, mintiendo, que no podía darle ejemplares de nuestra revista, porque los habíamos repartido todos; pero que perdiese cuidado, pues aún quedaban algunos en los quioscos de la avenida, que fuera allá a mirar y a lo mejor tendría suerte. Se despidió ella encantada, según dijo, de habernos conocido. Volvió el triste rictus y la nariz aguileña hacia el que la había abrazado, le mandó venir y que nos entregara sendos libros, tras lo cual se encaminaron juntos al estrado, la poetisa delante, sonriendo y saludando a los poco más de veinte concurrentes esparcidos por la sala. Sobre el estrado los esperaba un señor de barba entrecana y ojos saltones, a quien la poetisa estampó un beso en el moflete. Le pregunté a Genaro Zaldúa si aquel señor era el que decían editaba obras de poetas, a lo que respondió mi compañero con mucha guasa que no sabía de nadie allí presente que fuera editor, pero que si por casualidad yo guipaba alguno, que se lo hiciera saber enseguida, porque al instante habría de ir a sentarse a su lado.

—Lo mismo me da que sólo publique libros de versos, que yo, partiendo los renglones por la mitad, haré pasar mis cuentos por poemas.

Después, como le disgustase que los del estrado, entretenidos en cuchicheos y escuchitas, demoraran el inicio del acto, me susurró al oído: r

—No me sienta bien la sopa fría, conque voy a disponer que comience la función.

Y sin más ni más se puso a aplaudir con mucha fuerza. El escaso público secundó al instante la ovación y de este modo la broma surtió el efecto deseado. Sorprendida por las inesperadas muestras de homenaje, la poetisa agradeció el aplauso mediante una brusca reverencia. Hizo una seña imperiosa al hombre que la había abrazado para que se retirase; luego otra, amable, pero igualmente ostensiva de nerviosismo, al de las barbas rucias, invitándole a sentarse junto a ella a la mesa, y una tercera a un

adolescente provisto de guitarra, a quien indicó el lugar donde debía colocarse con la silla. Y tomando en esto el barbicano la palabra, inflamado de grandilocuencia declaró que constituía un honor para él, después de innumerables años de dedicación a la cultura vasca, presentar en público a la autora de *A la sombra de un álamo iluminado por tus ojos*, que así se titulaba el libro de la poetisa, a quien estuvo el hombre ensalza que te ensalza por espacio de cinco o seis minutos, mientras Genaro Zaldúa hacía exactamente lo contrario junto a mí, hablando entre dientes o, por mejor decir, entre encías, muchas y muy malas cosas de las mujeres metidas a escritoras, y de paso contra la poesía. Días después, un escrito suyo en el periódico, sobre el mismo tema, suscitó una riada de protestas. Cometió la ruindad de firmarlo con el nombre de Izaskun Ayestarán, de suerte que a ella fueron dirigidas las furiosas réplicas, sin que le sirviera de nada enviar al director una carta de autoexculpación, pues no se la publicaron. Vertía Genaro Zaldúa en su escrito asertos similares a los que el sábado anterior me había susurrado al oído en la sala de conferencias. «El género poético», afirmaba, «es adecuado para nosotras las mujeres, por cuanto proporciona campo ancho a la futilidad, la cursilería y la propensión al chisme sentimental que conforman la parte nuclear de nuestro carácter. Pero también, seamos sinceras, porque de todas las actividades creativas humanas ninguna requiere tan poca constancia, trabajo, erudición y cerebro como la poesía.» Y unas líneas más abajo: «Los demás géneros, particularmente los de índole científica, nos están vedados, sea porque en ellos no es admisible el uso de vocablos con el fin de no decir nada, sea porque exigen raciocinio, extremos ambos que exceden en demasía a nuestras limitadas aptitudes intelectuales. No hay que olvidar que el poema es el punto de intersección entre la ignorancia y el narcisismo. En todo tonto que se gusta palpita el corazón de un lírico». Puesto a zaherir, continuaba: «Con una falta absoluta de honestidad, llaman misterio a la confusión y al sinsentido; al pedazo de línea, verso; al tralará escandido, ritmo; inspiración al concadenar tres adjetivos a la ventura, y al tener una miaja de significado lo que escriben lo llaman luz. Se ve que son escritores lámpara, con vocación de colgar del techo». Y concluía: «El panadero cuece pan, el trompetista toca su instrumento, el albañil pone ladrillos. Hacen cosas. Lo nuestro es lamentarse. Nos lamentamos sin descanso de que nadie nos comprenda. Pamplinas. Se nos comprende demasiado, y tal es hoy como ayer nuestro mayor problema y la causa principal de que las obras de los poetas sólo las lean los poetas».

Comenzado el recital, el sonido arrullador de la guitarra, la atmósfera mortecina y la agradable temperatura reinante en la sala adormecieron a Genaro Zaldúa, que ostensiblemente se repanchigó en su asiento no bien la poetisa emprendió la declamación de su primer poema.

—Lo que faltaba —dijo para sí al oír el título del segundo.

Apoyó la frente en una mano, con la que al mismo tiempo ocultaba los ojos, y en un santiamén se quedó traspuesto. Algunos conatos de ronquido me alarmaron. Primero los gritos extemporáneos, ahora la cabezada: ¿qué vendría después?

¿Tramaba mi compañero una provocación, como había temido un rato antes la poetisa? Se me figuraba a mí que debía de faltar poco para que al público se le agotase la paciencia. En pensamiento vi cómo Genaro Zaldúa y yo éramos arrastrados a viva fuerza fuera del local por un grupo de asistentes, entre los cuales destacaba a causa de su brutalidad el famoso bienhechor de los poetas, el que les costeaba de su peculio la edición de versos, movido de una pasión desbordante por la gaya ciencia. Sus puñetazos eran los más certeros, sus patadas las más dolorosas, sus insultos los más vejatorios. Y cuando todos nuestros agresores habían dado por terminada la trepa y volvían desagraviados a sus asientos en la sala de conferencias, dejándonos tendidos en la calle con la cara ensangrentada, él proseguía a solas la paliza. Nos escupía, nos pateaba sin piedad. De pronto Genaro Zaldúa le hacía saber con un hilo de voz estertorosa que a su juicio un patrocinador de poetas carecía de competencia para premiar y mucho menos castigar a un escritor de cuentos y novelas, y le pedía que cesara en el abuso, que en todo caso me golpease a mí, por ser de los dos el único que practicaba el arte que él protegía y auspiciaba. El policía poético, visiblemente corrido, solicitaba perdón a mi compañero. Ayudándole a levantarse, le imploraba volviese al local de donde, a causa de una lamentable equivocación, lo acababan de sacar como a un perro apestado, y disponía que le sirviesen una ración doble de refrigerio. Acto continuo se ensañaba conmigo y me decía, entre sopapo y puntapié, mordiendo rabiosamente las palabras, que en adelante ya sólo me cabría esperar el consuelo de una gloria póstuma, porque de publicar un libro, como no me saliera un editor en la punta del Aconcagua, ya me podía despedir para siempre.

Sumido en estas fantasías, se me ocurrió volver el rostro en derredor, convencido de que me hallaba en el centro de un círculo de miradas hostiles, y no sin sorpresa descubrí que en ninguna parte adonde alcanzaba con la vista existía razón que justificase poco ni mucho mi desasosiego. Me di asimismo cuenta de que en realidad la postura de mi durmiente compañero no tenía por qué antojársele a nadie escandalosa, ni siquiera incorrecta, sino, muy por el contrario, plausible y digna. La frente reclinada sobre una mano, ¿no representa el ademán pensativo por excelencia? Incluso a mí, que me hallaba a su lado, me parecía por momentos que Genaro Zaldúa se esforzaba por engolfarse en las palabras de la recitadora; esfuerzo que, dicho sea de paso, no habría estado en absoluto de más, por cuanto a nuestra espalda se oían murmullos, vocecillas y otras señales reveladoras de que por aquella parte oscura se parloteaba en abundancia. Por si todo ello no fuera motivo suficiente para recobrar la serenidad, me fijé también en que al menos dos espectadores, cinco o seis filas atrás, estaban arrellanados en sus asientos como Genaro Zaldúa en el suyo, y aun juraría que con mayor abandono.

Apenas me vi libre de inquietud, acudieron a mi mente las burlas de Genaro Zaldúa a costa de la poesía y los poetas, y a vueltas con ellas me tomó un grandísimo enojo pensando que también estaban dirigidas contra mí. Me di entonces a discurrir algún arbitrio para perjudicarlo, y como reparase en que se le había caído al suelo el

cartapacio gris, por resarcirme se lo pisé. Me supo a poco el desquite y urdí una martingala con el objeto de atraer la atención de los circunstantes sobre mi amigo y que todo el mundo advirtiese que dormía. Comencé a toser, a carraspear y moverme; pero en breve desistí, abrumado por el temor de alcanzar lo que pretendía. Saberme cobarde aumentó mi rabia. Ebrio de ira, me volví hacia Genarito Pichablanda, el hijo de los ladrones, e imaginariamente lo maté clavándole en el cuello un aguijón venenoso de treinta o cuarenta centímetros de longitud, que me salía de la frente. A tiempo de expirar, Pichablanda contrajo los músculos faciales y profirió un agudo alarido. La muerte perpetuó a continuación aquella mueca de espanto. La tez de mi víctima se había tornado cárdena por efecto de la ponzoña. De su boca manaba espuma pestilente. No tardó en arremolinarse a nuestro alrededor un nutrido grupo de curiosos. El horror dilataba sus pupilas. Permanecí inmutable.

—Mi amigo —expliqué con gélida serenidad— ha pagado con la vida su desprecio por la poesía.

Mis palabras desencadenaron una granizada de aplausos. Estreché manos, abracé y fui abrazado. Varias personas se prestaron a trasladar secretamente el cadáver hasta el vertedero municipal. Alguien me tendió un pañuelo perfumado para que me limpiase el aguijón tinto en sangre, alguien una copa de champán. A ruego de la poetisa subí después al estrado, donde al son de la guitarra recité una selección de mis mejores poemas. El público no cabía en sí de entusiasmo. Corroído por los celos, el hombre que había abrazado a la poetisa trataba de sobornarme: quince mil pesetas si no me acostaba con su novia. Sin tiempo de responder, se desvanecieron mis ensueños y al punto todo volvió a ser como antes.

Ya no sentía enojo. En realidad, ¿qué me importaban a mí las opiniones y prejuicios del cavernícola sin dientes que dormitaba a mi lado? Tampoco los armarios leen poemas: ¿he de ofenderme por ello? La proverbial tosquedad de Genaro Zaldúa hubiera debido inspirarme, en todo caso, una sonrisa de lástima, y a lo mejor ni siquiera eso si, como había afirmado Josu Ruiz durante una de nuestras urgulinas del verano, su menosprecio de la poesía era comparable al reconcomio de un inválido que, condenado de por vida a la silla de ruedas, echara pestes contra el atletismo. Decidí ahuyentar el enjambre de cavilaciones que desde hacía media hora no me daba reposo y dedicar toda mi atención a los versos de la poetisa. Así hice y, de entrada, los hallé tan de mi agrado, que por mejor sacarles gusto y entenderlos me di a seguir la recitación en el ejemplar que había recibido de obsequio. La luz escasa dificultaba la lectura; pero pensé que valdría la pena esforzar la vista. Me contentaba manosear el librito, olerlo y hojearlo. No era fácil encontrar los poemas. La falta de un índice complicaba la búsqueda. Y así, cuando por fin localicé la página que leía la poetisa, ya sólo le quedaban tres o cuatro versos por recitar. El joven guitarrista, interpretando por lo visto erróneamente uno de tantos ademanes con que la mujer acompañaba la lectura, floreó brioso los bordones de su instrumento y enseguida los oprimió con la palma para acallar de golpe el trémolo. Cometió el fallo de terminar antes de tiempo,

de suerte que el verso final («y que tu corazón viril alumbre la distancia nocturna de mi cama») sonó huérfano de música, poniéndome en la senda de descubrir lo que una ojeada atenta al libro me reveló a continuación con nitidez: la insufrible mediocridad de aquella escritora sin talento. Trivialidades, ñoñeces, cacofonías y ripios sin cuento hallaban camuflaje entre los gratos acordes de la guitarra, leído a cuyo compás se me hace a mí que hasta el listín de teléfonos habría cobrado apariencia de poesía. Despojada del ornamento musical, la obra de la poetisa quedaba reducida a lo que en verdad era: una pepitoria estomagante de versos aderezados conforme a la receta culturalista que por aquella época había llenado el país de poetas superferolíticos, al parecer muy eficazmente antologados. Cerré el libro y lo arrojé al suelo, cerca de donde se le había caído el suyo a Genaro Zaldúa. La poetisa anunciaba en aquel momento otro poema. Declaró que «a nivel sentimental» significaba mucho para ella, y antes de emprender la lectura permaneció por espacio de varios segundos en actitud recogida, los ojos cerrados como a la espera de entrar en trance. Con esa pose habría de aparecer al día siguiente en el periódico, retratada por un hombre pequeño que acababa de llegar a toda prisa a la sala y disparó con su cámara una ráfaga de fucilazos desde el pasillo lateral. El malentendido, en que, a juicio de Cacharrito, consiste la fama, seguía su curso. En plena recitación, el hombre que había abrazado a la poetisa abandonó su asiento de la primera fila y, encorvado como un chimpancé, corrió a entregarle un ejemplar del libro al fotógrafo. Minutos después terminó el recital. El público próximo al estrado, cómplice de la farsa, puesto de pie prorrumpió en aplausos, que la diva agradecía haciendo reverencias. También yo aplaudí, pero vuelto hacia mi compañero, tanto por tocarle diana a la oreja como por celebrar su determinación, que ahora se me antojaba prudente, de capear el tostón dormido. Genaro Zaldúa se despertó con sobresalto, dio un aplauso muy fuerte, seguido de otro moderado y de un tercero que casi no sonó. Tras recoger sus cosas del suelo, y con ellas mi libro, me encareció que lo llevase todo el tiempo conmigo, pues barruntaba que la poetisa, con achaque de escribirnos la dedicatoria, intentaría averiguar si aún lo conservábamos, como en efecto sucedió. A su pregunta de si se había quedado dormido durante el recital, le respondí que no me era posible saberlo, ya que acababa de despertarme. Rompiendo a reír de buena gana, afeó mi conducta, tildándola de rayana en la apostasía. Menos por defenderme que por seguir su broma, le pregunté si le habían complacido los poemas de la mujer, a lo que sin vacilar contestó que unos habían sido más de su gusto que otros. Dicho esto, abrió al azar el libro, y hundiendo un dedo entre dos páginas cualesquiera, sin fijarse en lo que señalaba afirmó que de todos los poemas aquél era su favorito.

Murmullos de admiración sonaron en la sala tan pronto como un conserje, vestido con uniforme gris, recorrió una cortina al fondo del recibidor. A la vista de los concurrentes apareció una mesa cuajada de manjares. Genaro Zaldúa me sacó a empellones de la fila, diciendo:

—Corre, corre, que ahora es cuando dan poesía de la buena.

Por fin me pudo adelantar y en dos zancadas llegó de los primeros a la mesa. Comía vorazmente cuando poco después me puse a su costado. Con calma tomé un palito salado de los que había dentro de un cuenco. Para evitar que se me reputase de tragón, lo sostuve unos segundos delante de los ojos, como si hiciese pensamiento de examinarlo al trasluz, de forma que por cualquiera fuese advertida mi templanza. Genaro Zaldúa interpretó que la timidez me volvía inapetente.

—Aquí todos son gorriones —dijo en voz no muy baja—. Atibórrate si no quieres dar que hablar.

Miré en torno y vi que tenía razón. Los más zampaban sin vergüenza, algunos como si llevasen varios días de ayuno forzado. De esta especie era el fotógrafo, que atacaba las lonchas de pernil igual que si les tuviese odio. Comiendo a dos carrillos, entablaron él y Genaro Zaldúa conversación. Yo no podía oírles por causa del barullo; pero no hay duda que mi compañero supo conciliarse la simpatía de su interlocutor, quien en el comentario de prensa aparecido al día siguiente habría de escribir que «entre las personalidades que acudieron a la presentación del libro destacaba el novelista Zaldúa, cabeza del conocido grupo La Placa, el cual aseguró al enviado de este periódico que el poemario de nuestra querida escritora viene a confirmar su idea de que hoy día la calidad literaria de los poetas vascos se acerca mucho al nivel europeo».

El conserje y una mujer se encargaban de llenar, aquél con vino tinto, ésta con cava, las copas que a su paso les alargaban los asistentes. Vacía la botella, iban en busca de otra. Topaban entonces conmigo, ya que no por casualidad me había colocado junto al hueco donde guardaban la provisión de bebida. Estaba bastante ebrio cuando Genaro Zaldúa, de vuelta de su plática con el fotógrafo, se llegó a mí comiendo saladillas que antes de introducir en la boca, donde la faltaba lo necesario para triturarlas, desmenuzaba con los dedos. Muy ufano, manifestó que al día siguiente nuestros nombres figurarían en el periódico. Para celebrarlo me arreó un codazo en la cintura, que pensé me hincaba una estaca. Se empeñó después en demostrarme que conocía a la mayor parte de los presentes y al oído me susurraba: ése es del Partido Socialista; aquél, miembro del jurado del Ciudad de San Sebastián. Yo me volvía a mirar hacia donde él señalaba; pero, nublado por el alcohol, no lograba discernir a los aludidos entre la masa bulliciosa de comilones.

La poetisa, mientras tanto, vagaba como una mariposa de corrillo en corrillo, libando aquí y allá el dulce néctar de las alabanzas. Fumaba un cigarrillo postinero, de color azul y filtro dorado. Lo apartaba de los labios para saludar; sostenía un breve diálogo, que indefectiblemente la hacía reír, y una vez dedicados los ejemplares que por delante de ella iba repartiendo el que la había abrazado, se acercaba a representar la misma escena junto al grupito siguiente. Al fin llegó a nosotros, exhaló una bocanada plena de coquetería y nos preguntó si había sido de nuestro agrado el recital. Genaro Zaldúa se apresuró a complacerla, dedicándole sin vacilar un elogio desmedido. Ella correspondió con sendas dedicatorias ditirámicas en los libros que

nos había regalado. Reiteraron los dos su deseo de volverse a ver y de trabajar juntos en el futuro; tras lo cual, agradecida y satisfecha, se despidió la poetisa. Apenas se hubo alejado unos pocos pasos, Genaro Zaldúa me susurró al oído:

—¡Qué fea es la pobre!

En el cruce de Hermanos Iturrino con Easo pensé que, como allá se bifurcaban por última vez nuestros caminos, nos despediríamos. Se había hecho ya de noche y caía una intensa helada. Lejos, por la Parte Vieja o el Boulevard, sonaba de vez en cuando el estampido de algún disparo. Cruzamos la calle solitaria, y sin decirnos palabra ni haber tomado acuerdo de ir juntos a ninguna parte, seguimos andando en la dirección de mi barrio, lo que me dio sospecha de que algún propósito embozado apartaba a mi compañero de su rumbo. Al recuerdo me vino que por aquellas casas vivía don Dionisio Echániz. Considerando que a primera hora de la noche el viejo maestro parece que acostumbraba salir de paseo con el gozquecillo, supuse que Genaro Zaldúa habría hecho el ánimo de toparlo para calentarse las manos en su cara seca y después volverse. Ya estaba persuadido de ello cuando, a tiempo de atravesar la plaza de Zaragoza, me reveló lo que recelo no había querido contarme antes por si se daba la fortuna de perderme de vista y así correr a solas en pos de sus calladas pretensiones. Y era que se proponía mostrarle unos dibujos que guardaba en el cartapacio gris a no sé qué pintor de fuste avecindado en el barrio del Antiguo. Ni lo conocía en persona ni le había anunciado la visita. No pude menos de asombrarme. Él, que me estaba escudriñando con aquella mirada suya capaz de perforar el hueso de la frente, adivinó mis pensamientos, y con arrogancia y mucho toldo dijo de sí que no era hombre que se plegara a formulismos. Me largó una lección de mundología: que si el secreto del éxito radica en la audacia, que si notables talentos se malogran por causa de la timidez, que si para triunfar conviene ser un poco malo y a veces no tan poco. Afirmó que él se bastaba a sí mismo para recomendarse en cualquier lado, aparte que esa noche llevaba como cartas receptorias sus dibujos, los mejores que a su juicio se habían visto por la zona en mucho tiempo, Y no porque fueran suyos. Abrigaba grandes esperanzas de conseguir, mediante la amistad y trato con el pintor, pared en alguna sala de exposiciones de San Sebastián, que tal era el provecho que deseaba obtener de la visita. De paso cenaría lo que le ofreciesen. Al decirlo se esparrancó sin disimulo. Colegí que ventoseaba y, la verdad, no podía sorprenderme que después de tanto que acababa de embocar a expensas de la poetisa nariguda, hubiera de hacer hueco en la barriga a una nueva refacción. Concertamos ir juntos hasta el Antiguo, que a fin de cuentas me pillaba de paso, a pie por haber sido los autobuses de línea retirados de la circulación como consecuencia de los disturbios, aunque, conociendo la tacañería de mi compañero, dudo que se hubiese avenido a gastar dinero en un billete.

No me había sentado bien la mezcla de vino y cava ingerida al término del recital de la poetisa. A decir verdad, me sentía no tanto borracho como enfermo. Con el golpe de brisa glacial que me atravesó la ropa apenas llegamos al paseo de la Concha, terminé de destemplarme. A los pocos pasos me sobrevino una arcada. No tuve tiempo de arrimarme al tamarindo. Me dio un violento repeluzno y al instante la

gorgozada vaporosa se desparramó sobre los baldosines de la acera. Temblaba de frío, de asco. Incapaz de moverme, inhalé durante dos o tres minutos mis propios vahos nauseabundos, al par que con el rabillo del ojo veía el cordón suelto de una bota de Genaro Zaldúa, que estaba parado junto a mí, contándome como si tal cosa que Josu Ruiz le había remitido una carta por correo en la que le solicitaba la reconciliación. Ni siquiera pensaba contestarle.

—Por cierto —añadió con retintín, dándome una palmada más bien recia en la espalda—, fui a despedirme de Cacharrito y ¿a que no sabes la última noticia? El Cojo y la Roja han disuelto su vínculo ideológico-venéreo. ¿No te decía yo hace un rato que hay que ser astuto para abrirse camino en la vida? Fíjate en la tía esa. Se adueña del piso y descarga al memo al otro lado de las olas.

Me arreó una nueva palmada.

—Se me ocurre que a lo mejor tú podrías aprovechar el pasaje que le sobra al Cojo. Tengo entendido que hacíais muy buenas migas. Dicen que os juntabais con frecuencia a solas. En fin, ignoro si te percatabas de que semejantes secretesos y confabulaciones perjudicaban seriamente la convivencia dentro de La Placa. Quiero suponer, sin embargo, que por tu parte no existía mala fe ni deseos de joderme, como era el caso del Cojo Ruiz, y espero que en adelante sabrás conducirte de una manera más solidaria con respecto a tus compañeros. ¿No crees que el grupo anda necesitando de un cerebro director? Quizá, si has terminado de cambiar la peseta, podrías indicarme a cuál de los actuales miembros de La Placa juzgas idóneo para asumir tan magna responsabilidad.

Sin aguardar la respuesta, que previsiblemente no le interesaba, dio media vuelta y reanudó la marcha. Comprendí que con él se alejaba mi porvenir de escritor, mi fama que aún no había nacido, pero que ya nacería, y mi única posibilidad de conocer a personas influyentes. Entre mí lamenté que no me hubiera golpeado. Estaba convencido de que una mano de bofetadas habría servido para que él lograra su desquite y yo mi paz. Escupí una flema violácea y me puse a andar, la boca agria, el pecho abrasado por la rescoldera. A la altura del hotel Niza di alcance a mi compañero. Temeroso de su conversación y sus ojos, caminé un largo trecho a su zaga. Poco antes de llegar al túnel de Miramar, se detuvo junto a la barandilla y sin más ni más, imitando a los lanzadores de disco, arrojó a las olas el libro que le había regalado la poetisa. Me miraba, altivo y burlón, expeliendo densas vaharadas, la escasa tez visible de su peludo semblante enrojecida por el frío. Colegí que me apremiaba a deshacerme de mi ejemplar. Me apresuré a darle gusto. El libro cayó al agua aleteando frenéticamente. El mar en calma lamía en silencio las piedras del muro. A lo lejos, por detrás de las torres del ayuntamiento, se veían ascender anchas columnas de humo. Oíamos estampidos sueltos, atenuados por el revoltijo de músicas alegres que se difundía desde los bares de la Cuesta del Culo. Enfrente, la isla iluminada, perfilándose en la vasta extensión del mar a oscuras, y por encima de luces y tinieblas, de ruidos y silencios, de desórdenes callejeros y juergas sabatinas, la

noche gélida con su cielo raso, rebosante de estrellas indiferentes.

Genaro Zaldúa me pidió un cigarrillo.

—Que un tío prosaico como yo —dijo—, a quien la poesía se la refanfinfla bien refanfinflada, tire un libro de poemas al mar, pase. ¡Pero, hombre, que lo hagas tú, que vas por la vida exhibiendo sueños de poeta! ¿Acaso reniegas de tu fe?

—Reniego —respondí impensadamente, con una rotundidad que no pudo menos de causarme asombro.

—¿Debo interpretar que nunca volverás a escribir versos?

—En adelante me dedicaré a la prosa, como tú.

Ancha sonrisa y palmada en señal de aprobación. Echó de nuevo a andar y yo tras él, y en esto, sin volverse ni pararse, envuelto en la penumbra del túnel, me dijo, no sé si en broma o en serio, aunque más bien en serio:

—¿Sabes, Hilario? Debería tirarte al agua por las canalladas que solías hacerme de niño.

Minutos después llegamos al portal de la casa donde vivía el pintor, al comienzo de la calle de Matía, dentro del barrio del Antiguo. Habíamos subido dos o tres tramos de escalera, cuando Genaro Zaldúa colocó su mano abierta en mi pecho y dispuso que lo esperase abajo. La explicación cayó desde varios pisos más arriba:

—Apesta a vinagre.

Esperé fumando en la oscuridad, sentado sobre un frío escalón de mármol. Entre mí me dije que había sido grave imprudencia renunciar a la poesía delante de mi compañero. Que en el futuro yo seguiría escribiendo versos estaba fuera de toda duda; pero, ¿tendría valor de mostrárselos a mis amigos? Y si no es a los amigos, ¿a quién va a enseñar uno sus versos? Y si no pueden enseñarse, ¿para qué escribirlos? Con indecible torpeza acababa de ingresar en una suerte de clandestinidad. Estaba tan furioso que me abofeteé.

A Genaro Zaldúa le costó casi un cuarto de hora cansarse de llamar al timbre. Bajó profiriendo maldiciones, seguro de haber visto luz por la rendija de la puerta. Con ánimo de resarcirse, orinó abundantemente sobre la alfombra que cubría gran parte del suelo del portal. La trastada lo puso de buen humor, de suerte que salió a la calle sonriendo. Me dio el aire de que podría encajar una cuchufleta y le dije por decir y por puntillo:

—¡Quién supiera cabalgar en bolsas de basura!

Extrañado, me preguntó a qué venía aquello.

—No, nada —le respondí—. Desde hace quince minutos intento despoetizarme.

Le complació la ocurrencia, que le recordaba cierto procedimiento para ridiculizar la poesía, del cual, por ser invención suya, se sentía harto orgulloso. Lo designaba con el nombre de gurguño. El gurguño, comenzó a explicar mientras caminábamos por la calle adelante, consistía en una caricatura de verso. Su gracia dependía de que el gurguñista atinase a combinar hábilmente una secuencia breve de lírica convencional con un elemento antiestético. Consideraba que yo debía ejercitarme a

toda costa en aquella modalidad del feísmo literario, convencido de que no existía medio más eficaz para curarse de fiebres poéticas. Yo, como advirtiese que llegábamos al final de la calle, empecé a asustarme recelando que mi compañero maquinara meterse en mi casa aquella noche. Impelido por un creciente temor, propuse que nos sentáramos en el pretil, al borde de la plaza de Venta Berri. ¡Menos mal que aceptó! La plaza se hallaba desierta, sin otra iluminación que la de los distantes faroles de la calle de Matía. Una enorme farola de cinco globos, apagada, se erguía en su centro. De la fábrica de cerveza, a nuestra espalda, donde yo había trabajado de temporero durante el verano, nos llegaba un intenso olor a cocción de cebada. Sentados sobre la piedra que ya empezaba a recubrir la escarcha, Genaro Zaldúa se empeñó en que debíamos jugar a los gurguños. Estaríamos a varios grados bajo cero. Oídos unos cuantos ejemplos, aseguré que ya comprendía y acto seguido nos dimos a soltar mano a mano ristas de chabacanadas que tanto entusiasman a mi compañero. Él, como más práctico, sabía repentizarlas con prontitud, y, aunque maldita la gracia que me hacían, yo se las premiaba todas riendo. Tengo capricho de transcribir a seguida los diez primeros gurguños de una lista de más de doscientos que me entregó a los pocos días:

Te mandaré palomas ciegas por las vías férreas de mi alma.
Penaltis aterciopelados en la colina.
Labios sensuales como helicópteros.
Deja, mi amor, que el mar deposite rosicleres vibrátiles en tu fémur.
Hipotenusas oxidadas cual pituitarias estruendosas llamándome.
Adolescentes con muletas al caer la tarde.
Con el ardor inquebrantable de un recogepeleto vasco en un claro de luna.
Arroyos cristalinos donde humean sargentos desolados.
Oh, la cordura tempestuosa de tu caparazón.
Ingrávidos electrodomésticos gorjean con pasión en la cancha.

Así entretenidos, nos cogió la medianoche. Hacía largo rato que no veíamos transitar a nadie por la calle. De pronto atrajo nuestra atención una figura solitaria, que, perfilada borrosamente en la tiniebla, venía hacia nosotros tambaleándose, sin duda a consecuencia de una cogorza descomunal. Caminaba con tantas dificultades que parecía milagro que no se desplomase. Los faros de un taxi veloz alumbraron fugazmente al borracho. Capté un detalle: tenía puesta una boina. La idea de divertirnos a costa del pobre diablo partió de Genaro Zaldúa. Al punto convine en ello. Saber que la noche albergaba un ser humano más débil que yo despertó mi crueldad. Enseguida enristramos hacia el fantoche, que no dio la menor muestra de sentirnos llegar. Sin decir palabra, Genaro le arrebató la boina y la arrojó al centro de la carretera. Después empezó a mofarse de él, a zarandearlo con designio de que perdiese el equilibrio. El hombre se dejaba humillar en silencio. Puede que ni siquiera

se percatase de lo que sucedía. Yo me puse a mirarlo con una especie de furor fruitivo. Su debilidad e indefensión me enardecieron. Una aguda punzada en el estómago acabó de enajenarme. Para cuando me quise dar cuenta, ya el hombre, que había recibido mi puñetazo en pleno rostro, yacía inmóvil sobre la acera. Genaro Zaldúa quedó paralizado. Barrunto que no abrigaba el propósito de llevar tan lejos el pasatiempo; pero después de mi ataque brutal cambió de parecer: a fin de cuentas el juguete estaba servido, era dócil, silencioso y muy fácil de manejar. A petición suya, traté de poner de pie al infeliz, que pesaba como una viga. Con mucho esfuerzo conseguí tan sólo sentarlo. Mi compañero le propinó a continuación una pega de patadas. El hombre cayó de espaldas, emitiendo un sordo gemido.

—Mira si lo puedes levantar —susurró Genaro Zaldúa—. Antes de irme quiero sacudirle un buen mamporro.

Me agaché para llevar a cabo lo que mi compañero me había pedido. Fue en ese instante cuando hice el espantoso descubrimiento, al llenárseme la nariz de aquel hedor nauseabundo que nadie podía conocer mejor que yo. El corazón me sacudió un violento latigazo. Mi mente sólo era capaz de un obsesivo pensamiento: evitar a todo trance que Genaro Zaldúa identificara a la persona que estábamos maltratando. Ofuscado por el temor a que un cambio repentino de mi conducta le infundiera sospechas, me di a descargar manotazos y puñadas en la cabeza de mi padre, con tan descompasado ensañamiento que el propio Genaro Zaldúa se asustó e insistía en que parase, diciendo que ya bastaba, hostia, que vas a matar al viejo. Al fin aferró mi brazo y de un recio tirón me apartó a un lado. Murmuraba arropelladamente: que si me había propasado, que si por mi culpa nos íbamos a meter en un gran lío. Dispuso a continuación que nos largáramos de inmediato, y así hicimos, cada cual a todo correr para su casa.

Largas horas permanecí asomado a la ventana, oteando la calle por ver si venía. Los remordimientos me mortificaban. Dieron las dos, las tres, las cuatro de la madrugada. A esa hora, considerando que seguiría tumbado a la intemperie, tal vez herido de gravedad o congelándose, resolví salir en su busca. Apenas hube recorrido un trecho de calle desierta, pensé que no iba a resultar fácil hacerse el encontradizo con naturalidad. Eso en el caso de que el padre estuviera consciente; porque, si no, ¿cómo explicar al médico de urgencia o a la policía que precisamente yo, el hijo de la víctima, había encontrado a ésta por casualidad en aquel sitio oscuro? Tampoco podía descartarse que el padre, a pesar de la curda, me hubiese reconocido mientras lo vapuleábamos. Fue este pensamiento el que, finalmente, me determinó a retroceder.

El alba despuntaba cuando el ruido de la llave en la cerradura me despertó. Traía el padre el rostro deformado por la hinchazón con un churrete de sangre seca o quizá helada desde la sien hasta el cuello. Sólo después de oírle decir que creía haberse caído en una zanja tuve valor de mirarle a los ojos. Su única preocupación era que la Petra, a mediodía, lo iba a regañar.

El cerebro director, con la boca llena de bizcocho, resumió las instrucciones del juego:

—Cada cual emprenderá por su cuenta, durante los próximos cinco días, actividades encaminadas a dar publicidad al grupo. Pasado ese plazo, nos volveremos a reunir, cotejaremos los logros conseguidos y determinaremos quién es el ganador.

Él jugaba con la ventaja de saber que al día siguiente los periódicos de la ciudad publicarían la noticia de su triunfo en un certamen de cuentos patrocinado por el ayuntamiento de Badajoz. El Pulcro Matallana le transmitió su más cordial enhorabuena tratándolo de usted, y con fingida gravedad quiso cerciorarse de si el formidable acontecimiento se había producido efectivamente en Badajoz. Genaro Zaldúa encajó la guasa con aire de suficiencia. Le seguían disgustando los concursos, pero, ¿qué queríamos?, estaba hasta el gorro de llamar en balde a las puertas de los editores. A. su lado, ensimismada, murria y con todo el aspecto de vivir sin vivir en sí, Izaskun Ayestarán se enjugó el viso lacrimoso que cada diez minutos velaba sus pupilas. Dueño del cotarro, Genaro Zaldúa concadenaba oraciones de subjuntivo, enrevesadas y grandilocuentes, y a su sombra ella se mordía de vez en cuando el labio, sufriendo no se sabe qué especie de pesaras cavilaciones, mientras encendía cigarrillos que después no fumaba.

Al día siguiente, el Pulcro me citó por teléfono en una calle próxima a la catedral. Había concebido, según dijo, un proyecto genial cuya realización dependía en gran parte de mi ayuda.

—El único problema es que, si lo llevamos a cabo, tendremos que aguantar durante mucho tiempo el acoso de la envidia.

Me figuré que tramaba sonsacarme dinero; pero aun así le aseguré mi colaboración, lo uno porque me prometió presentar a nuestros camaradas aquello que se traía entre manos como obra también mía, lo otro porque desde un comienzo me confité con los augurios halagüeños que me infundió la palabra *genial*.

El Pulcro llevaba esa tarde el Giocondo, que era una ingeniosa artimaña para hurtar libros, consistente en un grueso tomo de enciclopedia en cuyo interior Genaro Zaldúa, su artífice y propietario inicial, había labrado con estilete y cuchilla una oquedad en forma de rectángulo. La portada ostentaba una reproducción de la Gioconda de Leonardo da Vinci, la cual daba nombre al librote. La imagen correspondía exactamente a las medidas del hueco oculto, de forma que si se colocaba sobre ella, con el pretexto de ojearlo, el ejemplar apetecido, podía saberse con antelación si éste cabía o no en las entrañas del mamotreto. Oí decir que era un instrumento de hurto poco sospechoso; pero tenía la pega de limitar el botín. Por este motivo, Genaro Zaldúa, que practicaba con preferencia la caza mayor, resolvió deshacerse del Giocondo, entregándoselo, a cambio de no sé qué favores, al Pulcro Matallana. De uno de los dos era la máxima: «El libro grande se come al chico».

Mientras buscábamos cobijo donde parlamentar sobre su propósito a resguardo del fuerte viento que soplaba, el Pulcro no me supo referir la clase de desventura que por aquellas fechas acongojaba a Izaskun Ayestarán. Tenía conocimiento de que nuestra amiga acostumbraba redactar intimidades en un diario. ¿Qué tal si nos concertábamos para afanarle las llaves y efectuábamos un registro secreto en la morada de la melancólica? Me apresuré a escandalizarme e hice una defensa hipócrita de la lealtad, lo que me valió el apelativo de melindroso. Acoquinado por mi firme amenaza de revelar a Izaskun la sórdida maquinación, el Pulcro se desdijo y enseguida cambió de tema.

En el soportal de la calle de San Martín, enfrente del Buen Pastor, simulé ponerme en autos sobre su proyecto. Advertí que trataba de confundirme mediante vagas explicaciones, incisivos fuera de propósito y profusión de pormenores de segundo orden, al par que escatimaba lo esencial, de suerte que, transcurridos quince minutos de cháchara, sólo saqué en claro que pretendía publicar a mis expensas un anuncio en el periódico. Le reproché sin contemplaciones su retrechería. Alegó que deseaba guardar a toda costa la sorpresa. Objeté, adujo; repuse, ironizó y de este modo el diálogo fue derivando hacia la porfía. Asomaron las primeras palabras urticantes; pero al fin, estando ambos a dos dedos de malquistarnos, tuvo él un rasgo conciliador, y fue que me dio su palabra de incluir mi nombre en el texto que se proponía publicar. Me pidió que a cambio no le formulara más preguntas. Yo, que no ignoraba el poco provecho que me reportaría enemistarme con aquella sabandija, me allané a concederle mi acuerdo y accedí a entregarle cierto dinerillo sisado del que me había confiado el padre para adquirir los regalos navideños de mi hermana y su marido. Aun sabiendo que el Pulcro era persona sonriente y desleal, determiné fiarme de él en aquel trance, movido del convencimiento de que idéntica acucia de emprender alguna acción antes que hubiera transcurrido el plazo de cinco días nos imponía la simbiosis. Pero también porque se me figuraba que, al no haber él especificado los términos de nuestro plan, no existía margen para la mentira. En cuanto al dinero, acordamos que él me mostraría el recibo del periódico, además del billete de ida y vuelta del autobús, y que me habría de restituir la cantidad sobrante. Acabada la negociación, el Pulcro me declaró su deseo de dedicar la tarde al latrocinio de literatura portuguesa. Me invitó a escoltarlo de librería en librería. Alegué obligaciones inaplazables y nos despedimos.

Dos días después, mediada la mañana, me telefoneó para comunicarme que en *La Voz de España* había aparecido lo nuestro. No dijo más sino que de un momento a otro vendrían a abofetearlo y colgó. Faltaban varias horas para el regreso del padre. Impaciente, bajé a la calle y adquirí un periódico en la papelería de la esquina. Largo rato estuve busca que busca (en cartas al director, en la sección cultural, en la deportiva, en los ecos de sociedad) sin hallar nada que tuviera el aspecto de una publicación del Pulcro. Así que lo llamé por teléfono para que me revelara en qué página se encontraba nuestra obra. Susurró un número y me pidió que no volviera a

llamarlo, porque hasta bien entrada la noche estaría muy ocupado recibiendo bofetadas. No hablamos más. De vuelta a la habitación, busqué en el periódico la página por él mencionada y, efectivamente, allá estaba (no tiene otro nombre) la sinvergüencería que yo había financiado: la esquila mortuoria a nombre y con fotografía de su padre, una entre tantas en la sección de necrológicas, con la orla negra, la cruz y las frases de rigor, más un perendengue de choteo que endechaba así:

Pues fuiste justo
y fuiste recto,
leal esposo,
aitá perfecto,
sin duda al cielo
irás directo,
de Dios serás
el predilecto.

Pasada la primera impresión de asombro, me entró la risa y yo creo que hubiera estado el día entero riendo si no fuese porque de pronto descubrí que el Pulcro, aprovechando un resquicio en nuestro acuerdo, me había engañado. Y era que en la lista de familiares y allegados del fallecido me incluía con el nombre de Flakúas. En un arranque de coraje marqué su número telefónico. Una de las hermanas me comunicó, con unos jirones de voz aflautada y modosa, que Jaime no podía ponerse al aparato. Los ruidos de la bronca descomunal casi me impedían entenderla. En esto, dijo: «Aquí viene mi padre a hablar con usted», y colgué.

La reunión que tuvo lugar al cabo de los cinco días previstos me deparó una reprimenda de las de no te menees. Antes de mi llegada al café, el Pulcro había recibido su ración de rapapolvo, por lo que la siguiente granizada de vituperios cayó enteramente sobre mí. Empezaron por amedrentarme, declarando que don Raúl Matallana andaba deseoso de dirigirme algunas palabritas. Dijo Izaskun Ayestarán que con la muerte no se juega; que si yo era hombre debía pedir perdón a los padres del Pulcro, y no por carta ni por teléfono, sino dando valientemente la cara; y que quién me mandaba a mí mezclarme en burlas, siendo tan soso. Genaro Zaldúa me puso como un pingo. Entre insultos y amenazas, me acusó de haber instigado al Pulcro. Se contradijo a continuación, al reprocharme que me hubiera dejado embaucar por éste. Afirmó después que el dinero desperdiciado en una broma tan pueril podía haber servido para financiar parte del número 3 de *La Placa*. De esta forma estuvieron él e Izaskun Ayestarán sotaneándome mano a mano, mientras el pillo necrólatra se pelaba apaciblemente las pestañas y me miraba con ostensible complacencia desde el extremo opuesto de la mesa. Le cobré un odio feroz. Decidido a perjudicarlo, referí a mis compañeros los términos de nuestro trato y cómo la

esquela mortuoria había sido gestada sin mi conocimiento. El alegato sólo sirvió para que Genaro Zaldúa me reputara de iluso y la muchacha de primo. El Pulcro me sacaba de quicio con su provocadora sonrisilla.

—Es la última vez —le dije, rabioso— que tú y yo hacemos algo juntos.

Atravesándolo con la mirada, le reclamé los comprobantes de los gastos y las vueltas. Vi claramente que se turbaba. Nervioso, comenzó a hurgar en los bolsillos; sacó un papel de aquí, otro de allá, y cuando los hubo juntado todos, me los arrojó. Con flema deliberada, a fin de humillarlo, los recogí y examiné. Segundos después, encañonándolo con un dedo acusador, le hice saber que las cuentas no cuadraban. Su sonrojo sonriente hacía superflua la confesión. Ya te tengo, pensé; pero desgraciadamente mis compañeros me arrebataron el gusto de reprender al truhán, que se apresuró a proclamar su insolvencia. Me preguntó Genaro Zaldúa si admitiría yo percibir en libros el equivalente de la suma desfalcada. Aparenté estudiar la propuesta; finalmente condescendí, poniendo como condición que el pago no se efectuara en libros de versos, lo que agradó sobremanera a Genaro Zaldúa. Esto concertamos y así se habría de cumplir.

El resto de la reunión discurrió sin incidentes. Apaciguados los ánimos, hubo risas y chanzas como de costumbre y el Pulcro obtuvo permiso para referir los descacharrantes episodios acaecidos en su casa a raíz de la publicación de la esquela mortuoria. Dos días después de la macabra diablura seguía la familia recibiendo pésames. Por encargo del difunto, las dos hijas mayores habían asumido la embarazosa tarea de contestar las cartas de condolencia, proporcionar explicaciones por teléfono y situarse ante la puerta de la iglesia para transmitir a cuantos acudían a ella a la hora fijada por el Pulcro la sorprendente noticia de que no había funeral ni muerto. Estimulado por las sonrisas que suscitaba en nosotros, el Pulcro habló, valleinclanizando con mucha sorna, de litros de lágrimas cristalinas en la pálida faz materna, cuyas marcas de insomnio, desesperación y vergüenza configuraban desde la antevíspera un permanente visaje de atribulada estupidez. Habló del patriarca arremangado, vociferante, temedero, erguido en jarras, los rasgos tintos en cólera purpúrea y la mano de fierro llena de bofetadas inminentes. De las hermanas habló también, llorosas y medrosicas; las cuales, en cuanto se ofrecía la ocasión, se retiraban a sus alcobas a reír callandito. El Pulcro nos reveló por último que tortas y regañinas de los días pasados no le habían dolido ni la mitad de lo que le dolía la prohibición de pasar el resto de las vacaciones escolares con Cacharrito, en su pueblo de Soria, conforme tenían ambos convenido. Añadió que para que lo dejaran partir abrigaba el propósito de hacerse insoportable en casa, y a mí se me figura que debió de andar muy diligente en el empeño, pues al poco tiempo me enteré de que su propio padre lo había llevado en coche hasta La Póveda.

Campeón indiscutible al término de los cinco días de actividades por separado fue Genaro Zaldúa, quien, además del premio de Badajoz, obtuvo otro, también de cuentos, en Andalucía; concedió una extensa entrevista para *La Voz de España*,

encabezada por un epígrafe entresacado de sus declaraciones, que rezaba: «La literatura es el territorio de mi verdad»; habló por radio; recibió encargo de reseñar libros de tema histórico en la revista de la universidad y logró exponer dibujos a tinta en una taberna de la Parte Vieja, frecuentada por la joven progresía local.

Izaskun Ayestarán, en cambio, no hizo nada.

El día 23 de diciembre un periódico de la ciudad publicó la siguiente nota:

La junta directiva del grupo artístico La Placa hace saber que recompensará generosamente a cualquier ciudadano o ciudadana que contribuya a la localización del filósofo materialista dialéctico Jesús Ruiz Fasser..., en paradero desconocido desde hace varias semanas. Fue visto por última vez a finales de noviembre, cuando caminaba solo, esto es, sin compañía, por la playa de la Concha, en dirección oeste... Antes de partir dejó escrito: «El hombre es una luz que discurre victoriosa». Se sabe que cada veinte pasos se detenía... para trazar con la punta de su paraguas hoces y martillos en la arena. Todas aquellas marcas fueron borradas por las olas del amanecer... y es casi seguro que por esta causa el filósofo no habrá podido aún encontrar et camino de regreso. La rápida y cabal identificación de Ruiz Fasser depende en gran medida de que se tengan en cuenta estos tres atributos personales: notoria recanquilla, orejas como atriles y tendencia arraigada a expresar en términos abstractos una considerable cantidad de trivialidades por minuto. La junta directiva de La Placa comunica a, sus socios que hasta nuevo aviso permanecerá cerrado al público el consultorio filosófico de noche, que dirigía el ilustre desaparecido.

Tres días después apareció otra nota:

Con el objeto de cubrir la vacante ocasionada por la misteriosa desaparición del filósofo Ruiz Fasser..., el grupo La Placa convoca oposiciones que tendrán lugar durante la segunda quincena de enero. Constarán de una prueba de equitación y tres atléticas (salto con pértiga, lanzamiento de enciclopedia y cien metros vallas a la pata coja); un problema de ajedrez; un examen escrito de literatura, matemáticas, lengua latina e historia de las ideas; un dictado y una conversación a puerta cerrada en la que los candidatos dispondrán de un máximo de cuatro horas para demostrar que poseen un mundo interior propio. Las inscripciones podrán efectuarse en cualquier oficina de La Placa a partir de la fecha de publicación de este anuncio hasta las doce de la noche del día 5 de enero.

El 27 se completó la serie con una tercera nota, que decía:

Confirmada la desertión del filósofo Josu Ruiz Fasser. Se sabe que planea partir en breve hacia ultramar... con una maleta llena de teorías solidarias. Su hado de prófugo presenta una curiosa peculiaridad, sin que nadie persiga a Josu, Josu huye. Pronto, en la encendida tarde del trópico..., anadeará por la margen del lago Managua predicando a las vainillas y a los quetzales la colectivización de los medios de producción. Al fin le sucederá lo inevitable: habrá amanecido con lluvia... y este o el otro verso de Vallejo percutirá tenazmente en el tambor di su memoria. Advertirá entonces... su soledad, le faltará la debida convicción para dar el siguiente paso..., comprenderá que las condiciones sociales de su época no le impusieron ese largo viaje..., sino el destino de cualquier inteligencia, predestinada por ley de vida a seguir la senda que tarde o temprano conduce al descubrimiento de que el hombre, se mire por donde se mire, es una luz que no alumbrá... Adiós y suerte, gachupín. Que la fortuna te proteja de flechas envenenadas, de mordeduras y caídas... y del arma que empuñarás por amor de alguno de los diecisiete mil novecientos cincuenta y cuatro rostros de la justicia.

Poco antes de viajar a Madrid, donde habría de permanecer hasta el final de las vacaciones navideñas, Genaro Zaldúa había escrito aquellas notas malévolas que andando el tiempo, en respuesta a ciertas objeciones que al respecto se le formularon, calificaría de «meros trazos humorísticos, no exentos de voluntad burlesca, pero en absoluto inspirados por el rencor». Desde finales del año 79 sus triunfos literarios constituyeron noticia habitual en la prensa. Con ellos crecía su fama y con ésta la predisposición de los directores de los respectivos diarios a autorizar la publicación de cualquier hoja mecanografiada que llegase a sus manos con la firma del pertinaz acaparador de premios o con la del grupo del que se le consideraba cabecilla. Sin haber editado un solo libro, Genaro Zaldúa se las arregló para convertirse en uno de

los escritores más conocidos de la ciudad. Ya que todavía no había prosperado lo suficiente como para conciliarse demasiadas enemistades, de todas partes recurrían a él con ocasión de los más diversos eventos culturales, contribuyendo de esta forma a que fuera aún más conocido. No erraba Izaskun Ayestarán al afirmar que la principal fuente de la fama es la fama misma. Genaro Zaldúa me dijo una vez, en un arrebato de soberbia:

—Tú, Hilario, por mucho que te mates a escribir, nunca llegarás a nada, pues eres incapaz de suscitar una noticia.

El día que apareció la tercera nota me encontré de sopetón con Josu Ruiz en la esquina de las calles de Garibay y Peñaflores. Yo venía por la primera, de regreso de comprar algunos libros (me habían recomendado a un tal Canetti); él por la otra, procedente de la plaza de Guipúzcoa, con una bolsa por cuya abertura asomaba una barra de pan. Ambos tuvimos que detenernos en seco para evitar el encontronazo. Mi turbación me jugó una mala pasada, y fue que sin esperar a saludarnos se me escapó decirle:

—No tengo nada que ver con lo del periódico.

Josu Ruiz escuchó mi disculpa sin inmutarse. Sus ojos perrunos me contemplaban como velados por una gran fatiga, visiblemente amarillentas las escleróticas, los párpados hinchados. Con calma depositó la bolsa en el suelo, y a fin de evitar que volcase apoyó el pan en el costado de su pierna. Se irguió después, parsimonioso, por no decir torpe, y en silencio me abrazó. Un abrazo era lo último que yo hubiera esperado de él, pues aparte saberlo hombre poco efusivo (ni siquiera durante la época de las urgulinas, cuando nuestra amistad alcanzó su punto culminante, nos dábamos la mano al encontrarnos ni nos saludábamos con efusión alguna), se me figuraba que no debían de faltarle razones para aborrecer a los miembros de La Placa, con la excepción consabida de Cacharrito. Aquella insólita muestra de afecto me produjo viva impresión, agudizando el sentimiento de lástima que desde el primer instante me habían inspirado el decaimiento, el aire abúlico y la traza enfermiza de Josu Ruiz.

Oscurecía y una ligera nevada comenzaba a blanquear la calle. De cables tendidos entre las fachadas colgaban ristras de bombillas, y por delante de los escaparates profusamente iluminados con motivos navideños el gentío iba y venía presuroso. Tomó Josu Ruiz su bolsa, hizo una mueca inexpresiva, mediante la cual quizá sólo quiso darme a entender que no tenía nada que decirme, y echó a cojear camino de la avenida, sin haber articulado ni media palabra desde nuestro encuentro fortuito en la esquina. Lo seguí de cerca, sumido en conjeturas acerca de su enigmático mutismo. En el cruce de la calle de Andía, una aglomeración de transeúntes que aguardaban la oportunidad de atravesar la calzada, lo obligó a detenerse. Diminutos copos blancos rebotaban en su abrigo de cuero. Acercándome por detrás, le susurré que yo no había intervenido en la redacción de las notas afrentosas y que las desaprobaba. Se volvió con calma y me dijo:

—Yo no las he leído, pero alguien que tú y yo conocemos me ha hablado de ellas.

No te preocupes. Yo sé que un amigo nunca me haría una marranada semejante. Y tú eres mi amigo, ¿no?

Asentí agradecido. Me vino de pronto un deseo fuerte de abrazarlo; pero no tuve valor. Por medio de una seña me invitó a ponerme a su costado, y cogiéndome del brazo, para testimoniar tal vez que después de todo aún me tenía alguna ley, o porque encontrándose sobremanera débil, como me parecía, necesitaba de apoyo para caminar, atravesamos la avenida y seguimos calle de Fuenterrabía adelante hasta una prolongación sin salida de la de Alfonso VIII, muy cerca del Buen Pastor, donde, parándose de repente, me dijo:

—Este es mi domicilio actual.

Asombro y pena me invadieron tan pronto como advertí que se refería a su automóvil, aparcado detrás de un herrumbroso contenedor. A falta de un neumático, tenía una llanta falcada con ladrillos. De las dos puertas sólo podía abrirse la del lado del conductor y por ella entramos. La otra estaba atada con cuerdas a la base de un asiento. En la parte trasera se amontonaban, casi hasta el techo, ropa, víveres y cachivaches. Cubiertos con una manta, los asientos de delante constituían la cama, demasiado corta para yacer en ella sin encogerse. Nos sentamos, yo junto al volante, y como le faltara sitio a Josu Ruiz donde acomodar la piernas, tomó del suelo una balumba de comics, y diciendo que me los regalaba, los puso sobre mi regazo. Una fina capa de nieve cubría las ventanillas, reduciendo a una vislumbre el resplandor de los faroles y luminarias de la calle. Olor a chotuno, oscuridad y frío reinaban en el angosto habitáculo. Josu Ruiz me convidó a queso y pan que tajaba con la navaja, sin preocuparse por las migas que caían en abundancia sobre la manta. Rehusé por asco. Cerca de una hora estuve con él, oyéndole franquearse con palabras no muy distintas de éstas, que resumo sin punto y aparte:

—Aquí donde me ves, hijo de un podrido empresario, llevo siete días habitando en esta lata vieja. Otra casa no tengo. Patrimonio, el que ves. Mi familia eran unas figuras de humo, creo recordar que muy estiradas. Mi país, un corral de gallos donde el hedor a carne quemada no deja respirar. Hasta hace poco yo analizaba con ahínco el comportamiento y las obras de los hombres. Quería mejorar. Quería enriquecer mi conciencia. Hoy los hombres pasan a mi lado, los miro, eso es todo. Tendrías que ver cómo irrita mi presencia a los vecinos de estos alrededores. No me lo dicen a la cara. Se paran en la acera, hablan en voz alta para que yo oiga desde aquí dentro sus protestas, pero en el fondo no saben cómo forzar mi marcha. Estos burgueses quejumbrosos necesitan siempre al matón a sueldo que les solucione los problemas. Apelan a la autoridad, invocan no sé qué normativa higiénica del ayuntamiento, amenazan con avisar a la grúa. Y tras despotricar un poquito contra la democracia, que en realidad está hecha a su medida, se dispersan confiados en que, si no mañana, pasado o al otro la policía, los bomberos o alguien, no importa quién, vendrá a devolverles la tranquilidad que yo les robo por el mero hecho de estar aquí. El contenedor, en cambio, no les molesta, aunque rebosa de desechos y de la basura que

algunos lanzan por la noche desde la ventana. Cualquiera podría partirse la crisma con el solivo que sobresale hasta media acera. Les trae sin cuidado. A ellos lo único que les altera el sueño es la proximidad del infortunio. Me consideran un hombre caído en desgracia y temen el contagio. Sospecho que si a alguno se le quemaran las lentejas o se le rompe un plato, me echarán la culpa y bajarán en tropel a lincharme, encabezados por la vieja que todas las mañanas, cuando vuelve del Buenpas con el misal en la mano, no pasa de largo sin sacudirle una patada al coche. Quiero que sepas, Hilario, que mi pobreza actual, por supuesto voluntaria, es él primer paso en el camino que, como a Buda en su tiempo, espero me conduzca a un modo de vivir basado en la autenticidad. Aún ignoro en qué consistirá exactamente esa autenticidad, pero sé que hay dentro de mí un juez implacable que me llamará al orden cada vez que un desliz, por ligero que sea, me aparte de mi designio. He tomado la firme resolución de regresar al punto cero, a una desnudez idéntica a la inicial. Sólo entonces podré afirmar que soy mi propia obra, él dueño único de mi suerte hasta donde lo permita nuestra frágil condición humana. A Centroamérica llevaré lo imprescindible: ropa, calzado, alimentos para el viaje. Libros u otros objetos culturales, ninguno. Pues no ignoro que por medio de ellos esta mediocre civilización mercantilista, con la que pronto no tendré nada que ver, canta sus ponzoñosas excelencias y se expande, a menudo jugando a criticarse. Mis escritos tampoco viajarán conmigo. Me niego rotundamente a ser el buey de tiro de mis propios testimonios. Por otra parte, también me lleva a Nicaragua el deseo de perfeccionar mi idioma. Te lo digo sin ironía. Me familiarizaré con nuevos modismos y palabras, pondré empeño en asimilar esa modulación cadenciosa de las frases, propia del habla hispanoamericana, que a ti no sé, pero a mí me suena a música en comparación con la fonética tosca y sin gracia que berreamos por acá. Te aseguro, Hilario, que por muy provechosos que hayan de ser mis servicios a la nación que va a acogerme, no alcanzarán para pagar una décima parte del favor que supondría para mí el que el pueblo llano nicaragüense llegara a transmitirme su habla. Dondequiera que me toque residir, me cuidaré de que nadie me llame Josu. Ni siquiera mi nombre quiero llevar conmigo. Pronto seré Alfredo, Lucas o Matías, qué más da.

Al fin del largo parlamento, me preguntó por todos y cada uno de los miembros de La Placa, qué se hacían, dónde se encontraban, mostrando vivo interés por ellos. Me pidió los saludara de su parte, lo que le prometí. Como no le pasase inadvertida la extrañeza que su afectuosa disposición de ánimo para con quienes tan mal lo habían tratado me produjo, declaró sin rebozos que nada de lo sucedido podía causarle ya la menor mella, que todo lo perdonaba y quería olvidar. Yo estaba aterido, los pies, las manos y aun las canillas como ausentes del cuerpo. Temeroso de resfriarme, propuse a Josu Ruiz tomar un trago en alguna taberna cercana. Por persuadirlo le recordé que no lejos de allá, detrás de Correos, se hallaba aquel bar, ¿te acuerdas?, donde una noche, tiempo atrás, nos habían preparado unos fuegos con limón estupendos. Mirándome con risueña tristeza, rehusó el convite. Fuera continuaba nevando. Lo

invité a cenar, no quiso; a alojarse en mi casa hasta el día de su partida, tampoco. No bien me hube apeado del coche, le pregunté si ya sabía su dirección en Nicaragua, pensando en que alguna vez podría escribirle o mandarle cualquier cosa de que estuviese necesitado. Se conoce que él interpretó la pregunta de otra manera, pues respondió:

—No veo para qué iba yo a darte mi dirección si ya nunca nos veremos. Ni yo regresaré ni tú irás allá, y aunque fueras ten por seguro que mi hígado no te esperaría.

Alguna adversidad debía de haberle ocurrido a Izaskun Ayestarán, por cuya causa se mostraba ella sumamente pesarosa desde hacía un tiempo. En vísperas de que el Pulcro Matallana y Genaro Zaldúa abandonasen la ciudad, nos anunció la muchacha su deseo de recluirse en casa y que no la molestásemos. El uno le propuso que lo acompañara a La Póveda de Soria, el otro a Madrid. Izaskun Ayestarán declinó ambos ofrecimientos y reiteró con firmeza su voluntad de pasar las fiestas navideñas sola. Genaro Zaldúa, que era incapaz de tomarse en serio los tormentos del espíritu, ni aun el espíritu mismo, hizo burla de la determinación de nuestra compañera. Ella conllevó con sonrisa indulgente la falta de delicadeza de su amigo. Pero de pronto se le arrasaron los ojos en lágrimas, se levantó precipitadamente de su asiento y, sin despedirse, salió a la calle. En ese instante no me cupo la menor duda de que un grandísimo quebranto acibaraba su vida. Se me hace a mí que como no faltaba a las reuniones, aunque en el transcurso de ellas permanecía casi todo el tiempo silenciosa y con cara mustia, quizá aguardaba la ocasión propicia de confiarnos su problema o lo que fuese que en su fuero interno la mortificaba. Pero una y otra vez su esperanza de entablar diálogo serio con nosotros tropezaba por lo visto con nuestra permanente jovialidad. Comprendió a buen seguro que ninguno de los tres servíamos para paño de lágrimas y al fin, desanimada, decidió quedarse con su sinsabor a solas. Yo supuse que un vistazo al diario aclararía el enigma; pero por una u otra razón fui emperezando hacerlo hasta últimos de mes. Por fin el sábado 29 resolví llevar a cabo mi propósito.

A media mañana la telefoneé desde una cabina próxima a la calle de Urbietta. Nada más oír su voz, colgué, y sin demora corrí a apostarme en el escondite de costumbre, donde estuve esperando en balde por espacio de casi dos horas. Izaskun Ayestarán no salió de casa y hube de volver por la tarde. Esta vez no colgué el auricular de inmediato. Ante la perspectiva de una nueva espera larga e inútil bajo el frío, opté por inquirir si la jaqueca u otros impedimentos se oponían a mi plan. Discurrí con ese fin un sencillito embuste, y fue que con achaque de pedirle a Izaskun Ayestarán consejo sobre algún regalo de Reyes para mi hermana fundando la solicitud en mi impericia para resolver estos menesteres que siempre estuvieron, dije, a cargo de mi difunta madre, entablamos más que animada conversación, en el curso de la cual advertí que mi compañera había recobrado la locuacidad y la alegría de sus buenos tiempos. Afirmó que para poder ayudarme necesitaba conocer algunos detalles sobre el carácter y gustos de la persona destinada a recibir el obsequio, y, por descontado, la suma que yo estaba dispuesto a gastar. Inspirándose en la información que inventé, hizo ella sus recomendaciones, y no contenta con servirme de palabra, se ofreció a acompañarme a las tiendas siempre que no fuese esa tarde, porque tenía varios asuntos urgentes que solventar. Yo le agradecí su empeño; tras lo cual nos despedimos y felicitamos con mucha cordialidad el Año Nuevo, dando por supuesto

que en ese que ya terminaba no volveríamos a vemos. Quedé yo muy satisfecho de no haber concertado cita ninguna con ella y de tener certeza de que de un momento a otro la vería salir a la calle, como, así sucedió.

Una pasta sucia de nieve a medio derretir cubría las aceras. No ignoraba yo el riesgo que suponía andar por el piso de mi compañera con las botas mojadas, especialmente cuando, como era habitual, había tanta cochambre en el suelo que no podían borrarse las pisadas sin que quedaran en su lugar unos más que sospechosos corros de limpieza. Menor problema representaban las huellas sobre las baldosas fregadas recientemente, fáciles de quitar con el pañuelo. Como en ocasiones anteriores, restregué las suelas de mi calzado en los felpudos de cada descansillo, resuelto a no dejar el menor rastro de mi visita, y lo propio hice en el de Izaskun Ayestarán, cuyo revestimiento de esparto estaba tan desgastado que por todas partes asomaba la armazón de alambre. La prudencial medida me ocupó los segundos suficientes para evitar la catástrofe que de fijo se habría producido en caso de haberme apresurado a meter la llave en la cerradura. A mis oídos llegó de pronto una melodía que alguien silbaba dentro de la casa. Sobresaltado, hice pensamiento de marcharme; pero enseguida reconocí al intérprete que tan desatinadamente remedaba el saxofón de Charlie Parker. Me entró entonces gana de llamar al timbre y hacer como que venía de visita. Instantes después abrió la puerta, sin más atuendo que una toalla anudada a la cintura, el cabello mojado y los pies descalzos, recién salido de la ducha al parecer, Josu Ruiz, a quien rápidamente referí la trola del regalo de Reyes. Él, dándome a entender que entraba frío, me apremió a pasar.

—Mala suerte —dijo—. Ni diez minutos hace que Izaskun se ha marchado. Tardará en volver, pero para consolarme de la soledad horrible en que me deja ha prometido traerme las mejores ostras que encuentre por ahí. Conque, amigo mío, yo en tu lugar me quedaría. Regálale a tu hermana un florero y va que chuta.

Ropa y trastos se amontonaban sobre la alfombra de la sala. Advirtió Josu Ruiz que los miraba y dijo:

—Al final los vecinos han logrado que los municipales retiraran el coche. Pero me da igual, porque sólo me queda por respirar el aire de esta cochina ciudad un día. Mañana el gorrión levantará el vuelo hacia Madrid, primera estación del viaje. Hasta entonces viviré de la caridad de Izaskun.

Desde el cuarto de baño, al par que enchufaba el secador, me lo soltó de golpe:

—Imagino que ya te habrá contado lo de su embarazo y que eres uno de los que figuran en la lista de posibles procreadores. ¡Quién lo iba a decir, con lo calladito y medroso que parecías!

Minutos antes de las diez de la noche, en el andén, el jefe de estación y dos revisores inspeccionaban en cuclillas las ruedas de un vagón. Reían de manera ostensible, como para disipar los recelos que a las numerosas personas que pasaban a su lado podía infundir aquella revisión un tanto extraña. Sonaba rumor constante de muchedumbre y, de vez en cuando, el sonsonete de los mensajes difundidos por el altavoz. Una cuadrilla de soldados combatía el frío, y quizá la pena que lleva aparejada la partida forzosa, cantando, vociferando y bebiendo a morro de una garrafa compartida. Más allá, dos sombras jóvenes se abrazaban al amparo de una columna; al fondo, la niebla difuminaba los vagones de cola, perdidos en la noche.

Josu Ruiz me pidió que le comprara el periódico. A toda pastilla atravesé el túnel de acceso a los andenes, sorteando transeúntes y valijas, y entré en el recinto de la estación, donde se hallaba el quiosco. Por la ventana los vi fundidos en un abrazo. Se besaban, no con amoroso acaramelamiento, sino de forma tan descomedida, tan salvaje, que la gente en derredor se volvía a mirarlos. Comprendí que la compra del periódico era una excusa tramada por Josu Ruiz para quedarse a solas con la muchacha. Me desagradó la idea de regresar al andén e interrumpir aquella despedida apasionada, ser testigo de un coloquio íntimo o simplemente colocarme a dos o tres pasos de la escena como sirviente comedido que aguarda la ocasión propicia de entregar su recado. Determiné por ello permanecer en el recinto hasta tanto que Josu Ruiz hubiese subido al vagón. Lo hizo en breve, a una seña del revisor, que subió tras él y cerró la puerta. Yo escondí entonces, en el interior del periódico doblado a manera de rollo, un botellín que por la tarde había rellenado en casa con aquella bebida ambarina, símbolo de nuestra amistad. No me preocupaba saber que el fuego con limón estaría frío cuando Josu Ruiz lo descubriese entre las páginas del periódico, pues no se me ocultaba que se abstendría de probarlo ni en realidad se lo daba yo con ese fin; antes bien porque, pensando que nunca más volveríamos a encontrarnos, me acometió fortísimo antojo de que durante el viaje, y acaso meses o años después en tierras remotas, a la vista del pequeño presente se acordara de mí con una sonrisa.

Por los altavoces fue anunciada la inminente salida de aquel tren musco, atestado de viajeros, que ya iniciaba su marcha cuando llegué corriendo donde estaba Izaskun.

—Date prisa —me apremió, las gafas en la mano, los diminutos ojos cubiertos de lágrimas.

Corrí desalado a la par que el tren, y con el último resto de mis fuerzas logré alcanzar el periódico a Josu Ruiz, que alargó el brazo ventanilla afuera por cogerlo. En ese instante sonó a mis pies un ruido apenas perceptible en medio del creciente estrépito de hierros en marcha. No hubo tiempo de decirle, de explicarle. Noté bajo una de las suelas los añicos del botellín, y al levantar la mirada vi fugazmente en la perruna de mi compañero un fulgor, no sé si lacrimoso, y sobre su cabeza el nimbo

azul, más nítido que nunca. Después lo perdí de vista, y con él a su vagón, al que sucedieron otros, también con gente asomada que se despedía. Pasó finalmente el último, rematado en dos faros rojos que se aproximaban entre sí a medida que el tren se alejaba, hasta confundirse en un único y solitario punto de luz. No tardó éste en perderse por las tinieblas del fondo, bajo el puente de la facultad, donde la vía férrea se tuerce en una curva. Y aunque ya no lo divisaba, permanecí inmóvil mirando en aquella dirección, temeroso de volver y encontrarme con Izaskun Ayestarán.

El último autobús de la noche me condujo a casa. Por el trayecto, la contemplación de fisonomías, indumentarias y ademanes me sumió en un estado de placentera serenidad. A cada aceleración, a cada frenazo, se producía un cómico vaivén de cuerpos. Docenas de cabezas oscilaban simultáneamente, como si se hubieran puesto de acuerdo en moverse al compás de una música imaginaria. Aquellos seres desconocidos, de aspecto humilde, abandonados a una indolencia de muñecos, cuchicheantes unos, graves y silenciosos los más, me inspiraban una suerte de simpatía. Encogido en mi asiento, el bienestar me adormeció. Durante un rato se sucedieron en mi mente los más peregrinos proyectos literarios, profesionales, de largos viajes al extranjero, de travesías por mar: ilusiones hoy lo sé pintadas por la inconsciencia en que generalmente vivimos los hombres, la cual a todas horas y en toda edad nos induce a aferrarnos a cualquier esperanza engañosa con tan ciega tenacidad, con tan desafortunado denuedo, que ni en el lecho de muerte, cuando ya los párpados se cierran solos o, exánimes, ni siquiera se cierran, queremos ver la sombra que nunca dejó de acompañarnos, persuadidos ilusamente de que atesoramos una provisión inagotable de futuro. De buena gana me habría quedado la noche entera dentro de aquel cálido y confortable útero rodante: el autobús. Pero hube de apearme y entrar en el frío, en la vaharina densa que atenuaba los resplandores de la calle, en el portal de mi casa y, en fin, en la realidad de siempre, única cosa sobre cuya existencia no albergo la menor duda.

Al llegar a casa encontré la puerta abierta, la radio conectada y un charco de leche en el suelo de la cocina. Por aquí ha pasado un borrachingas, me dije, pero sin el enojo de otras ocasiones; antes al contrario, con aquel sosiego seráfico de que se me había llenado el ánimo durante el viaje en autobús. Determiné no enfadarme esa noche con el padre, sino ir en su busca y mostrarle alguna cordialidad, ya que no cariño. Por la rendija de la puerta vi que había luz en su cuarto. Entré con el propósito de darle las buenas noches y hasta, si su estado lo permitía, de dialogar un breve instante con él, convencido de que la plática habría de saberle a golosina y le ayudaría a olvidar momentáneamente el desaliento que llevaba grabado en el rostro desde el inicio de las fiestas navideñas. Las cuales, por que no se hiciese más patente y penosa que de ordinario la ausencia de la madre, con el acuerdo de mi hermana habíamos resuelto no celebrar, de donde se me figura a mí que le venía al padre la misma pesadumbre que si las hubiésemos celebrado. Movidos del buen deseo de ahorrarle la evidencia del plato de menos y de la silla vacía en torno a la mesa, quizá

no hicimos sino dejarlo a solas con sus cuitas o, por mejor decir, a merced de ellas, que lo debieron de atormentar en extremo durante aquellas fechas propicias a las reuniones de familia. Imagino el pesar que le acometía cuando a través de los tabiques llegaba a sus oídos el alborozo de los vecinos que festejaban la Navidad, o cuando venían los niños a cantar con panderetas y zambombas y él les entregaba una moneda o un dulce y cerraba enseguida la puerta, sin esperar a oír el villancico.

El padre no se encontraba en su dormitorio ni en ningún otro lugar del piso. Sobre la colcha había diseminado una vez más las fotografías de la madre. Unas pocas se veían caídas en el suelo. Al entrar en mi cuarto, me produjo extrañeza hallar encima del escritorio su reloj de pulsera, sus llaves, su encendedor, su paquete de cigarrillos y su monedero. Presentí que aquel montoncito de pertenencias tenía un sentido, entrañaba un mensaje, al contrario, por ejemplo, de la leche derramada en la cocina, accidente atribuible al atolondramiento de un borracho. Aquellos objetos dispuestos de manera ordenada y hasta cuidadosa me daban muy mala espina. Como si fueran un bicho venenoso, me abstuve de tocarlos. Mirándolos me abandonó la sensación de paz que había traído de la calle. Eran las once y veinte de la noche. Abrí *Los premios*, de Cortázar, cuya lectura había reanudado la víspera en la misma página donde la hube interrumpido meses atrás, a raíz de una broma de Josu Ruiz en la radio. Apenas logré leer media docena de renglones, y aun éstos más con la mirada que con el entendimiento, ocupado en imaginar al padre en el instante de vaciarse los bolsillos y juntar sus cosas encima del escritorio, obedeciendo a no sabía yo qué propósito que resolví averiguar sin pérdida de tiempo. Y para ello bajé al sótano, donde supuse que estaría él dale que dale a la botella de vino. Por las escaleras me tomó una gran amargura pensando en que otros acaso no mejor dotados viven cerca de un arroyo, un bosque o una playa, y son artistas con el respaldo de sus familiares y con sólo abrir una ventana de su villa para detener la mirada en las hermosas formas, sonidos, aromas y colores que parecen explayarse ante ellos para estimularles la inventiva. Y mientras que unos viven entre paredes que rezuman cultura, viajan, crecen a la sombra de un piano y son hijos de médicos o profesores, yo había de allanarme a una suerte vulgar, insoportablemente vulgar, que ahora me empujaba por unos angostos y mal iluminados tramos con olor a pescado frito, paredes desconchadas y felpudos cubiertos de barro, al sótano donde en breve encontraría al hombre en ruinas en quien yo creía ver al culpable de mi fortuna adversa. La sangre se me encendió a causa de estos pensamientos, de modo que entré en el sótano decidido a dar una carda al padre. Reinaba la oscuridad en el pasillo, con excepción de una lengua de luz que salía por la entrada de nuestro choco. El silencio era completo. A pocos pasos de la puerta me paré de golpe. Reflejada en la parte de pared visible desde fuera, se dibujaba la sombra inmóvil que comprendía desde el arranque de las piernas hasta los pies suspendidos algo más de un palmo por encima del zócalo. No me atreví a mirar. Subiendo las escaleras con cuidado de que no me oyese nadie, volví a casa, cerré la puerta cautelosamente y al punto me di a poner orden y a limpiar, en previsión de

visitas por la mañana. Barrí, fregué, quité el polvo, y aproximadamente a la una de la madrugada, como última tarea, junté las fotografías esparcidas sobre la cama, las rasgué una por una y por la ventana de mi cuarto las arrojé a la calle, convertidas en una lluvia de papelitos mariposeantes. Después me tumbé en el viejo sofá verde, donde pasé la noche con la mirada fija en el techo, esperando al vecino que tarde o temprano subiría a comunicarme la trágica noticia.